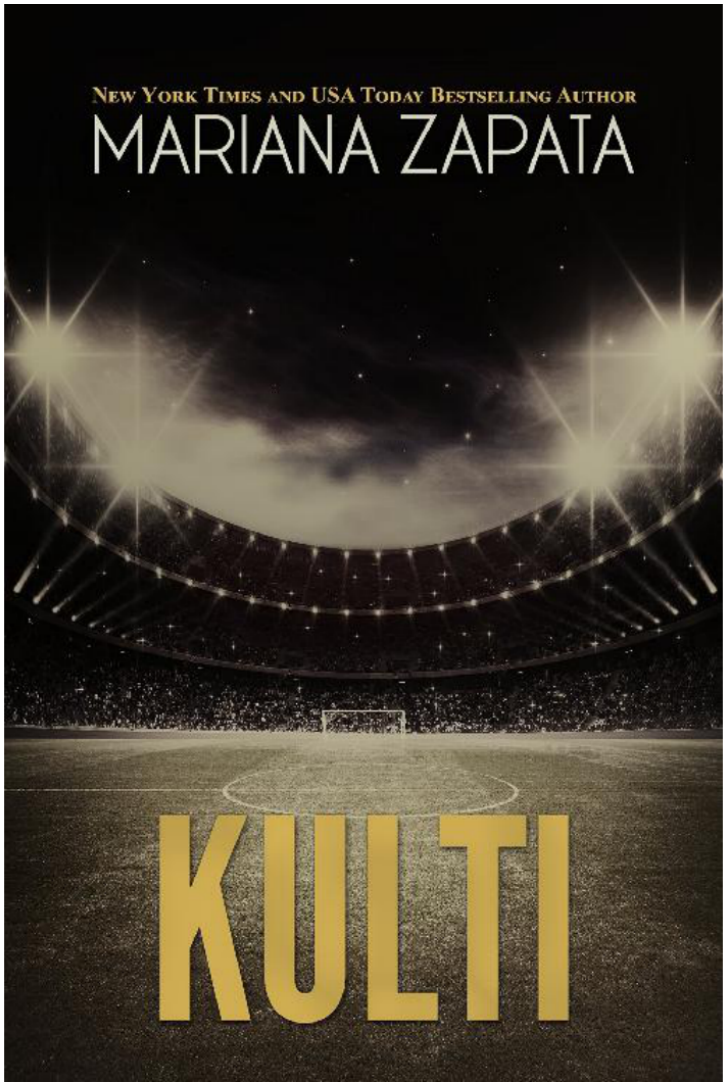

New York Times and USA Today Bestselling Author
MARIANA ZAPATA
KULTI

Este proyecto fue realizado sin fines de lucro con el único propósito de compartir la obra del autor, queda totalmente prohibida la venta de este documento.

Puedes apoyar al autor comprando, reseñando o recomendando sus libros, y siguiéndole en sus redes sociales.

¡Disfruta la lectura!

Staff

Moderadora

M.Arte

Traductoras

Joss_P
Cliomena
Yobs
MEC
Lucy_Sky
PauC
Mary
M@r
M.Arte
Nerea97
Elizabeth.d13
Perséfone
Jackie
Yoshioka13
Dustie
Luneta
AstraBasha
Silvia Maddox

Correctoras

M.Arte
Pakhie
Flochi

Lectura Final

M.Arte

Maquetación

M.Arte

Diseño

Catt

Sinopsis

“Créeme, he querido golpearte en la cara una o cinco veces”.

Se supondría que debería ser lo mejor del mundo cuando el hombre al que adorabas de niña se convierte en tu entrenador. Palabras clave: se supondría que.

A Sal Casillas de 27 años, no le llevó una semana preguntarse qué había visto en el icono del fútbol internacional, por qué había tenido sus carteles en la pared o por qué había imaginado alguna vez casarse con él y tener súper bebés jugadores de fútbol.

Sal había superado hacía mucho tiempo la peor no ruptura en la historia de las relaciones imaginarias con un hombre que no sabía que existía. Así que no está preparada para esta versión de Reiner Kulti que aparece durante la temporada de su equipo: una sombra tranquila y solitaria del hombre explosivo y apasionado que una vez fue.

Contenido

Staff

Sinopsis

Contenido

- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciseis
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte
- Veintiuno
- Veintidos
- Veintitres
- Veinticuatro
- Veinticinco
- Veintiseis
- Veintisiete
- Veintiocho
- Veintinueve
- Epilogo

Extra
Sobre la autora
Nosotros

Uno

Traducido por Joss_P
Corregido por M.Arte

Parpadeé. Luego, volví a parpadear un poco más.

—¿Qué acabas de decir?

El hombre sentado en el escritorio frente a mí lo repitió.

Aún así, lo miré fijamente. Lo escuché bien la primera vez. Habló fuerte y claro. Sin problemas. Pero mi cerebro no podía comprender la oración que había salido de su boca. Entendía todas las palabras de forma individual en la oración, pero juntarlas en ese momento era como decirle a una persona ciega que querías que viera algo rápidamente.

O sea, que no pasaría.

—Te necesito, Sal —insistió el entrenador Gardner, el hombre que me pedía lo imposible.

Me recargué en la silla de su oficina y me fijé en el plateado cabello en su cabeza, en su rostro tranquilo y sin arrugas, y en la camiseta polo de Houston Pipers que llevaba puesta. Para estar a finales de sus cuarentas, seguía siendo atractivo. Demente y fuera de sus malditos cabales, no obstante, atractivo.

Ahora que lo pienso, Jeffrey Dahmer[1] había sido atractivo, así que las facciones bonitas no eran exactamente la mejor escala para medir la salud mental de un individuo.

Tranquilízate, respira hondo y mantén el control, Sal. Concéntrate. Necesitaba concentrarme en algo más para relajarme. Elijí las paredes de su oficina.

Una línea ordenada de diplomas colgaba a su derecha. En ambos lados había fotos con su hijo y algunas fotografías de las Pipers en el campo a través de los años; mi favorita era una foto del equipo cuando ganamos el campeonato de la Liga Profesional Femenil el año pasado. Él estaba en medio del grupo con el trofeo de la liga, con sus noventa centímetros de monstruosidad y la cabeza en alto. Yo estaba justo a su lado sosteniendo el balón del juego bajo un brazo mientras que con el otro abrazaba a Jenny, nuestra portera. Tenía la misma foto en mi departamento, un recordatorio constante del arduo trabajo de veinte años dando sus frutos. Además, era mi motivación en las mañanas cuando me sentaba en la orilla de mi cama luciendo y

sintiéndome más muerta que viva, para levantarme y continuar con mi carrera diaria de ocho kilómetros.

—Sal. —El entrenador principal del equipo volvió a decir mi nombre—. Jamás me has decepcionado antes. Vamos —me reprendió con una voz baja y juguetona que daba la impresión de que me estaba dando una opción.

No lo estaba.

Solo pensar en lo que quería que hiciera hacía que mi corazón latiera como loco. Mi sistema nervioso había bajado su ritmo en el instante en que dijo las palabras "tú" y "conferencia de prensa" en la misma oración justo hace un minuto. Luego, cuando dijo la palabra "hoy", mi cerebro me deseó buena suerte y se apagó. No sabía qué hacer, además de observarlo fijamente, con la mente en blanco.

Yo. Conferencia de prensa. Hoy.

Preferiría hacerme una endodoncia, donar un riñón y estar estreñida. En serio.

No había pensado mucho cuando Gardner me llamó anoche. Ni siquiera lo pensé dos veces cuando me pidió que viniera a su oficina en la sede de las Pipers porque había algo que quería discutir en persona. Debí haber dicho que tenía una intoxicación por comida o terribles cólicos para librarme de ello, pero obviamente, era demasiado tarde.

Había caído directamente en su trampa, física y emocionalmente.

Cámaras. Tantas cámaras.

Ay, Dios mío, iba a vomitar de tan solo pensarlo.

Mi pensamiento inicial fue: No. Por favor, *no*. Algunas personas le tenían miedo a las alturas, a la oscuridad, a los payasos, a las arañas, a las serpientes… jamás me burlé de alguien cuando estaban asustados de las cosas. Pero este horrible miedo que tenía de hablar frente a una cámara con un grupo de personas observándome consiguió que me llamaran cobarde al menos cien veces, en su mayoría por mi hermano, pero eso todavía cuenta.

—¿Vas a decirme que no puedes hacerlo? —El entrenador Gardner levantó una ceja, estableciendo el hecho de que no me estaba dando una opción, mientras que también me provocaba con palabras de las que él sabía que no retrocedería. Estaba en su oficina a las diez de la mañana porque él quería que lo estuviera, no alguien más.

Hijo de puta.

Si fuera otra persona, mi labio inferior habría empezado a temblar. Podría haber incluso parpadeado y bateado mis ojos para evitar llorar porque ambos conocíamos el hecho de que no podía decirle que no. No le diría que no.

Aún si eso me mataba, haría lo que quisiera. Él también estaba contando con ello. Porque era esa idiota que no retrocedía ante una provocación. Un brazo roto después de que alguien dijera que no podía escalar un enorme árbol cuando tenía once años debió haberme enseñado que retroceder de vez en cuando era lo correcto, pero no fue así.

Me puse mentalmente mis calcetines de niña grande, el equivalente que me habían dado de niña en vez de ropa interior de niña grande, porque mi papá pensaba que esa era una expresión espeluznante.

—Lo haré. —Hice una mueca, muy probablemente luciendo como si me estuvieran poniendo un enema—. Pero… G, ¿por qué Grace no lo hace? ¿O Jenny? Ya sabes que ellas hacen por lo regular todas las entrevistas y esas cosas. —Porque segura como el demonio que yo las evitaba, por lo menos las que eran frente a una cámara.

—No se lo pedí a Grace porque pensé que sería una buena idea que lo hicieras —explicó, refiriéndose a la capitana veterana del equipo—. Y Jenny no va a llegar hasta el domingo.

Parpadeé más en su dirección, a punto de vomitar y cagarme encima al mismo tiempo. Mi pierna ya había comenzado a temblar y le di una palmada, intentando detenerla.

Gardner sonrió cariñosamente, estirándose detrás de su enorme escritorio de vidrio con las manos entrelazadas.

—Ni siquiera me has preguntado para qué es la conferencia.

Como si me importara. Podría ser porque alguien encontró la cura del cáncer y no me importaría. De igual forma estaría intentando no perder la calma. Mi corazón había empezado a latir más rápido ante la mención de la palabra con “c”, pero me obligué a lucir como si no estuviera reprimiendo un ataque de pánico.

—Está bien, ¿para qué es? —pregunté lentamente.

Nuestro entrenamiento de equipo de la pretemporada empezó hace una semana y media, así que inconscientemente había pensado que era por eso.

Pero la pregunta apenas había dejado la boca del entrenador principal cuando empezó a sonreír, sus ojos marrones abiertos de par en par. Se inclinó hacia adelante y dijo algo que no fue tan malo, si no peor, que pedirme que hiciera una conferencia de prensa. Quince palabras que no había estado preparada para escuchar. Quince palabras que no tenía idea que estaban a punto de cambiar mi vida.

—Recibimos la confirmación de que Reiner Kulti tomará el puesto de entrenador asistente esta temporada —explicó Gardner, con su tono de "esto es lo mejor que pudo pasar."

Mi rostro decía: "no, maldición no lo es."

Tomó un minuto para que su sonrisa se cayera y una mirada confundida tomara el control, pero pasó. Su sonrisa cayó como una torre de Jenga, de forma lenta y segura.

Me dio una mirada.

—¿Por qué estás poniendo esa cara?

Tenía siete años la primera vez que vi a Reiner Kulti en la televisión. Puedo recordar el momento exacto en que apareció en la pantalla. Era la semi final para la Copa Altus; el torneo que se realizaba cada tres años e incluía a cada equipo de fútbol nacional en el mundo eliminándose unos a otros en rondas de clasificación. Era el evento deportivo más televisado en el mundo.

¿Por qué no lo sería? El fútbol soccer, también conocido como el "verdadero" football o *fútbol*, era el deporte más jugado en los continentes habitados. No discriminaba. Podías ser alto, pequeño, delgado, pobre o rico. Todo lo que necesitabas era un balón que estuviera más o menos inflado y algo donde marcar un gol, lo cual podía ser cualquier cosa. Latas de café. Latas de Coca. Botes de basura. Cualquier cosa. Podías ser niña o niño. Tener un uniforme, no tener un uniforme. Y como mi papá decía, ni siquiera necesitabas zapatos si realmente querías ponerte técnico.

Porque mi hermano jugaba y lo amaba, y por alguna razón creía en ese entonces que mi hermano era la persona más genial del mundo, hice que mis padres me pusieran en un equipo cuando tenía como seis años. Mi mamá, por otro lado, estaba ligeramente horrorizada y también me inscribió a karate y natación, pero una pequeña parte de mí siempre supo que me gustaba el fútbol más de lo que me gustaba cualquier cosa.

Por parte de mi papá, provenía de una larga línea de fanáticos del fútbol. Los Casillas no jugaban mucho, pero eran grandes

admiradores, con la excepción de mi hermano mayor, quien había mostrado un interés y talento desde el momento en que tuvo edad para caminar, los demás solo observaban.

Pero mientras recuerdo, y por los cientos de veces que mi papá contó la historia, mi hermano y mi padre habían estado hablando sobre si España iba a limpiar el suelo con Alemania o no, antes de que empezara el juego. Poco después del medio tiempo, la mitad de los jugadores en el equipo de Alemania habían tenido que ser sustituidos por una lesión u otra.

Eric, mi hermano, había dicho: *"Alemania está acabada"*, y mi papá había discutido que todavía había tiempo para que algún equipo marcara un punto.

Claro como el día, puedo visualizar en mi cabeza el brillante rostro del chico de diecinueve años que se abrió camino hasta el campo. Era probablemente el último jugador en el equipo que podía entrar, la primera vez del chico jugando en una escena internacional. Con cabello castaño claro que parecía incluso más claro debido a nuestra vieja televisión estática, un rostro que no tenía vello y un cuerpo que era largo y delgado… oh, hombre, había sido el jugador más lindo y joven que había visto en la Copa Altus hasta entonces.

A decir verdad, Alemania debió haber estado acabada. Las estadísticas estaban en su contra. Maldición, sus propios admiradores probablemente estaban en su contra para ese momento.

Sin embargo, no parecía que alguien le hubiera dado el mensaje al equipo.

En algún punto entre el minuto cuarenta y cinco del marcador cuando empezó la segunda mitad del juego y el minuto noventa del marcador cuando terminaba en tiempo normal reglamentario, ese delgado chico con el lindo rostro quien no pudo haber sido más grande que yo, pero lo era, logró robar el balón de un español atacando la portería alemana y corrió. Corrió, corrió y corrió, y por algún milagro evitó a cada jugador contrario que fue tras él.

Anotó el gol más hermoso y despiadado en la equina derecha superior de la red. El balón parecía volar por el aire con un boleto sin retorno hacia el libro de récords.

Mi papá gritó. Eric gritó. El maldito estadio y los locutores perplejos. Este chico quien nunca había jugado en una plataforma así había hecho lo que nadie esperaba de él.

Fue uno de esos momentos que elevan el espíritu de las

personas. Claro, no eras tú quien hacía algo especial, pero te hacía sentir como si lo hubieras hecho. Te daba la impresión de que podías hacer cualquier cosa porque esta otra persona lo hizo.

Te recordaba que cualquier cosa era posible.

Sé que me paré allí gritando junto a mi papá porque él estaba gritando y parecía lo más apropiado por hacer. Pero sobre todo, sé que pensé que este Kulti, este número ocho en el equipo nacional alemán quien lucía apenas mayor para manejar, era el jugador más increíble del mundo ese año.

Por hacer lo que nadie creía que podías hacer…

Jesús. Ahora, como una adulta, podía recordar y entender por qué él tuvo tal efecto en mí. Tiene completo sentido. La gente todavía habla sobre ese gol cuando traen a colación los mejores momentos en la historia de la Copa Altus.

¿Cuál fue el momento decisivo cuando decidí seguir este sueño de césped, dos porterías y un solo balón a cuadros en blanco y negro? Ese momento. Ese gol lo cambió todo. Fue el momento en que decidí que quería ser como ese chico: el héroe.

Dediqué mi vida, mi tiempo y mi cuerpo al deporte todo por el jugador que crecería siguiendo, apoyando y amando con todo mi pequeño corazón, mi santo patrón del fútbol: Reiner Kulti. Por él, ese fue el momento que cambió su carrera. Se convirtió en el salvador de Alemania y en su estrella. En el transcurso de los siguientes veinte años de su carrera, se convirtió en el mejor, en el más popular y el más odiado.

Luego llegó la etapa de “tuve posters de él sobre mis paredes” hasta que cumplí diecisiete, y la etapa de “decirle a todo el mundo que iba a casarme con él.”

Antes de los posters y los anuncios de matrimonio, estaban las cartas que recordaba haberle escrito de niña. “Soy tu admiradora #1” escrito en cartulina con marcadores y crayones. Que jamás tuvieron una respuesta.

Pero mantuve esa mierda para mí misma.

Además, habían pasado diez años desde que rompí los posters en un arrebato de furia, cuando el hombre que había crecido para ser conocido como Reiner “El Rey” Kulti por sus admiradores por ser uno de los jugadores más explosivos y creativos en el deporte, se casó.

Quiero decir, ¿qué no sabía que se suponía que nos casaríamos y

tendríamos súper bebés jugadores de fútbol juntos? ¿Que se suponía que debía sentarse junto a mí en un avión un día y enamorarse de mí al instante? Sí, aparentemente no le llegó el memorándum y se casó con alguna actriz con bubis que parecían desafiar la gravedad.

Y menos de un año después, hizo otras cosas que no pude perdonar.

Gardner no tenía idea de nada de esto.

Me senté derecha en la silla frente al mismo entrenador principal con el que había estado trabajando durante los últimos cuatro años y me encogí de hombros. *¿Por qué estaba poniendo esta cara?* ¿Como si no estuviera para nada emocionada?

—G, sabes lo que pasó entre él y mi hermano, ¿verdad?

En ese punto, supongo que estaba esperando que no lo supiera, porque había estado demasiado emocionado al decirme sobre la contratación de Reiner Kulti.

Pero Gardner asintió y se encogió de hombros, su rostro todavía seguía siendo un lienzo de confusión.

—Por supuesto que sé. Por eso eres la persona perfecta para hacer esta conferencia, Sal. Además de Jenny y Grace, eres la jugadora más reconocida y apreciada del equipo. ¿Cómo te llaman, "La querida del Estado?

La querida del Estado. Asqueroso. Me hacía sentir como si estuviera de nuevo en la preparatoria concursando por ser la reina del baile de bienvenida en vez de la niña que se saltó cada baile de bienvenida porque por lo regular tenía un juego.

—Kulti rompió…

—Sé lo que hizo. Relaciones públicas ya trajo a colación lo que pasó con Kulti y Eric en nuestra reunión de anoche cuando nos dijeron que fue contratado. Nadie quiere que esta temporada sea una telenovela. Estar frente a la cámara sonriendo y dándoles a todos la sonrisa de Sal es exactamente lo que el equipo necesita. No es gran cosa y todos necesitan estar a bordo para que la atención esté en el equipo y no en el drama de hace años. Serán diez, tal vez veinte minutos como máximo. Tú, yo y él. Responderás algunas preguntas y eso será todo. No volveré a ponerte en esta situación, lo juro.

Mi pensamiento inicial fue simple: todo esto era culpa de la tibia y del peroné de Eric.

Quería estrellar mi cabeza contra el escritorio que me separaba de Gardner, pero me las arreglé para no hacerlo. En su lugar, el terror se arremolinó como un maldito un lago en mi vientre. Me provocó retorcijones y tuve que presionar una mano sobre él para que me ayudara a aliviar mi sufrimiento. Luego suspiré y acepté la realidad detrás de las palabras de Gardner.

La liga se trataba sobre todo de valores familiares, morales y todo lo sano. Aprendí esa lección de la forma difícil y la última cosa que necesitaba hacer era ignorar lo que tenía que hacerse para mantener la fachada. Siendo realista, había chicas allá afuera quienes desgarrarían mi garganta por mi posición, y tal vez conocer a Kulti justo antes de una conferencia de prensa era exactamente lo que necesitaba.

Solo hazlo, termina con ello y sigue con tu vida. Realmente no había seguido su carrera durante la última década y además se había retirado de la Liga Europea hace dos años. Desde entonces, había caído al vagón de celebridades que adoptaban para hacer todo tipo de publicidad. En algún punto, no podías ir al centro comercial sin ver su rostro en un anuncio de algo.

—Lo entiendo —gemí y dejé caer mi cabeza hacia atrás para observar el techo—. Lo haré.

—Esa es mi chica.

Apenas había ganado la lucha para no llamarlo un imbécil sádico por obligarme a hacer algo que casi me hacía tener urticaria.

—No puedo prometerte que no tartamudearé durante toda la entrevista o que no le vomitaré a la primera fila, pero lo haré lo mejor que pueda.

Luego iba a golpear a Eric en su maldito riñón en la primera oportunidad que tuviera, maldición.

Puedes hacerlo, Sal. Puedes hacerlo.

Cuando era pequeña y mi papá me pedía hacer algo que no quería, lo cual por lo regular solo pasaba si era algo de lo que estaba aterrorizada —por ejemplo, intentar matar esas gigantes cucarachas voladoras que se escabullían en nuestra casa— él me apuntaba con su dedo y me decía en español “¡Sí puedes!”[2]. Luego, incluso si entraba llorando a la habitación que albergaba a la criatura de las entrañas del

infierno con un zapato como arma, hacia lo que fuera que no quería hacer.

"Puedo y lo haré", ese era el lema que mantenía en mi corazón en todo momento. No me gustaba que la gente me dijera que no podía hacer algo, incluso si no quería hacerlo. Así fue como el entrenador Gardner había conseguido que dijera que haría la entrevista.

Podía hacerlo. Podía estar en la misma habitación que Reiner Kulti, sentarme a un par de asientos de él por primera vez frente a diferentes cadenas de televisión. Nada grave.

Por dentro, me retorcí como una araña muerta y rogué por convertirme en polvo lo antes posible. Este terror, esta fobia mía, era tan irrazonable. Nadie dice nunca que el miedo es lógico, porque no lo es. Es estúpido e irracional, y en una escala del uno al diez, apestaba como un cincuenta.

—¿Estás lista? —preguntó el entrenador Gardner mientras esperábamos el inicio de la conferencia de prensa. Los periodistas y reporteros eran tan ruidosos en la otra habitación que me estaba enfermando. ¿Cómo demonios si quiera pasó esto? Por lo regular era la tercera en la cadena de jugadoras que eran solicitadas para estos eventos publicitarios, y eso era por una razón.

Podía jugar frente a miles de personas, pero al minuto en que las cámaras se acercaban a menos de tres metros, me bloqueaba. Era como la Ricky Bobby del WPL. Estaba segura de que había un vídeo sobre mí donde hacía terribles gestos con la mano durante una entrevista en algún lugar. Las tres T's venían para hacerme ver como una idiota: tartamudeo, transpiración y temblores. Todas al mismo tiempo.

Mis manos se sentían como si las hubiera frotado en toda mi espalda después de una larga carrera, mis axilas estaban sudorosas… y mi pierna estaba temblando. Ambas piernas temblaban. Sabía que la mierda estaba a punto de ponerse seria cuando mi pierna tembló.

Pero en lugar de admitir que estaba nerviosa, metí las manos en mis bolsillos y le agradecí al de arriba que los pantalones de chándal que me puse esa mañana eran lo suficientemente holgados para que nadie pudiera ver que mis piernas tenían mente propia, y forcé una sonrisa en mi rostro.

—Lista —mentí entre dientes.

Y desafortunadamente, él me conocía lo suficiente para reconocer el hecho de que estaba mintiendo miserablemente porque

Gardner soltó una carcajada. Una mano se posó en mi hombro y me dio una sacudida.

—Eres un desastre. Estarás bien.

Una de las personas de relaciones públicas de la organización se asomó por la esquina del pasillo y frunció el ceño por un segundo antes de volver a desaparecer.

No podía hacer esto.

Podía hacer esto.

Una tos forzada más tarde, me dije: puedo hacerlo. Realmente puedo hacerlo.

Mi pierna solo tembló más fuerte cuando alguien se acercó al micrófono en la otra habitación.

—Necesitamos un minuto, por favor.

Ay, Dios.

—Creo que acabo de vomitar en mi boca un poquito —murmuré más para mí que para Gardner.

—Saldrá bien —me aseguró con una sonrisa simpática.

Me aclaré la garganta y asentí hacia él, rogándome internamente que me calmara. Tomé un par de rápidas inhalaciones y exhalaciones antes de inhalar profundo y contener la respiración, al igual que lo hacía cuando estaba demasiado emocionada antes de un juego.

Sí, no ayudó.

Mi estómago se llenó de náuseas y tuve que tragarme la bilis.

—A todo eso, ¿dónde está él? —pregunté.

Gardner en realidad miró alrededor como si la pregunta lo sorprendiera.

—Sabes, no tengo idea. ¿Supongo que lo pusieron en una habitación diferente?

Tuvimos nuestra respuesta un segundo después cuando el mismo representante de RP que apenas se había ido, regresó con las comisuras de su boca curvadas hacia abajo.

—Tenemos un problema.

Dos

Traducido por Cliomena
Corregido por M.Arte

—Sal, no.

—Sí.

—Sal, no estoy bromeando. Ni siquiera un poquito. Por favor. Por favor. Dime que estás bromeando.

Apoyé la cabeza contra la cabecera y cerré los ojos, sonriendo en derrota. Todo estaba perdido. Esta tarde había sido real y no hubo escapatoria. Así que le dije a Jenny la verdad:

—Oh, sucedió.

Ella gimió.

Jenny era una verdadera amiga, la que sentía tu peor dolor por ti, sufriendo contigo. Dejó escapar un gemido que pude sentir a más de mil kilómetros de distancia. Mi humillación era su humillación. Jenny Milton y yo habíamos sido amigas desde el momento en que nos conocimos en el campamento de la Selección Nacional de los Estados Unidos —las "mejores" jugadoras del país— hace cinco años.

—No —gimió, se ahogó—. No.

Oh, sí.

Suspiré y reviví los veinte minutos frente a las cámaras esa tarde. Quería morir No iría tan lejos como para decir que fue lo peor que me había pasado, pero definitivamente fue uno de esos pocos momentos en los que deseé poder regresar en el tiempo y hacerlo de manera diferente. O al menos hacerlo como en el *Eterno Resplandor de una Mente sin Recuerdos* y fingir que nunca había sucedido.

—Voy a teñirme el cabello, a cambiar mi nombre e irme a vivir a Brasil —le dije serena.

¿Que hizo ella? Se rio. Se rio y resopló, y luego se rio un poco más.

El hecho de que no intentara decirme que todo estaba bien significaba que no estaba reaccionando de forma exagerada a los eventos que habían ocurrido horas antes.

—¿Cuáles crees que sean mis posibilidades de que nadie vea

todo lo que pasó?

Jenny hizo un ruido que dio la impresión de que en realidad estaba pensando en algo tras la pregunta.

—Diría que no estás de suerte. Lo siento.

Mi cabeza cayó y mi pecho se hinchó mientras sufría una especie de risa y llanto sin lágrimas.

—En una escala del uno al diez, ¿qué tan jodido fue?

No hubo una respuesta pero al final lo dije, y fue mordaz y tenso. Una carcajada me hizo saber que Jenny lo sentía de la cabeza a los pies. Se estaba riendo como lo hacía cada vez que había hecho algo increíblemente vergonzoso. Como saludar a un extraño que pensé que me estaba saludando, pero no lo hizo, había alguien detrás de mí. O la vez que patiné por un piso recién pulido y me rompí el culo.

No debería esperar algo diferente.

—Sal, ¿de verdad...?

—Sí.

—¿En frente de todos?

Gruñí, apenas podía pensar en ello sin que me dieran ganas de vomitar y quisiera encontrar una cueva e hibernar para siempre. Se acabó y la vida continuaría. Diez años a partir de ahora y nadie lo recordaría, pero…

Yo lo haría. Lo recordaría.

Y Jenny, Jenny lo recordaría especialmente si alguna vez encontraba las imágenes. Y lo haría, sabía que las encontraría. Probablemente ya estaba husmeando en los sitios web en busca de la entrada de Sal Casillas entre esos vídeos que la gente hacía para recopilar *Los Desastres de la Semana*.

—¿Podrías dejar de reírte? —espeté en el auricular cuando no pudo parar de reírse a carcajadas.

Se rio aún más fuerte.

—¡Uno de estos días!

—Te colgaré justo ahora, perra.

Hubo una risita fuerte, seguida de otra, y luego otra carcajada más fuerte.

—Dame… un… minuto —jadeó.

—Sabes, te llamé porque eres la persona más amable que conozco. Pensé que ¿quién no me va a lanzar mierda? Jenny, Jenny no lo haría. Muchas gracias.

Se quedó sin aliento, y luego se rio aún más. No me cabía la menor duda de que estaba reviviendo los eventos de mi día en mi cabeza y, finalmente, disfruté la gracia por lo sucedido, el humor que cualquiera podría obtener cuando no eran ellos los que habían hecho el ridículo frente a los medios de comunicación.

Alejé el teléfono de mi rostro y puse mi dedo sobre el botón rojo, imaginándome terminando la llamada.

—Bien, bien. Ya estoy bien. —Hizo estos ejercicios de respiración extraños para calmarse antes de que finalmente se tranquilizara—. Está bien, *está bien*. —Un resoplido extraño salió de su nariz, pero solo duró una fracción de segundo—. Bueno. Entonces, ¿no apareció? ¿Dijeron por qué?

Kulti. Toda la tarde había sido su culpa. De acuerdo, eso era una mentira. Ha sido mi culpa

—No. Dijeron que tenía algunos problemas de viaje o algo así. Por eso hicieron que Gardner y yo hiciéramos la conferencia.

Solté un sollozo imaginario.

—Eso suena bastante sospechoso —señaló Jenny, casi sonando normal. Casi. Ya podía imaginarla pellizcando su nariz y sosteniendo el teléfono lejos de su cara mientras se reía. Estúpida—. Apuesto a que estaba comiendo brunch y mirando anuncios de sí mismo en línea.

—O buscando imágenes viejas y criticándose a sí mismo.

—Contando su colección de relojes. —Había tenido relojes de lujo durante todo el tiempo que podía recordar.

—Probablemente estaba sentado en una cámara hiperbárica leyendo sobre sí mismo.

—Esa es una buena. —Me reí, deteniéndome solo cuando el teléfono sonó dos veces. Un número de dígitos largos con cincuenta y dos al principio apareció en la pantalla y solo me tomó un segundo darme cuenta de quién estaba llamando.

—Oye, tengo que colgarte, pero te veré en la práctica el lunes, tu mejor amigo está llamando.

Jenny se rio.

—Está bien, dile que dije hola.

—Lo haré.

—Adiós, Sal.

Puse los ojos en blanco y sonreí.

—Nos vemos. Ten un buen viaje —dije, justo antes de presionar el botón para responder la llamada entrante.

Ni siquiera tuve la oportunidad de decir una palabra antes de que la voz masculina en la otra línea dijera:

—Salomé.

Oh, Dios. Iba en serio. Fue la forma en que lo dijo, más reprimido que enunciado, todo el Salo-meh, en lugar de su habitual "¡Sal!" que brotaba de su boca como si hubiera roto algo insustituible. Nadie me llamaba por mi nombre, mucho menos mi padre.

Creo que las únicas veces que lo hacía era cuando hablaba en serio… al igual que si estuviera tratando de darme una patada en el culo cuando mi madre pensaba que había hecho algo espectacularmente tonto y quería que él hiciera algo al respecto. Hubo un momento en que me metí en una pelea durante un juego cuando tenía quince años y me echaron. En realidad, nunca había aplicado ningún tipo de castigo real. Su idea de disciplina eran las tareas, muchas tareas mientras elogiaba secretamente mi trabajo cuando mi madre no estaba cerca.

Entonces, cuando papá continuó diciendo:

—¿Es esto un sueño? ¿Estoy soñando? —No pude evitar reírme.

Bajé las sábanas y las quité de mi rostro para hablar con él. Lo primero que le dije fue:

—No. Solo estás loco.

Estaba loco. Locamente enamorado, mamá siempre bromeaba. Como un snob total del fútbol, mi padre era como la mayoría de los extranjeros: no era fanático del fútbol de los Estados Unidos si no tenía a mi hermano o a mí en la ecuación. O a Reiner Kulti, también llamado "El Rey" por sus fanáticos y "El Führer" por aquellos que odiaban sus agallas.

A papá le gustaba decir que no podía dejar de gustarle. Kulti era

demasiado bueno, tenía mucho talento y había jugado en el equipo favorito de mi padre durante la mayor parte de su carrera, con la excepción de los dos años que tuvo que jugar con los Tigres de Chicago. Así que también estaba eso, el hombre era dueño de cuatro tipos diferentes de camisetas: la camiseta del equipo nacional mexicano, cada club o equipo en el que Eric, Kulti o yo habíamos jugado. No era necesario decir que usaba las de Kulti más a menudo que alguien con dos niños que jugaban fútbol profesional, pero no lo tomaba como algo personal.

Los tres —mi madre y mi hermanita excluidas— pasamos horas y horas viendo todos los partidos de Kulti. Grabábamos los que no podíamos ver en vivo con la videograbadora y después empezamos a utilizar el DVR. Había sido lo suficientemente joven como para que el nacional alemán de casi un metro noventa hiciera el mayor impacto posible en mi vida. Claro, Eric había estado jugando al fútbol durante todo el tiempo que podía recordar, pero la influencia de Kulti había sido diferente. Fue esta fuerza magnética la que me atrajo al campo día tras día, haciéndome seguir a Eric en cada oportunidad que tuve porque era el mejor jugador que conocía.

Simplemente sucedió que papá me había acompañado en el viaje, alimentando la adoración a mi héroe.

—Estaba comiendo, cuando tu prima entra corriendo a la casa —mis padres estaban visitando a mi tía en México—, y me dice que encienda las noticias.

Ya venía…

—*¿Por qué no me lo dijiste?*

—¡No pude! No podíamos decirle a nadie hasta que fuera oficial, y lo descubrí justo antes de que me obligaran a hacer la conferencia de prensa.

Hubo una pausa mientras se atragantaba al otro extremo. Dijo algo que sonaba como *Dios mío* en voz baja. En un susurro, preguntó:

—¿Hiciste una conferencia de prensa? —No podía creerlo.

No la había visto. Gracias, Jesús.

—Fue tan malo como te imaginas —le advertí.

Papá hizo una pausa otra vez, asimilando y analizando lo que le estaba diciendo. Al parecer, decidió dejar pasar la noticia de mi estupidez frente a la cámara antes de preguntar:

—¿Es verdad? ¿Es tu nuevo entrenador? —Hizo la pregunta tan vacilante, tan lentamente, como si eso hiciera que fuera posible amar a mi papá aún más, pero no era posible, eso era un hecho o de lo contrario lo habría hecho.

Por alguna extraña razón, recordé tener la cara de Kulti en mi cuaderno de matemáticas de segundo año a finales de mis veinte. Bah.

—Sí, es verdad. Será nuestro nuevo entrenador asistente ya que Marcy se fue.

En una extraña exhalación, mi padre murmuró:

—Me voy a desmayar.

Me eché a reír aún más fuerte al mismo tiempo que un bostezo trató de salir de mí. Me había quedado viendo una maratón de comedias británicas en Netflix hasta que encontré la fuerza mental para llamar a Jenny y contarle mi historia. Sabía que era cerca de la medianoche, lo cual era más tarde de mi hora habitual de anciana para costarme de las diez u once, si realmente me sentía estrafalaria, pero sabía que todavía estaría en Iowa durante dos días más y que estaría despierta.

—Eres una reina del drama.

—Tu hermana es la reina del drama —se quejó.

Me había ganado esa.

—¿No estás mintiendo? —Siguió hablando en español, y por hablar, me refiero a que casi estaba jadeando en ese momento.

Gemí, empujando las sábanas más abajo de mi cintura.

—No, papá. Dios mío. Es verdad. El Sr. Cordero, nuestro manager general, ese idiota del que te hablé, envió un correo electrónico al equipo inmediatamente después —expliqué.

Papá estuvo callado por un momento; el único sonido proveniente del altavoz era su respiración. Me estaba muriendo un poco por dentro por su reacción. Quiero decir, no me sorprendía que tuviera su propia versión de un ataque de mierda. Pensaría que algo andaba mal con él si no actuara de esta manera, podría ser uno de los mejores momentos de su vida.

—Me siento mareado…

Este hombre era ridículo.

Hubo una pausa, y con una pequeña voz que estaba tan en desacuerdo con el hombre al que generalmente se le podía escuchar gritando por toda la cuadra GGGGGGGGGOGOOOOOOLLLLLLLLLLLLLLLLL, mi padre graznó:

—Me tiemblan las manos… mis manos están temblando —dijo en inglés, su voz entrecortada.

Todo mi cuerpo tembló de risa.

—Supéralo.

—Sal. —Su tono se volvió más débil, demasiado agudo para un hombre cuya voz solo tenía dos volúmenes: alto y más alto—. Voy a llorar. Vas a estar en el mismo campo que él.

Tuve que dejarlo pasar. Mi estómago comenzó a tener calambres por lo mucho que mi padre me hacía reír. No mencioné a Eric, no era como si alguno de nosotros olvidara su experiencia, pero así es el verdadero amor, ciego e incondicional.

—Papá, detente. —No podía parar de reírme, porque conociéndolo, estaba siendo totalmente honesto.

No era un muy llorón. Lloró cuando me llamaron al equipo Sub-17, el equipo nacional para niñas menores de diecisiete años, y nuevamente cuando me cambié al equipo Sub-20. La única vez que puedo recordar haberlo visto con lágrimas en los ojos fue el día en que murió su padre. Al instante en que fui reclutada en la liga profesional, él simplemente se había emocionado, sintiéndose más cómodo en mi posición que yo. Estoy bastante segura de que estaba tan nerviosa que tenía manchas de sudor en mi trasero.

—Va a ser tu entrenador —chilló, y quiero decir, realmente chilló.

—Lo sé. —Me reí—. He recibido como diez correos electrónicos de personas que conozco que me piden que se los confirme. Todos ustedes están locos.

Papá simplemente se repitió:

—Va a ser tu entrenador.

Esta vez, me pellizqué el puente de la nariz para evitar hacer un sonido.

—Te diré cuándo será la práctica abierta para que puedas conocerlo.

Luego lo hizo, volvió a cruzar la línea.

—Sal... Sal, no se lo digas a nadie, pero eres la favorita.

Oh, Dios mío.

—Papá…

Hubo un grito en el fondo que sonó sospechosamente como mi hermana menor y fue seguido por lo que solo pude asumir que fue mi papá apartando el teléfono de su rostro mientras gritaba:

—*¡Estaba bromeando! Me dijiste que me odiabas ayer, ¿recuerdas? ¿Por qué vas a ser mi favorita cuando dices que desearías que no fuera tu padre?* —Luego comenzó a gritar un poco más y finalmente volvió a la línea con un suspiro resignado.

—Esa chica, mija. No sé qué hacer con ella.

—Lo siento. —Lo decía en serio, bueno, al menos parcialmente. No podía imaginar lo difícil que era para mi hermana pequeña ser tan diferente de Eric y yo. No le gustaban las mismas cosas que hacíamos —los deportes— pero sobre todo, a ella no parecía gustarle nada. Mis padres habían intentado meterla en diferentes actividades, pero nunca duraba y nunca hacía ningún esfuerzo. Como les había dicho a mis padres, necesitaba resolver las cosas por sí misma.

—Sí. Supongo que no puedo quejarme demasiado. Espera un segundo… Ceci, ¿qué quieres? —Luego se fue, gritándole un poco más a mi hermana.

Me quedé allí sentada, con el teléfono todavía pegado a la cara, acostada en mi cama a más de trecientos kilómetros de donde había crecido, empapándome de la idea de que Reiner Kulti —el mismísimo Reiner Kulti— iba a ser mi entrenador. Reprimí los nervios y la anticipación.

No era gran cosa. ¿Cierto?

Lo que tenía que hacer era mantenerme entera y concentrarme en superar el entrenamiento de pretemporada para asegurar mi lugar como titular. Tendría que meter la pata en serio para no comenzar la temporada, pero a veces se sabe que sucedía algo inesperado y no me gustaba jugar con la suerte.

Y con ese pensamiento, terminé la conversación con mi papá, me recosté en la cama y me convencí de que no saldría para una carrera de último minuto de ocho kilómetros. Mi cuerpo necesitaba el descanso. Solo me tomó diez minutos mirar fijamente a la pared para

realmente decidir que podría saltarme una carrera por la mañana y estaría bien.

Uno de mis entrenadores favoritos cuando era más joven siempre decía cuándo nos motivaba a practicar: “Estar preparados para la guerra es uno de los medios más efectivos para preservar la paz”.

No habría paz en mi vida si no me iba bien cuando empezaran las prácticas, con o sin que el Rey estando allí.

Tres

Traducido por Joss_P, Cliomena & Yobs
Corregido por M.Arte

—La reunión de hoy es en el quinto piso, Sal, salón de conferencias 3C. —El guardia me guiñó un ojo cuando deslicé mi pase de visitante sobre el escritorio de granito.

—Gracias. Te veo después. —Le di una enorme sonrisa y asentí, observando el enorme mural en la pared detrás de él. Era una pieza de varias técnicas, vibrante y de muchos colores, con docenas de instantáneas de las jugadoras de las Pipers y de los Wreckers, el club profesional de hombres de Houston. Nosotras éramos su equipo de expansión, creado y manejado por los mismos propietarios del grupo. O como pensaba cariñosamente, éramos las adoptadas, quienes habían venido tras años de un récord exitoso de los hombres, mientras los propietarios tuvieran esperanzas y sueños en sus ojos sobre nuestro potencial. Por qué nombraron el equipo las Pipers, no tenía idea. Probablemente era el peor nombre que había escuchado, y por alguna razón me hacía pensar en una erección.

Una de las jugadoras en la pieza era yo, justo en medio, mis brazos sobre la cabeza tras haber anotado un gol dos temporadas atrás. Tenía que decirle a mi papá sobre el mural, me dije, observando la nueva obra de arte que agregaron al vestíbulo ya que realmente no había puesto atención cuando había venido a ver al entrenador Gardner días antes.

Las instalaciones para los Wreckers y las Pipers era un edificio impresionante, con solo un par de años de antigüedad y ubicado en un vecindario en desarrollo a las afueras del centro de la ciudad.

Habían pasado tres días desde la conferencia de prensa, y hasta ahora no había escuchado nada de alguna una persona respecto a lo idiota que fui. Nada. Ni una llamada telefónica ni un mensaje o correo de alguien diciéndome que vieron lo que pasó. Estaba acostumbrada a ser el centro de las burlas, o ser molestada por las cosas que me gustaban o la manera en que vestía, así que estaba preparada.

Pero ni así.

Temía el día que el vídeo saliera a la luz, pero enterré la preocupación hasta los más profundo de mi mente para otra ocasión. Prioridades. Tenía prioridades, como hoy.

El personal y el equipo estaban citados para una reunión

introductoria antes de que las prácticas empezaran. Principalmente era para hacer que los nuevos se familiarizaran con sus agendas, reglas y un montón de otros detalles que por lo regular entraban por un oído y salían por el otro.

La sala de conferencias era fácil de encontrar. Había solo algunas personas esperando y tomé un asiento a mitad de la habitación después de saludar a las chicas más cercanas. Observé a un par de los otros entrenadores asistentes y al entrenador Gardner, quien me había abrazado después de la conferencia de prensa mientras intentaba con todas sus fuerzas no reírse, hablando en una esquina de la habitación.

Alguien chilló.

—¡Sal! —Era Jenny, mi portera favorita en el mundo. Era mitad japonesa, mitad un puñado de nacionalidades europeas, tenía la mejor piel que había visto jamás, era alta, bonita y tenía una gran actitud. Solía odiar sus agallas —de forma amistosa— porque había bloqueado muchos de mis goles cuando estábamos en equipos opuestos. Era una mierda en el mundo del karma cuando alguien era tan bueno en todo, aparte de ser inteligente y bonita. Pero ella era una persona tan linda y amable, que mi odio había durado como veinte segundos.

—Jen-Jen. —La saludé. Ella apuntó a la silla junto a ella y me hizo un gesto para que fuera. Saludé a otras de las jugadoras conocidas que estaban cerca, la mayoría estaba mirando alrededor con sospecha. Ay, Señor. Le di otro vistazo rápido a los entrenadores para asegurarme que Kulti no estaba escondiendo entre ellos.

No lo estaba.

Detente, Sal. Concéntrate.

Jenny se enderezó para abrazarme.

—Estoy tan feliz de verte —dijo. La mayoría de las jugadoras no vivían en Houston todo el año y ella era una de ellas, regresando a su hogar en el estado de Iowa cuando la temporada terminaba. Este sería nuestro tercer año juntas en el equipo. Y aunque no estaba precisamente lejos de mis padres —era solo un viaje de tres horas más o menos a San Antonio— no me molestaba vivir en Houston, pese a la humedad.

Todos en la conferencia de prensa parecían merodeando por ahí. Las jugadoras estaban atentas, un aire de expectación cubriendo todo. Tuve que recordarme un par de veces más que lo dejara ir. Atrapé a Jenny viendo alrededor mientras hurgaba en su bolso en busca de un

lápiz labial, y se sonrojó cuando se dio cuenta que vi lo que estaba haciendo.

—Realmente no creo que esto sea tan importante —dijo, y le creí—. Pero… ya sabes, casi estoy esperando que venga aquí con las alas de Hermes en sus zapatos y un halo en la cabeza, ya que todos piensan que es una especie de Dios. —Jenny hizo una pausa por un momento antes de agregar rápidamente—: En el campo de fútbol, quiero decir.

Le guiñé un ojo y asentí, agregando:

—Sí, claro, lo que tú digas. —Solo para molestarla. Estaba familiarizada con su tipo y no eran los hombres de cabello castaño que jugaban al fútbol. Su novio de dos años era una bestia de casi dos metros, un velocista que había ganado una medalla de bronce y una de plata en los últimos Juegos Olímpicos, tenía muslos del tamaño de mi caja torácica. Presumido.

Jenny frunció el ceño.

—No me hagas aparecer esas fotos que vi.

Maldición. Me tenía, y por la sonrisa en su rostro, ella lo sabía. Mi madre había sacado unas fotos de mí cuando era más joven durante una visita en la que Jenny me acompañó a casa. En varias de ellas, mi obsesión por Kulti estaba bien documentada. Creo que fueron los tres pasteles de cumpleaños seguidos con su rostro en ellos lo que realmente selló el trato.

—Hola, Jenny —dijo una voz familiar desde arriba de mi cabeza. Casi inmediatamente, dos manos agarraron mi rotro por detrás y aplastaron mis mejillas, luego dos ojos marrones aparecieron sobre mi cabeza—. Hola, Sally.

Le di un golpecito con el dedo al espacio entre sus dos ojos marrones. Su cabello rubio oscuro estaba corto como siempre, en un estilo que llamarías un corte de duendecillo en cualquier otra persona en el mundo que no fuera ella.

—Harlow, te extrañé —le dije a la mejor defensora del país.

Harlow Williams realmente era la mejor y por una buena razón, daba un poco de miedo. Era increíblemente agradable fuera del campo, pero en él, esos antiguos instintos de supervivencia con los que nace cada ser te pedían que huyeras al otro lado cuando ella se dirigía hacia ti.

La llamamos “La Bestia” por una razón.

Su respuesta fue en forma de pellizcar mis fosas nasales con una mano, cortando el suministro de aire.

—También extrañé tu cara. ¿Tienes algo de comida? —preguntó, todavía mirando por encima de mi cabeza.

Por supuesto que tenía comida conmigo. Saqué tres barras Kind de mi bolso y le di la de mantequilla de maní, su favorita.

—Es por eso que siempre te cubro la espalda —dijo con un suspiro de satisfacción—. Gracias, Sal. Te acosaré más tarde para que puedas decirme lo que has estado haciendo.

—Claro.

Harlow dio unas palmaditas en la parte superior de mi cabeza con un poco de fuerza antes de sentarse a un lado de la mesa. Se apoyó en el borde y comenzó a darle golpecitos con los dedos mientras mordía la barra. Jenny y yo nos hacíamos muecas. Las tres habíamos jugado juntas en el equipo nacional cuando todavía estaba en él, así que nos conocíamos mejor que nadie.

—Es una maniática.

Jenny asintió.

—Sí. ¿Recuerdas aquella vez que te derribo con el brazo durante la práctica?

Mi hombro palpitó de solo pensarlo. Era culpa de Harlow que tuviera dolor crónico.

—No pude jugar durante tres semanas después de eso. Por supuesto que lo recuerdo. —Lo había dislocado cuando intenté esquivarla y rodearla con el balón. Nunca más. Si bien no solía huir de una jugadora agresiva, Harlow estaba en su propia liga.

El entrenador Gardner aplaudió una vez que todos se presentaron y nos dieron la bienvenida a los preparativos para el entrenamiento de esta temporada. Casi todos los que estaban en la sala miraron a su alrededor, sorprendidos de que comenzara cuando obviamente faltaba alguien. O bien el entrenador Gardner no se dio cuenta de que nadie estaba realmente prestando atención o no le importó, porque se lanzó directamente al asunto.

Si alguien más pensaba que era extraño que el hombre que había jugado partidos con gripe y fracturas no estuviera presente en nuestra primera reunión de equipo, nadie dijo nada. Su récord de asistencia siempre había sido impecable. Se habría necesitado una fuerza de la

naturaleza para mantenerlo fuera del campo.

—La entrenadora Marcy tomó un puesto en la Universidad de Mobile este verano, por lo que los altos mandos se acercaron a algunas personas para cubrir la posición de entrenador asistente que dejó libre. Tuvimos la suerte de conseguir a alguien hace unos días. Reiner Kulti, quien todos sabemos que no necesita presentación, asumirá las funciones de entrenador asistente.

Hubo un pequeño y profundo respiro colectivo antes de que Gardner continuara. ¿Estas personas no revisaban sus correos o al menos veían la televisión?

—Aunque sé que las damas son todas profesionales, lo voy a decir de todos modos: Es el entrenador Kulti. No Reiner, ni Rey, y si escucho que alguna de ustedes lo llama Führer, quedará fuera. ¿Entendido? Sheena de relaciones públicas estará aquí para hablar sobre lo que pueden y no pueden publicar en las redes sociales un poco más tarde, pero por favor, usen su buen un buen juicio.

Para empezar, nunca lo llamaría Kulti *Führer*, pero con esa amenaza, ni siquiera quería pensar en él para estar segura. Desde el incómodo silencio que sobrevino del grupo durante el resto del discurso, era obvio que todas se sentían de la misma manera. Éramos profesionales. Nunca había conocido a un grupo de personas más competitivas en mi vida que cuando jugaba en el equipo nacional.

Era como si fuéramos una clase de jardín de infantes, todas sentadas allí, mirando ausentemente y asintiendo con la cabeza mientras Gardner nos advertía de nuestra posible expulsión.

¿Quedarse en la banca durante toda temporada? ¿O incluso ser suplente? Sí, claro. Era seguro que no sucedería.

Capté el final de su discurso mientras señalaba las seis adiciones más recientes al equipo, y luego manifestó sus expectativas sobre lo que esperaba lograr: encontrar una combinación ganadora y talentosa que llevara al equipo a la cima por un año más. Repasamos algo sobre el acceso al gimnasio de la universidad local y una lista de expectativas de lo que se esperaba de nosotras cuando estábamos fuera del campo. Era la misma charla que escuchaba cada vez que comenzaba una nueva temporada.

Excepto que nunca me habían amenazado con ser expulsado de un equipo por hablar mal de un entrenador que ganaba más dinero en un año que la mayoría de nosotros en nuestras vidas.

Había trabajado demasiado duro y demasiado tiempo para dejar

que algo tan tonto arruinara mi carrera.

No, gracias y jódanse.

Gardner continuó hablando durante otro buen rato sobre en qué se centrarían durante las seis semanas entre el comienzo del entrenamiento y el comienzo de la temporada. Presentó al resto del personal y, finalmente, Sheena, la persona de relaciones públicas que había permanecido de pie a mi lado mientras me hacía la tonta, se hizo cargo.

Todo fue Kulti, Kulti y más Kulti.

—… su presencia va a traer más atención al equipo. Necesitamos aprovechar el ímpetu de la prensa y la emoción del público para darle un giro y concentrarnos en nuestra organización. Es algo positivo y es una herramienta valiosa para que la liga siga creciendo…

¡Lo sabía! Sabía que lo habían traído principalmente para la publicidad.

—… si se acercan a ustedes, dirijan la atención al equipo o la liga. Sean alegres…

¿Alegres?

—… el señor Kulti debería estar aquí mañana…

Jenny me dio una patada debajo de la mesa.

No bromeaban cuando dijeron que el equipo recibiría más atención debido al jugador alemán retirado. Lo que solía ser un evento tranquilo y de bajo perfil con jugadores bajando de minivans, ahora era un evento repleto de autos de alquiler y algunas furgonetas de cadenas de noticias. Malditas furgonetas de noticias. Un pequeño grupo de personas estaba disperso por el estacionamiento cuando llegué. Reconocí a algunas de las chicas como jugadoras, pero el resto eran desconocidos: periodistas, reporteros, bloggers y posiblemente incluso fanáticos de Kulti. Al menos esperaba que fueran más fanáticos, pero no era optimista.

Esto ni siquiera era el comienzo de la práctica, era nuestra evaluación anual de estado físico antes de que comenzara el entrenamiento real solo para ver cómo estaban todas. No era la gran cosa, y sin embargo, había mucha gente…

La ansiedad abrasaba mi estómago y respiré profundamente para que la sensación desapareciera.

Aunque no funcionó.

Una respiración muy profunda, otra más y para la tercera ya estaba estacionada. Afortunadamente mis nervios se habían calmado lo suficiente como para salir del auto sin que pareciera que estaba luchando contra las náuseas matutinas. Unos cinco segundos después de que logré sacar mi mochila del maletero, lo escuché.

—¡Casillas!

A la mierda con mi vida.

—¡Sal Casillas! ¿Tienes un minuto para mí? —gritó una voz masculina.

Colgué la mochila en mi hombro y eché un vistazo a mi alrededor para encontrar a hombre alejándose del grupo de extraños. Me saludó y sentí que mi estómago se hundía aún cuando forcé una sonrisa en mi rostro y saludé de vuelta. No era la culpa de nadie que me pusiera rara y ansiosa frente a una cámara de vídeo.

—Seguro —respondí convincentemente. Faltaban veinte minutos para que comenzara nuestra evaluación, pero aún tenía que prepararme.

—¿Cómo te va? Steven Cooper del *Sports Daily* —El hombre me saludó con un apretón de manos—. Solo tengo un par de preguntas, si está bien.

Asentí.

—Dispara.

—Estaré grabando esto con fines de documentarlo —Apretó el botón de grabar mientras me mostraba el aparato en su mano—. ¿Qué es lo que esperas con más ansias de esta temporada? —preguntó.

—Realmente tengo muchas ganas de empezarla. Tenemos nuevas jugadoras y personal en el equipo, estoy emocionada por ver que tan bien trabajamos juntos. —El hecho de que sonara como un buen y estable ser humano en lugar de alguien que estaba a punto ensuciar sus pantalones me hizo sentir orgullosa.

—¿Cómo te sientes con que Reiner Kulti haya sido contratado como entrenador asistente de las Pipers?

Era exactamente la misma pregunta que había respondido

durante la conferencia de prensa de hace unos días.

—Aún es bastante surrealista. Estoy emocionada. Creo que es genial que tengamos a alguien con tanta experiencia que venga a ayudarnos.

—Es una opción poco probable como entrenador, ¿no lo crees?

Metí mis manos en las bolsas del pantalón cuando comencé a sentirlas húmedas. La mayoría de las veces estas cosas iban bien, pero de vez en cuando las convierten en bombas de tiempo. Metí la pata más veces de las que podía contar, lo cual no ayudaba a mi miedo para hacer estas entrevistas.

—Es diferente pero no hay nada de malo con eso. Ha sido el Jugador Mundial del Año más veces que nadie por una razón. Sabe lo que se necesita para ser el mejor y eso es algo en lo que cada jugador se esfuerza por alcanzar. Además, creo que es injusto quitarle crédito antes de haberle dado la oportunidad de probarse a sí mismo —dije.

Me dio una mirada incrédula, como si pensara que estaba llena de mierda, pero no me contradijo.

—Está bien. ¿Cuál es tu predicción para esta temporada? ¿Irán las Pipers a las finales otra vez?

—Ese es el plan —Le sonreí—. Ya tengo que irme, ¿a menos que tengas una pregunta más?

—Está bien, una más, ¿tienes planes de unirte al equipo nacional de nuevo?

Abrí la boca y la dejé así por un segundo antes de cerrarla. Me balanceé sobre mis talones mientras frotaba mis palmas en la parte delantera de mis shorts.

—No lo tengo planeado a corto plazo. Quiero enfocarme en nuestra temporada regular por ahora. —Tragué saliva fuertemente y le tendí la mano. Un segundo después estaba marchando hacia el campo, viendo como las otras chicas eran acorraladas en conversaciones con otros reporteros. Otros dos periodistas me llamaron, pero decliné con una disculpa. Tenía que calentar antes de que nuestra evaluación comenzara.

El día de hoy prácticamente consistía en hacer carreras cortas y veloces durante una hora, fortalecer la parte superior del cuerpo haciendo lagartijas y sentadillas interminables del tercer círculo del infierno, entre otras formas de tortura que una vieja entrenadora desarrolló recientemente. Algunas personas realmente le temían, pero

no estaba del todo en contra de nuestro plan físico. ¿Era divertido? No. Pero trabajaba arduamente y mucho durante todo el año para no ser la que resoplara durante la primera mitad del juego, además me gustaba ser la más rápida. Así que demándame.

Trabajaba más duro que nadie por una razón. Era rápida, pero no me estaba volviendo más joven y mi tobillo tampoco estaba mejorando. Luego estaba mi rodilla, que había sido un problema durante la última década. Tienes que compensar cosas como esa nunca siendo blanda, poner primero tu bienestar y no dar las cosas por sentado.

Acababa de dejar caer mis cosas al lado del campo cuando finalmente sucedió.

Fue el: "*Oh. Mi. Diooooos"* de una de las chicas con las que no estaba familiarizada lo que de repente me hizo prestar atención.

Lo vi. Ahí estaba él. *Ahí.*

Oh, diablos. Estaba muerta.

Uno ochenta metros y posiblemente ocho centímetros de cabello castaño, cinco veces el Jugador Mundial del Año, estaba *allí,* hablando con la entrenadora física del equipo, una anciana malvada que no tenía piedad de nadie.

Oh, maldición. Me estiré para asegurarme de que mi cabello no se había llenado de frizz en los cinco minutos que había estado fuera de mi auto y luego me detuve. ¿Qué demonios estaba haciendo? Dejé caer mis manos inmediatamente. Nunca me importó cómo me veía cuando estaba jugando. Bueno, rara vez me importaba cómo me veía y punto. Mientras mi cabello no estuviera en mi cara y mis axilas y piernas estuvieran afeitadas, estaba bien. Depilaba mis cejas un par de veces a la semana y tenía una adicción con las mascarillas caseras, pero eso solía ser el mayor esfuerzo que ponía en mí. La gente me preguntaba por qué me estaba vistiendo elegantemente si usaba jeans, así de malo era.

Usé bálsamo de labios y una banda para la cabeza en mi última cita y ahora estaba arreglando mi cabello. Cielos.

Solo para que conste y por mi orgullo, no creo que alguna vez haya sido una *fanática loca* en mi vida. Había algunos jugadores de fútbol que lograban sonrojarme y también hubo una vez cuando tenía catorce y fui a un concierto de JT, él me tocó la mano y yo desmayé un poco… pero esa fue la excepción. Pero ver al maestro del control del balón destacando a un lado del campo de fútbol con su camiseta

de entrenamiento azul y blanco y pantalones de atletismo fue simplemente… demasiado.

Demasiado.

Reiner Kulti asintió a algo que decía la sádica y vieja demonio, y me sentí… extraña.

Para mi absoluto horror, mi adolescente interna de trece años, la que había planeado casarse con este chico y tener súper bebés jugadores de fútbol con él, apareció y me recordó que alguna vez estuvo por aquí. Juraría por mi vida que mi corazón se contrajo y mis axilas comenzaron a sudar simultáneamente. El mejor termino para describir lo que me estaba pasando: loca por un famoso. Completamente loca por un famoso.

Por… *Reiner Kulti.*

El Rey.

El mejor jugador salido de Europa…

Está bien. Esto no iba a funcionar, para nada, ni un poco. Racionalmente, sabía que ese enamoramiento que tenía por él era estúpido. Ya era grande para esa basura y lo había superado hace una década, cuando le dije "vete a la mierda" al hombre que se había casado con alguien más y que por poco acabó con la carrera de mi hermano justo después de haber comenzado. Kulti era solo un hombre. Cerré los ojos y pensé en la primera cosa que pudiera sacarme de mi *SantamierdaesKultielqueestáahí.*

Popó.

Él hace popó.

Él hace popó.

Seguro. Eso es lo que necesitaba para sacarlo de mi mente. Me lo imaginé sentado en el trono de porcelana para recordarme que solo era un hombre normal con necesidades como todos. Lo sabía, lo había sabido por mucho tiempo. Solo era un hombre con padres que hacen popó y pipí y duermen como el resto de nosotros. Popó, popó, popó, popó, popó.

Sí.

Estaba bien. Estaba realmente bien.

Hasta que Jenny golpeó inesperadamente mis costillas con su codo, su cara sobre la mía mientras ponía esos enormes ojos ridículos,

apenas inclinando la cabeza en dirección a Kulti. Era la señal universal de un amigo para decir: *Ahí está ese chico que te gusta. ¿Lo ves?*

Esta perra. Hice que mis ojos se abrieran de par en par y articulé "cállate, maldita sea" hacia ella, moviendo mis labios lo menos posible.

Como cualquier buena amiga, no hizo lo que le pedí. Siguió dándome codazos y lazando esa mirada loca y estúpida mientras movía la cabeza, intentando ser discreta y fallando miserablemente. No miré hacia él por un buen rato, solo ese vistazo inicial desde más de quince metros de distancia y luego otra mirada rápida justo después de eso.

Popó. Recuerda: popó. Bien.

El silencio en el campo decía más sobre lo que todos estaban pensando, pero que no podían decir en voz alta.

La tonta de Jenny me pateó en el pie mientras nos poníamos bloqueador solar, sonriéndome cuando captó mi atención, algo que estaba intentado ignorar a propósito porque me hacía reír. Supe dentro de mí que esto iba a ser una historia de nunca acabar. Nunca. Había superado mi enamoramiento-guión-encaprichamiento cuando tenía diecisiete años, cuando finalmente acepté el hecho de que no tenía ni una sola oportunidad de jugar contra él —obviamente— y… que no había ninguna maldita posibilidad de que él alguna vez se interesara en mí, la argentina-mexicana-estadounidense trece años más joven. No habría un matrimonio en mi futuro o los súper bebés jugadores de fútbol.

Fue la peor no-ruptura en la historia de las relaciones imaginarias con un hombre que ni siquiera sabía que existía.

Mi pobre e inocente corazón no había sido capaz de manejar el hecho de que el único amor que había conocido se hubiera casado con otra persona, Reiner Kulti no sabía que se suponía que se iba a enamorar de mí algún día.

Pero como todo primer amor no correspondido, lo superé. La vida siguió adelante. Y luego toda la mierda con Eric ocurrió poco después de eso, los carteles en mi pared se convirtieron en una traición aún mayor por parte del único chico en mi vida que siempre me había dejado plantada por ir a improvisados partidos de fútbol con sus amigos.

—Síguele, idiota —le susurré a Jenny mientras me frotaba el protector solar en la parte de la espalda que no podía alcanzar.

Ella resopló y me dio un golpe en la cadera mientras caminábamos hacia nuestra área de estiramiento designada. Ya había un pequeño grupo esperando, sus voces eran más bajas de lo normal. Claro que Kulti estaba cerca con el entrenador Gardner y Grace, la capitana de nuestro equipo y una defensora veterana que había jugado profesionalmente desde que yo aún estaba en la secundaria. Había estado con las Pipers durante cuatro años al comienzo de esta temporada, al igual que yo.

—Es más alto de lo que pensé que sería —murmuró Jen lo suficientemente fuerte como para que la escuchara.

Miré por el rabillo del ojo hacia donde estaban los entrenadores y Grace sin ser completamente obvia. Con solo seis metros de distancia entre nosotros, estábamos más cerca de lo que jamás pensé que estaría de él, y asentí porque ella tenía razón. Era espectacularmente alto en comparación con muchos de los delanteros masculinos, también llamados "goleadores" por algunos, o como mi hermana describía esa posición: "las personas que se quedaban cerca de la portería del otro equipo sin hacer nada y trataban de anotar". Los mejores delanteros era los que tendían a ser menos altos, no los de un metro ochenta o un metro noventa, dependiendo qué tan analista o sabelotodo quieras ser. Teniendo en cuenta lo inigualable que era su destreza con los pies, era un…

Alto. Detente, Sal.

Cierto.

Popó.

Podría mirarlo sin *fan-girlear*, podría ser imparcial. Así que hice mi mejor esfuerzo para hacer eso. Parecía más fornido de lo que había sido hace un par de años cuando dejó de estar en el foco de atención. Como la mayoría de los jugadores, había sido musculoso pero extra delgado y largo por todas esas carreras sin fin. Ahora, parecía un poco más pesado, su cara estaba más llena, su cuello parecía un poco más grueso y sus brazos…

Popó. Pedo. Orinando en un urinario. *Bien.*

Todo bien.

El chico era más musculoso. Un indicio de su tatuaje se asomó por debajo de la manga de su camiseta y aún tenía ese tono de piel perfecto que estaba en algún lugar entre un blanco cremoso y un suave bronceado perfecto.

Su cabello era del mismo marrón perfecto que siempre había sido y si no hubiera sido por los toques de gris en sus sienes, ese aspecto familiar hubiera sido el mismo. Básicamente, era obvio que había envejecido y que no estaba tan en forma como lo había estado durante la mayor parte de su vida. Su constitución se había convertido en más rata de gimnasio que nadadora, y no había nada de malo en eso.

Pero cuando me concentré en su rostro, algo simplemente parecía… apagado. Siempre había sido guapo, realmente guapo, a su manera no tradicional. Kulti no tenía las características simétricas de huesos prominentes que las compañías usualmente buscaban cuando respaldaban a los atletas. Su estructura facial era más tierna, su elegancia sin duda provenía de lo voluminoso de su boca y del color brillante de sus ojos. Era un atleta tan sobresaliente que nunca había importado que no tuviera una cara cincelada durante toda su carrera. Su confianza era cegadora. Una vez afeitado, los angulosos huesos de su mandíbula y mejillas hacían que su perfil fuera tan masculino en todo momento. Unas cuantas líneas más surgían de las esquinas de sus ojos verde avellana de las que antes habían estado allí.

Olvidé que iba a cumplir cuarenta este año.

Todas las piezas del rompecabezas estaban allí, pero era como si no se hubiera armado correctamente. Sabía que no era porque hubiera algo diferente en su exterior, era algo que se mantenía oculto, y no pude averiguar de qué se trataba, lo que me molestó. Algo en mi interior reconoció una diferencia en él, pero mis ojos no podían. ¿Qué era?

—¿Alguien puede pasarme una banda? —preguntó una chica cerca de mí, sacándome del cubo Rubik humano que estaba jugando.

Me di cuenta que era la persona más cercana a las mini-bandas que usábamos para estirar, tomé una y se la pasé a mi compañera.

—¡Todas hagan un círculo! —gritó Gardner, como un pastor llamando a sus ovejas.

Con lo que creí que ninguna de nosotros se sentía cómoda, pero bueno. Como zombis, el grupo se acercó a él en silencio, vacilantes. Éramos insectos atraídos por mata insectos, la cosa brillante que podía matarnos potencialmente, solo que un hombre era la atracción. Gardner y Kulti se unieron junto con la entrenadora física a otros miembros del equipo, se estrecharon las manos y se saludaron entre ellos.

Luché contra la necesidad de tragar saliva porque sabía que uno de los idiotas a mi alrededor lo vería, y no quería darle a Jenny otra oportunidad para que me echara en cara mi antigua obsesión con Kulti.

—Señoritas, me complace presentarles a su nuevo entrenador asistente de la temporada, Reiner Kulti. Vamos a romper el hielo muy rápido antes de empezar. Si pudieran hacer un círculo para presentarse y decirle qué posición están jugando… —Gardner se calló con ceño que nos animó a todos a decirle lo estúpido e infantil que era esto. Lo odiaba en la escuela y no me encantaba ahora.

Sin perder el ritmo, una de las chicas más cercanas a Gardner comenzó con el círculo de presentaciones.

Lo observé, su cara y sus reacciones. Parpadeó y bajó la cabeza cada vez que una jugadora terminaba de hablar. Una tras otra, la mitad del grupo pasó y me di cuenta de que estaba cerca de la mitad del semicírculo cuando le tocó a Jenny.

—Soy Jenny Milton —Sonrió de esa manera en la que siempre me hacía sonreír sin importar en qué estado de ánimo estuviera—. Portera. Encantada de conocerte.

No me pasó desapercibido la forma en que su mejilla se elevó un milímetro más en reacción a su saludo. Tendrías que ser el maldito Grinch para no apreciar a Jenny. Era una de esas personas que se despertaban de excelente humor y se iban a dormir con una sonrisa en su rostro. Pero cuando estaba enojada, no detendría que la muerte le llegara.

Entonces fue mi turno y cuando esos ojos de color claro aterrizaron en mi cara expectante, pensé en popó. Un montón de popó. Una gran cantidad de popó tapando el inodoro.

Como una profesional, me sorprendí al no chillar ni tartamudear. Esos orbes de color marrón verdoso que se decía que eran las ventanas del alma de una persona estaban justo encima de mí.

—Hola, soy Sal Casillas. Delantera. —Más como un ala, pero ¿cuál era el punto de ser específica?

—Sal hizo tu conferencia de prensa —comentó Sheena, la empleada de relaciones públicas.

Me encogí por dentro y no se me pasó desapercibido el pequeño resoplido que escapó de Jenny. Lo ignoré. Perra.

Cuando volví a mirar donde él estaba, ya era ignorada. Su

atención se había dirigido directamente a la chica que estaba a mi lado sin un momento que perder.

Bueno. Está bien.

Creo que debería haberme alegrado de haber cancelado nuestros preparativos de boda hace años.

Le di a Jenny una mirada por el rabillo del ojo.

—Cállate.

Ella esperó hasta que la siguiente jugadora dejara de hablar antes de responder:

—No dije nada.

—Estabas pensando en eso.

—No he dejado de pensarlo —admitió en un susurro que era demasiado parecido a una risa.

Mis ojos se pusieron en blanco por sí solos ante el recuerdo. Yo tampoco.

Acababa de acostarme en mi cama después de cenar cuando mi teléfono sonó. Me dolían las piernas después de mi carrera de la mañana, nuestra prueba de condición física y luego el trabajo de jardinería con el que ayudé a Marc la mayor parte de la tarde. Teniendo en cuenta que eran las ocho de la noche y tenía un grupo pequeño de amigos que en realidad me llamaban de vez en cuando, tenía una muy buena idea de quién era… y efectivamente, un código de área extranjera y un número aparecieron en la pantalla.

—Hola, papá —respondí, deslizando el celular en el hueco entre mi hombro y mi oreja.

El hombre ni siquiera se anduvo por las ramas. De manera rápida, soltó:

—¿Cómo estuvo?

¿Cómo estuvo?

¿Cómo podría decirle a mi papá, un fanático acérrimo de Kulti, a pesar de que no tenía intención en seguir llamándose a sí mismo un fanático, que ese día había sido una gran decepción?

Una decepción. Solo podía culparme a mí misma. Nadie me había dado nunca la impresión de que Reiner Kulti nos iba a confundir con trucos y consejos que ni siquiera habíamos pensado, especialmente durante un día dedicado a las pruebas de condición física, también conocido como cardio-durante-todo-el-día-hasta-que-estuvieras-a-punto-de-vomitar. ¿O tal vez había anticipado que ese infame temperamento, ese que le había provocado obtener más tarjetas rojas —expulsándolo de los juegos— más veces de lo necesario, saliera? Había una razón por la que lo llamaban el *Führer* cuando jugaba, y era parte de la razón por la que a la gente le gustaba y le disgustaba tanto.

Hoy, sin embargo, no había sido un imbécil ni codicioso o condescendiente. Todas las características que había escuchado de personas que habían jugado con él eran inexistentes. Esta era la misma persona que había sido suspendida de diez juegos por golpearse cabeza con cabeza con otro jugador durante un juego amistoso, un juego que ni siquiera contaba para nada. Luego estaba la vez en que había entrado en un altercado con un jugador que había tratado descaradamente de patearlo en la parte de atrás de la rodilla. Él era el choque de trenes que querías ver una y otra vez… o al menos lo había sido.

En su lugar, solo se quedó ahí mientras nos presentábamos y luego de eso nos observó cuando no estaba hablando con el entrenador Gardner. Ni siquiera creo que haya tocado el balón. No es que lo estuviera mirando mucho.

La única cosa de la que estoy segura es que todas nosotras le escuchamos decir un “Buenos días”. Buenos días. Ese simple saludo del mismo hombre que se metió en problemas por gritar “¡Vete a la mierda!” en la Copa Altus por televisión.

¿Qué estaba mal conmigo para estar quejándome sobre Kulti siendo muy distante? ¿Muy amable?

Sí, había algo mal conmigo.

Tosí en el teléfono.

—Estuvo bien. En realidad, no habló con nosotras ni nada. —Y por “en realidad” me refería a “en absoluto”. No iba a decirle eso a papá.

—Oh. —Su decepción fue evidente por la forma en que pronunció la vocal tan fuerte.

Bueno, me sentí como una idiota.

—Estoy segura de que está intentando prepararnos. —Tal vez. ¿Cierto?

—*Alomejor*. —Tal vez, papá dijo eso en el mismo tono que usaba cuando yo era pequeña y le pedía algo que sabía muy bien que no iba a darme—. Entonces, ¿nada pasó?

Ni siquiera tuve que cerrar los ojos para recordar lo que había sucedido ese día. Ni una sola cosa. Kulti solo se había quedado atrás, mirándonos correr y ejecutar una variedad de ejercicios para asegurarse que todas estábamos en forma. Ni siquiera puso los ojos en blanco, mucho menos nos llamó un grupo de idiotas incompetentes, otra cosa por la que había sido conocido era por llamar a sus compañeros de equipo así cuando no estaban jugando al nivel que él esperaba.

—Nada. —Y era la verdad ¿Tal vez se había vuelto tímido con los años?

Sí, era poco probable, pero podía creerme eso. O al menos decirle eso a papá para que no sonara tan desanimado después de haber estado tan emocionado cuando supo que Kulti sería nuestro entrenador.

—Pero oye, tuve los mejores tiempos en cada carrera —agregué.

Su risa fue suave y posiblemente un poco decepcionada.

—Esa es mi chica. ¿Corriendo todas las mañanas?

—Cada mañana y he estado nadando más —dejé de hablar cuando escuché una voz en el fondo.

Todo lo que pude escuchar fue a papá murmurando:

—*Es Sal… ¿quieres hablar con ella?... Está bien…* Sal, tu mamá dice hola.

—Dile que digo hola también.

—*Mi hija dice hola… no, ella es mía. La otra es tuya… ¡Ja! ¡No!...* Sal, ¿eres mía o de tu mamá? —me preguntó.

—Soy del lechero.

—¡Lo sabía! —Finalmente se rio con un profundo suspiro de satisfacción.

Estaba sonriendo como una completa idiota.

—También te amo, viejo.

—Sé que lo haces, pero yo te amo más —Se rio entre dientes.

—Sí, sí. ¿Me llamas mañana? Estoy muy cansada y quiero poner algo de hielo en mis pies.

Un suspiro entrecortado salió de él, pero sabía que no diría nada. Su suspiro lo decía todo y más; era un suave recordatorio sin palabras de que necesitaba cuidarme. Habíamos hablado de esto cientos de veces en persona. Papá y yo nos entendíamos de una manera diferente. Si hubiera sido mi hermano diciendo que necesitaba hielo, yo probablemente le habría preguntado si sobreviviría y papá le habría dicho que se aguantara. Era la belleza de ser la hija de mi padre, supongo. Bueno, era la belleza de ser yo y no mi hermana pequeña, con quien él peleaba constantemente.

—Está bien, hasta mañana. Que duermas bien*, mija.*

—Tú también, papá. Buenas noches.

Me dio otro adiós y colgamos. Sentada en mi cama en el departamento del garaje que había estado alquilando durante los últimos dos años, me puse a pensar en Kulti y en cómo se había quedado allí como una gárgola dorada, observando, observando y observando.

Fue entonces cuando lo recordé haciendo popó.

Cuatro

Traducido por MEC & Iris
Corregido por M.Arte

Los siguientes días transcurrieron sin incidentes y, sin embargo, fueron tan agitados como normalmente lo eran. Tuvimos que hacer nuestros exámenes físicos para el equipo en un día y al día siguiente nos tomaron las medidas para los uniformes. Después de cada pequeña parte de la mañana, me iba a trabajar con Marc, quien me acosaba si ya le había conseguido el autógrafo de Kulti, luego, cada noche, practicaba yoga, iba a nadar o hacía pesas, dependiendo de lo cansada que estuviera. Luego llegaba a casa y hablaba con mi papá o veía la televisión.

Todos querían saber cómo era Reiner Kulti, y no tenía nada que darles. Se presentaba a lo que sea que tuviéramos haciendo, se paraba en cualquier esquina que estuviera disponible, y observaba. Realmente no hablaba ni interactuaba con nadie. No hacía *nada*.

Así que… eso era un poco decepcionante para todos los que preguntaban.

Una pequeña parte de mí estaba sorprendida de que los buitres no hubieran descendido sobre su culo inmóvil. Si alguna vez necesitara el dinero, podría trabajar como una de esas estatuas vivientes que pintaban sus cuerpos con colores metálicos y se quedaban en Times Square, permitiendo que la gente les diera propinas para tomarse fotos con ellos. Su apatía era así de mala.

Pero nadie dijo nada sobre la conferencia de prensa del infierno, ni mencionó cosas sobre Eric y Kulti, y no hubo más preguntas sobre mi reincorporación al equipo nacional. En general, no tenía nada de que quejarme. Podía actuar como un ser humano normal con cierta dignidad, no como una idiota tartamuda que hace una década estaba enamorada del hombre del que todos hablaban.

Así que realmente, ¿de qué podría quejarme?

En la mañana de nuestras sesiones de fotos individuales, debería haber sabido cómo iba a ir la entrevista cuando lo primero que salió de la boca del periodista fue un pronunciado “¡Salomé!”. Suh-lome. Luego, incluso después de que lo corregí, él todavía lo dijo de manera incorrecta, lo que no era un gran problema, estaba acostumbrada a que alguien lo dijera mal. Sucedía todo el tiempo.

Suh-lome. Saah-lome. Sah-lowmee. Salami. Salamandra. Salmón.

Salmen. Saul. Sally. Samantha.

O, en el caso de mi hermano: Estúpida.

En el caso de mi hermanita: Perra.

En cualquier caso, cuando alguien arruina tu nombre continuamente incluso después de que lo corriges… es una señal. En este caso, era una señal de que debería haber sabido que este tipo era un imbécil.

Había tratado de alejarme de él. Usualmente intentaba escabullirme, pero últimamente había tantos, era imposible. En el momento en que vi al grupo de reporteros de televisión y periodistas en el campo donde se iban a tomar las fotografías, mi estómago se revolvió. No tenía problemas para caminar con mi sostén deportivo delante de todos y cada uno de ellos, podía jugar partidos bien frente a miles de personas, pero en el instante en que apareció una cámara cuando no estaba haciendo esas cosas…

No, no, no, no.

Tan pronto como los vi, me di la vuelta para irme lo más lejos posible de su ubicación y dejarlos que fueran tras las otras chicas primero. El grupo más alejado de la entrada detuvo a Grace, la capitán y la veterana en el equipo. Gracias, Jesús. Luego vi que otro grupo se abalanzaba sobre Harlow, y sentí que un alivio me atravesaba el estómago.

Cuatro metros más para irme. Cuatro metros más y estaría tranquila. Mi corazón comenzó a latir mucho más rápido y me aseguré de mantener mis ojos hacia adelante. Sin ningún contacto visual.

Tres metros. Santo Dios, por favor…

—¡Salomé!

Mierda.

Miré por encima de mi hombro y solté un suspiro de alivio cuando el reportero que gritaba no tenía una cámara o un camarógrafo con él. Era un blogger. Podría haberlo besado.

Las primeras preguntas fueron normales. Cómo había ido mi temporada baja. Cómo iba el entrenamiento. Quien creía que iban a ser nuestras mayores competidoras.

Fue justo cuando estaba terminando su última pregunta, preparándome para decirle que me tenía que irme, cuando escuché a

los reporteros que había evitado empezar a charlar en voz alta. Una vez más, no fue un gran problema. Los ojos del periodista comenzaron a moverse hacia el área detrás de mí, incluso mientras hablaba, mirando y esperando a su próxima víctima. Normalmente no había reporteros o periodistas esperando antes de la práctica a menos que fuera la temporada de los playoffs. Al menos así había sido antes de que apareciera la ex-superestrella alemana.

Ahora, aparentemente todos tenían visión de botella cada vez que él estaba cerca. Y por la mirada en el rostro del periodista cuando vio a su próximo sujeto, supe quién había llamado su atención.

Sus dos ojos se movieron desde lo que estaba mirando detrás de mí… hacia mí y luego de vuelta.

Una oleada de ira pavorosa saturó mi vientre cuando Kulti pasó, saludando a las tres personas de los medios de comunicación que intentaban captar su atención haciendo preguntas y poniendo sus cámaras y dispositivos de grabación cerca de su rostro.

Él podía salirse con la suya y ser antisocial, pero yo no.

—¿No es tu hermano un profesional también? —preguntó el periodista lentamente.

Tragué saliva y me obligué a esperar que esto no estuviera yendo a donde parecía. Y sin embargo, sabía que así era.

—Sí. Es un delantero central. —O como lo llamo, una perra central—. Juega para Sacramento normalmente, pero en este momento está jugando con un equipo en Europa. —Esta era la única razón por la que estaba segura de que todavía no me había llamado para quejarse de Kulti. ¿Lo sabía? Tenía que saberlo. Pero era tacaño y no iba a llamar hasta nuestra cita telefónica de cada dos domingos.

Los ojos del hombre se volvieron hacia mí tan lentamente que supe que estaba jodida.

—¿No se le rompió la pierna hace años?

Fueron su tibia izquierda y el peroné para ser exactos. Solo pensar en eso hizo que me dolieran las espinillas, pero me conformé con un asentimiento en respuesta. Cuanto menos hablaba, menor era mi probabilidad de incriminarme diciendo algo estúpido.

—Hace diez años.

—¿Ocurrió durante un juego? —preguntó, pero ambos sabíamos que sabía la respuesta.

Estúpido.

¿Me veía tan tonta? No estaba dispuesta a dejar que me guiara para parecer una idiota. Cuando estaba en la universidad, hicieron que los atletas de cada deporte tomaran una clase para hablar en público. Claro que apenas había pasado, pero me habían enseñado una cosa que no había olvidado: lo importante que era para uno mantener la entrevista bajo control.

—Sí. Hace diez años, fue tras un balón suelto durante un juego contra los Tigres y fue golpeado en la pierna por un jugador contrario. —Los ojos del periodista se crisparon—. Estuvo fuera durante seis meses.

—El jugador recibió una tarjeta amarilla, ¿no es así?

Y… ahí estaba. ¿Desde cuándo los blogueros deportivos fisgoneaban para buscar un drama de mierda cuando no lo había?

Puse una sonrisa en mi cara, dándole una mirada que decía "*sí, sé exactamente lo que estás haciendo, idiota*".

—Sí, pero está perfectamente bien ahora. No fue un gran problema. —Bueno, eso era una mentira, pero daba igual. Mi sonrisa se ensanchó y di un paso atrás. Ser una imbécil no era algo natural para mí, no me gustaba, pero no estaba dispuesta a rodar sobre mi espalda y mostrarle a alguien mi barriga. El entrenador Gardner ya me había dejado muy claro que necesitaba mantener la atención en el equipo y no en Kulti, especialmente con lo Eric y Kulti—. Necesito irme. Sin embargo, ¿tienes algo más que preguntar sobre el entrenamiento?

Los ojos del reportero se deslizaron hacia donde Kulti y sus seguidores se habían ido.

—Eso es todo. Gracias.

—En cualquier momento. —No.

Retrocedí un paso más, recogí mi bolso del suelo y comencé a caminar en dirección al campo. Todavía tenía que recoger el uniforme que querían que usáramos para nuestras fotos de perfil y ponérmelo. Alguien de la organización había instalado dos carpas en la periferia del campo, una con solapas largas para proporcionar cierta privacidad para cambiarnos, y la otra más básica, sin solapas, donde se encontraban los uniformes.

—¡Sal! ¡Ven a buscar tus cosas! —gritó alguien desde la tienda más pequeña.

Me dirigí hacia allí, mirando a mi alrededor para ver quién había sobrevivido al desafío, también conocido como los medios de comunicación, y saludé a las jugadoras y miembros del personal que hicieron contacto visual conmigo. Solo había unas pocas personas en la tienda de uniformes a la que teníamos que ir antes de las fotos de nuestras jugadoras: dos empleados de administración repartiendo uniformes, dos jugadoras y tres miembros del personal.

Uno de los miembros del personal era Kulti.

Mierda.

Está bien, estaba bien.

—Buenos días —dije mientras me acercaba al grupo en la tienda, frotándome las manos en la parte delantera de los pantalones.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Un coro de "buenos días" me saludó en respuesta, incluso la vieja demonio conocida como nuestra entrenadora de acondicionamiento físico que una vez más estaba al lado de la ex-superestrella alemana, me saludó.

Era el mismo súper atleta alemán que ahora estaba a solo metro y medio de distancia.

Fui al Louvre una vez hace años, y recuerdo haber visto a la Mona Lisa después de haber estado afuera del famoso museo durante horas tratando de entrar y decepcionarme. La pintura era más pequeña de lo que pensé que sería. Honestamente, solo era una pintura. No había nada en ella que la hiciera mucho mejor que cualquier otra pintura, al menos no para mi ojo inexperto. Era famosa y antigua, y eso era todo.

Simplemente pararse a pocos metros del hombre que había llevado a sus equipos a un campeonato tras otro… parecía extraño. Era como si esto fuera un sueño, un sueño muy extraño.

Era un sueño con un hombre que se veía mejor que cualquier hombre de treinta y nueve años.

—¿Casillas? Es tu turno, cariño. Tengo tu uniforme aquí —me dijo una de las mujeres que trabajaba detrás de las mesas con una sonrisa.

Parpadeé y luego le devolví la sonrisa, avergonzada de que me hubiera sorprendido soñando despierta.

—Lo siento. —Caminando alrededor de los entrenadores y tomé el paquete envuelto en plástico que me entregó—. ¿Necesitas que firme algo?

Me entregó un portapapeles con un movimiento de cabeza.

—¿Qué talla de zapatos usas? No puedo leer si es un ocho o un nueve.

—Ocho —dije, firmando el área al lado de mi nombre.

—Dame un segundo para encontrar tus calcetas. —Me dio la espalda y comenzó a revolver un contenedor organizado detrás de ella.

—Señor Kulti, tengo una camisa mediana y pantalones grandes, ¿le parece bien? —preguntó la otra empleada que no estaba ocupada, su voz sonaba un poco alta, un poco sin aliento. Sus manos estaban dobladas y presionadas contra su pecho, sus ojos apenas sostenían ese brillo de emoción nerviosa en ellos.

—Sí. —La respuesta fue simple y retumbó profundamente; su pronunciación fue sutil con el más mínimo indicio de un acento que se había suavizado al vivir en tantos países diferentes a lo largo de los años.

Sentí su tono justo entre mis omóplatos. Podía recordar haberlo escuchado hablar de cualquier partido que acabara jugar docenas de veces. *Popó, pedo, hemorroides. Sal. Concéntrate*.

Tragué saliva, incapaz de superar lo diferente que se veía. Antes, cuando era una fanática, él había utilizado todo tipo de peinados, desde puntas teñidas hasta un mohicano. Ahora de pie allí, tenía el cabello corto y los brazos a los costados con la columna rígida. Un indicio de su tatuaje paté —una cruz con los brazos que se estrechaban hacia el centro— apareció debajo del dobladillo de la manga de su camiseta. No era tan enorme como la que recordaba, tal vez doce centímetros de alto y doce centímetros de ancho y la había tenido durante mucho tiempo. Cuando era más joven, pensaba que era un poco más genial. Ahora… nah. Me gustaban los tatuajes en los hombres, pero me gustaban las piezas grandes, no una colección al azar de pequeños tatuajes.

Pero como sea, no era como si alguien me pidiera mi opinión.

—Aquí tienes, Sal —dijo la chica del personal, entregándome otro paquete sellado que pude ver desde el rabillo del ojo—. Tendremos el resto de tu equipo más tarde.

—Muy bien. Gracias, Shelly. —Sosteniendo el uniforme bajo el brazo, le di otra mirada a Kulti, quien se mantuvo firme manteniendo su atención hacia el frente y luché contra la anticipación que se acumulaba en mi pecho. Mis pies no movían, y mis estúpidos ojos tampoco se movían. En ningún momento de mi infancia había soñado realmente estar tan cerca de este hombre. Nunca. Ni una sola vez.

Pero después de un segundo de estar allí parada incómodamente, esperando una mirada o posiblemente una palabra, me di cuenta de que no lo iba a hacer. Estaba concentrado en mantener la vista al frente, perdido en sus propios pensamientos. Tal vez quería que lo dejaran solo, o tal vez no quería perder el tiempo hablando conmigo.

Ese pensamiento fue como un golpe mortal directo a mi pecho. Me sentí como una niña preadolescente que quería que el chico mayor le prestara atención cuando ni siquiera sabía que existía. La esperanza, la expectativa y la decepción subsiguiente apestaban. Simplemente apestaban.

No me iba a saludar. Eso estaba muy claro.

Muy bien entonces. Si bien no era exactamente una Jenny que se hacía amiga de todos, me gustaba ser amigable con las personas. Obviamente este tipo no iba a ganar un premio Míster Simpatía en un futuro cercano, ya que ni siquiera se molestaba en mirarme cuando estaba a medio metro de distancia.

Pero… eso no me molestó en absoluto. Mi corazón tampoco se sentía divertido.

Entonces recordé la mierda que había sucedido con el periodista afuera y el efecto que ese tipo de atención podría tener en mí. Hacía lo mejor que podía para mantener bajo el radar, solo quería jugar al fútbol, eso era todo.

Con otra mirada rápida al hombre que estaba de pie, ajeno a todo lo que lo rodeaba, tomé mi mierda y fui a cambiarme. No necesitaba que Reiner Kulti me hablara. No lo había necesitado antes y no lo necesitaría en el futuro.

Si pensaba por un segundo que las cosas se pondrían menos agitadas a medida que pasaran los días y la presencia de Kulti lentamente se convirtiera en una noticia vieja, me habría equivocado enormemente.

Eso no sucedió.

Todos los días había al menos media docena de reporteros fuera del campo o la sede. Donde sea que estuviéramos ese día, ellos estaban allí. Mi piel del cuello estaba casi en carne viva por lo mucho que me rascaba durante mis caminatas hacia donde nos citaban.

Intentaba mantenerme lo más lejos posible de ellos.

Era como si intentara mantenerme alejada del nuevo entrenador del equipo.

Para ser justos, lo hizo fácil. El alemán se quedaba en la esquina del universo que había desenterrado para sí mismo, un pequeño rincón solitario que lo incluía a él y solo a él. Aparentemente, solo Gardner, la malvada murciélago conocida como la entrenadora física y Grace, recibían invitaciones de vez en cuando para acercarse. Se levantaba y miraba; luego se movía un poco hacia un lado y siguía observando.

—Me siento como si estuviéramos en la exhibición del león en el zoológico —me susurró Jenny cuando estábamos tomando un descanso durante nuestra última reunión. Estábamos solas en el baño después de habernos sentado durante dos horas a escuchar los detalles de la programación. Estuve a punto de querer apuñalarme los ojos con la pluma, me sentía inquieta sentada en la silla sin hacer nada.

Mis oraciones habían sido escuchadas cuando nos dieron diez minutos para usar el baño y tomar una bebida.

La miré en el reflejo del espejo del baño e hice que mis ojos se abrieran de par en par. Supongo que no era la única que notaba al hombre mudo que estaba en la reunión con la espalda contra la pared y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Te hace sentir así, ¿eh?

Ella asintió como si estuviera molesta por eso.

—No ha dicho nada, Sal. Quiero decir, ¿no es eso raro? Incluso Phyllis, “la malvada y vieja entrenadora física”, habla de vez en cuando. —Se encogió de hombros—. Es raro.

—Muy raro —estuve de acuerdo con ella—. Pero no podemos decir…

La puerta se abrió, y tres de las chicas más nuevas del equipo entraron, bromeando entre ellas.

Jenny me lanzó una mirada desde el reflejo del espejo porque, ¿qué era más obvio que detener de inmediato una conversación

cuando otras personas pasaban cerca? También pude haberme tatuado la palabra culpable en la frente. Así que dije lo primero que me vino a la mente:

—Que no pediste cebollas en tu hamburguesa sin sonar como una idiota…

Una de las chicas me sonrió antes de ir al puesto, las otras dos nos ignoraron.

Jenny se mordió visiblemente el labio cuando las recién llegadas entraron en los puestos del baño.

—Sí, ¿no puedes quejarte por eso…? —dijo.

Luego articuló:

—¿Qué fue eso? —En el momento en que entraron.

—¡Fue lo primero que pensé! —respondí con un encogimiento de hombros.

Jenny se apretó las fosas nasales cuando su cara se puso roja.

—Lo sé, ¿bien? —Extendí los brazos a mis costados en un gesto "¿qué se suponía que debía decir?" a pesar de que ella estaba demasiado ocupada tratando de no echarse a reír, viéndome desde el espejo. Dios, no era de ninguna ayuda para nuestra conversación inventada—. Claramente no pedí cebollas, pero supongo da igual. No es que sea alérgica.

Para ese momento, Jenny tenía su frente contra el lavamanos y su espalda se arqueaba por las risas reprimidas.

La pateé ligeramente en la parte posterior de la rodilla justo cuando uno de los inodoros se descargaba. Ella levantó la vista y yo articulé "detente". ¿Lo hizo? No. Ni siquiera lo intentó.

Sí, esto había ido demasiado lejos como para seguir con la farsa, una mirada y las otras chicas verían a Jenny riéndose como loca por las cebollas. Dios, realmente era una mentirosa horrible.

La saqué del baño justo cuando uno de los cerrojos giraba.

—Existe el rumor de que pronto volverás a unirte al equipo nacional, ¿alguna palabra al respecto?

Era el primer día oficial de práctica y me picaban los pies.

Después de casi seis meses de jugar al fútbol con amigos y familiares, mientras entrenaba y me acondicionaba sola, estaba lista.

Y, por supuesto, un escritor de Training, Inc., una popular revista electrónica, me había abordado.

Hasta ahora, dos preguntas y todo iba bien.

Eso aún no significaba que no iba a abrir mi gran bocota y contarle todos mis secretos más profundos. *Divaga, Sal. Nunca confirmes ni niegues nada.*

—No lo creo. Mi tobillo todavía no se recupera del todo y estoy ocupada con otras prioridades.

De acuerdo, eso no estuvo tan mal.

—¿En serio? —Levantó una ceja—. ¿Cómo cuales?

—Estoy trabajando con los campamentos juveniles. —Dejé de lado las otras pequeñas partes de mi vida, las partes que no eran glamorosas y que no tenían nada que ver con el fútbol. Nadie quería saber de nuestros miserables cheques y cómo la mayoría de nosotras tenía que completar sus ingresos consiguiendo un segundo trabajo. No era algo que encajara con la imagen que la mayoría de la gente tenía de los jugadores profesionales de cualquier deporte.

Y nadie quería escuchar especialmente que hacía paisajismo cuando no estaba ocupada con las Pipers. No me avergonzaba en absoluto, me gustaba hacerlo y tenía la licenciatura en Arquitectura del Paisaje. No era algo glamoroso ni bonito, pero que me condenaran si alguna vez dejaba que alguien le diera mala fama a lo que hacía. Mi papá había sacado a adelante a nuestra familia iniciando como "el chico del césped" o "el jardinero", o cualquier cosa que pudiera poner comida en nuestra mesa. No había por que avergonzarse del trabajo duro, eso me lo habían enseñado mis padres desde una edad muy temprana, sin importar lo que los demás pensaran.

La gente se reía y bromeaba cuando mi papá me recogía de la escuela con una cortadora de césped y otras herramientas en la parte trasera de su destartalada camioneta, con su sombrero tonto y su ropa mancha de sudor que había visto mejores décadas.

Pero, ¿cómo podría hacerle pasar un mal rato a mi padre por recogerme de la escuela para que pudiera llevarme a la práctica de fútbol? O me recogía, me llevaba a un trabajo o dos y luego me llevaba a la práctica. Nos amaba y se sacrificaba para que Eric y yo pudiéramos estar en esos equipos con sus costosas tarifas y uniformes.

Llegamos a donde estábamos hoy porque se rompió el culo trabajando.

A medida que crecí, la gente encontró más cosas con las que molestarme y burlarse. Me llamaron remilgada, engreída, perra, lesbiana y marimacha más veces de las que podía contar, todo porque me encantaba jugar al fútbol y me lo tomaba en serio.

Finalmente, uno de mis entrenadores de la Sub-20 me apartó del equipo después de que algunas de mis compañeras empezaran a tener algo contra mí. Rechacé una invitación para ir a un equipo extranjero para poder ir a casa y descansar un poco.

Él dijo: "La gente te juzgará independientemente de lo que hagas, Sal. No escuches lo que tienen que decir porque al final del día, tú eres la que tiene que vivir con tus elecciones y hacia dónde te llevan. Nadie más va a vivir tu vida por ti".

La mayoría de las veces era más fácil decirlo que hacerlo, pero aquí estaba, había obtenido aquello por lo que había trabajado tan duro, por lo que no había sido en vano.

Habría cientos de fiestas a las que podría asistir cuando fuera mayor y mi momento atlético terminara, pero solo tenía la primera mitad de mi vida para hacer lo que amaba para vivir. Había tenido la suerte de encontrar algo que disfrutaba y en lo que podía trabajar, no iba a desperdiciar esta oportunidad que me habían dado.

A veces simplemente no tenía ganas de defender lo que me gustaba hacer, ni responder por qué me aseguraba de dormir tanto, o por qué no comía esa comida grasosa que me provocaría una indigestión después de una carrera o por qué no me gustaba andar con los fumadores. Este tipo era una de esas personas con la cuales prefería ahorrarme el aliento. Así que no entre en detalles.

Las cejas del bloguero se acercaron casi a la línea del cabello.

—¿Cómo van tus campamentos de fútbol?

—Genial.

—¿Cómo te sientes cuando los críticos dicen que las Pipers deberían haber conseguido un entrenador con mejores cualificaciones que Reiner Kulti?

Sabía exactamente cómo se sentía la hermanita de Brady Bunch. Kulti, Kulti, Kulti. Santa mierda. Honestamente, una parte de mí estaba sorprendida de que no estuviera soñando con él. Pero ¿podría alguna vez decir eso? Absolutamente no.

—Me han dicho que era demasiado baja para ser una buena jugadora de fútbol. Puedes hacer lo que quieras hacer siempre que te importe lo suficiente. —Tal vez eso era algo incorrecto para decir cuando Kulti realmente no parecía preocuparse ni un poco por nosotras, pero las palabras ya estaban fuera de mi boca y no podía recuperarlas. Así que…

—Kulti es conocido por ser un espectáculo de un solo hombre —afirmó de manera casual.

Solo lo miré pero no dije una palabra. Si había una forma de responder, no sabía cómo.

—También le rompió la pierna a tu hermano. —Al menos este tipo no estaba fingiendo tener amnesia cuando mencionó a Eric, a diferencia del último hombre con el que había hablado.

—Son cosas que suelen pasar. —Me encogí de hombros porque era la verdad—. Harlow Williams me dislocó el hombro una vez. Otro amigo mío me rompió el brazo cuando era adolescente. No es raro que sucedan cosas como esa. —Y además había una docena de otras lesiones que mi hermano me había causado a lo largo de los años.

¿Estaba llena de mierda? Solo alrededor de la mitad. Si bien era cierto que Harlow me había dislocado el hombro y que una compañera de equipo me había golpeado tan fuerte durante un juego de entrenamiento que tuve una fractura capilar, fueron accidentes. Lo que pasó entre Eric y Kulti… no tanto, y ese fue el problema. Kulti había jugado sucio —muy sucio— y todo lo que consiguió fue una tarjeta amarilla. Una tarjeta amarilla en esa situación era casi como una advertencia después de que haber atropellado a alguien con tu auto, retroceder para atropellarlo nuevamente y luego huir. Era insultante.

Casi había arruinado la carrera de mi hermano y todo lo que obtuvo fue una miserable tarjeta amarilla. Fue llamada la mayor estupidez del siglo pasado. La gente se había vuelto loca por eso, afirmando que había sido perdonado por su estatus y popularidad. No era la primera vez que una superestrella se salía con la suya, y no sería la última.

¿Pero podría decir eso en el registro? No.

—Realmente necesito empezar a calentar —dije con cuidado antes de que él tuviera la oportunidad de preguntar algo más.

—Gracias por tu tiempo. —El escritor de Training, Inc. sonrió mientras extendía su mano para que la estrechara.

—No hay problema. Que tengas un buen día.

Este chico se había metido lo suficiente en mi vida.

—¿Qué está pasando contigo? —me preguntó Jenny mientras nos movíamos hacia las laterales, esperando a que el resto del equipo terminara de practicar dominadas con el balón.

Tiré de la parte inferior de mi camiseta para limpiarme el labio superior y la boca. La temperatura y humedad eran fuera de este mundo aquí en Houston, pero no era sorpresa. El dolor de cabeza por la tensión que había tenido toda la mañana tampoco ayudaba; la conversación con el reportero seguía molestándome.

—Estoy bien —le dije antes de tomar una botella de agua del suelo.

Enarcó una ceja, sus mejillas hinchándose mientras sonreía con incredulidad. ¿A quién trataba de engañar? Independientemente de que hubiéramos sido amigas durante cinco años o quince, ella me conocía mejor que casi nadie.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea.

Daba los peores sermones porque era muy amable al respecto, pero aun así. A veces no quería hablar de algunas cosas.

—Estoy bien.

—No estás bien.

—Estoy *bien*.

—Sal, no estás bien.

Tomé otro trago de agua mientras algunas jugadoras se movían hacia donde estábamos.

—De verdad, estoy bien —insistí en voz baja para que solo ella pudiera oírme.

No me creía, y por una buena razón.

Estaba un poco molesta y un poco irritada.

Quería jugar, no tener personas desenterrando cosas del pasado. No quería el mundo. Lo máximo que alguna vez había conseguido por jugar, fue un contrato con una gran compañía de ropa deportiva que,

básicamente, solo me tomaban fotografías jugando y pagaban por ello. Pero eso era todo. La presencia de Kulti podría ponerme potencialmente en riesgo cuando el pasado ni siquiera era mi culpa.

Había lastimado seriamente a mi hermano y eso era todo. Podría aprender a dejarlo en el pasado por ahora, especialmente cuando no parecía saber o importarle con quién estaba relacionada.

Con ese pensamiento, accidentalmente miré hacia donde estaba el Silencioso Señor Superestrella con los brazos cruzados sobre su pecho de impresionante tamaño, mirando a las jugadoras en el campo con expresión plana. Era el mismo comportamiento sin emociones que había estado demostrando desde que llegó. Él me molestaba, pero también estaba molesta conmigo misma por dejar que su actitud me importara. Todo lo que necesitaba era enfocarme en superar el entrenamiento de la pretemporada.

No me sorprendió para nada cuando Jenny empezó a decir lentamente:

—Fuiste una perra ahí fuera. Solo te pones así cuando alguien te molesta durante un partido.

Tenía un punto. Podía sentir cuan furiosa estaba. Sonreír y reír eran dos expresiones a las que mis músculos faciales estaban acostumbrados. Fruncir el ceño era nuevo territorio. Tomé una respiración profunda y traté de relajar mi cara estirando la mandíbula y la boca. Efectivamente, suficiente tensión se liberó de esos pequeños músculos, incluso hasta la parte superior de mis cejas.

—Te lo dije. —Jenny me sonrió gentilmente—. Te veías como en el juego de Cleveland del año pasado, ¿lo recuerdas?

¿Cómo podría olvidarlo? Una defensa de Cleveland había retorcido mi pezón cuando caí encima de ella después de una jugada y no la habían sancionado. Esa perra. No pude devolvérsela en la primera mitad, pero seguro como el infierno que lo hice en la segunda mitad cuando anoté dos goles a su equipo. No pude usar sostén durante una semana sin sentir dolor, pero al menos ganamos.

—Mi pezón todavía duele —le dije a Jenny una pequeña sonrisa agotada en mi cara.

Alzó una ceja.

—¿Te está molestando el tobillo? —preguntó, mirando una vez más alrededor para asegurarse de que no había otras jugadoras alrededor. Las lesiones eran como carnada para tiburones. Por un

lado, todas éramos compañeras de equipo con el mismo objetivo, pero no me cabía la menor duda de que cualquiera intentaría usar una lesión para su propio beneficio. Las personas competitivas eran así.

Me limpié la cara una vez más y tomé otro sorbo de agua.

—Un poco —dije honestamente porque era cierto, pero no toda la verdad.

Jenny hizo una mueca.

—Sal, necesitas tener cuidado.

Esta era la diferencia entre confiar en Harlow y confiar en Jenny. Harlow me hubiera dado una palmada en la espalda y me hubiera dicho que lo superara. Jenny se preocupaba, se estresaba. Desde ahora mantendría un ojo en mí, y eso era parte de las razones por las que me preocupaba tanto por ella.

Me froté la cara con el dorso de la mano.

—Estoy bien.

Me miró con un poco de desaprobación antes de preguntar:

—¿Qué más está pasando?

Jenny no iba a dejarme en paz al respecto. Me rasqué la punta de la nariz y me aseguré de que nadie más estaba lo suficientemente cerca como para oírme.

—Esta mañana, un escritor mencionó el asunto de Kulti y Eric. —La frustración burbujeó en mi garganta—. Estoy un poco preocupada al respecto.

Mi amiga dejó escapar un silbido leve, completamente al tanto de la situación.

—Sí —estuve de acuerdo con su mueca.

—¿Por qué? Son viejas noticias.

Me encogí de hombros. Si, lo eran.

—Lo sé, ¿verdad?

Asintió en acuerdo.

—Supongo que solo estoy un poco gruñona por eso.

—Tomate un respiro —demandó suavemente—. Solo tenemos permitida una persona que parezca un asesino serial en el campo.

Al mismo tiempo, nuestros ojos merodearon en busca de Harlow. Cuando volvimos a mirarnos, sonreímos. Harlow era asombrosa, pero… en verdad parecía una asesina. Fácilmente podría imaginarla como una princesa vikinga, asaltando aldeas y clavando cabezas de gente en picas.

—¿Quién está lista para algunos ejercicios tres a tres? —gritó el entrenador Gardner.

Ejercicios de alta intensidad, mis favoritos.

Debo haber sonreído o algo así porque escuché claramente a Jenny murmurar:

—Eres un monstruo. —En voz baja.

Me olvidé de mi tobillo, el Rey y Eric, y golpeé a Jenny en el trasero justo antes de dirigirme hacia los entrenadores.

—¿Vienes?

Suspiró y sacudió la cabeza antes de venir tras de mí.

Organizamos tres mini campos para nuestros partidos. Entré al primer grupo para jugar un partido de cinco minutos. El partido terminó en un abrir y cerrar de ojos y los grupos cambiaron lugares, las chicas fuera del campo reemplazando a las que acababan de jugar.

Vi a Harlow caminando hacia las laterales y empecé a hacer mi camino hacia ella, evitando a Kulti y al entrenador Gardner que estaban juntos. El otro hombre extendió su puño para chocarlo contra el mío.

—¿Has estado trabajando en tu pie izquierdo?

Le sonreí. Había trabajado mucho en él. *Mucho*. Era el resultado de pasar horas y horas corriendo con el balón durante nuestra temporada baja. Siempre había sido bastante buena, pero quería ser mejor.

—Sí. Gracias, G. —Choqué mi puño contra el suyo una vez más y honestamente, nos estoy segura de por qué me detuve después de eso.

¿Qué estaba esperando? ¿Quizá un cumplido del Rey o al menos una mirada, una pizca de reconocimiento? Cualquiera de las anteriores sería lindo. Pero fue un segundo demasiado largo, lo suficiente como para que se notara, para que Gardner mirara al alemán por el rabillo del ojo, como si también estuviera esperando

que dijera algo.

Pero no lo hizo.

Esos ojos casi color avellana, como un estanque turbio, ni siquiera me miraron.

La vergüenza se esparció en mi interior, específicamente en mi vientre y en mi garganta. Lo que podría haber sido ácido o solo nervios hiperactivos en mis mejillas, las hizo sentir raras mientras forzaba una sonrisa tranquila en mi rostro para decirle a Gardner que estaba bien que acabara de ser ignorada. Pero en realidad, estaba hirviendo y muriendo un poco por dentro.

Ya lo sabía. Demonios, *lo sabía*. ¿No me había hecho lo mismo antes?

No podía recordar la última vez que alguien había mirado a través de mí como si jodidamente no existiera, y no lo quería decir de forma vana o pretensiosa. La mayoría de las personas que conocía eran amigables, y si eran tímidos al menos me miraban a los ojos antes de mirar hacia otro lado. La mayoría de los imbéciles al menos eran desdeñosos después de una mirada rápida. Pero este cara de culo ni siquiera había usado las calorías que habría gastado girando su cuello en mi dirección.

Nada, no había hecho nada.

Le di una sonrisa forzada a Gardner y otro asentimiento rápido antes de dirigirme hacia Harlow, esta fea sensación retorciendo mis entrañas.

—¿Qué sucede, Sally? —me preguntó Har con voz preocupada en el momento en que llegué a donde me estaba esperando.

¿Eran tan obvia? Supongo que sí.

Cinco

Traducido por PauC & Lucy_Sky
Corregido por M.Arte

Pasaron dos semanas en un abrir y cerrar de ojos, justo como sabía que sería. Los días se volvieron una repetición del otro. Eran una constante y confiable batalla diaria que debía ser planeada perfectamente.

6:15 a.m. – Correr.

7:00 a.m. – Desayuno.

7:20 a.m. – Preparar el almuerzo.

7:45 a.m. – Intentar evitar a los medios / si fallaba: hablar por diez minutos.

8 a.m. – Práctica de las Pipers seguida de un batido de proteínas.

11:30 a.m. – Almuerzo en el auto.

12 p.m. – Esperar que Marc me recoja para ir a la(s) cita(s) de la tarde.

6 p.m. – Yoga / pesas / jardinería / tal vez ir a nadar / cualquier otra cosa.

7 p.m. – Cena.

8 p.m. – Una ducha.

8:30 p.m. – Una merienda / televisión / tiempo de lectura.

10 p.m. – Hora de dormir.

Si realmente quisieras entrar en detalles durante la práctica, podrías agregar: asegurarme de ganar los sprints diarios, perder el tiempo con Harlow, tener a Jenny comportándose como mi madre, ayudar a las chicas más jóvenes y mirar al mudo que se paraba en la esquina de vez en cuando. Quise decir, *de vez en cuando*. Nadie tenía tiempo de hacerlo durante toda la práctica, en cada práctica.

Quiero decir, vamos.

Salir a quemarse bajo el sol a pesar de llevar camisetas y un sombrero diseñado para protegerse contra los rayos ultravioletas. La única ducha que tomaba por la noche era probablemente la razón por la cual aún estaba soltera, pero ¿cuál era el punto de ducharme dos

veces si sabía que solo iba a sudar durante la práctica y el trabajo? Nada decía sexy como vaqueros largos, una camiseta de manga larga y botas de trabajo. Durante el trabajo, Marc me acosaba sobre Kulti y si tenía algún chisme que compartir con él. No hace falta decir que estaba decepcionado de que no tuviese nada de qué quejarme.

El hombre sobre el cual todos sentían curiosidad no me había dicho ni una sola palabra. Bam, bam, bam.

En medio de todas las formas en las que El Rey había saturado mi vida, estaba la fastidiosa conversación que finalmente tuve con Eric, mi hermano, y fue algo más o menos como:

—Bla, bla, bla, ese tipo es un maldito idiota, bla, bla, bla, no escuches ni una maldita palabra de lo que te diga… —Ni siquiera tuve oportunidad de decirle que Kulti había olvidado como hablar—… bla, bla, bla, nadie aquí puede creer que decidiese entrenar a la WPL. Alguien me dijo que le ofrecieron un contrato de ocho cifras para entrenar a uno de los equipos españoles. —Un poco más de bla y un poquito más de bah.

Además de todo lo que ni siquiera pude decirle; ni siquiera se enteró que durante la conversación quincenal había comenzado a recibir mensajes pasivo-agresivos de los fanáticos de Kulti… todo a causa de él y su maldita pierna.

—… *un idiota.* —Levanté la vista hacia Gardner y señalé—. Es un idiota. No voy a discutirlo. —Luego continué leyendo el correo electrónico que había recibido la noche anterior—. *Casillas lo tenía merecido. Estoy cansado de que culpen a Kulti por hacer lo que tenía que hacer. Pareces una señorita sensata, así que realmente espero por tu bien que no comiences a decir un montón de basura sobre El Rey y aprendas a arrepentirte.*

Gardner se reclinó en su silla mientras movía la cabeza.

—Jesús, Sal. Lo siento. —Pestañeó un par de veces—. Traigamos a alguien para que podamos idear una estrategia para resolver esto porque realmente me ha sobrepasado.

—También lo siento, G. Odio molestarte con esta basura, pero no sé si haya algo que deba hacer o si debería seguir ignorando los mensajes.

Me hizo un gesto de la mano, ya marcando los números en el teléfono de conferencia sobre su escritorio.

—No le des importancia a esto… ¿Sheena? ¿Puedes venir a mi

oficina? Tengo a Sal Casillas aquí. Ha estado recibiendo mensajes extraños respecto a Kulti y no sé cuál es el mejor camino a seguir. —Un segundo más tarde el teléfono estaba de regreso en su soporte y levantó ambas cejas hasta la línea del cabello—. Llegará en un segundo.

Asentí y le sonreí.

—Está bien.

Gardner me dedicó esa sonrisa amable que siempre me reconfortaba.

—¿Cómo está tu familia?

—Bien. ¿Cómo está tu fa… —*Y* me había olvidado de que había escuchado rumores de que su divorcio se había consumado en enero— … tu hijo?

—Genial. De doce y de camino a los dieciocho —respondió con una sonrisa fácil—. ¿Y tú? ¿Planeas tomarte un tiempo para tener tus los tuyos?

Lo miré fijamente. Y luego lo miré un poco más.

¿Qué mierda?

—Solo te estoy molestando, Sal. —Gardner se rio secamente.

—Realmente pensé que hablabas en serio —dije lentamente. ¡Jesús! No es que se necesite un novio para tener un bebé, pero… Levanté las cejas—. Pero no. —No había tenido una cita en… ¿un año? ¿Y no había tenido sexo en…? Mucho, mucho tiempo. No, no es que no quisiera —porque sí quería— pero tenía un vibrador y el vibrador nunca te dejaba esperando. O tenía una esposa o una novia de la que no sabías. *Igualmente*.

Resopló.

—Solo estoy bromeando. Aún eres joven.

Pensé en las otras chicas del equipo e hice una pequeña mueca. No hace mucho, era una de las chicas nuevas, de las verdaderamente jóvenes que acababan de salir de la universidad y habían sido reclutadas. Ahora era una de las chicas que las otras admiraban. Hice girar mi tobillo y dejé que la rigidez en él me respondiera, recordándome lo precario de su salud.

Alguien golpeó la puerta y Gardner lo hizo pasar.

Sheena asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Hola. —La puerta se abrió y un segundo después vi la cabeza que se asomaba por encima de la suya.

Mi estúpido, estúpido, estúpido corazón traicionero recordó lo que era tener trece años.

Mi cerebro, aparentemente el único órgano lógico de mi cuerpo, le dijo a todos sus hermanos y hermanas: Contrólense y cálmense.

Me puse mis medias de niña grande, respiré hondo para tranquilizarme y me las arreglé para sonreír a las dos personas que entraron a la oficina, directo hacia las sillas junto a la mía. Tragué y dije:

—Hola, Sheena, hola Entrenador Kulti. —Bueno, eso sonó mucho más tonto de lo que hubiese querido. Mis mejillas decidieron justo en ese momento que iban a acalorarse, y mucho.

Mierda. *¡Contrólate, Sal!*

—Hola, Sal —saludó Sheena mientras tomaba asiento justo a mi lado, mirando sobre su hombro por un momento para decir—: Le pedí el Sr. Kulti…

¿Sr. Kulti? ¿En serio?

—… que nos acompañara.

Pestañeé a la vez que se me congelaron los huesos.

El hombre de cabello corto, que se parecía a alguien en alguna rama de la milicia, sacudió su cabeza, aún en silencio.

Mis rodillas se sentían tiesas y traicioneras mientras plantaba mis pies sólidamente en el suelo y me ponía de pie, extendiendo una mano sorprendentemente firme hacia el hombre que había estrechado manos con…

Popó, popó, popó, popó.

¿Por qué debería importarme con quién había estrechado manos? No me importaba.

Con una lenta y silenciosa respiración por la nariz, levante más mi barbilla, como si eso fuera ayudarme a mantener más intacta mi dignidad. Y como si eso no fuera suficiente, espeté otro:

—Hola, soy Sal Casillas, una de las delanteras…

¿Era momento de callarme? Sí. Definitivamente.

Una mano grande, tibia y masculina tomó la mía casi inmediatamente y llené mis pulmones con otra respiración tranquilizadora, sonriéndole al hombre de pie al otro lado de Sheena. Fue un apretón de manos normal; no la sostuvo suavemente, pero tampoco intentaba romperme la mano. Era solo un hombre. Era solo un hombre normal con ojos interesantes y un rostro serio.

—¿Puedes contarme un poco acerca de estos correos electrónicos que has estado recibiendo?

Bajando la mano que acababa de tocar a Reiner Kulti, fijé mi mirada en la mujer junto a él y asentí. Resumí los mensajes que había estado recibiendo. Insultos dirigidos a mi hermano, advertencias de que debería hacer todo para aprender lo más posible del alemán y un montón de otra mierda que me estresaba un montón.

La mejilla de Sheena se levantó, y fue fácil ver en su piel morena qué estaba pensando. Luego asintió drásticamente.

—Está bien. Lo tengo…

—¿Tu hermano fue ese imbécil?

"Ese imbécil" había sido el chico de catorce que sostenía la mano de mi yo de siete años cuando cruzaba la calle, me dejaba acompañarlo cuando iba a jugar fútbol con sus amigos aunque refunfuñaba, pateaba la pelota conmigo en el patio trasero antes de salir y era la misma persona que estaría de pie en las gradas, gritando a todo pulmón cuando me marcaban una maldita falta de manera injusta.

Amaba a mi hermano. ¿Era un estúpido arrogante que pensaba que tenía un talento otorgado directamente desde el cielo? Sí. Pero fue quien había tenido su mano en mi hombro cuando hice esa horrible jugada en mis años más jóvenes que le costó a mi equipo un campeonato y me dijo que no era el fin del mundo. Mientras miraba a Kulti como el tipo rudo al que yo quería aspirar a ser algún día, Eric había sido quien me aseveraba que podía ser mejor.

Cuando Kulti rompió la pierna de mi hermano, hice mi elección.

Elegiría a mi hermano cada vez.

Excepto que mientras mis labios tomaban la forma que se requería para enunciar la letra "p" de perra, *recordé*.

Recordé que Gardner nos había advertido hace dos semanas

durante nuestra primera reunión de las Pipers. *Si escucho a cualquiera de ustedes llamarlo Führer, se irá*. Maldición.

Llamarlo una perra no era mejor, ¿o sí?

Imbécil tampoco era mucho mejor.

Mis labios se sellaron y mis fosas nasales se dilataron en respuesta.

—No es un imbécil, pero Eric *es* mi hermano —le contesté cuidadosamente. Mi ojo empezaba a manifestar un tic.

A tres metros de mí, los ojos verde-castaño de alguien se entrecerraron.

—¿De qué otra forma llamarías a alguien…?

El tic en mi ojo se volvió violento y antes de poder pensarlo dos veces, lo interrumpí:

—¿…que deliberadamente barrio la pierna de un oponente más fuerte de lo que era necesario? —Me encogí de hombros—. No sé, dígame usted.

Mi garganta se obstruyó instantáneamente y el tic en mi párpado empeoró en cuanto dije las palabras. Lo había hecho. Jesucristo. Había insinuado que era un imbécil, pero insinuarlo no era lo mismo que decirlo directamente, ¿cierto?

Sheena soltó una baja risita sonora que tenía "incómodo" escrito por todas partes.

—Está bien, estoy segura de que podemos evitar los insultos, ¿sí? —No espero una respuesta de ninguno de los dos antes de continuar—: Tengo una idea, y no veo por qué no funcionaría para calmar un poco las cosas. Hablé con el publicista del Sr. Kulti hace una semana y me aclaró que su grupo ha estado recibiendo mensajes similares, pero esperábamos que las cosas se calmaran eventualmente. Ya que no es así, hagamos lo siguiente: Sal, haremos publica tu parte de la conferencia de prensa que tuvimos hace un par de semanas…

Mi mandíbula cayó y estoy muy segura de que mi corazón dio un vuelco. Me atragante, fuerte y claro con mi saliva.

La empleada de relaciones públicas me dirigió una mirada. Ella había estado allí, había visto el ridículo que hice.

—Me aseguraré de que sea editada. Vendrán algunos videógrafos a grabar algunas prácticas para el sitio web, y estoy

segura de que pueden hacer algunas tomas de ustedes dos llevándose bien. También podemos hacer algunas imágenes publicitarias y con algo de colocación fácil —sonrió y movió sus dedos como si no acabase de escupir algunas de las peores ideas que había escuchado en mi vida—, problema resuelto para ambos.

Reprimí mis pensamientos por un minuto, mirando al alemán sentado a metro y medio de mí. Articulando y descartando los insultos que daban vueltas en mi cabeza.

¿El vídeo de la conferencia de prensa? No. De ninguna maldita manera.

¿La grabación? Miré a Kulti nuevamente y casi bufé, recordando como aún no había hablado con nadie del equipo salvo con Grace. ¿Así que la probabilidad de que eso pasara? Ja.

¿Las imágenes? Eso podría ser factible.

Pero…

La conferencia de prensa. Un escalofrío usó sus larguiruchas patas para recorrer mi espalda. Hice un ruido con la garganta.

—Sheena —dije firmemente, esperando no sonar como una perra. Ella lo estaba intentando; lo sabía y apreciaba su esfuerzo—. Ese vídeo… —intenté recordar las palabras que podía, pero lo único que puede hacer fue sacudir la cabeza. Entonces, para asegurarme de que entendiera mi punto, sacudí la cabeza muy rápidamente, tal vez demasiado insistentemente—… tal vez no sea la mejor idea, ¿no lo crees?

Gardner ni siquiera se molestó en intentar silenciar su risa. Simplemente se rio.

—Estará bien. No los dejaré usar ninguna de las partes que te preocupan. Lo prometo.

Tomando mi silencio exactamente por lo que era —cautela y desconfianza— Sheena dijo:

—Lo prometo, Sal. Estará bien. Confía en mí.

¿Confiar en ella? Tenía esta regla acerca de confiar en la gente hasta que me dieran una razón para no hacerlo. Cuando juegas al fútbol con extraños de forma regular, dejando tu salud y seguridad en las manos de otros por necesidad, ser demasiado cínica no funciona para nadie. ¿Era un poco intimidante? Sí. Pero en palabras de mi hermana, “solo se vive una vez”.

—Está bien —gruñí, aunque parte de mi consciencia me llamó una idiota por no pelear más.

La sonrisa con la que me respondió fue amplia y brillante.

Le sonreí en respuesta. *Idiota, idiota, idiota*.

—Sr. Kulti, ¿está usted de acuerdo? —preguntó la amable mujer.

Eventualmente asintió. Su rostro ligeramente bronceado no parecía exactamente que estuviera saltando de alegría, pero no le dijo que se fuera a la mierda como hubiese apostado en mi vida que él lo habría hecho años atrás. No estaba segura si estar decepcionada o no.

—Lo resolveremos en un santiamén, Sal. No tienes de qué preocuparte —agregó Sheena.

Lo que ella no sabía era que decirme que no me preocupara era como decirme que no respirara.

Había estado durmiendo durante al menos una hora cuando sonó mi teléfono. Durante unos segundos consideré no contestarlo. Porque, ¿en serio? ¿Quién demonios llamaría a medianoche durante la semana? Era de conocimiento público que me acostaba temprano.

El nombre de Marc brilló en la pantalla y entrecerré mis soñolientos ojos. Por lo general no era del tipo de hacer llamadas borracho, así que ¿y si era una emergencia?

—¿Salamandra? —Este hombre que era más mi amigo que mi jefe habló. Habíamos crecido juntos. Había sido amigo de Eric desde que podía recordar y de alguna forma había pasado de ser su amigo a ser una clase de hermano y un gran amigo para mí. Se había mudado a Houston par obtener su doctorado y cuando me mudé aquí simplemente dijo: "¿Por qué no abrimos nuestro propio negocio?" Para dos personas con horarios de locos, mi título y experiencia para ayudarnos, funcionó como una forma fácil de ganar nuestro propio dinero y no tener un jefe que no entendiese que teníamos otras prioridades.

Bostecé.

—Hola, ¿todo bien? —contesté tentativamente.

—Salami —siseó, sonando solo levemente ebrio mientras el sonido de fuertes voces llenaba el fondo, haciendo muy difícil

escuchar lo que decía.

—Oye, soy yo. ¿Qué está pasando?

Hubo más sonidos en el fondo, personas riendo y lo que parecían vasos chocando.

—No sé qué hacer.

Inmediatamente me senté en la cama y bajé los pies. ¿Marc no sabía qué hacer? Mi instinto me decía que no me estaba llamando por diversión.

—Bueno. ¿Estás bien? ¿Qué necesitas?

—¿Oh? ¿Yo? Estoy bien. Lo siento. En realidad te llamaba porque… espera un segundo, estoy intentando meterme al baño rápidamente… —De repente todo el ruido de fondo desapareció y la voz de mi amigo me llegó claramente a través del teléfono—. Oye, él está aquí.

Frotándome los ojos con el dorso de la mano, bostecé.

—¿Quién está dónde? —Entonces se me ocurrió—. ¿No deberías estar en la cama? —Tenía una clase a las ocho de la mañana.

—Mi profesor no irá.

—De acuerdo…

—Estoy en el bar cerca de mi casa. ¿Ya sabes de cuál hablo? —No me dio oportunidad de responder, pero sabía a dónde se refería. Habíamos ido un par de ocasiones en la temporada baja. Marc continuó—: Kuti está aquí. Ha estado aquí. El barman ya le ha dejado de servir y le dijo que se marchara, pero creo que está dormido, ha estado preguntando si alguien lo conoce, pero creo que soy el único.

Respiró fuerte, continuando:

—Esto es una mierda, Sal. Pensé en tomarle una fotografía para venderla, pero eso estaría muy mal. Imagina si alguien lo reconoce.

Podía imaginarlo y me dieron escalofríos. El enfoque de la WPL en la moral y los valores familiares pasó por mi cabeza, si se descubriera que nuestro nuevo entrenador asistente superestrella estaba inconsciente y ebrio en un bar antes del comienzo de la temporada… sería un desastre.

—Supuse que tú sabrías qué hacer —Marc finalmente terminó.

Jesucristo. Qué desastre. Una pequeña parte de mí no quería involucrarse. No era mi amigo, no era como que hubiese sido especialmente amistosos o amable de manera alguna, pero el punto era que era un miembro de mi equipo. Esa parte de mí que luchaba entre ser una idiota y decir que él no era mi problema perdió ante la mejor parte de mí que me hacía hacer lo correcto. Mi madre estaría horrorizada si fuese una imbécil, no quería darle otra razón para que se sintiera decepcionada de mí.

Reprimí un gemido y me levanté con un suspiro, rebuscado en mi cómoda un par de pantalones en un instante.

—¿Puedes pedirle un taxi? —Por favor, Jesús. Por favor.

—Le pregunté al barman que revisó su identificación y dijo que su licencia de conducir no era de Texas. O no estaba poniendo atención o no le importa quién es —explicó Marc—. Tampoco creo que tenga llaves de un auto.

Si estuviera ebria, fuera famosa y estuviera por lo que parecía sola en un país extranjero, ¿querría a alguien revisando mis bolsillos? O, no lo sé, ¿grabándome no exactamente en mi mejor momento? Definitivamente no.

Subiéndome los pantalones, suspiré.

—Llegaré en quince.

Metí mi teléfono en el bolsillo con un suspiro ligeramente frustrado. Sheena no había contestado su teléfono y tampoco Gardner; después de todo, ¿qué esperaba? Era casi la una de la madrugada, y aparentemente era la única idiota que dejaba el volumen encendido por la noche.

Las cálidas luces amarillas del interior del bar me hicieron suspirar nuevamente. ¿Qué demonios estaba haciendo? Un hombre al que apenas conocía estaba sentado al interior, ebrio y posiblemente al borde de quedar como un imbécil si las personas se daban cuenta de quién era. No era lo suficientemente tonta para creer que si lo reconocían las personas le restarían importancia. Así no era como funcionaban las personas. Podía imaginar los vídeos siendo subidos y volviéndose virales y todo el infierno que surgiría a partir de eso.

¿Era totalmente injusto? Por supuesto que sí. La mayoría de las personas bebían demasiado en algún momento u otro, y nadie nunca lo pensaba dos veces.

Mierda.

Suspiré y abrí la puerta, sin pensar en el hecho de que llevaba viejos pantalones deportivos grises de seis dólares y una sudadera vieja y manchada que me había puesto sobre una camiseta demasiado grande con la que generalmente dormía. Marc debe haber estado pendiente de mi auto porque estaba esperándome en la puerta. Llevaba una camiseta y jeans, se veía como una versión mejorada del hombre con el que pasaba casi todas las tardes. Se había duchado, su cabello estaba acomodado y tenía puestos sus mejores anteojos, así que eso era bastante arreglado. Tenía un asombroso parecido a Ricky Martin cuando no estaba vestido con sus ropas de trabajo. Cabello oscuro, ojos oscuros, piel bronceada y el era solo… bueno, guapo.

—Por aquí —dijo, haciéndome señas hacia un reservado en el fondo.

La figura encorvada sobre la mesa era inconfundible, por lo menos para mí. Ese tono de cabello castaño y corto era el mismo que había visto en persona durante las últimas dos semanas. Definitivamente era Kulti. El hecho de que no vistiera ninguna prenda relacionada con el equipo, como la camiseta polo que estaba usando más temprano, era una pequeña bendición, supongo. Su gorra estaba bastante caída sobre su cabeza, otra ventaja.

Por primera vez pensé, ¿qué demonios hacía emborrachándose en un bar en Oak Forest? Esta parte de la ciudad era predominantemente un vecindario de clase media que lentamente estaba siendo tomado por personas de clase media-alta con pequeñas casas siendo demolidas y construyendo casas más grandes —casi mansiones— en su lugar. Era un vecindario familiar, no uno en el que esperarías que viviera un hombre rico y soltero.

—Lo siento —dijo Marc por encima de su hombro.

—No, está bien. Hiciste bien en llamarme. —Bueno, aún no estaba convencida de que eso fuera cierto, pero… si fuera Harlow llamándome porque necesitaba que la llevaran a casa después de beber demasiado, lo habría hecho sin pensarlo dos veces. Demonios, si alguna de las chicas del equipo se sintiera lo suficientemente desesperada como para llamarme a casa, habría estado allí. Éramos un equipo. Eso es lo que hacías. Cuando jugabas en un equipo con personas que tenían resentimientos entre ellas, era mucho más difícil de lo que tenía que ser.

Suspiro.

—Está bien. —Miré a Kulti e intenté adivinar cuánto pesaba. Si podía colocarlo sobre mi hombro probablemente podría sacarlo, pero

eso no sería exactamente discreto. Golpeé suavemente su brazo, luego volví a hacerlo. Nada. Luego, sacudí su brazo. *Nada*—. Oye tú, despierta —dije, sacudiéndolo un poco más.

Aún nada.

Suspiré.

—Ayúdame a llevarlo al auto.

Marc ni siquiera pestañeó; solo asintió.

Por un momento pensé sobre si su cuenta estaría abierta o no, y luego decidí que el podía resolverlo en la mañana, cuando estuviese sobrio.

—¿Listo?

Marc y yo arrastramos a mi entrenador por el asiento y lo ubicamos en el borde de la banca. Agachándome, despegué el brazo que estaba pegado a la mesa y levanté al peso pesado sobre mis hombros. Por sobre la parte superior de la cabeza de Kulti vi a Marc haciendo lo mismo.

¿Por qué siempre me dejaba arrastrar por esta mierda?

—¿Listo?

A la cuenta de tres, nos pusimos de pie. Bueno, Marc y yo nos pusimos de pie y Jesucristo. Estaba acostumbrada a que las personas saltaran sobre mí, pero nunca como si fueran un peso muerto. Ni que alguien casi treinta centímetros más alto que yo se apoyara en mí.

Jadeé y escuché a Marc soltar un ligero gruñido. Estaba acostumbrado a cargar sacos de tierra, semillas de césped y abono, así que eso decía algo. De alguna manera, nos las arreglamos para dar la vuelta y lentamente nos dirigirnos hacia la puerta. Ignoré a los clientes que nos observaban, interesados y desaprobando al mismo tiempo. No me importó. Manteniendo la vista al frente, me enfoqué en asegurarme de soportar todo el peso de Kuti que pudiera para ahorrarle a Marc el esfuerzo. Mi puerta trasera del lado del pasajero estaba desbloqueada y lentamente logramos colocar al hombre grande en el asiento, dejándolo caer sobre su costado.

Eso era suficientemente bueno.

Me froté la ceja con el dorso de la mano, cerrando la puerta con mi cadera al mismo tiempo.

—Intenté llamar al Entrenador Gardner, pero no ha contestado,

así que no estoy segura si llevarlo a mi casa o a un hotel.

Me miró como queriendo decir “buen punto”.

—¿Te quedarás con él?

¿Quedarme con él? Miré al asiento trasero y me encogí de hombros.

—No lo sé. ¿Crees que debería?

Marc también levantó los hombros, mirando hacia el auto.

—Si fuera a ti a quien estuviera recogiendo, diría que sí, porque eres tú. Si fuera Simon, pretendería que se cortó la llamada porque es un hombre grande y no debería haberse puesto así.

Entendí el punto. Me había escuchado decirle día tras día que no había hablado mucho con mi entrenador.

—Lo resolveré, supongo.

—¿Necesitas ayuda?

No salía a menudo, y me di cuenta de que había ido más allá de llamarme. Sacudí la cabeza.

—No te preocupes por eso. Puedo llevarlo a alguna parte.

—Llamarme si me necesitas, ¿de acuerdo? —preguntó.

Me estiré y tiré del puño de su camisa.

—Lo haré. Te veré mañana.

Sonrió, dando un paso atrás.

—Nos vemos.

—Buenas noches —dije antes de entrar a mi auto y verlo entrar de nuevo al bar.

Un ronquido en el asiento trasero me recordó el tesoro que tenía aquí. ¿Qué demonios iba a hacer con él? ¿Llevarlo a casa?

Ni siquiera me tomó cinco segundos decidir que esa era una idea de mierda.

No lo conocía. No era mi amigo. ¿Qué tan raro sería para él despertar en mi sofá en el departamento de una jugadora con la que había hablado una vez?

Una búsqueda rápida en mi teléfono más tarde, la información de mi tarjeta de crédito, y estaba conduciendo en las oscuras calles muertas hacia el hotel más cercano. Me tomó cinco minutos llegar a la cadena de hoteles, otros quince minutos registrarme porque el descuento de la reservación aún no se había realizado, y entonces volví al auto, observando a lo que tenían que ser cerca de noventa kilos desparramados en mi asiento trasero.

Gracias a Dios por las sentadillas y los levantamientos.

Me tomó un montón de resoplidos y bufidos, sudar a más no poder, abofetearlo en la mejilla con la inútil esperanza de revivirlo y dejar escapar la palabra con J cada cinco segundos antes de tener su brazo sobre mis hombros, mi brazo alrededor de su cintura, y un hombre apenas consciente tropezando a mi lado.

—Vamos —le supliqué mientras subíamos las escaleras durante lo que se sintió como treinta minutos más tarde.

Estaba muriendo. *Muriendo*. Y eso ya era algo porque tenía a mujeres de gran tamaño saltando sobre mí y haciéndolas rodar como helicópteros.

Mierda.

Cada vez que había tenido que hacer esto, siempre había tenido ayuda.

Por algún milagro, la habitación asignada estaba justo al lado de las escaleras.

Su adormecido rostro estaba impasible, y lentamente lo dejé resbalar a lo largo de mi costado para sentarse en el suelo. Abrí la puerta, la sostuve con la parte trasera de mis pies y metí mis brazos bajo sus axilas para arrastrarlo hacia adentro.

Segura como el infierno que lo arrastré dentro, sus largas piernas y pies extendidos frente a él. Tres resoplidos y un áspero levantamiento después, lo empujé sobre la cama y lo puse de lado con una rodilla levantada y su brazo extendido a través del colchón. Le abrí un parpado para asegurarme de que, ¿qué? No estaba segura. Puse un dedo bajo su nariz para asegurarme de que respiraba uniformemente. Y luego lo miré durante unos buenos treinta minutos, sentada en la silla justo al lado de la cama.

Había estado alrededor de suficientes bebedores en mi vida, y él no me estaba dando la impresión de que iba a vomitar sangre o algo así.

¿Ahora qué?

La idea de quedarme con él no parecía muy buena. No estaba segura de cómo iba a reaccionar en la mañana y, francamente, parte de mí no quería averiguarlo. Tomé una respiración profunda y busqué una de esas libretitas complementarias que algunos hoteles proporcionaban. Efectivamente, al otro lado de la cama, bingo.

Querido Kulti,

La rompí.

Kulti,

La rompí de nuevo.

Que se joda. Garabateé un mensaje que fue más largo de lo que esperaba, saqué los cuarenta dólares que tenía guardados en mi sostén, puse la nota y el dinero en la mesita de noche junto a él.

Entonces miré de vuelta hacia el sillón con resignación. No iría a casa esta noche y lo sabía muy bien. Si me iba, me quedaría despierta y preocupada durante toda la noche. Obviamente, solo tenía una opción: quedarme en el cuarto de hotel por al menos algunas horas y luego largarme de ahí antes de que supiera que estaba allí.

Mi conciencia dijo que era lo correcto por hacer, pero mi instinto dijo que huyera de ahí.

Maldición.

Seis

Traducido por PauC
Corregido por M.Arte

—Te ves como la mierda.

Bufé ante la observación de Harlow y asentí. Había individuos que eran madrugadores y podían despertar tras pocas horas de sueño y sentirse felices de estar vivos.

Luego había personas como yo. Tenía que levantarme temprano, así que lo hice, pero eso fue solo tras acostarme en la cama aproximadamente siete minutos, y acto seguido, sentarme en el borde de la cama mirando distraídamente hacia adelante durante al menos otros cinco minutos. Luego, si era un buen día, no diría nada durante otras dos horas porque mi rutina matutina me mantenía lejos de la humanidad. Si era un mal día, alguien me obligaría a hablarle en el transcurso de una hora porque las cosas no habían salido según lo planeado.

Así que, suma el hecho de que no había descansado nada la noche anterior, no era una persona madrugadora y que mi carrera matutina se había vuelto más bien un trote relajado entre bostezos. No hacía falta decir que estaba demasiado ansiosa por Kulti. Había revisado mi teléfono al menos una docena de veces esperando que me llamara o me enviara un mensaje, pero no lo había hecho.

Tampoco había aparecido aún, y la práctica debía comenzar en cinco minutos. Estaba profundamente dormido cuando me fui a las seis de la mañana, con mi cuello dolorido debido a cómo había dormido en la incómoda silla y mi cuerpo rígido por cargar su trasero. Sabía que estaba vivo.

Así que…

—¿Estás enferma? —preguntó Harlow mientras seguía frotando protector solar sobre sus hombros.

Le dediqué un pestañeo perezoso y sacudí la cabeza mientras lentamente me agachaba con un quejido sordo. Mi espalda estaba muy adolorida.

—No dormí lo suficiente anoche. —Me senté demasiado erguida y eso lanzó una ola de dolor súper agudo a través de mi espalda baja.

—Mierda —siseé antes de tragar y volver a mirar a Harlow, quien tenía una ceja alzada—. Me tensé la espalda.

—¿Haciendo…?

La miré directo a los ojos porque no quería parecer como si escondiese algo.

—Tuve que cargar a una persona ebria.

Hizo un ruido profundo con su nariz.

—Deberías haberlos dejado donde estaban, Sally.

Cómo desearía haber podido hacerlo.

Un momento más tarde, la defensora me entregó dos analgésicos.

—Toma.

—Gracias —dije, tomando las píldoras y tragándolas en seco antes de pasarlas por mi garganta con un trago de mi botella de agua.

Alguien jaló el nudo desordenado en el que había atado mi cabello.

—¿Estás bien? —preguntó la alegre voz de Jenny.

Me conocía demasiado bien.

—Bien. Tengo algo de dolor de espalda.

Se formó un surco entre sus cejas; estaba tan confundida por mi predicamento al igual que Harlow, y con justa razón. Todas nos preocupábamos mucho por cuidarnos que parecía extraño que hiciera algo tonto como hacerme daño fuera del campo de juego.

—¿Quieres que te dé un masaje más tarde? —preguntó, dejando caer sus cosas junto a Harlow.

Harlow y yo nos miramos por un segundo. Sin siquiera pensarlo dos veces, respondí:

—Está bien, Jenny. Gracias de todos modos.

—¿Estás segura?

¿Qué si estaba segura de no querer ser maltratada por las particularmente fuertes manos de Jenny? Sí. No era una extraña a los masajes o al dolor muscular que los acompañaba después, pero lo que Jenny podía hacer iba más allá de eso. La CIA podría haber usado su fuerza hercúlea para torturar a las personas y sacarles respuestas.

Así que… sí. *No*.

—Estoy segura —dije cuidadosamente para no herir sus sentimientos—. Estaré bien una vez que comencemos a calentar.

Se encogió de hombros.

—Está bien.

—¿Dónde está él? —Escuché que preguntaba una de las chicas nuevas al pasar.

Él.

No iba a ponerme a mirar alrededor cuando sabía condenadamente bien quién era el único "él" que faltaba. Definitivamente había colocado el despertador de la mesita de noche a las siete. Era tiempo más que suficiente para que llegara aquí.

Volví a mirar mi teléfono y revisé si tenía llamadas perdidas. Aún nada.

Bueno.

Nuestro entrenamiento comenzó pocos minutos después, y tuve que empujar a Kulti y su ausencia al fondo de mi mente. Luego Gardner me hizo señas para que me acercara inmediatamente después de correr nuestros sprints.

—¿Está todo bien? —preguntó mientras estábamos de pie a un costado del campo mientras movían el equipo—. Estaba durmiendo cuando llamaste.

Oh, mierda.

—Oh, sí. Lo siento. Lo llamé por accidente. —Vago, ¿no es cierto? ¿Era suficientemente bueno?

Gardner no lo pensó dos veces, simplemente se encogió de hombros.

—Eso pensé.

Antes de poder preguntarle que quería decir con eso, vi a alguien moviéndose pesadamente a través del campo.

Kulti.

Tragué, me rasqué una ceja y luego señalé detrás de mí.

—Debería volver.

Mi entrenador de toda la vida asintió.

Salí disparada de ahí.

Al menos lo intenté, pero mientras caminaba hacia el grupo de mujeres reunidas cometí el error de mirar por sobre mi hombro.

Aquellos ojos color ámbar-musgo que había observado desde el otro lado de mi habitación durante miles de días en mi infancia estaban sobre mí. Sobre. Mí. No mirando a través de mí ni por encima de mí. Sino directo a mí.

Aunque no había ni una pizca de expresión en sus facciones, no faltaba nada de intensidad en su mirada. Había visto la resolución antes. Muchas, muchas veces antes cuando él jugaba.

Cuando jugaba y estaba aproximadamente a tres segundos de perder la cabeza.

Y… *popó*.

Empujando mis hombros hacia atrás y respirando profundamente, le devolví la mirada con una expresión neutral.

¿Había yo hecho algo malo? No.

Recogí a un casi completo extraño que estaba ebrio, pagué una habitación de hotel para que se quedara, lo llevé allí, dejé dinero para un taxi y una nota. ¿Qué más quería? No le había dicho a nadie lo que había pasado, y no lo haría. Ni siquiera a Jenny.

Está bien, supongo que no sabía que no le diría a nadie.

Deslizando mi mirada hacia adelante, me recordé a mí misma que no había hecho nada malo. Hice lo mejor que pude. Tampoco era mi culpa que no hubiera despertado a tiempo. De cualquier modo, no era como que pudiera retroceder en el tiempo. Tal vez debería haber llamado por la mañana para saber cómo estaba, pero obviamente estaba bien.

La cabeza en el juego, Sal. Mantén tu cabeza en el juego. Preocúpate de las cosas cuando pasen en vez de perder tu tiempo anticipándote.

Correcto.

Me enfoqué.

La práctica estuvo bien hasta dos horas más tarde, cuando pasó. Estaba sin aliento y sonriendo como una idiota mientras chocaba palmas con las dos chicas con las que acababa de terminar de jugar. Había sido un minijuego de tres contra tres que había durado cinco minutos. Habíamos ganado y después de un enfriamiento, nuestra

práctica acabo.

Logré llegar y tomar mis cosas, caminar a mi auto, poner mi bolso en el maletero y levantar las manos sobre la cabeza para estirar mis hombros cuando de la nada una mano me agarró del codo.

Lo último que esperaba era mirar sobre mi hombro y ver a una figura alta de cabello castaño y piel ligeramente bronceada. Kulti. Era demasiado Kulti muy cerca otra vez. La noche anterior había sido tan borrosa que lo único en lo que me había enfocado fue en el tamaño y peso de su cuerpo, nada más. A diferencia de hoy. El famoso y maldito alemán tenía los dedos de su mano izquierda agarrando mi codo, llevaba una camiseta de entrenamiento azul cielo —que oficialmente había escuchado decir que era de un color "menta nieve" y que en realidad solo era de un verde suave y tranquilo— y estaba mirándome.

Tragué.

Me agité. Solo un poco pero más que lo suficiente, incluso si lograba reprimir todo en mi interior.

Esto no era gran cosa. Nada. Popó, popó, popó.

—Di una sola palabra sobre lo de anoche y haré que te arrepientas de ello —su bajo y duro acento murmuró la declaración tan bajo que si no lo hubiera estado mirando no habría pensado que sus labios se habían movido. Pero lo habían hecho.

Reiner Kulti estaba de pie junto a mi Honda, el cual necesitaba desesperadamente de un lavado diciendo… *¿qué?*

—Mmm… ¿perdón? —pregunté lentamente y con cuidado. Por lo general no imaginaba escuchar cosas.

—Si tú —su tono sonaba un poco demasiado a "eres estúpida" para mi gusto—, le dices a alguien sobre lo de anoche, me aseguraré de que veas la temporada desde la banca.

Podía contar con una mano la cantidad de veces que me había metido en problemas por algo que no fuera jugar demasiado brusco en el campo.

La primera cuando estaba en segundo grado y me descubrieron copiando la tarea de mi amiga.

La segunda cuando le mentí a mis padres acerca de dónde iba.

Luego estaba ese asunto cuando estaba en la selección nacional, en el cual simplemente fui *estúpida* en vez de realmente intentar

engañar a alguien.

El punto era que no me gustaba hacer cosas malas o decepcionar a nadie. Honestamente, me hacía sentir como de cinco centímetros de altura y eso era absolutamente lo peor. Por lo menos lo era para mí. A lo largo de mi vida, la mayoría de las personas me habían llamado mojigata porque no me gustaba hacer cosas que me metieran en problemas. De todos modos, tenía cosas mejores que hacer. Empujar un poco a algunas jugadoras no contaba, daban igual que recibían.

Así que me parecía absurdo que pensara que yo haría algo así.

Inmediatamente después de que superé lo sorprendida que estaba de que él asumiera algo así, me enojé. Profunda y verdaderamente enojada. ¿Ponerme en la banca?

La indignación, una explosión de ira que rivalizaba con el maldito Krakatoa y la incredulidad hicieron que mi corazón comenzara a latir con fuerza y que mi pecho se tensar.

Estaba jadeando. ¿Lo estaba?

Mi rostro se calentó y se me formó un nudo en la garganta.

Durante medio segundo olvidé frente a quién me encontraba.

Fue tiempo suficiente para que mis maños se volvieran puños, la ira haciendo sobresalir mi barbilla y decir:

—Tú… —no sé cómo estaba a punto de llamarlo porque estaba demasiado enojada —*tan enojada*— que no podía pensar con clarida. Pero justo cuando mi mano había comenzado a viajar hacia la cara del alemán, vi a Gardner y a algunas jugadoras que no se habían ido justo detrás de él, caminando hacia los autos.

Y el sentido común mezclado con la pequeña voz en mi cabeza que me hacía continuar cuando pensaba en renunciar a mi sueño, me recordaron que debía pensar acerca de lo que estaba haciendo.

El aire escapó de mis pulmones como si acabasen de golpearme. Una vena en mi sien latía en respuesta. *No lo hagas. No lo hagas.* Los vellos de mis brazos se erizaron.

Lentamente, dejé caer mi mano a mi lado e hice que mi boca se cerrara.

Este pedazo de mierda no iba a ser la razón por la cual tendría que pasar una temporada en la banca.

No lo sería.

La urgencia de abrir la boca y decirle que se fuera a la mierda estaba *justo ahí*, pero la contuve lenta y firmemente como si fuera una barracuda luchando por su vida. Pero lo hice. La contuve profundamente en mi pecho, en mi corazón y bloqueé.

Él no iba a quitarme esto.

En lo que probablemente fue una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida, mantuve mis dedos medios abajo, mi rodilla recta y lejos de la cercanía de dónde se encontraba una entrepierna en un hombre de un metro noventa y me di la vuelta antes de deslizarme en mi auto. Cerré la puerta sin decir una palabra, me aseguré de que no fuera a atropellar a nadie y salí de reversa del espacio en el que estaba.

No miré por el espejo retrovisor ni una sola vez. Estaba demasiado enojada.

Logré llegar hasta el semáforo antes de que una sola lágrima escapara de mi ojo. Solo una. ¿Cómo podía amenazarme después de lo que había hecho? No podía entenderlo. Respiré hondo y erráticamente, diciéndome a mí misma que no iba a malgastar mis lágrimas en él. Si era humillación o sentirme insultada o simplemente estar enojada, no importaba. Su estúpida opinión no me importaba. Sabía quién era y lo que era.

Podía irse a la mierda.

Y esperaba que se atragantara con ella.

—¿Estás bien?

Até el nudo en la grande bolsa negra en la que acababa de botar el recogedor de césped. Le asentí a Marc y le sonreí cansadamente.

—Estoy bien. ¿Y tú?

Se sacó el sombrero de la cabeza y pasó una mano por su corto cabello negro.

—Con un poco de resaca, pero he estado peor. —Movió nerviosamente la bolsa de lona que se había colgado antes de seguirme—. ¿Estuvo, eh, todo bien anoche?

—Sí. Llegó a la práctica esta mañana. —lo dije tan casualmente que pensé que me merecía una estrella dorada—. Otra vez, gracias por

llamarme.

Se encogió de hombros ante mi agradecimiento y levantó la bordeadora que esperaba en la entrada para autos.

—De todos modos, ¿qué demonios crees que hacía a ahí? —preguntó en voz baja.

—No tengo ni idea. —No había dicho nada además de amenazarme. Fantástico—. A mí me parece bastante estúpido, pero al menos lo sacamos de allí.

Cerrando de golpe la puerta trasera una vez que habíamos cargado todo el equipo en la plataforma de la camioneta, Marc se volvió para mirarme.

—Hiciste lo correcto. No te preocupes.

La repentina urgencia de decirle que Kulti amenazó mi temporada se precipitaba en mi boca, pero la mantuve allí. Solo había sido era una amenaza. Me dije a mí misma que no iba a darle al quiste poder sobre mí.

Además, tenía la persistente sospecha de que nunca, jamás reconocería que tal vez dejaría caer una lágrima o dos si repetía las palabras en voz alta, solo porque no tenía nada a la mano que pudiera romper que no tuviera que lanzar al suelo.

Querer lanzar algo simplemente no era habitual en mí. No era esta persona. No podía creer que fuera capaz de sacar estas emociones de mí. No era de temperamento acalorado o emocional. Por lo menos, ya no.

Era su culpa. La culpa de Kulti.

—¡Salomé! ¡Salomé Casillas!

Había mantenido mi cabeza agachada a propósito para que los periodistas que merodeaban por el campo de entrenamiento no me vieran detrás del grupo de jugadoras con las que estaba entrando al campo.

Mierda.

—¡Sal!

Jenny bufó cuando me detuve y siguió caminando. Traidora.

Forzando una sonrisa educada en mi rostro, me di la vuelta hacia la voz femenina que me llamaba. Se apresuró hacia mí con grabadora en mano y una sonrisa tan grande que realmente no estaba segura de sí era auténtica o no. En realidad, nunca se podía estar segura.

—Hola —la saludé.

—Hola, muchas gracias por detenerte —dijo, quitándose su largo cabello del rostro—. ¿Tienes un par de minutos para mí?

El "seguro" que salió de mis labios sonó extrañamente convincente. Honestamente, no tenía nada en contra de nadie de los medios, solo se trataba de mí siendo torpe y antisocial, sabiendo que mis palabras podían ser documentadas y usadas en mi contra. Tal vez.

Me lanzó una sonrisa, sosteniendo su grabadora.

—Voy a grabar esto, si tú lo apruebas. —Asentí—. Está bien, gracias nuevamente. Mi nombre es Clarissa Owens y trabajo en Social Jane.

Un sitio web del que había escuchado antes. Está bien, eso no era tan malo.

—¿Cómo es trabajar con uno de los hombres más sexys del mundo?

Yyyyyyy era el accidente de Hindenburg nuevamente. Chocando y quemándose y luego volviendo a pasar.

Pestañeé hacia ella.

—¿Te refieres al entrenador Kulti? —No era como si la mayoría de las mujeres encontraran a Gardner atractivo; lo era, al menos en mi opinión, solo que de una manera no convencional. Me gustaba su cabello canoso, su rostro era clásico, estaba en buena forma y tenía un trasero perfectamente redondo.

Pero…

Clarissa Owens soltó una risa realmente femenina.

—Oh, tú sabes de quién estoy hablando, tontita. Reiner Kulti. ¿Cómo es ser entrenada por uno de los atletas más sexys del mundo?

Tomó todo dentro de mí para no mirar al cielo y pedir la intervención divina. Mi boca se abrió y cerró varias veces, como si intentara hacer que las palabras mágicamente aparecieran en lugar del silencio absoluto.

—Mmm… bueno. Es nuestro entrenador asistente y fue uno de los mejores jugadores de nuestro deporte, así que eso es bastante emocionante.

—Estoy segura —dijo—. Dinos, ¿usa boxers o calzoncillos?

¿Cómo demonios se supone que sepa eso? En cambio, dije:

—Yo… no tengo idea, pero espero que lleve algo bajo su uniforme.

—¿Qué tipo de intereses tiene?

—Lo único que le interesa es ganar, creo.

La señorita Owens me dio una mirada exasperada.

—¿Es soltero?

Pestañeé un par de veces y finalmente miré sobre mi hombro para asegurarme de que nadie me estuviese haciendo una broma. Cuando volví a mirarla, volví a parpadear.

—¿Es esto una broma?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me tomó un momento recomponerme.

—Kulti es mi entrenador, es el mejor jugador de fútbol que jamás haya jugado en Houston, y probablemente en Texas, y somos increíblemente afortunados de tenerlo aquí —incluso si no hacía nada, ¿por qué matar la ilusión?— lo respeto y también el resto del equipo porque es un gran atleta. Su vida personal es asunto suyo y no tengo idea de lo que hace cuando no está aquí, lo siento.

—Oh. Está bien… ¿puedes decirme algo más acerca de él que creas que el público desconoce?

¿Que es tan imbécil como lo han hecho parecer? ¿O que ocasionalmente bebe tanto en bares que debe ser recogido sin siquiera agradecer por ello? Me aseguré de que ninguna de esas ideas cruzase por mi rostro mientras me encogía de hombros hacia la mujer que realmente solo hacía su trabajo. No era su culpa que las personas realmente quisieran saber cosas como esas.

—Lo siento. En realidad, no. Una vez lo vi usando calcetines

morados un día. Eso es todo lo que sé. —Le ofrecí ese miserable pedacito de conocimiento. Había estado usando calcetines morados, eso era un hecho.

Me dio una mirada que decía que eso no era lo que estaba buscando, pero se dio cuenta de que eso era todo lo que iba a conseguir de mí. Desafortunadamente para ella, no sabía que la mayoría de nosotras éramos incapaces de proporcionarle chismes jugosos. Nadie sabía nada acerca del alemán, excepto tal vez Grace. *Tal vez*. Era la única del equipo a la que parecía hablarle, pero Grace era demasiado profesional para dejar escapar algo.

Rápidamente nos despedimos y nos separamos.

Pero no podía librarme de la molestia de que me preguntaran cosas así. Y todavía aún más, no podía superar el hecho de que fueran preguntas sobre ese grandísimo imbécil.

Haré que te arrepientas.

Está bien, Cara cortada. Queso y malditas galletas. Dios.

Tuve que reprimir el grito que se produjo en mi interior.

¿Tenía alguna idea de lo que él había significado para mí cuando era más joven? Por supuesto que no. Pero ese no era el punto. Estaba donde estaba ahora porque de niña pensaba que él había colgado la luna en el cielo. Porque pensaba que era el mejor jugador de todos los tiempos y quería ser él, está bien, y estar con él, pero daba igual. Solía involucrarme en discusiones con personas que hablaban mal de él.

Así es como era. Incluso ahora, defiendo sus habilidades como una jugadora objetiva e imparcial porque no podías discutir las estadísticas. Había sido increíble y no había nada emocional detrás de esa declaración.

Había sido un jugador increíble por encima de la capa de imbecilidad en la que se envolvía.

Maldito imbécil.

—¿Qué tal estuvo eso? —preguntó Jenny con una sonrisa cuando me senté junto a ella.

No me molesté en esconder como ponía los ojos en blanco.

—Me preguntaron si estaba soltero.

Ella bufó.

—Debí haber dicho: “no, conocí a pareja hace unos días. Él es genial” —Le sonreí mientras sacaba las cosas de mi bolso—. Tal vez algún día.

—Ayer uno de ellos me preguntó si pensaba que él estaba preparándose para un regreso. Luego, estaba recogiendo mi correo cuando mi vecino preguntó: “Hola, Jennifer, ¿crees que puedas conseguirme entradas para tu próximo partido?” *¡Ni siquiera sé su nombre!* —exclamó—. El día antes de eso, mi tía me preguntó si había manera alguna de que pudiera venir durante una práctica. A ella ni siquiera le gusta el fútbol.

Jenny no era de las que se quejaban, así que el hecho de que lo mencionara ya decía algo.

Me conformé con asentirle. No confiaba en las palabras que pudieran potencialmente salir de mi boca.

—Genevieve me dijo que su jefe le dijo que le daría un aumento si le llevaba algo que perteneciera a ya-sabes-quién.

No era algo sorprenderte. Por otra parte, estaba segura de que si le diera a Marc la ropa interior de Kulti, probablemente me diría que me tomara una semana de descanso y aun así me pagaría mi parte.

—Escuché que Harlow le decía a un reportero esta mañana que ella venía a jugar, no a hablar de su entrenador.

Ambas bufamos.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? ¿Quejarnos de toda la atención? Ya les dije acerca de los correos electrónicos extraños que he estado recibiendo sobre Eric, y están intentando resolverlo de la mejor manera. Eric me dijo que a Kulti le ofrecieron un gran trato en un equipo europeo, y que lo rechazó. No van a querer arriesgarse a perderlo. —Volví a pensar en la noche en el bar y en su amenaza, y sentí ese familiar relámpago de frustración correr por mi espalda antes de alejarlo—. Oh, bueno.

Asintió con resignación.

—Espero que todos se calmen en el trascurso de la temporada.

—Yo también.

Siete

Traducido por M@r, Lucy_Sky & M.Arte
Corregido por M.Arte

Las prácticas y la vida continuaron durante los siguientes días.

Había al menos un par de reporteros en el campo cada mañana.

Usualmente eran los mismos durante un par de días antes de que la rotación cambiara y otras personas se presentaran. Gardner dirigió las practicas con la ayuda de la entrenadora de acondicionamiento físico y uno de los otros asistentes, mientras el infame *frankfurter* hacia lo mismo de siempre: un montón de nada.

Eventualmente, después de un par de días, dejo de importarme una mierda el alemán —tenía otras cosas por las que preocuparme— e ignorarlo se volvió una segunda naturaleza, incluso cuando estaba *justo ahí*.

Como el día de la foto del equipo.

Acurrucada de manera segura en la primera fila con el resto de las jugadoras con menos de un metro ochenta, tenía una centrocampista de un lado y una defensora en el otro, cortesía del asistente de la fotógrafa. ¿Había olvidado que Sheena había dicho que debía colocarme junto a Kulti? Nop. ¿Iba a decir algo para arreglar lo que estaba pasando? De ninguna manera, José.

El sol había llevado su naturaleza castigadora al siguiente nivel, la humedad haciéndome sudar en lugares que a la mayoría de la gente nunca lo harían, y todo lo que quería era el agua bajo un toldo demasiado alejado como para alcanzarlo en una carrera rápida. Estar ahí indefensos y amontonados, era cerca de cien veces peor que correr durante la práctica antes de que el calor empeorara. Mucho peor.

—¿Ya casi termina? —suspiro la jugadora a mi derecha. Era una de las nuevas adiciones a las Pipers.

—Eso creo —respondió Genevieve, una chica en la fila justo detrás de mí. Esta era solo su segunda temporada jugando en la WPL.

Miré por encima del hombro a la asistente reacomodando a las mujeres en la fila superior. Harlow estaba a un lado, frunciendo el ceño a lo que sea que la mujer estuviera diciendo y me hizo sonreír.

—Casi terminan con las grandulonas de allá arriba, luego deberían empezar y serán otros veinte minutos como máximo.

Hubo un gemido colectivo de las seis personas alrededor.

—¡Casillas!

Oh, diablos. No. *No*.

—¡Veintitrés! ¡Estás en el lugar incorrecto! —grito la fotógrafa desde su lugar justo al lado de la empleada de relaciones públicas de las Pipers.

—Las veo luego, chicas —murmure.

Tomo todo de mí no agachar la cabeza y arrastrar mis pies hacia Sheena, quien había aparecido de la nada. Había estado manteniéndome alerta por si aparecía. Bah. Entendía que estaba cuidándome, haciéndome un favor al ayudarme a salir del asunto en el que el pasado me había metido por simple asociación. Pero mientras pensaba en los correos electrónicos sin leer en mi bandeja de entrada, decidí que probablemente valía la pena solo mantener la boca cerrada y hacer lo que fuera necesario.

Aparentemente, nada de eso importaba. Tragué, me puse mis calcetas de niña grande y tomé una respiración profunda mientras caminaba como un ser humano sano y normal en la dirección que se me indicaba.

—Sal, acomódate ahí, en la fila justo debajo del señor Kulti, junto a la señorita Phyllis. —La señorita Phyllis, la entrenadora física que se había resucitado año tras año para asegurarse de que el equipo estaba en forma. También sucedía que teníamos casi la misma estatura, así que el razonamiento de Sheena tenía sentido. Si no tomabas en consideración que el Muro de Berlín humano era al menos quince centímetros más alto que la jugadora parada a su lado.

Eché los hombros hacia atrás y pretendí no notar la manera en que ignoraba todo y a todos los que estaban a su alrededor, incluso cuando estaba parada a menos de treinta centímetros de él.

Pero lo tomé como una campeona, sin dejar que me afectara.

Demasiado.

Desafortunadamente, solo porque sabía que no debía tratar de hablar con él, no significaba que las demás estuvieran en la misma página. Apenas había estado ahí por dos minutos cuando escuche a la jugadora parada en algún lugar detrás de mi preguntar:

—¿Podrías decirme qué hora es?

Cualquiera que conociera aunque fuera un poco a Kulti estaba consciente del hecho de que tenía un reloj de respaldo. Siempre usaba uno.

A todos nos habían ordenado dejar nuestros teléfonos en nuestras maletas, así que no estaba sorprendida de que nadie llevara un reloj. Había jugado usando uno hace mucho tiempo, pero no quería arriesgarme a romper la caratula.

—¿Nadie sabe qué hora es? —pregunto de nuevo la jugadora.

Nada.

Ni una sola respuesta del hombre al que le pagaban por usar un reloj.

Jesús. Finalmente me di vuelta y dije:

—No tengo reloj, Vivian. Lo siento. —Porque odiaba cuando preguntaba algo y nadie respondía. Era grosero e incómodo.

Pero lo que era más grosero e incómodo, era ser capaz de dar una respuesta adecuada y no hacerlo. Por la mirada en la cara de la jugadora, ella sabía que él pudo haber respondido.

Y había decidido no hacerlo. Encantador.

Mantuve mi cara hacia el frente después de eso y le sonreí a la cámara cuando llego el momento.

Las cosas no mejoraron cuando los camarógrafos se presentaron dos días después para filmar la práctica. Sheena seguía agitando sus manos hacia donde estaba los entrenadores.

—Vamos —me susurraba cuando estaba lo suficientemente cerca —. Solo un par de tomas.

Eran solo un par de tomas con el hombre que me había dicho tres oraciones en un mes.

Bah.

Recogí mi orgullo, lo sacudí y lo acomodé sobre mis hombros antes de avanzar gradualmente hacia los entrenadores que estaban parados juntos.

Me propuse hacer conversación con Gardner, mientras Kulti estaba cerca con esos fantásticos bíceps flexionados y cruzados sobre su pecho con su atención en otra parte. Cada vez que lo miraba me recordaba cada vez más a un soldado en alguna rama del ejercito con

su cabello recortado y expresión en blanco. Mientras tanto, en mi cabeza, lo sacudía con ambas manos. La madurez era definitivamente una de mis fortalezas.

O no.

Pero hacia lo que tenía que hacer. Siempre. Eso fue lo que puso una sonrisa en mi rostro y me hizo hablar con personas que en verdad me agradaban mientras los camarógrafos caminaban por ahí. Eso tenía que ser lo suficientemente bueno.

Me aparte pensando en el alemán ignorando a la vida misma y preste atención a las chicas a mi alrededor; Gardner empezó a hablar con alguien más.

—Estoy lista para terminar con esto. ¿Alguien sabe qué haremos mañana? —Escuché a Genevieve preguntar.

Otra chica respondió:

—Creo que mañana nos reuniremos en las oficinas para recoger el resto de nuestros uniformes, ¿no?

Era cierto, pero odiaba ser siempre la que sabía lo que estaba pasando y hablar al respecto.

Alguien más estuvo de acuerdo.

—Sí. ¿Alguien quiere ir a la hora feliz mañana?

¿Ir a la hora feliz el día antes de un juego? Hice una mueca para mí misma, pero mantuve mi mirada hacia el frente y la boca cerrada. Pero aun así escuché mientras dos personas estuvieron de acuerdo y otra dijo que no.

De cualquier manera, no era como si me hubieran invitado o pedido mi opinión.

La mayoría de la gente había renunciado a invitarme a lugares después de no presentarme en tantas ocasiones, y era mi culpa. *Estaba* ocupada. A veces parecía que tenía que programar citas al baño durante el día. Así que mientras todos iban a la hora feliz, finalmente iba a empezar un nuevo proyecto con Marc para un cliente que cariñosamente llamábamos “El Oasis del Suroeste”. Hace quince años, nunca hubiera pensado que estaría entusiasmada sobre un pedido especial de rocas y cactus.

¿Era elegante o divertido en una forma tradicional? No. Pero era mi vida y no me importaba.

—No puedo esperar —admitió otra chica—. Esta semana A-P-E-S-T-Ó. Me servirían un par de margaritas.

¿Un par? Me estremecí.

—Chica, yo también…

—Lo que ustedes necesitan es algo de disciplina, no bebidas el día antes de un juego

Honestamente, dejé de respirar ante el sonido de la voz extranjera hablando. No tenía que darme la vuelta para saber quién acaba de hablar. Tendrías que ser un idiota para no saberlo.

De todas las veces, había elegido hablar ahora…

—Pero solo es la pretemporada…

No estaba segura de quién era lo suficientemente tonta como para siquiera molestarse en justificar que era "solo" un juego de pretemporada. Entendía parcialmente que técnicamente no contaban, pero aun así. ¿A quién le gustaba perder? Seguro como el infierno que a mí no, ni siquiera me gustaba perder en el hockey de mesa.

En fin.

¿Y eso viniendo de él? Que maldito hipócrita.

—Ningún juego es "solo" algo. —Fue la mordaz repuesta sin sentido que salió de la boca de *sauerkraut*.

—Oye, ¿por qué no…? —Gardner rápidamente intervino con un tema al azar para distraer al recién llegado.

Segura como el infierno que no iba a darme la vuelta y mirarlo por usar un tono tan feo o por ser un completo farsante. Quizá si no hubiera arrastrado su borracho trasero a la habitación de un hotel hace unos días, me sentiría diferente.

Pero el daño ya había sido hecho.

Incluso *yo* sentí el ardor de sus palabras. Nadie más dijo nada. Pero en el segundo que hice contacto visual con Jenny, ella gesticuló:

—¿Qué demonios fue eso?

Abrí los ojos de par en par y respondí:

—No tengo idea.

Un par de minutos después, Grace se acercó a él. La

conversación tuvo que haber durado unos tres minutos, si acaso, pero en esos tres minutos estaba segura de que cada miembro de las Pipers los observaba. Vimos a Grace marchar hacia él, decir algo de esa manera en que nos había hablado a todas cuando tenía los pantalones de capitán puestos, y luego lo vimos responder con una corta oración. Dos minutos después, una de las jugadoras profesionales más selectas que alguna vez había conocido tenía la ira pintada en todas las características de su cuerpo.

Grace estaba furiosa. Grace. Ella era el tipo de persona que siempre tomaba el camino correcto. En los cinco años que habíamos jugado juntas, incluso en el equipo nacional, nunca había jugado sucio. Fresca como un pepino, determinada e inteligente, Grace era la definición de profesional.

No enloquecía.

Y acaba de hacerlo. Por qué, no tenía idea, pero una pequeña parte de mí estaba muriendo por saberlo.

¿Le había dicho a Kulti algo sobre cómo les había hablado a las chicas? Conociéndola y sabiendo que tan seriamente se tomaba el papel de capitana, era más que probable. En cualquier otra ocasión que los había visto juntos, habían parecido amigos… bueno, amigables. Más o menos amigables. Sí.

La escena me dejó un poco preocupada.

¿Qué había pasado?

—Sal, ¿ese sexy hermano tuyo va a venir a nuestro primer partido?

Saqué la lengua y exageré un poco las arcadas, ganándome la risa de un par de chicas que sabían cuánto odiaba que imaginaran cosas sucias sobre mi hermano cada vez que pasaba por allí. Desesperadas zorras callejeras. Finalmente, le sonreí a la chica que preguntó y negué con la cabeza.

—No, no va a venir. Mi sexy hermanita vendrá y también mis padres. En realidad, hoy están aquí.

—Aww, ¿en serio?

Alegría y placer brotaron de mi pecho. Muchas de las jugadoras no tenían familia que viviera lo suficientemente cerca como para que vinieran ocasionalmente a los juegos… o no se molestaban en hacerlo. Mi familia, por otro lado, usualmente se presentaba a la mayoría de los juegos en casa, haciendo el viaje de tres horas y pasando el día

siguiente para verme. Sabía que era afortunada y estaba agradecida de que me apoyaran tanto.

Incluso si mi hermana, Cecilia, se pasaba todo el juego en su teléfono enviando mensajes y navegando en Instagram. Pero aun así, estaba ahí incluso después de llamarme con nombres feos e inventar ideas horribles en su cabeza sobre lo que pensaba de ella. No era como si mi mamá hubiera elegido esta vida para mí tampoco, pero se presentaba y me animaba de todos modos, incluso si le costaba. Pero eso era amor, ¿o no?

Hoy era nuestra práctica abierta antes de que los juegos de pretemporada contra los equipos universitarios locales. Esta práctica era un gesto que la liga hacía para los dueños de los boletos de temporada, amigos y familia de los jugadores, y los ganadores de varios concursos. Después de la práctica pasábamos el rato y nos tomábamos fotografías, y si había niños pequeños, pateábamos la pelota con ellos durante un rato.

—Síp. No estoy segura de sí Eric será capaz de venir este año ya que sigue en el extranjero. —Afortunadamente. Fácilmente podía imaginármelo en las gradas mirando ceñudo a la banca, y por "la banca", me refiero a Reiner Kulti.

—Avísame con anticipación, así puedo ponerme algo de maquillaje ese día. —Rio la chica.

Solté una risita y la despedí con la mano, tirando de mis calcetines sobre mis espinilleras ya que habíamos terminado de calentar. Poniéndome de pie, miré a los cientos de personas que estaban en las gradas en una pequeña sección cerca de donde practicábamos. En tan solo un par de minutos, vi la línea de cabello de papá, el nuevo color rojo brillante de mamá y la enorme cabeza de Ceci cubierta por un sombrero vaquero. Alzando ambas manos al aire saludé a mi familia y a quien sea que creyera que lo estaba saludando, sonriendo ampliamente. Instantáneamente, papá y mamá saludaron de vuelta, y también algunas personas que no conocía.

—Vamos, señoritas. Si todas están listas, vamos a empezar —gritó Gardner.

Las siguientes dos horas volaron sin rastro de la incomodidad que había cubierto al equipo desde que Kulti había llevado sus hábitos de bastardo al siguiente nivel. Todas parecíamos estar bloqueándolo de nuestras mentes por el momento al menos. Eché un vistazo a las gradas durante la exhibición un par de veces. Siempre había sido una de esas niñas a las que les gustaba tener a su familia en los juegos.

Había gente a la que no le gustaba, pero no era uno de ellos. Jugaba mejor cuando estaban en las gradas, o al menos lo tomaba más en serio, si es que eso era posible. Mis padres sabían más que suficiente sobre fútbol para entender lo que pasaba y aun así hacerme sugerencias sobre las cosas que podía mejorar.

El sol parecía más caliente de lo normal y el tobillo solo me molestaba un poco, pero en general todo salió bastante bien. Excepto que cada vez que miraba en la dirección de mi padre, él estaba ocupado mirando a Kulti como todo un acosador. Lo amaba incluso si tenía un terrible gusto en hombres.

Ni siquiera mencionaríamos que hace muchos años yo había sido igual a él.

Tan pronto nos enfriamos y estiramos, algunos de los empleados del equipo masculino de Houston —nuestros equipos tenían los mismos dueños— guiaron a los espectadores de las gradas al campo. Había pasado más de un mes desde la última vez que había visto a mi familia y los extrañaba. Vi a mi papá buscando alrededor del campo a la única persona que en realidad importaba. Sabía que no era yo, ja.

—Ma. —Extendí mi brazo hacia mi madre que miró mi camiseta sudada, hizo una mueca y me abrazo de todos modos.

—*Mija* —contestó, apretándome con fuerza.

Después, tomé el borde del sombrero de mi hermanita y la atraje hacia mí mientras gritaba:

—¡No, Sal! ¡Estas toda sudada! Sal, no estoy jugando. ¡Sal! ¡*Mierda*!

¿Sabía que a ella no le gustaban los abrazos sudorosos? Diablos, sí. ¿Me importaba? Nop. No había olvidado que me había llamado perra la última vez que estuvimos juntas en la misma habitación, incluso si ella iba a actuar como si esas palabras no hubieran salido de su boca, la abracé incluso más fuerte, sintiendo como me golpeaba en la espalda malditamente fuerte mientras mi madre decía:

—*Hija de tu madre*, cuida tu lenguaje. —A oídos sordos.

—Te he extrañado Ceci —dije, salpicando besos por las mejillas de mi hermanita mientras trataba de alejarse, diciendo algo sobre su maquillaje arruinándose.

Tenía diecisiete. Lo superaría. Teníamos casi la misma altura, cabello castaño, aunque el mío era un poco más claro debido a nuestra abuela argentina, y teníamos los mismos ojos café claro. Pero ese era

todo nuestro parecido.

Físicamente, yo tenía unos nueve kilos más que ella. En cuanto a la personalidad, éramos tan diferentes como era posible. Para cuando tuvo quince años ya había dominado el arte de usar tacones, mientras que yo creía que usar un sostén de verdad era elegante, y eso solo era la punta del iceberg. Pero la amaba completamente, incluso cuando era un poco pretenciosa y llorona… y algunas veces era un poco malvada.

Cuando finalmente la dejé ir, resoplé en dirección de mi padre. Nos estaba dando la espalda y estaba ocupado buscando alrededor del campo.

—Hola, ¿papá? Dame un abrazo antes de que nunca quieras volverte a lavar las manos.

Con un sobresalto, se dio la vuelta y me lanzó una sonrisa de oreja a oreja. Había tenido una línea de cabello incipiente por tanto tiempo como podía recordar, su bello facial recortado y sus ojos verdes —heredados de una abuela española— eran brillantes.

—¡Te estaba buscando!

—Oh, si claro, mentiroso. —Me reí. Nos dimos un enorme abrazo mientras me hacía algunos comentarios sobre las patadas de tijera que había hecho durante la práctica. Era un movimiento que requería que te lanzaras en el aire y patearas la pelota sobre tu cabeza o hacia un lado, lo que funcionara.

—Estoy tan orgulloso de ti —dijo aun abrazándome—. Eres mejor cada vez que te veo.

—Creo que tu visión podría estar empeorando.

Sacudió la cabeza y finalmente se apartó, manteniendo sus manos en mis hombros. No era muy alto, más o menos de uno ochenta según su licencia, pero yo creía que estaba más cerca del metro setenta y cinco.

—*Alomejor*.

Hubo un golpecito en el costado de mi pierna y cuando miré hacia abajo, encontré a una pequeña niña y un niño allí de pie con mi fotografía de perfil de jugador del año pasado en sus manos.

Hablé con ellos un poco, autografié sus fotografías y luego posé para algunas más cuando su mamá lo pidió. Inmediatamente después de ellos, otros tres grupos de familias —la mayoría de las veces eran

niñas pequeñas con sus madres— vinieron e hicimos lo mismo. Entre las fotografías, les hice preguntas y di abrazos porque eran la moneda más barata y efectiva del mundo. Odiaba hablar con la prensa porque me ponía nerviosa e incómoda, estos extraños, estas personas me hacían increíblemente feliz, especialmente cuando los niños estaban emocionados. Perdí el rastro de mis padres, pero no me preocupé mucho al respecto; sabían cómo funcionaban este tipo de cosas.

Lo que debieron haber sido treinta minutos después, una vez que terminé de firmar el balón de una adolescente y decirle que no era demasiado grande si quería jugar profesionalmente un día, miré alrededor, tratando de encontrar a mi familia. Cerca de una de las porterías que usamos durante la práctica, vi a mi papá y mamá hablando con Gardner y Grace, la veterana. Se habían reunido repetidamente a lo largo de los años.

Para cuando llegué con ellos, lancé un brazo alrededor de mi papá y le sonreí. Pero lo que encontré en respuestafue una sonrisa sombría y triste que trató de disimular. Inmediatamente me puso en alerta.

—¿*Qué tienes*? —susurré.

—*Estoy bien* —susurró de vuelta, besando mi mejilla. Él no se veía bien para mí—. El entrenador nos estaba diciendo lo bien que todas ustedes han estado jugando juntas.

Miré su rostro con cuidado, fijándome en el bronceado y las líneas de edad por años de trabajar en el exterior, la mayoría del tiempo con un sombrero y algunas veces sin él, y sabía que había que le molestaba. Solo estaba siendo obstinado, que es de donde yo lo había sacado, de él. Pero si no quería decir nada en ese momento no iba a forzarlo. Aclaré mi garganta y traté de atrapar la mirada de mi mamá, pero ella parecía estar bien.

—Eso espero. No veo porque no, ¿verdad, Grace?

La mujer ligeramente mayor, cumpliendo treinta y cinco este año, sonrió alegremente de vuelta. Completamente diferente a la mirada en su rostro cuando le había dicho quién-sabe-que a Kulti.

—Definitivamente.

Cuando Gardner y Grace se fueron y éramos solo nosotros tres —Ceci estaba hablando con Harlow de Dios sabe qué— le di un codazo a mi papá en el brazo y pregunté:

—¿Qué pasa? ¿En serio?

Sacudió la cabeza como sabía que lo haría.

—Estoy bien, Sal. ¿Qué sucede contigo?

Eludir algún tema era un talento de la familia Casillas.

—¿Qué paso? —insistí, porque esa era otra cualidad de la familia Casillas.

—*Nada*.

Este hombre. Podría sacudirlo un par de veces.

—¿Me dirás después? ¿Por favor?

Con dos palmaditas en la parte superior de mi cabeza, sacudió la cabeza una vez más.

—Todo está bien. Estoy feliz de verte, y estoy feliz de que podamos ver el inicio de temporada en un par de semanas.

Estaba tan lleno de mierda, pero sabía que no tenía sentido discutir con él, así que lo deje pasar.

Un par de minutos después, mi familia se fue y prometieron verme por la noche. Mi mamá y Ceci querían ir de compras mientras estaban en la ciudad, e hicimos planes para reunirnos una vez que terminara de trabajar. Aun había algunos fans alrededor; todas las jugadoras seguían en el campo reuniendo sus cosas si no estaban ocupadas. Acababa de recoger una botella de agua para tomar un trago cuando Harlow vino y me dio una mirada seria. Dos miradas como esas en un solo día eran demasiado.

—¿Qué está pasando? —le pregunté, metiendo la botella bajo mi brazo.

Su mandíbula inferior se movió un poco.

—No dije nada porque sabía que querrías hacer los honores.

Parpadeé

—¿De hacer qué?

Harlow colocó sus manos detrás de su espalda, el más leve rasgo de molestia cruzando sus mejillas. Ese era uno de sus rasgos faciales con los que estaba familiarizada. Estaba tratando de controlar su temperamento explosivo.

—¿El señor Casillas no te dijo nada?

Parpadeé con sospecha.

—No, ¿sobre qué?

Har se aclaró la garganta, otra pista de que lago la había enfurecido, lo que no era decir mucho. No era conocida por su paciencia.

—Creo que fue con ya-sabes-quién y le pidió un autógrafo. —Se aclaró la garganta una vez más—. No estoy segura, Sally. Todo lo que sé es que tu papá se alejó como si le hubieran dado un cabezazo.

Paciencia, Sal.

Tomé una respiración profunda.

—¿Tú crees… —estaba hablando una palabra por minuto para no reventarme un nervio capilar en el ojo por la tensión que sentía por dentro—… que fue grosero con mi papá? —*¿Mi papa?*

—Creo que lo fue —respondió lentamente—. Nunca había visto a tu papa lucir así. Especialmente no después de tener esa mirada del día de San Valentín en sus ojos, y después ya no.

P-a-c-i-e-n-c-i-a. Tranquila. Cuenta hasta diez.

Abrí y cerré la boca tratando de liberar la tensión en mi mandíbula, pero nada paso. La siguiente cosa que supe, fue que mis brazos estaban temblando al recordar la mirada en el rostro de mi padre.

Que se joda.

Lo intenté. Podía vivir con el hecho de que en verdad intenté no estar tan molesta. Me esforcé. Pero de nuevo, habían sido muy pocas las ocasiones en las que me había enojado tanto tan rápido. Usualmente era calmada, y si no lo estaba, entendía que había un tiempo y lugar para estar enojada.

La mayoría del tiempo.

Di un paso adelante.

—No puedo…

Como una buena amiga, Harlow entendía que no había manera de hacerme volver del precipicio al que me había enviado. Ella misma era protectora y sabía que nunca debías lastimar al ser querido de alguien, así que me dejó ir. Después, si realmente pensaba en ello, recordaría que me había dicho que iba a dejarme hacer los honores a

pesar del hecho de que también había tenido el deseo de defender el orgullo de mi papi.

—¡Solo no lo golpees frente a todos! —ordenó Harlow mientras marchaba hacia… bueno, no sabía hacia donde exactamente. Lo único que sabía es que mi destino era hacia dónde estuviera ese maldito alemán.

En el tiempo que me tomó encontrarlo y caminar rápidamente hacia él, me calmé lo suficiente para decirme a mí misma que no podía golpearlo. Tampoco podía ni debía llamarlo *Führer* ni nada más que pudiera potencialmente meterme en problemas. Afortunadamente para mí, pensaba bien sobre la marcha.

Mi objetivo: hacerle un nuevo agujero en el culo sin meterme en problemas.

Me quité las calcetas mentales de chicas grande y las tiré al suelo. A la mierda con este hijo de puta. Si hubiera tenido aretes, también me los hubiera quitada y se los hubiera entregado a Harlow.

Mis brazos temblorosos y mi corazón latiendo a toda máquina me animaron.

Lo encontré.

Estaba allí, ocupándose de sus propios asuntos, revisado algunas notas en una carpeta. Alto, solemne y completamente ajeno al hecho de que había herido los sentimientos del hombre más importante de mi vida.

No pensé ni me molesté en mirar a mi alrededor para ver quién iba a ser el público potencial porque no me importaba una mierda.

No lo insultes directamente.

No digas la palabra con i o Führer.

En este momento, no me importaba quién era este hombre ni quién había sido. Solo era un imbécil con un problema de actitud que había hecho lo impensable. Una cosa era ser un imbécil conmigo o mis compañeras de equipo, pero había herido los sentimientos de *mi* papi, y esa mierda simplemente no la iba a pasar por alto.

—Oye —espeté en el momento en que estuve lo suficientemente cerca.

Ni siquiera levantó la vista.

—Oye tú, bratwurst alemán. —¿Eso acaba de salir de mi boca?

Cuando el bratwurst alemán en cuestión levantó la vista, me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. Bueno, supongo que podría haber dicho algo mucho peor, y no era como si pudiera retractarme en ese momento.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó.

Me concentré en cómo mis antebrazos estaban tensos, en la ira que había cobrado vida en mi pecho y dejé salir las palabras:

—Sí, tú. Tal vez no te importa una mierda ayudar al equipo y eso está bien, lo entiendo, grandullón. ¿Quieres hablarnos como la mierda, *cuando sabes que no estás en posición de decir nada sobre lo que la gente debería y no debería estar haciendo?* —Le disparé una mirada que decía que quería que recordara exactamente lo que había hecho por él.

Maldito hipócrita.

—Todos vamos a superar que seas grosero con nosotros, créeme. No perderé el sueño por ti, pero aquí no tratamos a nuestros fans como basura. No estoy segura de cómo haya sido para ti donde jugaste, pero aquí estamos agradecidos y tratamos a todos con amabilidad. Sin importar si alguien te pide un autógrafo o firmar su mejilla, lo haces con una sonrisa.

»Y especialmente no se te permite ser un imbécil con mi padre. Pensó que eras lo mejor desde las comidas congeladas. Es uno de tus mayores admiradores, ¿y vas a ser grosero con él? Dios mío. Todo el mundo sabe que eres un terror contra el que jugar, pero no pensé que fueras malo con las personas que han apoyado tu carrera.

Alguien jadeaba, y estaba bastante segura de que era yo.

»Todo lo que quería hacer era conocerte y, no sé, tal vez conseguir una foto para poder presumirla con sus amigos. Es el mejor hombre que conozco, y ha estado hablando de conocerte durante semanas. Ahora mi padre se fue de aquí molesto y probablemente desilusionado, así que gracias por eso, pastel de chocolate alemán. Espero que la próxima vez que alguien se te acerque, pienses en cómo dos minutos de tu tiempo podrían hacer el año entero de una persona. Maldito *sauerkraut*.

Bueno, no dije lo último, pero lo pensé.

También pensé sacudirlo con las dos manos, pero tampoco lo hice.

Mis dedos se flexionaron por sí solos y mis molares comenzaron

a rechinar mientras nos mirábamos en silencio. Pensé que había terminado, pero cuando esos ojos parpadearon y me recordaron un partido en New Hampshire una vez a finales de otoño, sentí que mi yo de trece años cobraba vida, la chica que había puesto a este hombre en un pedestal y que era lo mejor del mundo.

La sentí cobrar vida y morir en una fracción de segundo. Así de rápido, esta versión de mí que comprendía que la gente cambiaba con los años, renació de las cenizas de la adolescente Sal. A la versión adulta de mí no le importaba una mierda Reiner Kulti. No había sido quien estuvo en mis prácticas y mis juegos. No fue el que vio por mis heridas y me apoyó durante mis períodos de recuperación. Tenía una lista de personas que amaba y respetaba, personas que se habían ganado un espacio en mi corazón y merecían mi lealtad.

Reiner Kulti no era nadie especial en las formas que realmente importaban. Había sido mi inspiración hace mucho tiempo, pero no había sido el que me ayudó a hacerlo realidad.

—Entiendo que usted es la mejor cosa que ha llegado a este campo, *Señor* Kulti. —Sí, dije el "señor" tan sarcásticamente como pude—. Pero para mí, mi padre es una de las mejores personas del mundo. Y la siguiente persona cuyos sentimientos lastime al no importarle conocerlo es el padre o el hermano o la madre o la hermana o el hijo de otra persona, así que piense en eso.

Maldito *frankfurter*.

Por suerte, no esperaba que respondiera y, al final, probablemente fue bueno que no lo hiciera porque dudaba seriamente que algo sincero o alguna disculpa pudiera haber salido de una boca tan apática e indiferente.

Horas más tarde, cuando estaba acarreando rocas en una carretilla y mis hombros estaban a punto de que les brotaran conductos lagrimales porque me dolían demasiado, no pude evitar sentirme agitada y enojada. Si no los hubiera quitado hace casi diez años, habría arrancado los carteles de Kulti de mi pared con un grito que habría enorgullecido a Xena. Nadie me había detenido mientras agarraba mi mierda y me iba. Gardner se había quedado allí mientras pasaba junto a él con lo que reconocí como una mirada impresionada en su rostro.

Así que tenía eso al menos, no podría ser expulsada del equipo si Gardner parecía satisfecho con lo que había dicho.

Al menos eso es lo que esperaba, pero de cualquier manera,

nada en mí lamentaba lo que había hecho. Si no podía defender lo que creía, entonces no era la persona que me esforzaba en ser.

Esa noche recibí tres mensajes de voz mientras me apresuraba a trabajar antes de reunirme con mis padres.

El primero fue de Jenny, quien dijo:

—Sal, no puedo creer que le dijeras eso, pero creo que fueron las cosas más bonitas que he escuchado salir de la boca alguien. Estoy orgullosa de ti y te amo.

El segundo fue de una de las defensoras del equipo con la cual no me relacionaba mucho, se estaba riendo tanto que sonaba como si estuviera muriendo.

—¡Pastel de chocolate alemán! Dios mío, pensé que me había orinado en los pantalones.

El tercero fue de Harlow.

—Sal, siempre supe que tenías bolas de acero en ese pequeño e insignificante cuerpo, pero maldición, casi lloré. Avísame cuando quieras salir a celebrar que le diste el escarmiento de su vida a Kulti.

En general, estaba muy contenta conmigo misma.

No le dije nada a mi padre esa noche cuando todos salimos a comer, pero le di un abrazo el doble de fuerte que de costumbre que lo dejó sin aliento.

Si me hubiera preocupado que el personal estuviera enojado por lo que había dicho ayer, habría sido un desperdicio de esfuerzo mental y emocional. Un par de chicas nuevas chocaron discretamente las palmas conmigo cuando me presenté, pero fue la fuerte palmadita en mi espalda que me dio Gardner la que finalmente me relajó. No habría repercusiones.

Matuve la cabeza en alto y no hice ningún esfuerzo extra para fingir que no mirar a Kulti. Si miraba en su dirección, seguía con la vista en esa dirección. La única vez que nuestras miradas se encontraron, dejé que mis ojos permanecieran ahí por un segundo antes de mirar a otro lado. Dicen que no hagas contacto visual con animales peligrosos para que no te perciban como una amenaza, pero dije a la mierda y no me importó, no era la perra de nadie, especialmente la de Kulti.

No había hecho nada malo, y estaba segura como el infierno mismo de que no me quedaría sin hacer nada y dejaría que este

tanque alemán hiciera que el mejor padre del mundo se sintiera abatido. Había estado actuando normal cuando cenamos en el restaurante junto a su hotel, pero… aún así. Mi instinto sabía que sus sentimientos habían sido heridos y eso nunca iba a salir de mi radar.

Cuando me tiraron al suelo durante un juego particularmente competitivo de tres contra tres, justo a un metro de Kulti, me levanté de un salto, estiré los muslos mientras lo miraba a los ojos, y luego volví a lo que estaba haciendo.

¿Fue lo más inteligente?

Tal vez no, pero todo lo que tenía que hacer era pensar en mi padre y sabía que había hecho lo correcto, lo único, en realidad. Aunque Grace y yo nunca hablamos de lo que había pasado entre ella y Kulti, la mirada que me dio después de ese fatídico día me convenció de que le había dicho algo sobre cómo había hablado con las otras Pipers. Aunque no había encontrado las pelotas para decirle nada por defender a las chicas que él había regañado, había defendido a mi padre y también, tal vez en cierto modo, a cada persona que él rechazaba.

Los cuales éramos todos nosotros, más o menos. Solo que me había llevado mucho más tiempo que a Grace. Tal vez si hubiera sido Jenny o Harlow, lo habría manejado de otra manera, el punto no era que nadie merecía que lo trataran de esa forma.

Nada en sus acciones había cambiado en absoluto, todos estábamos de puntillas, cuidando nuestras espaldas y nuestras palabras. ¿Apestaba? Absolutamente. Pero no había mucho que pudieras hacer al respecto.

Con nuestro primer partido de pretemporada por venir —y otros cinco en un lapso de dos semanas— tuve que conformarme con mantener mis pensamientos en el juego y no en el hombre tonto que la gente había apodado “El Rey”. Seguro. Era “El Rey” de todos los bastardos de mierda del planeta.

Ocho

Traducido por Nerea97
Corregido por M.Arte

—¿Alguien tiene alguna otra pregunta?

Podías tomar un bocado de la tensión en la habitación. Nadie, a excepción de Grace, había dicho una palabra en las últimas dos horas. Todas nos quedamos sentadas allí, escuchando a los entrenadores repasar los detalles de último minuto sobre la próxima temporada. Incómodo e incierto, todas las jugadoras sentadas alrededor de la sala de conferencias simplemente observaron y asintieron. Pasar demasiado tiempo escuchando a otros hablar en lugar de realmente jugar ya era suficientemente difícil.

El culpable del extraño comportamiento del equipo era el entrenador asistente parado en un rincón de la sala junto a la pantalla de proyección con los brazos a los lados. Nadie tenía que confirmarlo, pero lo sabíamos. Definitivamente todos lo sabíamos.

Era su culpa.

Cuando nadie más respondió a la pregunta de Gardner, sacudí la cabeza y contesté:

—Nop.

Un ceño fruncido acentuó el pliegue entre las cejas del entrenador mientras miraba alrededor de la habitación, esperando que alguien dijera algo más.

Nunca llegaron nuevas palabras, y pude ver por la forma en que sus mejillas se tensaron, que él tampoco entendía por qué. Por un lado, a nadie le faltaba confianza. En segundo lugar, si alguien tenía un problema, por lo general no tenía ningún problema para expresarlo.

Excepto que esta vez, el problema principal tenía dos brazos y dos piernas.

Tun, tun, tun.

Nadie estaba a punto de decir nada.

—¿Nadie? —preguntó Gardner de nuevo, su tono incrédulo.

Nada.

—Bueno. Si nadie tiene nada que decir, supongo que pueden irse. Nos reuniremos aquí mañana a las ocho, y todos iremos al campo —anunció a un colectivo de asentimientos antes de que el equipo se levantara.

Me quedé unos pocos minutos más hablando con Genevieve sobre correr por senderos cercanos y acababa de agarrar mis cosas cuando escuché:

—Sal, ¿tienes tiempo para venir a mi oficina?

Mi instinto me dijo que sabía exactamente qué conversación estaba a punto de ocurrir. Había visto la cara de Gardner y mi instinto era consciente de que él sabía que algo estaba pasando.

Desafortunadamente, también sabía que sería la primera y probablemente la única a la que el acudiría con sus preguntas.

Blah. Era la maldición de ser una muy conocida mentirosa de mierda.

—Claro —le dije, a pesar de que lo último que quería era hablar sobre eso.

Me sonrió y me hizo un gesto para que avanzara.

—Ven entonces.

Maldición. Sosteniendo mi bolso sobre mi hombro, lo seguí. En un par de minutos, estábamos avanzando por un pasillo con el que estaba muy familiarizada y entrando en su oficina.

Gardner levantó las cortinas de la pequeña ventana que separaba su escritorio del pasillo —era el procedimiento— y se sentó detrás de su escritorio, con una sonrisa amistosa y las cejas casi hasta la línea del cabello.

—Sabes que no voy a andarme por las ramas contigo. Dime qué está pasando.

Y su nombre era bingo.

¿Por dónde empezaba exactamente?

No era como si quisiera exponer los problemas de nadie, mucho menos mi propio dilema —de nuevo— frente a un hombre en el que confiaba y respetaba, pero básicamente me di cuenta de que me estaba utilizando como una informante. Está bien, más como una soplona. Era lo mismo, maldita sea. Deslizándome en la silla con mi bolsa a mis pies, levanté las cejas hacia Gardner. Inmediatamente

decidí jugar la carta *tonta* el mayor tiempo posible.

—¿Con nosotras?

—Con todas ustedes. El equipo. ¿Qué está pasando?

—G, no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Sal. —Parpadeó como si supiera que me estaba haciendo la tonta. Y lo hacía, pero él no lo sabía con seguridad—. Todo el mundo está actuando raro. Nadie habla. No veo a nadie jugando como siempre. Parece que es la primera vez que juegan juntas. Quiero entender qué está pasando, eso es todo.

Una vez que realmente pensé en ello, me di cuenta de que no debería estar sorprendida de que notara las diferencias. Por supuesto que lo haría. Se dio cuenta porque le importaba. Me quejaba porque Gardner le importaba y después me quejé porque a Kulti no le importaba. No había forma de ganar, ¿cierto? Necesitaba aceptar el hecho de que Gardner todavía estaba allí y lo notó.

Si bien las prácticas solían ser bastante serias, siempre había habido un aspecto lúdico en nuestros calentamientos y enfriamientos. Todas nos llevamos bien bastante bien la mayor parte del tiempo, y creo que es por eso que trabajamos tan bien juntas. Nadie era una superestrella o tenía un ego del tamaño de un globo aerostático. Jugábamos como una unidad.

Por supuesto eso no significaba que algunas jugadoras no desearan de vez en cuando que otras se torcieran el tobillo, pero así es como era.

Y si, las prácticas habían sido bastante moderadas y se habían vuelto más y más tranquilas con cada día que pasaba. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no era culpa de los nuevas jugadoras del equipo. Eran geniales.

Era el alemán. Si incluso Harlow temía abrir la boca para quejarse de que él no estaba siendo activo, entonces obviamente había un problema. No creo que Har alguna vez haya pensado dos veces sobre las repercusiones de hablar. Era tan buena y honesta, sin embargo, la había visto retroceder y sacudir la cabeza mientras el *frankfurter* en cuestión paseaba en silencio por los alrededores de las prácticas.

Además, estaba mi problema de mierda con él.

Me incliné hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas y levanté los hombros en un perezoso encogimiento.

—Dime qué hacer —dijo el entrenador, seriamente—. Confió en tu palabra, y necesito saber por dónde empezar.

La palabra con C, demonios. La confianza era mi kriptonita.

De repente sentí mi resolución abandonarme y dejé caer mi cabeza en rendición.

—Bien. —Me rasqué la mejilla y le di una mirada seria—. ¿Qué puedo decir exactamente para que no me meta en problemas?

—¿Qué?

—¿Qué me meterá en problemas? No quiero decir nada que me ponga en la banca —le dije con cuidado, como si no hubiera llamado al alemán un *bratwurst* unos días antes.

La mirada que me dio fue de incredulidad. Gardner se veía como si le hubiese escupido en la cara.

—¿Está esto relacionado con Kulti?

Dado el hecho de que aún no me habían dado los parámetros de qué cosas me meterían en problemas, me conformé con un asentimiento. Siempre podía decir que no vocalicé nada con su nombre, ¿verdad?

—Estás jugando conmigo.

Me encogí de hombros.

—Explícate. Sabes cuánto te respeto como persona. No voy a arruinarte o meterte en problemas por ser honesta conmigo, dame un descanso. —Él se veía realmente ofendido de que no quisiera ir y decirle algo.

Y aun así…

»Sal, sé que sabes que no soy ciego o estúpido. Dime la verdad. Solo escuché la mitad de lo que le dijiste hace unos días. Sé que no fue amistoso con tu padre, pero creí que eso fue todo. Quiero ayudar, y puedo decir que esto no está yendo como debería. Cada vez que estamos en el campo, todo el mundo está actuando tenso; nadie quiere decir nada durante las charlas. Así no son ustedes —dijo Gardner—. Normalmente alguien está discutiendo sobre cuán inflada está el balón de fútbol, por el amor de Dios.

Quería reclinarme en mi silla y dejar caer la cabeza hacia atrás para poder mirar al techo, pero no lo hice. En su lugar, me puse los calcetines de chica grande un poco más arriba y lidié con lo que

estaba diciendo.

—No estoy en desacuerdo contigo. Las cosas están tensas y eso apesta, G, pero sabes que tenemos esa regla de "no quejarse", así que nadie se va a quejar.

—Entonces dime qué es. ¿Soy yo?

—¿Por qué siempre me haces esto? —gruñí.

Se rio.

—Porque no vas a decirme tonterías. —Maestro de la manipulación, era un maestro de la manipulación—. Quiero que las cosas vuelvan a cómo deberían ser, así que dime qué necesitamos arreglar.

¿No lo entendía? No amenazabas una carrera que había sido construida a base de mucho sacrificio por nada. Todas y cada una de nosotras había renunciado a cumpleaños, aniversarios, una vida social, relaciones, tiempo con nuestras familias y más, por lo que teníamos. Era valioso para mí, y sería una estúpida si lo tirara por la borda tan fácilmente. Todas las otras chicas del equipo tenían que sentirse de mismo modo en cierta medida.

—Lo sé, G, pero sabes que todas vamos a ser cuidadosas. ¿Qué esperas? Hemos sido advertidas desde el principio que tuviéramos cuidado con lo que decíamos sobre Kulti, y luego nos presentamos a practicar o vamos a la tienda de comestibles y nos bombardean constantemente con preguntas sobre él.

El suspiro que soltó me recordó a un globo pinchado. Todavía no podía creerlo. Había personas en la vida que se preocupaban por arreglar lo que estaba roto y había personas que esperaban a que alguien más resolviera sus problemas. Normalmente, me gustaba pensar que iba tras lo que quería, pero eso no significaba que quería ser la que dijera algo, especialmente no en este caso.

De repente me sentí un poco mal por no haber dicho la verdad, solo un poco. Hasta que recordé la amenaza real que el alemán me había dicho después de haberlo ayudado, y entonces la indignación y la ira se apoderaron de todo.

—De acuerdo. —Tomé una respiración profunda—. Creo que todas están un poco inseguras por su presencia aquí, G. O eso me parece. Solo puedo hablar por mí misma. Nadie dice nada porque todas estamos demasiado asustadas de meter la pata y terminar en problemas. Y no ayuda que no sea exactamente el Sr. Rogers.

Una sonrisa apareció en la cara del entrenador.

—Lo digo en serio. Creo que en algún momento todas hemos tenido ese terrible entrenador que te dice que eres un pedazo de mierda y que deberías haber abandonado el fútbol hace años. Pero de alguna manera, es peor estar en esta etapa con alguien a quien no parece importarle. No dice nada; no hace nada. Solo está ahí. —Estaba el incidente en la sesión de fotos. Y me había amenazado cuando todo lo que había hecho era tratar de ayudarlo, pero mantuve esa mierda para mí. No por lo que había dicho, sino porque no era ese tipo de persona.

Era un hecho. Kulti no hacía *nada*. No decía nada. No compartía su sabiduría o su ira, excepto por una vez, y ni siquiera compartía su vocabulario.

—Jesús. —Gardner asintió y pasó una mano por su cabeza—. Lo entiendo.

¿Había dicho demasiado? Quizás.

Inflando mis mejillas como un pez globo, empecé a gruñir.

—Mira, es un gran jugador. No estoy diciendo que no lo sea, obviamente. Pero, ¿no debería estar entrenándonos? ¿Ser un desgraciado? ¿Decirnos cuándo estamos haciendo algo bien o al menos algo espectacularmente mal? ¿Cualquier cosa? Supuse que quizás solo se estaba acostumbrando a estar alrededor de las chicas, pero ya ha pasado demasiado tiempo. ¿No lo crees?

—Entiendo lo que dices. Tiene sentido. —Deslizó una mano sobre su cabeza y levantó la vista hacia el techo—. No sé por qué no pensé en ello antes. Duh.—Asintió para sí mismo antes de mirarme—. Al menos ahora sé por dónde necesito empezar.

Moviéndome en la silla por un momento, me senté y le asentí.

—Eso es todo.

Gardner hizo algunas muecas mientras pensaba sobre lo que dije, pero al final me dio un corto asentimiento.

—Agradezco que hablaras conmigo. Me aseguraré de que lo solucionemos —dijo finalmente, mi señal para salir de allí.

—De acuerdo, entonces. Debería irme. Te veo mañana —dije, agarrando mis pertenencias y levantándome.

Me dio una mirada graciosa.

—Dime si hay algo que pueda hacer por ti también. No creas que no he notado que pareces lista para arrancarle la cabeza de alguien.

Así que al parecer necesitaba trabajar en mantener mi cara de póker un poco mejor. Podía hacerlo. Sonreí y asentí al hombre sentado al otro lado del escritorio.

—Estoy bien, G. Gracias de todos modos.

Sus rasgos se relajaron un poco y una emoción que no estaba segura de reconocer cruzó su rostro cuando di un paso atrás.

—Estoy orgulloso de tu Sal, por hacerle frente. En especial ahora que sé cómo se sienten todas con su presencia aquí… quiero que lo sepas. Eres una buena chica.

Las palabras de Gardner me hicieron sentir bien y al mismo tiempo que me hicieron sentir culpable. Le di una pequeña sonrisa y me encogí de hombros.

—Debería haberte dicho algo antes sobre las chicas, G.

—Está bien. Dijiste algo ahora y eso es todo lo que importa.

¿Lo era?

Nos dijimos adiós una vez más y luego me fue de allí.

Con la bolsa sobre el hombro, poco a poco salí, pensando. ¿Había hecho lo correcto? No estaba segura, pero, ¿qué otra cosa se suponía que hiciera? Podría pasar penosamente otros cinco meses de andar de puntillas alrededor de esta baya alemana, pero era diferente si no era la única afectada por su presencia.

El viaje de regreso fue viejo y familiar. Recorrí dos pasillos y me dirigí al ascensor. Me sabía el camino de memoria. Me balanceé adelante y atrás sobre mis talones mientras esperaba el elevador.

Fue el suave chirrido de un par de tenis desconocidos en el suelo de linóleo lo que me hizo echar un vistazo. Ese sonido no era nada especial en este edificio; casi todo el mundo llevaba tenis a no ser que fuera el día del partido o que fuera una mujer llevando tacones. Pero cuando vi un par de tenis para correr RK edición especial, negros con costuras verde lima, mis hombros se tensaron.

Y lo miré.

Por supuesto que era el cara de asno de quien había estado hablando.

Inconscientemente, comencé a levantar la mano para asegurarme de que mi cabello estuviera bien recogido bajo la diadema, pero me detuve antes de llegar allí. Mierda. Además, ¿qué importaba si mi cabello estaba despeinado? No debería importar.

Me aclaré la garganta cuando se detuvo a un metro de mí y nuestros ojos se encontraron. Su color de ojos era más claro de lo que pensé que sería. Eran la mezcla perfecta de un marrón miel con una combinación adecuada de verde oscuro. Brillantes, intensos y alucinantes, increíblemente observadores por el peso de la mirada que era capaz de lograr.

Santa mierda, era alto. Sus antebrazos eran grandes bajo el polo de entrenamiento azul celeste que tenía puesto. Luego miré de nuevo a sus ojos para verlos todavía fijos en mí. Estaba viendo como lo escaneaba.

Mierda.

Popó, Sal. Popó.

Pipí. Detente. Detenteahoramismo.

Lo sacaste de un bar y lo llevaste a una habitación de hotel sin que te diera las gracias a cambio. Ni siquiera una sonrisa. Todo lo que obtuviste fue una amenaza.

Y de repente, con eso, me sentí bien.

Tragué y sonreí con mi azucarada sonrisa de imbécil, usando la única mitad de mi cara capaz de moverse.

—Hola —dije antes de añadir un rápido—, entrenador.

Esa mirada pesada bajó al número impreso en mi pecho por un momento antes de volver a mirar mi cara. El parpadeo que hizo fue lento y perezoso.

Levanté la barbilla y parpadeé de vuelta hacia él, forzando una cerrada sonrisa de suficiencia en mi cara.

El ascensor sonó al abrirse mientras decía en un tono bajo, que sonó como si le hubiese costado usar diez años de vida en una criatura tan infiel como yo:

—Hola.

Nos miramos a los ojos durante una fracción de segundo antes de que levantara las cejas y me dirigiera al pequeño espacio. Me giré para mirar hacia las puertas y lo observé seguirme, tomando el lugar

en la esquina más alejada.

¿Dijo algo más? No.

¿Lo hice yo? No.

Mantuve mis ojos hacia delante y viví los treinta segundos más incómodos de mi vida.

El problema con los hombres, o el sexo masculino en general, era que eran unos bocazas, algo que había descubierto en el transcurso de mi vida. Quiero decir, un tiburón ballena no podía competir con el hombre promedio con un grupo de amigos. En serio.

Pero ya sabes, era mi culpa. Realmente, lo era. Debería haberlo sabido mejor.

Mi padre, mi hermano y sus amigos me habían enseñado la realidad tras la amistad masculina y aun así había olvidado todo lo que había aprendido.

Así que no podía culpar a nadie más que a mí misma por confiar en Gardner.

Pasada la mitad de la práctica de la mañana, ya había terminado mi propio uno contra uno contra una defensora. Fui a tomar mi lugar lejos de donde estaban ocurriendo las sesiones, y no estaba realmente prestando atención. Estaba pensando en lo que podría haber hecho de manera diferente para anotar más rápido cuando alguien se paró justo en el medio de mi camino.

Fue un simple paso lateral que puso a un cuerpo más grande que el mío a solo un treinta centímetros de distancia.

Sabía que no era Gardner. Gardner había estado al otro lado del campo cuando yo había estado jugando, y solo había otros tres hombres en la plantilla que podían haber sido. Excepto que dos de ellos eran demasiado amables para hacer algo tan belicoso.

El alemán. Era el maldito rey de los imbéciles. Por supuesto que había sido él.

En el instante en que hice contacto visual con él, lo supe.

Supe que Gardner era un bastardo excesivamente cordial y franco que le había mencionado mi nombre al alemán.

Mi corazón se sintió como si empezará a latir en mi garganta.

No tenía que decir “Sé lo que dijiste” porque la mirada pasiva

agresiva en su rostro los decía todo. Si él se había quedado ahí parado mientras despotricaba sobre mi padre sin hacer una mueca, entonces sabía que fuera lo que fuera que había escuchado había tocado un nervio. Hola, una persona como él no apreciaba ser criticado porque ya pensaba que era perfecto.

No era como si lo hubiese llamado un inútil pedazo de basura europea retirada, lo cual era terriblemente grosero. O dicho que era un jugador horrible y que no merecía el trabajo. Nada ni remotamente similar había salido de mi boca, pero me puse en sus zapatos y pensé en mí misma teniendo un ego diez veces más grande del que tenía y me pregunté cómo me sentiría.

Me sentiría muy molesta si un niño comenzara a decirme lo que tenía que hacer de manera diferente.

Pero era la verdad, y me atendría a ella. No lo había llamado *Führer* o imbécil ni nada. ¿Qué iba a hacer? ¿Disculparme con alguien que no lo merecía? Nop.

Hice lo que tenía que hacer. Me quedé justo donde me detuve cuando él se interpuso en mi camino, e hice que mi corazón no latiera tan rápido. *Cálmate, cálmate, cálmate. Popó. Pipí. Popó, popó.*

¿Los calcetines de chica grande? Puestos.

¿Voz? Bajo control.

Preparándome, cuadré los hombros y lo miré sin piedad.

—¿Sí?

—¡Hora del sprint! —gritó alguien.

Mi valentía llegó hasta ahí porque la siguiente cosa que hice fue girar y correr hacia la línea donde empezaban los sprints. Una buena y completa ronda de condicionamiento, es decir, correr sprints a distancias cada vez mayores, era mi relación de amor-odio. Era rápida, pero eso no significaba que realmente me encantara correrlos.

Me alineé entre dos de las chicas más jóvenes que siempre estaban intentando correr más rápido que yo. La jugadora a mi derecha golpeó su puño contra el mío justo antes de arrancar.

—Siento que hoy es el día, Sal. —Sonrió.

Moví mi tobillo y apoyé lentamente el peso sobre la punta de mi pie.

—No lo sé, me siento muy bien hoy, pero adelante.

Un golpe de puño más y el silbato sonó.

Diez metros, ida y vuelta. Veinte metros, ida y vuelta, cuarenta metros, ida y vuelta. Medio campo, ida y vuelta. Después el campo entero y de vuelta.

Mis pulmones se sofocaron un poco al final, pero aguanté y seguí adelante en el último tramo. Terminé con suficiente distancia entre la siguiente persona como para dormir bien esa noche. Pensé en lo bueno que era que siempre intentara esforzarme un poco más cada día.

Frotándome las manos hacia arriba y hacia abajo en la parte superior de mis muslos mientras recuperaba el aliento, le sonreí a la chica que me había desafiado al principio cuando terminó. Parecía un poco molesta, pero logró mantener una sonrisa.

—No sé cómo demonios lo haces —jadeó Sandy.

Jadeé de vuelta.

—Corro. Mucho. —Cuando me dio esa expresión que decía "no jodas, Sherlock", resoplé—. Hago los senderos para bicicletas en el Memorial a las seis y media cada día antes de venir aquí. Eres bienvenida a venir conmigo si te levantas lo suficientemente temprano. No soy la mejor compañía para hablar tan temprano en la mañana, pero es mejor que correr sola, ¿no crees?

—¿En serio? —pregunto un poco incrédula.

—Sí.

Se secó la frente y me dio una mirada divertida.

—Bueno. Seguro. Eso suena bien.

Le dije dónde estacionaba mi auto en caso de que realmente quisiera ir y no solo estuviera diciendo que lo haría. Para cuando terminamos de hablar, todo el mundo había terminado sus sprints, incluso las jugadoras más lentas. No es que nadie fuera exactamente lenta, pero lo hacían más despacio.

El entrenamiento terminó poco después de eso, así que terminé de recoger mis cosas, vigilando los alrededores para ver dónde estaba Gardner y así poder decirle lo que pensaba. Con los zapatos regulares puestos, un par de calcetines limpios debajo de ellos, me dirigí hacia el entrenador en jefe que estaba ocupado contando balones para asegurarse de que todos estuvieran allí.

—¿Estás preparada para el partido? —Me saludó a la primera.

—Estoy lista —confirmé, mirando su cara furtiva por cualquier señal de que sentía remordimiento por aprovecharse de mi confianza.

—¿Estás bien? —preguntó, enderezándose cuando no me moví de donde estaba.

Mirando alrededor para asegurarme de que nadie estuviera demasiado cerca, devolví mi atención hacia la versión masculina de Gossip Girl y fruncí el ceño.

—¿Le dijiste a Kulti lo que dije?

El viejo bastardo tuvo la decencia de parecer solo un poco avergonzado.

—Tuve una charla con él esta mañana de camino aquí. Pensé que era el momento. —Ni lo negó ni lo confirmó.

—¿Le dijiste que había sido yo la que había dicho algo?

Sus ojos marrones fueron cuidadosos y consistentes.

—Debe haber adivinado que fuiste tú ya que eres la única que lo ha sermoneado.

No lo negó. También había sido a la que vio salir de las oficinas. No era como si no hubiera dejado un rastro de galletitas. Además de eso, me había metido con él por ser un pedazo de mierda de caballo con mi padre. De nuevo, era mi culpa.

Estaba hecho, y no tenía sentido partirse la cabeza pensando en eso.

—Puedes decirme si hay algún problema —declaró en un tono honesto y cuidadoso que no podía dejar de creer.

¿Qué iba a hacer? Decirle, oh, ¿él me barrió con la mirada? Nop. O peor, ¿contarle cuando lo recogí de un bar? Sí, no.

En su lugar, le di una sonrisa tranquilizadora que no necesariamente sentía.

—Todo está bien, solo tenía… curiosidad de si habías dicho algo o no. No es un gran problema.

—No. No dije nada.

—Genial, gracias G. Te veo más tarde. —Suspiré, girándome para caminar hacia los baños, sintiendo el peso del mundo en mis

hombros.

Suspiré para mí misma.

La última cosa que quería era atraer atención negativa sobre mí misma, especialmente cuando Kulti estaba involucrado. El equipo tenía mucha confianza en él, y a pesar de que era considerada una de las favoritas de la ciudad porque era de Texas —y era la máxima anotadora del equipo— entendía las prioridades. Uno de nosotros era mucho más popular que el otro, a pesar de que era la única jugando, y uno de nosotros recibía un pago mucho mayor.

Perdería cada vez.

Dando palmaditas a mi teléfono sobre la tela de mi bolsa, pensé en llamar a mi padre para quejarme pero luego lo pensé mejor. El bratwurst ya había hecho suficiente. No quería traerlo a colación a menos que tuviera que hacerlo. ¿Mi madre? ¿Jenny? No y no. Además, tendría que explicarlo todo para que mi situación tuviera sentido, y no tenía la intención de hacerlo.

Así que sopesé mis opciones y acepté nuevamente que guardármelo todo para mí misma era la mejor forma de lidiar con todo.

Nueve

Traducido por PauC & MEC
Corregido por M.Arte

Hay un refrán que algunas personas usan: Ten cuidado con lo que deseas.

Mi primer entrenador cuando comencé a jugar en clubes, un selecto grupo de jugadoras que querían más de lo que ofrecía su escuela o centro recreacional local, nos decía casi a diario:

—Un sueño es solo un deseo sin un plan. —Después de escucharlo suficientes veces te acostumbras y a medida que creces, más te das cuenta de lo ciertas que son esas palabras. Así que no era que no me tomara los deseos en serio, es solo que no les daba demasiado peso. No había muchas cosas que quisiera, pero sabía que, si quería algo costoso, tenía que ahorrar para conseguirlo reduciendo otros gastos en mi vida.

El punto era: la mayor parte de mi vida había querido ser una jugadora de fútbol profesional, así que aprendí lo necesario para hacer que eso pasara. Tuve que practicar, comprometerme, practicar más y hacer sacrificios sin un orden en particular. Por lo general, intentaba aplicar eso a cada aspecto de mi vida.

Pero en una ocasión, una joven Salomé Casillas había gastado tres deseos de cumpleaños seguidos en la misma cosa: que un día, Reiner "El Rey" Kulti supiera que existía… y que se casara conmigo. El tercero en mi lista de deseos era que me enseñara a cómo ser la mejor.

Hubiera dado prácticamente cualquier cosa para que eso sucediera. *Cualquier cosa*. Hubiera muerto de alegría si alguna vez hubiera tocado mi mano cuando tenía doce años.

A los veintisiete, sabiendo lo que sabía de él ahora, hubiera sido feliz viviendo el resto de mi vida discretamente.

Pero a veces el destino era veleidoso e inmaduro, porque solo unos pocos días después de decirle a Gardner sobre cómo todas estaban siendo afectadas por la falta de atención de la ex-superestrella, mis plegarías preadolescentes fueron respondidas de la nada.

Le habían lavado el cerebro o su cuerpo había sido secuestrado por un extraterrestre porque un hombre nuevo apareció en el campo después de eso. Un hombre con los hombros bien rectos, una vara de

metal recorriendo de su columna y una voz que no podía malinterpretarse.

¿Cuántas veces había pensado sobre lo mucho que quería que Kulti fuera el tipo de entrenador que un jugador de su calibre tenía el potencial de ser? No era un secreto que los grandes jugadores no siempre resultaban ser buenos entrenadores, pero mi instinto, o tal vez mi yo de trece años interior, creía que él sería una excepción. Que podía hacer o ser lo que fuera que él deseara.

Excepto que no había anticipado el hecho de que lo que yo pensaba como un "entrenador", él aparentemente lo interpretaba como la "Gestapo".

Los siguientes dos días fueron los más extenuantes de mi vida, tanto mental como físicamente.

En parte debido a que la presión por ser perfecta estaba justo en mi periferia, presionando, presionando, presionando y dando a conocer su presencia, por lo menos a mí. Pero principalmente era por Kulti. Llegaba a las prácticas con un tic enojado en su mandíbula y ojos serios que parecían repentinamente evaluar todo.

La primera vez que gritó, el ejercicio que la mayoría del equipo había estado ejecutando se detuvo abruptamente. Y quiero decir, se detuvo. Durante dos segundos, las jugadoras que había estado maniobrado por los obstáculos se detuvieron en seco y levantaron la vista. Yo fui una de ellas. Era como si la voz de Dios repentinamente hubiera bajado sobre nosotras y nos hubiera dicho una profecía o algo.

—¡Más rápido!

Dos palabras. Dos palabras nos habían tomado desprevenidas.

Y luego la voz de Gardner diciendo:

—¿Qué estás haciendo? ¡Vamos! —Trajo a todas de regreso a su sano juicio.

Jenny, que estaba ocupada practicando con la portera, cruzó miradas conmigo desde el otro lado del campo de juego. Y telepáticamente nos comunicamos las mismas palabras: ¿Qué demonios?

Seguimos en lo nuestro.

Y él también. Su voz estaba en el límite del enojo, decidida y fuerte, rítmica y extrañamente fascinante con múltiples acentos

dominándola mientras seguía lanzándole cosas al grupo. Mi estómago se revolvió cada vez que lo escuchaba.

Esto era exactamente lo que había pedido, lo que había deseado.

Cuando estuve jadeando con las manos en las rodillas porque él seguía gritando acerca de cómo podíamos ir más rápido, sonreí porque me había forzado a mí misma.

Y porque esto era exactamente por lo que una versión más joven de mí habría vendido diez años de su vida.

Claro, era un imbécil. Era claro que había sido presionado por mi queja ante el entrenador principal. Pero cuando miré alrededor y todas las demás estaban partiéndose el culo a un nuevo nivel, supuse que valía la pena que el bratwurst me odiara.

Eventualmente, comencé a lamentar haber pensado alguna vez que el hecho de que Kulti se preocupara era algo bueno, porque otra parte de lo que había soñado entró en juego y no fue la magnificencia que había anticipado.

Obtuve la atención que quería. Solo que no fue tan fantástica como mis sueños me habían dicho que sería.

—¡Veintitrés!

Me tomó un segundo reaccionar al llamado de mi número: el día del cumpleaños de papá. El cumpleaños de Eric había sido mi número en el equipo nacional y el de mi hermana había sido mi número cuando jugaba fútbol en los clubes. Llevaba usando el veintitrés por años, pero nadie jamás me llamaba por él.

—Veintitrés, ¿qué clase de paso lento es ese? ¿Siquiera lo intentas? —gritó.

El cabello en la parte trasera de mi nuca se levantó y mi boca puede haberse abierto solo un poco.

Pero lo hice con más ímpetu.

Y él siguió diciendo:

—Veintitrés, *esto*.

—Veintitrés, *aquello*.

—Veintitrés, veintitrés, veintitrés…

Dispárame en la cara, veintitrés.

No había afecto en su tono, mucho menos orgullo.

Cada vez que lo miraba cuando decía mi número, su rostro tenía en una expresión severa con el ceño fruncido. Me estaba mirando amenazadoramente. Ese rostro tan apuesto me miraba con una expresión que decididamente no era agradable.

Dios Santo.

Me paré derecha, me limpié el sudor y simplemente lo fulminé con la mirada en respuesta. Podía manejar a este imbécil que había sido desagradable con mi padre. Al menos eso es lo que dijeron mis huesos.

—Tiene las peores habilidades de bateo que jamás he visto. No es broma. Parece un leñador con su bate levantado a dos metros y con su trasero como si estuviera en un código postal diferente al resto de su cuerpo —dijo Marc sacudiendo la cabeza mientras conducía el vehículo hacia la autopista. Íbamos de camino a nuestros próximos trabajos, dos casas grandes en un vecindario llamado Heights.

—¿Peor que Eric? —pregunté, porque, aunque era fantástico pateando el balón y persiguiéndolo, era bastante malo en la mayoría de los otros deportes.

El profundo asentimiento con el que Marc respondió lo dijo todo. Si el jugador de softbol del que hablaba era peor que mi hermano, que Dios ayudase a todos en su equipo.

—Por Dios.

—Sí, Sal. Así de malo. No tiene miedo de las pelotas que van hacia él…

Ambos nos miramos en el segundo que se dijeron esas palabras juntas y nos echamos a reír.

—No ese tipo de pelotas. —Rio mi amigo en voz alta—. No hay excusa para ser tan malo.

—Suele suceder —señalé.

Se encogió de hombros en reacio asentimiento y continuó con su historia acerca del nuevo jugador que recientemente se había unido a sus partidos recreativos de softbol semanales.

—No sé cómo decirle que es terrible. Simon dijo que le diría

algo, pero se acobardó, y la mayor parte del tiempo apenas hay personas suficientes para repartirlas en dos equipos —dijo observándome.

Tan sutil.

Había jugado con él una que otra vez durante los últimos dos años cada que podía. Si bien no podía jugar fútbol oficialmente o no tan oficialmente en ningún equipo excepto con las Pipers durante la temporada, nadie dijo que no podía jugar ocasionalmente un partido de softbol, mientras no fuese "oficial". Esa era la palabra clave que podía torcer y distorsionar de mi contrato.

Justo cuando comenzaba a decir que podía unirme en unos pocos partidos, sonó mi teléfono. En la pantalla apareció "Papá".

Sosteniendo el teléfono le dije a Marc quién llamaba y contesté.

—Hola, Pa.

—*Hola*. ¿Estás ocupada? —respondió.

—Camino a un trabajo con Marco Antonio —dije, usando el apodo que mi familia usaba con él—. ¿Y tú?

—Bien, solo te llamaba rápido. Voy a recoger a Ceci de la escuela, salió temprano. Sin embargo, ¿quería saber si puedes conseguir dos entradas más para el juego de apertura? Tu tío estará en la ciudad ese día y quiere ir —dijo lentamente.

Mi tío quería ir a un partido, pero no quería pagar. ¿Qué hay de nuevo?

—Estoy segura de que puedo conseguirlas, pero no estaré absolutamente segura hasta más tarde, ¿está bien?

—Sí, sí. Está bien. Si no puedes, no te preocupes. Él puede pagar las dos entradas. Tacaño. Llámame más tarde cuando salgas del trabajo y dile a Marco que dije que tendrá que comprarme una cerveza en el juego.

Bufé y sonreí, y un instante más tarde me di cuenta de que no había sacado a relucir el incidente con el alemán. Mi rostro se ruborizó y mi cuello se calentó.

—Oye, papá. Lamento lo de la exhibición a puertas abiertas. Si hubiera sabido que iba a ser tan imbécil, te lo habría advertido. Realmente lo siento…

El siseó al otro lado del teléfono, y no me perdí la mirada

perpleja que me dio Marc desde el otro lado de la cabina de la camioneta.

—*Mija*, no tienes idea la cantidad de veces que alguien ha sido así conmigo. Estoy bien. Ya lo superé. Las personas son así porque no saben ser mejores, pero yo sí.

—No tenía derecho a actuar así. Estaba tan enojada, fui con él y lo llamé bratwurst —admití en voz alta por primera vez desde el incidente.

Se escucharon dos aullidos. Uno de mi padre y otro de Marc.

—¡No! —Rio por el teléfono.

—Sí, Me volví loca. Ahora creo que me odia. Más tarde tendré que decirte el tipo de mierda que me ha estado diciendo en el campo —dije con una gran sonrisa dirigida hacia mi jefe, quien sacudía los hombros de risa.

Papá siguió riendo.

—Sí, quiero escucharlo —dijo antes de hacer una pausa—. *Pero*, Salomé, *acuérdate de lo que te he dicho*. Mátalos con amabilidad, *¿sí?*

Gruñí.

—*Sí*. Perdónalo por no saber comportarse mejor, ¿está bien?

¿Perdónalo por no saber comportarse mejor?

—Puedo intentarlo, pero ¿qué hay de Eric? ¿Quieres que sea amable con la persona que lo lastimó? —El recuerdo reciente de Kulti llamándolo un imbécil aún estaba fresco, pero no le dije a papá al respecto.

—*Pues sí*. Fue hace mucho tiempo y recuerda que Eric le rompió el brazo a ese jugador de Los Ángeles. Pasa. Conoces a tu hermano. Arma un escándalo porque le encanta escucharse hablar.

—No lo sé. No se siente bien. Siento como si estuviese engañando a Eric.

Quería poner mis ojos en blanco ante la idea, pero me las arreglé para no hacerlo; en cambio suspiré y estuve de acuerdo con él.

—Está bien. Lo pensaré. —Buu—. Te llamaré más tarde. Te amo.

—También te amo.

En cuanto colgué, Marc inclinó su cuerpo contra el asiento, ya

que estábamos en una luz roja y me guiñó el ojo.

—Perra, me has estado ocultando cosas. Cuéntamelo todo.

—Bueno, eso es condenadamente incómodo —murmuró Harlow.

Lo era. Realmente lo era.

Durante los últimos cinco minutos, el equipo había estado de pie en el bordillo fuera del edificio de oficinas de las Pipers esperando las camionetas que nos llevarían a la ubicación de nuestro primer juego de la pretemporada, aproximadamente a una hora de la ciudad.

Mientras esperábamos por las camionetas que estaban retrasadas, todas habíamos estado observando a Kulti discutir por teléfono diciendo cosas en su idioma natal que simplemente sonaban… *feas*.

Uuuuh.

—¿Qué creen que está diciendo?

—Su café probablemente estaba demasiado caliente esta mañana y se está quejando al respecto.

—Está amenazando con hacer un abrigo con la piel del otro.

—O usar sus células madre para alargar su vida.

Eso me hizo reír a carcajadas.

—Probablemente solo está diciendo “buenos días, estoy teniendo un gran día” y suena así de mal —sugirió Jenny.

Le sonreí.

—Ustedes resuélvanlo mientras voy al baño rápidamente.

Caminé rápido hacia los baños del primer piso. No había nadie allí, así que entré y salí en solo unos minutos después de aliviar mi vejiga. Para cuando regresé, tres camionetas blancas habían aparecido a lo largo de la calle.

Dos de ellas parecían haberse llenado por los múltiples pares de manos que golpearon los vidrios al pasar frente a ellas, malditas aspirantes a zombis.

—¡Vamos nena, te hemos estado esperando! —resopló Phyllis,

parada fuera de la primera camioneta con dos otras miembros del personal.

Asentí y subí de un salto a la camioneta, instintivamente yendo hacia el asiento más lejano de la puerta.

Había un solo asiento disponible además de los de la primera fila y este era en el fondo de la camioneta con Kulti. Kulti y una bolsa de malla de balones de fútbol. Fantástico. Absolutamente fantástico.

Reprimiendo un gemido y un giro de ojos que estaba completamente sobreactuado, mantuve mi mirada fija e hice todo el camino hasta atrás para tomar el único asiento vacío justo junto a él. Muslo con muslo.

Podía hacerlo. Podía ser una adulta madura. *Correcto*.

Ayer tuve una charla conmigo misma para animarme mientras manejaba a casa después del trabajo. Podía ser una adulta y dejar de lado mi orgullo para hacer lo que mi padre había sugerido. ¿Iba a ser fácil? No exactamente. Pero, estaba segura de que lo iba a intentar. Podía dejar de lado el hecho de que este imbécil pensara que era una soplona sin moral, y podía dejar de lado mis asuntos personales y por lo menos intentar ser cordial.

Por lo menos nadie podía quitarme el hecho de llamarlo perra en mi cabeza.

Así que respiré una vez para calmarme y me dije a mí misma: *Paciencia. Paciencia, Sal*. Mátalos con amabilidad, me habían dicho. Podía ser una mejor persona. Fácil.

¿Verdad?

Puse mi bolso sobre mi regazo y vi al último miembro del equipo subir a la camioneta. En el segundo en que todos comenzaron a hacer mucho ruido, me preparé, me coloqué mis calcetines de niña grande y murmuré, como alguien que no había recibido una amenaza a su carrera o cuyo padre había sido insultado:

—¿Podemos hacer una tregua?

Y él de verdad respondió.

—¿Qué dijiste? —pregunto el hombre a mi lado en voz tan baja como la que yo había usado.

Me estaba hablando a mí. *A mí*.

Y… mierda.

Yo estaba bien.

—¿Podemos hacer una tregua? —Mantuve mi vista hacia adelante y me aseguré de no mover mi boca más de lo necesario solo en caso de que alguien se diese la vuelta. No podrían darse cuenta de que estaba hablando con El Rey—. Quiero que las cosas vuelvan a la normalidad. No me gusta el drama, y no puedo seguir lanzándole miradas furiosas. No tardarán en darse cuenta de que algo pasa.

»Nunca le diría nada a nadie sobre lo que ya sabes. Lo prometo. —La urgencia de decir *lo juro* estaba en la punta de mi lengua, pero la contuve—. No lo haré. No importa cuánto pueda hacerme enojar, eso es entre tú y yo. Si quisiera ser una imbécil, te hubiera tomado fotografías con mi teléfono y las habría vendido inmediatamente después de que pasó, ¿no lo crees?

Nada. Seguí hablando.

»También puedo superar el hecho de que llamaste a mi hermano un imbécil y que fuiste un idiota con mi padre, creo. Pero si crees que voy a disculparme por lo que le dije a Gardner, eso no va a pasar. Ya deberías saberlo. No estabas siendo de ayuda o amable y no estabas ayudando al equipo. Si de algo importa, no dije nada descortés sobre ti como persona… —aunque quería hacerlo—. No quiero sentirme incómoda cada vez que esté cerca tuyo durante los próximos meses tampoco. Así que, ¿podemos volver a hacer como que el otro no existe? —pregunté finalmente.

Suficientemente justo, ¿o no?

Por lo menos eso pensaba yo.

No respondió. Pasó un minuto, y aún no hubo respuesta.

Pestañeé mirando hacia adelante y luego lentamente, lentamente, lentamente, justo como una de esas muñecas poseídas en las películas de terror, me volví para mirarlo.

Me estaba mirando directamente, cien por ciento intenso y enfocado en mi rostro. Esos ojos de color cálido estaban enfocados en mí como si fuera la primera persona que había visto en siglos… y no estaba realmente segura de qué pensar. Así que le devolví la mirada, justo a los los ojos, no a la pequeña hendidura en su barbilla o a la cicatriz que cortaba su ceja derecha a causa de un codazo que había recibido en el rostro durante su octava temporada en la Liga Europea.

Mantuve mi mirada firme.

—Realmente lo estoy intentando aquí —le dije cuidadosamente.

Siguió mirándome fijamente.

Sin embargo, no era del tipo que renunciaba y no planeaba hacerlo en un futuro cercano.

—No te estoy pidiendo que seas mi amigo o que me hables siquiera. No podría importarme menos si te agrado —eso era verdad en gran parte—, porque tampoco es como que yo te aprecie, pero tal vez podamos dejar esta mierda de lado, ¿está bien? Lo que sea que pasó entre tú y mi hermano fue hace mucho tiempo. Ya está hecho. Lo que pasó en el bar no es asunto mío, si quieres pagarme por la habitación de hotel, hazlo. Y sí, le dije algo a Gardner acerca de que apestabas como entrenador, pero es la verdad; si estuvieras en mis zapatos, estoy segura de que lo que fuera que hubiese salido de su boca hubiera sido peor que lo que yo dije. ¿No es eso cierto?

Lo era, totalmente lo era. Por un segundo, me dejé imaginar el Kulti con el que crecí enamorada. Aquel que pensaba que era dueño de cada campo de juego que pisaba, y podía imaginarme la forma en que hubiera estallado si hubieran dudado de él.

Luego me recordé a mí misma que este no era el mismo hombre. Por la razón que fuera, simplemente no lo era. Las personas cambian con el tiempo. Lo entendía, así que no iba a pensarlo demasiado. Esta era la versión de Reiner Kulti que se me había dado, y era la versión con la que iba a tener que lidiar durante los próximos meses. Era como cuando ansiaba algo dulce y tomaba una mordida para saciarlo y continuaba.

Pasó otro minuto y él aún no había respondido. Podía jugar el juego de las miraditas tan bien como cualquiera. Aunque hiciera que mi garganta se sintiera rara y tuviera que decirme a mí misma que no me sonrojara o preocupara por si debería haberme puesto corrector esa mañana.

Pestañeé.

Él pestañeó.

Está bien, había fracasado dos veces. ¿Qué era una vez más en nombre de la paz? En una voz cuidadosa y controlada dije:

—Fui tu fan durante mucho tiempo. Ese juego hace veinte años en la Copa Altus, cuando anotaste el gol ganador, cambió mi vida. Te he respetado como atleta desde que puedo recordar. Se que para ti no soy nadie, pero estoy aquí, y aún estaré aquí hasta que acabe la temporada. Si hay alguna parte de ti que aún sea el hombre que admiraba, apreciaría si solo pudiéramos… pasar la temporada sin

matarnos mutuamente.

Está bien. Dije más de lo que planeaba decir. Si estaba preocupado o alarmado por ello, no tenía idea, pero a la mierda, era la verdad. No se podía construir una amistad o… algo duradero, a base de mentiras. Mi enamoramiento por él solo fue información adicional que no era exactamente relevante para esta conversación… o para cualquier otra.

Otro minuto transcurrió lentamente y *nada*. Nada.

Bueno, no iba a rogarle a nadie para que fuese amable conmigo. Lo único que quería era que fuera un imbécil decente que no se me interpusiera en mi camino durante las prácticas cuando estaba enojado por algo que hice. ¿Enfocarse en mí en las prácticas? Adelante.

Aún permanecía en silencio.

Bueno, lo había intentado.

Universo, lo intenté y lo sabes. A la mierda.

—Las liquidaste —gritó Harlow como a setenta centímetros de mí mientras se acercaba y tomaba mi cara, apretándome las mejillas, tras mi gol en el último segundo—. ¡Bien hecho, Sally!

Me dolía un poco la cara, pero me las arreglé para moldear una especie de sonrisa deforme mientras esta estaba en las manos de la mejor defensa en el suroeste.

—Tu hiciste todo el trabajo.

—Claro que sabes que lo hice. No podemos perder contra estas niñitas —se mofó su trasero de treinta y tres años. Harlow había jugado solo dos años de fútbol universitario. La habían reclutado para la Liga Femenina Europea a temprana edad y se fue a jugar al extranjero donde fue moldeada en la loca que hoy era jugando con nosotras en la WPL.

Lo siguiente que supe fue que me pellizcó las mejillas y se dio la vuelta para gritar:

—¡Jenny! —Y luego la felicitó por su excelente bloqueo azotándole el culo.

Habíamos ganado siete a uno, y había marcado dos goles en la

primera mitad y un tercero en el último segundo. ¿Podríamos haber jugado un poco mejor? Sí. ¿Podría haber jugado un poco mejor? Sí. Pero ya estaba hecho y podría repasarlo más tarde cuando estuviera en la cama. Todo lo que quería hacer era ir a casa y poner hielo en mi tobillo por un minuto.

En mi camino a las camionetas para nuestro viaje de regreso a la sede, estaba completamente distraída cuando mi teléfono comenzó a sonar.

—Hola, papá —Fue lo primero que contesté.

Hubo un extraño sonido de jadeo en el otro extremo.

—¿Papá?

—Sal —jadeó.

—¿Sí? ¿Estás bien? —pregunté vacilante.

—Sal —jadeó de nuevo—. Nunca vas a creer lo que llegó por correo. —¿Estaba jadeando? No podía estar segura.

—¿Qué? —pregunté lentamente, esperando lo peor.

Definitivamente estaba respirando con dificultad.

—No sé lo que dijiste o hiciste, pero… —Espera, ¿estaba llorando?—… hoy llegué a casa del trabajo y había dos cosas en el porche.

—De acuerdo…

—Había una nota en una de las cajas que decía “Mis más sinceras disculpas por ser un verdadero imbécil”. Había una camiseta ahí, una edición limitada de gran tamaño, pero *¡ME VALE!* —gritó—. Y estaba firmada, Sal. ¡Sal! ¡Fue firmada por él!

Dejé de caminar.

—¡Había un póster de cuando Kulti jugó con el FC Berlín en el otro paquete! —continuó.

Un pequeño nudo se formó en mi garganta ante la alegría pura resonando en la voz de mi padre ante el gesto inesperado. Habían pasado días desde el incidente, y casi no esperaba que Kulti recordara o se preocupara lo suficiente como para disculparse por ser un imbécil. El hecho de que no hubiera hecho gran cosa al respecto…

Tragué y sentí que me picaba un poco la nariz.

—Eso es genial —me encontré diciendo, todavía de pie en el lugar.

—*Sí, ¿verdad*? Esto es genial. Se lo mostraré a Manuel, estará tan celoso… —dijo algo que apenas entendí—. Dile que gracias y que no hay resentimientos, ¿lo harías Sal? No hay dirección del remitente.

—Claro.

—¡Oooh! ¡Esto es genial! Quiero volver a verlo, y no puedo sostener el teléfono en la mano. Llámame luego.

—Está bien.

Nos despedimos rápidamente y me quedé allí, con la nariz picándome, el alivio pinchando mi garganta. Lamí mis labios por un segundo y luego decidí ser una adulta al respecto. Lo siguiente que supe fue que me di vuelta y comencé a caminar de regreso por donde había venido, buscando.

Claro que podría haber esperado para ver si él se sentaría mi lado en la camioneta, pero no apostaba a que fuera a suceder.

Cuando lo vi, me limpié la nariz con el hombro y seguí avanzando. Esta vez debió haberme visto con su visión periférica porque cuando levantó la vista, siguió observándome mientras me acercaba. Estaba hurgando en el bolso apoyado sobre su rodilla.

Me detuve frente a él, me lamí los labios y respiré hondo. Era mucho más alto que yo, tuve que inclinar mi cabeza hacia atrás para mirar su rostro, mi propia bolsa colgando de mi mano. Sus ojos de color ámbar estaban claros y enfocados, y de repente deseé que no estuviera esperando automáticamente lo peor de mí.

—Gracias por hacer eso por mi papá —le dije con una voz que era mucho más suave y jadeante de lo habitual. ¿Era vergonzoso que mi voz sonara de esa manera debido a lo que había dicho antes? Posiblemente. Pero había hecho algo inesperadamente agradable que hizo feliz a mi papá antes de que me hubiera acercado para hablarle de una tregua—. Me gustaría poder decirte lo mucho que lo aprecio. Así que gracias. Hiciste su mes y estoy muy agradecida. —Tragué saliva—. Y me dijo que te dijera que no hay resentimientos.

¿Era perfecto? Absolutamente no. ¿Pensaba que era una buena persona? Eso era discutible, pero había hecho algo bueno que podría hacerme olvidar que había sido un imbécil conmigo. Pero, ¿qué sabía yo? Tal vez había una razón, o tal vez solo era un imbécil. Lo que sea.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, le tendí

la mano.

El silencio que se extendió entre nosotros y esos sesenta centímetros de espacio físico parecieron eternos e infinitos. Tomó dos segundos desde el momento en que extendí mi mano hacia su mano cálida y formada por dedos largos y una palma ancha, para que se conectara con la mía.

Miré su mandíbula mientras las estrechábamos… o lo que sea que estuviéramos haciendo.

Parecía que todo estaba bien, o al menos lo estaría.

Pero supongo que las cosas siempre parecen estar bien hasta que de repente no lo están.

Mi teléfono sonó en el instante en que salí de la camioneta después de que habíamos regresado a las oficinas del equipo. Un número que no reconocí apareció en la pantalla, pero lo respondí de todos modos.

—¿Hola?

—Señorita Casillas?

—¿Sí?

—Llamo desde la oficina del Sr. Cordero —se presentó la mujer. Su nombre era la Señora Brokawski—. ¿Podrías venir a la oficina dentro de una hora?

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que una reunión con tu gerente general no es algo bueno, especialmente cuando tú y el gerente general no tienen la mejor relación del mundo. Pero, ¿qué podía decir? ¿No, gracias?

—Puedo estar allí en aproximadamente diez minutos —estuve de acuerdo haciendo una mueca.

—Genial, nos vemos pronto.

—Genial —dije, a punto de golpear el teléfono contra mi cara cuando colgué. Si había una persona con la que odiaba hablar, era con el Sr. Carlos Cordero, el gerente general de las Pipers y un gran imbécil.

Fantástico.

—Te verá ahora —dijo la Sra. Brokawski, y me condujo a la oficina en la que solo había estado tres veces a lo largo de los años.

Le sonreí más por educación que porque quisiera —ella no era exactamente la persona más amigable del mundo— y entré en lo que tenía que ser al menos una oficina de ciento veinte metros cuadrados con muebles que costaban más de lo que ganaba en un año. Detrás del enorme escritorio de caoba estaba el argentino de cincuenta y tantos años que me recordaba a un jefe de la mafia de la década de los 50's con su corte de cabello con copete y su traje a la medida.

Para mí, él parecía una comadreja. Era una comadreja que podía hacer lo que quisiera con mi carrera.

—Buenas tardes, Sr. Cordero —dije, de pie frente al asiento más cercano a la puerta después de que su asistente la cerrara.

El hombre mayor se inclinó sobre su escritorio y me estrechó la mano, mirando los pantalones deportivos del equipo que me había puesto sobre el uniforme.

—Señorita Casillas —dijo, finalmente tomando asiento y gesticulando para que yo también lo hiciera.

No tenía sentido perder el tiempo, ¿verdad? Con las manos en mis muslos, le pregunté:

—¿Qué puedo hacer por usted?

Levantó una ceja arreglada —juro que se las depilaba regularmente— y dio unos golpecitos en la superficie del escritorio con las uñas de sus dedos.

—Puede decirme por qué escuché que tuvo una discusión con su entrenador asistente.

El mazo cayó.

¿Era en serio? ¿Había pasado más que suficiente desde que eso había sucedido y lo estaba mencionando ahora? Maldición.

—No fue tanto una discusión. Estaba molesta con él y le hice saber que había actuado de manera inapropiada, eso es todo.

—Eso es interesante. —Se movió en su lugar y apoyó los brazos a los lados de su silla—. Me dijeron que lo llamaste "bratwurst", creo.

No creo que alguna vez haya querido sonreír más, pero logré no hacerlo. No tenía por qué mentirle. Dije lo que dije y no iba a retractarme.

—Sí.

—¿Crees que es el lenguaje apropiado para usar con el personal? —preguntó.

—Creo que lo es apropiado cuando alguien decide ser descortés con sus admiradores.

—¿Entiendes lo importante que es su participación en el equipo? —El imbécil me estaba dando esta mirada que decía exactamente lo estúpida que él creía que era, y podía sentir la ira burbujeando en mi estómago, dejando un sabor amargo en mi boca.

—Lo entiendo completamente, Sr. Cordero, pero también entiendo lo importante que es contar con el apoyo de nuestros fanáticos. La WPL espera mucho de sus jugadores, ¿no es así? Algunos de nosotros vivimos con familias de acogida; dependemos del boca a boca de las personas que vienen a nuestros partidos. El entrenador Kulti no fue muy amable, y todo lo que hice fue hacérselo saber sin usar malas palabras o lenguaje corporal. No le falté al respeto. — Bueno, no le falté *tanto al respeto*.

Desde que lo conocí, el gerente general del equipo era el tipo de persona que quería que las cosas se hicieran a su manera cuando decía que quería que se hicieran. No le gustaban los comentarios que se oponían a lo que él decía y siempre insistía en que tenía razón.

No la tenía.

Así que supe que esta conversación se estaba yendo rápidamente por el desagüe, y no estaba dispuesta a retroceder, por mucho que mi sentido común me lo suplicara. No había hecho nada malo y si pudiera retroceder en el tiempo, volvería a hacer exactamente lo mismo.

—Señorita Casillas, yo tendría cuidado con lo que cree que es correcto o incorrecto; ¿estamos en la misma página?

Este hijo de puta.

—Las Pipers son un equipo, y esta no es la primera vez que no has estado a bordo haciendo lo mejor para el conjunto.

¿Alguna vez iba a olvidarlo? Cada vez que había estado en su oficina, excepto por esta vez, siempre había sido por la misma maldita cosa. *Déjanos decirles a todos*. Y cada vez que le había dicho lo mismo: *No, no voy a involucrar a mi familia*. Él todavía tenía que perdonarme por eso y, por lo visto, nunca lo haría.

—Quiero que te disculpes —continuó, ignorando la mirada asesina que le estaba dando.

—No hay nada por lo que disculparme —le dije con voz serena y tranquila.

Se inclinó hacia delante y presionó un botón de su teléfono.

—Siento discrepar… ¿Sra. Brokawski? Estamos listos.

¿Estamos listos? ¿Para qué?

Mi pregunta silenciosa fue respondida un minuto después, cuando la puerta de la oficina se abrió y una radiante Sra. Brokawski entró, sostuvo la puerta para que entrara nada más y nada menos la bratwurst de la que habíamos estado hablando. Kulti entró, con una expresión indiferente y distante, sus ojos se movieron desde mi silla hasta el Sr. Cordero que estaba de pie.

—Adelante, entrenador. —El gerente general se veía como un hombre diferente, sonriente y jovial. Maldita rata—. Tome asiento. Ya conoce a la Señorita Casillas.

Ni siquiera me molesté en forzar o fingir una sonrisa en mi cara; solo lo miré. Me di cuenta de que lo más probable es que no tuviera nada que ver con esta conversación, pero estaba demasiado frustrada como para perdonarlo por haber venido a la oficina en el momento equivocado.

El alemán tomó la silla junto a la mía, sentándose erguido y rígido, todavía estaba usando la misma ropa que se había puesto para el juego.

—Gracias por venir —le dijo el Sr. Cordero, sonriendo—. Lamento que sea bajo estas circunstancias.

Para darle crédito, Kulti me miró una vez más antes de ignorar los gestos y palabras falsos que salían del hombre sentado frente a nosotros.

—¿De qué se trata esto?

Un silbido bajo salió de su boca, y sentí que mi mandíbula se tensaba.

—Me llamó la atención que usted y la Señorita Casillas tuvieran un pequeño incidente con respecto a un fanático, y me gustaría disculparme por su comportamiento. —Sus ojos oscuros se volvieron hacia mí, implorándome, exigiéndome, que dijera lo que él quería que dijera.

Fruncí los labios y luché contra el gran aliento atrapado en mi

garganta. Estaba siendo tratada como una niña pequeña y tonta que fue atrapada robando y tenía que llevar los productos al lugar donde los había tomado. Era embarazoso.

—Señorita Casillas, ¿no hay algo que quiera decir?

No.

—No hay nada que disculpar —dijo esa gran voz profunda a mi lado, que me sorprendió muchísimo, literalmente.

—No deberías estar diciendo…

El alemán interrumpió a una persona que odiaba no tener la última palabra, y sentí una punzada de placer llenando mi pecho ante el destello de molestia en los ojos de Cordero.

—Su juicio fue sensato. No se dijo nada que no fuera necesario decir. No necesito una disculpa de ninguno de ustedes.

—Pero…

—Estuvo fuera de lugar mi comportamiento y hemos llegado a un acuerdo al respecto, ¿no es cierto, Señorita Casillas? —preguntó sauerkraut, dirigiendo su atención hacia mí.

Por qué, sí, sí, hemos llegado a un acuerdo, ¿o no? Asentí.

—Sí, así es.

Los ojos de Cordero se movieron de un jugador al ya retirado. No me perdí el enrojecimiento floreciendo en su cuello, estaba segura de que necesitaba salir de la habitación lo antes posible antes de decir algo de lo que me arrepentiría.

—Entrenador Kulti, disculpe, pero las acciones de la Señorita Casillas son inaceptables. No puedo permitir…

El hombre que estaba sentado a mi lado levantó una mano para cortar al gerente general del equipo.

—Es aceptable y lo hemos resuelto. Me voy a enojar si la castigan por ser honesta y sincera conmigo, dos rasgos que deberían celebrarse en lugar de ser perseguidos. Nada más necesita ser dicho. ¿Para eso fue todo este encuentro? —preguntó el alemán, ya poniéndose de pie.

¿Qué demonios acababa de salir de su boca? Me había salvado. ¿Lo hizo?

—Sí, eso es todo. Simplemente pensé que merecía una disculpa por…

—No es así. Si quisiera una, la habría conseguido. —Esos ojos marrón-verdoso se deslizaron hacia mí—. Tengo que estar en otro lugar en este momento.

Cordero estaba demasiado ocupado mirando a Kulti para notar que me ponía de pie y agarraba mi bolso. Me sentía como una cobarde, pero al menos sería una cobarde que todavía podía jugar. Creo.

—Tengo que irme al trabajo. ¡Creo que vamos a tener una gran temporada!

Sí, saqué mi trasero de allí. Ni siquiera me molesté en decirle adiós al malvado Señor Cordero cuando me fui. Podía escuchar otra serie de pasos mientras me dirigía hacia los ascensores, un momento después de presionar el botón para bajar, Kulti se detuvo a mi lado, mirando los números aumentando en la pequeña pantalla sobre las puertas.

Bueno, en menos de dos horas había hecho el día de mi papá, me había estrechado la mano y me había salvado de decir palabras de las cuales me hubiera arrepentido o hubieran hecho que me odiara. Sabía muy bien cuándo ser amable. Mirándolo de reojo, su silueta musculosa, el rastrojo marrón rojizo que había crecido en su cara a lo largo del día, y su cara orgullosa en general, me rasqué la mejilla y me di la vuelta para enfrentarlo completamente. No había nada a medias en esto.

—Gracias por eso —le dije—, allí. —Como si no supiera por qué le estaba agradeciendo. Idiota.

Su mirada se deslizó hacia la mía y bajó la barbilla.

Eso fue todo. Sin palabras innecesarias, ni sonrisas, nada extra. Muy bien.

Al menos ya no era una persona que amenazaba a otra o la llamaba con nombres ofensivos, ¿verdad?

Diez

Traducido por MEC & SOS Elizabeth.d13
Corregido por M.Arte

Parece bastante estúpido decir que sentí como si me hubieran quitado un pequeño peso del pecho, pero era la verdad.

Si bien esta nueva y ligeramente mejorada versión de Kulti —al menos la edición entrenador— que no era agradable ni educada, estuvo presente en el momento de cada práctica. Estaba bastante segura de que en realidad no sabía ninguno de nuestros nombres porque lo único que hacía era llamarnos por nuestros números, pero el punto era que en realidad estaba diciendo nuestros números. Como si fueran maldiciones, claro, pero estaba hablando. Estaba participando y empapando a cada jugadora en el campo con sugerencias y demandas.

Ganamos los primeros tres juegos de la pretemporada por más de cuatro puntos y logramos mantener al equipo contrario a no más de un gol por partido.

¿Fue porque de repente le importó una mierda y nos estaba dando consejos? No le daría tanto crédito. Usualmente ganábamos la pretemporada, pero daba igual, ganar era ganar.

Podría vivir con eso.

Practicamos, jugamos y continuamos el ciclo repetitivo.

Kulti se quedó en su lado del campo y yo en el mío, y si por casualidad nuestros ojos se encontraban, nos mirábamos y, de la forma más amable e indiferentemente posible, desviábamos la mirada.

Eso funcionaba totalmente para mí.

—¿Quieres ir a ver una película más tarde? —preguntó Jenny justo antes de lanzarse a la derecha para bloquear uno de los tiros de penal que acababa de lanzarle. Ella lo bloqueó a tiempo. Bah.

—Tal vez. —Desde el lado del campo, Gardner pateó otra bola para que yo intentara otro disparo—. Estaba pensando en tener una noche de vino barato.

Ella se rio.

—¿Qué pasó?

Por supuesto que ella creería que algo me había llevado a beber.

—Anoche hablé con mi hermana por teléfono y me dijo que era una perra entrometida después de que le dije que necesitaba relajarse y dejar de molestar a nuestro padre. Cada vez que hablo con él por teléfono, ella siempre le está gritando por una cosa u otra. No sé qué diablos le sucede.

Ella me sonrió. El vino en caja era nuestra comida de consuelo-guion-engaño. Nada decía mejor qué tan mal te sentías como el vino en caja. Pero espero que no solo fuera por eso. No lo… deseaba. Pero aparte de despertarme agravada por mi conversación con Ceci la noche anterior, me había sentido un poco nerviosa toda la mañana. Tal vez enojada, aunque no estaba segura de por qué diablos estaba enojada. Era solo uno de esos días, supongo.

—Estoy segura de que con el tiempo crecerá. —Jenny ofreció lo que ya había considerado hace años cuando las hormonas de Ceci se activaron y comenzó a pasar por estas fases. A veces éramos mejores amigas, y de repente, yo era su peor enemiga en el universo.

—Eso espero. Le he dicho cientos de veces que no hay comparación entre ninguno de nosotros. Sabe que mamá preferiría que yo hubiera elegido otra cosa para hacer con mi vida, pero todavía actúa como si ella fuera la oveja negra de la familia. Cree que es la decepción, porque según ella, no es buena para nada. —Puse los ojos en blanco—. Esa la reina del drama. Yo no era así cuando era más joven. ¿Y tú?

Jenny negó con la cabeza.

—No, pero mi hermana mayor era el diablo. Solía ocultar mis tacos, dibujar penes en ellos con un Sharpie y apuñalar mis balones de práctica porque pensaba que era gracioso.

Hicimos contacto visual y luego nos echamos a reír juntos.

—Tú ganas, Jen. Santa mierda.

Ella hizo una pequeña reverencia en reconocimiento.

Retrocedí cuatro pasos y miré hacia la parte superior derecha de la portería, abriéndome camino como si estuviera apuntando en esa dirección, pero a último minuto pateé la pelota a la izquierda. Dando en el clavo.

—¡Buena esa, Sal! —Gardner vitoreó desde su lugar. Le levanté mi pulgar.

Jenny frunció el ceño, pero me hizo señas.

—Otro.

Retrocedí cinco pasos y apunté a la derecha de la meta, al nivel del pecho. Las manos extendidas de Jenny lograron bloquear el disparo e hicieron que la pelota saliera volando. Por el rabillo del ojo, vi a alguien bloqueando la trayectoria de la bola con su pecho.

Era Kulti.

Santa mierda, fue como un flashback en alta definición de él de hace unos años.

Dejó que la pelota rodara por su esternón y cayera sobre su rodilla, donde la rebotó varias veces. De alguna manera, supe que debía alejarme un poco, así como Jenny supo que debía agacharse un poco para ponerse en posición y bloquear el disparo que se avecinaba. En un abrir y cerrar de ojos, Kulti dejó que la pelota cayera en la parte superior de su pie, rebotó una vez y luego otra y luego zumbó en el aire a la velocidad de un rayo hacia su camino característico, hacia un boleto directo a la portería.

Luego fue desviado por las manos anormalmente grandes de Jenny.

—¡Mierda! —gritó Gardner.

Cubrí mi boca con la mano, conmocionada.

Aunque no hice gran cosa por el bloqueo, y mucho menos dije algo, me sorprendió. Era una adulta la mayor parte de tiempo.

—Oye, pásame el balón —le grité, dándole una mirada de "diablos, chica", que mostraba lo impresionada que estaba. Quiero decir, Jenny era la mejor portera del equipo. Probablemente era una de las mejores porteras en la última década, pero… vaya. Kulti había sido uno de los mejores jugadores del mundo.

Comenzó a hacer una pequeña reverencia antes de mirar a Kulti al costado del campo, y se detuvo, pensándolo mejor. Acababa de bloquear su disparo; tal vez no sería la mejor idea restregárselo en la cara. *Tal vez*. Pero verla hacerlo me motivó. Dejé que el balón dejara de rodar, retrocedí dos pasos y lo pateé. El disparo apenas libró la parte superior del marco, tragado por la red. Anotación.

—Una vez más —gritó Kulti desde su lugar fuera del campo.

Gardner le pasó un balón. El Rey dio dos largos pasos hacia atrás, miró el objeto blanco y redondo y luego miró la meta, y pateó. El balón navegó por los aires, haciendo un arco rápido y agudo que

golpeó la barra lateral de la portería.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Otra vez.

Jenny le pasó el balón por tercera vez. Retrocedió nuevamente y lo pateó. Esta vez, logró escapar del alcance de Jenny y, una vez más, estuvo a punto de llegar a la red. No creo haber visto a este hombre fallar un penalti, nunca. *Nunca*. Ni una vez en ningún torneo o juego de temporada. Nunca. Había videos en Internet de él anotando de maneras ridículas que desafiaban la gravedad, la naturaleza y la pura buena suerte.

Me aseguré de dominar mis rasgos para no tener una expresión en mi rostro que revelara lo sorprendida que estaba. Si fuera él… oh, hombre, me gustaría arrastrarme bajo una roca y morir. Y si todavía tenía una fracción del ego que tenía antes… Jenny me miró a los ojos en silencio por un momento antes de inclinar la cabeza hacia atrás para que pareciera que se estaba limpiando los ojos. Era muy consciente del hecho de que debería haber mirado a mi alrededor o fingir que no había visto a Kulti fallar tres tiros. Era una señal del apocalipsis.

Desafortunadamente, en lugar de mirar a otro lado, lo miré directamente, tratando de descubrir qué demonios acababa de suceder. Habían pasado dos años desde que se retiró, por lo que, obviamente, probablemente ya no estaba jugando tanto como solía hacerlo. Pero, independientemente de eso…

Mierda. Mierda.

De acuerdo, bien. Él era humano. Los humanos cometían errores.

Sentí cómo me mordisqueaba el labio inferior y miré de lado a lado. Rascándome la punta de la nariz, le hice señas a Jenny.

—Otro balón, por favor.

Asintió con demasiada brusquedad y lanzó un balón por los aires. Lo detuve con mi pecho y lo dejé caer al suelo. Retrocedí aún más y tenía la intención de dejar que balón hiciera un arco alto para llegar a la red. Jenny realmente lo intentó, el balón se le cayó de las yemas de los dedos, pero aun así logró pasarla y entrar. Casi celebre, *casi*, pero luego recordé que Kulti estaba allí, y lo refrene.

—Hagamos un poco de trabajo en la parte superior del cuerpo —dijo la entrenadora física desde el borde del campo.

Agarramos cosas tiradas por ahí y nos pusimos a trabajar. No pude evitar pensar en lo que acababa de suceder. Una vez que terminamos, Jenny y yo dimos una vuelta en direcciones contrarias para ir hacia la sección del campo donde habían instalado algunos equipos de suspensión para ejercicios de peso corporal. En el momento en que nos topamos, golpeamos nuestros hombros uno contra el otro y extendía la mano con la palma hacia arriba.

Jenny chocó su enorme mano del tamaño del puño de Hulk con la mía, cada una de nosotras lanzándonos una sonrisa discreta y astuta. Claro que sentía que me golpeaban la palma con un mazo, pero me las arreglé para no hacer una mueca.

Apreté sus dedos.

—Malditas habilidades ninja.

Se rio y afortunadamente se abstuvo de apretar mis dedos en respuesta.

—Lo sé, ¿verdad?

Las dos nos reímos.

No estoy segura de por qué me di la vuelta. Si era para verificar y asegurarme de que nadie estuviera demasiado cerca para escuchar lo que estábamos diciendo, o si era porque mi subconsciente había captado algo diferente, pero lo hice. Miré por encima del hombro y me encontré con esa mirada distintivamente familiar.

Tal vez durante diez segundos enteros, me sentí mal por celebrar que Jenny no solo había bloqueado los tiros de Reiner Kulti, sino que había logrado anotar donde él no lo había hecho. Diez segundos de culpa, posiblemente.

Entonces realmente lo pensé y decidí que no tenía ninguna razón para sentirme mal o avergonzada. Lo que sea que estaba pasando con él era asunto suyo. ¿No? Practicaba y practicaba cada vez más para mantener mis habilidades.

Pero aun así… ¿cómo demonios había fallado tantos tiros? Apestaba. Que error humano más grande.

Al día siguiente, hacia el final de la práctica, estaba trabajando en mis PP nuevamente —patadas de penaltis— esta vez con una de las otras porteras del equipo. La mujer tenía aproximadamente mi edad y

era su primer año en las Pipers después de jugar en Nueva York durante las últimas dos temporadas. Era buena, pero todavía no estaba al nivel de Jenny.

Sin embargo, ese era el punto de practicar, ¿no?

La entrenadora de porteras estaba parado a un lado, vigilándonos mientras practicábamos una contra una por segunda vez desde que esta temporada había comenzado.

Retrocedí un par de pasos y entré con el pie derecho, solo para que en el último minuto lo cambiara para patear con el izquierdo. El balón entró con un viaje satisfactorio mientras la entrenadora se acercaba para hablar con PJ, la portera, sobre lo que podría haber hecho de manera diferente.

—Lo estás anticipando —dijo—. Y es porque conoces a Sal qué crees que va a seguir con el pie derecho al momento de patear, pero si no la conocieras, te habrías dado cuenta…

Cuando siguieron hablando durante un par de minutos más, caminé unos metros y comencé a lanzar uno de los balones sobre mi rodilla. Solía hacerlo durante horas, para ver cuánto tiempo podía mantener el balón en el aire con cualquier parte del cuerpo que estuviera más cerca, mis rodillas, pecho, cabeza o pie, cualquier combinación que incluyera esas partes del cuerpo o mis pies. Por práctica, por diversión, ambos estaban tan unidos que eran uno. Lloviendo o en un día soleado, podía hacerlo en el garaje o afuera.

—Sal, ¿puedes hacerlo otra vez? —preguntó PJ.

Dejé caer el balón y le asentí.

—¿Lo mismo? —Comprobé con la entrenadora, quien me dio un asentimiento en respuesta. Muy bien. Seis pasos hacia atrás para darle más sabor; decidí intentar el mismo truco, pensando que ella supondría que trataría de patearla con mi otro pie la próxima vez para pillarla desprevenida. Esa vez, ella estaba mirando como un halcón y solo perdió el bloqueo del balón por muy poco. Otro balón vino hacia mí desde la dirección de la entrenadora de porteras y lo pateé. Entró de nuevo.

Cuando la entrenadora se acercó a PJ de nuevo, me reuní con las otras chicas del equipo para ver qué estaban haciendo. Fue entonces cuando vi a Kulti de pie a unos cinco metros de distancia, mirándome.

Sin saber qué más hacer, le di una sonrisa que probablemente fue mucho más sombría de lo que debía ser. Fue muy incómodo,

francamente muy incómodo. Jenny gritó en el fondo cuando una de las defensoras logró un tiro.

Él no miró hacia otro lado y yo tampoco. Entonces…

PJ estaba parada al lado de la portería con su entrenadora. Cuando volví a mirar, Kulti todavía estaba allí. No estoy segura de qué demonios estaba pensando o haciendo, pero recordé sus tiros fallidos del día anterior y lo siguiente que supe fue que pateé el balón que había estado usando hacia él.

Si se sorprendió de que se los pasara, su rostro no lo registró. Cuando esos ojos turbios se encontraron con los míos nuevamente, incliné la cabeza en dirección a la portería. Un silencioso "ve por ello".

No era una muy buena portera; No tenía la valentía que se necesitaba cuando la gente me pateaba balones súper rápidos en la cara. ¿Entonces iba a intentar bloquearlos? Diablos, no. No quería que mi cara se cruzara con un hombre que había sido el máximo goleador y una red.

Cuando me volví y comencé a caminar hacia la portería, un objeto blanco pasó por mi lado. Entró sin esfuerzo. No me perdí la mirada PJ ni la de la entrenadora de porteras cuando se dieron cuenta de quién acababa de patear el balón, pero no me sorprendió cuando ninguna de las dos dijo una palabra o hizo un movimiento para recuperar el balón. Entré, lo agarré y lo arrojé por encima de la cabeza en dirección a Kulti, apartándome un segundo después para poder verlo mientras pateaba el balón nuevamente.

Por primera vez en mucho tiempo, al menos lo suficiente en la historia reciente, no me decepcionó. Otro disparo se elevó en el aire caliente de la primavera-verano y fue atrapado por el fondo de la red. No sonreí ni le di mucha importancia, ya que lo hicimos dos veces más. Yo tomado el balón y lazándoselo, y Kulti pateándolo.

Cuatro veces en total, eso fue todo.

Fue como… no estaba segura de cómo describirlo. Hermoso se quedaba corto. La nostalgia era rara. Esto era algo para presenciar en persona. Este hombre que había visto en televisión cientos de veces, ahora jugando en persona a solo unos metros de distancia, definitivamente era algo.

Pero había hecho esto miles de veces con otras personas, y me recordé a mí misma que esto no era más especial porque era Reiner Kulti. Me recordó cuando trabajé con niños durante los campamentos

juveniles y lo emocionados que estaban cuando mejoraron. Claro que no sonrió ni me agradeció por devolverle el balón, pero dejé que el momento se asentara. Solo por un segundo, me permití aceptar que era Reiner "El Rey" Kulti a quien le estaba pateando un maldito balón.

Y luego miré a PJ y le pregunté si quería seguir practicando.

—Sabes, estaba pensando que ya deberíamos tener una mejor concurrencia. —Señaló Jenny desde su lugar justo a mi lado.

Con una mirada triste a las gradas que rodeaban el campo en el que generalmente practicamos, me sentí inclinada a estar de acuerdo con ella. Si bien los asientos del equipo universitario se llenaron decentemente considerando que era un día laboral, nuestro lado tenía exactamente treinta personas. Treinta personas en total.

No hace falta decir que no era nada fuera de lo normal en un partido de pretemporada, pero con la forma en que todos habían estado promocionando al entrenador alemán y cómo ayudaría al equipo, todos esperábamos más.

—Sí, sé lo que quieres decir —le dije. Hasta ahora, todos los partidos habían tenido números bajos, y eso era aún más triste teniendo en cuenta que al menos un tercio de las personas en la audiencia tenían camisetas de Kulti. Mi dinero estaba apostado en el hecho de que ni siquiera estaban prestando atención al juego, sino que se centraban en el hombre de cabello castaño que se sentó en el sol durante todo el juego, prestando atención pero sin lograr decir ninguna de sus palabras tranquilizadoras como: "¿A eso le llaman pase?". Nos daba comentarios durante las prácticas, pero aún no había hecho ninguna sugerencia durante un partido de pretemporada. O lo que sea.

—En realidad, escuché que solo publicaban los partidos de la temporada regular en el sitio web, y que no estaban poniendo horarios de juego para ninguno de nuestros partidos de pretemporada. Las únicas personas con los horarios son los que siempre están presentes en nuestros partidos, amigos y familiares —explicó Genevieve, la jugadora sentada al otro lado, aunque no habíamos estado hablando con ella.

Eso era interesante.

—¿En serio? —Jenny y yo preguntamos al mismo tiempo.

Genevieve asintió.

—Sí. Por seguridad o algo así, creo. Fue un acuerdo al que su agencia y los propietarios tuvieron que llegar antes de que él aceptara el trabajo. Al menos eso es lo que dijo mi amigo en la oficina. —No tenía que ser específica sobre quién era—. Demasiados psicópatas enloquecerían e intentarían venir a verlo gratis.

Eso tenía demasiado sentido.

Miré al alemán sentado en el otro extremo de la banca con mi vista periférica. ¿Como seria eso? ¿Tener fanáticos psicópatas que te acecharan o que pudieran ser un peligro para ti, como para que toda una asociación tuviera que aceptar no publicar las veces que estarías presente para no ponerte en riesgo? No podía imaginar eso. No quise hacerlo. La simple idea de eso me hizo sentir claustrofóbica.

Kulti estaba ocupándose de sus propios asuntos, viviendo su vida y…

Popó.

Volví a mirar hacia el frente para ver el resto del partido.

Ganamos. Otra vez.

Después de que los dos equipos chocaran los cinco con buen espíritu deportivo y nos felicitáramos por patear traseros, estábamos todos listos para irnos. Todavía había algunos equipos en el campo que habíamos terminado de usar y yo no era una de esas personas que simplemente pretendía no verlos y se iba. Me hacía sentir mal, así que seguí adelante y comencé a agarrar las cosas, ayudando al resto del personal junto con un par de jugadoras que se no habían ido de inmediato.

—Gracias por la ayuda —gritó Gardner mientras nos cruzábamos, yo dirigiéndome hacia la bolsa mientras él se alejaba de ella.

Asentí con la cabeza.

—Claro, G. —Mis padres no me habían criado para ser un holgazana.

Hubo un repentino y fuerte grito, un verdadero grito. Agudo y apenas distintivamente masculino, me dolieron los oídos al mismo tiempo que me avergonzaba porque casi parecía un sonido trastornado. Efectivamente, el ruido se había originado demasiado cerca. Un hombre estaba a la mitad del campo, con la mirada fija en el

jugador retirado de casi un metro noventa a unos tres metros de mí, metiendo toallas sucias en una bolsa.

Vi cómo el hombre soltó otro chillido —supongo que era por la felicidad— y dar dos pequeños pasos antes de detenerse nuevamente.

—¿Kulti? —vaciló el nombre, y luego fue a la carga.

Estoy segura de que me quedé allí con la boca abierta de asombro mientras Kulti lo tomaba con calma, sonriendo ligeramente por lo que tenía que ser la primera vez que lo había visto —¿posiblemente?— haciendo que pareciera que no era la gran cosa que este tipo estuviera actuando como un completo lunático. No los miré fijamente, pero los vigilé, observando a Kulti hablar en voz baja con su fan, firmar algo que el hombre le entregó y darle un apretón de manos mientras las jugadoras restantes terminaban de guardar el equipo. Por el rabillo del ojo, vi cómo él miraba alrededor del campo. Solo había otras cuatro personas; un entrenador, otras dos jugadoras y yo.

Seguía mirando a su alrededor como si quisiera que alguien apareciera mágicamente. En el transcurso de los siguientes cinco minutos, levantó la vista cinco veces más. Finalmente, en el último vistazo, suspiré y me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Estaba buscando ayuda.

Por lo que parecía, nadie más en la cercanía parecía darse cuenta, o simplemente no estaban dispuestos a ayudar. Esa vocecita en mi cabeza que parecía ser mi conciencia me recordó que si no lo ayudaba me sentiría culpable más tarde.

No es que lo haya hecho más fácil.

Un último suspiro y comencé a caminar hacia el alemán, con la bolsa sobre el hombro, las manos entrelazadas detrás de la espalda, pensando en lo que iba a decir para sacarlo de su encuentro. Kulti levantó la vista tan pronto como llegué a la mitad del camino, sus rasgos calmados, incluso mientras escuchaba hablar al fanático.

Alcé las cejas e hice que mis ojos se abrieran de par en par en un gesto de “solo sigue”.

Él parpadeó en respuesta.

Si bien era una mentirosa de mierda, podía revelar la verdad para no mentir realmente… o en su mayoría. Puse una sonrisa en cuanto el fan me vio venir.

—Hola —lo saludé antes de dirigir mi atención a Kulti—. Lamento interrumpir, pero ¿le importaría ayudarme a cambiar mi neumático, por favor?

Sí, casi me estremezco por haber inventado una situación de fantasía tan femenina. Podía cambiar mi propio neumático jodidamente bien. Cuando me alejé de mis padres por primera vez, me aseguré de buscar un video instructivo y verlo suficientes veces para que los pasos se quedaran grabados en mi memoria. Pero no era como si alguien más lo supiera. Además, fue lo primero que se me ocurrió al tratar de pensar en una excusa para salvar a Kulti.

No hubo dudas de su parte cuando asintió y dijo con demasiada sinceridad:

—Por supuesto. —El pastel de chocolate alemán —de quien no era fanática, para que conste— volvió su atención al otro hombre y rápidamente le dio las gracias por su apoyo y le dijo que fue un placer conocerlo. Antes de darme cuenta, el Rey caminaba a mi lado por el campo en dirección al estacionamiento.

Repito, Kulti caminaba a mi lado.

Popó, popó, popó.

Tomé un respiro mental y tragué saliva, mirando al hombre a mi lado.

—No te des la vuelta —ordenó en voz baja.

De acuerdo. El “qué tal si no me dices qué hacer” vivió y murió en una fracción de segundo en mis labios.

En cambio, le lancé una mirada molesta.

Daba la casualidad de que me estaba mirando cuando lo hice. Fantástico.

Casi como si pudiera leer mi mente, explicó:

—Está mirándonos. Estoy seguro.

—Está bien. —Me rasqué el lugar detrás de la oreja mientras seguíamos caminando, pasando por la acera que conducía al estacionamiento—. ¿Tenemos que fingir que realmente me estás ayudando?

—Déjame echar un vistazo cuando lleguemos a tu auto —dijo la frase más larga que había escuchado de él.

Asentí y lo conduje hacia el pequeño Civic marrón estacionado en la segunda fila.

—Este es el mío.

Kulti hizo un ruido de reconocimiento cuando llegamos a mi auto. Abrí el maletero, tiré mis cosas dentro y lo vi inclinar su cuerpo para poder mirar el campo con indiferencia. No era exactamente conocida por ser discreta —a Eric le gustaba referirse a mí como un elefante— así que no me molesté en tratar de mirar.

En cambio, miré el tatuaje que apenas se asomaba por debajo de la manga de su camiseta, y las pequeñas cicatrices que tuvieron que haber sido editadas de todas las imágenes que habían sido tomadas a lo largo de los años porque nunca las había visto antes. Noté la forma en que tanto el rojo mezclado con el marrón de su vello facial habían comenzado a crecer. Alto y aún en fantástica forma, mi pobre, tonto y estúpido corazón dio un pequeño vuelco en reconocimiento de un hombre atractivo.

Luego lo pisoteé hasta la muerte y me recordé que solo era un chico. Había crecido cerca de chicos. No eran nada especial. Eran divertidos, graciosos y completos dolores en el culo al igual que las mujeres, que también eran divertidas y graciosas.

Estaba bien. Totalmente bien.

Tal vez tenía un ligero acento, está bien. Y había ganado algunos campeonatos. Correcto.

Pero no era un Dios. No había encontrado una cura para el cáncer. Y había molestado a mi papá, incluso si lo había enmendado.

Estaba ciento ochenta por ciento bien.

Al parecer, por su aspecto, su rostro estaba un poco sonrojado. No necesitaba mirar el campo para saber que todavía estábamos siendo observados.

—¿Está mirando? —pregunté en voz baja, como si su fan pudiera oírme.

Kulti asintió, la luz del sol golpeó su rostro de manera correcta, por lo que parecía tan joven como hacía quince años.

—Bien, entonces pretendamos cambiar mi neumático muy rápido. Tengo que ir a trabajar. —No era como si me metiera en problemas con Marc o algo así si llegaba tarde, pero aun así no me gustaba aprovecharme o fastidiarlo. Cuanto antes comenzáramos, más

pronto terminaríamos.

El alemán hizo una mueca cuando le dije que necesitaba ir a trabajar, pero no dije una palabra más. Saqué la llave de la cerradura de la guantera, abrí mi cajuela y saqué el repuesto, solo para estar segura. ¿Realmente iba a cambiarlo? No. Pero seguiría todos los pasos y parecería que lo hacíamos.

Nos miramos de reojo mientras me agachaba en el concreto y él hacía lo mismo. Le entregué la llave de cruz y dejé que aflojara un tornillo.

—Sé cómo cambiar mi propio neumático. —Sentí la necesidad de decírselo por alguna razón, como si no saberlo me hiciera menos persona.

Esas esferas de color verde-marrón se deslizaron en mi dirección mientras aflojaba el resto de los tornillos.

Deslicé el gato hacia él y vi como lo ponía debajo del eje.

—No te des la vuelta —dijo una vez que había pasado por el largo acto de levantar el auto y fingir que estaba quitando todos los tornillos. Qué actor más loco.

Ningún argumento o pregunta salió de mi boca. Me quedé ahí con él mientras fingíamos cambiar mi neumático durante unos minutos más. Finalmente terminó y nos pusimos de pie. No fue hasta entonces que Kulti se dio la vuelta para mirar hacia el campo.

—¿No hay moros en la costa? —pregunté.

—Sí —respondió en voz baja, lo que captó mi interés un poco más de lo que debería haberlo hecho.

Asentí y levanté mis hombros.

—Está bien. —¿Qué se suponía que debía decir después de eso? No estaba segura y, al parecer, él tampoco. Bueno—. Supongo que nos veremos mañana entonces —le ofrecí, insegura.

Kulti me dio un fuerte asentimiento. Ni un gracias, *nada*.

Con una sonrisa incómoda, di dos pasos, deposité el gato y el repuesto en el maletero. Luego, me subí al auto y me permití agarrar el volante por un instante. Justo cuando salía del estacionamiento, miré por el espejo retrovisor y vi a Kulti dirigirse hacia un auto negro estacionado en la acera del estacionamiento.

Se metió en el asiento trasero, no en el del conductor.

Once

Traducido por Perséfone & Cliomena
Corregido por Pakhie & M.Arte

—¡Casillas! —gritó Gardner.

Me detuve, justo así, a mitad del partido en el que estaba. El balón estaba justo a mis pies después de habérselo quitado a uno de las defensoras contra las que estaba jugando. Dicha defensora estaba ahora en el suelo.

Las cosas se habían puesto un poco intensas.

Extendí mi mano a la chica y la ayudé a levantarse. Ella sabía que no había resentimientos, había ido por el balón al mismo tiempo que yo, y obviamente solo una de nosotras la conseguiría. No hace falta decir que ambas la queríamos. Con solo unos pocos días antes del inicio de la temporada, todas pensábamos que éramos montañeses. En un momento dado, había sido derribada al suelo, y le dije a Jenny:

—Solo puede haber una. —Ni siquiera se molestó en tratar de ser discreta cuando se echó a reír.

Pero era cierto, en su mayoría.

Cuando Gardner no llegó al punto, grité:

—¿Qué sucede?

Levantó una mano antes de darse la vuelta, discutiendo algo con el alemán. Estaba de pie a unos metros a un lado y detrás del entrenador en jefe, mirando al campo en el que estaba. La postura de Gardner cambió, se inclinó un poco hacia delante mientras hablaban, su mano de vez en cuando señalaba el campo para enfatizar.

Hice rodar el balón hasta la parte superior de mis dedos de los pies y lo golpeé en el aire, rebotándolo hacia arriba y hacia abajo.

Por el rabillo del ojo, vi que las zapatillas RK de edición especial venían hacia mí. Levanté la vista tan rápido que perdí el control del balón y lo dejé caer. Esos ojos claros estaban enfocados en mi cara, haciéndome sentir increíblemente tímida.

¿Cómo diablos había pasado de ser alguien que realmente no prestaba mucha atención a mi apariencia, a preguntarme de repente si debía empezar a ponerme un poco de maquillaje?

Espere. *Popó*. *Popó*. *Popó*.

Habíamos estado en cuclillas uno al lado del otro cuando "cambió" mi neumático, y eso fue lo suficientemente cerca como para ver los poros.

Si podía estar sin maquillaje el noventa por ciento del tiempo frente a prácticamente todos, podía hacerlo frente a él. Fácil. Puede que no sea la única en el equipo con un contrato de cosméticos, pero tampoco era una trol. Y si lo fuera, ¿qué?

Bueno, tal vez no estaba muy por encima de las cosas insignificantes, pero la belleza estaba muy por debajo en la lista de características de la vida que realmente me importaban. Era una buena jugadora de fútbol y una buena persona. Me lo repetí unas cuantas veces antes de levantar un poco más la cabeza. Eso me importaba más que si tenía o no una fila de hombres que quisieran salir conmigo.

Al menos eso es lo que me decía a mí misma.

Respiré profundamente por la nariz y miré directamente esos ojos color verde avellana.

—¿Sí?

Inclinó la cabeza hacia el balón, todavía mirándome fijamente. No era la primera vez que hablaba con alguien que miraba a los demás tan intensamente, había estado rodeada de personas seguras de sí mismas que no sabían cómo comunicarse de otra manera.

—Es mejor si haces esto…

Kulti se acercó el balón y comenzó a moverse a mí alrededor, avanzando hacia la portería mientras hablaba con una voz baja que expresaba lo tedioso que le resultaba hablar. Tenía sentido, incluso si sonaba como si las palabras fueran arrancadas de su garganta. Lo que estaba diciendo y explicando tenía mucho sentido. Cuando terminó, pateó el balón hacia mí y se fue como si nada hubiera pasado.

Reiner Kulti acababa de driblar el balón a mí alrededor sin esfuerzo, a pesar de no haber podido aterrizar algunas PPs recientemente. Sería una mentirosa si dijera que los vellos de mis brazos no habían respondido a lo que acababa de presenciar. Hacerlo gritar tus defectos era una cosa, pero que en realidad entrara al campo y participara… Jesús Bendito.

Me froté la lengua con los dientes y lo asimilé por un segundo.

—¡Gracias! —grité a sus espaldas.

¿Hubo una respuesta? Por supuesto no.

—¿Qué es eso que se ve en tu cara, Sally? —preguntó Harlow mientras pasaba por ahí.

—Él solo me ayudó.

Me dio una mirada impresionada.

—¿Tu bratwurst?

Asentí.

—Mira nada más. Tal vez finalmente está sacando la cabeza de su gran culo y realmente está interesándose en esto.

El hecho de que Harlow notara y comentara sobre el gran trasero esculpido de Kulti me sorprendió y divirtió. Resoplé y luego resoplé otra vez cuando ambas echamos un vistazo rápido a sus glúteos en retirada. Eran bastante perfectos. El tiempo y la gravedad no los habían afectado en absoluto.

Cuando las dos nos miramos la una a la otra unos quince segundos más tarde, negamos con la cabeza y dijimos al mismo tiempo:

—No.

Algunas cosas eran demasiado buenas para ser verdad.

Una semana y dos juegos de pretemporada más tarde, el hombre anteriormente conocido como El Silencio de los Inocentes se había diversificado para hacer exactamente otras tres demostraciones. La segunda vez había estado conmigo otra vez durante otro mini-juego de tres contra tres, y las otras dos veces habían sido con dos de las delanteras más jóvenes de las Pipers. Las chicas se quedaron allí y solo asintieron mientras él se movía a su alrededor. No era como si yo lo hubiera hecho mucho mejor, grité torpemente un "¡gracias!" en ambas ocasiones.

Pero el punto que nadie ignoraba era: él estaba ayudando. Solo un poco, pero algo era algo.

¿Las cosas eran todavía extrañas? Sí. Nadie hablaba realmente con él, a excepción del personal. Grace no le había dicho nada desde esa discusión en la que se habían metido después de que Kulti había sido grosero con las dos Pipers. En su mayoría, todos mantenían su

distancia y seguían su camino.

Pero funcionaba. Ganamos todos nuestros juegos de pretemporada y la vida continuó para cada uno de nosotros.

—¡Nos vemos más tarde!

Jenny me guiñó un ojo justo cuando sonó su teléfono y se dirigía hacia su auto. Froté una mano sobre mi nuca con un suspiro. Marc ya me estaba esperando en nuestro próximo trabajo, y estaba increíblemente cansada. El insomnio me había pateado el trasero la noche anterior y me había quedado despierta demasiado tarde viendo media temporada de *Supernatural*.

Tomando mi bolsa del césped, la colgué sobre mi hombro, ignorando el dolor que me atravesó por el movimiento. La mayoría de las chicas ya se habían ido después de que terminara la práctica, pero me quedé y hablé con Jenny sobre cenar y ver una película el sábado. No habíamos pasado demasiado tiempo juntas fuera del campo desde que empezaron las prácticas, y no podía recordar la última vez que salí con otra chica fuera de la práctica. ¿Tal vez cuando fui al centro comercial con Ceci hace casi dos meses?

Estaba ocupada tratando de recordar la última vez que había pasado un tiempo con alguien que no fuera Marc o Simon, el otro amigo de la infancia de mi hermano, cuando me acerqué al hombre alto que estaba en la acera en el estacionamiento. No me tomó más que una sola neurona reconocer quién era, pero por mi vida no pude averiguar qué demonios estaba haciendo.

Me ignoró cuando pasé junto a él. Para ser justos, tampoco hice un esfuerzo por decirle algo mientras caminaba a mi auto. Pero dejé caer mis cosas en el maletero y entré, sin dejar de mirar al alemán en la acera mientras miraba su teléfono y luego se lo ponía en la cara una y otra vez. En medio, miró alrededor y regresó de nuevo al teléfono.

Salí del lugar y pensé si me sentiría mal si continuaba yéndome o no cuando podría haber necesitado ayuda. ¿Cuántas veces alguien me ayudó cuando lo necesitaba, maldita sea? Los nervios revolvieron mi estómago cuando me detuve junto a la acera y bajé la ventanilla del pasajero, inclinándome para salir un poco por ella.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, vacilante.

Kulti levantó la vista de su teléfono, la piel entre sus cejas ya arrugada por la molestia o la confusión de que alguien se hubiera detenido a hacer algo tan absurdo como preguntarle si necesitaba ayuda. Una vez que vio que era yo, solo parpadeó. Sus cejas no se

suavizaron ni nada de eso, pero con una última mirada a su teléfono, me miró de nuevo.

Abrí los ojos de par en par pero mantuve mi mirada en él.

—¿Sí? ¿O no?

Me lanzó una mirada que no pude interpretar.

—¿Me podrías dar un aventón?

¿Podría…?

Una persona muy agradable no habría preguntado a dónde, pero tenía que ir al trabajo.

—¿A dónde? —pregunté lentamente.

—Creo que se llama Garden Oaks —fue su respuesta—. ¿Sabes en dónde está?

Por supuesto lo sabía. Por lo general, Marc y yo trabajábamos allí cada dos semanas. Garden Oaks era un bonito vecindario que no estaba demasiado lejos ni muy cerca; y era solo eso: un vecindario. Un vecindario tranquilo y costoso, al menos para mi gusto, *y el área exacta donde lo había recogido del bar*. No era donde residían los súper ricos. Con mis ingresos, no había manera de poder vivir allí a menos que tuviera otros cinco compañeros de cuarto.

Le sonreí en respuesta y asentí, alejando mi curiosidad por lo que haría exactamente en Garden Oaks.

—Está bien. Vamos.

Me lanzó una mirada curiosa pero no preguntó nada. En cambio, se sentó en el asiento del pasajero, sin decir nada y rígido. Tan pronto como entró, estuve saliendo del estacionamiento.

¿Lo estaba llevando a casa?

La única respuesta a mi pregunta mental fue el silencio, obviamente. No había usado la radio desde siempre y no había conectado mi teléfono al estéreo del auto con la distracción de tener a Reiner Kulti en mi auto. Mi papá probablemente iba a cagarse en los pantalones cuando le contara.

Maldición. Popó. Popó. Popó.

Me aclaré la garganta y me aseguré de mantener los ojos en el camino.

—¿Necesita llamar a una empresa de remolque o algo así? Tengo un servicio en mi teléfono en caso de problemas con el auto que puedes usar.

Su atención se centró en la vista exterior de la ventana.

—No.

Todo bien.

—¿Estás seguro? No me importa.

—Dije que no —respondió con suficiente fuerza que lo sentí en mi pecho.

Jesús maldito Cristo. Todo lo que estaba tratando de hacer era ayudar. Que idiota.

De repente, enojada conmigo misma por hacer un esfuerzo para ser amable con alguien que obviamente no lo quería, apreté la boca y mantuve los ojos hacia adelante.

Esto era exactamente lo que obtenía por intentarlo. ¿Por qué me molestaba en seguir intentándolo? Claro, había sido amable con mi padre al compensar por ser una maldita bolsa de consoladores desagradables, y me había sacado de mi mierda con Cordero, y me había dado un par de consejos sobre cómo mejorar algunas habilidades de juego, pero no era suficiente. No todos eran así. Había sido amable con miles de personas en mi vida, y la mayoría no actuaba como imbéciles.

Especialmente no los que había idolatrado.

La vergüenza de que me rompieran me hizo un nudo en la garganta cuando llegué a la autopista. Por un segundo, pensé en encender la radio para evitar la incomodidad que se había instalado en el auto, pero no lo hice. No había hecho nada malo, y no era yo quien merecía sentirse incómoda. Él debería estarlo.

—¿Qué salida debo tomar? —pregunté con voz controlada cuando estábamos lo suficientemente cerca.

Él respondió.

Salí de la autopista y luego le pregunté si debía girar a la derecha o a la izquierda.

Paso a paso, le pedí que me dijera cuándo girar y él lo hizo. Me dijo en qué carril entrar. Dos vueltas más y estaba conduciendo mi auto por una calle en la que tenía un cliente. Imagínate.

Justo antes de una monstruosidad moderna de dos pisos con un paisaje inmaculado que parecía ocupar dos parcelas, Kulti hizo un gesto.

—Aquí.

Acerqué el auto a la acera y me detuve, manteniendo la vista hacia adelante; lo que fue inmaduro. No tenía que hacerlo. No tenía que hacerle saber que lo que había dicho me molestaba, pero no pude evitarlo. En retrospectiva, más tarde, me maldeciría por dejarle ver que me había molestado, pero en ese momento no pude evitarlo. Seguí mirando por el parabrisas.

Esperé pacientemente, con las manos agarrando suavemente el volante.

No se movió. No salió. No dijo nada.

No lo miré ni le pedí que saliera de mi auto. Solo esperé Podía esperar. No estaba impaciente. Con la barbilla levantada y el rostro relajado, lo esperé durante lo que parecieron cinco minutos, pero probablemente solo fueron treinta segundos.

Finalmente alcanzó la manija y salió. No hubo un suspiro ni una disculpa que saliera de su boca, ni siquiera un maldito agradecimiento por el viaje.

En el momento en que se cerró la puerta, me alejé. No aceleré ni me comporté como una imbécil mientras intentaba escapar; regresé a la calle en dirección hacia al trabajo como si no hubiera herido mis sentimientos.

Pero lo hizo, un poco.

Era suficiente que no me importara una mierda si la gran casa en el vecindario familiar era suya o no. Ni siquiera me molesté en decírselo a mi papá.

—… así —dijo con esa voz profunda con un toque de acento suavizado.

Parpadeé ante el balón en el suelo y asentí.

—Bueno.

—¿Sí?

Rascándome el cuello, asentí de nuevo.

—Lo tengo.

Tal vez esperaba que saltara de alegría o que le besara los pies por trabajar conmigo por tercera vez, pero no podía encontrar en mí la suficiente cantidad de mierda para preocuparme de que me hubiera elegido nuevamente. Después de tener el fin de semana para relajarme, regresé a practicar con la cabeza despejada ayer. No hace falta decir que eso incluyó que decidiera evitar a Kulti tanto como fuera posible. Tenía mejores cosas en las que desperdiciar mi tiempo y mi energía, y los idiotas con mal genio y sin modales no estaban en lo más alto de mi lista.

Me las arreglé para superar una práctica completa sin malgastar calorías en él.

Y entonces hoy decidió saltar a la mitad de un juego de cinco contra cinco en el que estaba jugando.

Para ser una adulta, realmente vi lo que hizo y escuché. Segura de que no iba a hacer más que eso, levanté la cabeza y le hice un gesto afirmativo, con mi rostro neutral. Rodeándolo, volví a donde había estado y le hice un gesto a la defensora contra la que estaba jugando para que reiniciáramos el partido. Lo hicimos.

Quince segundos después, Kulti nos interrumpió de nuevo. Sus largas piernas se comieron el césped cuando se detuvo justo entre nosotras.

—Lo estás haciendo mal —dijo, mostrándome lo que quería que hiciera de otra manera.

Asentí y volví a intentarlo.

Otros quince segundos de tiempo de juego ininterrumpido transcurrieron antes de que nos detuviera de nuevo.

—Mira. No estás mirando —insistió el alemán.

Yo estaba viendo. Lo estaba mirando con mucho cuidado.

—Está bien, lo tengo —le dije tan pronto como terminó su demostración.

La otra jugadora me lanzó una mirada que le devolví.

Ni siquiera diez segundos después.

—¡Veintitrés! ¿Qué demonios fue eso? —salió fuertemente de la

boca de Kulti.

Mis manos se apretaron a mis costados, y me pregunté, ¿por qué? ¿Por qué el destino había decidido que este comemierda apareciera en mi vida diez años demasiado tarde?

Respiré hondo para calmar mi frustración, puse las manos en mis caderas y lentamente lo enfrenté.

—Por favor, dime qué hice mal porque no tengo idea de lo que estás hablando —dije antes de que pudiera comprender el hecho de que las palabras habían salido de mi boca.

Atraparlo tan desprevenido debió ser un testimonio de lo mucho que no estaba acostumbrado a que las personas le respondieran, o al menos que no aceptaran su palabra como algo sagrado para ser atesorado.

Esos ojos claros se entrecerraron mientras me miraba, y sus párpados cayeron lo suficiente como para proteger la interesante oscuridad.

—Tendrías un tiro más claro si… —Interrumpió sus palabras mientras cambiaba rápidamente el pie con el que avanzaba y daba la vuelta con el balón.

Lo miré y le pedí a alguien en algún lugar que me diera un poco de paciencia.

—¿No sería mejor si pasara el balón? —Por supuesto que sería mejor, estaba haciendo una pregunta hipotética.

Una pregunta que obviamente no entendió por la forma en que sacudió la cabeza en respuesta.

—No.

¿No?

—Si tienes la oportunidad de anotar, tómala.

Miré a Genevieve, mi compañera de equipo que estaba parada a un lado mirándonos, y luego miré a Kulti.

—No es seguro que la tenga.

—A menos que no estés prestando atención o de repente no puedas mover los pies, la tendrás —dijo en un tono irritado.

Luchando contra el impulso de pellizcarme la nariz, apreté mi

puño con más fuerza.

—Muy bien. Lo que sea que digas. —*Lo que sea que digas* generalmente significaba para mí, *sí, claro*, y luego terminaba haciendo lo que me diera la gana de todos modos. Él estaba equivocado. Lo que me decía que hiciera era demasiado arriesgado, y era egoísta. Pero, como sea. Sabía cómo elegir mis argumentos.

Por alguna razón, no pareció apaciguado por lo que dije en absoluto. Era casi como si supiera que solo estaba diciendo las palabras para quitármelo de encima, lo cual era verdad, pero él no lo sabía. Al menos no debería.

No dijo nada más, y un minuto más tarde nuestro juego se acabó. Otras diez jugadoras salieron al campo para su juego de práctica. Observé y grité ánimos, Harlow recibió algunos de ellos. Por mucho que traté de no prestarle atención a Kulti, no pude evitar notar que no detuvo ese juego para hacer sugerencias.

Por supuesto que no, pensé casi con amargura.

Poco tiempo después, la práctica terminó y me encontré caminando hacia mi auto. Estaba debatiendo si tratar de asistir a una clase de yoga esa noche, o simplemente hacer algunos estiramientos serios en casa, cuando por casualidad levanté la vista y encontré a alguien parado junto a la puerta del conductor de mi auto.

Solo que no era solo alguien. Era el alemán.

Mis músculos se tensaron de inmediato al verlo inclinado tan casualmente contra mi querido automóvil.

Respiré tranquilamente y traté de controlar mis emociones mientras seguía caminando. Kulti tenía su bolsa de lona sobre su hombro, sus manos metidas en los bolsillos de sus shorts de poliéster blanco. Se veía exactamente como lo había hecho en una docena de otras veces en las portadas de las revistas. Presumido.

Curiosamente, no me afectó en lo más mínimo.

Me sentí presumida y desinteresada. Sobre todo no perdería la cabeza al ver que Reiner Kulti estaba de pie junto a mi auto. No en el de alguien más, sino junto al mío. No era el primer chico que había visto hacerlo, y no sería el último.

Mi cara no me traicionó cuando cerré la distancia entre nosotros. No pensé en el hecho de que me había quitado la banda de la cabeza en cuanto terminé de enfriarme, y que no me había depilado las cejas en una semana o me había depilado el *bigote*.

Mis músculos estaban tensos por el ejercicio, me sentía fuerte mentalmente, y eso era más que suficiente para mí.

Los ojos color lago de Kulti permanecieron fijos en mi cara mientras caminaba justo delante de él para abrir mi maletero y dejar caer mis cosas dentro. No había terminado de cerrarlo de golpe cuando dije:

—Tengo que irme al trabajo. ¿Necesitas algo?

—Mi conductor no está aquí.

Así que por eso se había subido al asiento trasero el día que lo vi subir a su auto, y por lo que se había ido conmigo el día anterior.

Dejé mi mano sobre el maletero y lo miré por encima de mi hombro, a su cabello corto, a su rostro serio, a su boca llena. Sí, todavía no me importaba.

—Bueno. ¿Necesitas que te preste mi celular?

—Necesito un aventón —dijo en voz baja.

¿Qué era yo? ¿Paseando a la Señorita Daisy?

—¿Podrías darme uno? —preguntó.

¿Era esta la vida real? ¿Esto estaba sucediendo realmente?

—¿Quieres que te dé un aventón de nuevo?

Para darle crédito, no rompió el contacto visual una vez.

—Lo apreciaría.

Lo apreciaría. Mis ojos casi se cruzaron en respuesta.

—Tengo que irme a trabajar —le dije con voz tranquila porque era la verdad. Claro que me encontraba trabajando con Marc en una casa a un kilómetro de la de Kulti, pero él no lo sabía. Además, no era como si gastar mi tiempo con un imbécil ingrato estuviera en la parte superior de mi lista de cosas que quería hacer.

La mirada que me dio en respuesta me dijo que no me creía exactamente. En absoluto. Por un segundo, me sentí culpable por mentir. Entonces recordé cómo había intentado ser amigable con él una y otra vez y ¿para qué? ¿Para ser rechazada? No le debía nada.

Las comisuras de su boca se tensaron y una respiración profunda y notable se abrió paso a través de los pulmones que solían llevarlo a través de un campo de fútbol de tamaño completo sin esfuerzo. El

“por favor” me tomó totalmente con la guardia baja.

Vacilé. Por una fracción de segundo vacilé, y luego me recompuse de nuevo y alcancé la manija de la puerta. Mi atención se mantuvo hacia adelante. Casi dije que lo sentía, pero eso sería una mentira.

—Estoy segura de que casi cualquiera te llevaría si lo pidieras amablemente.

Una mano que no era la mía se presionó contra mi ventana, dedos largos con uñas cortas extendidos, su palma tan grande como recordaba de nuestro apretón de manos.

—Te lo estoy pidiendo.

—Y no soy la única persona que puede darte aventón. Necesito ir a trabajar. —Tiré de la manija, pero la puerta no se movió. En absoluto.

—Casillas.

Santa mierda. Mi nombre salió de su…

Popó.

Lo miré por encima de mi hombro, esto no era un gran problema. Así que dijo mi nombre mientras no podía recordar que el nombre de otro jugador hubiera cruzado sus labios desde… demonios ¿nunca?

—Lo apreciaría —insistió con voz profunda.

No dije una palabra, solo tiré de la manija de nuevo.

Su antebrazo se flexionó mientras sostenía la puerta.

—Puedo pagarte —ofreció, casualmente.

¿Qué diablos?

Nadie en mi vida se había ofrecido a darme dinero por hacerles un favor, porque no era necesario. Y aquí estaba él, una persona que ganaba más dinero aun estando retirado que yo en una década. Tenía un maldito conductor y aun así quería pagarme para que lo llevara.

Ugh.

¿Qué estaba haciendo? Es posible que en este momento me sintiera muy ruda diciéndole que no lo llevaría a casa, ni a dondequiera que fuera, pero más tarde no habría duda de que me

sentiría como una idiota por no hacer un favor que estaba fácilmente a mi alcance. No quería ser una persona siendo una idiota solo por ser una idiota; eso no me haría mejor persona que este imbécil.

Luché contra el impulso de inclinar mi cabeza hacia atrás y gemir, en vez de eso dejé escapar un suspiro resignado y le indiqué que subiera.

—Te llevaré.

Kulti parpadeó y luego asintió rápidamente, entrando. Sin decir palabra, salí del estacionamiento y me dirigí en la misma dirección en que nos habíamos ido el viernes.

—¿El mismo lugar? —pregunté con el más mínimo indicio de actitud en mi tono cuando entré en la autopista.

—Sí. —Fue su solitaria respuesta.

Muy bien. Esta vez encendí la radio y conduje en silencio a la misma casa en el mismo vecindario familiar en el que acababa de estar.

En el momento en que me detuve, él comenzó a moverse en su asiento y lo miré para ver que sacaba una delgada billetera negra.

Jesús. Me detuve en la acera frente a la casa cuadrada de piedra blanca.

—No.

Su silencio fue ensordecedor mientras permanecía allí sentado, con la bolsa de lona en su regazo, una mano en la puerta del auto y la otra sosteniendo una delgada billetera de cuero color café.

—Te estoy dando un aventón como un favor. No quiero tu dinero —le expliqué cuidadosamente.

Empezó a sacar un billete de su billetera a pesar de todo.

—Oye, no estoy bromeando. No quiero tu dinero.

Kulti comenzó a extender el brazo con un billete de cincuenta en la mano.

—Ten.

Levanté la mano y tomé su mano, aplastando el dinero entre nosotros.

—No lo quiero.

—Tómalo —Lo empujó contra mí.

Me empujé hacia él en respuesta.

—No.

—Deja de ser terca y toma el dinero —discutió Kulti, su rostro exasperado.

Bueno, si él pensaba que era el único que se estaba enfadado, estaba totalmente equivocado.

—Dije que no, no lo quiero, solo sal del auto.

Era su turno para comenzar con las respuestas de una sola palabra.

—No.

Al diablo. Puse un poco de músculo en acción y lentamente comencé a empujar nuestras manos hacia él. Bueno, lo logré moverlo solo cinco centímetros antes de que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo y luego comencé a retroceder, simplemente era más fuerte y avanzó más de cinco centímetros.

—Olvídalo. No estoy bromeando. Toma tu dinero —gruñí un poco, poniendo más fuerza en mi empuje, casi en vano.

Esos ojos de color marrón verdoso se alzaron con una mirada uniforme que tenía *molestia* escrita por todos lados.

—Dije que te pagaría.

—No quiero tu dinero, idiota…

Oh, Dios mío.

Dejé de empujar al segundo en que me di cuenta lo que había dicho. Debió haber sido tan inesperado que no estaba prestando atención porque lo siguiente que supe fue que me estaba golpeando en el hombro.

No dolió en absoluto.

Pero por alguna razón, el instinto me hizo decir “Auh” de todos modos.

Los dos parecíamos haber violado al otro. Como si lo hubiera apuñalado por decir “Auh” y estoy segura de que lo miré como si no pudiera creer que hubiera tenido el valor de pegarme. Seguro que fue un accidente, y un accidente que no dolió en absoluto, pero…

—Lo siento —dijo rápidamente, mirando su mano como si no pudiera creer lo que había hecho.

Abrí la boca y luego la cerré.

Reiner Kulti me acababa de dar un puñetazo en el hombro.

Lo había llevado a casa, había discutido con él sobre cómo no quería su dinero y luego me dio un puñetazo en el hombro.

Cerré los ojos, me pellizqué la nariz y me eché a reír.

—Sal de aquí —dije cuando comencé a reír más fuerte.

—No quise…

Eché mi cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y me sentí temblar por lo estúpido que era esto.

—Lo sé. Sé que no quisiste hacerlo. Pero solo vete, está bien. Necesito ir a trabajar antes de que me golpees en el otro hombro.

—Esto no es gracioso —espetó—. Fue un accidente.

De repente, dejé de reírme y le contesté bruscamente:

—Sé que lo fue, cielos. Solo estaba jugando contigo —Le di una mirada con los ojos muy abiertos—. Una broma, ¿sabes qué es eso?

Quiero decir, ya lo había llamado idiota, y él no lo había pensado dos veces, pero podría haber sido porque me había golpeado inmediatamente después.

—Sí, sé lo que es una broma —se quejó.

Ya sea porque estaba cansada de esta mierda, de su mierda o lo que fuera, me encontré cada vez menos preocupada por quién era él y cómo probablemente debería tratarlo de manera diferente. Tal vez no totalmente, pero al menos un poco.

—Estoy feliz de escuchar eso. —Recogí los cincuenta dólares que habían caído en mi regazo después de la reunión de su puño y mi hombro y se los arrojé—. Realmente necesito ir al trabajo, así que… —Incliné la cabeza en dirección a la puerta a su lado, indiferente a lo grosera que estaba siendo.

¿Parecía confundido porque lo estaba echando? Creo que sí, pero no discutió, tomó el dinero arrugado y lo sostuvo mientras salía del auto. Se enderezó, sostuvo la puerta con una mano y miró dentro.

—Gracias.

Finalmente.

Parpadeé y asentí.

—De nada.

Así sin más, cerró la puerta.

—¿Puede confirmar que su licencia está suspendida? —preguntó el hombre ansioso.

Me froté la ceja con el dorso de la mano y miré al reportero con torpeza.

Lo que podía confirmar era que tenía un conductor poco confiable y aún no lo había visto al volante. Por otra parte, ¿los ricos no tenían conductores? Conocía a algunos que los tenían. No era una cosa rara. Demonios, si pudiera pagarlo, también tendría a alguien que me llevara a todos lados. Conducir en el tráfico de Houston apestaba.

Pero su pregunta me molestó, colocándola justo al lado del incidente en el bar. Marc me había dado la impresión de que no se había llevado ninguna llave de auto consigo, y nunca había investigado o averiguado si Kulti había dejado un auto en el bar o no. No era como si realmente me importara de todos modos.

—No puedo confirmar nada; No lo sé. Lo siento, pero realmente necesito reunirme con el equipo, estoy retrasada. —Lo estaba. Me había quedado dormida.

—¿Lo has visto conducir? —El hombre era implacable.

No lo había visto, pero todavía no era lo suficientemente idiota como para admitirlo. Podría ser un idiota, pero obviamente le gustaba su privacidad, y no iba a arrojarlo debajo del autobús. Luego estaba todo el problema con la administración de las Pipers siendo muy estricta con respecto a todo lo relacionado con Reiner Kulti, así que estoy segura de que no estaba a punto de meterme en ese agujero. ¿Qué significaba eso? Necesitaba abortar esta misión, pronto. Eso es exactamente lo que hice.

—No he prestado atención. Lo siento, pero realmente necesito irme. ¡Lo siento! —Odiaba ser grosera, pero a la larga, preferiría ser una imbécil que ser una persona desempleada con una gran boca.

¿Su licencia estaba suspendida? Guau, de verdad, guau.

Si era cierto o no, y sin importar que no era mi problema, no podía dejar de pensar en eso y en cómo algo así podría volverse en contra del equipo si se desataba el rumor. ¿No debería su agente o publicista o alguien tratar con eso?

Cuanto más lo pensaba durante la práctica, más convencida estaba de que tal vez no debería quedarme callada al respecto. La mayoría de las otras preguntas que me habían hecho habían sido inofensivas, pero esto no lo era.

Maldición.

Finalmente, después de alrededor de una hora de práctica, atrapé a Kulti a un lado, repasando nuestro libro de jugadas. Tan casualmente como me fue posible, me abrí paso y con una voz lo suficientemente fuerte como para que solo él la escuchara, dije:

—Alguien del Houston Times me preguntó esta mañana si sabía que te habían suspendido la licencia. No sé nada, y eso es lo que dije, pero pensé que deberías saberlo para poder decirle a tu persona de relaciones públicas que se encargue de eso, o lo que sea que hagan.

No se me escapó que en el momento en que la palabra de diez letras salió de mi boca, se detuvo. Su cuerpo entero se tensó en una inclinación inamovible y firme.

Me recordé a mí misma que su lenguaje corporal no era mío para analizarlo, mientras me alejaba para dejarlo absorber lo que había descubierto.

Pero en serio, ¿no habría necesitado que lo arrestaran por conducir ebrio o intoxicado para tener su licencia suspendida?

No me decepcionaba la posibilidad de que tuviera algún arresto, había aprendido de un amigo cuando era más joven que ese tipo de cosas se basaban más en la suerte que en cualquier otra cosa. ¿Cuántas personas no conducían a casa después de tomar unas copas? A veces te atrapaban y la mayoría de las veces no. Como sea.

Por otra parte, crecí leyendo sobre el régimen estricto de Reiner Kulti. Cuan estricto era sobre su comida, sus entrenamientos y su vida en general. Así que…

No es tu problema. Realmente no lo era, mis asuntos estaban en el campo, tenía que recordarme eso.

Doce

Traducido por Cliomena, Yobs & Joss_P
Corregido por Pakhie & M.Arte

No debería haberme sorprendido encontrar al *alemán* esperando en la acera. Mayormente, no lo estaba. Mayormente.

—¿Necesitas otro aventón? —pregunté, parándome a su lado para que estuviéramos uno al lado del otro.

Fue directo al grano.

—Por favor.

Por favor. Bueno, ¿qué tal eso? Casi tuve la tentación de mirar a mi alrededor y asegurarme de que los cerdos no habían comenzado a volar.

—Sube entonces.

Kulti tiró su bolso junto al mío en el maletero. Ninguno de los dos dijo nada cuando entramos al auto, y no pude evitar sentirme un poco incómoda por haberle dicho sobre el rumor de la licencia. A la mitad de camino a su tal vez casa, finalmente rompí el silencio. La radio no estaba encendida y el silencio era sofocante.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunté lentamente.

—Sí. —Hubo una pausa—. Puede que no responda.

Odiaba cuando la gente decía eso.

—Está bien. —Me animé a hacer la pregunta que no podía dejar de pensar. La posibilidad de ser ignorada era muy real, pero al diablo, solo vives una vez—. ¿Por qué tus penaltis apestan tanto? —Fui al grano, simplemente lo solté. Dios mío, debería haber estado orgullosa de mí misma—. No lo entiendo.

En un mundo ideal, él me habría gritado y habría dicho que era una campesina humilde en su universo, que no tenía derecho a hablar con él, y mucho menos hacer preguntas como esa.

En el mundo real, hizo un sonido de ahogado.

Le di una mirada de reojo para asegurarme de que todavía estuviera vivo. Lo estaba.

¿Su cara estaba roja?

—Nadie puede decir que no eres honesta, ¿verdad? —preguntó.

Otro sonido ahogado —o tal vez fue una risita— salió de él antes de continuar—: Se puede decir que estoy fuera de práctica.

De acuerdo, eso era algo. No fue suficiente, obviamente.

—¿Cuánto tiempo llevas sin practicar? —Tuve dudas al preguntar. Me sentía como si estuviera tratando de acariciar al perro malo al otro lado de la cerca.

Levantó una mano y la pasó por el cabello corto de su cabeza. Esa mandíbula dura podría haber sobresalido hacia un lado, pero no podía estar segura. De lo único de lo que estaba segura: él miró en mi dirección como si no pudiera creer que tuviera el valor de preguntar.

Honestamente, no podía creer que realmente lo hubiera hecho. Lo que realmente yo no podía creer era que él respondiera.

—¿Sabes cuándo me retiré? —preguntó con esa voz estricta con el más mínimo indicio de acento. Recuerdo haber escuchado en alguna parte que hablaba cuatro idiomas diferentes con fluidez, ¿o eran tres?

Mierda. ¿A quién le importaba cuántos idiomas hablaba?

Por supuesto que sabía cuándo se retiró, pero no lo dije así. Podía ser indiferente al respecto.

—Sí.

—Esa es tu respuesta.

Espera.

Alto ahí.

—¿No has practicado desde que te retiraste? —La pregunta fue cuidadosa.

No podía ser cierto. Simplemente no era posible.

La boca de Kulti se torció hacia un lado al mismo tiempo que sus fosas nasales se dilataron.

—No he jugado desde que me retiré. Si le dices a alguien…

Casi pisé los frenos.

Está bien, no lo hice, pero quería hacerlo. No podía creerlo. Detuve el auto en un semáforo en rojo mientras él terminaba su estúpida amenaza que elegí ignorar. Lentamente y con incredulidad, dije:

—Estás bromeando. —¿A quién estaba engañando? Él no tenía humor en su ADN.

Efectivamente, lo confirmó.

—No lo hago.

—No.

Él arqueó una ceja oscura.

—No miento.

Dejé caer mi cabeza contra el reposacabezas mientras asimilaba lo que había admitido. Dos años. ¡Dos años! ¡No había jugado en dos años!

—¿En absoluto? —Mi voz fue baja y susurrante.

—Así es.

Santa mierda, sentía como si el mundo hubiera sido arrancado de debajo de mis pies. ¿Dos malditos años para un jugador como él? ¿Cómo demonios sucedió eso?

Quería decirle algo, disculparme o algo, pero solo pude abrir la boca y cerrarla con buenas intenciones presentes.

Pero sabía que mi lástima no era lo que él quería. Si tuviera que apostar dinero, habría dicho que el mayor tiempo que había dejado de jugar fue cuando se desgarró algunos ligamentos en el pie, pero no estaba dispuesta a revelar mi Kulti-psico-acosador-conocimiento.

Manteniendo los ojos hacia adelante, me aclaré la garganta y luego seguí haciéndolo de nuevo.

¡Porque… dos años! ¡Dos años!

Santa mierda. ¿Cómo era eso posible?

Me concentré en el número una vez más, y luego lo guardé para procesarlo más tarde en la privacidad de mi propia casa. Dos años era toda una vida y, sin embargo, era más que suficiente para explicar por qué tenía un palo tan grande en el culo. El pobre hombre era como un eunuco. No jugar fútbol era el equivalente a perder tus bolas, o al menos eso es lo que pensaba.

La compasión y la comprensión me invadieron.

Soltando el freno, le conté mi propia historia. Aunque más tarde me preguntaría por qué me molesté en hacerlo, no era como si le

importara.

—Cuando tenía diecisiete años, me desgarré el ligamento cruzado anterior durante un juego y estuve fuera durante casi seis meses. Mis padres y entrenadores ni siquiera me dejaban mirar un balón de fútbol o ver un partido porque me enloquecía saber que no había nada que realmente pudiera hacer para acelerar el proceso de curación.

Esos fueron algunos de los peores meses de mi vida. Nunca había sido realmente una perra irritante, pero hacia el final de mi recuperación, me había vuelto tan malhumorada que no estaba segura de cómo mis padres no me abofetearon por ser un dolor en el culo.

—Fueron los seis meses más largos de mi vida y probablemente los más miserables —agregué, lanzándole una mirada de soslayo.

Su atención estaba enfocada hacia adelante, pero lo vi asentir.

—He estado allí.

Sabía que lo había hecho, pero una vez más, era conocimiento de una Kulti-psico-acosadora y lo llevaría conmigo a la tumba.

Nos quedamos en silencio el resto del camino hacia la casa, su casa, o lo que sea. Solo que esta vez, tan pronto como abrió la puerta, le dije:

—No diré nada sobre tu mala racha.

Kulti asintió, y podría haber jurado que tenía algo que podría haberse considerado como la sonrisa más pequeña en la historia de las sonrisas que tirando de las comisuras de su boca. Luego estaba en mi maletero sacando su bolsa y levantando la mano para hacer un gesto de despedida mientras caminaba por el camino de piedra hacia la puerta principal de la enorme casa.

Mentiría si dijera que no pensé en Kulti y en cómo no había jugado en dos años durante el resto del día.

Al día siguiente durante la práctica, no pude evitar seguir mirando a Kulti y preguntarme cómo diablos no había asesinado a nadie desde que había dejado de jugar.

Quiero decir… ¿no había jugado en absoluto? O simplemente… no sé, ¿no había jugado un juego reglamentario? Por el aspecto de sus

movimientos y su lenguaje corporal, no parecía que hubiera dejado de jugar por completo, pero ¿qué sabía yo? Dos años no podían borrar completamente la vida pasada con un balón blanco y negro.

Harlow me dio un codazo en las costillas cuando se detuvo junto a mí.

—¿Te acaba de llamar un culo lento?

El equipo estaba realizando ejercicios de velocidad, y yo había estado en el primer grupo de jugadoras.

Me encogí de hombros, sin decir nada. ¿Qué podía decir? Kulti me había llamado lenta durante un ejercicio, y luego le preguntó a otra jugadora si tenía dos pies izquierdos. Era la misma chica con la que había corrido por la mañana unas cuantas veces, la que siempre quería ganarme en las carreras.

¿Ella era lenta? No. Demonios no, Sandy era realmente buena.

—Me gustaría terminar los ejercicios en esta vida, ¿podemos seguir adelante? —gritó una voz desde el otro lado del campo.

Distraída, alcancé el hombro que había sido golpeado. En ese momento, Kulti levantó la mirada, el espacio entre sus cejas se arrugó, y por una fracción de segundo, debatí si encorvarme y fingir que tenía un dolor punzante en el hombro para poder meterme con él. No lo había mencionado el día anterior y yo tampoco.

Aunque no lo hice. Harlow estaba demasiado atenta y lo notaría, y no tenía idea de cómo él se lo tomaría.

Realmente no tenía idea de cómo manejar nada de esto. ¿Se suponía que no debía a decir nada acerca de llevar a Kulti a casa? Porque no lo había hecho. Ni siquiera mi padre lo sabía, y por lo general le contaba todo. No me estaba tratando de manera diferente a como lo hacía antes de que lo llevara, así que no significaba nada.

No había nada que contar. ¿O sí?

—¿Te molesta tu hombro? —La voz de Harlow hizo que alejara mi mirada del alemán.

—No. —Mi cara se sonrojó cuando me volví hacia ella—. ¿Lista?

Me empujó a un lado y se fue.

—Ponte al día, trasero lento.

Poco sabía que los apodos “culo lento” y “bolsa lenta” eran solo

el principio. Antes de que terminara la práctica, Kulti había llamado a mis pases descuidados, y luego siguió diciendo que necesitaba aprender a jugar con ambas piernas.

¿Esto venía del hombre que jugaba con su pie derecho el noventa por ciento de las veces? Ja.

No dejé que sus comentarios me desanimaran o me molestaran. Tampoco me preocupé demasiado acerca de si él estaba siendo autoritario porque recientemente había descubierto su secreto, o si era porque simplemente sabía toda su mierda. En cualquier caso, escuché lo que dijo y lo tomé todo con calma, no iba a permitir tomarme todo esto de forma personal.

Cuando finalizó la práctica una hora después, ya lo estaba esperando en nuestro lugar habitual, y no me decepcionó.

Saltando lo obvio, pregunté mientras me acercaba:

—¿Listo?

—Sí —respondió.

Ese silencio familiar nos siguió cuando entramos al auto y continuó mientras conducía un poco.

Dos minutos fue todo el tiempo que pude contener mi curiosidad antes de romperme.

—¿Lo extrañas?

No siendo un idiota total, preguntó:

—¿Jugar?

—Sí. —Por mucho que traté de razonar cómo lo había hecho durante tanto tiempo, todavía no podía comprender la idea de no jugar. No podía.

Deslizó su mirada sobre mi mientras asentía, tan honesto y directo que me tomó por sorpresa.

—Extraño el fútbol todos los días.

Tan rápido como su mirada se había movido hacia la mía, se alejó mientras tragaba saliva.

Así que…

—Entonces, ¿por qué no lo has practicado? —pregunté antes de que pudiera detenerme a mí misma. ¿Qué era lo peor que podría

hacer? ¿No responder? ¿Decir que me encargara de mis propios asuntos?

La curiosidad mató a Sal. Digamos que fue mi momento de gloria preguntarle a Reiner Kulti sobre un secreto del que no estaba segura de que él fuera a compartir de buena gana.

¿Por qué había decidido compartirlo conmigo? No estaba siendo positiva, pero tomaría lo que pudiera conseguir.

Una exhalación lenta y constante salió de él.

—¿Sabes por qué me retiré?

Se había desgarrado el ligamento cruzado anterior por tercera vez. Hubo rumores del desgarre anterior de que no regresaría en un cien por ciento, ni siquiera al noventa o el ochenta o el setenta por ciento. Era demasiado grande, había dicho la gente. Todos pensaron que era inevitable cuando finalmente sucedió, la artritis en el dedo del pie y otras pequeñas lesiones que lograron acumularse a lo largo de los años hicieron que se retirara.

Reiner "El Rey" Kulti había anunciado su retiro poco después, terminando su legado.

¿Iba a decir eso? Definitivamente no.

Me conformé con un asentimiento y un "sí".

—Me tomó mucho tiempo sanar —dijo, y después de eso se quedó en silencio.

Me encontré girando lentamente la cabeza para mirarlo con incredulidad y me di cuenta de que no tenía derecho a mirarlo.

—Bueno. ¿Y después?

Se encogió de hombros.

Reiner Kulti se encogió de hombros como si "oh, mi ligamento cruzado anterior tardó mucho tiempo en sanar" fuera razón suficiente para explicar por qué no había practicado su amado deporte en dos años. No me estaba engañando. Todavía lo amaba. Uno no renuncia a un gran amor tan fácilmente. Me daba cuenta de ello por la mirada en sus ojos arrogantes cuando veía al equipo. Miraba a algunas jugadoras como si fueran pedazos de basura que deseaba poder sacudir hasta que hicieran las cosas bien. No te quedabas mirando así a menos que aun te importara.

No me estaba engañando.

—¿Eso tomó qué? ¿Seis meses? ¿Ocho meses? —pregunté, parpadeando lentamente.

Cuando dijo:

—No se ha curado por completo. —Fue prueba suficiente para mí de que estaba lleno de mierda. No me parecía del tipo que quisiera hacer un gran problema por sus lesiones.

Así que le dije algo que le hubiera dicho a cualquier otro jugador con el que tuviera una relación decente —él no contaba exactamente—:

—Tonterías.

—¿Disculpa?

Me reí.

—Eso es una mierda. ¿Todavía te duele la rodilla? Venga. ¿Parezco como si hubiera nacido ayer? He tenido varios tipos de dolor desde que tenía dieciséis años y estoy segura de que tú también los has tenido. —Sacudí la cabeza y me reí otra vez antes de centrarme de nuevo en el camino—. Cielos. La próxima vez dime que me ocupe de mis propios asuntos en lugar de decir algo tan ridículo.

¿Qué demonios esperaba? Había dicho más de lo que hubiera apostado en mi vida para empezar.

—No sabes nada —respondió bruscamente.

Una vez más, otra cosa de la que no debí haberme sorprendido.

—Sé lo suficiente. —Porque lo hacía, su mierda era evidente desde un kilómetro de distancia.

—¿Qué mierda se supone que significa eso? —La voz de Kulti estaba mezclada con un poco de ira.

Finalmente, se le salió un “mierda”. ¿Qué tal eso?

Estaba casi asombrada, casi, y no podía encontrar en mí algo que me hiciera perder el control por su mal tono y su humor.

—Sabes a lo que me refiero. Mira, no necesitas tener esa actitud. Todo lo que preguntaba era por qué no has jugado en tanto tiempo. No es de mi incumbencia, bien. Lo siento, pregunté.

Hubo una pausa.

—Explica a qué te refieres.

Quería entender a que me refería, pero sabía en mi corazón que él realmente no quería que se lo dijera. Mantuve mi atención hacia adelante y sacudí la cabeza, la risa y la diversión desaparecieron de mi cara.

—No importa.

—Importa —insistió.

Mantuve mi boca cerrada.

—Dilo.

Sí, no diría nada. Nadie me estaba entregando la pala para cavar mi propia tumba.

—¿Crees que estoy mintiendo? —preguntó Kulti con voz fría.

Tragué. Bueno él preguntó, ¿verdad? Escogí mis palabras cuidadosamente y respondí:

—No estoy diciendo que estés mintiendo. Estoy segura de que te duele la rodilla, pero no hay forma de que sea por eso por lo que no hayas jugado. Incluso si solo regresas al sesenta por ciento, cincuenta por ciento, no importa; todavía habrías jugado con tus amigos al menos, o algo así. Patearías el balón por tu cuenta. Tienes el dinero para construir tu propio campo, estoy segura, si no quieres que todos se entrometan. Parece como si te estuvieras vendiendo. Ya me dijiste que echas de menos jugar. Simplemente no creo que algo como un poco de dolor te detenga… ¿sabes qué? No importa. Me alegra que finalmente hayas empezado a patear algunos balones. Bien por ti.

Horas más tarde, me daría cuenta de lo diferente que podría haber manejado la situación. Cuán horriblemente lo había hecho. Lo sabía muy bien. *Pude hacerlo mejor.* Entendía a las personas que mantenían su orgullo y arrogancia en alto como un escudo y cómo manejaban a alguien que los atacaba. O peor, a alguien que sentía lástima por ellos.

Lo sabía porque era muy consciente de lo mucho que odiaba que alguien sintiera lástima por mí.

Compadecerse de un hombre con la capacidad de hacer de mi vida un infierno en el campo, un hombre quien alguna vez tuvo una pasión por el fútbol que parecía iluminarlo desde el interior, era como si volteara una fuerza de la naturaleza contra mí.

Olvida de que intenté ser amable con él, que lo había llevado a casa y nunca insistí en saber por qué me había dejado llevarlo en

lugar de su conductor o un taxi, o Gardner, o Grace, o casi cualquier otra persona que tuviera una relación con él al igual que yo.

En las palabras de mi hermano, me lo hice a mí misma. Atraje la atención de un perfeccionista y no había nadie más a quien culpar.

Las siguientes dos semanas de mi vida podrían resumirse en tres palabras clave: infierno físico y emocional.

Cualquier tipo de vínculo que había formado con Kulti se había roto el día que lo presioné para obtener respuestas en mi auto. El decir que era una mierda usar su lesión como excusa fue solo la cereza del pastel.

Desde entonces no lo había llevado ni una solo vez a casa. No me sorprendió después de esa primera práctica inicial, después de lo que llamaría el Día de Interrogatorio, cuando me llevó a un nuevo nivel totalmente diferente.

Seriamente.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Escúchame!

Bla, bla, bla, joder, bla, bla, bla, algo, algo, mierda, bla, bla, bla.

Pero mi cosa favorita que salió de su boca fue:

—¿Es así como las niñas juegan fútbol?

Oh, hombre.

Había escuchado eso antes. Y aún me molesta cada vez que lo escuchaba.

Pero si lo que quería era que yo y el equipo le enseñáramos cómo jugaban las chicas, cumplió su deseo. Estábamos ansiosas por sangre. La mayoría de nosotras habíamos crecido jugando con chicos y por experiencia, todas sabíamos que les pateaba el trasero tan fácilmente como a otras mujeres.

No podía recordar la última vez que un entrenador había estado encima de mí con tanta venganza. No había nada amigable sobre las cosas que salían de la boca de Kulti. Era todo negocios. Todo amor-difícil, voy-a-romperte-para-conseguir-lo-que-quiero-amor.

Cada día era peor que el anterior. Gardner no dijo nada. Me dio

unas palmaditas en la espalda y me dijo que aguantara.

Se me hizo difícil mantener la cabeza en alto e ignorar las palabras feas. Hice mi mejor esfuerzo para concentrarme en las cosas que salían de su boca que tenían conocimiento debajo de las que no, pero no fue fácil. Hacia el final de la primera semana, Jenny, la atleta de clase mundial, fue la que jadeó:

—¿Qué le hiciste? —Después de que Kulti me gritara por pasar el balón a otra jugadora cuando él sintió que debía haber hecho un tiro más difícil en su lugar.

¿Qué podía decirle? Nada. No podría decirle nada sin mencionar que lo había llevado a casa varias veces.

—No tengo idea —le dije.

—¿Pasó algo más con Eric?

—No. —Recibí cada vez menos mensajes sobre Eric y Kulti en el transcurso de las últimas semanas. En serio, dudaba mucho de que las fotos del equipo con nosotros uno al lado del otro tuvieran algo que ver con eso, y Sheena no había comentado nada sobre el lanzamiento de los clips de la rueda de prensa que había hecho con Gardner al comienzo de la temporada.

Jenny hizo una mueca y se limpió el cuello con el cuello de la camiseta.

—Tráele un pastelito o algo, entonces Sal, porque esto se está saliendo de control. No sé cómo todavía no has comenzado a llorar.

Era así de malo. Todo mi cuerpo estaba tenso antes de que comenzara la práctica y se mantenía así después de terminar. Marc hacía todo lo posible para burlarse de mí más a menudo para sacarme de mi deprimente y agotado estado ánimo.

Apenas ayudó.

Y luego, finalmente tuve suficiente.

—Si hubieras…

Si lo hubiera hecho. Si hubiera hecho algo diferente, podríamos haber ganado por cinco puntos en lugar de uno.

Estaba siendo injusto y todos lo sabían. ¿Alguien dijo algo?

Por supuesto que no. Nadie quería ser a quien le masticara el culo, y no podía culparlos.

Lo más importante, ¿dije algo? No. Me quedé allí mientras Gardner y Kulti iban y venían sobre lo que podríamos haber mejorado en nuestro último juego de pretemporada. Me quedé callada mientras Kulti colgaba el peso de una casi derrota sobre mis hombros y asentí cuando se suponía que debía hacerlo.

Él estaba en lo correcto. Perdí algunas oportunidades. No lo negaría.

Pero también lo hizo la mitad de los miembros de nuestro equipo. Sin embargo, ¿alguien lo mencionó? Gardner hacía algunas generalizaciones, pero no nombraba a nadie directamente, incluso cuando era obvio que alguien se había equivocado mucho. No le gustaba avergonzar a las jugadoras y, en cambio, apartaba a las personas y hablaba con ellas.

Y esta maldita *frankfurter*…

Me tragué los insultos —como maldito *bratwurst*, *sauerkraut* de mierda, pedazo de mierda de pastel alemán de chocolate— que estaban haciendo una fiesta en mi boca. Cada uno me rogó que los dejara salir para jugar.

Por dentro, oh, Dios mío, por dentro estaba furiosa y tratando de convencerme de no hacer algo que me llevaría a la cárcel. No me rebajaría. Disfrutaba mucho estar libre.

—Lo siento chicas —dije con una voz engañosamente tranquila una vez que Kulti había terminado su discurso.

Las caras de Harlow y Jenny sobresalieron en el semicírculo en el que estábamos paradas. Harlow parecía estar a punto de reírse y Jenny parecía que estaba contemplando qué tan rápido podía agarrarme en caso de que decidiera que pasar de dos a quince años tras las rejas no era tanto tiempo.

Ninguna de las chicas dijo una palabra.

Nuestra reunión posterior al partido terminó poco después de eso, dejando una sensación incómoda en el aire de la que estoy segura era la responsable.

Como una persona racional y sensata, agarré mis cosas y casualmente me preparé para irme. Harlow me apretó el brazo mientras pasaba junto a mí sin decir nada, pero sentí que me estaba dando su bendición, su intrepidez interna. Jenny se acercó a mí y envolvió su brazo alrededor de mis hombros y en voz baja dijo:

—Salamandra, no me hagas visitarte en la cárcel. El naranja no

es tu color y no creo que estés hecha para ser la… ya sabes… zorra de alguien.

Dejé que Jenny me hiciera perder la razón. Me reí y rodeé su cintura con un brazo. ¿Cómo me conocía tan bien?

—Juro que no voy a hacer nada violento.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

No lucia como si realmente me creyera, pero finalmente dejó caer su brazo.

—Por favor. —Jenny me miró directamente a los ojos mientras suplicaba.

No pude evitar sonreírle y asentir.

—Lo prometo.

Bajó la mirada, pero finalmente asintió.

—¿Te veo mañana?

Le aseguré que lo haría, y se despidió. El área se había despejado en su mayoría para entonces, pero la persona que estaba buscando todavía estaba allí. Respirando hondo, tranquilicé mis nervios y me dije que estaba haciendo lo correcto. No podía seguir haciendo esta mierda con él.

No lo haría. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para resolverlo.

Allí estaba él, justo cuando terminé de enviarle un mensaje a Marc informándole que llegaría tarde. Parado en la acera donde se había subido a mi auto una y otra vez. No esperaba que fuera trás él. O tal vez sí, excepto posiblemente que con un cuchillo en una mano.

—Ya no puedo hacer esto contigo —le advertí. No estaba teniendo nada de esta mierda de ser discreta. Me quedé allí y lo enfrenté. No había dudas en mi mente de que mi cara estaba sonrojada, estaba sudorosa por todas partes. Había una pequeña posibilidad de que también pudiera apestara, pero tenía que sacar esto. Ahora. Señalé el campo detrás de nosotros.

—Vamos.

Kulti retrocedió, su cara hizo una mueca.

—¿De qué estás hablando?

Lo animé con más insistencia.

—Vamos. No voy a ser tu saco de boxeo el resto de la temporada. Tú y yo, quien llegue primero a siete, gana.

Su labio inferior cayó y parpadeó. Luego volvió a parpadear, confundido.

—Vamos.

—Absolutamente no.

—Vamos —repetí.

—Veintitrés, no.

—Kulti. —Lo llamé con la mano, dándole una oportunidad más para hacerlo de la manera más fácil.

—Estas siendo ridícula.

Todo bien. Respiré y tomé un profundo suspiro.

—Estás siendo un cobarde.

Eso podría no haber sido lo más inteligente de decir porque lo siguiente que supe fue que sus hombros se pusieron rígidos y que su boca se cerró de golpe. Bueno, no podría decir que no había hecho el trabajo.

—¿Qué dijiste?

—Dije que estás siendo una gallina. —Lo hice. Mierda, llamé a Reiner Kulti gallina y cobarde, no había vuelta atrás. Hay que aceptar lo positivo y lo negativo, me dije—. Vamos. ¿De qué tienes miedo? Sabes que eres mejor que yo. Sé que eres mejor que yo, así que terminemos con esto. Juega conmigo para que puedas superar esta mierda.

—No voy a hacer esto contigo, niñita —dijo de manera uniforme, con la mandíbula apretada.

Niñita.

¿Podría haberlo dejado pasar? Por supuesto. Por supuesto que podía. Pero no había mentido cuando dije que ya no podía hacer esto con él. Toda esa ira reprimida que tenía, las frustraciones que me causaba porque lamentablemente lo conocía mucho y la tensión, estaban fuera de este mundo. No era como si lo hubiera obligado a

decirme la verdad, pero a pesar de eso no podíamos mantener esta danza de odio.

—Sí, lo haremos.

—No, no lo haremos.

Apretando las manos, estaba a unos dos segundos de convertirme en Super Saiyajin y patear su trasero.

—Sé que voy a perder, Kulti. Joder, odio perder, pero haremos esto de todos modos, así que terminemos de una vez.

Levantó ambas manos en el aire y se frotó las palmas de las manos sobre la nuca. Jesucristo, era alto.

—No.

—¿Por qué?

—Eres un dolor en mi trasero —espetó.

Fue mi turno de parpadear hacia él.

—Crees que te voy a vencer, ¿no?

Puso los ojos en blanco mientras resoplaba.

—El infierno no se ha congelado.

Según su tono, no estaba segura de si realmente lo creía o no. O tal vez solo estaba siendo egoísta. Tal vez. Pero sabía que necesitaba dejar a un lado mi ego y obligarlo a hacer esto. Una parte de mi instinto reconocía que era necesario, así que tenía que hacer todo lo posible para que sucediera.

Incluso si eso significaba hacerlo enojar.

Levanté la barbilla hacia él y miré directamente a esos ojos claros.

—Entonces deja de ser un cobarde y juega conmigo.

Sí, eso lo logró.

—No soy un cobarde. —Dio un paso adelante—. Puedo y te patearé el trasero.

Guau. Levanté las manos y solté una carcajada.

—Dije que ibas a ganar, *sauerkraut*, no dije que ibas a patearme el trasero.

Esa mirada que reconocía demasiado bien cruzó sus gestos, y honestamente estaba dividida entre temblar de miedo y… bueno, no iba a decirlo, ni siquiera a admitir la otra emoción. Tenía el aspecto del viejo Kulti, el competidor psicótico al límite.

Oh, Dios mío, iba a limpiar el piso conmigo.

Y luego casi me reí porque, ¿de verdad? No estaba dispuesta a doblegarme y dejar que ganara. Por favor.

Algo estalló dentro de mi pecho, y dejé que el fuego de la competencia ardiera en mi corazón.

—Hagámoslo.

Y lo hicimos.

Juan el Bautista, María Magdalena y Peter Parker salieron de mi boca en algún momento.

Una cosa era haberlo visto jugar desde la seguridad de mi televisor o desde las gradas. Hasta cierto punto, era una ventaja porque sabía cómo jugaba casi tan bien como sabía mi propio juego; el tipo de movimientos que solía seguir, sus dichos. Mi cuerpo se dio cuenta instintivamente sin que realmente pensara en ello, fingió avanzar con su pie derecho antes de cambiar al izquierdo. Sabía sus trucos.

Y aun así…

Dos años de no jugar apenas lo retrasaron. Apenas. Era rápida y él era igual de rápido, si no es que más rápido. Sus piernas eran mucho más largas que las mías, se comió el césped como si no fuera asunto de nadie más. Había una razón por la que este hombre era un ícono, por qué había sido el mejor durante tanto tiempo.

Pero a la mierda eso. No iba a dejar que ganara sin pelear. Mantuve lo que sabía sobre él en la parte frontal de mi cerebro y moví las piernas tan rápido como pude. Traté de pensarlo mejor y jugar de manera más inteligente y eficiente. El balón se mantuvo lo más cerca de mí. Más tarde, me preguntaría si realmente parecía que estábamos jugando a “mantenernos alejados” el uno del otro o no.

Me arrinconó en un punto y logró atrapar el balón. Mientras lo hacía, se abalanzó sobre mí un poco más de lo necesario. Quiero decir, era treinta centímetros más alto y pesaba unos veinte kilos más que yo, pero aun así, estaba jugando tan rudo como mi hermano y sus amigos. Había estado jugando con los chicos desde que era niña, no habían leído el memo que decía que yo era una niña siete años menor

que ellos. Aparentemente, Kulti tampoco.

—Jugando un poco rudo, ¿eh? —pregunté mientras corría detrás de él, tratando de impedir que obtuviera un tiro claro a la portería.

Me miró por debajo de sus pestañas.

—¿Estás lloriqueando?

Resoplé. Estúpido.

—No, pero si así es como quieres jugar, entonces así es como jugaremos. —Entre las personas con las que jugaba por diversión y Harlow, podría soportarlo.

Corrimos uno tras del otro por lo que pareció una eternidad. Le robaba la pelota; me robaba el balón una y otra vez. El sudor caía por mi cara, brazos y espalda baja. Él estaba respirando con dificultad, ¿había respirado así alguna vez antes?

Fue un milagro que estuviera jugando de manera muy descuidada y creo que esa es la razón por la que no lograba anotar. No era ególatra, sabía que era buena, pero no era tan buena como él. Pero observé y aprendí. Eso fue todo lo que siempre quise.

—Tuviste como… ocho oportunidades… para anotar… —resoplé.

Estaba de espaldas a mí, con el trasero apretado contra mi cadera.

—Y… tú… tuviste tres… si… ¡hubieras sabido lo que estabas haciendo! —Pateó el balón muy alto y trató de hacer un cabezazo para anotar. Mi milagro obviamente todavía estaba en vigencia porque no anotó.

Los dos nos lanzamos por el balón, pude que haya golpeado mi cuerpo contra el suyo bastante fuerte, pero como sea, él podría soportarlo.

—Sé lo que… estoy haciendo… —Empujé mi hombro contra su pecho y le quité el balón.

De un lado a otro, fuimos persiguiendo y robando, persiguiendo y robando, hasta que respiraba con dificultad por el pico de la adrenalina. Jugamos agresivamente, luchando. En un juego real, sabías cómo mantener tu energía perfectamente equilibrada. Tenías noventa minutos para terminar y no podías agotarte en los primeros quince.

Además, tenías otras diez personas en el campo para mover el balón de un lado a otro.

Mi carrera matutina y la práctica ya habían pasado factura. Jugar con Kulti hizo que cada músculo sintiera todo de una forma mucho más intensa, incluso la parte de atrás de mis rodillas estaba mojada de sudor.

Pero cuando su aliento estuvo en mi oído y su cuerpo estuvo justo detrás de mí, pude escuchar y sentir el agotamiento que irradiaba su propio cuerpo. Sonreí.

—¿Te quedaste sin aire?

Él gruñó, pero no respondió; un segundo después me di cuenta por qué. En un movimiento de Reiner Kulti en la cima de su carrera, me robó el balón y avanzó hacia la portería usando la ventaja de sus largas piernas. Lo vi venir, pero ni así ralenticé mientras corría para alcanzarlo.

Con una rápida patada que no tuvo oportunidad de bloquear, el balón voló por el aire en una poderosa línea afilada. Perfecto. Era un disparo perfecto.

Sonreí y sacudí la cabeza pese al hecho que, bajo circunstancias normales, habría estado enojada por estar abajo por un punto.

Pero eso había sido hermoso.

Y cuando Kulti se giró con la sonrisa presumida más triunfante que vería alguna vez, y eso era decir algo considerando que había jugado contra algunas personas bastante egoístas, me complació. Fue directamente a mi esternón porque era tan… *él*. No era el hombre indiferente y sin expresión que había visto tantas veces durante el último mes.

—Uno-cero, Taco —dijo como si fuera una estúpida y no tuviera idea de la puntuación. Y así, ese sentimiento placentero en mi pecho que había apreciado la alegría de su breve triunfo desapareció.

¿Acaso él…?

—¿Taco? ¿En serio? —Quería reír, por más denigrante que fuera el sobrenombre, pero ¿acaso no me lo había buscado?

Se encogió de hombros en reconocimiento.

Agité la mano hacia él.

—Está bien, pan integral de centeno. Vamos, faltan seis más.

Sí, solo logramos cuatro a tres, e incluso entonces fue un milagro que no nos hayamos desplomado.

—Parece como si pudieras necesitar un descanso. —Cómo rayos logré decir esa oración, no tenía idea. Estaba jadeando. Él estaba jadeando. ¿Cuándo demonios había sido la última vez que había respirado de esa forma? ¿Nunca?

Kulti estaba empapado en sudor, y encima, su rostro estaba un poco pálido.

—Estoy bien.

¿Bien? Parecía como si quisiera vomitar. También me di cuenta de que su cuádriceps derecho estaba palpitando. Por qué lo noté, por qué si quiera había mirado allí, no tenía idea. Pero tampoco iba a pensar en ello.

—¿Seguro? —Saqué la lengua tanto como pude e inhalé profundamente para calmarme. Asqueroso, pero funcionó y mis pulmones me lo agradecieron.

Él puso los ojos en blanco, pero siguió luchando por respirar. Caramba. ¿Realmente estábamos jugando tan rudo?

—A no ser… que tú quieras uno.

Quería. Quería descansar. No tenía idea de cómo iba a empujar una cortadora de césped incluso si era autopropulsada. Esto era demasiado y había sido una estúpida por ponerme en esta posición. Pero maldición si iba a admitirlo.

—Lo quiero si tú lo quieres.

Sus mejillas estaban soplando adentro y afuera, recordándome a una rana.

—Estás… perdiendo. No me importa.

Estaba perdiendo y eso apestaba, pero después, podría palmearme en la espalda por aguantar tanto como lo había hecho. Así que me encogí de hombros.

Él elevó sus cejas a cambio, pero no acordó nada.

—Tú eliges. —Por favor di que sí. Por favor di que sí.

Kulti inhaló profundamente por su nariz.

—Parece como si estuvieras a punto de desmayarte —notó.

Idiota.

Estaba perdiendo, y aparentemente, lucía como si me fuera a desmayar. Por favor, felicítame más.

Esperaba que le doliera su rodilla después.

—No creo que debieras exagerar tampoco. —Le sonreí, tragándome mis palabras—. Puesto que no has jugado como en mil años.

Empezó a masticar el interior de su mejilla por la manera en que sus músculos faciales se movieron.

Son las pequeñas victorias en la vida las que realmente importaban. Saqué la lengua una vez más, inhalé otra respiración irregular y me calmé un poquito más. Mi cabeza estaba palpitando ligeramente por lo cansada que estaba, así que alcé mi mano para frotar mis sienes.

El alemán se inclinó lentamente hasta que sus palmas estaban justo sobre sus rodillas y tomó profundas respiraciones. Sus ojos estaban en el pasto antes de alzarlos lentamente. Su camiseta estaba pegada a sus hombros y sus bíceps, su cabello aplastado a su cuero cabelludo.

Ninguno de los dos dijo nada por un rato.

Cerré los ojos con fuerza, me incliné para hacer un rápido estiramiento de mis músculos isquiotibiales, luego mis cuádriceps y al final mis pantorrillas. Cuando me enderecé, sacudí mis hombros y observé mientras mi entrenador se enderezaba y empezaba a estirarse. Todos esos largos y esbeltos músculos…

Me aclaré la garganta y miré al cielo. No necesitaba hacer de esto algo raro o darle una razón para restregar su estúpida victoria en mi rostro. ¿Lo haría? Sí, él lo haría. Era hora de que saliera corriendo de aquí y alimentara el duende en mi estómago.

—Bueno, me voy. Te veo mañana.

Apenas me había girado y empezado a caminar fuera del campo cuando elevó la voz:

—¡Eres una buena perdedora, Casillas!

Empecé a sacudir la cabeza mientras me alejaba…

Seguí sacudiendo la cabeza, incluso mientras me daba cuenta que había usado mi apellido de nuevo.

—Por fin alguien tuvo algo de acción.

Fruncí mi nariz y miré alrededor.

—¿Quién? ¿Phyllis?

—Sal, eso es asqueroso. —Harlow se estremeció—. No. Tú sabes de quién hablo —dijo con una mirada que decía "sabes de lo que estoy hablando".

—Ja. —Mis ojos bizquearon hacia ella y se centraron en el bratwurst excesivamente agresivo caminando por el campo y ayudando a montar el equipo con el resto del personal. Esto era normal, excepto por el hecho de que *estaba* medio sonriendo. Supongo que era algo importante en un hombre que tenía más en común con un robot.

Aun así, la sonrisa fue directo a mi estómago.

—Míralo. Luce feliz. Es raro y está mal, ¿no es cierto? —murmuró.

Era raro y estaba ligeramente mal.

Inclinando mi cabeza hacia un lado, seguí rodando las calcetas por mis espinillas y lo observé por un segundo más largo. La sonrisa no duró mucho, y había algo más diferente en su rostro, en toda su conducta. Lucía como un hijo de puta arrogante, el mismo hijo de puta arrogante que solía dominar el campo.

Ay, Dios. Estaba de vuelta. Mi instinto decía que podría haber conseguido algo de acción, aunque no me parecía el tipo que dejaría que el sexo hiciera una gran diferencia en él, pero era más que eso.

Esos ojos verdosos almendrados miraron alrededor del campo mientras empujaba un enorme obstáculo amarillo en su lugar, y me atrapó mirándolo. Sus párpados bajaron y una esquina de su boca se elevó en una sonrisa que era un cuarto del tamaño normal. Se transformó en una sonrisa arrogante un segundo después.

Sabía lo que estaba pensando: perdedora.

Aunque esa sonrisa lo decía todo. Tenía razón. Tal vez había tenido algo de acción y realmente no me gustaba la forma en que ese pensamiento hizo que mis oídos se sintieran extraños, pero sabía por qué había estado sonriendo.

Porque tal vez él me había pateado el trasero el día anterior.

Pero la verdad era que, por lo menos la versión de la verdad que quería aceptar, él por fin había jugado fútbol por primera vez en años.

¿Y sabes qué? Por mucho que odiara el hecho de que me había ganado por un punto, tenía que reírme de mi. *De nada, pan de centeno.*

Maldición, eso era molesto. Él era molesto.

—Psst. Probablemente se quedó despierto haciendo inventario de sus trofeos anoche. —Me reí.

Harlow se burló y rio.

Meneando mis cejas, le di un codazo en su costado y señalé hacia donde las mini bandas estaban situadas para el estiramiento. Diablos, Louise, estaba adolorida. Probablemente lucía como un oso pesado poniéndome de pie. Ocupada ajustándome el moño y mi diadema para que mi flequillo no se metiera en mi rostro, apenas podía mirar hacia arriba mientras pasaba junto a Gardner, Kulti y Phyllis, la entrenadora física.

—Buenos días —los saludé.

—Buenos días —respondió Gardner.

Phyllis dijo algo que probablemente era un “buenos días”.

El alemán gruñó “días.” Esta estúpida expresión cruzó sus ojos y pretendí ignorarlo mientras seguía caminando. Bueno, era más como cojear que caminar.

Mi cojera solo fue más pronunciada después de la primera media hora de práctica. Se puso tan mal que empecé a soñar despierta sobre tomar un baño de hielo. Digo, ¿quién sueña con un baño de hielo?

La cereza de mi helado de dolor pasó cuando troté junto a Kulti. Me gritó desde atrás:

—¿Planeas correr más rápido hoy, Casillas?

Tomó todo dentro de mí para no mostrarle el dedo con ambos ambas manos.

La práctica no fue la mejor. Estaba adolorida por todos lados; mis isquiotibiales estaban demasiado tensos, mis hombros un poquito adoloridos y estaba cansada. Ayer había sido demasiado. Así que sí, me arrastraba. No ayudó que todos lo notaran. Dos horas se sintieron como diez y para la hora que el equipamiento fue retirado, estaba más

que luchando. Pero había logrado lo que me había propuesto, ¿no es cierto? Había conseguido que Scrooge medio sonriera y no había lanzado tanta mierda hacia mí

Podría haber perdido en nuestro uno a uno, pero había ganado la verdadera batalla.

No debí haberme sorprendido cuando oí una risita.

—Parecías estar luchando hoy.

Me levanté lentamente desde la posición en cuclillas en la que estaba e inmediatamente puse los ojos en blanco ante la pregunta de Kulti. Estaba de pie a unos metros de distancia después de haber empujado uno de los obstáculos de metal pesado hacia un costado del campo.

—Ah, estoy perfecta. ¿Cómo te sientes tú?

Su boca se convirtió en una línea firme que decía exactamente cuán llena de mierda pensaba que estaba.

—De maravilla.

Tan lleno de mierda.

—¿En serio? Pensé haberte visto favoreciendo tu pierna izquierda un poquito, pero supongo que no fue así.

Como si traerlo a colación lo hiciera doler más, su pierna se contrajo al mismo tiempo que sus ojos se entrecerraron. Con voz plana y seca, dijo:

—Mi pierna está bien. —Pero aún así tenía esa mirada graciosa en su rostro. Como si apenas estuviera frustrado por el dolor de su rodilla, o en este caso “por su no dolor.”

Miré a su rodilla a propósito y dije:

—Ajá. —Antes de mirar otra vez a su rostro.

Alzando la barbilla, lo observé directamente a los ojos. Él en serio tenía el rostro más serio que había visto, y probablemente, que vería. Su mirada era inquebrantable y firme. Si alguien pudiera tener sables de luz en sus ojos, sería él. Tenía la mirada exigente que los boxeadores y luchadores parecían perfeccionar cuando estaban frente a frente con sus oponentes durante los pesajes.

Espera un segundo. ¿Por qué me estaba mirando como si fuera su enemiga?

Por un breve segundo, la idea me molestó. Después, me preguntaría si estaba tan aburrida inconscientemente que tener a Kulti observándome como si fuera una verdadera oponente, me parecía emocionante. Pero entonces… lo tomaría.

Le sonreí, *no*, le di una mueca arrogante. Estaba satisfecha conmigo misma.

Sus fosas nasales se dilataron en respuesta, y simplemente siguió fulminándome con la mirada, con la cabeza en alto y el cuello alargado. Era un cabrón tan orgulloso.

Y por mucho que hubiera disfrutado pararme ahí, observándolo, sabía cuán importante era para mí hacer algo sobre mi dolor corporal. Dejé que mi sonrisa creciera aún más y luego retrocedí unos pasos.

—Te veo después, entrenador. —Dos pasos más hacia atrás y observando su pierna—. No te apoyes en tu pierna.

No era como si necesitara que le dijera qué hacer. Ja. Apuesto que fue irritante.

Efectivamente, él era el maestro en ser igual de irritante.

—Asegúrate de enfriarte. No necesito que seas igual de inútil en la próxima práctica.

Pasé la lengua sobre mis dientes y asentí.

—Seguro.

Al día siguiente mi cojera empeoró. Y pese al baño que tomé, el cual debo decir que incluso si lo has tomado cien veces antes, jamás deja de apestar al igual que la masiva cantidad de *bolas de burro*; aún me dolía en todos lados.

Y cuando Kulti detectó mi caminata arqueada, justo cuando noté la manera en la cual seguía quitando peso de su pierna izquierda, simplemente nos lanzamos miradas asesinas.

Trece

Traducido por Joss_P & Jackie
Corregido por Pakhie & M.Arte

—¿Ganaremos o *ganaremos*? —Grace, la capitana de las Pipers, cantó con todas sus fuerzas.

La energía en nuestro círculo era tangible; más que tangible. Iba directo a mis huesos, a mi centro. En cada una de nosotras había anticipación, alegría, entusiasmo e incluso un poco de violencia que incrementó el voltaje emanando de nuestro grupo.

En la tarde de nuestro primer juego de la temporada regular, había sangre en el aire.

Meses de práctica y años de experiencia habían llevado a cada miembro de las Pipers hasta este punto. Queríamos ganar y necesitábamos ganar. El primer juego siempre era tan decisivo para ver qué medidas tomarían contra cada equipo el resto de la temporada.

Me encantaba esto. Las posibilidades infinitas, las oportunidades y la habilidad de empezar de nuevo, a pesar de cómo terminó nuestra última temporada. Mi parte favorita era saber que mis padres estaban ahí, Marc, Simon y algunos otros amigos que habían estado en este largo camino junto a mí, lo cual solo me emocionaba mucho más. No solo de traba de mí, sino de todos ellos. Mis padres quienes habían trabajado tan duro para ponerme en las ligas juveniles, equipos, clubes, campamento tras campamento, equipos juveniles nacionales, la universidad, la WPL[3]. Marc y Simon habían estado conmigo desde que era una niña pequeña siguiendo a Eric, a quien habían amado molestar y enseñar hábitos terribles; como codear y hacer tropezar. Habían jugado conmigo casi tanto como Eric lo había hecho.

Tenía hambre de una victoria, por todos ellos.

Este momento en el tiempo era por todas mis compañeras de equipo. Era amor. Era perfecto.

Por el sonido de todas cantando a todo pulmón “¡¡¡Vamos a ganar!!!”, no era la única que lo sentía con todo su ser.

Nuestros brazos se entrelazaron unos sobre otros, cada mujer que había llegado hasta este momento gritó “PIPERS” a todo pulmón.

Y salimos.

—Fue un juego cerrado…

Eso era un eufemismo. Apenas nos las arreglamos para ganar por los pelos.

—… pero lo logramos, señoritas. No lo tomen por sentado…

De pie, sudadas y rendidas, choqué brazos con Genevieve, una jugadora joven parada junto a mí, quien había anotado el gol ganador en los últimos cinco minutos del juego. Ella me dirigió una sonrisa emocionada que regresé de todo corazón.

Un pesado brazo húmedo rodeó mi cuello en lo que se podría considerar como un estrangulamiento, si hubiera sido otra persona además de Harlow. Así era la forma en que me abrazaba. Su boca se presionó contra mi sien mientras hablaba bajo y emocionada:

—Malditamente lo hicimos, Sally.

Envolví mi brazo alrededor de su costado y apreté fuerte, asintiendo hacia ella con una sonrisa en mi rostro.

—Por supuesto que lo hicimos —le susurré de nuevo, la emoción martilleando en mis venas.

Gardner continuó su discurso sobre imponer un estándar para el resto de la temporada y trajo a colación algunas cosas en las que necesitábamos trabajar. Finalmente, después de unos minutos, levantó la mano para que nosotras intentáramos alcanzarla, y dijo:

—Saldré esta noche. ¿Quién viene?

Yo no. Mi familia estaba en la ciudad, y por lo normal celebraba con ellos y el resto de la banda. Acababa de quemar cientos y cientos de calorías jugando todo el juego; podía comerme una buena comida mexicana completa con un galón de agua yo sola. Jenny vendría con nosotros, algo que solía hacer en los primeros juegos de la temporada.

Algunos miembros del personal vitorearon y dijeron que saldrían con él.

Terminé de cambiarme en el vestidor y me encontré con Jenny afuera para poder ir con mi familia. Gardner y su pequeño grupo estaban delante de nosotros, saliendo del estacionamiento también. No pude evitar notar que Kulti no estaba con ellos.

Mientras cruzábamos las puertas dobles, observé un Audi negro parado en la acera.

Entonces noté la multitud de personas usando distintas versiones

de los uniformes de Reiner Kulti cerca de ahí. Observé tanto como pude, curiosa por ver si el alemán saldría o no. Para el momento en que entré a mi auto y salí del lugar, nada había cambiado. Observé la camioneta de Gardner saliendo velozmente de su lugar frente a mí.

Pero aún así, el Audi negro no se movió ni tampoco la gente que lo rodeaba.

Algunos días más tarde escuché un "¡Veintitrés!" y quise estrellar mi cabeza en una puerta imaginaria.

¿Cuántas veces había sido gritado mi número en la última hora y media? Mi mejor suposición estaba entre una docena y veinte veces. Más de veinte era demasiado.

Quería golpearlo en su polla. Cualquier culpabilidad que sintiera porque no hubiera jugado en dos años, o cómo el pobre tipo no era capaz de caminar hasta su auto después de un juego sin ser rodeado de gente, no importó para nada en ese momento. Ni siquiera un poquito.

Paciencia, Sal. Paciencia.

Caminé rápidamente hacia donde estaba y mantuve la cabeza en alto, ignorando el hecho de que desde hace tres semanas no había sido capaz de hablar con él una oración entera.

—¿Sí?

—¿No tienes ejercicios que hacer?

—No. —Apunté con mi pulgar hacia atrás. Posiblemente habían pasado veinte segundos desde que los terminé cuando gritó mi número—. Estoy esperando para empezar a estirarme.

Esos ojos perezosos hicieron ese parpadeo como de lagarto. Manteniendo su mirada en la mía por lo que pareció como un minuto entero, finalmente bajó la voz y preguntó:

—¿Quieres jugar hoy?

Ehh.

Me sentí como si tuviera las luces del estadio y una docena de cámaras sobre mí. Tuve que luchar contra el impulso de mirar alrededor y asegurarme de que no me estuvieran haciendo una broma. Mi cuádriceps se contrajo por la nerviosa anticipación.

—¿No puedo? —Lo dije como si fuera una pregunta, observando la mirada confundida en sus ojos—. Casi me mataste el otro día. ¿Tal

vez este fin de semana?

Solo vaciló un segundo.

—Bien. —¿Eso era decepción en sus ojos?

Oh, diablos. Creo que lo era.

Observé su rostro mientras sugería:

—Tengo algunos amigos que juegan sóftbol recreativo. Son bastante buenos y a veces juego con ellos. Habrá un juego esta noche. Podríamos ir.

Él parpadeó hacia mí.

—Mi contrato dice que no puedo jugar cualquier tipo de fútbol en un equipo, pero no dice nada sobre cualquier otro deporte —expliqué.

Pareció meditar la idea por un minuto y estaba bastante convencida de que iba a decirme que desapareciera, pero inesperadamente asintió.

—Bien. Mándame un mensaje con la dirección y la hora.

¿Era en serio?

—No tengo tu número telefónico —grazné.

—Dame el tuyo. —Sacó su teléfono un segundo después, y le di mi número. Otro largo momento después, asintió—. Ahora lo tienes.

No caí en cuenta hasta mucho después lo que esto implicaba y lo que él había dicho exactamente.

Primero, tenía el número telefónico de Reiner Kulti.

Y segundo, iba a mandarle un mensaje.

Pero el tercero tenía que ser el que realmente se metió en mi pecho; me había preguntado si quería jugar con él.

Me había pedido jugar. Con él.

En lugar de eso, iba a jugar sóftbol conmigo y con algunos amigos míos. Eh.

Siete P.M. en el Parque Hershey. Te espero junto a los baños

cerca del estacionamiento.

Revisé mi teléfono una vez más para asegurarme que el mensaje realmente le hubiera llegado. Luego lo revisé de nuevo para asegurarme que no me había perdido su respuesta. No lo hice.

Con mi bate, un guante y la botella de agua en una mano y axila, jugueteé con mi diadema con la otra mano. Por accidente agarré una gruesa de mi guantera, la cual me quedaba sobre los oídos, y esos me hacía sentir un poquito claustrofóbica. La ajusté un poco más mientras miraba alrededor del estacionamiento casi lleno. Apenas faltaban cinco minutos para las siete y Kulti seguía sin aparecer.

Y entonces me golpeó todo nuevamente con la misma fuerza que la primera vez, Kulti venía a jugar sóftbol, solo después de que me preguntara si quería jugar fútbol con él. ¿Por qué no le había pedido a alguien más que jugara con él?

Bueno, probablemente era la delantera más agresiva del equipo, así que teníamos eso en común. Harlow no contaba porque… era una defensora, ¿cierto? Yo era la más rápida. Sin parecer presumida, era un hecho. Así que en serio, ¿contra quién más jugaría? Mi estilo era más cercano al suyo y él había disfrutado ganarme la primera vez.

Por lo que no.

No era gran cosa.

Era una opción obvia.

Además, ¿tal vez se lo había propuesto alguien más? Lo dudaba, pero nunca se sabe.

Probablemente otro minuto pasó y miré alrededor otra vez, ansiosa. Estaba nerviosa. ¿Por qué estaba nerviosa?

Por el bien de Kulti ya había decidido no decirle a nadie quién era él. No estaba segura de cómo reaccionarían todos, sobre todo Marc y Simon, o siquiera si lo dejarían jugar, y no quería que se sintiera bajo un microscopio desde el inicio. Iba a decirles que era mi amigo quien apenas se había mudado a Houston.

Esto no era *realmente* una exageración, supuse.

Las luces delanteras de un auto iluminaron mi cuerpo durante un mini segundo, antes de que el auto entrando en el terreno diera la vuelta y finalmente aparcara en un sitio una fila abajo. Era el mismo indescriptible y sencillo sedán negro que no habría llamado mi atención incluso con el emblema de Audi en él.

Por supuesto que él iría en un Audi.

Sonreí para mis adentros mientras un largo cuerpo salía de una de las puertas traseras del vehículo, cerrándola de golpe antes de dirigirse a la parte de atrás y tomar una bolsa del maletero recientemente abierto. Su alto y delgado cuerpo parecía incluso más impresionante sin su camiseta o polo del equipo. Las elegantes líneas de los músculos que dibujaban sus hombros y brazos por primera vez desde que dejó de jugar fútbol a tiempo completo estaban perfectamente delineadas entre las sombras de la puesta de sol.

Sin embargo, lo que realmente llamó mi atención fue la ancha banda protectora para los oídos que llevaba puesta se parecía a la mía, aplastando su cabello corto y haciéndolo verse como una persona diferente. No se parecía nada a él, a no ser que realmente supieras a quién estaban mirando. La longitud de su cabello más aparte su complexión aún más grande y su vello facial era un disfraz excelente.

Popó, popó, popó, esteestuentrenadorestúpida, popó.

Me dirigió lo que podría considerarse una sonrisa —si cerrabas los ojos y mirabas de reojo— en el momento en que me vio allí, lo que fue casi inmediatamente.

—Hola —lo saludé.

Esa especie de sonrisa creció quizás un milímetro. Gruñó su saludo, mirando los tres campos que parecían formar una U. Dos de ellos ya estaban llenos, pero aquel en el que mis amigos y yo jugábamos normalmente estaba en su mayoría vacío, con solo unas pocas personas reunidas.

—Vamos, antes de que nos tengamos que quedar con una mierda de… —Me avergoncé de mí misma. ¿Tenía permiso de maldecir delante de él aunque no estuviésemos con las Piper?—… un equipo cutre.

Inclinó la cabeza en un vago asentimiento y me siguió mientras lo guiaba por las afueras del campo

—Todos son muy simpáticos —le dije, no es que le importara—, pero creo que deberíamos mantener tu identidad en secreto.

Kulti se encogió de hombros pero no dijo nada mientras nos acercábamos a las diecisiete personas que rápidamente conté. Mierda. Reconocía a más de la mitad de las personas que estaban allí, saludé a las que conocía y me dirigí hacia Marc y Simon, quienes estaban de espaldas a mí. En cuanto estuve cerca les di una patada en el culo con

el costado de mi pie.

—Hola chicos.

Marc se volvió primero, frunciendo el ceño por ser pateado hasta que se dio cuenta de que yo había sido la que lo había hecho.

—Tú mierdecilla, podrías haberme dicho que vendrías.

Puse los ojos en blanco y me encogí de hombros.

—Una decisión de último minuto. Vive con ello.

Bruscamente, el hombre con el que trabajaba cada día me empujó hacia Simon, quien me dio una gran sonrisa antes de darme un abrazo frontal que hacía parecer que no nos habíamos visto en semanas en vez de en días.

—Me alegro que vinieras, Salmonela. Te necesitamos.

—Le dije hace semanas que debería venir, pero alguien es demasiado buena para nosotros los tipos mediocres —dijo Marc solo para molestar.

—Cállate. Estoy aquí y he traído refuerzos. —Finalmente le hice señas a Kulti, quien se había quedado unos pasos detrás de mí y a la derecha—. Mi amigo y yo queríamos jugar, así que pensé en venir y ver si tenían sitio para nosotros.

Marc y Simon miraron sobre y alrededor de mí para observar la versión reconstruida de Kulti. Ninguno de los dos dijo nada durante tanto tiempo que empecé a pensar que lo habían reconocido.

Fue Marc el que levantó una ceja y dijo:

—¿Un amigo?

Y Simon que no tenía un filtro en su gran hocico, preguntó:

—¿Por fin tienes un nuevo novio?

—*Amigo* —insistí. Miré a Kulti por ayuda sobre cómo debería llamarle pero no pilló la pregunta en mi voz—. ¿...Rey? Estos son Marc y Simon. Marc y Simon, este es… Rey. —Decir su nombre en voz alta como si realmente fuéramos amigos era extraño. Era como escribir con mi mano izquierda. Casi me sentía como si me fuera a meter en problemas por decirlo en voz alta, pero no me permití pensar mucho en ello.

Los dos hombres con los que había crecido jugando no le dieron importancia. Eran odiosos, pero no eran descorteses. Cada uno de ellos

se aseguró de saludar a Kulti con un apretón de manos antes de volver a su sitio. Simon no lo miró dos veces, pero me di cuenta de que Marc lo miraba con demasiada atención.

Mierda.

Le contaría la verdad más tarde, una vez que estuviera segura de que no se volvería loco y empezara a llorar. ¿Estaría enojado? Por supuesto, pero era o que estuviera enfadado conmigo o la posibilidad de que se tirara al suelo y empezara a besar los pies de Kulti.

—Bueno, ¿tienen espacio? He contado diecisiete personas, ¿no? —pregunté, balanceándome hacia atrás sobre mis talones y moviendo mis cosas con la otra mano, viendo fijamente a Marc.

Simon hizo un sonido mientras miraba hacia atrás a la gente que se había reunido.

—Iré a ver si alguien quiere quedarse en la banca durante este partido y jugar el próximo.

—Está bien, si no me quedaré en la banca y veré si alguien más quiere cambiar conmigo para el próximo partido —ofrecí, mirando todavía al hombre de cabello negro con el que había crecido.

Simon, un rubio alto, puso los ojos en blanco y frunció el ceño.

—Seguro. Sabes que puedes preguntarle a la mitad de esos idiotas si te dejarán jugar y ellos discutirán por quién te dará su lugar.

Resoplé y lo dejé dirigirse al grupo, dejándome con Kulti y Marc. Marc miraba a Kulti como si estuviera intentando desnudarlo. Líneas cruzaban su frente y un segundo más tarde enfocó su mirada en mi dirección y su confusión se profundizó.

—Oye, ¿Sal? —preguntó lentamente, inclinando su cabeza hacia un lado.

Kulti estaba ocupado mirando alrededor, distante. Gracias a Dios.

Le lancé a Marc una mirada que claramente decía: *cállate.*

—Más tarde.

—Ven aquí —insistió en voz baja, sus ojos entrecerrándose un poco más.

Afortunadamente, Simon escogió ese momento para reunirnos y escoger los equipos, así que me alejé. Con mi jefe-guión-amigo a un

lado y un ex-jugador de fútbol profesional al otro, hicimos nuestro camino hacia Simon.

Pero Marc no me iba a dejar en paz. Golpeando su puño contra el mío mientras caminábamos, se inclinó hacia mí.

—Sal, ese es…

—No.

—Santa…

—Al menos cállate, bocazas —siseé por lo bajo para que Kulti no me escuchara.

Marc dejó de caminar. Su cara normalmente morena palideció.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

Seguí caminando. Si no le prestaba atención, entonces no podría confirmarle nada.

Resolvieron quiénes iban a ser los capitanes de equipo por el proceso de adivinar números. Los ganadores fueron un tipo con el que había jugado unas veces, cuyo nombre creo que era Carlos y otro que no sabía quién era. Tras un intenso juego de piedra-papel-o-tijera, Carlos ganó el elegir primero. Inmediatamente miró hacia mi dirección y me indicó que avanzara.

—Elegiré primero a Sal.

—Vaya mierda —dijo Simon cuando pasé a su lado, una afectuosa sonrisa en su cara—. Soy Sal y juego fútbol profesional. Mírame —añadió con una aguda voz de chica justo antes de darme una nalgada.

El otro capitán dijo el nombre de Simon y yo le di un manotazo en la pierna con una risa.

Cada persona fue escogida hasta que las únicas personas que quedaron fueron Kulti, una chica con la que ya había jugado y otro chico. Marc también estaba en el equipo de Carlos y podía verle haciendo caras, inclinando la cabeza en dirección a Kulti no muy sutilmente. Entendiendo por fin lo que pasaba, Carlos señaló a la ex-estrella. Iba a recordar para siempre el hecho de que había sido elegido casi al último por lo que tenía que ser la primera vez en su vida, y decían:

—Yo lo elijo.

No pude hacer nada más que reír disimuladamente para mí misma. Cuando me encontré con la mirada de Marc, me dedicó una taimada sonrisa malvada la cual ya había perdido su sorprendente palidez. Por todo lo que sabía, Kulti podría ser tan malo en el sóftbol como mi hermano, así que realmente no estaba segura de por qué Marc estaba tan emocionado. Esto podía resultar espantoso.

Cuando nos reunimos en un círculo una vez que la otra chica había sido elegida, agarramos el equipo y estuvimos preparados para jugar. Miré a Kulti y dije en voz baja:

—Tendría que haberte preguntado, pero ¿sabes cómo jugar?

Por la expresión de su cara podrías pensar que le había preguntado si sabía lo que era una tarjeta amarilla. Mierda.

Levanté las manos en una ofrenda de paz.

—Solo preguntaba. —Había una cosa más, en el caso de que fuera realmente bueno con el bate y el guante—. Mira, esto es para divertirnos, ¿vale? No creo que puedan con tus habilidades sobrehumanas así que baja un poco el ritmo. ¿Sí?

Su satisfecha sonrisilla infantil lo dijo todo, y finalmente asintió una vez en aceptación.

—Perfecto. Vamos a ganar de todos modos.

—Duh. —Como si hubiera otra posibilidad. Levanté la mano y empujé su hombro antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo y me congelé. Entonces la retiré y fruncí el ceño—. Ahhh, perdona.

Yyyy… eso fue incómodo.

No sé qué esperaba que hiciera, pero dedicarme una sonrisa tan amplia que juro que mi corazón se detuvo, no era lo que esperaba. Lo había visto ganar campeonatos en televisión, por supuesto que en ese momento había estado sonriendo pero… lo que apareció en su rostro tan súbitamente fue más que inesperado.

Todo lo que hice fue mirarlo fijamente como una tonta por un momento, lo suficientemente como para parecer una completa idiota, antes de obligarme a recordar *popó* y devolverle la sonrisa.

—¡Sal! ¡No tenemos todo el día, trae tu trasero aquí! —gritó Simon desde alguna parte detrás de mí.

Me encontré con la mirada de Kulti una vez más, le lancé

rápidamente una sonrisa como la que había desaparecido de su rostro y me fui para reunirme con el resto del grupo. Marc miraba de un lado a otro entre la diadema de mi entrenador y la mía, la expresión en su cara tranquila y curiosa. No fue hasta que se tragó lo que parecía una toronja que me di cuenta de que se estaba muriendo por dentro, y cuando sus ojos se dirigieron a los míos, lo confirmé.

—Me gusta jugar campocorto —anunció Carlos, el capitán del equipo para el partido.

Otro par de hombres hablaron más alto y proclamaron las posiciones en las que ellos pensaban que eran buenos. Eso me hizo poner los ojos en blanco porque todos pensaban que eran buenos en las posiciones populares. Siempre pasaba lo mismo. Todo lo que tenías que hacer era asentir y sonreír y a lo mejor las cosas iban bien. No estaba impaciente y no me importaba jugar en las posiciones que nadie más quería.

Carlos nos miró a los cuatro: Marc, Kulti, otro hombre que no conocía y a mí.

—¿Les parece bien jugar en el jardín y en la segunda base?

Estuve un poco sorprendida cuando Kulti no abrió la boca y dio su opinión, pero cuando de forma silenciosa y por unanimidad se acordó que jugaríamos en cualquier posición, sus ojos verde-marrón se encontraron con los míos y una sonrisa de suficiencia cubrió la parte baja de su cara.

Dos segundos más tarde, nos habíamos posicionado al otro lado del campo. Yo estaba en el jardín y él también.

Aproximadamente diez minutos después, Simon estaba gritando desde las líneas laterales:

—¡Esto es mierda de caballo! —Después de que capturara el tercer out, siguiendo a la primera captura de Kulti y una segunda que había enviado volando a la tercera base con tiempo de sobra. ¿Quién hubiera pensado que tendría un buen brazo?

Cambiamos para batear y no cambió mucho. Kulti golpeó la pelota casi hasta la cerca para llegar hasta la tercera base en una carrera. Yo golpeé la pelota lo suficientemente lejos, permitiendo al jugador en la primera base llegar hasta la última base. Corrí lo suficientemente rápido y llegué a la segunda.

Treinta y cinco minutos después, el capitán del otro equipo prácticamente echaba espuma por la boca, gritándole a nuestro

capitán que para el próximo partido necesitaban elegir diferentes jugadores.

—¡Esos dos —y apuntó hacia Kulti y hacia mí, quienes habíamos jugado sorprendentemente, o quizás no tan sorprendentemente, como si hubiésemos sido compañeros de equipo durante años—, no pueden estar en el mismo equipo!

Bueno, quizás era un poco injusto.

Un poco.

Quiero decir, esto era sóftbol y nosotros éramos jugadores de fútbol. Había sido una marimacha la mayor parte de mi vida, y solía ser buena en todos los deportes. Nunca fui una gran estudiante, siempre elegí hacer deporte antes que estudiar, pero no podías tenerlo todo a no ser que fueras Jenny.

Solo daba la casualidad de que Kutli era igual de bueno atrapando y lanzando una pelota. Lo que sea.

Nunca había jugado al máximo durante los partidos "por diversión" de cualquier tipo; primero, no me podía permitir una lesión, y segundo, no me gustaba dominar los partidos cuando era plenamente consciente de que la gente con la que jugaba lo hacían para relajarse. No necesitaban mi trasero competitivo lo arruinara. Incluso Kulti no había corrido tan rápido como los dos sabíamos que era capaz, pero al cincuenta por ciento, todavía era muchísimo mejor que el hombre promedio. Corrió más despacio, se contuvo y me di cuenta de que realmente intentaba darle una posibilidad a los demás.

Pero la cosa era que no le gustaba perder. A mí no me gustaba perder. Así que si la gente no se aprovechaba de las oportunidades que se les ofrecían, bueno, uno de nosotros iba a hacer algo al respecto. Y por alguna razón, estaba plenamente consciente de dónde estaba él constantemente en el campo. Estuvo atrapando pelotas y lanzándolas durante todo el partido.

Al final, ganamos nueve a cero.

Decidiendo finalmente cambiar a *Rey* al otro equipo, me encontré con esos extravagantes ojos desde nuestras posiciones en lados opuestos del campo. Él no tenía que decirlo y yo tampoco. Esta iba a ser nuestra revancha. Round dos. Este podría haber sido un partido completamente diferente, pero en realidad iba a ser yo contra él.

La apasionada quemazón que tenía en mi pecho durante

partidos estalló dentro de mí cuando cruzamos nuestras miradas y le dediqué mi propia sonrisa de *vamos*.

¿Me iba a hacer morder el polvo? Esperaba que no.

—Hijo de puta —mascullé para mí misma cuando el reloj de pulsera de Simon sonó, indicando que el tiempo había terminado.

Marc trotó a mi lado, su cara sonrojada y conmocionada.

—¿Hemos perdido?

Asentí despacio, a medio camino del estupor.

—Sí.

—¿Cómo? —preguntó. Nunca perdíamos, especialmente cuando él y yo estábamos en el mismo equipo.

—Ha sido él —respondí. No había necesidad de señalarlo. Los dos sabíamos a quién me refería.

Nos miramos y silenciosamente nos marchamos para revolcarnos en nuestra desilusión. Agarré mi bate, doblé mi guante bajo mi brazo y me estiré. Vislumbre la mitad de un cuerpo cerca de suelo junto a mí, y supe que era Kulti.

Idiota.

Cuando no dijo nada sentí que mi frustración estallaba. Cuando no encontré en mí tampoco decir nada, mi enfado aumentó un poco más. Eventualmente me miró y mantuvo su expresión en blanco:

—Un entrenador mío solía decir que a nadie le gusta un mal perdedor.

Mis cejas se convirtieron en una línea recta.

—Me resulta difícil de creer que lo escuchaste.

Sus cejas marrones se elevaron y una insinuación de una expresión angelical y serena se instaló en sus rasgos.

—No lo hice. Solo te cuento lo que me han dicho, Taquito.

Menudo sabelotodo.

Estábamos en el aeropuerto de Seattle volviendo a Houston, después nuestro segundo partido unos días más tarde, cuando detecté la multitud rodeando a nuestro famoso entrenador.

Otra vez no.

No había dicho nada sobre la multitud alrededor del Audi después del primer partido, y tampoco había escuchado a nadie más diciendo algo al respecto. Para ser honesta, no había pensado mucho en ello. Desde entonces, había jugado sóftbol con el alemán e incluso bromeado un poco con él, al menos tanto como su humor seco lo permitía.

Por otra parte, nada había cambiado mientras estábamos en el horario de trabajo con las Pipers. Él seguía rompiéndome en pedazos en cada oportunidad que tenía. Tampoco le había dado otro aventón a casa. El Audi negro siempre estaba ahí después del entrenamiento, su tinte era tan oscuro que apostaría un dólar a que era ilegal.

Todo parecía ir normal, sin atraer ninguna atención indeseada a este nuevo amigo que tenía. Nadie tenía ni idea, a excepción de Marc, quien no me hablaba a menos que tuviera que hacerlo solo porque había llevado a Kulti al sóftbol y no le había avisado. Eventualmente lo superaría.

Además de eso, todo estaba bien. Las Pipers jugamos otro partido y ganamos, y ahora nos dirigíamos a casa. Conseguí ir en la última furgoneta a la salida del hotel junto con Jenny, mi compañera de habitación de hotel.

La parte del equipo que ha llegado antes o con el alemán, estaba desperdigado a lo largo de la terminal. Varias personas de seguridad del aeropuerto permanecieron cerca mientras la gente que reconocía a Kulti se paraba frente de él, mirándolo. Ajeno a su audiencia o simplemente conformándose con fingir que no estaban allí, Kulti miraba su iPad como si no tuviera a gente tratándolo como si estuviera en una pecera.

¿Por qué no estaba en la sala del coronel, o como sea que se llamara, tal cual había estado durante todo el vuelo?

Kulti levantó la mirada y miró a su alrededor. Su cara no denotaba expresión alguna, pero me pilló mirándolo y algo pasó entre nosotros, algo que solo mi instinto entendió. Estaba haciendo lo mismo que había hecho durante el partido de pretemporada cuando ese fan lo había interceptado. Así que él sabía que estaba rodeado y buscaba ayuda.

Podría haberlo ignorado. Era muy consciente de cuán fácil sería pretender que no lo había visto. Maldición.

—Jenn, ¿tienes tus cartas de Uno? —Realmente esperaba que no me saliera el tiro por la culata. No estaba segura de que mi orgullo pudiera manejarlo.

Estaba justo a mi lado mientras sorbía un café americano que se había comprado cuando caminábamos hacia aquí y asintió.

—Siempre.

—¿Estás preparada para hacer tu obra buena del día? —le pregunté sabiendo jodidamente bien qué iba a contestarme.

—Claro. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a ver si Kulti quiere jugar.

Sus almendrados ojos ni siquiera parpadearon.

—¿En serio?

—Sí.

Le llevó un segundo alcanzarme mientras me dirigía hacia el solitario alemán, pero me siguió sin discutir. Él nos miró cuando me senté en el sitio libre a su izquierda, su mochila estaba en el otro asiento, así que Jenny se sentó en el otro que estaba libre a mi lado. Sus cejas hicieron una graciosa línea, como si no estuviera seguro de qué estaba pasando exactamente y no se acababa de decidir sobre si era o no algo bueno.

Jenny me pasó el mazo de cartas a mí… astuta, astuta, astuta.

Alcé las cejas mientras movía las cartas sobre mi regazo para que él pudiera verlas. No se me escapó que la gente que lo observaba nos miraba con curiosidad, pero sabían que no debían decir nada. Mantuve mi atención todo el rato en Kulti, observando cómo sus ojos iban de las cartas a mi cara y luego de regreso a la baraja.

Una parte de mi esperaba que dijera que no.

No lo hizo. Tomó su iPad y la metió en su mochila, levantando sus propias cejas espesas.

—Hace mucho tiempo que no he jugado.

Jenny asomó la cabeza desde donde estaba, sonriendo ampliamente.

—Te enseñaremos.

Resoplé y empujé su cara hacia atrás con mi mano en su frente.

Ni siquiera quince segundos más tarde, los tres estábamos sentados en el suelo de Sea-Tac jugando Uno con un pequeño grupo de fans de Kulti alrededor. Me hacía sentir rara. No pude evitar mirar a la personas que nos observaban de vez en cuando y sonreírles porque no sabía qué más hacer. Pero eso no impidió que nosotros tres intentáramos ganar.

Y exactamente seis horas después, cuando nuestro avión aterrizó en Houston, tenía un email de mi padre que decía: **Eres famosa.**

Había fotos de Jenny y yo sentadas con Kulti, riéndonos como locas durante una de las partidas. Alguien había subido la foto a una web de fans. Debajo de la imagen había un pie de foto en cursiva: *Si una de esas lesbianas es su novia, me mataré.*

Catorce

Traducido por Yoshioka13
Corregido por Pakhie & M.Arte

Exactamente una semana después del juego de softbol, días después de que las fotos de Jenny, bratwurst y yo jugando Uno en el aeropuerto hubieran aparecido en internet, hice que Kulti me llevara a un lado después de nuestro enfriamiento de la práctica.

Raramente hablábamos durante la práctica a menos que fuera él quién me llamara con algún sinónimo de lenta, o me preguntara si iba a terminar mi ejercicio la próxima década. No lo tomaba personal y trataba de no pensar mucho en ello. Solo habíamos jugado softbol. No nos habíamos casado.

Pensamiento embarazoso.

Así que… como sea. Estaba aprendiendo y creciendo, y estaba lo suficientemente ocupada para que esta rara amistad no estuviera en la cima de mis pensamientos.

—¿Jugarás de nuevo esta noche? —Kulti susurró la pregunta cuando estuvo cerca.

Mantuve mis ojos al frente, sin importar cuánto quería mirarlo.

—Estaba pensándolo. —Hice una pausa—. ¿Quieres ir?

—Sí —respondió rápidamente—. ¿A la misma hora y en el mismo lugar?

—Síp. —Saludé a Harlow mientras se acercaba; sin que me pasara desapercibida la ceja levantada que me estaba mostrando—. Te esperaré en el mismo lugar.

Kulti gruñó en acuerdo.

Ambos tomamos nuestro camino, sin decir más palabras.

No pude evitar pensar en el hecho de que quería volver a jugar. De todas las cosas, él quería jugar softbol.

Entonces me golpeó como la primera vez; Reiner Kulti quería jugar conmigo. Me lo había pedido. De nuevo.

Seguía pensando en lo mismo y no estaba poniendo atención mientras me preparaba para irme. Mi mente vagaba en el hecho que tenía su número de teléfono —popó— y que en realidad esperaba que

Marc tampoco dijera nada esta semana, cuando un reportero me interrumpió de camino a mi auto.

—¡Casillas! ¡Sal!

Desaceleré y me di la vuelta. Un hombre no mucho mayor que yo estaba sentado a un lado bajo la sombra, con una grabadora claramente visible en una mano y una bolsa de estilo mensajero sobre su hombro. Cualquier medio que apareciera lo hacía antes de la práctica, nadie se quedaba después de iniciarla.

—Hola —dije.

—Tengo algunas preguntas para ti —dijo rápidamente, recitando su nombre antes de omitir "si tienes tiempo". No tenía tiempo, pero no quería ser grosera.

En cambio, dije:

—Claro, dispara.

Las dos primeras preguntas fueron fáciles, normales. ¿Qué pensaba sobre los analistas que decían que teníamos un arduo camino por delante para el campeonato, con la iniciación de dos nuevos equipos en la WPL? ¿Por qué sería un camino difícil? Disfrutaba los desafíos. ¿Qué estábamos haciendo para asegurar que podríamos continuar avanzando después de la temporada regular? Debió pensar que era lo suficientemente tonta para soltar los trucos que habíamos planeado. Nadie quería escuchar que la clave para ganar cualquier cosa era el trabajo duro, la práctica y la disciplina. Y entonces, finamente pasó.

—¿Qué piensas sobre los rumores que circulan de que Reiner Kulti tiene problemas con la bebida que se han mantenido confidenciales?

¿Otra vez?

Intenté pensar en todo mi entrenamiento de Relaciones Públicas en el pasado. No debía haber duda alguna cuando los periodistas preguntaban este tipo de cosas. Absolutamente no podías dejarles ver que te habían sorprendido. Especialmente yo no podía arruinarlo, ya que últimamente *casi* me había encariñado con el bratwurst alemán. Bueno, al menos creo que hay más detrás de ese ególatra exterior.

—Creo que es un fantástico entrenador y esos rumores no son asunto mío.

¿Fantástico entrenador? Bien. Eso distorsionaba un poco la

realidad, pero no era una mentira. Al menos podía decir que lo estaba intentando.

—¿Ha dado la impresión de que tal vez podría estar bebiendo en exceso? —Soltó la pregunta rápidamente.

Parpadeé con incredulidad.

—Lo siento, pero me estás haciendo sentir realmente incómoda. La única cosa que hace en exceso es impulsarnos a mejorar de cualquier manera que pueda. —Lo que no dije es que lo hacía gritándonos como si fuéramos la peor escoria de la tierra, pero, ¿el método funcionaba? Definitivamente—. Mira, me agrada. Me agrada bastante como jugador y como entrenador. Es uno de los atletas más condecorados en la historia, y es un buen hombre. —¿Mentira? No tanto. Le había enviado un regalo a mi padre. ¿Cómo? No estaba segura, pero no importaba. Un completo imbécil no hubiera pensado dos veces en mi pequeño padre—. Si hay algo en su pasado o no, me importa poco. Lo conozco y lo respeto ahora más que nunca. Para mí, es todo lo que importa.

—Así que, no estás negando o confirmando que exista la posibilidad…

—Mira, no puedes ser esa clase de jugador sin un extremo autocontrol de alguna manera. Una vez intenté beber una Coca-Cola antes de un juego, y eso casi me mata. Responderé gustosa cualquier pregunta que tengas sobre nuestros próximos juegos o prácticas, o cualquier cosa relacionada a las Pippers, pero no hablaré mal o esparciré rumores sobre alguien que valoro y respeto cuando no tengo ninguna razón para hacerlo.

¿Valoro y respeto? Bah… otra distorsión de la realidad.

No lucía exactamente seguro de si creerme o no, pero afortunadamente, supongo que lo había frustrado lo suficiente como para mirar a mis espaldas y ver a otra jugadora acercándose. Aleluya.

—Gracias por responder mis preguntas —dijo, no exactamente agradecido. Pero, ¿qué esperaba? ¿Qué criticara a Kulti?

Hubo gente con quienes había jugado en el pasado que me hicieron eso, y había jurado hace mucho que jamás sería así. Si no tienes nada bueno que decir, no digas nada, ¿no?

El alemán me estaba esperando en el estacionamiento cuando

llegué esa noche.

Impresionante.

Hasta que me di cuenta que no había decidido si decirle o no sobre Sherlock Junior preguntando cosas tontas después de la práctica. Su respuesta podría ir en una dirección u otra, y no lo conocía suficientemente bien para predecir cual sería.

Cuando ya había tomado todas mis cosas, no había tomado una decisión concisa.

Un minuto después que nos hubiéramos saludado con un, “Hola”, y un, “Hola”, en la acera, seguía indecisa.

Pero aparentemente, mi cerebro había decidido por mí. A duras penas habíamos dado tres pasos hacia delante cuando espeté:

—Había otro periodista preguntando sobre tu supuesto problema con la bebida. —Bueno, no era tan *supuesto*. No iba a basar su alcoholismo en una experiencia, pero no tampoco podía olvidarlo.

Kulti no bromeó ni reaccionó de una manera exagerada.

—¿Quién?

Recité el nombre del hombre.

—¿Cuál fue su pregunta exactamente? —preguntó.

Palabra por palabra, repetí lo que preguntó el hombre. Lentamente, asegurándome de mirar la cara de Kulti, le dije textualmente cómo respondí. Bueno, mayoritariamente.

—No violaría tu confianza o tu imagen de ninguna forma.

Esos ojos café-verdosos me vieron, haciéndome pesar en una lima oxidada.

—Sé que no lo harías.

¿Qué? ¿Así de fácil? ¿Sabía que no lo haría? Nada era tan sencillo, y su sencilla aceptación me hizo sentir desconcertada.

—De acuerdo. —Hice una pausa—. Bien.

Hizo ese pequeño asentimiento Europeo que consistía en un estúpido movimiento de mentón.

—Gracias, Sal.

Hubieron dos partes en esa declaración que me hicieron

tropezar, al menos mentalmente.

La palabra con G de nuevo. *Gracias.*

Pero la más impactante en mi libro fue… Sal. *Sal.*

Para ser honesta, creo que dije algo destacablemente cercano a: "Ermghard". ¿Qué demonios significaba eso? No tenía idea, pero pareció apropiado.

Por una fracción de segundo, recuperé la cordura y le ofrecí una trémula sonrisa.

—Gra…cias. —Espera. ¿Por qué le estaba agradeciendo? Estúpida, estúpida, estúpida—. Por eso —expliqué rápidamente, a pesar de que sonaba más como una pregunta que como un comentario. Mi cara se tornó cálida de pronto por el cumplido que acababa de decirme.

Me había dado su confianza, o al menos algo parecido.

¿Qué dices después de eso? No podía pensar en nada inteligente que no terminara conmigo sonriendo como una tonta después de todo, así que mantuve la mirada en otra dirección mientras nos aproximábamos al campo.

—¡Regresaron! —Marc nos saludó, sus ojos inmediatamente se dirigieron a Kulti, con esa mirada de ciervo atrapado por los faros. O tal vez estaba estreñido, ambas expresiones eran extrañamente similares. Finalmente comenzó a hablarme de buena gana hoy, cuando me preguntó si estaba planeando ir al softbol esa noche.

—Sabes que no me gusta perder. —Con una sonrisa, miré a Kulti e incliné la cabeza hacia Marc—. Marc, Rey. Rey, Marc, otra vez. Por si no lo recuerdas.

Extendiendo su mano libre, el amigo de mi hermano estrechó la mano de mi entrenador y lo juro —lo juro— lo juro que Marc miró su palma como si nunca fuera a lavarla de nuevo. Teníamos que hablar, seriamente. Era igual de malo que mi padre.

—¿Hay espacio para nosotros? —pregunté.

—Sí, excepto que estoy seguro de que nadie va a estar de acuerdo en dejarlos estar juntos en el mismo equipo. —Un brazo familiar pasó por mis hombros—. Quiero estar en su equipo esta vez.

Gemí y traté de darle un codazo en las costillas.

—Traidor.

—¿Señoritas están listas para jugar? —gritó Simon desde donde rápidamente había sido rodeado por varias personas.

Para sorpresa de nadie, Kulti y yo fuimos elegidos en equipos diferentes, de tal manera que me hizo suponer que los capitanes de la semana pasada lo habían planeado antes de que llegáramos. Nos dimos una mirada que fue una mezcla entre una sonrisa y una mueca.

Dividiéndonos en nuestros respectivos equipos —mi equipo jugaba en defensa y me asignaron la segunda base— de repente sentí que éramos dos boxeadores provocándose antes de golpear, o dos carneros a punto de enfrentarse.

Esto iba a ser divertido.

—¡Márcalo! ¡Márcalo! —gritó alguien.

Era la última entrada, con una sola salida. Estaba jugando en la segunda base y una bola había sido golpeada directamente hacia la primera base. El jugador que estaba primero se lanzó hacia mí cuando el primera base corrió detrás de él.

Una de mis piernas estaba apoyada detrás de mí, la otra en el frente para que pudiera sacar al corredor, si el primera base no lo atrapaba primero. Debería haber reconocido la mirada en la cara del chico: pura determinación. Solo era una chica delante de alguien que insistía en no retirarse. Mis músculos se contrajeron, mi mano estaba extendida para atrapar la bola en caso de que el primera base decidiera lanzarla en el último momento.

Pero no lo hizo.

Un segundo después, el corredor estaba sobre mí, con un pie pisando el mío, en un intento de llegar a la segunda base. ¿Qué estaba haciendo? Me quité del camino, a pesar de que era demasiado tarde para evitar el pesado zapato sobre mi empeine.

Maldita sea, *mierda*.

Una bocanada gigante de aire escapó de mi boca, el dolor estallando a través de mi pie y mi espinilla. Una cosa era pisotear y otra tener un pie del tamaño de un elefante intentando pisotearme.

—¡Fuera! ¡Está fuera!

—¿Estás ciego? ¡Él lo logró!

Con las manos agarrando mi pie sobre mi zapato, miré hacia el cielo y respiré toda adolorida mientras intentaba convencerme de que estaba bien. Algunos de los jugadores estaban discutiendo acerca de la jugada, pero yo me quedé a un lado sosteniendo mi maldito pie.

—¿Vas a vivir?

Respirando por la nariz, miré un poco hacia abajo para ver a Kulti de pie frente a mí, con su labio inferior más delgado en una línea recta.

—Estaré bien. —Sí, eso no sonó para nada convincente.

Por la forma que tomaron sus cejas, él tampoco lo creyó.

—Baja el pie.

—En un minuto.

—Bájalo.

Debería hacerlo y lo sabía, pero no quería.

—Ahora, Sal.

Le di una mirada que decía cuánto me disgustaba cuando se ponía mandón y bajé mi pie, con cautela, con cautela, con cautela…

Gruñí, gruñí y lloriqueé un poco al mismo tiempo.

—Ya terminaste —ordenó.

Sí, aquí estábamos. Necesitaba ponerme hielo porque no había manera en el infierno de que no se hiciera un moretón espectacular. Marc y Simon eran dos de las personas que discutían sobre el resultado del juego, esos imbéciles ni siquiera se habían molestado porque prácticamente me habían aplastado.

—Perdedores —grité. Y claro, ambos levantaron la mirada. Ja—. Me voy. Los llamaré más tarde.

Ambos asintieron, y solo Marc agregó:

—¿Estás bien?

Le di un pulgar hacia arriba.

Despidiéndome rápidamente de la gente que conocía, los que no habían intentado hacerme daño, me fui cojeando del campo, avanzando dos pasos detrás de un Kulti a ritmo lento. No se detuvo ni se dio la vuelta para asegurarse de que lo estaba siguiendo; siguió

dirigiéndose en dirección al estacionamiento. Cuando estuvimos cerca, se fue corriendo hacia su auto. En el tiempo que tardé en caminar el resto del camino hacia los baños donde lo había encontrado, él ya había abierto el maletero del Audi y había puesto una pequeña hielera azul en el borde del parachoques. Sacó dos pequeñas cosas blancas y la volvió a cerrar.

Con una gran mano, señaló la banca justo al lado de la acera.

—Siéntate ahí.

Entrecerré los ojos para ver lo que estaba sosteniendo, mientras me sentaba obedientemente.

—Quítate el zapato. —Continuó dándome órdenes y no luché contra él por eso, dándome cuenta de que tenía dos bolsas de hielo apiladas en una mano.

Me quité el zapato de deporte y levanté el pie para apoyar el talón en el borde de la banca. Kulti me entregó uno de los paquetes antes de sentarse a mi lado. No tenía que decirme qué hacer; bajé mi calceta hasta que solo me cubrió los dedos de los pies y puse el material de tela todavía muy frío sobre la piel rosada que ya se estaba inflamado.

Kulti dobló su cuerpo de modo que su pierna estaba parcialmente apoyada en la esquina del asiento y colocó el otro paquete sobre su rodilla.

Estábamos sentados en una banca casi uno al lado del otro, con bolsas de hielo.

Me eché a reír.

Me reí tan fuerte que mi estómago comenzó a tener calambres y mis ojos se llenaron de lágrimas y no pude parar.

El alemán levantó una ceja.

—¿Qué sucede?

—Míranos. —Me reí aún más fuerte, incapaz de recuperar el aliento—. Estamos sentados aquí poniéndonos hielo. Jesucristo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro normalmente serio cuando miró mi pie y luego a sí mismo.

—¿Y por qué tienes bolsas de hielo en tu auto de todos modos?

Su pequeña sonrisa se hizo aún más grande, y finalmente se

convirtió en una risa ahogada que iluminó su rostro de una manera que me hizo admirar lo guapo que algo tan insignificante podía hacerlo.

—Si quiero caminar mañana, necesito ponerme hielo inmediatamente. —Hubo una breve pausa antes de que agregara—: Si le dices a alguien…

—Me arruinarás, lo sé. Ya entendí. —Sonreí—. Si le dices a alguien sobre esto, te mataré, así que supongo que estamos a mano, ¿no?

Su expresión cayó y se volvió inexpresiva.

—No diré una palabra.

Levanté un hombro.

Debió haber pensado que no le creí porque siguió adelante:

—Si te expulsan del equipo, no tendría a nadie más con quien jugar.

Mi pequeño corazón envolvió ese comentario en un envoltorio para preservarlo para siempre.

—¿Qué pasa con Gardner? —le ofrecí.

Me lanzó una mirada.

—Una vez fue suficiente.

¿Qué?

—¿Jugaste con él?

—Dos días después de haber jugado contigo.

—No pudo haber sido tan malo. —Gardner había jugado fútbol universitario.

Kulti se recostó contra la vieja banca de madera.

—¿Alguna vez has jugado con personas que eran significativamente peores que tú?

Esa fue una manera increíblemente grosera de decirlo, pero asentí.

—Imagínatelo, y luego imagina que pensaban que eran jugadores mucho mejores —explicó.

Oh. Hice una mueca y él asintió.

Luché contra la pregunta que había estado viviendo en mi cerebro desde la primera vez que me pidió jugar y luego decidí, ¿por qué no? ¿Y si nunca volvía a tener esta oportunidad?

—Me preguntaba… ¿por qué me lo pediste a mí y no a nadie más?

Se apoyó contra la banca y ajustó la bolsa de hielo sobre su rodilla, su atención constante y sus palabras cuidadosas.

—Juegas como me gusta. No te contienes.

—¿No me dijiste ayer que pienso demasiado cuando tengo el balón?

Sus bíceps se flexionaron contra el respaldo del asiento.

—Sí. Juegas mejor cuando sigues tus instintos y no tu cabeza.

¿Fue eso un cumplido? Pensé que podría serlo.

—¿Qué hay de Grace? Pensé que ustedes dos eran amigos.

Reiner Kulti me dio una mirada. Sí, era curiosa, y no, no me disculparía por ello.

—Su esposo y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Era entrenador en Chicago cuando jugaba allí. Ella y yo ya no hablamos. Incluso si lo hiciéramos, no se lo habría preguntado.

¿Por lo que les había dicho a las chicas ese día? Tal vez esa pregunta lo estaba molestando, así que lo dejé pasar y solo asentí en comprensión.

El modelo a tiempo parcial, que una vez apareció medio desnudo en los anuncios de ropa interior, pestañeó con sus largas pestañas.

—Te debo mi gratitud. Nunca te agradecí lo que hiciste esa noche en el hotel. La mayoría de las personas habrían manejado la situación de manera diferente. Yo… — sus ojos se movieron de uno de los míos al otro, evaluándome—… lo aprecio. En serio.

—De nada —dije, aunque ahora que estábamos hablando del tema, quería preguntarle por qué se había emborrachado en un lugar tan público. Probablemente era demasiado pronto, así que mantuve la boca cerrada. Moviendo mis dedos de los pies, me recosté contra la banca, su mano rozando mi hombro y suspiré—. Y gracias por la bolsa

de hielo. Ojalá mañana pueda caminar.

Su dedo índice me dio un pinchazo.

—Lo harás.

Lo que no estaba diciendo era que tenía que hacerlo. ¿Cómo diablos podría explicar que me habían pisoteado con fuerza en el empeine? ¿Accidentalmente? Eso definitivamente no era creíble.

Eso no quería decir que lo quisiera diciéndome qué hacer todo el tiempo.

—¿Vas a darme órdenes incluso cuando no estamos en el campo?

Ni siquiera parpadeó antes de responder.

—Sí.

Quince

Traducido por M@r & Dustie
Corregido por Pakhie & M.Arte

Al día siguiente, casi inmediatamente después de calentar, el alemán que me había compartido su bolsa de hielo el día anterior, se acercó discretamente a mi lado. Con los brazos cruzados sobre el pecho mientras se preparaba para darnos un gran castigo, preguntó con una voz tan baja que solo yo pude escuchar:

—¿Tu pie?

Me agaché y me apoyé para colocarme los zapatos.

—Tiene moretones.

Kulti no pareció impresionado cuando levanté la mirada, como si fuera un completa bebé por sucumbir a algo como un moretón.

—Tengo un aceite que los hará desaparecer más rápido —murmuró en respuesta—. Búscame después de la práctica.

Casi me atraganto con mi saliva. No es broma. De alguna manera por la gracia de Dios, logré decir:

—Está bien.

Pero claro que nada con él era fácil. Si jugar sóftbol fuera de las horas de práctica era nuestro pequeño y sucio secreto, entonces lo mantendríamos así.

—Lidia con eso hasta entonces.

Ding, ding, ding. Ahí estaba el hombre que conocía y… ¿respetaba?

Meh. Algo como eso.

—Lo haré.

Asintió.

—Lo sé.

Había estado jugando para mí durante tanto tiempo porque me encantaba, que me tomó un momento reconocer el estallido de placer que recibí porque otra persona creyera en mí. Como una inundación repentina, sus palabras de ayer llenaron mis venas y me hicieron olvidar el dolor en mi pie. Puede que nunca me lo dijera a la cara,

pero el hecho es que Reiner Kulti estaba algo preocupado por mí.

Qué tal eso.

Como la mayoría de las lesiones, lo peor no sucedió hasta dos días después.

En menos de dieciocho horas, lo que había comenzado como una marca rosada se había enrojecido hasta llegar a un tono oxidado. Después de cuarenta y ocho horas, el dolor había alcanzado su punto máximo. O al menos esperaba que hubiera alcanzado su punto máximo. Podría apoyar mi talón y la parte externa de mi pie, pero si intentaba caminar con el pie completamente apoyado… mierda. No era una completa debilucha. Manejé el dolor y jugué bien la mayor parte del tiempo. Aunque definitivamente no era un masoquista, había tomado esa mentalidad de "mente sobre materia" hace años. Si no pensabas que estabas enfermo, no estabas enfermo.

Así que me ponía hielo en el pie cada vez que tenía la oportunidad después de las prácticas e incluso durante el entrenamiento. Aplicaba el aceite de árnica que Kulti me había entregado como si fuera esteroides después de la práctica, todo a escondidas, y me mantuve alejada de él lo más que puede.

Y cada vez que ese destello de dolor se disparaba por mi espinilla, maldecía el día en que nació nuestro pequeño hijo de puta del juego recreativo. Esperaba que se cayera de cara sobre un montón de hormigas de fuego. Listo, lo dije, y no me arrepiento de nada.

Cuando llegó nuestro siguiente partido, antes de dirigirme al estadio, tomé un poco de té de cúrcuma y tomé dos analgésicos en el auto. Esperaba pasar las próximas horas sin que me atraparan. Me molestaba tanto que ni siquiera me importaba que estuviéramos jugando contra Nueva York, cuando por lo general estaba inquieta desde antes, casi temiendo.

Desafortunadamente, mi sigilo solo duró hasta que estuve en el vestidor. Estaba vendando mi lesión con una cinta atlética antes de ponerme los calcetines que iban con nuestro uniforme de equipo. Harlow se inclinó y chilló:

—¿Qué demonios le pasó a tu pie? —Lanzó otro chillido—. ¿Te rompiste algo?

Me froté un poco más de aceite antes de comenzar a envolver el arco y el empeine lo más firmemente posible.

—Se siente así, Har.

—Tengo algo de Tylenol extra en mi bolsa si quieres —ofreció.

—Me tomé unos antes de salir de casa, pero podría tomarte la palabra durante el medio tiempo.

—Claro, Sally. Agárralos si los necesitas. —La defensora me golpeó en la parte posterior del hombro—. Si esas chicas te hacen pasar un mal rato hoy, házmelo saber y yo me encargaré de ellas por ti. —Me guiñó un ojo antes de alejarse.

Las jugadoras de Nueva York. Ugh. Ni siquiera iba a preocuparme por ellas.

Terminé de envolver mi pie mientras murmuraba maldiciones en voz baja, y me subí el calcetín antes de que alguien más notara lo que había hecho y por qué. Por lo general, todas nos quejábamos de la pequeña cantidad de profesionales de la salud a los que teníamos acceso, a menos que estuvieras en el equipo nacional, pero en este caso, era lo mejor. Uno probablemente haría que los entrenadores se sentaran y vieran los colores estilo discoteca bajo mi zapato.

Desafortunadamente, no había secretos en nuestro equipo, al menos no entre Har, Jen y yo. En menos de diez minutos, tenía a Jenny sobre mi espalda.

—¿Qué le pasó a tu pie?

—Nada. —Eché la cabeza hacia atrás y parpadeé—. Solo un pequeño moretón.

—Harlow dijo que era más que un ligero moretón —señaló.

Noté que Harlow tenía una gran bocaza. Por otra parte, ¿era algo nuevo?

—Está bien.

Jenny hizo un ruido de “ajá” con su garganta.

—Toma algo para el dolor.

—Ya lo hice, mamá Jenny —le aseguré.

—Bueno, ten cuidado con eso. No te dejes expuesta de ese lado e ignora a esas idiotas si te dicen algo.

—Sí, querida. —Por supuesto que ya sabía eso. Pero sus intenciones eran buenas, y no iba a actuar como una imbécil desagradecida sin ninguna razón.

Sabiendo que estaba siendo un poco idiota, Jenny tiró de mi

oreja y luego se alejó antes de que tuviera la oportunidad de tomar represalias. Unos minutos más tarde, Kulti, Gardner y el resto del personal técnico entraron al vestidor y repasaron el plan que habíamos estudiado durante la práctica del día anterior. Repasaron las debilidades de nuestro oponente, nuestras propias debilidades, las cosas en las que teníamos que enfocarnos. Ganar, ganar, ganar.

Hicimos nuestro semicírculo con las manos al centro y luego gritamos y aplaudimos. Poco después el juego comenzó, el estadio con una tercera parte de su capacidad.

En los primeros cinco minutos, alguien me golpeó con fuerza con un muy bien agregado "zorra". Me aseguré de arremeter contra ella con la misma fuerza a la primera oportunidad que tuve sin que me atraparan. Unos minutos más tarde, la mujer que me había estado cubriendo desde el momento en que llegué al campo, extendió su pierna para hacerme tropezar cuando corrí a su lado. Recibió una tarjeta amarilla, solo una advertencia, y lo dejé pasar.

Llegué a la mitad del juego antes de que mi zapato comenzara a sentirse demasiado apretado sobre el área magullada de mi pie. Nuestro descanso de medio tiempo fue una bendición porque tuve la oportunidad de quitarme el zapato por un momento. Pasaron otros quince minutos en la segunda mitad antes de que tuviera que aflojarlo un poco. Dieciocho minutos después de eso, estaba alabando al Señor por haber terminado el juego y lograr una victoria de dos a uno; un punto que ayudé a anotar cuando logré alejar a varias oponentes de la portería y pateé el balón a la jugadora libre más cercana.

Las pequeñas risitas burlonas que había escuchado de algunas de las jugadoras de Nueva York durante el resto del partido me habían entrado por un oído y salido por el otro.

¿Podría caminar al día siguiente? Eso era discutible, pero me preocuparía cuando me despertará en la cama con un pie que pensaba que nunca volvería a ser lo mismo.

Ese maldito idiota en el parque. Realmente, realmente esperaba que cayera en una pila de hormigas. Cabrón.

Mientras el entrenador hablaba en el vestuario, agarré una bolsa de hielo de una hielera cercana y me la puse. Me di una ducha, me cambié y me despedí de todos, contando los pasos hasta que llegué a mi auto. Había un pequeño tramo entre donde terminaban los vestidores y comenzaba el estacionamiento, así que sabía que habría algunos fanáticos en busca de autógrafos.

Mis padres no habían venido a este juego ya que era jueves y tenían que trabajar al día siguiente, pero papá me había enviado un mensaje de buena suerte antes del comienzo. Y efectivamente, un grupo de una veintena de fanáticos estaba esperando, así que comencé a firmar algunos de los carteles que se habían regalado en la entrada y a tomarme fotografías con algunas niñas pequeñas que me hicieron sonreír a lo grande.

—¡Buenas noches, gracias por venir! —Le di un ligero abrazo la última niña, antes de que ella se despidiera con un gesto una vez más y fuera junto a su madre.

Eran niños así y los momentos como esos que hacían que jugar adolorida valiera la pena.

Y luego escuché el coro de varias voces hablando en voz alta a la vez, acercándose cada vez más y más. Suspiré, sabiendo que no había forma de escapar y sintiéndome un poco cobarde por querer evitar escuchar la mierda que salía de la boca de la gente que no me debería importar. Nada de lo que decían debería haberme molestado; y en su mayoría, no me molestaba.

Cuando logré dar la vuelta y comenzar a caminar lentamente hacia mi auto, varias de las jugadoras de New York Arrows pasaron junto a mí. Intercambié saludos y apretones de manos con algunas de ellas, las que no me habían llamado una variación de una puta en el campo.

—Hola, Sal. —Reconocí a la persona hablando a mis espaldas.

Me detuve y me di vuelta lentamente, poniendo una sonrisa en mi cara.

—Hola, Amber.

Pero en mi cabeza estaba realmente pensando: Hola, maldita perra. ¿Estaba justificado? Sí.

Ella me había costado al equipo nacional. Ella y su estúpido marido, del cual estaba separada.

La morena alta tenía una dulce sonrisa en su rostro, pero sus ojos lo decían todo. Decían cuánto le disgustaba y me culpaban por algo que había sido un completo accidente. El odio en su mirada me decía *zorra*, de la misma manera en que ella había lo había susurrado verbalmente cuando le robé el balón durante la primera mitad.

—Me alegra verte otra vez —dijo con su voz engañosamente dulce. Esperó un momento hasta que otras dos jugadoras de su equipo

se alejaran, dejándonos a las dos. Me sorprendió que sus dos amigas se fueran; también me habían llamado perra y vagabunda durante el juego. Simplemente fingí que no las había escuchado en ese momento.

—¿Has estado con el marido de alguien más últimamente? —preguntó Amber en el momento en que estábamos relativamente solas en el estacionamiento.

La amargura se deslizó en mi garganta. Tal vez incluso un poco de vergüenza también. Odiaba lo que había sucedido, pero por más que le había explicado la situación, no había importado. Amber, siendo una fantástica delantera varios años mayor que yo, y una jugadora estrella para el equipo nacional, me había quitado mi oportunidad y mi posición.

Nunca la perdonaría por eso, a pesar de lo horrible que me sentía por su marido, su exmarido, su marido separado, sin importar qué demonios fuera ese imbécil ahora.

Estabilicé mi corazón y negué con la cabeza.

—Crece.

Sus ojos azules se encendieron con indignación.

—Jódete.

Oh, hermana.

—¿De verdad? Jódete. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? Soy una puta, una perra y una zorra, y también puedo joderme yo sola. Realmente agradable. Ojalá todos pudieran escuchar lo agradable que eres en persona.

—Eres una puta, rompe hogares.

La culpa atravesó mi vientre, pero la reprimí como lo hubiera hecho en cualquier otro momento. No era una rompe hogares. *No lo era*. Me sentía terrible, jodidamente *terrible*, pero no era como si algo hubiera sido intencional. Nunca ni en un millón de años estaría interesada en un hombre casado, pero cuando no sabes que está casado…

—Lo siento, ¿de acuerdo? Te he dicho que lo lamento cientos de veces y lo sabes. Si pudiera retroceder en el tiempo y ocuparme de mis asuntos, lo haría. Así que detente. Obtuviste lo que querías, deberías estar feliz y superarlo. Han pasado tres años, es hora de que olvides esa mierda.

La hermosa Amber, con sus grandes piernas y espíritu competitivo, enfureció.

—No me digas qué hacer. Te odio con todo mi ser, Sal.

El ácido agitó mi pecho.

—Sé que me odias, y confía en mí, yo tampoco soy la presidenta de tu club de fans. Simplemente no siento la necesidad de recordártelo cada vez que te veo.

Me di cuenta de que quería pelear. Tenía la misma expresión de hacía tres años cuando se acercó a mí durante un día de práctica, tres días después de haber ido a una segunda cita con su marido.

—Por eso te odio. Siempre piensas que eres mucho mejor que todos, pero no lo eres. Eres aún más zorra porque engañas a todo el mundo con esa actuación de ángel. Sé la verdad, sé que eres una maldita puta.

¿Qué te llamen puta? ¿Especialmente cuando no eras una? Sí, no era exactamente juegos y diversión. Definitivamente nunca lo admitiría en voz alta ni se lo demostraría a alguien como ella, pero esa era la verdad. Palos y piedras y toda esa mierda.

—Tú —dijo la voz detrás de mí—. Lárgate antes de que llame a Mike Walton y repita lo que le dijiste.

Quién era Mike Walton, no tenía ni idea.

¿Pero la persona detrás de mí? Definitivamente la conocía.

Era bratwurst.

Por la mirada en la cara de Amber, cuando los pasos detrás de mí se hicieron más fuertes mientras Kulti se acercaba, supo exactamente quiénes eran Kulti y Mike Walton. Su rostro pudo haber palidecido, pero estaba demasiado moreno como para saberlo con seguridad. Lo que sí supe era que estaba enojada. Realmente furiosas.

—Hoy —espetó Kulti.

La velocidad a la que se movió dijo exactamente lo que las palabras no hicieron. Amber era una de las estrellas de la selección nacional y lo había sido durante años. Hace unos meses, había visto un anuncio de una fragancia en el que salía ella. No estaba acostumbrada a que alguien le dijera qué hacer.

Él ni siquiera esperó hasta que estuviera lejos para que ella no pudiera escuchar antes de preguntar:

—¿Cómo se llama?

—Amber Kramer —contesté, mirando por encima de mi hombro.

Su rostro no registró el nombre.

—Nunca he oído hablar de ella. —Volvió la cabeza para mirarme—. ¿Quieres decirme qué era todo esto?

Dije exactamente lo que quería decir:

—En realidad no. —Me había pasado tanto tiempo manteniendo lo que sucedió entre un grupo selecto de personas, principalmente solo con los miembros de la selección nacional cuando estaba en ella. Lo que sucedió solo lo sabían Jenny y Harlow. Hacer que más personas supieran sobre una de las cosas más tontas que había hecho en la vida, no estaba exactamente en mi lista de cosas por hacer. Y aunque me habían asegurado que no tenía la culpa, pensé que era más inteligente como para caer enamorada de las mentiras de alguien. Maldición, ni siquiera había estado usando un anillo de matrimonio o tenía una marca de que usara uno.

—Te llamó puta.

La vergüenza llenó mi vientre y sentí que mi cara se calentaba, la indignación estalló en mi garganta.

—No lo soy.

—No tienes que decirme que no lo eres. —La expresión de mi cara debió haber sido lo suficientemente insegura porque me miró fijamente a los ojos cuando dijo—: He conocido a muchas mujeres en mi vida. Y puedo decir que no lo eres.

Pensar en él y en muchas mujeres probablemente era un eufemismo. Por alguna razón, la idea me pareció repugnante.

—Estoy segura de que sí.

Sabía lo locas que estaban algunas chicas por los jugadores de fútbol universitario, y había visto de primera mano cómo reaccionaban las mujeres cerca de mi hermano. Algunos de los muchachos ni siquiera eran atractivos, o tenían personalidades particularmente agradables, pero a pesar de todo, después de un partido estaban rodeados de groupies a diestra y siniestra. Y Kulti, bueno, Kulti estaba a su propio nivel. No me lo podía imaginar.

Y por un breve segundo, algo estalló en la boca de mi estómago. Eran celos o algo igualmente estúpido de lo cual podía culpar a la

pequeña Sal de trece años que todavía vivía en mi interior en algún lugar.

La mandé de nuevo a su pequeña habitación debajo de las escaleras.

—En ese caso, aprecio que tu radar de putas no se dispare a mí alrededor. —Sonreí débilmente. Aun sintiéndome un poco rara por encontrarme con Amber y de que él la hubiera escuchado llamándome puta, tenía muchas ganas de llegar a casa. Haciendo un gesto hacia el estacionamiento, le pregunté—: ¿Necesitas que te lleven?

—Mi conductor está aquí. —Señaló el rincón del estacionamiento más alejado, en la misma dirección que mi auto.

Asentí y comenzamos a caminar, mirando hacia atrás para asegurarnos de que no había otros fanáticos de Kulti esperando como lo habían hecho en nuestro último partido en casa. Ya que estaba estacionada mucho más cerca que él, señalé mi auto.

—Si estás libre mañana, puedo jugar un partido rápido si prometes no jugar demasiado rudo o demasiado tiempo. —Necesitaba un descanso.

—¿Dónde?

Me tomó un instante pensar en un campo; el que me vino a la mente era pequeño, pero funcionaba. Le di el nombre.

—¿Necesitas una dirección?

Negó con la cabeza.

—¿A qué hora?

Acordamos que cuanto antes mejor.

—¿Tu pie estará bien? —preguntó.

—Mientras no lo pises —dije, dejando caer mi bolso en mi maletero—. Buenas noches, entrenador.

—*Gute nacht* —respondió, inclinando la cabeza como una indicación para que subiera a mi auto.

Entré y me despedí con un gesto a través del espejo retrovisor.

¿9:30?

Eran las 9:29 de la mañana siguiente cuando me encontraba junto a la acera de la casa de Kulti.

Lo estaba recogiendo.

Mierda.

Observé la casa a través de la ventanilla del pasajero y contemplé la gran construcción nueva de dos pisos. Me había enviado un mensaje a las ocho de la mañana, preguntándome si podía venir a buscarlo después de todo. No pregunté por qué no podía hacer que su elegante conductor lo llevara al campo, pero ¿me lo preguntaba? Por supuesto sí.

Estaba recogiendo a El Rey de su casa para jugar fútbol.

En ningún momento de mi vida había tenido alguna señal de que esto alguna vez sucedería. Esto era amistad o algo parecido. Incluso si se sintiera como si conducir hasta su casa fuera más una cita que para pasar el rato.

Salí y me acerqué a la puerta por la que él había entrado en todas las ocasiones en que lo dejé. La casa era grande, pero no exageradamente grande a pesar de que era al menos el doble del tamaño de la casa en la que había crecido. ¿Pero a quién le importaba? Había estado en casas más grandes.

Tocando el timbre, retrocedí dos pasos y me encontré juntando las manos detrás de mí mientras esperaba. Menos de un minuto después, la puerta se abrió y Kulti se quedó allí, vestido con unos shorts deportivos negros y una camiseta azul, sosteniendo un gran vaso de algo verde.

—Entra —ordenó, parándose a un lado para dejarme entrar.

Lo hice, tratando de ser discreta mientras miraba las paredes de color crema a mí alrededor.

—Buenos días.

—Buenos días. —Cerró la puerta—. Necesito diez minutos.

—Está bien. —Lo miré tanto a él como a su bebida mientras caminaba me rodeaba y se dirigía hacia el pasillo principal de su casa.

Era imposible no darse cuenta lo vacías que estaban las paredes, o lo vacía que estaba la sala cuando pasábamos por el umbral, solo había un sofá de tres plazas y un televisor enorme frente a él. Sin camisetas enmarcadas o trofeos montados, no había señales de quién

era el dueño de la casa. La siguiente puerta conducía a una cocina grande, abierta y aireada de acero inoxidable con una encimera de granito, parecía una versión más cara de algo de un catálogo de IKEA.

—Hay agua, leche y jugo —dijo al entrar mientras inclinaba su vaso verde para beber ese brebaje sin un solo estremecimiento.

—Estoy bien, gracias —respondí distraídamente, admirando la vista del patio desde la gran ventana sobre el fregadero. No había mucho más que césped recién puesto que tal vez podría necesitar un buen riego. La mayoría de los terrenos en el vecindario tenían casas antiguas que habían sido demolidas para construir estas nuevas, y la casa ocupaba tanto espacio que solo dejaba lugar para un pequeño jardín rectangular que no tenía espacio para nada más que un patio, si es que él hubiera querido uno.

Kulti rozó mi costado mientras se acercaba al fregadero para enjuagar el vaso.

Me aparté de la vista y de él.

—Tu casa es muy bonita.

Miró distraídamente alrededor de la cocina, asintiendo.

—¿Acabas de mudarte?

—Hace dos meses, creo —contestó Kulti.

Qué gran hablador. Vi cómo colocaba el vaso dentro del lavavajillas.

—Este es un vecindario muy bonito. —Me aclaré la garganta.

Se encogió de hombros.

—Es tranquilo.

Algo sobre lo que dijo me inquietó.

—Nadie sabe que vives aquí, ¿eh?

El alemán me lanzó una mirada de incredulidad que no pude comprender antes de de que respondiera.

—Nadie. —Siguió dándome esa mirada extraña—. Estoy listo para irme.

Así que no quería que nadie supiera dónde vivía. Eso no era sorprendente, pero lo dejé pasar.

—Vámonos.

Kulti tenía una maleta esperando en su sala casi vacía y me siguió, activando la alarma y cerrando la puerta. El Audi en el que había estado viajando estaba estacionado en el camino de entrada cuando eché un vistazo a través de la cerca de hierro forjado que dividía la parte trasera de su casa.

—¿Entonces ninguno de tus vecinos sabe que vives aquí? —pregunté de nuevo una vez que estuvimos dentro del auto.

—No. Salgo de casa antes que ellos y vuelvo antes.

—¿Qué haces para comprar la despensa? —Tenía mucha curiosidad al respecto—. ¿Ordenarla en línea?

—Camino. Está a tres cuadras de distancia.

Todo esto de caminar y andar en autos que no conducía, y todas estas menciones de una licencia suspendida por parte de personas a las que se les pagaba para investigar cosas…

Le lancé una mirada curiosa a Kulti, pero no profundicé demasiado. ¿Y qué? Tal vez todas las señales estaban allí, pero no era asunto mío como para preguntar, de la misma manera que yo no quería hablar sobre Amber y su marido idiota.

—De verdad no entiendo cómo nadie te ha reconocido. Quiero decir, tu cara está en una valla publicitaria de la autopista cerca de mi casa —le dije, sacudiendo la cabeza. Por otra parte, había visto su rostro cientos de veces en mis paredes. Probablemente podrían hacer una prueba de mancha de tinta y encontrarlo impregnado sobre las paredes.

—La gente no presta atención. Me pongo un sombrero y las únicas personas que me hablan son los ancianos en los scooters motorizados que necesitan ayuda para llegar a algún lado.

Mirando por encima de mi hombro, le lancé una sonrisa.

—Sinceramente, no sé cómo lo haces. Tenemos fans, pero lo tuyo es diferente. Las únicas personas que usan mi camiseta son mis padres y mi hermano. No me gusta ser el centro de atención, así que funciona para mí.

Su cabeza se movió para poder mirar por la ventana. Su voz fue tan grave y distante, que me hizo mirarlo más de lo necesario.

—He tenido suficiente atención en mi vida, no la extraño.

¿Por eso vivía en este vecindario y usaba un sombrero para ir al supermercado?

Supongo que te imaginas que algunas personas lo tienen todo. ¿Por qué no lo tendrían? Apariencia, dinero, fama. ¿Qué más necesitarían? ¿Un amigo? ¿Compañerismo? ¿Algo para quitarse el aburrimiento?

Personalmente conocía a cientos de personas, pero solo siete eran cercanas a mí. Todos eran personas que conocía desde hacía mucho tiempo, pero de esos siete estaba segura de que cinco seguirían en mi vida incluso después del fútbol.

Miré a Kulti nuevamente y reprimí un suspiro. Sentirme mal por él no había sido parte del plan.

—¿Lo suficientemente cerca? —gruñí.

Kulti me presionó aún más.

—No.

Me estaba haciendo retroceder a una esquina, actuando como defensor y delantero al mismo tiempo para evitar que le robara el balón. Yo estaba jugando algo rudo, como si fuera un hombre más pequeño, al no evitar el contacto con todo el cuerpo que era tan natural en el fútbol, pero me superó y me contuvo. Luché por cada centímetro que avancé, teniendo que aprovechar mis cortas ráfagas de velocidad para tratar de engañarlo.

Realmente no funcionó.

Con él sobre mí, solo logré poner los pies en el balón unas cuatro veces durante nuestro juego, y en cada ocasión hizo que lo perdiera o me lo robó. Fue irritante y estimulante al mismo tiempo, especialmente cuando corrí tras él y traté de protegerme contra su enorme cuerpo.

Jugar con alguien más grande, más rápido y con más talento que tú no es exactamente una situación ideal, pero lo intenté y al final, Kulti ganó uno a cero, anotando un tiro limpio justo entre los dos goles que habíamos marcado en los palos y botellas de agua vacías que habíamos encontrado en mi asiento trasero.

Maldito pan integral de centeno.

—¿Otra vez?

Con las manos en las caderas, respiré hondo por la nariz y asentí al hombre que estaba frente a mí respirando igual de fuerte. No había mucha gente en el parque al que habíamos ido a unos veinte minutos de la casa de Kulti, pero había más de los que había cuando llegamos.

Contra mi mejor juicio, dije:

—Uno más.

Fuimos a ello.

Es posible que ambos estuviéramos más cansados que cuando empezamos, pero no importó. Kulti estaba sobre mí desde el momento en que recibí el balón, constantemente a menos de treinta centímetros de distancia. Definitivamente estaba disminuyendo la velocidad y lo usé para mi ventaja. Estaba tan cansada como él, nuestro juego del día anterior me había agotado, pero él era trece años mayor que yo y no entrenaba tan duro. así que era casi tan rápida como él.

—¿Disminuyendo la velocidad? —jadeé mientras trataba de confundirlo y correr hacia la izquierda.

Gruñó de forma cruda y áspera.

—Deja de hablar y juega.

Sí, definitivamente estaba hecho mierda.

Por el rabillo del ojo, noté a algunas personas sentadas a lo largo del borde del pequeño campo en el que estábamos jugando, observando. Pero fue entonces cuando Kulti colocó su pie en mi camino para tratar de hacerme tropezar.

—Idiota —siseé, apenas esquivándolo.

Usó que estaba distraída y enojada para robar el balón.

Al final, lo recuperé cuando reuní la última cantidad de energía que estaba dispuesta a gastar y realmente me esforcé por anotar, marcando el gol. Levanté las manos en el aire y le saqué la lengua al Rey.

—Yo gano. —Sí, no estaba siendo profesional ni madura al respecto.

Solo para restregárselo en la cara aún más, nuestra audiencia al borde del campo comenzó a aplaudir.

Alguien no estaba contento. De hecho, diría que se veía un poco enojado.

Me gustaba eso.

—*¡Oye! ¡Muchacha! ¿Es el alemán?* —gritó alguien del campo.

—*¡Callate tonto!* —respondió alguien más, pidiéndole al tipo que se callara.

Miré al mal perdedor frente a mí, sin saber qué hacer. Ahora que podía ver mejor a las personas en la orilla, todos eran latinos de veintitantos años o más. El alemán no reflejaba nada con sus ojos o su lenguaje corporal.

—*¡Amiga! ¿Es Kulti?*

Solo había unos seis…

Miré a Kulti nuevamente, pero lo único que hizo fue encogerse de hombros, maldición.

—*Sí* —admití—. *Pero no le digan a nadie*.

El grupo estalló.

—*¡No chingues!* —Esta mierda no estaba bien.

Lo siguiente que supe fue que estaban de pie, perdiendo la cabeza con las manos en ella. Los muchachos se acercaron al alemán, hablando español tan rápido y mirándolo como si nunca antes hubieran visto a alguien como él.

No fue hasta que escuché al primero que había hablado, decir:

—*¡No me digas!* —Que escuché a Kulti responder con un perfecto español, explicando que era real y no un fantasma.

—*No soy un fantasma.*

Los muchachos se volvieron locos de nuevo.

—¡Habla español! —exclamó uno de ellos en el mismo idioma.

El alemán se encogió de hombros y les lanzo una leve sonrisa.

Durante los siguientes minutos, observé a los extraños hombres hacer varias preguntas, las cuales fueron respondidas con un acento que rivalizaba con el mío.

No voy a mentir, ni siquiera un poquito. Además de un gran trasero, me gustaban los chicos que hablaban diferentes idiomas. Si

bien Reiner Kulti era un espécimen masculino tan impresionante como se podía serlo físicamente, la forma en que hablaba español multiplicaba su atractivo en aproximadamente un treinta por ciento.

De acuerdo, mínimo un treinta por ciento.

Pero no era como si pudiera o debiera pensar demasiado en eso. Era mi entrenador.

Y yo era su amiga. O algo así.

Dieciseis

Traducido por Dustie, Luneta, M.Arte (SOS) & AstraBasha
Corregido por Pakhie & M.Arte

La primera señal de que algo estaba mal fue cuando vi a las tres personas en el borde del campo a mitad de la práctica de las Pipers dos días después. Reconocí a dos de ellos, eran parte personal que trabajaba en las oficinas del equipo, y la otra persona que llevaba un kit, era un extraño. Solo en raras ocasiones los de la gerencia se presentaban durante el entrenamiento, cuando había fotógrafos en el campo o si había un juego de exhibición, pero nunca sin una razón.

La segunda señal de que algo estaba pasando fue cuando se acercaron a Gardner. Fue la forma en que reaccionó a lo que sea que le estaban diciendo lo que me preocupó un poco. Parecía molesto y posiblemente indignado. El tranquilo y sereno el noventa y nueve por ciento de las veces Gardner, ¿enojado?

Sí. No.

Luego comenzaron los aplausos. Sonido que detuvo nuestro calentamiento.

—Damas, lo tomaremos con calma hoy.

¿Calma?

La aprehensión recorrió mi espalda.

—Aparentemente, hoy tendremos una ronda de pruebas de drogas. No hay nada de qué preocuparse. Como la mayoría de ustedes saben, están sujetas a pruebas de drogas al azar durante toda la temporada. Si podemos contar con su cooperación, podremos terminar esto rápidamente y después de entregar su muestra, estarán libres por el resto del día —explicó Gardner, la frustración tiñendo cada una de sus palabras.

¿Prueba de drogas al azar? La última vez que me hicieron una prueba de drogas al azar fue en la universidad. Esa cláusula incluida en el contrato de todas era más una ocurrencia, al igual que la luna azul. Si querían, podían examinarte, pero aparte de los exámenes de salud y los análisis de sangre que hacíamos al comienzo de cada temporada, nunca había oído que esto sucediera.

Entonces, sí, eso era muy raro.

No tenía nada que esconder. La droga más fuerte que tomaba

era un analgésico de libre venta y eso solo era en alguna situación grave como con mi pie.

No había razón para pensar que las pruebas tuvieran algo que ver conmigo.

Pero después, Gardner me llamó a su oficina esa tarde.

—Sal, toma asiento —dijo Gardner desde su lugar detrás de su escritorio.

Le di una sonrisa incómoda y me senté.

Los entrenadores no te llamaban solo porque sí después de que terminaba la práctica, sobre todo el día en que se realizaba una prueba de drogas al azar y te pedían que vinieras a conversar. No lo hacían. Estaba en un vivero eligiendo algunas plantas anuales con Marc para un proyecto, cuando llegó la llamada. He estado cagando ladrillos desde entonces.

Solo había unas pocas razones por las que Gardner no me decía por teléfono lo que quería: me estaban intercambiando, me iban a despedir o le habían entregado alguna de las pruebas súper rápidas y habían encontrado algo en mi orina que decía que me estaba dopada.

Yo, dopada. Jesucristo.

No era tan ruda o indestructible y estaba a punto perder el control. En primer lugar, no quería ser transferida. En segundo lugar, estaba segura de que no quería que el equipo me despidiera; a pesar de que mi contrato era por otro año más, nunca se sabía. Y en tercer lugar, estoy segura de que no estaba ingiriendo nada que fuera remotamente ilegal.

Y sin embargo…

Me las arreglé para decirle a Marc lo que estaba pasando, y la mirada de “oh mierda” que me había dado fue todo.

Respirando hondo, agarré mis muslos y me armé de valor. Podía soportar la bala.

—Entonces, ¿qué está pasando, G?

Se recostó en su asiento, cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió.

—Siempre al punto, por eso me gustas, Sal.

Puede que le agrade a Gardner, pero no me estaba diciendo lo

que estaba pasando.

—¿Me estás despidiendo? —Para mí crédito, sonaba tranquila, y para nada como si estuviera a punto de lanzar los muebles de su oficina al igual que una loca.

¿Una loca en su oficina? Querido Dios. Necesitaba calmarme.

—No —dijo confundido—. ¿De dónde diablos sacas eso?

—Me pediste que viniera a tu oficina para hablar conmigo en privado y nos hicimos una prueba de drogas esta tarde. —Me ahorré el *saludo.*

Sus ojos giraron hacia el techo, una mano yendo hacia la parte posterior de su cuello.

—Maldita sea. No pensé en eso. Lo siento. No es por eso que quiero hablar contigo.

Sí, eso no era del todo convincente.

—No estoy preocupado por los resultados. Estoy seguro de que están bien, pero te pedí que vinieras debido a la prueba de drogas. Tuve una conversación interesante con Sheena hace rato.

—Y bien.

—Me dijo que llegó un correo electrónico este fin de semana con tu nombre y algunas acusaciones bastante alocadas.

Esa perra Esa maldita perra. No hacía falta ser un genio para saber de dónde provenía el correo electrónico. Apreté mis muslos un poco más fuerte, controlando la ira que burbujeaba en mi interior.

Primero fue alguien en el equipo chismeando sobre Cordero y yo, ¿y ahora Amber estaba haciendo esta mierda? No pensaba que fuera una mala persona. Realizaba trabajos de servicio comunitario de vez en cuando, cortaba el césped de mis vecinos mayores gratis y le sonreía a los extraños. Claro que a veces tenía malos pensamientos sobre las personas, pero nunca sin razón alguna, aunque eso no lo hacía mejor. Había mejores personas en el mundo que yo y también había personas mucho peores. Así que no pude evitar tomar un poco personal el que estas miserables brujas me estuvieran lanzando mierda.

—¿Alguna idea de dónde vendría algo así?

—Amber. —Apreté los dientes—. Fue Amber. Nadie más haría algo como esto.

Gardner no pareció sorprendido. Le conté lo que sucedió hace años, cuando regresé del último torneo de la selección nacional y me eché a llorar frente a él.

—Cristo. ¿Todavía no ha superado ese desastre?

No podría decir que si estuviera en sus zapatos ya lo habría superado, pero me gustaba pensar que no sería capaz de llegar tan lejos como ella. En realidad, sabía que no lo haría. Solo un completo idiota llamaría y haría acusaciones falsas que podrían poner en peligro la larga vida de trabajo duro de alguien.

Tragué la bilis que se elevaba por mi garganta, recordándome todas las cosas buenas de mi vida.

—Nop.

Con un suspiro, sacudió la cabeza y se rascó el cuello.

—En ese caso, lamento haberte preguntado. Estuve pendiente de ella durante el juego, pero no parecía que estuviera haciendo algo inusual.

Era obvio que no había escuchado todos los nombres por los que me había estado llamando durante el juego, pero daba igual.

—Voy a llamar a su entrenador y le diré que necesita tenerla bajo control.

—No te preocupes por eso. Está bien. Si vuelve a hacer algo así, lo resolveremos, pero en realidad no necesitas preocuparte por eso. —Era una persona horrible que tenía que vivir con los efectos de su horrible personalidad por el resto de su vida. Eso ya era bastante malo.

Las cejas de Gardner se levantaron con incredulidad, pero no discutió.

—Avísame si cambias de opinión.

Asentí y me puse de pie, lista para salir de allí para poder pensar en la mayor cantidad sobrenombres para Amber como pudiera en privado.

—Lo haré. Sin embargo, gracias por hacérmelo saber, G. Lo aprecio.

—Cuando sea. —Me miró por un segundo antes de decir—: Sal, sabes que puedes acudir a mí por cualquier cosa, ¿verdad?

—Lo sé. —Era la verdad—. Eres un buen tipo, entrenador.

Gardner sonrió mientras salía de su oficina y me despedía con un gesto.

—Descansa esta noche. Mañana necesito tu cabeza en el juego.

—Así será —dije, cerrando la puerta detrás de mí.

Caminé unos cinco metros por el pasillo antes de que una cantidad de ira que no creía que fuera capaz de sentir, llenara toda mi alma. Amber me había quitado el equipo nacional, bien. ¿Pero ahora quería caer lo suficientemente bajo como para intentar poner en peligro mi carrera en la WPL?

Esa perra.

Fui a casa y saqué mi ira en la bañera con una esponja y jabón.

Un poco después de la mitad del juego al día siguiente, acepté el hecho de que estaba jugando como una total y completa mierda.

Muy bien, eso fue un poco exagerado, pero el punto era que estaba jugando bastante mal. Estaba distraída y enojada. Por primera vez en mi vida, no podía alejar todo lo demás para enfocarme. La malicia en las acciones de Amber hizo que mi cabeza quisiera explotar y no era como si no hubiera hecho suficiente en el pasado para empezar. Hablar con ella después del último juego terminó provocando un verdadero resentimiento que ni siquiera mi baño pudo desaparecer. Mi mente y mi corazón no podían olvidarlo y estaba demasiado enojada como para lanzar mierda.

Así que cuando mi número apareció en el tablero en rojo y el número de otra chica apareció en verde, no me sorprendió en absoluto que me sacaran. Tampoco podía enojarme por eso. Avergonzarme y resignarme, sí. Solo había sido sustituida un puñado de veces, y siempre había sido por una buena razón: calambres inevitables y músculos desgarrados. También hubo una vez en que me puse demasiado agresiva después de que una jugadora me dio un codazo en el riñón y no la castigaran, pero Gardner me sacó antes de que hiciera algo de lo que podría arrepentirme. Pero esta vez no había una excusa válida para la descuidada forma en que estaba jugando o lo distraída que estaba hoy.

Era patético. Lo sabía mejor que nadie. Podía ser mejor. Podía manejar mucho más que esto sin pestañear, pero fallé

espectacularmente.

Lentamente salí corriendo del campo, evitando las miradas de todos mientras miraba hacia adelante. Justo cuando me dirigía a la banca, la única ruta disponible era un espacio entre Kulti y Gardner, una mano me agarró la muñeca. Gardner no era del tipo que te agarraba, así que supe antes de mirar por encima del hombro quién era.

Esos locos ojos coloridos me miraron desde su posición a veinte centímetros por encima de los míos. Un surco arrugaba el espacio entre sus cejas castañas.

—¿Qué demonios está pasando contigo? —espetó.

Inhalé bruscamente y me encontré directamente con su mirada mientras me encogía de hombros.

—Lo siento. —No iba a poner ninguna excusa. No había ninguna.

Eso debe haberlo enojado porque sus fosas nasales se dilataron.

—¿Solo eso? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—No hay nada más que decir. Estoy jugando como la mierda y me han sacado. Lo entiendo.

Siendo muy honesta, si Kulti fuera el tipo de persona que se golpeaba en la frente, tenía la expresión en su rostro que decía que lo estaría haciendo en ese momento.

—Sal de mi vista ahora mismo, me ocuparé de ti más tarde.

Aunque esperaba que su respuesta fuera algo similar eso, aun así, me hizo sentir mal. Pero incluso mientras lo hacía, contuve mis palabras, me tragué mi orgullo, acepté mi culpa y me dirigí a la banca. Con los codos en las rodillas, me incliné hacia adelante y miré el resto del juego, pateándome mentalmente por ser tan idiota.

Una hora más tarde, nuestro equipo apenas había logrado una victoria de 1-0 gracias a un balón que golpeó la punta del pie de Grace. Nos dirigimos a los vestuarios y escuchamos a los entrenadores hablar sobre lo que hicimos mal y lo que realmente hicimos fatal. Kulti ni siquiera se molestó en mirarme cuando decidió hablar, pero era obvio para mí que se estaba refiriendo a todos mis errores. Normalmente eso me hubiera puesto nerviosa, pero ya había aceptado la realidad. Como conclusión, Gardner dio su pequeño consejo motivacional para la próxima semana y luego nos dejaron salir del

vestuario.

Me duché, me vestí y me dirigí hacia el autobús para un viaje de diez horas de regreso a Houston. Me las arreglé para evitar hablar con alguien, estaba demasiado enojada conmigo misma como para relajarme y ser una buena compañía y todos me dieron mi espacio. Con el esternón ardiendo de vergüenza por jugar como una imbécil, logré llegar a la mitad del camino hacia el autobús antes de ver a Kulti a un lado mientras hablaba con… una mujer. ¿Era eso una mujer? Entrecerré los ojos.

—¡Casillas!

Dudé. ¿Quería escuchar cómo me destrozaba frente a un extraño que podría ser una mujer o un hombre delgado con jeans ajustados? No, definitivamente no. Pero sería obvio si lo ignoraba y seguía caminando hacia el autobús.

—¡Casillas!

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Supongo que me había advertido. “Me ocuparé de ti más tarde” no fue exactamente una amenaza vaga. Si fuera una persona realmente religiosa, habría hecho una cruz mientras caminaba hacia donde estaba el alemán. Sí, definitivamente era una mujer la que estaba a su lado, así que me puse mis calcetas de niña grande mientras acortaba la distancia entre nosotros.

Me tomó hasta que estuve a un metro y medio de distancia para reconocer a la persona con la que estaba hablando. Una ex. Blah. Era una exnovia que estaba segura que era una actriz o lo había sido una en algún momento.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba enojada y cada paso que daba me hacía enojar más y más. ¿Quería hacer esto ahora, frente a una antigua novia?

—¿Estás seguro de que no quieres que nos veamos esta noche? —preguntó la atractiva pelirroja, ignorándome mientras me acercaba.

Kulti ni siquiera la estaba mirando; en cambio, me estaba mirando a la cara. Mi rostro molesto como la mierda. Su respuesta de una palabra sonó tan cruel como de costumbre.

—No. —Así que al menos era un imbécil con todos. Así era él.

La mujer flexionó una de sus largas piernas y movió la cabeza para entrar en su campo de visión.

—¿Seguro?

Estaba demasiado oscuro para saber si sus ojos miraban en su dirección o no.

—Sí —confirmó

—Kulti… —Una mano se posó sobre su hombro y pude notar la forma en que él se encogió de hombros para alejarla.

—Te tomó mucho tiempo —se quejó, cuando me detuve cerca pero no demasiado cerca de ellos.

Lo estaba mirando, en lugar de ver a la mujer que obviamente todavía estaba tratando de llamar su atención.

¿Podría estar más desesperada? Dios.

Solo le devolví la mirada, sin realmente quitar la mirada irritada en mi rostro. ¿Estaba planeando humillarme? ¿Realmente creía que este era el momento adecuado para hacerlo?

Reuniendo una cantidad de valentía que realmente no tenía, forcé un aspecto tranquilo en mi rostro, relajé los hombros para no revelar lo tensa que estaba y parpadeé mientras miraba a mi entrenador, Reiner Kulti.

—¿Sí, entrenador?

Sus brillantes ojos me miraron con el poder de una luz estroboscópica, la luz estroboscópica más grande de la historia. Por la forma de su boca y el tic de su mandíbula, estaba a punto de ser pulverizada.

Ni siquiera se molestó en mirar a la mujer a su lado, esperanzada y todavía atenta a un hombre que ni siquiera se dignaba a hablar con ella, antes de bajar la voz. Desafortunadamente, me di cuenta de que no la estaba bajando para que fuera inaudible, estaba tan enojado que no iba a dejar pasar esto.

—¿Qué demonios estaba pasando contigo esta noche?

Fue directo al grano como esperaba. Muy bien. Me lamí los labios y me encogí de hombros.

—Mi mente no estaba en el juego y lo siento. —Estaba implícito que no dejaría que eso volviera a suceder.

—¿Eso es todo? —escupió.

—No hay excusa —le dije mientras observaba a la mujer viéndonos—. Se hacerlo mejor y lo siento.

Sus párpados se entrecerraron. Si no lo conociera mejor, habría asumido que tenía sueño. No estaba ni cerca.

—Jugaste como una imbécil.

¿En serio? ¿Tenía que llamarme así delante de otra persona?

—¿Kulti? —La mujer agitó la mano delante de su rostro.

El alemán volvió la cabeza y la miró tanto tiempo que ella frunció el ceño y dio un paso atrás.

—Dios, olvidé lo idiota que puedes ser. Ni siquiera sé por qué me molesto —le siseó.

El hombre que guardaba sus palabras como si fueran de oro no me decepcionó. No dijo ni una palabra. Kulti la miró unos cinco segundos más y luego volvió su atención hacia mí como si no hubiera hablado.

Que imbécil.

—Tu equipo merece tu atención, y yo merezco algo mejor de ti. Haz esa mierda de nuevo y haré que entres como sustituta de la número treinta y ocho —amenazó, ajeno a la mujer sacudiendo la cabeza mientras él hablaba, antes de que finalmente se diera la vuelta para alejarse.

Esta vez, me estremecí e hice una mueca. Probablemente aspiré aire por la nariz. La número treinta y ocho era una de las delanteras más jóvenes, Sandy, una novata en el equipo que sería una fuerza a tener en cuenta en un futuro cercano.

—Aprende a separar tu vida, ¿me entiendes? —preguntó con esa voz sombría y nítida que tenía la sensación de que había aprendido a manejar a la perfección en las últimas semanas.

Por mucho que odiara admitirlo, mi cara se puso caliente y supe que me estaba sonrojando por la humillación. ¿Intentaría quitarme del inicio de los juegos? ¿Por jugar mal durante un solo juego? Más vergüenza inundó mi sistema, alineada cuidadosamente con la ira.

La idea de que creía que éramos amigos flotaba justo allí, en el centro.

Pero el tiempo con las Pipers no era tiempo entre amigos. Nunca lo había sido. El hombre que me llamó Taco, y jugó fútbol y softbol

conmigo, era una persona completamente diferente a la que estaba frente a mí en ese momento.

Aprende a separar tu vida, había dicho. Haz lo que él hizo.

Lo único que pude hacer fue asentir bruscamente y aceptar el ultimátum que me había dado. No iba a recordarle que este fue un mal juego entre tantos. No iba a prometer nada ni a disculparme. Me dolía el orgullo, pero lo reprimí y lo metí cuidadosamente en mi esternón. Con una voz de la que me sentí extremadamente orgullosa por lo firme que sonaba, dije:

—Está bien. Pero la próxima vez llámame imbécil cuando no esté frente a tu novia, ¿funcionaría eso para ti?

Cuando cerró los ojos y comenzó a apretar los dientes, me pregunté si había dicho algo incorrecto. No fue hasta que comenzó a rascarse la mejilla y luego estalló un segundo después, que pensé en la respuesta: sí. Lo había dicho.

—¿Estás bromeando? —estalló.

Di un paso atrás y lo miré como si estuviera loco, porque en serio, ¿qué más quería de mí?

—No.

—Te estoy amenazando con dejarte en la banca, ¿y te estás quejando sobre quién escucha?

Apostaría un dólar a que mi cabello se hizo hacia atrás poco por su pregunta, pero no iba a echarme para atrás. No sentiría temor.

—Sí. Si juego mal constantemente, entonces no merezco iniciar los partidos. Eso apesta, pero lo entiendo. No voy a discutir contigo sobre un hecho obvio. Lo que sí me molesta es que seas grosero conmigo frente a otras personas, y que fueras un imbécil con ella. Qué pasa con tus malditos modales Jesucristo, Alemania, ¿has oído hablar de ellos?

Kulti no dudó en pasar las manos por su cabeza, los cortos mechones marrones se arrastraron entre sus dedos.

—Quiero sacudirte ahora mismo.

—¿Por qué? Solo te digo la verdad.

—Porque... —dijo algo en alemán que pensé que era el equivalente a “joder”—... ¿vas a sentarte allí y dejar que te quite esto? ¿Solo así? —gruñó.

—Sí, así soy. ¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres que te suplique? ¿Qué me enoje? ¿Que haga un berrinche y me ponga a patalear? Lo entiendo. De verdad. Jugué un mal un partido, no jugaré mal dos. Está bien. Es tu tono y la elección del lugar en el tenemos esta conversación lo que me causa un problema.

Podría haber comenzado a tirar de los extremos más cortos de su cabello en una mezcla de molestia y frustración.

—¡Sí, maldita sea, enloquece! Si mi entrenador alguna vez hubiera insinuado que me sacaría de un juego, habría enloquecido. Eres la mejor jugadora del equipo…

Juraría por mi vida que mi corazón dejó de latir. ¿Acababa de decir lo que creo que dijo?

—Eres una de las mejores jugadoras que he visto, punto, hombre o mujer. Lo que me mata es que eres una persona pusilánime que se siente acomplejada por palabras inútiles frente a una persona que no importa. —Sus mejillas estaban enrojecidas—. Ten agallas, Casillas. Pelea conmigo por esto. Lucha contra cualquiera que intente quitarte esto —insistió.

Sus palabras pasaron por mi cerebro como melaza, pegajosa y lentamente. Sin embargo, todavía no lo entendía. Por otra parte, tal vez lo hacía. Este era el mismo hombre que se adueñaba del campo cada vez que entraba. La mayoría de las veces, cada una de sus jugadas comenzaban con él y terminaban con él. Era un idiota codicioso con el balón.

Y estábamos discutiendo sobre dos cosas completamente diferentes. Querido Dios.

Respiré hondo y le di una mirada fija.

—Por supuesto que me importa mucho que me dejen en la banca, pero también me importa enfrente a quién me llamas imbécil. ¿Crees que quiero que un completo desconocido piense que soy una especie de felpudo que te permite hablarme así? Puede que lo permita cuando estamos en el campo, pero estoy segura de que no voy a dejar que me trates tan mal como la acabas de tratar a ella, amigo.

Kulti parecía que estaba hablando un idioma completamente diferente, así que lo aproveché.

—Este es un deporte de equipo. Si no estoy jugando lo mejor que puedo, ¿no es mejor que alguien que esté jugando mejor tome mi lugar? —No es que no fuera a luchar por mi lugar con uñas y dientes.

Iba a arreglar mi mierda y regresaría al juego, para que nadie me sacara. Por otro lado, no sentí la necesidad de prometérselo. Se lo mostraría. Sin embargo, todo lo que me estaba diciendo iba en contra de mi instinto natural. Este era un deporte en equipo, definitivamente no había un "yo" en el fútbol.

Obviamente mi respuesta fue completamente en contra de su instinto natural, porque sus ojos casi se salieron de sus órbitas.

Extendí los brazos y me encogí de hombros.

No fue hasta que comenzó a sacudir la cabeza que finalmente habló de nuevo:

—Tienes que cuidarte. No por nadie más, ¿me entiendes?

Parpadeé. Al parecer, iba a ignorar mis quejas sobre su novia. Ok.

—Nadie más se preocupará mejor por tus intereses, más que tú. Solo por estar de acuerdo conmigo en que jugaste como si nunca antes hubieras visto un balón de fútbol, debo asegurarme de que te quedes fuera para el próximo partido.

¿Qué? Nunca estuve de acuerdo en que jugué tan mal.

—Pero…

—Sin peros. Juegas como una mierda y te haré pasar un infierno por eso, pero nunca debes dejar que nadie te lo quite.

Las acciones de Amber atravesaron mi vientre, un doloroso recordatorio de lo que ya me había quitado.

Por otra parte, supongo que había dejado que me lo quitara. No peleé cuando dijo: "Es ella o yo". Me sentía tan consumida por la culpa por tener dos citas con un hombre que estaba separado de mi compañera de equipo, que de buena gana me hice a un lado y renuncié a mi puesto. Era una monógama en serie y posesiva como el infierno. Si yo hubiera sido ella, quién sabe cómo me habría sentido.

Tal vez podría haber luchado. Podría haberle dicho a Amber que estaba siendo una idiota porque ya que no era como si supiera que el idiota estaba casado, y mucho menos que estuviera casado con ella. Incluso si lo hubiera sabido, no me había acostado con él. Había besado a alguien que pensaba que era soltero y parecía un buen tipo. Eso fue todo. El segundo hombre que había besado desde que había terminado con mi novio de la universidad había sido un imbécil mentiroso e infiel de mierda que resultó estar casado con mi

compañera de equipo. No solo hice que el inodoro se tapara, había hecho que inundara la casa.

Dos estúpidas citas me habían quitado el sueño de toda mi vida.

Sentí mis ojos llorosos por la decepción de que ni el equipo ni los entrenadores habían luchado para que me quedara. Más que nada, estaba decepcionada conmigo misma. Respiré, luego volví a resoplar, tratando de controlar las lágrimas brotando de mis ojos. Habían pasado años desde que lloré por dejar el equipo nacional. Un mes fue todo lo que me di para sentirme mal por eso. Desde entonces lo había superado, acepté la realidad y continué con el resto de mi vida. Cuando algo se rompe en demasiados pedazos, no puedes mirarlos e intentar pegarlos de nuevo; a veces solo tienes que barrer las piezas y comprar algo más.

—¿Estás llorando?

Aclarándome la garganta, parpadeé con fuerza dos veces, bajando la mirada hacia la pequeña hendidura en la barbilla del alemán.

—No.

Sus dedos se levantaron para empujar mi hombro ligeramente.

—Para.

Levanté la barbilla y empujé su hombro hacia atrás, sollozando mientras lo hacía.

—Tu detente. No estoy llorando.

—Tengo dos ojos —respondió, mirándome con una expresión de preocupación en su rostro.

Justo cuando estaba a punto de sollozar de nuevo, me detuve. Esos ojos de color marrón verdoso estaban observándome fijamente demasiado cerca. La última persona en el mundo a la que me gustaría mostrar cualquier signo de debilidad sería a él. En cambio, dejé que mi nariz se pusiera toda acuosa y evité limpiarla mientras lo miraba fijamente.

—Obviamente, yo también, Berlín.

El “Berlín” lo hizo.

Para darle crédito, se conformó con fruncir el ceño en lugar de decir una palabra fea sobre cuán idiota era por llamarlo así.

—No soy de Berlín.

Un hecho del que era muy consciente. Él no sabía lo mucho que sabía de él, y no estaba dispuesta a decírselo. Algo sobre ese pequeño secreto me hizo relajarme.

Cuando lo miré directamente con una expresión serena y los hombros relajados, tan inocente como podía parecer, Kulti inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo oscuro.

—Sube al autobús, Sal.

Así que volvimos a "Sal".

Sabiendo muy bien cuándo era el momento de retirarse o responder alguna pregunta que no quisiera, retrocedí dos pasos.

—Lo que usted diga, señor.

¿Juego?

Flexioné mi pie dentro de mi bota y respondí: **Claro**.

¿Misma hora? Kulti contestó el mensaje de texto.

Ja. Sonreí a la pantalla antes de poner el teléfono en mi regazo.

—¿A quién diablos le estás sonriendo? —preguntó Marc desde el asiento del conductor mientras me veía por el espejo retrovisor.

La sonrisa se borró de mi cara.

—A nadie.

—Mentirosa.

Puse los ojos en blanco mientras el teléfono vibraba entre mis piernas. Al revisarlo, me aseguré de que la atención de Marc estuviera de vuelta en la carretera.

Te haré quesadilla.

Comencé a reír histéricamente.

—¡Maldita sea, Sal! —gritó Marc—. ¿Quieres que provoque un accidente?

A pesar de que Marc me gritó por estallar tan repentinamente, no me impidió reír a carcajadas.

Él estaba esperando en la banca para cuando metí mi auto en el estacionamiento del parque, con la banda de la cabeza puesta, el bate apoyado contra su muslo y un guante en su regazo.

Mantuve mi expresión, como si no me hubiera enviado el mensaje de texto más ridículo del día.

—Hola.

—Sal —Kulti dijo mi nombre como si lo hubiera estado usando siempre, poniéndose de pie con sus cosas en la mano. Tenía la misma variación de un atuendo que usualmente usaba: shorts deportivos blancos, una camiseta negra lisa y tenis para correr con la firma RK en negro y verde.

—¿Listo? —pregunté, mirando sus musculosas pantorrillas por una fracción de segundo.

—Ja —respondió.

Miré su rostro y solté una risita, pero él no estaba sonriendo, solo me estaba mirando como siempre. Caminamos juntos y en silencio hacia el campo. La conversación incómoda que tuvimos durante el juego de las Pipers hace unos días parecía olvidada. Entendí lo que quería decir y adónde quería llegar, así que no lo tomé como algo personal.

No fue sorpresa que nos pusieran en equipos diferentes. La mayoría de los jugadores en el parque eran personas con las que habíamos jugado las últimas dos ocasiones. Uno de ellos era el imbécil que jugó sucio y me pisó el pie, estaba parado con un par chicos, todos mirándome.

Extraño.

Una palma abierta me golpeó en el hombro.

—Cuidado. —Kulti se inclinó para mirarme a los ojos, su dedo índice apuntando hacia mi zapato.

Definitivamente lo tendría. Miré fijamente sus oscuros ojos verdes y asentí.

—Lo tendré. Buena suerte.

En lugar de decir algo, pasó junto a mí, golpeando el costado de su brazo contra mi hombro, ligera y… juguetonamente.

—Vamos, punk. Quiero comenzar el juego antes de cumplir cuarenta —gritó Marc, saludándome desde el costado del campo. Nuestro equipo estaba bateando primero.

—Eso es la próxima semana.

Me levantó el dedo medio.

Nos alineamos para batear y solo pudimos pasar cuatro bateadores antes de obtener tres outs y tener que cambiar de posición. Seis outs más tarde, logré sacar a tres de los seis jugadores rivales, y mi equipo regresó nuevamente a la defensa. Era un juego rápido con muchos cambios rápidos en las entradas. Parecía que iba a poder ir a practicar al día siguiente sin cojear.

Al menos eso es lo que pensé hasta que me di cuenta de lo competitivos y mezquinos que podrían ser algunos chicos.

No hasta que después de dos bateadores, tuve a uno de los jugadores adversarios derribándome con su brazo mientras corría hacia la base y yo atrapaba la pelota para marcarlo.

Aterricé sobre mi trasero y caí con bastante fuerza porque no lo había estado esperando en absoluto, porque en serio, ¿quién demonios juega así? La semana pasada debería haber sido una anomalía. Respiré hondo para controlar el ataque de ira que me embargaba y para recuperar el aliento por prácticamente por haber sido tacleada. Una vez que estuve tranquila, lo empujé y le lancé una mirada mordaz al imbécil. Era uno de los tipos con los que el idiota de la semana anterior había estado, y también una de las tres personas que había marcado antes.

Tomé otra respiración profunda, luchando contra un gemido mientras lo veía levantarse con sus manos y rodillas. Paciencia Sal. Paciencia.

Pero no estaba funcionando.

Me di la vuelta para sentarme, reprimiendo las maldiciones que se moldeaban en mis encías.

Paciencia. Paciencia.

Tragué saliva y me aferré a la poca paciencia que encontré en mi interior.

—Yo no juego así —dije con voz cuidadosa y controlada, poniéndome de pie lentamente. Me enderecé por completo, aunque todavía seguía siendo doce centímetros más baja que el hombre que

me empujó al suelo. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Tenía más o menos mi edad y era lo suficientemente guapo como para ser un idiota egoísta con su cabello lleno de gel y su barba recortada. Cuando era niña, aprendí muy rápido que, al jugar con mi hermano, Simon, Marc y sus amigos —y como persona— no podías acobardarte y dar marcha atrás. Además, estos idiotas no me daban miedo. Ni siquiera un poquito.

—No lo vuelvas a hacer.

—Guau, oye, oye. —La voz de Marc vino de algún lugar en mi periferia antes de aparecer. Se acercó lo suficiente, metió una mano entre nuestros cuerpos e hizo que el extraño retrocediera casi medio metro—. Amigo, no hacemos esa mierda. Especialmente no le haces esa mierda a ella, así que acéptalo o tu trasero está fuera de aquí. Eso va para todos ustedes.

La tensión era como una espesa neblina sobre el campo, hasta que el chico finalmente dio otros dos pasos hacia atrás y asintió. La ira zumbó en mis oídos mientras observaba cómo su estúpida cabeza se alejaba.

Una mano me golpeó con fuerza en el estómago, y no tuve que mirar hacia abajo para ver que era de Marc, luego se inclinó para mirarme a la cara.

—Pensé que habíamos hablado sobre tú corriendo riesgos —dijo entre dientes.

Parpadeé y sentí cómo se dilataban mis fosas nasales.

—Su amigo me pisó la semana pasada y ahora ese imbécil me hizo un movimiento de la WWE. ¿Qué querías que hiciera? ¿Sentarme aquí y dejarlo?

Ambos sabíamos que él era parte del trío que de niña me había enseñado que era aceptable meter el codo en el punto blando debajo de las costillas de la gente y, a veces, en sus riñones, si era necesario. No fue hasta que fui un poco mayor y estaba jugando en una liga que mi entrenador finalmente me explicó que no estaba bien… incluso si eso me ayudaba a conseguir el balón.

Con un suspiro, los ojos oscuros de Marc miraron hacia los míos.

—Por supuesto que no, pero sabes que lo último que quiero es que salgas lastimada porque estos maricas se ponen las bragas en los tacos.

—Lo sé, pero eso fue una mierda.

Una sonrisa tensa cruzó su boca.

—Es una mierda, pero a veces quiero lazarte al suelo, Sal, y quiero. Relájate. Le pincharemos los neumáticos en un par de semanas, cuando menos se lo espera.

Bah.

Resoplé, y luego resoplé otra vez. Era alguien muy importante en mi vida, en realidad, era más como un hermano bastardo ilegítimo que como un amigo. Besé las puntas de mis dedos y levanté la mano para darle una ligera bofetada.

—Yo también te quiero, pero no sé si podré esperar unas semanas.

Poniendo los ojos en blanco, se enderezó y frunció el ceño.

—Inténtalo. Mantén la ira a raya, mini-Hulk.

Puse los ojos en blanco, respiré hondo para recuperar el control, recogí lo que quedaba de mi paciencia y la puse cerca de mi corazón. Por el rabillo de ojo, vi a Kulti en la línea lateral, con un pie adelante y las manos a sus costados, esos antebrazos musculosos flexionados. Me di cuenta de que incluso sus pantorrillas estaban tensas. Su mandíbula estaba cerrada mientras permanecía, listo para quién sabe qué. Pero no se movió. No dijo ni una palabra, y yo todavía estaba demasiado enojada para leer su lenguaje corporal.

¿Fue un accidente? Lo dudaba mucho, pero había jugado con gente ruda en el pasado, y tal vez los dejaría ir con un codazo o un golpe en el hombro si eso les dejaba dormir mejor.

Pero, aun así, el tipo era un maldito imbécil.

Entonces sucedió de nuevo.

Unos minutos más tarde, una vez que los equipos habían cambiado de posición, estaba corriendo —no a toda velocidad— hacia la tercera base después de robar la segunda. Justo cuando estaba por pisar la base, alguien detrás de mí aceleró, y completa e innecesariamente, me empujó hacia adelante mientras intentaba marcarme.

Salí volando, directamente a una misión para comer un montón de tierra.

En circunstancias normales, habría sido capaz detener la caída, pero con la fuerza del golpe, tenía demasiado impulso. La imagen de

caer torpemente sobre mi rodilla o tobillo, y la posibilidad de romperme algo atravesó mi mente. No había una manera elegante de parar sin salir lastimada. Así que fui directamente hacia adelante, con las manos levantadas para evitar romperme una muñeca, y me deslicé sobre vientre. Y quiero decir, *me deslicé sobre mi vientre*, porque en realidad derrapé un poco. La caída fue fuerte y dolorosa. Me recordó cuando caí de panzazo después de haber hecho un clavado cuando era niña, fue tan fuerte el golpe que casi se sintió como si me hubiera roto una costilla.

Pero el punto era que me caí y derrapé. Me habían empujado. Y no estaba de acuerdo con eso, especialmente cuando el tarado y estúpido saco de mierda de metro ochenta que lo hizo decidió pararse sobre mí.

El estómago me ardía y me dolían las costillas mientras intentaba levantarme con las manos y las rodillas.

Santa mierda.

Contuve la respiración y siseé mientras exhalaba, con una mano bajo mi camisa para tocar la piel que sabía que estaba jodidamente raspada.

Antes de que pudiera ponerme de rodillas con éxito, el culpable había sido arrojado al suelo. Y me refiero a que lo *lanzaron*. No fue Marc, y no fue Simon. Si no Kulti que estaba a mis espaldas. Kulti había lanzado al hombre al suelo.

Reiner "El Rey" Kulti se paró sobre la maldita sabandija y se puso a horcajadas sobre su cuerpo.

—Eres un cobarde —escupió.

Literalmente, vi saliva saliendo de la boca del alemán mientras decía palabras en su idioma nativo, las cuales no entendía por completo, pero puede captar lo esencial. No eran para nada amigables.

—Eres patético. —Honestamente, pensé que lo iba golpear y estuve un poco decepcionada cuando no lo hizo. Su rostro siguió bajando más y más hasta tal punto que estuve segura que toda la sangre se le había ido a la cabeza.

Lo que siguió fue una explosión de alemán que hizo que los pelos de mi nuca se pusieran de punta. Agresivo y afilado, solo entendí unas pocas palabras aquí y allá. ¿Algo sobre la muerte y *su inversión*?

No tenía idea de qué diablos significaba eso. Lo que sí sabía era

que sonaba increíblemente feo. Sonaba tan feo, que sentí un pequeño escalofrío atravesar mi columna, incluso mientras permanecía arrodillada e inmóvil, a solo unos metros de distancia de la acción.

—Realmente es él —susurró Marc con una voz reverente, asustándome porque no tenía idea de que estaba tan cerca.

—Shh —siseé para poder escuchar si se le decía algo más al idiota en el suelo.

Efectivamente, no me dejaron colgada. Kulti se enderezó hasta ponerse de pie, con las piernas a ambos lados del cuerpo del tipo.

—La próxima vez, te romperé la mano. —Y con eso, se dio la vuelta. Juraría por mi vida que movió la pierna como si estuviera planeando patear al hombre, pero en el último minuto cambió de opinión y siguió avanzando… hacia mí.

¿Qué hice? Me quedé allí. Solo me *quedé allí.*

¿Él, el hombre que ni siquiera había pestañeado cuando un compañero de equipo se había lesionado dos vértebras después de una jugada sucia, me había defendido? *¿A mí?*

Ese imponente hombre de casi dos metros de detuvo unos cuantos pasos más tarde, con la mirada sobre la mano que tenía bajo mi camiseta. ¿Por qué? No estaba segura. Estaba tan concentrada en las acciones de Kulti que no estaba segura de nada.

Sus fosas nasales se dilataron, y juro que toda la parte superior de su cuerpo pareció expandirse cuando extendió la mano, su dedo apenas rozando mi barbilla. Kulti murmuró algo que sonó sospechosamente como “muy afortunado” en voz baja, su barbilla girando para detenerse justo sobre su clavícula, como si no pudiera soportar mirarme. Su manzana de Adam balanceándose, como si luchara por respirar antes de controlarse.

Su intensa mirada ignoró las bocas abiertas que nos rodeaban. Mientras me sujetaba por los codos, dijo con voz nítida:

—Hemos terminado aquí. Iré por tus llaves.

Todo lo que pude hacer fue asentir. Incluso podría haber olvidado respirar por la conmoción y la emoción mientras él continuaba sosteniéndome, ayudándome a ponerme de pie. Mis costillas cantaron una canción triste mientras me levantaba con un gemido. Me dolía la piel sobre el estómago, pero logré hacer contacto visual con Simon y Marc.

—Estoy bien —dije, por una vez en mi vida sin importarme que todas estas personas que no conocía bien estuvieran mirando el espectáculo conocido como Kulti Patea Traseros.

—¿Estás segura? —preguntó Marc, con el rostro surcado por la preocupación. Asentí—. Llámame más tarde, ¿de acuerdo?

Tragué saliva y me despedí con un gesto de mis dos viejos amigos, respirando con dificultad mientras me daba la vuelta para salir del campo. Kulti estaba delante de mí. Ya se había agachado para agarrar mi guante, el suyo estaba bajo su axila mientras tenía el otro brazo extendido en mi dirección en un gesto para que me acercara a él.

Lo hice.

Mis abdominales y costados me dolían con cada paso, pero me las arreglé para mantener la compostura mientras caminábamos casi uno al lado del otro, el alemán terminó un poco detrás de mí. Se desvió por un segundo para agarrar nuestras dos bolsas, arrebatándolas del suelo. El enojo que emanaba de él era sofocante, pero lo asimilé todo. Había estado a punto de golpear a ese tipo en mi honor.

Había visto a Kulti perder la cabeza por mucho menos, ¿pero por alguien más? Nunca. Marc iba a gritar por teléfono más tarde, lo sabía.

Lo miré mientras caminábamos hacia el estacionamiento, considerando un millón de ideas diferentes sobre cómo agradecerle por lo que había hecho. Por la postura de su cuerpo, un poco encorvada y con sus hombros tensos, pensé que sería mejor darle un minuto. Así que mantuve la boca cerrada y seguí caminando.

Mi auto estaba tan cerca que casi podía tocarlo. Todo lo que quería era llegar a casa, tal vez echar un poco de sal de Epsom en la bañera y remojarme un rato mientras ahogaba mi dolor en analgésicos de libre venta.

—Jesucristo —gemí, mis costillas punzaron de dolor cuando nos detuvimos junto al capó de mi auto.

El hombre enorme dejó caer nuestras dos bolsas al suelo, y no pude evitar notar la gran vena latiendo en su cuello. Tenía los dedos curvados a los costados.

—Déjame ver.

—Estoy bien —insistí, debatiendo si agacharme o no para

agarrar mi bolsa.

—Eres la peor mentirosa que he conocido —dijo—. Levanta tu camiseta o lo haré por ti.

—Uh…

No estaba bromeando.

Cuando no levanté inmediatamente mi camiseta, él lo hizo por mí. Una mano agarró el algodón desgastado del dobladillo y lo siguiente que supe fue que lo estaba levantando. Mi camiseta subió por encima de mis pechos, dejando a la vista mi sostén deportivo negro y todo.

Traté de alejar su mano.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Fue inútil. Tenía un agarre mortal sobre el material y sus ojos estaban enfocados como un láser en la sección media de mi cuerpo.

Tal vez debería ser más consciente de mi cuerpo, pero no lo era. No por completo. Comía bien, hacía mucho ejercicio y, francamente, no me importaba una mierda si pensaba que me faltaban curvas o viceversa. Porque estaba sufriendo. La piel que cubría mis abdominales estaba inflamada y roja. Justo en el centro, pequeñas gotas de sangre salpicaban mi pobre estómago. Afortunadamente, mis costillas no estaban hinchadas ni azules.

Pero mañana… me encogí.

Mientras me estremecía al pensar en cuánto me dolería mañana, Kulti tiró del dobladillo elástico de mis shorts azul marino y lo bajó cinco centímetros. Estaba lo suficientemente abajo como para que se pudiera ver la banda elástica de mis bragas de algodón azul pastel.

—Está bien —murmuré, mientras los jalaba para ponerlos en su lugar.

Kulti levantó la mirada, la barbilla todavía hacia abajo y con mi camiseta todavía en su otra mano.

—No pensé que fueras tímida.

—No lo soy. —A menos que estuviera frente a una cámara, eso se asemejarías más a un completo y total colapso.

—Estás actuando como si lo fueras.

Una pequeña parte de mí era muy consciente de que solo me estaba incitando, desafiándome para que hiciera lo que él quería. No era tímida. Estaba acostumbrada a que la gente —bueno, los fisioterapeutas, quiroprácticos y masajistas— me pusieran las manos encima cuando estaba medio desnuda. Practicar en sostenes deportivos cuando hacía demasiado calor, o cuando quería trabajar en mi bronceado tampoco era poco común.

No tenía ningún problema real con mi cuerpo, a excepción algunas estrías en lugares clave a lo largo de mis glúteos y cuádriceps. En algún momento, superé la idea de que los rostros hermosos y los cuerpos femeninos tradicionales, ya fueran delgados o curvilíneos, eran el único estándar de belleza en el mundo. El hecho de que no fuera una persona delgada o voluptuosa y que nunca sería del tipo de chica que es super atractiva, ahora estaba bien conmigo. Mi cuerpo y constitución lo hacían evidente.

Mis brazos, estómago y piernas eran producto del oficio en el que había estado trabajando durante toda mi vida. Eran mi máquina: torso corto, hombros anchos y muslos musculosos. Eran míos y no sentía vergüenza. Estaba feliz conmigo misma. Claro que la gente me había dicho que mis cuádriceps eran demasiado grandes, o que necesitaba dejar de levantar pesas antes de parecer demasiado varonil, fuera lo que fuera lo que eso significaba. Mis brazos no podían ser flacos, y necesitaba mis piernas para llevarme al final del universo y de regreso, y lo hacían. Por otro lado, también tenía compañeras y entrenadores que me decían que debería tener más músculo. Podría haber tenido más y podría haber tenido menos, pero era solo yo. En algún momento, solo tienes que decidir ser la mejor versión de ti misma, esa con la que puedas vivir y mirarte en el espejo día tras día.

Finalmente, encontré a esa persona. No es una modelo ni una fisicoculturista que participa en las competencias. Solo soy yo.

Además, había visto a la ex esposa de Kulti y sus ex novias. Le gustaban las altas, de cabello largo y con senos pequeños, justo entre la línea de delgadas y en forma.

Lo cual no se asemejaba a mis para nada pequeñas copas C que no se encogían sin importar la cantidad de presión que ponía, o a mis isquiotibiales y trasero que solo cabían en los jeans más elásticos después de diez minutos de moverme, saltar y meter el vientre. Ni siquiera pensé en mi cara porque era un asunto completamente diferente. Tenía cicatrices y pecas sobre las que no podía ni haría nada.

—De acuerdo. —Dejé caer mis manos y las levanté antes de

quitarme la camiseta. A la mierda. ¿Qué eran tetas y algunas pecas, cuando me había visto sin maquillaje casi todos los días durante los últimos dos meses?

Sus párpados cayeron sobre sus ojos color avellana, pero no dijo una palabra. En cambio, me observó con esa mirada intensa mientras sus manos cubrían mis costados justo debajo de mis costillas. Estaban frías y su agarre era fuerte. No pude evitar notar que sus manos eran grandes. Apenas logré reprimir un gemido ante su toque. Quiero decir, Marc me tocaba todo el tiempo. No era la gran cosa.

Sus manos se deslizaron hacia arriba, sus palmas tan anchas y sus dedos tan largos que casi podía abarcar todo mi abdomen.

Luego apretó y solté un gruñido realmente antifemenino.

El alemán no rompió el contacto visual conmigo ni una vez, incluso cuando sus pulgares presionaron el hueco entre mis costillas, las almohadillas descansado sobre la piel raspada sobre el músculo plano de mis abdominales. Mis fosas nasales se dilataron cuando me apretó por segunda vez, mi corazón se aceleró más y más, y el vello de mis brazos se erizó en respuesta al contacto.

¿Necesitaba mirarme mientras hacía esto?

—Estoy bien. En todo caso, solo estoy un poco magullada —dije con una voz controlada que ni siquiera insinuaba el hecho de que el gran órgano justo en el centro de mi pecho pensaba que iba encabezando la carrera Nascar.

Un pulgar acarició distraídamente una línea que tocó la banda elástica de mi sujetador, y no pude evitar recordar que, literalmente, estaba a solo un centímetro de la parte inferior del pecho.

—Estarás bien —dijo con confianza, como si tuviera poderes de rayos X que le dijeran que todo estaba bien.

Sus manos se alejaron mi estómago.

Tragué saliva, tratando de reponerme.

—Mis, uh, las llaves están en el cierre lateral de mi bolsa, ¿puedes agarrarlas por mí o pasarme la bolsa para que pueda tomarlas?

Me lanzó una mirada, agarró la bolsa del suelo antes de abrir el cierre y sacar las llaves, sosteniéndolas en la palma de su mano.

—Te llevaría a casa, pero… —Sus labios se curvaron sobre sus

dientes, casi como si fuera a morderlos.

Pero.

—No te preocupes por eso. —No le pregunté si no podía. No podía. Era así de simple. No sabía exactamente por qué, pero las pistas estaban allí.

Ni siquiera parpadeó ni se vio ligeramente incómodo, lo entendía. Asintió una vez, sus labios aún apretados.

—Te seguiré.

¿Seguirme a casa?

—Está bien. Lo prometo. Puedo llegar a casa de una pieza.

—Te seguiré.

Querido Dios.

—Estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer. Confía en mí, está bien.

—No. Te seguiré a casa —insistió. Abrí la boca para discutir, pero él me interrumpió—: Entra.

Así fue exactamente como me encontré conduciendo con un ícono de fútbol internacional siguiéndome a mi apartamento.

Diecisiete

Traducido por AstraBasha & Lucy_Sky
Corregido por Pakhie & M.Arte

Fue el golpeteo.

Fueron los malditos golpes los que finalmente me hicieron levantarme de la cama.

Iba a matar a quien estuviera al otro lado de la puerta. De acuerdo, tal vez no matarlo, pero en serio mutilarlo.

El hecho de que mis pies se arrastraran detrás de mí a las diez de la mañana era el primer ejemplo de lo terrible que me sentía. Aunque sabía mejor que nadie, que no estaba estirando activamente ninguno de mis músculos, lo que explicaba por qué me sentía aún peor que el día anterior.

—¡Ya voy! —ladré cuando los golpes se volvieron aún más insistentes.

Asesinarlo. Mancillarlo. Tal vez podría escapar con un crimen pasional.

Cuando miré por la mirilla que mi padre había instalado un minuto después de que terminó de ayudarme a mudarme, pensé en abofetearme para asegurarme de que no estaba soñando.

—¿Entrenador? —pregunté mientras desbloqueaba la cerradura superior y luego la inferior, abriendo la puerta solo un poco.

Su gran rostro alemán me miró por la rendija.

—Rey está bien. Déjame tranquila.

Le gustaría que lo llamaran Rey, King en español.

Lo dejé entrar.

Solo después de abrir la puerta, pensé en el hecho de que acababa de salir de la cama. Mi cabello debe haberse parecido a algo sacado de la peor pesadilla de John Frieda y mi cara… debía estar toda hinchada. Definitivamente estaba hinchada y manchada de baba, definitivamente.

—Me acabo de levantar —expliqué débilmente, mirándolo cerrar la puerta una vez que estuvo dentro.

—Ya lo noté. —Esos ojos marrón verdoso miraron mi rostro por

un segundo, desviándose un poco más abajo brevemente, antes de finalmente mirar alrededor de mi pequeña sala de estar—. Te llamé —dijo distraídamente.

—Puse mi teléfono en silencio después de llamar a Gardner para decirle que no iría a entrenar —expliqué. Primero, dormí como una mierda. Fui miserable, no pude encontrar una posición cómoda para dormir durante toda la noche. Cuando la alarma sonó a las seis de la mañana y me di la vuelta para apagarla, mis costillas me habían dicho con mucha calma que no había forma de que corriera, y mucho menos que fuera a la práctica.

Afortunadamente, en las últimas cuatro temporadas en las que estuve con el equipo, solo había faltado a la práctica en una ocasión que no tuvo relación con una lesión. Mi abuelo había muerto y había volado a Argentina para el exagerado funeral al que asistieron miles de personas. *Un país de luto*, así lo había llamado un presentador de televisión esa noche cuando me senté en la habitación de mi hotel para ver las noticias del día. Gardner ni siquiera dudó en decirme que me mejorara pronto y que volviera una vez que desapareciera mi misterioso "virus".

Odiaba mentir, pero al menos había prometido visitar al médico y quedarme en cama.

—Ya veo. —Dio un par de pasos más, sus ojos mirando la pequeña cocina y la isla donde tenía dos taburetes en lugar de una mesa.

Reprimí un bostezo.

—¿Estás bien?

Kulti me inspeccionó de pies a cabeza, frunciendo el ceño.

—Estoy bien. Vine para asegurarme de que estabas viva.

Tuve un breve recuerdo de anoche, cuando bajó la ventanilla mientras su auto estaba estacionado en la entrada, ordenándome que tomara algo para el dolor.

—Estoy bien. Me siento como un animal atropellado en la carretera, pero estoy bien.

—Te perdiste la práctica. No estás bien.

Tenía un excelente punto.

—Tengo una cita con el médico al mediodía, solo para

asegurarme de que nada esté roto.

Su expresión se oscureció mientras avanzaba hacia donde yo estaba para dirigirse a la cocina. Se detuvo después de dar dos pasos y miró por encima su hombro, su mirada dirigiéndose a mis piernas.

—¿Alguna vez usas pantalones?

—No. —Tenía shorts, maldita sea. Además, esto era Houston. Ninguna mujer llevaba pantalones durante el verano a menos que tuvieran que hacerlo.

Miró por un segundo más, me miró a la cara y luego continuó su viaje hacia la cocina.

—¿Tienes té o café?

Señalé.

—Ambos.

Hizo un ruido imperceptible mientras buscaba en los gabinetes de mi cocina.

Muy bien.

—Bueno, siéntete como en casa. Voy a ducharme y a ponerme unos pantalones, supongo. —Puede que le haya lanzado una mirada descarada ante la mención de ponerme los pantalones, pero no estaba prestando atención. Estaba de espaldas.

Treinta minutos después, estaba recién duchada, mis dientes cepillados, mi cabello… bueno, recogido en algo que podría considerarse un moño, desodorante aplicado, usando jeans que podrían haber pasado por leggins y un sostén real, y volví a aparecer en la sala de mi apartamento. Kulti estaba sentado en el sofá, bebiendo de una taza de café negro con una imagen de búho y mirando televisión.

El hecho de que el hombre que había tenido en mi pared durante casi una década estuviera sentado en mi sofá, tomando café porque había venido a ver cómo estaba, realmente no me afectó mucho. No diría que era algo normal, pero no me estaba asfixiando para hablar con él o me sentía asustada por no haber limpiado en un par de semanas. Solo… estaba bien. No era la gran cosa.

No era la gran cosa que Reiner Kulti estuviera sentado aquí, pasando el rato.

—¿Tienes hambre? —Me estaba muriendo de hambre. Para esta

hora del día, normalmente ya habría comido mi segunda comida.

—No —respondió, todavía sin darse la vuelta ni dejar de mirar la televisión.

Lo miré y comencé a buscar en mi refrigerador algo fácil de cocinar. Había algunas hamburguesas de pavo congeladas para el desayuno, fruta y una barra de pan integral. Dejé la fruta congelada a un lado para mezclarla en un batido mientras preparaba el resto. Kulti no dijo nada mientras preparaba mi comida, pero sabía que estaba completamente consciente de lo que estaba haciendo.

Cuando terminé, tenía una licuadora llena con un licuado raro de leche de almendras y restos de fruta congelada. Serví dos vasos y puse mi improvisado sándwich para el desayuno en un plato.

—Ten —dije, sosteniendo un vaso sobre su cabeza desde atrás.

Me lo quitó sin decir una palabra y dejó el vaso sobre la mesa de café. Tiesa, me senté en el extremo opuesto del sofá con el plato en mi regazo, el batido en la mesa de café y me senté a ver el programa de supervivencia en la pantalla. Kulti usó la mesa auxiliar mientras comía mi comida, haciendo un desastre por mí cuenta, porque me dolía demasiado intentar tener modales.

—¿Por qué tienes tantas grabaciones de este programa? —preguntó, navegando por mi DVR.

—Porque me gusta —le dije. Aunque, bueno, solo era en parte cierto. Me gustaba, pero también pensaba que los dos tipos que intentaban sobrevivir en diferentes condiciones y entornos eran realmente atractivos.

Kulti hizo ruidito, pero hizo clic en el episodio más antiguo en la parte superior. Definitivamente no iba a quejarme.

Ni siquiera pasaron quince minutos del programa, cuando el alemán giró completamente su cuerpo en mi dirección, su rostro con ligera sospecha.

Puse el plato en mi regazo y parpadeé.

—¿Qué?

—¿Te gusta el programa o te gustan ellos?

Oh, hermano. Marc se rio histéricamente cuando admití lo ardientes que encontraba a los dos hombres, tenían poco más de cuarenta, ambos canosos, uno estaba en la etapa temprana de pérdida

de cabello, pero no me importaba. Eran realmente atractivos, y todo lo relacionado con la supervivencia simplemente era un extra. ¿De qué me avergonzaba?

—Ellos, en su mayoría.

La expresión facial de Kulti no cambió, pero su tono lo dijo todo.

—Estás bromeando. —No podía creerlo. ¿Cuál era el problema? Ambos eran bien parecidos.

—No.

Parpadeó en mi dirección con esos ojos marrón verdoso.

—¿Por qué? —preguntó, como si acabara de decirle que bebía mi propia pipí.

Tomé el plato y lo sostuve directamente bajo mi boca antes de tomar un bocado de mi sándwich.

—¿Por qué no?

—Eres lo suficientemente joven como para ser su hija —gruñó —. Uno de ellos no tiene cabello en la mitad de la cabeza.

Tomé otro bocado de mi comida y lo miré atentamente, sin siquiera pensar que era extraño que pareciera tan indignado por quién me parecía atractivo.

—En primer lugar, dudo que tengan la edad suficiente para ser mi padre, y en segundo lugar, no me importa la calvicie.

Kulti sacudió la cabeza lentamente.

Bueno.

»Ambos están en buena forma, tienen sonrisas agradables y caras bonitas. —Miré la pantalla—. Y me gustan sus barbas. ¿Qué tiene de malo?

Su boca se abrió un milímetro.

—¿Qué?

—¿Tienes problemas con tu padre?

—¿Qué? No. Mi papá es genial, cielos.

Su boca aún no se había cerrado.

—Te gustan los viejos.

Me mordí los dos labios, mis ojos muy abiertos. Estoy segura de que mi nariz se dilató un poco. Cuán cerca de la verdad estaba, así que casi me hizo reír. En cambio, me encogí de hombros.

—No diría viejos, simplemente… ¿maduros?

Kulti me miró durante tanto tiempo que empecé a reír.

—Deja de mirarme de esa forma. No creo que alguna vez me hayan atraído los chicos de mi edad. Cuando era más joven… —Me enamoré de ti, pensé, pero no lo dije en voz alta—… pensaba que eran tontos y simplemente así se quedó —le expliqué.

Siguió sin decir una palabra.

—Olvídalo. Todos tienen un tipo. Estoy segura que sí.

Kulti parpadeó.

—No me atraen las personas mayores.

Puse los ojos en blanco.

—Bien, de acuerdo. No te gustan los hombres o mujeres mayores.

Ignoró mi burla al decirle que se sentía atraído por los hombres.

—No tengo un tipo —dijo lentamente.

Sí, lo tenía, y sabía exactamente cuál era.

—Todos se sienten atraídos por ciertas cosas, incluso tú.

Esos ojos verde avellana parpadearon a la velocidad de un glaciar en movimiento.

—¿Quieres saber lo que me atrae?

Tarde treinta segundos en darme cuenta de que no quería saberlo después de todo. ¿Quería escucharlo decir los requisitos previos en los que no encajaba? No. Diablos, no. Si bien entendía completamente su lugar en mi vida, eso no significaba que quisiera ser la antítesis de los sueños de Reiner Kulti. Mi orgullo no podía soportar tanto.

Pero no era como si pudiera dar marcha atrás. Apretando los dientes, asentí.

—Hazlo ya que piensas que soy un bicho raro.

—Me gustan las piernas.

¿Piernas?

—¿Y?

Sus ojos se entrecerraron un poco.

—La confianza.

—De acuerdo.

—Bonitos dientes.

Mmm.

—Una cara hermosa.

Puede que mi párpado haya comenzado a temblar.

—Alguien que me haga reír.

Las risas reprimidas se pusieron a toda marcha.

—¿Estás inventando cosas? —Porque, ¿en serio? ¿Kulti riendo? Ja.

—¿Hay algo malo con mi lista? —preguntó con una mirada pétrea.

—No habría nada de malo en ella si no estuvieras diciendo cosas al azar. ¿Alguien que te haga reír? Siento que vas a comenzar a describir a un unicornio después de eso.

Golpeó el interior de su mejilla con la lengua.

—El hecho de que no me atraigan las mujeres lo suficientemente mayores como para recordarme la última Gran Guerra, no significa que mi lista sea inventada —dijo Kulti.

Oh, Dios mío. Eso me hizo estallar en carcajadas.

—Haces que parezca que visito casas de jubilados en busca de citas. Esos hombres probablemente son solo un par de años mayores que tú, así que piensa en eso, rodillas decrépitas.

Y eso hizo que cerrara la boca.

—Eres la persona más insolente que he conocido en mi vida.

Sonriendo, le di un mordisco a mi sándwich.

Después de lo que parecieron cinco minutos, Kulti finalmente volvió su atención a la televisión, con una mejilla retraída, como si la

estuviera mordiendo.

Cuando terminó el episodio, me levanté lentamente y llevé mis platos a la cocina, agarrando los de Kulti en el camino.

—Me tengo que ir en treinta. Si prometes no robar nada que no puedas pagar por tu cuenta, puedes quedarte aquí y ver más televisión.

Hubo una pausa mientras se desplazaba por las grabaciones del DVR.

—Mi conductor está abajo. Nos puede llevar.

¿Nos? Mi plato cayó al fregadero.

—¿Quieres venir?

—No tengo nada más que hacer.

Esa no era la primera vez que decía algo así. Regresé al sofá y me senté cuidadosamente, mirándolo. Sabía que lo que estaba a punto de preguntar estaba completamente fuera de mi alcance, pero no me importó.

—¿Qué haces exactamente durante todo el día?

Era una pregunta honesta. No tenía que tener un trabajo normal, pero me imaginaba que tendría otras cosas que los mantenían ocupado. Tenía algunos proyectos, algunos negocios de los que había escuchado a través de los años, pero, aparentemente, también tenía mucho tiempo libre. Entonces, ¿qué hacía cuando no estaba en las prácticas?

Mantuvo su atención hacia el frente, pero pude ver cómo se tensaba el hombro que estaba más cerca de mí. Su respuesta fue simple.

—Nada.

—¿No tienes nada que hacer?

—No. —Modificó su respuesta—. Algunos correos electrónicos y llamadas, nada importante.

—¿Tienes negocios y otras cosas?

—Sí, y tengo gerentes que se encargan de todo así yo no tengo que hacerlo. Recientemente he minimizado mis obligaciones.

Eso sonaba… terrible.

—Podrías hacer cosas si quisieras —ofrecí débilmente—. Servicio comunitario, buscar un pasatiempo…

Kulti se encogió de hombros.

Eso no me ayudó a sentirme menos extraña respecto a lo aburrido que debía estar. No tener cosas que hacer me volvería loca. ¿Cómo podría no volverlo loco también? Quedarse en su casa todo el día…

De pronto recordé la noche que lo recogí del bar. Muy bien, tal vez no se quedaba en su casa todo el día. En cualquier caso, de pronto muchas cosas tuvieron sentido. Porque jugaba sóftbol, porque me pedía jugar soccer con él, porque estaba en mi departamento.

Un sentido de obligación se agitó en mi pecho. Pero no dije ni hice nada. Principalmente porque no planeaba olvidar lo que él había admitido.

Había tal cosa como demasiado, demasiado pronto, ¿no?

Recostándome en el sofá por un par de minutos más, esa idea en mi mente.

—En ese caso, vas a tener que tomar una de mis gorras antes de irnos.

—¿Por qué?

—Porque mi doctor es admirador tuyo. —Tenía un jersey enmarcado en su oficina.

Enarco una ceja.

—Tu fotografía estará por todo el internet antes de que te vayas —le expliqué—. Entonces todos preguntaran qué estabas haciendo en una cita médica conmigo, y lo siguiente que sucederá es que todos dirán que estoy embarazada de tu bebé.

Kulti resopló.

—No sería la primera vez.

Tenía razón. Podía recordar algunas veces a lo largo de los años en que los tabloides o revistas habían dicho que había embarazado a alguna chica con la que había sido visto. Especulaban sobre una nueva relación cada vez que estaba junto a una mujer.

Y luego sucedió su divorcio.

Fue malo. *Malo*. La gente le había puesto fecha de caducidad a su matrimonio desde el momento en que las fotografías fueron publicadas, y, en ese entonces, creí que estaba pasando por la peor época de mi vida. Mi primer amor —este imbécil que ahora me llamaba Taco— se había casado con alguna alta, delgada y hermosa perra.

De acuerdo, tal vez no era una perra, pero en aquel entonces no podrías haberme pagado lo suficiente para hacerme cambiar de opinión.

Exactamente un año después de su enorme espectáculo de boda, se le presentaron los papeles del divorcio a la actriz sueca de terror. Rumores de que se engañaban mutuamente, de él iniciando y terminando relaciones antes de que los trámites finalizaran, habladurías sobre un acuerdo prenupcial, llenaron los tabloides y los canales de entretenimiento por igual. La verdadera bomba había sido que el equipo para el que había estado jugando ni siquiera calificó para las finales ese año. La gente había hecho pedazos a Kulti. Y me refiero a que *su trasero había sido destrozado*.

Mientras que inicialmente me forcé a no seguir su carrera ni buscarlo en sitios web, o siquiera prestar atención cuando su nombre era mencionado, había sido imposible ignorar todo el drama, a pesar de lo mucho que quise hacerlo.

Luego regresó la siguiente temporada y ganó el campeonato.

No había visto ni prestado atención a la Liga Europea ese año, ni los dos siguientes. En ese punto, estaba demasiado enfocada en mí y en mi carrera. Reiner Kulti se había convertido en alguien que no tenía nada que ver conmigo.

—Es el precio de la fama, ¿eh? —pregunté, sintiendo una punzada de dolor en mi pecho. No debería doler tanto como lo hacía. Era extraño cómo incluso ahora, cuando estaba plenamente consciente de que nunca habría nada entre nosotros, mi cuerpo aún tenía una severa veta posesiva. Él se había casado con alguien, y prometido su vida a otra persona.

Bah. No tenía tiempo para esta mierda.

La mejilla de Kulti palpitó como si el también estuviera recordando todo por lo que había pasado. No es que fuera una persona comunicativa o accesible para empezar, pero cuando respondió con una sola palabra, me imagine que aún era un tema delicado para él.

—Sí. —Fue la única cosa que dijo.

Muy bien. Aclaré mi garganta y canturreé por lo bajo.

—Una mierda difícil, frankfurter.

Hubo una pausa antes dejara escapar una risita.

—Sal, no sé cómo aún nadie te ha dado un codazo en la cara.

Abrí la boca y presioné la punta de mi lengua detrás de mis dientes superiores por un segundo.

—Uno, al menos te digo las cosas a la cara y no a tus espaldas. Y dos, me han dado codazos en la cara. Varias veces. —Apunte hacia una cicatriz justo en mi pómulo, luego la parte inferior de barbilla y finalmente justo sobre mi ceja—. Así que, toma eso, cara de pretzel.

Para ser justos, él era rápido, pero tampoco estaba esperándolo.

El cojín del sofá me golpeó justo en la cara.

—Sal, no te he visto por aquí desde hace mucho —dijo la recepcionista al otro lado de la ventanilla mientras le entregaba un portapapeles con mis documentos, licencia de conducir y cartilla médica.

—Lo haces sonar como si no fuera algo bueno —le dije con una sonrisa.

Me guiñó el ojo.

—Te llamáremos para hacerte una radiografía en unos minutos.

Asentí hacia la mujer mayor y le sonreí a la pareja esperando pacientemente detrás de mí. Caminé de vuelta a mi asiento en la esquina de la habitación donde el alemán estaba sentado con el control remoto de la televisión en la mano, revisando los canales en la pantalla plana montada. Ahogué un gemido mientras me sentaba, mis manos agarrando los reposabrazos mientras descendía.

Me estaba mirando, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—¿Qué?

Miró hacia abajo, ya sea a mis manos o a la camiseta con cuello en V que me había puesto, no estaba segura, y entonces volvió a mirarme a la cara.

—Tú.

—Cállate. La última vez que no fui al entrenamiento fue cuando mi abuelo murió. No falto sin una buena razón. —Solté un largo suspiro y permanecí erguida, espalda derecha, manos extendidas para ayudar a levantarme cuando dijeron mi nombre.

Se estiró y golpeó un lado de mi rodilla con el dorso de su mano.

—Volveré.

Abrí la boca y dejé que una gran sonrisa se apoderara de mi rostro, la acción lo detuvo a medio camino. La única razón por la que no me reí fue porque me dolería, pero aun así resople.

—Bien, Arnold.

Kulti no lucía particularmente impresionado.

—Es austriaco, no alemán, pequeña boba —dijo sin expresión, su cara decía que lo estaba molestando, pero sus ojos decían que era un poco graciosa.

Además, no quise decir que pensaba que Arnold era alemán, pero si lo molestaba, daba igual.

Estirándose en toda su altura, golpeó mi rodilla con su mano y salió de la pequeña sala de recepción hacia el baño. Saqué mi teléfono del bolso de cuero negro que mis padres me habían comprado en Navidad y empecé a escribirle un mensaje a Marc. Le dejé saber que había llegado a mi cita, y que me harían una radiografía bastante pronto. No lo había molestado demasiado al tomarme el día libre, no había nada importante en el calendario, pero aun así. Me sentía mal, incluso si fue él quien me dijo que no fuera hasta asegurarme de que no me lastimaría más al trabajar.

—¿Te importaría subir el volumen?

Levanté la vista de mi teléfono para ver al hombre que había estado detrás de mi registrándose con su esposa, luciendo expectante desde su lugar al otro lado de la habitación. Estaba refiriéndose a la televisión.

—Claro —dije, tomando el control remoto del lugar vacío de Kulti y subiendo el volumen de la televisión distraídamente.

Me tomo un segundo darme cuenta de cuál era el tema de hoy en televisión.

—… no es la primera vez que el dinero saca de problemas a uno de estos chicos. ¿Cuántas veces sus representantes no ocultan cosas de

las que no quieren que el público se entere? Hay empleados de todo tipo para cada gran deporte, quienes siguen a estas súper estrellas, llevándolas de vuelta a sus hoteles después de pasar la noche entera en un club de striptease o de fiesta. Algunos fans no quieren saber sobre sus atletas favoritos haciendo cosas comunes y corrientes. Honestamente, no estaría sorprendido si existiera algún registro de Kulti conduciendo bajo la influencia del alcohol del que nadie puede encontrar evidencia sólida. El tipo es un héroe nacional alemán, incluso si la mitad del país lo odia. Después de las dos temporadas que pasó con en el equipo de la Liga Americana Masculina, es prácticamente un héroe americano…

Cambie el canal, mi corazón latiendo en mi garganta.

Jesucristo. ¿Estaban discutiendo si tenía un registro de conducir bajo la influencia del alcohol en el jodido *Sports Room*? ¿No tenían nada mejor de qué hablar?

—Disculpe. ¿Le molestaría volver a ponerlo? —preguntó el hombre al otro lado de la habitación.

De pronto estaba increíblemente agradecida de haberle dicho a Kulti que se pusiera una de mis gorras antes de dejar mi apartamento. Sintiéndome un poco como una idiota, sacudí la cabeza.

—En un minuto. Lo siento.

El desconocido no podía creer que dijera que no, y honestamente, también estaba sorprendida de haberlo dicho. Pero llegado a ello, prefería que este extraño creyera que era grosera a que Kulti volviera para ver esa mierda reproduciéndose. No había estado actuando extraño, así que no creí que supiera que habían estado hablando de él en televisión por cable, pero ¿qué sabía yo?

—¿Eres la policía de la televisión o algo así? —preguntó el extraño con el ceño fruncido.

Traté de razonar conmigo misma de que solo estaba siendo un idiota porque yo había empezado.

—No —dije tranquilamente, mirándolo directamente a los ojos porque ser tímida cuando estás siendo grosera solo empeora las cosas —. Lo pondré de nuevo en un segundo.

Con suerte, si esperaba un minuto, los presentadores estarían hablando de otra cosa.

El tipo solo se quedó mirándome. A veces, en realidad no necesitas decir la palabra “perra” para hacer llegar el mensaje.

Obviamente este tipo había dominado ese talento.

Sentí a Kulti antes de que realmente regresara. Caminó justo frente a mí a propósito, el costado de su pierna chocando contra mis rodillas antes de tomar su lugar en la silla junto a la mía. Le tomó un segundo notar las feas vibras que el otro hombre estaba emanando.

El alemán se inclinó hacia delante, un codo en su rodilla y la mitad de su cuerpo enfrentándome, pero su cabeza estaba girada hacia el extraño. Afortunadamente, mi gorra estaba inclinada sobre su frente.

—Estoy seguro de que hay algo más que puedes ver, amigo.

—Estaría mirando la televisión, *amigo*, si tu chica no la hubiera apagado —explicó el hombre.

Kulti no me preguntó por qué la había apagado o por qué no volví a encenderla. Se quedó en la misma posición en la que estaba, su mano libre descansado sobre su otra rodilla.

—En vez de preocuparte por la televisión, quizás deberías preocuparte por tu colesterol, ¿no crees?

Oh, Dios.

—Señorita Casillas, ¿viene conmigo? —dijo una voz desde la puerta.

Me levanté y golpeé ligeramente a Kulti en el hombro mientras miraba al hombre al otro lado de la habitación. Se levantó después de mí, sin prestarle atención al hombre. Bajando la voz para que solo él pudiera oírme, susurré:

—Quizá quieras llamar a tu publicista. Estaban hablando sobre Kulti en *Sports Room*, y no era sobre ser jugador de fútbol. —Dejé caer mi barbilla—. ¿Sabes a lo que me refiero?

Sus ojos se movieron a los míos, antes de asentir.

No estoy segura de por qué lo hice, pero me estiré y le di un apretón a su muñeca.

—No robaste nada ni mataste a nadie. Lo que sea que piense alguien a quien no conoces, no es importante.

—¿Señorita Casillas? —dijo el personal médico una vez más.

—Ya voy. —Dándole una mirada al alemán, di un paso atrás—. Déjame terminar con esto.

La última cosa que hice antes de dirigirme a la parte de atrás para mi cita, fue dejar caer el control remoto en el asiento junto a la esposa del hombre. Sacar las radiografías fue rápido, más que nada porque estaba pensando sobre la situación con Kulti. No había confirmado o negado nada. Entonces, ¿qué significaba eso?

Treinta minutos después, estaba sentada en una habitación con mi doctor mientras me mostraba un gran conjunto de imágenes.

—Nada está roto. ¿Ves? Ni siquiera una ligera fractura —confirmó.

—Eso es lo que quería escuchar. —Le sonreí al doctor con el que había ido desde que me mudé a Houston. Su asistente médico de pie en la esquina de la habitación.

—Deberías intentar hacer algún comercial de leche. Tienes unos huesos muy fuertes, Sal —bromeó, escribiendo algo en mi expediente —. Te recomiendo tomar una semana libre para estar seguros…

Me ahogué.

—…o al menos cuatro días si eliges ser obstinada y regresar. — Levantó la mirada con una sonrisa.

Sí, eso no era mucho mejor.

—Te daré una receta si necesitas una, o solo haz que alguien me llame o envié un email si necesitan hablar conmigo —dijo el doctor—. No quieres empeorarlo. Tu cuerpo necesita recuperarse.

Cuatro días en realidad serían cinco, porque me perdería el juego, y por defecto tendría el domingo libre.

Entregándole mi expediente a su asistente, el hombre mayor sonrió.

—Mi esposa y yo fuimos al primer partido de la temporada — señaló—. Tienes un verdadero talento, chica. No he visto a nadie moverse así desde *La Culebra*. Has oído de él, ¿verdad?

Apenas pude contener mi sonrisa antes de que de que cayera de mi cara.

—Sí, lo he hecho. Es muy amable de tu parte decir eso. —Aclaré mi garganta e ignoré la extraña sensación que sentí ante la mención de la estrella latinoamericana—. Gracias por ir al juego, por cierto. Probablemente podría conseguirte un par de entradas para otro juego si quiere ir de nuevo.

—Eso sería genial. Cualquier juego estaría bien.

Hice una nota mental para ver a quién podría sacarle algunas entradas.

—Entonces, eh, ¿cómo es trabajar con Kulti? —Las mejillas del doctor estaban rojas como manzanas.

De pronto, estaba agradecida de que el alemán no me hubiera seguido al consultorio. Solo podía imaginarme cuánto enloquecería el doctor si supiera que Reiner "El Rey" Kulti estaba sentado en su sala de espera.

—Es… genial. Es inclemente, pero sabe de lo que habla.

El doctor tenía esta mirada soñadora en sus ojos.

—Apuesto que sí. Siempre he querido conocerlo.

Para. Nada. Obvio.

—Al principio estaba muy nerviosa a su alrededor. —Era la verdad—. Pero es como todos los demás —dije mientras me deslizaba fuera de la mesa de examinación tan cuidadosamente cómo fue posible, sin creer del todo las palabras que salían de mi boca. Kulti no era como todos los demás. No totalmente. Dirigiéndome hacia la puerta, le dije—: Le enviaré un email con las entradas una vez que las consiga.

Si estaba decepcionado porque no ofrecí presentarle al alemán, no lo demostró. El asistente médico me dio mi expediente y me dio instrucciones sobre cómo encargarme del pago. Agradeciéndole al doctor y a su asistente una vez más, abrí la puerta y encontré a Kulti apoyado contra el muro junto a ella.

—Me asustaste —dije, mirando hacia atrás para asegurarme de que el doctor seguía en la habitación. Hice un gesto hacia donde estaba sentada la recepcionista—. Vamos.

Realicé el pago tan rápidamente como fue posible, tratando de salir como el infierno de allí antes de que el doctor viera a mi amigo. Mi amigo que no dijo ni una sola palabra mientras tomábamos el ascensor hacia el vestíbulo, el mismo amigo que se quedó en silencio mientras entrabamos al auto en el que su chofer nos había llevado al médico. Su mandíbula estaba tensa, sus hombros aún más, y no me perdí la manera en que sus manos estaban hechas puños mientras miraba por la ventana todo el camino de vuelta a mi casa.

Tragué y miré por la ventana opuesta, sin estar segura de qué

decir para mejorar la situación. Honestamente, ni siquiera quería preguntarle que había descubierto. Aunque estaba bastante segura de que me consideraba una amiga, no me engañaba a mí misma creyendo que iba a contarme todos sus problemas. Considerando que aún había cosas que prefería que él no supiera, imaginé que no estaba en posición de ser hipócrita y preguntar.

Cuando el auto se estacionó en el camino de entrada que llevaba a mi departamento, titubeé. El alemán seguía mirando por la ventana; aparentemente no iba a salir, imagine.

—Oye.

No se giró a verme por completo, pero flexionó su mandíbula. Era como un chiquillo enojado. Evitando el contacto visual y sin hablar.

Muy bien.

—Sabes que tu reputación es solo lo que los demás piensan de ti, tu personalidad es quién eres tú en realidad.

Supe desde el momento en que se lamió el labio inferior que no estaba buscando mi apoyo. Pero sabiendo que estaba a punto de arruinarlo no fue suficiente advertencia.

—Si necesitara tu mierda inspiracional, la pediría.

Bien, está bien.

Reprimiendo mi irritación, traté de ponerme en sus zapatos. *Odiaría* que mi vida personal se hiciera pública y todos empezaran a hablar al respecto. Tenía razón en sentirse frustrado, pero en realidad solo estaba tratando de ayudar. Así que, muy bien. *Paciencia*. Seguramente tenía experiencia con estar bajo el microscopio mundial, pero eso no significaba que fuera más sencillo lidiar con ello con el tiempo, ¿verdad?

Inhalé profundamente y apreté la manija de la puerta con mi mano.

—Solo estoy tratando de decir que este no es el fin del mundo. Superarás esto como siempre lo has hecho. Al final del día, esto no es la gran cosa, ¿no?

Kulti mantuvo su atención hacia el frente; su dedo índice rascó el costado de su nariz. Pude sentir la arrogancia emanando de él. Dios Santo.

—¿Cuántos seguidores tienes? —preguntó con voz fría.

—¿Qué importa cuántos seguidores tengo? —respondí de manera uniforme. No iba a dejarlo hacerme sentir insignificante solo porque yo no tenía la misma cantidad de fanáticos que él.

—Eres una niña con un solo seguidor que hace un año solía jugar un solo partido de diez minutos. No creo que estés en posición de decirme lo que es importante y lo que no lo es.

La indignación quemó mi garganta. Enderecé mi columna y le lancé una mirada realmente miserable, que hubiera sido mucho más efectiva si en realidad hubiera estado mirándome. Porque, *qué jodido imbécil.* Tenía esta terrible urgencia de patearlo justo en las bolas.

—Estoy de acuerdo de que estés molesto por que tu vida personal esté siendo usada como chiste en la televisión nacional, pero no creí que serías un snob cuando todo lo que estoy tratando de hacer es poner todo esto en perspectiva para ti.

—No sabes ni una maldita cosa —murmuró.

Jesucristo.

—Sé lo suficiente. No eres la única persona en el mundo que ha hecho algo de lo que se ha arrepentido. Entonces, ¿qué más da que tu licencia haya sido suspendida? Jodidamente fantástico, Rey. Pero ya está hecho, y todo lo que importa es lo que harás contigo mismo a partir de ahora. Ser un idiota no es la forma de manejarlo. ¿Pero qué se yo? Soy pobre y joven, ¿verdad?

Sabiendo que no había nada más que hacer o decir, abrí la puerta y giré todo mi cuerpo para hacer la salida lo más fácil posible para mis costillas.

—Gracias por el aventón y por ir conmigo —dije justo antes de salir.

Nada. No dijo ni una sola palabra mientras cerraba la puerta.

Bien.

Dieciocho

Traducido por Elizabeth.d13 & Perséfone
Corregido por Pakhie & M.Arte

Para ser justos, me habían advertido.

Jenny me había enviado un mensaje de texto en el que me informaba que la práctica del viernes había sido bombardeada por reporteros que querían descubrir el supuesto DUI[4] de Reiner Kulti.

Acababa de empezar a preguntarme por qué a la gente le importaría algo así cuando me recordaba que a mí no me había importado. Especialmente no después de que alguien había sido un completo imbécil conmigo. Durante cuatro días me quedé en casa, y durante tres de esos días estuve enfadada por cómo me había hablado.

Gané más dinero en un día que tú en un año por hacer exactamente lo mismo. Por supuesto que eso me molestó. La escala salarial era un hecho innegable, por mucho que apestara, pero no necesitaba ser un imbécil pretencioso al respecto.

Luego, para rematar, aunque no esperaba con exactitud una disculpa, definitivamente no había recibido una. Ni un mensaje de texto, ni una llamada telefónica, nada. Así que tal vez no me habría molestado tanto el exceso los medios de comunicación a las afueras del campo de fútbol si Kulti no hubiera sido grosero cuando yo solo intentaba ser una buena amiga.

—¡Sal! ¿Qué tienes que decir sobre el registro público de tu entrenador? —gritó uno.

—¿Cómo te sientes sobre…?

Los rechacé y seguí caminando hacia el campo.

—¡Lo siento! ¡Tengo que llegar a la práctica! —Era la verdad, no estaba mintiendo. Tenía que llegar a la práctica. Después de cuatro días de descanso con las costillas todavía un poco adoloridas y mi estómago todavía lleno de costras, tenía que volver a la normalidad.

Mi pelea con un virus imaginario necesitaba terminar.

—¡Has vuelto! —Genevieve, una de mis compañeras de equipo, me saludó cuando pasé junto a ella—. ¿Te sientes mejor?

Mientras nadie me golpee las costillas, lo estaré. Desafortunadamente, eso no era lo que podía decirle.

—Mucho mejor. Buen trabajo el viernes, por cierto.

Me sonrió y regresó a su ejercicio.

La mayoría de las otras chicas me saludaron mientras caminaba junto a ellas, diciendo que estaban felices de verme o que me habían echado de menos. Era una exageración más que probable, pero les daría el beneficio de la duda. Claro que las había echado de menos —al menos en el campo— y a Jenny y a Harlow, por supuesto. Quedarme atrapada en casa durante cuatro días había sido una tortura.

Brazos me rodearon el cuello por detrás.

—Estoy tan feliz de que hayas vuelto —dijo Jenny en mi oído, dándome un apretón que me dejó inmóvil en el lugar.

—También te extrañé —agarré sus antebrazos antes de golpearla en la cadera con la mano.

Ella solo me abrazó con más fuerza antes de alejarse. Cuando retrocedió, Jenny inclinó la cabeza en dirección a los medios de comunicación, al tiempo que movía las cejas.

—De locos, ¿eh?

El hecho de que hubiera sido yo la que le contara a Kulti sobre la cobertura de su problema era una locura. Y el otro hecho que también era una locura, era que Marc era el único que tenía alguna idea de que pasaba tiempo con el alemán. No era la clase de persona que tenía secretos, y este en especial me hacía sentir mal. Le estaba mintiendo a mis amigos y familiares, y no era como si pudiera guardar esto en lo más profundo de mi ser.

Todo lo que pude hacer fue asentir, dándome la vuelta para mirarla.

—Sí. No veo cuál es el problema.

—Yo tampoco. —Jenny se encogió de hombros, pero rápidamente se estiró para tocar mi codo. Bajó la voz a un susurro—. Ha estado de un humor horrible desde entonces. —Hizo una pausa como si realmente estuviera pensando en lo que salía de su boca—. Del peor humor. Le oí decirle a Grace que debería considerar retirarse.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Jenny solo asintió.

Jesús. Pensé en ello durante posiblemente cinco segundos más y

luego alejé todos los pensamientos relacionados con Kulti. Tenía mejores cosas que hacer.

—Ven a ayudarme a estirarme. Todo está rígido —le dije.

Levantó la mano y apretó mi hombro. Me tomó toda mi fuerza de voluntad no doblar las rodillas para alejarme más de ella. Tan casualmente como me fue posible, me aleje de ella. En serio me preguntaba si su novio la dejaba acercarse a sus partes privadas.

Estaba preguntándome si alguna vez le habría hecho un trabajo manual cuando vi a Gardner y Kulti caminando juntos hacia el campo. Si estaban hablando o no, no podía decirlo, pero mis dientes respondieron ante la vista del alemán.

Si se hubiera disculpado al día siguiente o al siguiente después de ese, lo habría perdonado dándole solo una cantidad mínima de mierda. No era como si fuera la primera persona en hacerme un comentario imbécil en mi vida, y no había manera de que fuera el último. Mi propia madre me había dicho algunas cosas bastante groseras en un momento u otro, pero siempre la perdonaba. Ni siquiera iba a comenzar con las cosas que me había dicho Ceci, mi hermanita, a lo largo de los años, lo que solo me recordó mi próximo viaje a San Antonio para el cumpleaños de mi padre. Todavía necesitaba conseguirle algo.

—Te agarraré una mini-banda —dijo Jenny, sacándome de mis pensamientos, por suerte.

Necesitaba concentrarme.

Cerrando los ojos con fuerza, me tiré de espaldas contra el césped para intentar recuperar el aliento después de correr. Me dolía la espalda, sentía que mis pulmones estaban envueltos en una banda de hierro que se estaba encogiendo a cada minuto, y por mucho que deseaba quitarme la camiseta para refrescarme, no podía mostrarle mi vientre a todos.

Maldición.

Una sombra se cubrió mi pecho, seguida poco después por:

—Tienes más por dar, *schnecke*[5]. Levántate.

Mantuve los ojos cerrados. La tentación de ignorarlo era abrumadora, pero no podía hacer eso. Fingir que no estaba allí solo le daría más poder. Además de eso, ¿*schnecke*? ¿Qué demonios significaba eso? No importaba. Lo que sea.

—Me levantaré en un segundo —le dije con una larga exhalación.

Mi propio eclipse personal no se movió a pesar de que al menos le había respondido.

Tampoco me molesté en abrir los ojos cuando terminé de recuperar el aliento.

La sombra se movió hacia la derecha cuando algo golpeó el costado de mi pie.

—¿Estás lo suficientemente bien como para jugar hoy? —La voz de Kulti era baja mientras hablaba.

Su empujón me hizo abrir los ojos y mirar directamente al cielo azul grisáceo.

—No.

Kulti estaba parado a mis pies, sus manos detrás de su espalda mientras me miraba.

Lo miré por un segundo y luego giré para sentarme suavemente y ponerme de pie. Mirándolo de reojo, le di una sonrisa tensa al alemán que no sentí en absoluto.

—Tengo que volver.

Eso es exactamente lo que hice.

A las ocho de la noche, mi celular sonó con un mensaje de texto.

Desde mi lugar en el sofá con mis pies pegados a la mesa de café, miré la pantalla y vi cómo emergía “Pastel de chocolate alemán”.

Volví a ver mi programa. Si era vida o muerte llamaría, y no lo hizo.

A las cinco en punto de la tarde siguiente, mi teléfono emitió un pitido con un mensaje de texto entrante nuevamente.

“Pastel de chocolate alemán” apareció en la pantalla.

Por un segundo pensé en recogerlo y posiblemente leer el mensaje, pero había ignorado el del día anterior; durante la práctica de hoy, me había hecho pasar un infierno durante mi juego uno a uno. Básicamente, estaba actuando como si nada estuviera mal, y como si

no hubiera sido un imbécil días antes.

Ahora me estaba enviando mensajes de texto otra vez.

—¿Obtuvieron tu número de teléfono? —preguntó Marc desde detrás del volante.

Puse mi teléfono entre mis piernas y negué con la cabeza. Marc ya sabía sobre la locura en las prácticas con los reporteros y el misterio detrás del historial de manejo de Kulti. Me había estado advirtiendo que era solo cuestión de tiempo antes de que alguien se desesperara lo suficiente como para llamarme, especialmente porque Jenny y yo éramos las únicas jugadoras que teníamos fotos en Internet dónde aparecía él.

—No. —Le sonreí a mi amigo y antes de darme cuenta de qué demonios salía de mi boca, inventé algo—. Número equivocado.

—¿Ya terminaste?

Levanté mi bolsa y la coloqué sobre mi hombro opuesto y me estiré, limpiándome la frente con el dorso de la mano.

—Tengo que ir a trabajar.

El alemán tenía su propia bolsa sobre el hombro. Su apuesto y hermoso rostro estaba tenso mientras se pasaba una mano por la cabeza.

Levanté las cejas, forcé una sonrisa en mi rostro y me giré para comenzar a caminar.

La mano de Kulti se extendió para tomar mi muñeca, deteniéndome en el lugar.

—Sal —siseó, girándome para enfrentarlo.

Respiré por la nariz y eché la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Kulti, necesito ir a trabajar. —Su cabeza se movió hacia atrás, la esquina de su mejilla se redondeó como si estuviera metiendo la lengua allí.

—Kulti, ¿en serio?

—Ese es tu nombre, ¿no? —Deslicé mi brazo hacia arriba y fuera de su agarre, manteniendo mi mirada fija en esos ojos de color marrón

verdoso que parecían más claros hoy de lo habitual—. Mira, realmente necesito ir al trabajo. Necesito mi trabajo para ayudarme a pagar las facturas. —Así que tal vez mi sonrisa se volvió un poco condescendiente, un poco engreída y solo un poquito maliciosa.

—No deberías darme el poder de hacerte enfadar. —Bajó su cara a la mía y tuve que luchar contra la necesidad de poner los ojos en blanco.

—Lo que no debo hacer es perder mi tiempo en alguien con un problema de actitud.

La manzana de Adam de Kulti se movió, su mirada intensa se fijó en mí mientras se tomaba su tiempo para responder. Las palabras fueron uniformes y firmes mientras salían de su boca.

—Solía ganar más dinero en un día que la mayoría de las personas, no eres la única…

Esto no estaba ayudando en absoluto. Mi ojo se crispó.

—Sí, ganabas más dinero en un día que la mayoría de las personas en los países del tercer mundo en una vida. Confía en mí, lo entiendo, y no me importa cuánto dinero ganes o no ganes. No seas idiota.

No estaba acostumbrado a que lo llamaran idiota si es que la expresión de su rostro decía algo, pero en ese momento no podía haberme importado menos.

—He trabajado tanto como tú para llegar a donde estoy. Solo porque no gano tanto dinero como tú no me hace menos digna.

Kulti negó con la cabeza.

—Nunca dije eso.

—Bueno, seguro que lo hiciste sonar así. Al igual que me hiciste sentir tan pequeña por tener otro trabajo —le dije, sosteniendo mi pulgar y mi dedo índice a un centímetro de distancia.

—Sal —refunfuñó mi nombre.

Levanté una ceja hacia él.

—Hago paisajismo. ¿Sabías eso? Porque nunca has preguntado, pero creo que deberías saber aunque no lo hayas preguntado. Lo siento, no lamento no poder cumplir con tus estándares.

—¿Qué estándares?

—Tus estándares. ¿No puedo darte consejos porque soy demasiado joven? ¿O es que soy pobre? Espera, es porque soy una chica. ¿Es así?

—¿Por qué estás siendo tan terca con esto? Eso no es lo que quise decir.

Eso me hizo soltar una risa aguda.

—Si se cambiaran nuestros roles, ¿realmente crees que no me dirías algo similar o peor? ¿En serio? —Él me diría que comiera mierda y le besara el culo con seguridad, y esa era la versión para mayores de trece años de eso.

Sabía que era la verdad por la forma en que su lengua se asomaba a un lado de su mejilla.

Tiré suavemente de mi brazo lejos de él, y él me dejó esa vez.

—Mira, no estoy de humor para hablar contigo en este momento. No desquitar tu ira conmigo y esperar que lo supere como si nada hubiera pasado. El hecho es que nunca le diría lo que me dijiste a nadie. Pensé que éramos amigos y ese fue mi error. No quiero ser amiga de alguien que me menosprecia. Realmente necesito ir a trabajar. —Retrocedí un par de pasos y le ofrecí una sonrisa que no estaba sintiendo—. Hablaremos después.

No tengo ni idea de si o cómo respondió él porque me fui. No había estado mintiendo. Marc y yo teníamos mucho trabajo que hacer.

Me quedé mirando las imágenes en la tablet.

—¿De verdad eran reales?

¿Era yo en las fotos? Sí, lo era. Juntando mis manos y colocándolas entre mis muslos, aparté la vista de las fotografías que se habían tomado justo afuera del edificio de mi doctor.

La primera imagen que aparecía era una en la que caminaba junto a Kulti con la cabeza gacha. En la segunda estaba de mi lado, parado junto a su auto justo antes de que entráramos, y la tercera me mostraba entrar mientras el alemán estaba demasiado cerca.

Definitivamente era yo. No podía negarlo; cualquier persona con una visión decente podría reconocer quién era.

Así que el hecho de que Gardner, Sheena y Cordero —el gerente

general de las Pipers— me hubieran citado a una reunión para hablar de esto me puso nerviosa.

—*¿Eres tú?* —Cordero había preguntado poco antes de que Sheena deslizara la tablet.

Era una pregunta capciosa y no me gustaba. Tal vez era bueno que no fuera una mentirosa y que no tuviera nada que ocultar. En cualquier caso, todavía estaba nerviosa.

Miré al hombre detrás de esta mierda justo a los ojos y asentí.

—Soy yo.

Ninguno de ellos parecía remotamente sorprendido. Por supuesto que no lo estaban. El Señor Cordero sabía muy bien quién estaba en las fotografías; solo quería que me cortara la garganta con una mentira.

Metiendo mis manos un poco más profundo entre mis muslos, me encogí de hombros.

—Me acompañó a mi cita con el médico cuando no estaba bien. —*Estaba bien* era lo suficientemente vago como para que no fuera una mentira total. Manteniendo mi rostro neutral, mantuve mi mirada fija en el gerente general del equipo—. No he hecho nada malo.

El argentino se acomodó en su silla, la cual era la más cercana a la mía.

—"Malo" es un poco subjetivo, ¿no te parece?

—Claro. —Me encogí de hombros—. Pero en este caso, no he violado ninguno de los términos de mi contrato ni he hecho nada de lo que no le diría a mi padre.

Bueno… casi no le había contado nada a mi padre sobre mi amistad con el alemán. O a cualquier otra persona en realidad, pero eso se debía principalmente a que todos harían un escándalo al respecto y no había nada que resaltar, fuera grande o pequeño.

Un golpe en la puerta evitó que alguien dijera otra palabra. Gardner le ordenó a la persona que entrara, y no podía decir que me sorprendió ver a Kulti. Sus ojos se encontraron con los míos cuando tomó el asiento más cercano a la puerta. Su rostro era inexpresivo, sus anchos hombros relajados. Todavía llevaba su ropa de la práctica, pantalones de chándal y una camiseta de las Pipers, se recostó en su silla y miró directamente al Sr. Cordero.

—¿Qué está pasando?

El gerente general tomó la tablet del escritorio de Gardner y se la pasó al alemán.

—Estas imágenes fueron publicadas hace un par de días.

Kulti miró la pantalla por un instante, y tardó solo un segundo en devolver el dispositivo con una mirada impaciente.

—¿Qué hay de malo con ello?

—Estas son fotos de usted y una de las jugadoras estrella del equipo en uno de los sitios web de espectáculos más populares del mundo —explicó el Sr. Cordero con una voz fría que sonaba casi como si fuera un sabelotodo.

Provocando dos de los momentos más irreales de mi vida. Kulti cruzó sus musculosos brazos con tanta firmeza, que pude ver las venas sobresaliendo de sus antebrazos y una o dos subiendo por sus bíceps, y me encogí de hombros.

—Lo que veo es una foto mía llevando a mi amiga al médico.

—¿Tu amiga? —preguntó Cordero con incredulidad.

—Eso es lo que dije —respondió Kulti. Su volumen era bajo, pero no había ningún error en su irritación ante la conversación.

El Sr. Cordero se volvió hacia mí, como si pudiera estar manipulando a Reiner Kulti para que dijera que era su amiga frente a tres empleados de las Pipers.

—¿Son amigos? —No fue mi imaginación que me eso sonara un poco más tonto cuando me preguntó en lugar de al alemán. Por otra parte, no era el ícono nacional de ningún país.

Asentí con la cabeza al gerente general de las Pipers, mis emociones se convirtieron en nudos ante la admisión de Kulti.

—Sí. —Éramos amigos cuando al menos no me estaba sacando de mis casillas.

—Amigos —dijo distraídamente—. ¿Qué tipo de amigos?

Sí, quería golpearlo. Quiero decir, sabía cómo se veía todo esto, pero ¿en serio? Había renunciado a tanto por las Pipers, ¿y él pensaba que haría algo para poner en peligro la única parte del fútbol que realmente me quedaba? Mi cara se enrojeció mientras intentaba disuadirme de no decir algo que solo podría perjudicar mi carrera más

de lo que ya se había visto afectada.

Sabía lo que estaba tratando de hacer, y estaba segura como el infierno de que no iba a permitir que este hombre que trabajaba en una oficina me hiciera parecer como si no me estuviera tomando este trabajo en serio.

—Somos el tipo de amigos que tienen muchas cosas en común. —Jesucristo.

Antes de que pudiera decir algo más lógico, el alemán interrumpió su respuesta.

—Somos mejores amigos. No entiendo por qué eso es un problema.

Si fuera de las que se desmayaran, lo habría hecho, pero en lugar de eso, dejé que mi cerebro reaccionara a su comentario en lugar de a mi corazón. ¿Había estado esperando que me delatara? Sí, supongo que sí.

De acuerdo. Bien.

Todavía había sido un imbécil unos días antes. Lo que estaba diciendo no cambiaba nada.

»No hay ningún problema ni razón para que estemos aquí —declaró el alemán de una manera que dejó poco espacio para discutir —. Estabas completamente al tanto de la cobertura de los medios de comunicación que vendrían aquí con mi presencia, y aun así me querías aquí. No puedes elegir lo que publica la gente.

Sheena dejó escapar una risa tensa.

—Señor. Kulti, no se ve bien…

—No puedes decirme de quién puedo o no puedo ser amigo —la interrumpió—. Realmente no importa cómo se ve algo si no es lo que realmente es, ¿cierto?

Espera un segundo, eso sonaba algo familiar…

Sheena volvió su atención hacia mí, su rostro ligeramente sonrojado.

—Sal, con tu historia…

Esta perra comenzaba a ir en esa dirección. Necesitaba detenerla.

—No he hecho nada malo en este caso. Si lo hubiera hecho, no tendría ningún problema para asumir la responsabilidad de mis acciones. Él es mi amigo y no hay nada inapropiado en nuestra amistad. No tengo nada de qué avergonzarme.

La punzada de culpa de que no le había contado a nadie sobre él estaba allí, pero juraría que solo había guardado el secreto porque no quería este tipo de atención. Había algunas cosas que la gente no podía entender, y obviamente esta era una de ellas.

Kulti cruzó los brazos y se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas y la cabeza aún más alejada del respaldo de la silla.

—Esto no sería un problema si no fuera por los problemas de relaciones públicas que están sucediendo conmigo en este momento. No hay nada aquí que valga la pena decirse. Ella es mi mejor amiga…

Le lancé una mirada por el rabillo del ojo y le recordé la mierda que había salido de su boca fuera de mi apartamento. Es decir, *¿es así cómo se tratan los mejores amigos? ¿En serio?*

Aparentemente, vio mi expresión facial y no le importó que no me sintiera particularmente amigable en ese momento.

»Nada de lo que digan ustedes va a cambiar eso. Fin de la historia. Si desean algo más, comuníquense con mi manager.

—Sal…

Estaba dividida entre entrar en pánico porque estaban haciendo de esto un gran problema y debatir si valía la pena defenderme o no.

—Solo son fotos de nosotros entrando a su auto —argumenté a medias, sin saber qué ruta tomar.

Era una buena jugadora, una de las más consistentes en el equipo, pero la verdad era que todas eran reemplazables. No podía darme el lujo de actuar como una diva, pero al mismo tiempo, la vocecilla dentro de mi cabeza quería que les dijera a estas personas —y por personas realmente quería decir Cordero— que se fueran a la mierda.

—Señorita Casillas, creo que ha dejado en claro que sus habilidades para tomar decisiones no son nada para… —Cordero comenzó a despotricar.

Kulti se lanzó hacia adelante en su asiento, y sentí que mis ojos se abrían ante su postura defensiva.

—Voy a decirte ahora que no quieres terminar esa oración.

Gardner tosió.

—No hay ninguna razón para que nadie se altere. Te creo, Sal, si dices que son amigos, son amigos. Nunca me has dado una razón para no confiar en ti. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que queremos que esta temporada transcurra sin problemas o, al menos, sea más fácil de lo que ha sido.

—Esto es mi culpa. Asumiré la responsabilidad por la atención negativa, pero no los dejaré culparla por ser mi amiga —dijo Kulti—. Sal no ha hecho nada malo.

—No creo que lo entiendan. Esto no se ve bien —dijo Sheena rápidamente, antes de que alguien la interrumpiera—. ¿Creen que podrían…? No lo sé, Sr. Kulti, solo estoy lanzando ideas para que usted hable con su publicista, pero… ¿harán algo públicamente para alejar los rumores de… esta… amistad? ¿Tal vez tener una cita?

Kulti ni siquiera dudó.

—No.

—Pero…

—No —repitió.

Los ojos desesperados de Sheena se encontraron con los míos.

—Sal, ¿y tú? ¿Podrías ir a una cita? Publicar algunas fotos…

—No.

Definitivamente no fui yo la que le contestó. Fue Kulti quien respondió casi enojado. Así que lo dejé.

—Sal…

—No. —dijo Kulti de nuevo—. Absolutamente no.

—Pero…

—Deja de preguntar —espetó el alemán—. No lo voy a hacer y ella tampoco.

—He hecho casi todo lo que me han pedido. No quiero hacer esto —le expliqué con cautela, tratando de aliviar la hostilidad que irradiaba el hombre a mi lado.

Cordero soltó una carcajada.

Diez minutos más tarde, encontré a Kulti esperándome fuera de la oficina de Gardner. El señor Cordero se había ido primero, y seguido inmediatamente por el alemán. Sheena se quedó en la oficina para discutir algo. ¿Qué otra cosa podría ser además de mí o el alemán?

—No hay nada de lo que debas preocuparte —me aseguró la profunda y grave voz de Kulti.

Me rasqué la frente, tratando de alejar la frustración que sentía por la conversación que acababa de terminar. Una desagradable y molesta sensación se había establecido en mi vientre. Esto no me sentaba bien y, sinceramente, estaba realmente preocupada de que intentaran usar algo en mi contra. No estaba segura de por qué me sentía tan pesimista, pero lo hacía.

Un codo me dio en mi costado.

—Deja de preocuparte —ordenó.

Parpadeé hacia él y ni siquiera pensé en alejar su codo. Me había llamado su mejor amiga; le daría medio crédito por eso… aunque seguía siendo un imbécil.

—No puedo —le susurré mientras nos acercábamos al ascensor en el edificio de oficinas—. Cordero no está jugando. Y no es un gran fan mío.

Kulti hizo esa cara que me decía que necesitaba relajarme.

—Es igual que cada gerente general en cada equipo. Piensa que es un Dios pero no lo es. —Me dio un codazo en el codo una vez más —. No tienes nada de qué preocuparte.

Mi estómago y mi cabeza decían lo contrario. Los nervios habían empezado a comerse mis órganos.

—No quiero que me intercambien, y no quiero que me dejen en la banca.

No iba a tener un ataque de pánico. No iba a tener un ataque de pánico.

Esto no iba a ser como el equipo nacional de nuevo. No había hecho nada malo.

Coloqué las manos contra mis caderas y las apreté, deseando calmarme.

—Sal. —Kulti se paró justo frente a mí—. Nada va a suceder. No

les dejaré hacer nada, ¿entiendes?

Mis rodillas comenzaron a temblar de la misma manera en que lo hacían cuando estaba frente a una cámara. Oh, Dios, iba a vomitar. En algún momento de los últimos dos minutos había empezado a sudar.

—Sal. —La voz del alemán se hizo aún más fuerte, más decidida. Sus grandes manos aterrizaron sobre mis hombros—. Nadie te va a obligar a hacer nada que no quieras hacer. —Amasó los músculos de mis hombros, su voz era una cadencia suave y tranquilizadora—. Lo prometo.

Fue "Lo prometo" lo que me hizo mirarlo; sentí que este enorme y feo nudo de miedo subía hasta el centro de mi pecho.

—Me gusta este lugar.

Sus ojos marrón verdoso parecían estar tan cerca de los míos.

—¿Recuerdas todo ese dinero que hice?

El impulso de darle un puñetazo en el estómago todavía estaba allí, pero en lugar de eso, asentí.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Puedo permitirme los mejores abogados.

—¿Quieres que los demande? —Tosí.

—Si es necesario.

Santa mierda.

—No quiero eso. Solo quiero jugar aquí.

—Lo sé. —Me dio un apretón de hombros—. Si sucede algo —continuó el alemán—, nos ocuparemos de eso. Eres la mejor jugadora del equipo. No se librarán de ti.

Otro disparo al corazón. Jesucristo. ¿La mejor jugadora del equipo? Me sentí codiciosa, como si necesitara engullir todas estas cosas bonitas y guardarlas para un día lluvioso cuando él me llamara retrasada, o incluso para un día cuando fuera mayor y ya no pudiera jugar. Así podría volver al pasado y recordar el día en que el cinco veces Jugador Mundial del Año, el Rey, me dijo que era la mejor jugadora de mi equipo.

Él sacudió mi brazo.

—¿De acuerdo?

Asentí, todavía un poco insegura.

—Sí.

Kulti asintió y dejó escapar un suspiro. Había círculos oscuros bajo sus ojos claros, y parecía en conflicto.

—Cuando me enojo, me cuesta controlar lo que digo —dijo, con la barbilla inclinada hacia abajo.

—Oh, lo sé. Confía en mí. —Parpadeé—. O mejor no.

El alemán suspiró exageradamente.

—Eres mi mejor amiga.

Comencé a poner una cara como "sí, claro". ¿Yo? ¿Su mejor amiga? Solo tomaría la parte de "amiga". Acepté ese título en la oficina porque me pareció algo muy monumental para sacarme de problemas.

Pero… tan pronto como empecé a hacer una mueca, me detuve. Kulti no era un hombre que malgastara sus palabras, así que…

—Tienes una manera horrible de mostrarlo.

—Lo sé. —Pero no se disculpó—. He hecho muchas cosas de las que me arrepiento ahora, y a veces es difícil para mí lidiar con ellas.

Mis ojos se estrecharon, la curiosidad me carcomía. Es posible que nunca vuelva a tener la oportunidad de que Reiner Kulti se disculpe. Echando un vistazo rápido a mi alrededor, me aseguré de que no hubiera otra persona en la distancia que pudiera escuchar y le susurré:

—¿Realmente obtuviste una multa un DIU?

Responder a la pregunta no fue tan fácil como esperaba, pero con un gran trago, Kulti asintió.

Bien. Eso no fue exactamente impactante. Había borrado de su mente cuando lo había recogido de ese bar hacía unos meses. La gente cometía errores todo el tiempo. Tenía derecho a cometerlos al igual que cualquier otra persona.

—Bueno —dije simplemente—. Gracias por decírmelo.

Su mirada pasó de uno de mis ojos al otro antes de que respirara profundamente y tragara, su manzana de Adán balanceándose con

fuerza.

—Estaba en un mal momento de mi vida después de retirarme —explicó inesperadamente con esa voz baja que me gustaba—. Estaba muy enojado y adquirí un mal hábito del que no me enorgullezco.

Asentí lentamente, todavía vigilando para asegurarme de que no había nadie alrededor.

—¿Necesitas ayuda? —susurré.

Un ojo de Kulti comenzó a temblar, pero negó con la cabeza.

—He estado sobrio durante más de un año.

Entrecerré los ojos e hice una mueca. Su plazo era discutible.

—Con excepción de ese día, no tengo ningún problema en no beber, pero una vez que comienzo… —Kulti frunció el entrecejo. Esto *era* difícil de admitir para él. ¿Quién quiere admitir sus fracasos? Yo no. Y definitivamente él tampoco—. Me defraudé a mí mismo, y sé que hay gente a la que esta noticia podría decepcionar aún más. De cualquier manera, ya no habrá bares en mi futuro. Prefiero quedarme en casa. —Me dio un codazo—. O en tu casa.

Sí, era completa idiota, perdonaba a las personas con demasiada facilidad.

Mi expresión facial debe haber dicho eso porque me dio un codazo otra vez.

—Tú y yo peleamos, ¿sí? Está en nuestra naturaleza. Creo que deberías hacerte a la idea. —Las comisuras de su boca se elevaron un poco—. ¿Estamos bien ahora? —preguntó con una seriedad expectante.

¿Lo estábamos? Sabía lo que sería cortés decir, pero no era una mentirosa. Al menos no lo solía serlo. Así que le dije la verdad a Kulti.

—En su mayoría. Aún eres un imbécil por lo que dijiste, pero te perdonaré porque sé que estabas molesto y algunas personas dicen cosas que no quieren decir en el calor del momento. Así que mientras no vuelvas a decir algo tan estúpido, puedo vivir con esto esta vez, Reindeer[6].

La mirada que me lanzó estuvo en blanco durante tanto tiempo, que no esperaba que reaccionara de la manera en que lo hizo. Estaba

segura de que discutiría conmigo un poco más acerca de cómo necesitaba superar mi enojado con él, por pequeño que fuera.

Pero no lo hizo

En cambio, casi un minuto después de que terminé de hablar y mientras las puertas del nivel principal del edificio de oficinas se abrían; Kulti se echó a reír. Juro que dijo algo como “Reno” tras sus risas monstruosas.

Diecinueve

Traducido por Perséfone, Jackie, Joss_P, Nerea97, Yobs
Corregido por Pakhie & M.Arte

—Oye, Gen, buenos días —le dije a Genevieve mientras caminaba a mi lado la tarde de nuestro próximo juego, dos días después de la reunión en la oficina de Gardner.

La chica más joven, que siempre había sido amable conmigo, siguió su camino. Sus cejas se levantaron mientras caminaba y eso fue todo.

No pensé demasiado en eso. Estaba acostumbrada a las chicas. Chicas con todo tipo de reacciones durante sus períodos: las que se enojaban sin razón, las que lloraban, las que se ensimismaban, las que querían entrometerse en todo tipo de cosas durante todo el día, todo eso y más. No era la gran cosa. Cambios de humor, he estado de ese lado.

Me imaginé que tal vez estaba teniendo un mal día o algo así. También existía la posibilidad de que estuviera en su período. Quién sabe.

Ni siquiera quince minutos después, justo al comienzo del calentamiento del equipo, escuché a alguien detrás de mí.

—¿Viste las fotos?

No pude identificar exactamente a la persona que estaba hablando, y no quise darme la vuelta hasta escuchar un poco más. No era como si hubiera otras fotos además de las mías con Kulti, pero daba igual.

—¿Qué imágenes? —preguntó la otra voz con un volumen regular.

Un segundo después, la primera voz dijo:

—Cállate. —Y luego fue seguido por un “Auch”.

Ahora hablando en voz baja, la segunda persona preguntó:

—¿Qué imágenes? —susurró.

—Las de… —hubo una pausa—… y Kulti.

—¿Qué? No. ¿Cómo son? —preguntó la segunda voz.

Hubo otra pausa seguida de:

—… salía de algún edificio con él, y los muestra subiendo a su auto.

—¿En serio?

—Sí. Es… —pausa—… estoy segura. Escuché que las chicas tuvieron una reunión con Cordero y Gardner al respecto y que ellos no lo negaron…

Me sentí incómoda, tan, tan incómoda. Incluso después de obligarme a dejar de escuchar lo que decían, todavía me sentía agravada. Ya habían comenzado los rumores y las verdades a medias. El impulso de darme la vuelta y decirles que no había sucedido de esa forma era abrumador, pero tuve que practicar lo que predicaba.

No había hecho nada.

El único problema era que cuanto más se prolongaba la práctica, más sentía el peso de las múltiples miradas en mí. Escuché algunos de los murmullos. No eran todas las chicas, pero eran las suficientes como para hacerme sentir sucia.

Sabía que no había hecho nada por lo que avergonzarme y Kulti sabía que no lo habíamos hecho, así que no debería importarme lo que pensaran los demás. Si me lo recordaba lo suficiente, era más fácil ignorar a las chicas que me miraban con curiosidad.

Además de las miradas y los susurros, la práctica estuvo bien. El último juego antes de nuestra semana de descanso, por otro lado, no fue tan bien. Perdimos en el tiempo extra. El vestuario se llenó de decepción después. No fue hasta que el equipo de entrenadores se fue y comencé a cambiarme, con la intención de ducharme una vez que regresara a mi casa, que Jenny se colocó a mi lado mientras salíamos.

La expresión en su cara me preparó para lo que iba a salir de su boca.

—Sal, no quería decir nada, pero algunas de las chicas están hablando de ti.

Le di una sonrisa por encima del hombro que no estaba sintiendo del todo.

—Lo sé.

Eso no la hacía parecer menos preocupada.

—Está bien, Jen. Lo prometo. No he hecho nada que malo, y no

voy estar defendiéndome todo el tiempo.

—Lo sé. —Sus ojos oscuros en forma de almendra estaba completamente abiertos—. No me gusta escucharlos decir cosas sobre ti.

Mi cuello se calentó.

—A mí tampoco. Aunque no importa. —Miré a mi amiga a la cara, entendiendo que realmente me creía que no había hecho nada con el alemán. Al menos alguien me creía—. Sabes que no lo hice y yo lo sé, y me conformo con eso.

Jenny apretó los labios y asintió rígidamente.

—Si hay algo que pueda hacer…

—No te preocupes por eso, en serio. No hay nada que hacer. Lo superarán. —O no lo harían. Bla. Pero no estaba dispuesta a dejar que la gente que hablaba cualquier cosas sobre mí a mis espaldas, me desanimara.

Y no era esa clase de mierda. Habría hecho casi cualquier cosa por las chicas del equipo, incluso por alguien con quien no fuera cercana. Sin embargo, aquí estaban, chismeando como si no hubiera trabajado con la mayoría de ellas, tratando de ayudarlas a mejorar, o tratando de motivar a todas cuando lo necesitábamos. Además de eso, alguien dentro de ese grupo era la persona que me había delatado con Cordero semanas atrás.

Me daba igual. *Me daba igual.* Ya había pasado por esto antes, pero esta vez no iba a dejar que la culpa se apoderara de mí. No tenía nada de lo que sentirme culpable.

Mi amiga hizo una mueca antes de deslizar un brazo sobre mi hombro mientras caminábamos.

—Sé quién se ha hecho una cirugía de nariz —ofreció —. También sé quién tiene una infección vaginal. Lo que hagas con eso depende de ti.

Me eché a reír y le devolví el abrazo.

—Está bien, pero gracias de todos modos.

Jenny finalmente dejó caer su brazo cuando salimos al estacionamiento. Su rostro aún mostraba líneas de preocupación en su boca, pero cambió de tema.

—¿Todavía irás a casa para el descanso?

—Sí, es el cumpleaños de mi padre y no he ido hace mucho tiempo. ¿Tú?

Se deshizo su coleta alta y dejó que su largo y negro cabello cayera sobre sus hombros.

—Me voy mañana por la mañana. Tenemos un par de juegos de exhibición dentro de unos días. No regresaré hasta dentro de casi dos semanas. —El "tenemos" al que se refería era el equipo nacional.

Yo era partidaria de Jenny y Harlow, y siempre las apoyaba. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentí una punzada de algo parecido al dolor.

—Diviértete —le dije, pero solo a medias. Reuní algo de entusiasmo por la persona que siempre me apoyaba—. Me aseguraré de que Harlow saludé a Amber por mí —dije con una sonrisa malvada que hizo que Jenny resoplara.

—Eres mala.

Le golpeé el trasero.

—Solo cuando necesito serlo.

El golpe familiar que había llegado a asociar con Kulti comenzó a las siete y quince de la mañana siguiente. Ya había estado despierta durante casi una hora y media, había terminado mi carrera matutina y estaba preparando mi maleta antes de ducharme para poder salir a San Antonio. Lo último que esperaba era que el alemán apareciera en mi puerta, especialmente a las siete de la mañana.

Tomé una sudadera del montón de ropa en mi cama con la intención de ponérmela cuando los golpes se hicieron aún más persistentes. *Idiota impaciente*. Llegué a la puerta con un suspiro, sin siquiera molestarme en revisar la mirilla.

—¿Bratwurst? —pregunté mientras quitaba el cerrojo.

—Ja.

Abrí la puerta de par en par y comencé a saludarlo, solo para frenar mi movimiento cuando me di cuenta de lo que llevaba puesto: una camisa, jeans y botas de cuero marrón desgastadas. Era la primera vez que lo veía usando algo que no fueran pantalones de entrenamiento o shorts. Huh. Un segundo después, noté algo más.

Había una mochila sobre su hombro.

Y me estaba mirando fijamente.

No me perdí el tic en su mandíbula cuando miró desde la camiseta sin mangas de siete años de antigüedad que llevaba puesta sobre mi sostén deportivo y los shorts elásticos que parecían más a la ropa interior que a cualquier otra cosa.

Tampoco me perdí la forma en que su párpado comenzó a temblar justo antes de que su mirada finalmente se deslizara hacia arriba y la contracción empeorara.

—¿Qué? —le pregunté cuando él no movió su cuerpo o su mirada.

Esos oscuros ojos verdes volvieron a contemplar los que estaba usando. Su voz fue demasiado firme y lenta.

—¿Abres la puerta medio desnuda todo el tiempo?

Oh, querido Dios.

—Sí, papá. —Parpadeé hacia él y me paré a un lado para darle espacio para que entrara—. ¿Estás llegando… —volví a mirar su bolso —… o te vas?

—Me voy —dijo mientras entraba a mi casa, todavía frunciendo el ceño ante mi ropa de entrenamiento.

—¿A dónde vas? —Cerré la puerta detrás de él.

Kulti dejó caer su maleta junto a mis botas de trabajo.

—A Austin.

—¿De verdad? ¿Por qué? —Quiero decir, me gustaba Austin tanto como a cualquiera. Había estado allí cientos de veces en mi vida, pero no era mi ciudad favorita del mundo. No esperaría que este tipo quisiera pasar sus días libres en Austin cuando podía permitirse el lujo de ir a cualquier parte.

El alemán se dirigió hacia mi cocina y directamente a la alacena, sacando una taza.

—Tengo una cita esta tarde.

¿Por qué lo primero que pensé fue que se refería a una cirugía plástica? No tenía ni idea. Puse las manos en el mostrador entre nosotros y me incliné hacia adelante, dándole una mirada incrédula.

—*No.*

Me miró por encima del hombro cuando encontró una olla pequeña y comenzó a llenarla con agua de mi refrigerador.

—¿Sí?

—Rey, amigo, no lo hagas. Todavía eres muy guapo y, honestamente, siempre puedes saber cuándo alguien se sometió a una cirugía. No me importa lo que diga el cirujano plástico, se nota —le dije con toda seriedad.

Dejó la olla sobre la estufa, pero no encendió el quemador. Sus anchos hombros se desplomaron mientras levantaba una mano y se pellizcaba el puente de la nariz. Cuando se giró para mirarme, sus ojos estaban cerrados y la punta de su lengua estaba en la esquina de su boca.

—Burrito. —Abrió un ojo—. Me estoy haciendo un tatuaje.

—Ohh. —Bueno, me sentí como una idiota.

Él asintió, el movimiento como si fuera un sabelotodo.

—¿El que tienes en tu brazo? —Era el único que conocía.

Asintió de nuevo.

¿Por qué demonios iba a Austin cuando había alrededor de un millón de tiendas de tatuajes en Houston?

—Está muy bien. Yo iré a casa. —Luego me di cuenta de que no sabía a dónde estaba mi verdadero "hogar"—. A San Antonio. Está cerca de Austin.

Kulti me sorprendió muchísimo cuando dijo:

—Lo sé. Te pagaré mil dólares por llevarme a Austin.

—¿Qué?

—Te pagaré mil dólares para que me lleves a Austin. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la maleta que había dejado en la puerta —. La gasolina también.

Me rasqué la nariz, tratando de asegurarme de que no estaba bromeando. Mi instinto dijo que no estaba bromeando. Definitivamente no lo estaba.

—¿Quieres que te lleve a Austin para tu cita? —No pude evitar preguntar.

El alemán asintió.

—De acuerdo. —Lo miré con los ojos entrecerrados, debatiéndome sobre cómo abordar esto y decidiendo que no había una forma agradable de hacerlo—. No sé cómo decir esto sin sonar como una mala amiga que no aprecia tu generosa oferta, pero… ¿por qué no dejas que tu conductor te lleve?

—El cumpleaños de su hija es hoy —explicó.

—¿Y quieres que te lleve, aunque podrías pagarle a alguien menos dinero para que te lleve? —le pregunté lentamente.

—Sí.

Oh, hermano. La parte perezosa de mí que estaba decidida a pasar cuatro días con mis padres, no quería llevar a Kulti. Entonces la otra mitad de mí se sintió mal al decirle que no.

—Estaba planeando pasar el fin de semana con mis padres, no puedo traerte de regreso justo después de tu cita.

Levantó un solo hombro voluminoso.

—No tengo nada más que hacer.

Un punto para Sal por ser una maldita imbécil.

Él no tenía nada más que hacer.

¿Por qué eso me hizo sentir tan mal?

Pero no podía dejar que me hiciera sentir mal. No podía cancelar mi vista con mis padres.

—Rey, pasaré el fin de semana allí. No puedo traerte de vuelta. Ya les prometí que iría.

—Te escuché la primera vez —respondió en un tono del que no era muy fan—. Dije que no tengo nada más que hacer. Así que me quedaré contigo.

Se quedaría…

¿Se quedaría conmigo?

Una imagen de mi padre desmayándose pasó por mi mente.

—¿Quedarte conmigo en casa de mis padres?

Levantó otro hombro perezosamente.

—Sí.

—¿Durante el fin de semana?

El sabelotodo puso los ojos en blanco.

—Ja.

Bastardo sarcástico.

»¿Es eso un problema? —preguntó después de un momento en que no dije nada.

Me aclaré la garganta y volví a pensar en mi papá.

—¿Recuerdas que mi papá era un gran fan tuyo? —Él asintió —. Es un gran fan, tienes que entender que si quieres ir y… —tragué —… quedarte con ellos, podría desmayarse y actuar como si no hablara inglés durante todo el fin de semana. —Entonces imaginé la escena—. Y mirarte, él podría mirarte fijamente y no decir una palabra.

El alemán pareció pensarlo durante cinco segundos antes de encogerse de hombros, como si nada de lo que dije le molestara en absoluto. Ni siquiera un poquito.

—Sí. Bien.

Respiré hondo porque de repente no podía comprender por qué ya había aceptado esto.

—¿Estás seguro? —le pregunté lentamente.

Me miró justo antes de volverse para agarrar la olla de nuevo.

—Sí. Ahora dúchate y ponte algo que te cubra más.

No tenía idea de en qué me estaba metiendo. Ni una sola maldita pista.

—Entonces, ¿por qué decidiste venir aquí en lugar de ir a algún lugar en Houston? —le pregunté casi nueve horas después mientras aparcaba mi auto en un estacionamiento frente al bonito edificio que el teléfono de Kulti nos había indicado.

No habíamos dejado mi apartamento hasta poco después de las diez, ya que no tenía sentido que corriéramos porque su cita no era hasta las cuatro. El trayecto duró un poco menos de tres horas. Para

matar el tiempo, nos detuvimos a almorzar en uno de mis lugares favoritos de barbacoas en el camino, paramos y caminamos por el Capitolio y visitamos una tienda todo por un dólar. Kulti había preguntado en la sección de suministros de oficina:

—¿Todo cuesta un dólar? —Luego, procedió a inspeccionar cada artículo que encontramos.

Desabrochándose el cinturón de seguridad, me lanzó otra mirada, claramente todavía se sentía insultado por haber asumido que se sometería a una cirugía estética.

—Vi su trabajo en una revista.

Esa fue toda la información que me dio. Muy bien.

Bajamos del auto y nos dirigimos hacia la puerta que decía: "Pins and Needles"[7] con una fuente simple y elegante. Kulti se adelantó y la abrió. En la parte de atrás de mi cabeza, pensé que el alemán no sería capaz de elegir un lugar cutre donde probablemente pescarías ladillas si te sentaras en el inodoro, por lo que no me sorprendió lo limpio y moderno que lucía el salón de tatuajes. Heavy metal sonando suavemente como música de fondo.

Un hombre pelirrojo estaba sentado detrás del escritorio negro en la parte delantera, trabajando en algo con un lápiz. Levantó la vista cuando entramos y nos dio una sonrisa amistosa.

—Hola, ¿cómo te va?

Cuando me di cuenta de que el Sr. No Congenialidad no decía nada, le devolví la sonrisa al hombre mientras le daba un codazo a Kulti en el brazo por ser grosero.

—Bien y ¿a ti?

—Genial. —Miró al alemán y algo parecido al reconocimiento brilló en su mirada, antes de poner su lápiz sobre el escritorio. Movió el ratón de la computadora al lado de su mano y miró la pantalla antes de deslizar lentamente su mirada hacia Kulti—. Dex saldrá en un minuto, si quieren tomen asiento.

—Gracias. —Le sonreí en respuesta y me volví para sentarme en uno de los sillones de cuero negro. Kulti se quedó de pie, caminando hacia la pared donde se enmarcaban múltiples artículos de revistas.

Ni treinta segundos más tarde, el sonido de botas en el suelo embaldosado no me preparó para el hombre moreno que hizo su camino desde el fondo de la tienda. Alto, ancho de hombros y con

tatuajes que llegaban hasta sus muñecas, no pude evitar quedarme mirándolo.

Nunca he sido fan de chicos que parecían que habían estado en la cárcel, pero tenía que ser ciega para no apreciar lo atractivo que era el hombre, incluso si no era mi tipo.

Porque, Jesucristo.

—Lleva un anillo de casado —murmuró la voz baja de Kulti desde mi derecha.

—Eso no significa que no pueda mirar —le susurré en respuesta, apreciando que sí, el tipo llevaba un brillante anillo de bodas dorado sobre un tatuaje que parecía una letra.

Algo cayó sobre mis ojos y me di cuenta de que el alemán había puesto su gorra en mi cabeza.

—Guárdame esto —dijo, tirando del material sobre mi nariz.

—Hola, hombre. —Una voz que supe tenía que pertenecer al tipo moreno tatuado, sonó más cerca. El sonido de dos palmas chocando a la derecha de mi cabeza mientras levantaba la gorra verde oscuro sobre mi frente.

Y efectivamente, Kulti y el otro tipo estaban justo en frente de mí dándose la mano. El alemán era solo ligeramente más bajo que el hombre, quien probablemente era un poco más joven, pero mientras observaba sus diferencias, Kulti me miró y me lanzó una mirada que me hizo sonreír. Su cara era una con la que estaba casi tan familiarizada como lo estaba con la mía, tan guapo, terco y orgulloso.

Kulti aún me seguía pareciendo mejor que el tipo tatuado cualquier día, todos los días.

—¿Quieres ver el boceto otra vez antes de que empecemos? —preguntó el tipo tatuado, dando un paso hacia atrás y sin mirarme ni una vez.

—Sí. ¿Cuánto vas a tardar en hacer todo?

El hombre moreno se encogió de hombros.

—Un par de horas.

El alemán asintió antes de hablarme, poniendo su mano en mi hombro.

—*Schnecke*, te daré dinero para…

—Cállate y ve a que te arreglen tu tatuaje. De ninguna manera voy a aceptar tu dinero, perdedor.

Me miró durante un segundo y después tiró de la solapa de su gorra sobre mis ojos.

Para el momento en el que conseguí retirarla, los dos hombres dignos-de-un-sueño-húmedo ya estaban caminando hacia una de las áreas de trabajo detrás de la recepción. Me instalé de nuevo en mi asiento, preparada para ver algo en Netflix en mi teléfono mientras esperaba, cuando el tatuador volvió al mostrador.

—Si Ritz no ha vuelto en diez minutos, llámala —dijo el pelirrojo.

—Hecho, Dex. Me mandó un mensaje hace veinte minutos diciendo que estaba en camino, así que estoy seguro de que llegará en cualquier momento.

El tipo moreno gruñó y antes de que tuviera la posibilidad de responder, se abrió la puerta y una chica cercana a mi edad entró con un portabebés en una mano y una bolsa de pañales en la otra. El tipo llamado Dex inmediatamente rodeo el mostrador con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios estás haciendo, nena? Te dije que me llamaras cuando te estacionaras para poder ayudarte —espetó con un tono severo, quitándole el portabebés de la mano con un brazo muy tatuado. Levantó el asiento al nivel de su cara y miró dentro, con unos oscuros ojos azules entrecerrándose antes de que una sonrisa iluminara su rostro severo—. ¿Cómo está mi hombrecito? —susurró, metiendo aún más su cabeza dentro del capullo del asiento y haciendo el audible sonido de un beso.

Querido Dios. Un hombre como este haciendo sonidos de besos ante quien solo podía suponer que era su hijo. Mi vagina, mi vagina no sabía qué hacer consigo misma.

La chica sonrió, ni siquiera remotamente molesta por la forma en que el tipo le había hablado o por que estuviera allí sentada observándolos.

—No voy a llamarte cuando sé que tienes una cita, y encontré un sitio en la calle, así que no es la gran cosa. —Siguió mirando al hombre con el bebé antes de añadir—: Hola, Slim. —Echándole un vistazo al pelirrojo detrás del escritorio.

El pelirrojo le lanzó un beso.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti —le respondió.

Dex bajó el portabebés y le frunció el ceño a la chica.

—Dame un maldito beso, ¿quieres?

Ella puso los ojos en blanco y acortó la distancia entre ellos, poniéndose de puntillas y plantando sus labios contra los del hombre moreno. Él envolvió su brazo libre alrededor de su cintura y la atrajo contra su ancho cuerpo, profundizando el beso a pesar de que estuviera sosteniendo un portabebés con la otra mano.

Tuve que apartar la mirada.

Quizás era tiempo de que empezara a buscar a alguien y lo dejara entrar en mi vida. Habían pasado cinco años desde la última vez que tuve un novio real y honesto y ya no estaba viajando tanto.

Podría hacerlo funcionar, ¿cierto?

Mis estúpidos ojos se movieron en la dirección de Kulti durante un microsegundo antes de que los forzara a mirar mi regazo. Me puse los auriculares, eché un vistazo otra vez para ver a Dex llevando el portabebés en una mano mientras él y la chica iban hacia la parte de atrás, y luego comencé a ver una película en mi móvil para mantenerme ocupada hasta que el alemán terminara. Poco tiempo después, una mano saludándome desde el mostrador llamó mi atención. Era el tipo pelirrojo.

—Hola —dije, quitándome los auriculares y poniendo en pausa la película.

La chica de antes estaba sentada cerca del mostrador con él, no se veía el portabebés por ninguna parte, pero había un monitor para bebés encima del mostrador.

—No suelo actuar como un fan —dijo el hombre, su voz un susurro—, pero… ¿ese es Kulti? —Su cara estaba llena de esperanza.

Dejé mi móvil en mi regazo y miré mientras se inclinaba para escuchar mi respuesta.

—Sí.

El tipo hizo un movimiento con la mano de victoria en dirección de la chica.

—¡Te lo dije! —le susurró, lo que solo me hizo sonreír.

—Su cabello luce diferente —respondió la chica en voz baja,

mirando hacia atrás para asegurarse de que no la escucharan.

—Se ve diferente con el cabello corto —concordé, estirando mi cuello para ver en su dirección, pero solo pude ver al tipo al que llamaban Dex encorvado.

—¿Crees que me dé un autógrafo? —preguntó el pelirrojo.

Asentí.

El chico le sonrío a la chica de oreja a oreja, quien me sonrío.

—Es la persona más famosa que hemos tenido aquí, por lo menos desde que empecé. Tuvimos a ese boxeador que era un maldito imbécil, pero no nos impresionó —explicó la chica tímidamente. Se dio la vuelta antes de añadir, mirando al pelirrojo—: Solía estar muy enamorada de él. Era tan guapo.

—No dejes que el jefe te escuché. —Se rio el pelirrojo.

¿O él se pondría celoso? ¿Qué tan adorable sería eso?

Tanta dulzura me hizo sentir un poco rara. Con lo ocupada que estaba, no pasaba mucho tiempo cerca de parejas. Incluso cuando mis amigos tenían gente importante en sus vidas, seguía sin hacer muchas cosas con ellos.

Oh, mierda. Tenía casi exactamente lo que siempre había querido. No tenía ninguna razón para quejarme.

—¿Están saliendo? —preguntó el tipo un segundo más tarde. La chica le pegó en el brazo.

Sentí cómo mi cuello se calentaba, y aunque me di cuenta de que no tenía que contestar, lo hice de todos modos.

—No.

—Oh.

—Solo somos amigos.

—Mira, necesito advertirte: creo que mi padre se va a volver loco —dije cuando entramos en el vecindario de mis padres—. Ya le he avisado que tenía una gran sorpresa mientras te esperaba en el estudio de tatuajes, pero realmente pienso que se le van a ir las cabras.

Podía sentir el peso de su mirada desde el otro lado del auto a pesar de que eran casi las ocho de la noche.

—No estoy preocupado.

Por supuesto que no estaba preocupado.

Pero yo sí.

Mi padre iba a cagarse en los pantalones. Ni siquiera había encontrado las agallas para advertirle a mi madre porque tampoco estaba segura de cómo reaccionaría. Había una posibilidad de que se volviera loca y dijera que necesitaba un aviso de antemano.

—Rey, no entiendes que tan fanático es mi padre de ti.

—*Schnecke*, no estoy preocupado. Lo he visto de todo.

No es que lo dudara, pero eso no ayudaba a mis nervios mientras nos acercábamos más y más a la casa en la que mis padres habían vivido desde que tengo memoria. El miedo de que uno de ellos pudiera irse de la lengua y hablar sobre mi enamoramiento de la niñez me ha estado carcomiendo durante horas.

¿Pero qué iba a decir? ¿Que no era bienvenido? Eso no era muy agradable y no era la forma en que mis padres me habían criado. Además, había llevado a Jenny a casa unas cuantas veces durante los descansos. Sin contar con las otras compañeras de equipo y amigos que habían estado entrando y saliendo de mi vida durante años y que habían venido a pasar las vacaciones.

La pequeña casa de tres dormitorios estaba justo al final de la cerrada. El auto nuevo de mi madre y la camioneta de trabajo de mi padre estaban en la entrada cuando me estacioné en la calle. La casa no era de ninguna forma nueva pero mi padre la cuidaba.

Le lancé una sonrisa a Kulti cuando tomó nuestras bolsas del maletero, rechazando mi mano extendida.

—Puedo llevarla.

Me echó una mirada antes de continuar caminando sobre las piedras que mi padre había puesto como un camino a la puerta de entrada. El alemán ni siquiera se molestó en esperar a que lo alcanzara antes de llamar a la puerta un poco más despacio que la forma en que aporreaba la mía cada vez que se pasaba por allí.

Lo empujé a un lado cuando las cerraduras comenzaron a girar.

—*¿Quién es?* —Por supuesto tenía que ser mi padre.

—¡Sal! —grité en respuesta, poniendo el dedo índice sobre mi boca cuando Kulti me miró.

—¿Sal? ¿Has perdido tu llave? —La cerradura inferior giró y un momento después la cara de mi padre apareció por la rendija de la puerta.

—No. —Sonreí, feliz de verlo—. Feliz cumpleaños adelantado. No pierdas la cabeza…

Su frente se frunció mientras abría la puerta de par en par.

—¿Que no pierda…? —Se detuvo. Su mirada fue de mí a Kulti, luego de nuevo a mí y finalmente de vuelta a Kulti. El sonido más extraño escapó de su boca.

Luego, cerró la puerta en nuestras narices.

Kulti y yo nos miramos, y un segundo después empecé a reírme cuando una gran sonrisa apareció en su rostro ligeramente barbudo, tomándome completamente desprevenida.

—Papá —llamé.

No hubo respuesta, lo que hizo que riera incluso más fuerte.

—*Papi*, venga. —Presioné mi frente contra la puerta, mis hombros agitándose mientras recordaba la expresión de su cara cuando vio al alemán a mi lado—. Oh, Dios.

Girando la cabeza hacia Kulti, él todavía estaba sonriendo.

—¿Salomé? ¿*Qué paso?* —La voz de mi madre llegó desde el interior de la casa un segundo antes de que abriera la puerta, su frente fruncida con confusión—. ¿*Por qué…? ¡Ay carajo!* —dijo, inmediatamente viendo al hombre mucho más alto que estaba a mi lado. Su rostros se puso un poco pálido. Su boca se abrió en sorpresa durante tres segundos enteros antes de aclararse la garganta, mirarme de nuevo y volver a aclararse la garganta—. Bien. Bien. —Sus ojos fueron de nuevo al alemán antes de sonreír con cautela—. Entren, entren. —nos dijo en español, guiándonos adentro.

—Hola, mamá —dije, dándole un abrazo antes de dar un paso a un lado mientras ella cerraba la puerta detrás de nosotros—. He traído a un amigo conmigo. —Le lancé una mirada con los ojos completamente abiertos que decía *por favor, no se te vaya a soltar la lengua*—. Mamá, ¿Rey… Reiner…? ¿Kulti…? —Lo miré para que me diera una pista de cómo le debía llamar mi familia. Él solo se encogió casualmente de hombros como respuesta, extendiendo la mano a mi

madre—. Rey, esta es mi madre.

Mi madre estaba muy ocupada mirándolo de arriba abajo como si no pudiera creer que era real, y honestamente una pequeña parte de mí tampoco podía creerlo. Reiner Kulti estaba en mi casa. Había visto cientos de sus partidos en la sala. Le juré a mi padre que iba a ser tan buena como El Rey en este mismo sitio más veces de las que podría contar. Y él estaba aquí. *Aquí*. Como un amigo mío, pasando los próximos días aquí porque no tenía nada más que hacer.

Jesucristo.

—*Hola, Señora Casillas* —dijo Kulti con su perfecto español, y continuo—: Es un placer conocerla. Gracias por invitarme.

¿Quién era este hombre tan educado? Le observé, realmente no estaba sorprendida por cuán cortés era pero… me tomó un poco con guardia baja.

Una pequeña sonrisa cruzó lentamente el rostro de mi madre, encantada con su presentación.

—También es un placer conocerte —dijo, afortunadamente sin añadir nada como: *He escuchado mucho de ti* o algo realmente incriminatorio. Mi madre finalmente me miró, sin cambiar al inglés—. Me preguntaba por qué tu padre cerró la puerta y se fue al dormitorio. Está allí ahora. Ve a buscarlo mientras le preparo a Reiner algo de beber.

Así que se decidió por Reiner. Qué te parece.

Le lancé una pequeña sonrisa mientras se quedaba allí de pie con nuestras bolsas en la mano.

—Vuelvo enseguida. Puedes dejar las bolsas aquí, las subiré más tarde.

Me dedicó lo que yo había empezado a llamar la mirada “cállate Sal”.

Le sonreí a mi madre y le di otro abrazo a pesar de que ella estaba más atenta del hombre a mi lado.

—Lo sacaré de allí.

Por supuesto, la puerta del dormitorio estaba cerrada cuando llegué al cuarto de mis padres. Llamé dos veces antes de decir:

—¿Papá? Voy a entrar. No me des un susto de muerte.

Sentado en el borde de su cama con la cabeza entre sus rodillas, estaba el hombre que me había criado. Sus ásperas manos oscuras estaban agarrando la parte de atrás de su cabeza y me costó muchísimo no empezar a reír por su mini ataque de pánico. Aguantándome, me senté a su lado y puse mi mano en su espalda.

—Sorpresa —susurré con el más leve indicio de risa en mi voz.

Lentamente, su cabeza se volvió y vi un ojo gris verdoso devolviéndome la mirada.

—No sé si quiero abrazarte o pegarte —dijo en español.

—Tú nunca me has pegado —le recordé con una gran sonrisa.

Papá consiguió hacerme fruncir el ceño con solo una pequeña parte de su cara visible.

—*No la chingues, hija de tu madre.* ¿Estás tratando de provocarme un ataque al corazón?

Había que decir que mi padre era la segunda persona más dramática en mi familia, solo superado por mi hermana pequeña. Eric, mi madre y yo éramos los cuerdos, los estables.

Así que, sí, sacudí la cabeza sabiendo que estaba perdiendo la cabeza.

—Con tu forma de conducir va a ser otro auto el que… —arrastré mi pulgar de un lado a otro de mi cuello—…. no te va a dar un ataque al corazón, ¿verdad?

Papá inclinó la cabeza para que sus dos ojos verdes fueran visibles. Siempre había deseado heredar los genes de su madre, pero no lo hice. Ninguno de sus hijos lo hizo. Con su piel super bronceada, el color siempre parecía resaltar. Perro afortunado. Mamá me contó una vez que eso fue lo primero que notó de él.

—Con la forma en que me estás tratando pronto terminaré con medicación para la presión. —Se sentó bien y continuó dándome una mirada impertinente—. ¿*Lo* has traído a nuestra casa y no me avisaste? Ni siquiera me contaste que hablaban como si fueran amigos la última vez que hablamos. —Negó con la cabeza—. Pensaba que eras mi mejor amiga.

El golpe fue que mi padre sonaba genuinamente herido. No mucho, pero lo suficiente para que me sintiera culpable por no haberle dicho nada sobre mi amistad con el Rey del mundo *Bratwurst*. Papá *era* mi mejor amigo. Normalmente le contaba todo. Si bien nunca diría

que quería a uno de mis padres más que a otro, mi padre y yo siempre habíamos tenido una relación especial. Ha sido mi colega, mi campeón, mi cómplice y mi apoyo durante tanto tiempo como puedo recordar. Cuando mi madre intentó obligarme a practicar otros deportes además de fútbol, papá fue quien argumentó que debía hacer lo que quisiera.

Así que sus palabras fueron suficientes para borrar la sonrisa de mi cara mientras me inclinaba hacia él.

—Lo siento. No sabía cómo decírtelo. Ni siquiera estaba segura de que realmente fuéramos amigos. Al principio era más una especie de idiota, y luego nos hicimos amigos.

—Ajá.

—Lo digo en serio, papá. Esto es raro. Tuve que pensar en él cagando durante los dos primeros meses para no tartamudear cada vez que estaba cerca de él.

Eso hizo que esbozara una pequeña sonrisa.

—Hemos jugado al fútbol juntos un par de veces, lo he llevado a jugar sóftbol con Marc y Simon, y me llevó al doctor hace una semana —le expliqué, sorprendida de que no hubiera nuestras fotos publicadas en los sitos web de fans de Kulti.

E incluso cuando el deportista favorito de mi padre en todo el universo estaba a un pie de distancia, el hombre número uno en mi vida me puso en primer lugar.

—¿Qué demonios hiciste para ir al médico? —ladró.

Diez minutos más tarde, le había contado todo, bueno casi todo. Desde el partido de sóftbol que había ido mal, Kulti llevándome al médico, la conversación con el Señor Cordero, hasta finalmente llegar a la parte del alemán apareciendo en mi casa esa mañana.

Papá empezó a negar con la cabeza al final, el enojo era evidente en sus ojos.

—*Cabrones*. Los demandaremos si hacen algo —dijo, todavía pensando en lo de Cordero.

¿Qué pasaba con estos hombres y en demandar a la gente?

—Nos preocuparemos de eso más tarde. No he violado ningún término de mi contrato así que no creo que puedan hacer nada. —Realmente lo esperaba—. Ya-sabes-quién me dijo que no me

preocupara.

Sus ojos se entrecerraron, pero de mala gana asintió.

—¿Preparado para ver a tu amor verdadero? —le dije con una sonrisa en mi cara.

Papá me golpeó ligeramente en la parte de atrás de la cabeza.

—No sé por qué no te pusimos en adopción —dijo, levantándose.

Me encogí de hombros y lo seguí fuera de la habitación, notando cuán lento iba caminando y la forma en que miraba por las esquinas como si esperara que alguien apareciera de repente de la nada y le diera un susto de muerte. En la cocina, encontramos a Kulti sentado en la pequeña mesa redonda embutida en la esquina de la habitación, un plato de sandía, jícama, apio y brócoli, con un vaso de agua en frente de él. Mi madre estaba revolviendo en la nevera en busca de algo.

El alemán se levantó y extendió la mano hacia mi padre, sin decir una palabra.

Y mi pobre padre afectado-por-la-estrella lo miró y de una manera que no era para nada como su forma de ser habitual, tímidamente extendió la mano —que temblaba ligeramente— y estrechó la de Kulti.

—Un placer verlo de nuevo, Señor Casillas —dijo Kulti con un fluido español, manteniendo contacto visual con mi padre.

Tuve que pellizcar mi nariz cuando mi padre asintió rápidamente en respuesta, con una sonora aspiración cuando sus manos se separaron. Viniendo desde atrás, apreté los hombros de mi padre y le susurré al oído que necesitaba imaginárselo cagando, antes de sentarme al lado del alemán y agarrar un trozo de sandía de su plato.

Papá tomó asiento a mi lado y frente a Kulti, mirando a todos lados menos en dirección del Rey. Este era el mismo hombre que no sabía comportarse en un cine, mucho menos en una iglesia. Ruidoso, extrovertido, obstinado y orgulloso con un temperamento que era muy bien conocido… y estaba sentado en su silla sin decir palabra.

Esto era exactamente lo que me había preocupado al traer a Kulti a San Antonio. Quería pasar tiempo con mis padres, no tener a mi padre tan fuera de sí como para negarse a hablar. No iba a avergonzarlo señalando lo raro que estaba actuando delante del

alemán, y decidí intentar mostrar un poco de paciencia. Nosotros, o al menos yo, íbamos a quedarnos aquí durante los próximos tres días; Kulti y yo no habíamos hablado sobre si encontraría otra forma de volver a Houston, pero el hecho de que no haya mencionado su partida tampoco se me había escapado.

Así que veríamos como irían las cosas.

Kulti empujó el plato en mi dirección y sonreí mientras tomaba un trozo de jícama. Entonces me di cuenta.

—¿Dónde está Ceci? —le pregunté a mis padres.

Papá levantó las cejas, pero fue mi madre la que contestó.

—En su habitación.

Por supuesto que estaba allí. No había forma de que no se hubiera enterado de que había llegado a casa. El pequeño dolor en el trasero.

—¿Quién es Ceci? —preguntó Kulti con un trozo de brócoli en su mano.

—Mi hermana pequeña.

Parpadeó.

Me encogí de hombros. ¿Qué más iba a decir? ¿Que mi hermana me odiaba con todo su ser durante diferentes ciclos lunares?

Afortunadamente no preguntó nada más. Sé que papá lo tomaba personal cuando Ceci actuaba como una idiota, y luego mi madre se enfadaba porque no éramos más comprensivos y pacientes con ella. Yo era paciente con ella. Todavía no le había dado un puñetazo a pesar de las docenas de veces en las que se lo había merecido.

Mi madre tomó asiento en la mesa y empezó a preguntar si teníamos planes para mañana, y luego dijo cuánto querían verme mis tías y primos. Rápidamente ya eran cerca de las diez y yo no paraba de bostezar, preguntándome cómo diablos mi padre no había bostezado ni un poco cuando sabía perfectamente bien que también solía irse a la cama temprano.

El silencio era más que extraño, conmigo intercambiando miradas entre Kulti y mi madre mientras mi padre evitaba mirarnos.

Muy bien, ya tenía suficiente.

—¿Quieres que te enseñe dónde vas a dormir? —le pregunté al

alemán.

Él asintió.

Solo había una habitación de invitados y como mi hermana pequeña ni siquiera se iba a molestar en salir para saludarme, supuse que dormir en su habitación estaba fuera de discusión. Mientras Kulti me seguía fuera de la cocina y atravesábamos la pequeña sala con su duro sofá que había sido comprado por su durabilidad más que por su confort, sentí mi ojo crispándose un poco. Esto era imperdonable, pero no había forma de que fuera a desterrar a mi amigo a esa piedra cubierta de tela.

Lo que una vez hace mucho tiempo fue la habitación de mi hermano, había sido pintada y convertida en una habitación de invitados para quienquiera que estuviera en la ciudad. Mis padres no eran fanáticos de comprar cosas nuevas si las viejas todavía funcionaban, así que sabía exactamente en dónde me estaba metiendo. Los antiguos muebles que teníamos Ceci y yo cuando todavía vivía con ellos antes de la universidad.

Literas.

Era de tamaño completo abajo y una gemela arriba. Casi sonreí cuando Kulti ni siquiera pestañeó cuando vio los muebles.

—Bienvenido al Hotel Casillas. —Extendí la mano en modo presentación, dejándolo absorber la litera negra de metal, la pantalla plana de treinta y tantas pulgadas montada sobre una cómoda y los diferentes posters y artículos de Eric y míos en exhibición que mis padres habían traído aquí después de que Ceci se hubiera quejado. No podía vivir con nuestros éxitos constantemente en su cara, o algo así. Actuaba como si nos hubieran regalado lo que teníamos.

Ja.

Solo el “Talento natural” y la genética llegaban así de lejos.

—¿Dónde vas a dormir? —me preguntó, dejando caer nuestras bolsas al suelo.

—Mmm…

—Allí —dijo mi papá mientras pasaba por la habitación; la suya estaba al final del pasillo. Como hubiera estado hablando toda la noche, dijo sobre su hombro—: *¡Buenas noches!*

¿Dormir en la misma habitación que él? Las dos veces que traje a mi ex conmigo, mi papá lo había hecho dormir en la sala, ¿pero con

Kulti aquí? Dudaba mucho que mi edad tuviera algo que ver con el por qué estaba metiéndonos en una habitación pequeña. Si hubiera sabido que lo traería, estoy segura de que habría sacado el otro colchón.

Típico.

Podría haber discutido, pero ¿realmente quería dormir en el suelo de la habitación de mis padres o apretujarme en el sillón? No, gracias.

—¿Te molesta si duermo en la de arriba? —pregunté.

Esos ojos verdes avellana vieron la cama y pude ver diversión o algo similar en la forma en que la miraba. Sacudió la cabeza, viéndola todavía.

—No. Puedes tener la de abajo.

—Eres demasiado alto para la de arriba —le expliqué—. Toma la de abajo. Además, el colchón es más nuevo.

Me dirigió una mirada de reojo y asintió antes de meter nuestras bolsas dentro de la habitación y luego se puso de cuclillas para hurgar en la suya.

—Hay un baño en la puerta de al lado. Toma lo que quieras de la cocina, mi casa es tu casa. Todo el mundo duerme como un muerto, así que nadie te molestará. —Tamborileé mis dedos en mi pierna, intentando averiguar si había algo más que necesitara decirle. No había nada—. Quiero ver si mi hermana está despierta antes de prepararme para la cama.

El alemán solo asintió y murmuró algo que no entendí por completo.

La habitación de mi hermana estaba al otro lado del baño. La hendidura bajo de la puerta estaba iluminada y el volumen de la televisión estaba lo suficientemente alto para que lo escuchara, así que toqué bastante fuerte.

—¿Ceci? —Golpeé con mis nudillos—. ¿Estás despierta?

Sin respuesta.

—¿Cecilia? —Toqué otra vez.

Todavía nada.

—¿En serio, Ces?

No hubo respuesta. No era tonta como para pensar que se había dormido con la televisión encendida. Conocía a mi hermana. No podía dormir con ningún tipo de luz. Simplemente estaba siendo una mierdecilla. De nuevo.

Jamás le hice nada. Jamás le hice pasar un mal rato, la desalenté o dije algo malvado. Tal vez había estado demasiado envuelta en mi carrera durante toda su vida, pero había estado para ella tanto como pude. Desde el momento que fue lo suficientemente grande, tal vez seis o siete años, se convirtió en el maldito demonio "pobre de mí."

Tuve que respirar profundamente y soltar un suspiro aún más profundo para no permitirle ponerme de malas. No abriría su puerta y tampoco iba a rogarle.

Más decepcionada que irritada, volví a la habitación que aparentemente compartiría con Kulti justo cuando salía con un neceser en su mano. Era fácil olvidar cuán alto era en comparación conmigo, también qué tan grande era en general, pero tampoco le prestaba mucha atención a eso, sobre todo con mi hermanita distrayéndome por actuar como una tonta.

Entró al baño mientras yo agarraba ropa interior limpia, un sostén normal el cual podía quitarme en cuanto estuviera bajo las sábanas, mi camisón y mi propio neceser de mi bolsa de lona. Podía ducharme en cuanto el alemán terminara. Mientras estaba allí, saqué ropa para mi carrera de la mañana siguiente. En un pedazo de papel junto a la televisión, anoté la contraseña del Wi-fi. Solo unos minutos después, regresó a la habitación con su rostro un poco mojado, pero lo demás sin cambio alguno.

—Me voy a bañar. El control remoto está en la cómoda y la contraseña del Wi-Fi está junto a la televisión, ¿está bien? —pregunté, rodeándolo para ir al baño y poder ducharme. Sería un milagro que no me durmiera ahí dentro, pero estaba tan acostumbrada a ducharme en la noche que no me sentiría cómoda yéndome a dormir sin bañarme.

—Estoy bien —dijo poniendo sus cosas de vuelta en su bolsa.

—De acuerdo, ahora regreso.

Menos de quince minutos después, habiendo tomado una de las duchas más rápidas en la historia, cepillé mis dientes y me puse la pijama. De vuelta en la habitación, Kulti estaba sentado en la orilla de la cama de tamaño normal con una ligera camiseta blanca, la parte baja de su bíceps visiblemente envuelta en plástico y con sus pantalones todavía puestos. Levantó la vista mientras entraba en la

habitación y me dio una expresión que era en su mayoría una sonrisa mientras se quitaba un calcetín.

—¿Estás bien? —me preguntó después de dejar caer mi pila de ropa sucia junto a la puerta y agacharme para agarrar un par de calcetines hasta la rodilla de mi bolso.

—Sí, ¿por qué? —Me enderecé asegurándome de que mi playera extra larga, prácticamente un muumuu[8], no estuviera atorada en la cinturilla de mi ropa interior.

Él se sacó el otro calcetín.

—Estás enojada con tu hermana —dijo de manera casual, tirando las dos piezas de ropa sorpresivamente largas en mi pila de ropa.

Empecé a discutir con él, a decirle que estaba bien, cuando me di cuenta que estaría mintiendo y él se daría cuenta. Aventé mi propio par de calcetines de rayas en el colchón de arriba, mis dedos descalzos meneándose en la alfombra. No tenía los pies más bonitos del maldito universo, quiero decir que no eran feos, pero habían atravesado el infierno y de regreso. Casi nunca estaban descalzos.

—Ah, sí. Estoy un poco molesta de que decidiera esconderse en su habitación —suspiré, rascándome la mejilla con una sonrisa triste. Él se inclinó hacia adelante con sus codos sobre sus rodillas y su frente fruncida. Reiner Kulti en mi litera. Qué visión—. Es grosera y lo siento. Estoy segura que podrás conocerla mañana.

El alemán se encogió de hombros como si le fuera completamente indiferente si conocía a Ceci o no, y no podía culparlo. ¿Por qué le importaría?

—Si va a enfadarte, preferiría que no hacerlo. Suena como una malcriada.

—No es una malcriada —la defendí—. Simplemente… es pesada. Ha sido difícil para ella crecer conmigo y Eric. Mi hermano y yo somos cercanos, pero hay casi diecisiete años entre ellos. Hay diez años entre ella y yo, y casi mata a mi mamá durante el parto, pero jamás hablamos de eso —agregué, imaginando a Kulti trayendo a colación el tema para conseguir que ella perdiera los estribos—. Es la única que nunca ha mostrado interés en el futbol, así que piensa que todos están decepcionados con ella por ser "normal." —Me burlé—. Lo dice como si fuera algo malo. Ya sabes cómo es esto, a cuánto tienes que renunciar. No es cómo si lo que hacemos fuera fácil o algo así.

Sus ojos se clavaron en mi dirección, justo en mi pecho. ¿En entendimiento? ¿En afinidad? No estuve segura hasta que asintió lenta y solemnemente, como si estuviera recordando cada cosa que había sacrificado en su vida por el sueño que ya no tenía.

—No, no es una vida fácil, Sal. La mayoría no lo entiende.

—¿Verdad? Recibo bastante presión de otras personas; no quiero eso para mi hermana. Solo quiero que sea feliz. No me puede importar menos si es buena en el fútbol o no. Como sea, a mi mamá le gusta decir todo el tiempo que siempre peleas con la gente que más amas. Mi papá y yo siempre estamos peleando sobre algo. Así que supongo que tiene razón. —Caminé hasta los escalones a un costado de la litera, mis manos aferrándose a los lados—. Tienes un hermano, ¿no? —pregunté, sabiendo muy bien que definitivamente tenía un hermano, uno mayor.

—Sí —respondió, volviendo su atención a la cama. Algo raro se instaló en mi pecho al verlo sentado en mi cama en pantalones, camiseta delgada y con sus pies enormes descalzos. Esto era tan *hogareño*, tan natural. Por mucho tiempo tuve que recordarme que él era un hombre normal, pero verlo allí, de esa manera, realmente me afectó.

Era algo muy lindo. Él era muy lindo.

—No lo he visto en tres años —agregó de forma inesperada.

Lo miré a través de los escalones.

—Diablos. ¿Por qué?

—Jamás hemos sido cercanos. Él tiene su vida y yo la mía.

¿Cuán solitario sonaba eso? Seguro, a veces quería estrangular a mi hermana, pero por lo regular estaba de buen humor por lo menos un puñado de veces al año.

—¿Ni siquiera cuando eran pequeños?

Los hombros de Kulti se encorvaron de forma casual, recargándose en las dos almohadas apoyadas en la pared.

—Dejé la casa de mis padres cuando tenía once años, Sal. No los he visto más que una vez mes desde entonces.

El “santa mierda” era evidente en mi rostro, tenía que serlo. Sabía que había ido a una escuela de fútbol antes de que su carrera despegara, pero ¿tenía once años cuando se fue de casa? Ese era uno

de los momentos en la vida de un niño en que más te necesitan. Había sido tan *pequeño*. Jesús.

—¿Estuviste allí todo el tiempo?

Él asintió.

—¿No te sentiste alguna vez… solo?

Kulti estudió mi rostro.

—Al principio, pero lo superas.

¿Lo superas? ¿A los once? Buen Dios. ¿Dónde quedó la crianza?

—¿Todavía… ves a tus padres? —pregunté, insegura de si me estaba metiendo a un territorio al que quería entrar o no.

Una risa mordaz salió de su boca.

—Mi madre me llamó hace unos días para decirme que está lista para una casa nueva.

Tuve que luchar contra una mueca. Que él se la fuera a comprar estaba implícito, ¿no es cierto?

—Es lindo que cuides de ella. —Me callé, sin estar segura de si era lindo o no, o de si él realmente quería mantenerlos. Porque en serio, ¿quién exige una casa nueva? ¿Dónde demonios consigues las bolas para pedir eso?

Él parpadeó y confirmó mi sospecha de que podría haber sido obligado a comprarle a su madre una casa. Sintiéndome incómoda de que había traído a colación algo un poco sensible, me estiré hacia adelante y pasé mi dedo índice por su planta del pie, sorprendida cuando se sacudió de forma violenta.

Me quedé allí y lo observé con una enorme sonrisa tonta en mi rostro.

—¿Eres cosquilloso?

Con ambas rodillas contra su pecho, me frunció el ceño.

—No.

—Ja. —Me burlé—. Eso es lindo.

No parecía como si se divirtiera.

Agarré las barras y le sonreí antes de treparme a la litera, consciente de mantener mi camiseta larga metida entre mis piernas

mientras subía.

—¿Apagas la luz o la apago yo? Estoy lista para dormir, pero puedes dejarla encendida, no me molesta. El control está junto a la cómoda.

—La apagaré —dijo, el colchón crujió un poco cuando lo escuché acomodarse.

Poniéndome cómoda, jalé las sábanas a mi barbilla y rodé sobre mi hombro bueno, viendo hacia la pared.

—Bien. Buenas noches, Rey. Despiértame si necesitas algo — bostecé.

Desde abajo, el alemán dijo:

—Buenas noches, *schnecke*.

—No me estás llamando imbécil ni nada por el estilo, ¿o sí? — bostecé de nuevo, jalando las sábanas para cubrirme los ojos.

—No —respondió simplemente.

—Bueno. Si quieres ir a casa mañana o si prefieres quedarte en un hotel si no estás cómodo, me avisas, ¿vale?

—Sí.

Un último bostezo como de león hizo que mi pecho se expandiera.

—Bueno. Buenas noches.

Pudo haber dicho “Buenas noches” de nuevo, pero estuve fuera al instante en que terminé de hablar.

Bajé por las escaleras de la litera cuando la habitación seguía a oscuras. No importaba si ponía una alarma; en la mayoría de los casos mi cuerpo simplemente sabía que era hora de levantarse. Tan silenciosamente como pude, tanteé en busca de mi ropa mientras apenas podía ver. Me saqué mi camisón por la cabeza…

Y de repente encendió la luz del ventilador.

Me congelé. Me quedé paralizada, allí en ropa interior, sin nada más.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kulti con voz somnolienta.

Está bien. Podía perder la cabeza y hacer un drama sobre estar allí casi desnuda, o podía actuar como una campeona y hacerlo ver como si no fuera gran cosa el hecho de no tener nada arriba y llevar una de mis braguitas más viejas de edición especial.

—Me voy a correr —dije lentamente en un susurro, sin moverme un centímetro—. Vuelve a dormir.

Hubo una pausa y luego el colchón empezó a crujir. Supe de antemano lo que iba a decir.

—Voy contigo.

Ay, querido Dios.

Me puse de rodillas tan rápido como pude y como ya podía ver, saqué mi sostén deportivo tan rápido como un relámpago justo cuando un agudo chillido de lo que debía ser Kulti saliendo de la cama me advirtió que se me había acabado el tiempo. Ni siquiera me permití pensar que probablemente había vistazo el costado de mi pecho. No era como si él no hubiera visto cientos de pechos antes, pero estos eran míos. Usar un sostén deportivo era una cosa, mis pechos cayendo libremente era otra.

Me puse rápidamente la playera antes de levantarme, sosteniendo mis shorts para correr en una mano, lista para ponérmelos en cuanto pudiera. Pero segura como el infierno que no me inclinaría para ponérmelos con mi trasero en su dirección.

Excepto que cuando me giré, me detuve. Porque el alemán estaba frente a mí, observándome mientras él estaba allí de pie en boxers ajustados. Solo en boxers ajustados. ¿Su rostro estaba adormilado? Quizá, pero segura como el infierno que no estaba mirando su rostro cuando me giré. Todo lo que vi fue su paquete de seis, sus pectorales cuadrados, lo bajos que estaban sus boxers grises y su erección.

La erección mañanera metida junto a su muslo.

Tosí y observé su muslo una vez más antes de ponerme los shorts rápidamente, subiéndolos por mis piernas, justo mientras subía su propio par de shorts para correr.

No podía respirar y realmente no podía mirarlo a la cara mientras tomaba mis calcetines del suelo.

—Emm, yo, eh, te espero en la cocina.

Él gruñó en respuesta y hui rápidamente de allí, saliendo antes de recordar que dejé mis zapatos en la habitación. Regresé, los agarré sin mirar su erección, digo, a Kulti, y volví a salir. Para entonces mi papá ya se había ido, la cafetera estaba puesta para mi mamá, quien se estaba preparando para ir a trabajar. Llené dos botellas de agua de la colección que tenía aquí y bebí un vaso mientras esperaba al alemán. No se me ocurrió hasta que entró a la cocina que debí haberme cepillado los dientes.

—¿Listo? —pregunté.

Adormilado y con sus ojos y mejillas hinchados, asintió.

No veas su entrepierna, no veas su entrepierna.

La vi. Un vistazo rápido.

—Los ojos arriba, Taco.

Quise morir.

—¿Qué? —Levanté la vista lentamente para ver una mirada engreída en rostro hinchado.

Por algún milagro decidió no avergonzarme y decir que estaba llena de mierda fingiendo demencia. ¿Tomaría la ventaja del pase que me estaba dando? Mierda, sí.

Le hice un gesto a Kulti para que fuera primero, notando que se había quitado la envoltura de su tatuaje recién hecho. Un indicio de líneas oscuras se asomaba de la manga de su camiseta.

—Vamos. No voy a apiadarme de tus rodillas viejas, así que será mejor que me sigas el paso.

—Si quieres ir a algún lado, te presto mi auto —le dije al alemán durante el desayuno un par de horas después.

Se reclinó en su asiento comiendo su huevo cocido.

—No quiero.

—Piénsalo si quieres. Primero voy a podar el patio, después quiero ir al centro comercial y comprarle a mi papá su regalo de cumpleaños. Me tomará un par de horas para que esté lista para partir.

—¿Vas a podar el patio? —preguntó

Asentí.

Esos ojos verde marrón se enfocaron en mi rostro y un momento después dijo:

—Te ayudaré.

—No tienes que…

—Quiero hacerlo.

—Rey, no…

—No soy flojo —me interrumpió—. Puedo ayudar.

Lo observé por un segundo, la breve imagen de lo que estaba segura eran unos buenos y gordos veinte centímetros bajo su ropa interior ajustada llenando mi cabeza, luego alejé la imagen y recordé de qué demonios estábamos hablando.

—Está bien, si realmente quieres hacerlo.

Porque, ¿en serio? Dudaba que cortara su propio césped, ¿pero quería ayudarme a cortar el de mi papá? Está bien. Yo era obstinada, pero no era lo suficientemente tonta como para no aceptar ayuda cuando me la ofrecían.

Unos minutos después estábamos afuera y él me estaba ayudando a sacar la podadora viejísima de mi papá de la cochera —ya que se llevaba la buena a su trabajo— junto con su bordeadora y cortadora de maleza.

—¿Qué prefieres hacer? —le pregunté en cuanto nuestro equipo estuvo en el camino de entrada.

Se encogió de hombros mirando la podadora con interés.

Apostaría mi vida a que no había podado un césped en un par de décadas, si no es que nunca en su vida. ¿No me dijo anoche el poco tiempo había pasado con su familia en cuanto empezó en la academia de fútbol? Incluso entonces, ¿alguna vez pasó tiempo haciendo quehaceres domésticos cuando estaba tan ocupado siendo un niño prodigio?

Estuve tentada a decirle que podía hacer todo yo sola, pero no pude. No podía.

Había venido a San Antonio conmigo porque “no tenía nada más que hacer.” Me había ofrecido su ayuda probablemente por la misma razón. El pobre tipo estaba solo y aburrido. Tenía el presentimiento de

que no tenía demasiados amigos, había admitido no ser tan cercano a su familia y todo eso me hacía sentir medio triste. Me hacía querer ayudarlo, incluirlo en cosas. Quería que se familiarizara con la vida.

¿Qué era lo mejor que podía hacer?

—Tu poda y yo me encargaré de los bordes y las malas hierbas —le dije, asegurándome de no darle una mirada de compasión—. ¿De acuerdo?

Sus dedos largos rodearon la barra superior de la podadora y asintió.

Le di un par de tapones desechables para los oídos, gafas y una sonrisa que era alentadora pero no tan alentadora. Dije una plegaria para que lográramos esto intactos.

Reiner Kulti tardó casi una hora cortando el césped de la parte frontal y posterior. Le había tomado dos pasadas en el frente para lograr las líneas parejas y casi arruinó el motor una vez cuando no vació la bolsa. Fue mi culpa, no le había dicho cómo. Lo hizo sin preguntar ni una sola vez y tampoco le ofrecí ningún consejo.

Lucía tan malditamente orgulloso de sí mismo que casi lloré. Honestamente. Me sentía como una madre dejando a su niño en preescolar.

Le palmeé la espalda y contuve el "bien hecho, amigo" antes de levantar el equipo.

Tenía esa mirada en sus ojos de nuevo. La misma que había tenido cuando estaba mirando la podadora.

—¿Alguna vez has estado en un centro comercial? —le pregunté en cuanto atravesamos las puertas de cristal.

Kulti tenía su atención en todo a nuestro alrededor. Su cabello estaba escondido tras una gorra holgada que había puesto sobre su cabeza, y había sido lo suficientemente precavido para usar una camisa de botones de manga larga que creía costaba más que toda la ropa que yo llevaba puesta. Con su cabello y el tatuaje cubiertos, estábamos bastante seguros que nadie lo reconocería.

O eso esperaba. En serio, en serio lo esperaba. La idea de una multitud tras él era algo sacado de mis peores pesadillas.

—Sí, he estado en un centro comercial —murmuró.

—Galleria no cuenta —le dije, refiriéndome al enorme centro comercial en Houston con todas las tiendas de diseñador.

Parpadeó esos hermosos ojos claros en mi dirección.

—He estado en muchos centros comerciales —insistió—. Hace mucho tiempo.

Gemí y empujé el codo que no se había tatuado, ganándome una sonrisita.

—Bueno, no robes nada porque no pienso sacarte de la cárcel, ¿de acuerdo?

—Sí, *schnecke*.

—Bueno. —Agarré su muñeca y lo jalé en dirección a una de las tiendas que necesitaba visitar.

El alemán observó cada tienda y puesto que pasamos hasta que encontré uno de los negocios que estaba buscando. Justo en medio del pasillo donde estaban las sillas de masajes y los masajistas que mi papá amaba visitar cada vez que venía al centro comercial.

—Déjame conseguirle una tarjeta de regalo rapidísimo —le dije después de detenerme junto al puesto. Él asintió y observó mientras uno de los masajistas frotaba los hombros de una mujer.

—¿Quieres uno? —le pregunté después de pagar por una tarjeta de regalo.

Él sacudió su cabeza.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—¿Qué sigue?

—Un par de tenis nuevos. —Apunté a una tienda cercana—. Él jamás se compra zapatos nuevos, así que todos tenemos que comprarle algunos, de otra forma usará el mismo par hasta que esté todo parcheado.

Podría haber jurado que me sonrió mientras entraba a la zapatería a mi lado. Sabía exactamente lo que iba a comprar, incluso aunque deseaba que Kulti no estuviera ahí para verlo. Parecía ocupado mirando las hileras en las paredes cuando el empleado de la tienda se acercó.

—¿Les puedo ayudar? —preguntó el joven, observándome con demasiado interés considerando que probablemente tenía diez años más que él.

Apunté hacia el par que quería, cuidadosa de mantener mi espalda hacia el alemán a unos metros de mí, y dije:

—Del número nueve y medio, por favor.

El empleado asintió en aprobación.

—¿Los RK 10s en negro?

Me tensé por el hecho de que lo dijera en voz alta.

—Sí, por favor.

—Tenemos los Kulti 10s a la venta para mujeres —ofreció, apuntando a los tenis en el lado opuesto de la tienda.

—Solo los de hombre. —Le sonreí.

—Los 9s están en oferta, consigue otros por la mitad de precio —continuó.

—Estoy bien. Aunque gracias.

Se encogió de hombros.

—Bueno, ya regreso.

Gracias a Dios. Me di la vuelta para ver al alemán alzando con interés un tenis hacia su rostro.

—Esos son lindos —intervine.

Esos ojos café verdosos miraron hacia los míos y asintió de acuerdo.

—¿Encontraste los que querías? —preguntó, poniendo el zapato de vuelta en el estante.

—Sí. —Me rasqué la mejilla y sus ojos se entrecerraron de inmediato—. El empleado está buscándolos. —Sabiendo que necesitaba cambiar el tema, pregunté—: ¿Vas a comprar algo?

—Aquí están —dijo la voz desconocida detrás de mí un segundo antes de que el empleado nos rodeara y alzara la caja.

La gran marca resaltando en la tapa de la caja no era la gran cosa, pero el hombre retiró la tapa y el papel de seda y allí estaban. La décima edición de los Reiner Kulti en negro.

———Perfecto ———me atraganté, evitando la mirada que se había clavado en mi rostro———. Me los llevaré.

———Definitivamente no lo harás ———dijo el alemán a mi lado.

———Me los llevaré ———insistí, ignorándolo.

———Sal, no vas a comprarlos ———insistió.

El empleado nos miró a ambos una y otra vez, su expresión confundida.

———Le compro a mi padre zapatos cada cumpleaños y voy a comprarle estos. Es lo que quiere ———gruñí, aun evitando su mirada.

———Sal.

———Rey.

Su mano tocó mi codo.

———Puedo conseguírtelos gratis ———dijo en ese tono exasperado que usaba y que hacía que su acento realmente empezara a brotar———. En todos los colores. La edición del año que viene. ———Sus dedos presionaron el suave recoveco en el interior de mi codo———. No los compres.

———¿Trabajas para Ni…? ———comenzó a decir el empleado, sus ojos muy abiertos y demasiado interesados. Por suerte no estaba prestando demasiada atención al hombre parado delante de él, o de lo contario lo habría sabido.

———¿Te importaría darnos un segundo? ———lo interrumpí con una sonrisa de disculpa.

¿Qué iba a decir? ¿No? A regañadientes, asintió y se dio la vuelta .

Finalmente junté mis agallas y me enfrenté a Kulti, quien había puesto las manos en sus caderas, con aspecto exasperado. *Paciencia, Sal.*

———Dime porque no quieres que los compre.

———No quiero que gastes dinero.

Oh querido Dios.

———Rey, voy a comprarle a mi padre unos zapatos independientemente de si son tuyos o no. ———Más tarde podría

reflexionar sobre el hecho de que estaba saliendo con un hombre que tenía su propia línea de zapatos, pero ahora no era el momento———. Prefiero que tu hagas… ¿qué? ¿Cuánto ganas, cinco dólares el par? De cualquier manera, prefiero los tuyos y que ganes mis cinco dólares a que lo haga alguien más, ¿de acuerdo?

Eso no pareció ayudar en absoluto.

En todo caso, la mandíbula de Kulti se apretó y las comisuras de su boca formaron una línea recta. Y sus hombros y bíceps podrían haberse tensado, pero no estaba segura.

———Puedo conseguir todos los zapato de esta tienda gratis. No he comprado un par de zapatos en más de veinte años. Tampoco deberías pagar por zapatos. Eres la mejor jugadora del país…

Cada célula de mi cuerpo se congeló.

»…no deberías hacerlo, y no voy a dejar que compres uno de mis zapatos de *mierda* y que los pagues con todo el trabajo de un día. Mientras estemos haciendo esto, no voy a dejar que compres ninguno de los zapatos de esta tienda. Ni para ti ni para tu padre ———espetó ———. Puedo conseguirte lo que quieras, solo dímelo.

Hubiera abierto la boca para discutir con él, pero no pude. Solo me quedé allí, mirándolo completamente sin palabras.

Las yemas de los dedos de Kulti tocaron la parte exterior de mi muñeca, su expresión severa y seria.

———Si fueras yo, ¿no harías lo mismo?

Demonios.

———Bueno, sí. ———No sé por qué no me había dado cuenta antes de lo doradas que eran sus pestañas———. No quiero aprovecharme de ti. Juro que no te traje para hacerte sentir culpable y engañarte para que los consiguieras. Lo prometo. Los habría comprado en Houston pero…

Paré de hablar cuando noté que algo cambiaba en su lenguaje corporal, cuando sentí su profundo aliento deslizarse por mi mejilla. Parecía desanimado pero no necesariamente de una mala manera.

Puso su mano sobre mi cabeza, la base de su palma descansando apenas en mi frente mientras dejaba escapar otra profunda exhalación de su pecho.

———Eres… ———El alemán sacudió la cabeza y suspiró———.

Nadie podría obligarme a hacer algo que no quiero.

Podría creer eso.

»¿Entendido? ———Bajó la cabeza. Su rostro, tan profundamente bronceado por años de estar al sol, luciendo más joven por alguna razón en ese instante.

—Sí.

Kulti asintió.

—Lo harías por mí si estuvieses en mi posición, *schnecke*.

—¿Han decidido si se llevan los zapatos? —preguntó una voz inesperada detrás de mí.

Me llevó un segundo apartar la mirada de los ojos casi color avellana que estaba tan cerca de los míos.

———Siento haberte hecho perder el tiempo, pero voy a tener que pasar.

El ceño fruncido en la cara del empleado no fue inesperado. Movió su mirada hacia el alemán con aun más interés.

———Digo, te me haces familiar…

Odiaba ser grosera, pero agarré la muñeca del alemán y lo llevé fuera de la tienda antes de que el niño pudiera reconocerlo. Una vez que salimos, solté su muñeca y le sonreí mientras caminábamos por el espacioso corredor, pero él ya estaba sacando su celular del otro bolsillo y picoteando la pantalla con el pulgar.

———Necesito que me envíes unos RK 10s, talla nueve y medio… —El hecho de que hubiese prestado atención a la talla del zapato en la caja no se me escapó —… de hombre… ¿Cuál es tu dirección? ———Volvió su atención a mí, y recité la dirección de la casa de mis padres. Kulti se la repitió a la persona al otro lado de la línea———. Los quiero aquí mañana… y una muestra del par que me enviaste la semana pasada… sí, esos. —Colgó, así como así. Solo llamó, dijo lo que quería y colgó. Sin gracias, sin adiós, nada.

Después de que terminó de guardar su teléfono en su bolsillo, me miró y frunció el ceño.

———¿Que?

———¿La gente no se ofende contigo cuando eres grosero con ellos?

Kulti parpadeó.

———No.

———¿Nunca?

Levantó un hombro en el gesto más perfecto de "me importa una mierda".

Buen Dios.

———Si le colgara a alguien así, lo que no haría porque no es agradable, me dirían que me fuera a la mierda. ———Parpadeé hacia él y pensé en lo que dijo———. Si me colgaras así, te diría que te fueras a la mierda. No es que no aprecie que le hayas conseguido los zapatos a mi papá, pero no te mataría ser cortés, ¿sabes?

Se encogió de hombros. Jodidamente se encogió de hombros, y supe que decirle cómo podía manejar la situación de una manera diferente no iba a cambiar nada.

———Este es el peor juego de Uno al que he jugado en toda mi vida.

Kulti me miró desde el otro lado de la mesa y sonrió con su pequeña sonrisa de bebé.

La maldita *bratwurst*.

———Estas siendo una mala perdedora.

Mi mamá y mi papá asintieron a ambos lados de mí. Los miré a ambos y sacudí la cabeza. Traidores.

———No estoy siendo una mala perdedora. ———No mucho ———. ¡Me seguían poniendo todas sus cartas malas para que no te hicieran robar!

———Me suena a que no sabes cómo perder ———dijo tranquilamente, tomando las cartas del centro de la mesa para barajarlas.

Hice un ruido ahogado y volví mi atención al mudo sentado a mi lado. Papá había dicho unas seis palabras en las últimas tres horas. Llegó a casa y nos encontró al alemán y a mí en la entrada lavando mi auto. Mi padre dijo exactamente tres palabras: "Oh, ah, hola", me dio un beso en la mejilla y se apresuró al interior. Cenamos lo que mi

madre había hecho con el diciendo otras dos palabras: “sal” y “sí.” Y las últimas dos palabras que había dicho fueron: “amarillo” y “azul”, cuando nos hizo cambiar de color jugando a las cartas.

Mi madre por otro lado, había decidido no dejarse sorprender, y no era como si pudiera culparla. No estaba particularmente impresionada por jugadores famosos de fútbol por más de un segundo. Había estado allí, y eso fue todo.

—Nunca te ha gustado perder —dijo Mamá mientras Kulti deslizaba una tarjeta en su dirección y la tomaba con una sonrisa—. Cuando eras pequeña, nos harías jugar juegos una y otra vez hasta que ganabas.

Tenía razón. Recordaba ser una pequeña niña competitiva. Uups.

———Me están atacando. Solo digo que sería un juego justo si ustedes dos dejaran de hacerme tomar más cartas en cada turno.

Ella sonrió de nuevo cuando el alemán le pasó otra carta.

———Solo es un juego.

Solo era un juego.

Me aseguré de que Kulti me mirara a los ojos cuando recibí mi siguiente ronda de cartas. Nada era solo un juego.

———¿Papá? ———Llamé a la puerta una o dos horas después ———. *¿Papá?*

Dijo algo desde adentro parecido a “entra”, así que lo hice. De pie en la puerta entre su habitación y el baño, papá tenía un cepillo de dientes en la boca, ya vestido para ir a la cama.

———Solo quería decirte *buenas noches*. ———Le sonreí.

Levantó un dedo y volvió al baño donde pude escucharlo abrir el agua y enjuagarse la boca antes de regresar.

———Buenas noches. Me divertí esta noche.

———¿Lo hiciste?

Mi papá asintió seriamente, sentándose en la cama a mi lado.

———¿Sabes lo complicado que ha sido para mí no contarle a

nadie que él se está quedando en mi casa? *¡En mi casa, Salsa!* ———estalló papá, seriamente. Esto se parecía más a él———. El Rey está durmiendo en *mi* casa, cortó *mi* césped y es amigo de *mi* hija. ———Se llevó una mano al pecho y respiró hondo———. Este es el mejor regalo que me han hecho. ———Hizo una pausa———. No se lo digas a tu madre.

Y estaba completamente, ciento noventa y nueve por ciento serio.

No mencioné cómo casi no hablaba, pero le sonreí. Estaba feliz de que al menos estuviera actuando normal frente a mí y feliz de solo tener a Kulti en la casa.

———¿Estás seguro? No quiero que te sientas raro.

———¿Qué si estoy seguro? *Pues sí.* ———Colocó un brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia su costado———. Voy a recordar esto por el resto de mi vida.

Me reí y me apoyé en él. Solo él estaría feliz de tener a Kulti en la casa incluso cuando no hablaba con él.

———Gracias por no decírselo a todos. ———Mis padres habían decidido que mi extensa familia no viniera con el alemán quedándose aquí y, honestamente, estaba un poco aliviada.

———¿Crees que se tome una foto conmigo antes de irse para poder mandársela a tus *tíos*?

———Sí.

Papá asintió con placer.

———Puedo restregárselos en la cara luego, con las *pinches* fotos de sus nietos. ¿Para que querría nietos cuando tu traes al Rey a casa contigo?

Puse los ojos en blanco y palmeé su pierna.

———Quiero que le digas a mamá esas mismas palabras la próxima vez que me pregunte cuándo me voy a casar y darle un par de bebés.

Me dio otro abrazo lateral.

———Sabes que te amaré juegues o no.

Lo sabía.

———Lo sé.

———Solo quiero que seas feliz.

———Lo sé.

———Lo digo en serio ———insistió.

Y sonreí.

———Lo sé, papá. Te prometo que lo sé.

Con un abrazo lateral más, me dejó ir.

———Dile a tu amigo que dije gracias por hacer el patio.

———Puedes decírselo tú mismo ———dije, levantándome.

Sacudió la cabeza.

———No. Díselo por mí.

Mula terca.

———De acuerdo. Buenas noches.

———*Buenas noches, amor.*

Salí de su habitación con otra sonrisa y cerré la puerta detrás de mí. La puerta de mi hermana pequeña estaba cerrada y esa vez no contuve mi suspiro de molestia hacia ella. Había llegado a casa con mi papá después de la escuela, dijo "hola" y luego entró a su habitación y se quedó allí la mayor parte del día, solo saliendo para tomar un plato de comida y volverse a encerrar con él. Por un segundo, debatí si llamar a su puerta y decirle buenas noches solo para molestarla, pero decidí no hacerlo. Íbamos a cenar para el cumpleaños de nuestro padre al día siguiente, y necesitaba que se relajara lo más posible para que no se convirtiera en una pesadilla.

Sin embargo, todavía era una porquería.

Cuando volví a la habitación de invitados, Kulti ya estaba acostado en la cama con las sábanas hasta la mitad del estómago, las piernas dobladas y la tableta reclinada contra ellas. Agarré mi ropa de dormir y cosas de mi bolso y volví al baño para ducharme, me puse otra camiseta larga y calcetines que casi me llegaban hasta las rodillas.

———¿Vamos a salir a correr por la mañana? ———preguntó Kulti desde su lugar en la cama una vez que volví a la habitación y sacaba un nuevo conjunto de ropa para correr para el día siguiente.

———Mientras puedas seguirme el ritmo ———bromeé, colocando la ropa sobre mi bolso y dándome la vuelta para verlo

frunciendo el ceño. Sin decir una palabra, le guiñé el ojo y subí a la litera, instalándome antes de recordar lo que había dicho mi padre. Me puse de rodillas y me incliné sobre el borde para poder verlo, sentado allí en una cama demasiado pequeña para él.

———Gracias por ayudarme el otro día con el patio. Mi padre también me pidió que te diera las gracias.

Impecable y con aspecto relajado en la cama en la que crecí, Kulti parecía renovado. Bajó la barbilla.

———Fue un placer.

Le dediqué una sonrisa y volví a acostarme, arrastrándome bajo las sábanas una vez más. Apenas las había subido a mi pecho cuando Kulti volvió a hablar.

———Esa fue mi primera vez usando una cortadora de césped.

¡Jodidamente lo sabía! Por supuesto que no dije eso, y en su lugar, me quedé con un muy adulto:

———Oh, ¿en serio?

Hubo una pausa antes de que continuara.

———Lo disfruté. Puedo entender por qué estudiaste eso en la universidad. Es apropiado.

Espera un segundo, espera un segundo. Sabía a ciencia cierta que nunca le había dicho a Kulti que obtuve mi título en paisajismo. Nunca había preguntado, ni una sola vez. Claro, le había dicho en un ataque de ira que hacía trabajos de paisajismo, por si aún no lo sabía, pero eso fue todo. No había una sola duda en mi mente de que nunca había mencionado a qué universidad fui, y mucho menos en qué me especialicé

———¿Cómo sabes que fui a la universidad? ———le pregunté casualmente. Estaba segura de que estaba haciendo algún tipo de cara estúpida.

———Te busqué. Lo tienes en tu perfil ———dijo sin perder un segundo.

¿Qué? Me senté de nuevo y miré por encima del borde de la litera.

———¿Me buscaste?

Incluso de cabeza, reconocí cuando asintió.

———Sí.

———Tú… ¿tienes una cuenta?

Pudo haber fruncido el ceño, pero no estaba segura con toda la sangre corriendo por mi cabeza.

———Baja antes de que te caigas de la cama y te hagas más daño cerebral del que ya tienes.

Poniendo los ojos en blanco, hice lo que dijo, pero solo porque no sería la primera vez que me cayera de una litera. Bajé demasiado rápido y fui y me senté en el borde de su colchón, demasiado interesada.

———¿Usas redes sociales?

Kulti se me quedó mirando fijamente.

———Sí. ———Y después añadió———: Tengo una cuenta falsa.

———¡No! ———Me reí.

———Sí ———confirmó.

———¿Puedo verla?

El alemán se veía como si quisiera negarse a mi petición, pero al final asintió, y un minuto más tarde, me entregó su tablet. La página blanca y azul tenía “Michel Reiner” en la parte superior y alguna falsa foto genéricas de una puesta de sol como foto de perfil. ¿Su número de amigos? 25.

Veinte-jodido-cinco.

Lo miré por encima de la tablet y sentí que mi pequeño corazón se rompía un poco. ¿Sabes a cuántas personas les gusta tu página de fans?

Se encogió de hombros.

La busqué.

La Fan Page Oficial de Reiner Kulti tenía ciento veinticinco millones de likes.

Y “Michel Reiner” tenía veinticinco amigos.

Algo acuoso se acumuló en mi garganta cuando le devolví su tablet.

———No la uso mucho pero puedes agregarme como amiga si

quieres ———ofrecí con voz temblorosa.

———Qué honor ———dijo bratwurst, pero lo dijo con una pequeña sonrisa, así que sabía que no lo decía en modo imbécil.

Aun así, busqué debajo de la sábana y tiré del vello de su pierna. Al menos esperaba que fuera el vello de su pierna.

Sea lo que fuera, dejó escapar un gruñido de sorpresa cuando se apartó, con una gran sonrisa en su rostro que parecía encajar en esa piel que no estaba acostumbrada a formar ese tipo de expresiones faciales.

—Hazlo otra vez Sal, y te lo devolveré enseguida.

Me aseguré de que estuviera viendo cuando puse los ojos en blanco ante su amenaza.

———No tengo vello en las piernas, así que buena suerte con eso. —Volví a mirar la pequeña pantalla———. ¿A quién más tienes de amigo ahí?

———Algunos viejos compañeros de equipo, mi madre, mi manager y publicista. ———Puso mi nombre en la búsqueda y presionó el botón “agregar” una vez que apareció mi página———. A ti.

Mi teléfono sonó un segundo después y vi la notificación de una solicitud de amistad pendiente. La acepté y volví a colocar mi teléfono en la cómoda antes de tomar el asiento que había dejado al lado del alemán.

Un alemán que ya estaba ocupado navegando por mi perfil.

———¿Muy curioso? ———pregunté.

Gruñó, haciendo clic en mi álbum principal y desplazándose hacia abajo. Eran principalmente fotos que amigos o familiares habían subido y en las que me habían etiquetado. Cumpleaños, partidos, encuentros, más partidos… era una línea temporal de los últimos ocho años de mi vida a través de los ojos de otras personas. Kulti no dijo nada mientras las miraba, hasta que de repente dejó de desplazarse.

———¿Quién es este? ———preguntó.

No necesitó señalar la foto para que yo supiera a quién se estaba refiriendo, y honestamente, estaba un poco sorprendida de que Adam aún tuviera subidas fotos nuestras. No habíamos estado juntos en cinco años, y él había salido con más que unas pocas chicas desde

entonces.

Pero ahí estábamos en la pantalla.

Estaba a inicios de mis veintes y él a finales de los suyos, y estaba en su regazo con su brazo alrededor de mi cintura. Mi ex-novio de cuatro años era rubio, construido como un modelo de Abercrombie, realmente lindo y bastante agradable al igual que atractivo.

———Esa es realmente vieja. Es mi exnovio ———le expliqué al alemán.

El hombre que raramente usaba palabras no cambió su táctica, pero lentamente comenzó a mirar más fotos con docenas más de Adam y yo apareciendo a lo largo de la línea de tiempo. Me hizo sentir un poco triste no haberme esforzado más para que las cosas funcionaran con él. Siempre nos habíamos llevado muy bien, y él había sido la persona exacta que necesitaba y quería en aquel entonces.

———¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? ———preguntó una vez que nos habíamos desplazado tres años más atrás.

———Cuatro años. Nos conocimos en mi segundo año de universidad.

———Parece un idiota.

Me llevó un momento entender lo que salió de su boca, pero me hizo reír una vez que finalmente lo entendí. Le di un codazo.

———Eres un grosero. No era un idiota. Realmente era agradable.

Esos ojos cafés verdosos se deslizaron hacia mí. No parecía divertido. De hecho, tenía la mandíbula apretada y parecía un poco enfadado.

———¿Lo estás defendiendo? ———Sonaba como si no pudiera creerlo.

———Sí. Era realmente amable. Es el único hombre con el que he salido, Rey. Probablemente aun seguiríamos juntos si él no hubiera querido tener hijos justo después de la universidad.

La cabeza de Kulti se sacudió para mirarme directamente.

———¿Qué? ———pregunté, sorprendida por su expresión.

———¿Te has mantenido en contacto con él?

Me encogí de hombros.

———Me llama entre novias, pero eso es todo.

———¿Para que vuelvan? ———No podía entender por qué su voz era tan grave, y le lancé una mirada inquieta.

———Sí, pero no va a pasar. Se ha acostado con muchas chicas desde que rompimos. No soy una de esas chicas que piensa que los hombres que han dormido con cientos de mujeres son sexys. Es asqueroso. No le presto mi cuerpo a cualquiera, y no me gusta la idea de que un grupo de chicas sepa cómo es el pene de alguien que amo, ¿sabes?

Un músculo en la mandíbula de Kulti se contrajo y juro que su ojo se estremeció. Entonces me di cuenta de lo que acababa de salir de mi boca.

»No te ofendas. Es asunto tuyo lo que decidas hacer contigo. No voy a juzgarte. Solo soy anticuada y exigente. Probablemente por eso no he estado en una relación desde él, ¿eh?

Su ojo definitivamente se crispó esta vez, y me sentí mal por llamarlo un mujeriego poco atractivo.

»Mira, lo siento. Solo porque no puedo imaginarme siendo íntima con alguien a quien no amo no significa que haya algo malo con eso. No es algo para mí. Diferentes estilos para diferentes personas.

El ojo de Kulti volvió a temblar. No me perdí la forma en la que se mordió con fuerza y flexionó sus mejillas.

»¿Qué? ———pregunté cuando el no dijo nada.

Nada.

El alemán echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, sus dedos yendo hasta el puente de su nariz. Una inhalación, una exhalación. Otra inhalación, una exhalación más. ¿Qué demonios le pasaba?

»Rey, ¿estás bien?

Un ojo se abrió cuando su pecho se hinchó.

———Deja de hablar de sexo.

Dios.

———Bien. Perdón. No te tomé por un mojigato.

Se atragantó, su otro ojo se abrió. ¿Pero dijo algo? No, no lo hizo.

Me senté allí, esperando a que hiciera otro comentario, pero nada salió de su boca. Realmente no lo había tomado como el tipo de persona que se ofendía tan fácilmente. La palabra con “s” ni siquiera había salido de mi boca, mucho menos nada más atrevido. Así que no entendía del todo por qué se estaba incomodando tanto.

Cuando siguió sin decir nada y siguió mirando el soporte del fondo de la litera superior, me puse nerviosa.

»¿Puedo ver ahora tu tatuaje? ———Había sido demasiado reservado al respecto, y me preguntaba qué demonios estaba escondiendo todo el día.

La barbilla Sr. Secreto se movió ligeramente hacia un lado antes de asentir casi hostilmente. Dejando la tablet sobre la cama, se puso de lado y cuidadosamente subió la manga de la camiseta. Donde hacía menos de cuarenta y ocho horas había un tatuaje de una cruz casi tan viejo como yo, ahora había sido cubierto como por arte de magia con la silueta de un ave. Una bella y majestuosa ave.

—Un Fénix —explicó Kulti como si pudiera leer mi mente.

—No puedo ver el antiguo tatuaje por ninguna parte —dije, todavía inspeccionado las grandes y hermosas alas y la excéntrica cresta en su cabeza—. Es fantástico, Rey. —Quería tocarlo pero la piel todavía estaba un poco irritada y no quería ser la que accidentalmente lo arañara y lo arruinara antes de que hubiera sanado—. En serio, mucho mejor que la cruz que tenías antes. ¿Qué te hizo decidirte por esto?

El Alemán me miró mientras regresaba al lugar y se bajaba la manga de su camiseta.

—Alguien me dijo que no puedo deshacer lo que he hecho, pero que lo que haga a partir ahora en adelante es lo que importa. Me pareció acertado.

Mierda. Odiaba cuando realmente me escuchaba, pero sonreí de todos modos y dejé el tema cuando no me miró a los ojos. Muy bien.

—¿Estás preparado para ir a la cama?

—Voy a quedarme despierto y ver un película aquí —explicó señalando su tablet. Con la cama de arriba dando sombra a la mitad de todo lo que había debajo, no podía ver bien su rostro—. ¿Te gustaría verla?

¿Tenía sueño? Sí. Pero…

—Claro, por lo menos hasta que empiece a darme sueño —concordé.

Se deslizó un ápice e inclinó la parte superior de su cuerpo hacia mí. Bien. Moviéndome lo suficientemente cerca para que nuestros codos se tocaran, Kulti apoyó la tablet sobre sus rodillas dobladas mientras yo metía el dobladillo de mi camiseta entre mis muslos. Se había subido, pero no era como si él pudiera ver mi ropa interior, y no era como si no hubiera visto lo suficiente de mis piernas prácticamente cada día que habíamos pasado el rato. Arreglé la almohada detrás de mi espalda y me acomodé sobre la cama de tal forma que mi hombro tocó su bíceps.

—¿Qué vamos a ver?—pregunté.

Aparentemente el hombre no era un tacaño porque no fuimos a por una película de Netflix; en cambio, compró una copia digital de una película de suspenso recién estrenada.

Supongo que probablemente conseguí ver veinte minutos de la película antes de quedarme dormida. Con el calor de su cuerpo a un lado, incluso con la barrera de la sábana que había puesto sobre él, y la confortable cama debajo de mí, caí muerta.

Me desperté para encontrar que mis rodilla dobladas habían caído y descansaban sobre las caderas de Kulti, mi camiseta de alguna forma se había subido sobre mis caderas dejando a la vista mi ropa interior para que cualquiera la viera. Mis manos estaban cruzadas sobre mi pecho y metidas en mis axilas, y toda la parte derecha de mi cuerpo estaba acurrucada a la parte izquierda del alemán.

Me senté y le dediqué un bostezo adormilado

—Me voy a la cama. —Apreté su rodilla doblada antes de echar mis piernas sobre el lateral—. Buenas noches, Rey.

—Dulces sueños.

¿Dulces sueños?¿Realmente acababa de salir eso de su boca? Creo que podría haberme quedado dormida con una sonrisa en mi cara pensando en él usando esas palabras.

—Estás usando un vestido.

Me di la vuelta y fruncí el ceño, mis manos alisando la parte delantera del vestido de verano azul que me había puesto cinco

minutos antes.

—Sí.

Ya iba a ser bastante malo cuando mis padres vieran mi atuendo. Siempre actuaban como si no me hubieran visto con nada más que pantalones de chándal o shorts.

Ahora tenía que escucharlo también del alemán.

Estaba en la puerta usando los mismos jeans que llevaba cuando nos fuimos a Austin. Había añadido una camias azul y negra a cuadros y sus tenis.

Sonreí.

No dijo nada. Solo siguió mirándome como si no me hubiera visto con menos ropa un montón de veces, incluso aunque eso me hiciera sonar como una nudista. Me estremecí.

—¿Qué? De vez en cuando me arreglo. Cumpleaños, Acción de gracias, Navidad, Año nuevo. —Tiré del dobladillo del ligero vestido que casi llegaba hasta mis rodillas… si me encorvaba y tiraba de él.

Su mirada se deslizó de nuevo a mi rostro tras observarme jugueteando con la falda y parpadeó lenta, lenta, lentamente.

—Te has maquillado.

—Me he maquillado. —No mucho, pero lo suficiente.

—¿Nada de tacones? —Miró mis pies, que estaban en un par de botines de cuero negro que mis padres me habían comprado por mi cumpleaños hacia un par de años.

—Confía en mí, acabarías pasando la noche levantándome del suelo o riéndote mientras me ves caminar como una jirafa recién nacida. —Le sonreí.

Sus ojos se movieron rápidamente a los míos y una pequeña sonrisa se asomó en las comisuras de su boca.

—Eras buena en todo.

Resoplé.

—Ya quisiera. Más tarde te haré una lista de todas las cosas en las que soy terrible. —Tomé mi bolso de la esquina de la cama y lo pasé sobre mi cabeza—. ¿Estás listo para irnos?

—Sí —respondió, bajando la mirada al escote de mi vestido por

un microsegundo.

Tenía pecas en mi pecho, pero no era como si nunca las hubiera visto antes.

Alejé en el pensamiento de él mirándome y tomé un respiro para relajarme. Esa mañana, se había despertado justo cuando estaba medio desnuda otra vez, usando solo mi sujetador deportivo y bragas, y no dijo ni una palabra mientras me ponía el resto de mi ropa. Claro, pude haber ido al baño a cambiarme, pero mantenía la misma idea en mi cabeza que tenía desde el principio. No tenía nada de qué avergonzarme. Había aceptado mi cuerpo como era y si empezaba a actuar como una boba ahora, bueno, solo parecería estúpido.

No estaba en mi lista impresionar a nadie.

Además, no era como si Kulti no hubiera algo mejor —y espero que algo peor— antes.

Daba igual.

Me sentía bien, y no me importaba cuánta mierda estaba a punto de recibir de todos los que disfrutaban burlándose de mí solo porque podían.

Nos encontramos con mis padres, Ceci y su amiga en la sala, esperándonos. Fue mi padre quien hizo el primer comentario cuando me vio.

Con una camisa, pantalones y zapatos de vestir, debió haber olvidado que había estado actuado como un completo osito tímido con el alemán porque inmediatamente le dio un codazo a mi madre.

—Mira, es el milagro de la Navidad. Sal se ha puesto ropa de verdad.

Exageré una carcajada, dedicándole una mueca al mismo tiempo

—Que divertido.

Mi madre vino hacia mí y apretó mi hombro.

—Mira lo guapa que te ves cuando usas un vestido. Si te vistieras así más a menudo, quizás encontrarías un novio. ¿*No*?

Hace mucho tiempo, su comentario realmente hubiera herido mis sentimientos. Ahora, ya había dicho lo mismo al menos una docena de veces en el pasado como para que me afectara. Si me vistiera diferente, si me esforzara en mi apariencia, si no jugara fútbol, quizás encontraría a alguien…

Alguien que no me conociera en absoluto solo podría amarme si fuera la mitad de lo que soy.

Forcé una sonrisa en mi rostro y le di una palmada al brazo de mi madre, ignorando la intensa mirada que venía de Kulti.

—Quizás algún día, Ma.

—Solo te lo digo porque te amo —dijo en español, dándose cuenta de que su comentario me había irritado—. Eres tan bonita como cualquier otra chica, Sal.

—Todos son feos. Estoy hambriento, vámonos —dijo papá aplaudiendo con su cara demasiado feliz.

Lo sabía. Sabía cuánto me molestaban los comentarios de mamá. Quizás no me enfadaban o me hacían llorar, pero me molestaban. El hecho de que lo hubiera dicho delante de mi amigo no ayudaba.

Quedándome en mi lugar, le sonreí a mi hermana y a su amiga mientras seguían a mis padres hacia la puerta. Ceci no me había dicho ni una palabra y no quería empezar ninguna mierda con ella esta noche. Apreté los dientes y reprimí mis emociones. Hoy era el día de mi padre, no de mi madre o de Ceci.

Como no cabíamos todos en el sedan de mi madre, Kulti y yo fuimos en otro auto. Iríamos al mismo restaurante al que habíamos asistido durante los últimos tres años así que sabía exactamente hacia dónde nos dirigíamos.

Apenas había encendido el motor y conducido hasta la esquina del bloque cuando el alemán habló.

—No me gusta cómo te habla tu madre.

Giré la cabeza para poder observar su rostro.

Él por otra parte, estaba muy ocupado mirando al frente.

—¿Por qué dejas que te menosprecie de esa forma?

—Yo… —Me volví para mirar por el parabrisas e intenté decirme a mí misma que este momento era real—. Es mi madre. No lo sé. No quiero herir sus sentimientos y decirle que su opinión no me importa…

—No debería —me interrumpió.

Bueno…

—Solo tiene un punto de vista diferente sobre cómo debería

vivir mi vida, Rey. Siempre lo ha tenido. No voy a hacer lo que quiere que haga ni seré la persona que quiere que sea. No lo sé. Solo dejo que diga todo lo que quiera y lo soporto. Al final del día, seguiré viviendo a mi manera, sin importar lo que diga o piense.

Con mi visión periférica, puede ver como giraba la cabeza.

—¿No apoya que juegues?

—Sí, pero preferiría verme hacer algo más con mi vida.

—¿Entiende lo buena que eres? —preguntó completamente enloquecido.

Tuve que sonreír, su forma de creer en mí casi compensó el hecho de que mi madre intentara hacerme sentir culpable por no tener un novio y para vestirme de manera que me sintiera como una mujer. Blah—. ¿De verdad piensas que soy buena?

—Podrías ser más rápida…

Sabía que solo estaba intentando hacerme enojar al llamarme lenta. Me giré para mirarlo, ofendida.

—¿Es en serio?

Me ignoró.

—Pero sí, era buena. Que no se te suba a la cabeza. Todavía tienes bastante que mejorar. —Hizo una pausa—. Debería estar orgullosa de ti.

Estaba indecisa entre defender a mi madre y darle a Kulti un abrazo por las cosas tan bonitas que estaba diciendo. En vez de eso agregué:

—Está orgullosa de mí. Solo… que es algo que le cuesta aceptar. Sé que me ama, Rey. Va a mis partidos, usa mis camisetas. Está orgullosa de mí y de mi hermano pero… —Me rasqué la cara, debatiendo si decírselo o no durante un momento. Habían pasado años desde la última vez que se lo conté a alguien. Ni siquiera Jenny o Harlow lo sabían. Marc y Simon sí, pero solo porque habían estado en nuestras vidas desde siempre. No ayudaba que Cordero hubiera sido la última persona que había hablado conmigo sobre eso, y me había dejado un mal sabor de boca. *Todo el mundo debería saberlo*, había dicho. No le había gustado cuando le dije *no. De ninguna manera.*

Mi hermano Eric había empezado a temprana edad su carrera poniendo una cláusula en su contrato sobre el tipo de información

personal que podía ser publicada sobre él. Seguí sus pasos con mi contrato con las Pipers y afortunadamente valió la pena ser tan reservada. Pero si había una persona a la que se lo pudiera contar era a Kulti.

Tragando, pregunté:

—¿Has escuchado sobre Jose Barragan?

—Claro que sí —dijo con una risita ofendida.

Jose Barragan era un legendario jugador de fútbol argentino, un grande tanto dentro como fuera del campo.

Que si no lo sabría yo.

—Era el padre de mi madre.

El silencio en el auto no fue una gran sorpresa.

—¿*La Culebra* era tu abuelo? —me preguntó lentamente. Millones de personas habían llamado a mi abuelo La Culebra por muchas diferentes razones.

—Síp. —No dije nada más porque sabía que iba a necesitar un segundo para procesarlo.

La Culebra había sido una estrella. Fue el rey de una generación mucho antes que la mía. Ganó dos Copas Altus para su país; fue una superestrella en una época antes de la tecnología y las redes sociales. El padre de mi madre había sido una brillante estrella del deporte, un trofeo de carne y hueso para los admiradores.

—¿Alguien lo sabe? —preguntó finalmente, ese espeluznante y tranquilo silencio todavía resonando en mis oídos.

—Sí, unos pocos lo saben.

Otra pausa.

—Nadie me ha dicho nada al respecto. —Pude ver como se movía en su asiento por el rabillo del ojo—. Sal, ¿por qué es un secreto? ¿Comprendes cuánto dinero podrías ganar con los patrocinios?

Cordero había preguntado exactamente lo mismo. La única diferencia era que Cordero era un imbécil en busca de una mejor imagen. ¿La nieta de *La Culebra* en su equipo? ¿Y especialmente cuando él era del mismo país? Inmediatamente vio signos de dólar, pero no iba a dejar que me explotara ni a mi familia. Nunca supe

cómo lo averiguó, pero no importaba. No significaba no.

—No quería que mi madre pasara por eso —expliqué. Apreté el volante un poco más fuerte—. ¿Alguna vez lo conociste?

—Sí.

—Entonces sabes que no era el hombre más simpático del mundo.

Su falta de respuesta fue más que suficiente.

—Rey, estuve con él quizás unas diez veces. Lo veía en la televisión más que en persona. Me dijo una vez cuando tenía once años que estaba desperdiciando mi vida con el fútbol. Dijo que a la gente no le gusta ver a atletas femeninas. Me dijo que tenía que ser una nadadora o una bailarina de ballet. *Una maldita bailarina de ballet*. ¿Puedes imaginarme con zapatillas? Cuando tenía diecisiete, se presentó en el partido de la sub-17 que iba a jugar con el equipo nacional e hizo trizas mi juego cuando acabó. Cuando tenía veintiuno, fue al partido de la Copa Altus y me preguntó por qué no jugaba para Argentina. Nada era correcto o suficiente para él. Solo era él. Por lo que le he escuchado decir a mi madre, realmente fue un padre de mierda y un marido aún peor. Supuestamente, le pegaba a mi abuela cuando no la estaba engañando. Mi madre no era una gran fan suya, y sé que culpa al fútbol por su comportamiento. Y no la culpo.

»Conoció a mi papá en unas vacaciones en México; se casaron y se mudaron aquí. La última vez que lo vi, llamó a mi padre estúpido mexicano y le dijo a mi madre que había desperdiciado su vida casándose con alguien tan inferior a ella. Amo a mi padre y le debo todo a mi padres. Son las personas más trabajadoras que he conocido y no me gusta que nadie hable mal de ellos. Cuando mi madre dice algo que no ayuda, intento entender que mi madre odia que mi hermano y yo juguemos al fútbol. No puede soportar que sigamos sus pasos. Una vez, mi agente intentó venderme a un compañía contándoles que *La Culebra* era mi abuelo. ¿Sabes que le dijeron? Que si yo era la hija de su hija ilegítima, me querían. O que si fuera cualquier cosa menos hispana, sería una historia. Lo hicieron parecer como si hubiera hecho trampa para llegar a donde estaba, como si los genes de mi abuelo y mi herencia hispana inmediatamente me dieran una ventaja. Como si no me rompiera el culo día tras día, trabajando más duro que mis compañeras de equipo para mejorar.

Tomé una respiración tranquilizadora y pestañeé para alejar las lágrimas de frustración. Había pasado mucho tiempo desde que me había sentido tan pequeña.

—Tengo que trabajar el doble de duro que los demás para probarme a mí misma que no he llegado hasta aquí solo porque él es el padre de mi madre. Siento no habértelo dicho antes pero —me encogí de hombros—, solo… quiero ser yo. Quiero gustarle a la gente por ser yo, no por quién es mi hermano o mi abuelo, o lo que vista… te lo hubiera contado eventualmente. Algún día.

En los cinco minutos que pasaron hasta que entramos en el estacionamiento del restaurante familiar, *Alemania* no dijo una palabra. Ya estaba lo suficientemente familiarizada con él para reconocer cuando estaba enfadado o molesto, y no pude sentir ninguna de esas emociones viniendo de él. Simplemente estaba callado.

No me apetecía seguir hablando del tema tampoco así que no forcé la conversación. Hablar sobre ese viejo siempre me daba indigestión y me hacía sentir afligida. Eso realmente me hacía valorar lo afortunada que era al poseer a la gente que tenía en mi vida.

No hablamos cuando nos encontramos con mi familia; estaban esperando a la entrada. No dijimos nada cuando entramos al restaurante y tomamos dos asientos uno al lado del otro. Mi padre estaba sentado a la cabeza de la mesa, mi madre en un lado con Ceci a su lado y su amiga en extremo opuesto.

—¿Qué le gustaría beber? —El camarero había empezado con mi madre y continuó por la mesa, llegando a Kulti antes que conmigo.

No estoy segura de lo que esperaba que dijera, pero no era:

—Agua.

—¿Y usted, *señorita*? —me preguntó el camarero.

Había planeado pedir una margarita porque eso era lo que normalmente bebía, pero tenía a alguien con un posible problema con la bebida sentado justo a mi lado y además conduciría.

—También agua, por favor.

Mi madre empezó a contarnos que uno de sus hermanos la había llamado para desearle a papá un feliz cumpleaños y para decirle que tenía planeando venir de visita dentro del próximo mes, cuando el camarero volvió con nuestras bebidas y tomó nota de los platillos.

—¿Para usted? —le preguntó a Kulti.

El idiota lo hizo.

—Tacos —hizo una pausa dramática y tuve que ser la única que realmente captó la broma, especialmente cuando chocó su rodilla con la mía debajo de la mesa y me miro de reojo—, *al Carbón*.

Resoplé y golpeé mi rodilla con la suya, curvando mis labios sobre mis dientes para evitar sonreír. Apenas termine de decir lo que quería comer y pregunté, sabiendo jodidamente bien su respuesta sería no:

—¿Tienen algún pastel alemán de chocolate?

¿Por qué deberían tener algún pastel alemán de chocolate en un restaurante mexicano? No lo tenían, pero iba a ser como la peste y parecer idiota al mismo tiempo.

—Mmm, *no*. ¿Tenemos *sopapillas* y *flan*? —ofreció el camarero.

Antes de que tuviera la oportunidad de contestar, *alguien* pretendió tirar su servilleta al suelo y en el proceso de agacharse para recuperar el objeto imaginario, decidió clavar su brusco codo contra la parte carnosa de mi cintura.

Todo duro un segundo, pero el graznido que salió de mi boca fue tan feo que incluso mi padre, el rey de los sonidos feos, me miró extrañado.

—No la conozco —le dijo papá al camarero en español.

Me reí y me volví hacia Kulti, mucho más divertida que avergonzada.

—Me las pagaras, bratwurst —murmuré por lo bajo.

Chocó su rodilla contra la mía otra vez, sus acciones diciendo muchísimo más de lo que cualquier palabra podría haber dicho justo después de bajar del auto. De dónde diablos había salido este hombre juguetón, no tenía idea pero lo amaba.

Coloqué mi mano debajo de la mesa y apreté su rodilla cubierta por los vaqueros.

—¿Quién quiere darme mi regalo primero? —preguntó mi papá una vez que el camarero se había ido.

Mi madre y yo nos miramos desde el otro lado de la mesa y apenas sacudimos la cabeza. ¿Quién pregunta eso? Mi padre. Mi padre pregunta por sus regalos.

Mamá volvió su atención al recién hombre de cincuenta y siete años, y le guiño el ojo.

—Yo te daré el mío en casa.

Me encogí de vergüenza.

Desde el otro lado de la mesa, Ceci dijo:

—¡Mamá!

Luego añadí:

—Repugnante.

Nuestro padre rio, pero fue mi madre quien nos miró con el ceño fruncido.

—Niñas mal pensadas —dijo en español—. ¡No me refería a eso!

Moví mi mano y la puse contra mi boca, pretendiendo retener unas buenas arcadas.

—*Cochinas* —repitió mi madre, todavía moviendo la cabeza.

—Bueno, ¿Ceci? ¿Sal? ¿Quién sigue?

Mi hermana pequeña suspiró desde el otro lado de la mesa. A veces era raro mirarla. Se parecía tanto a mamá, con su cabello castaño, piel clara, ojos marrones, huesos finos y delgados. Era la niña bonita. La realmente guapa que había tenido novios cuando iba a cuarto grado mientras que yo… no había tenido novios en cuarto grado. Por aquel entonces, mi único novio había sido mi amor imaginario, Kulti, el tipo que estaba sentado a mi lado en ese mismo momento.

—Yo primero. —Sacó una caja pequeña de debajo de la mesa y se la dio a nuestra madre para que se la diera a nuestro padre—. Feliz cumpleaños. Espero que te guste, papá.

Papá rasgó el papel y luego abrió la caja con la excitación de un niño pequeño. Sacó un precioso marco con una foto realmente antigua de él y Ceci en un columpio. Sonrió y le lanzó un beso, agradeciendo a su hija más pequeña por su regalo. Luego, volvió su atención en mi dirección con expectación e hizo un gesto de “dame” con las manos.

Kulti extendió su mano.

—Lo traeré.

Saqué las llaves del bolso y se las di.

—Gracias.

Apenas había dejado la mesa cuando mi padre se inclinó con una mirada vidriosa en sus ojos.

—No estoy soñando, ¿verdad?

Mamá gimió.

—¿Crees que pueda tomarme una foto con él aquí? —preguntó el cumpleañero.

Pensé sobre lo que podría pasar si una foto de mi padre y el alemán aparecía en internet. Por un lado, me avergonzaría demasiado. Pero, ¿qué iba a decirle a mi padre? ¿No? ¿Solo porque no quería que el mundo supiera que Kulti había pasado tiempo con mi familia? ¿Porque no quería rumores flotando en el aire? No los quería. Definitivamente no quería nada de eso.

Por otra parte, estaba tan emocionado y feliz por todo, a pesar del hecho de que todavía no le había dicho ni una palabra directamente a mi amigo.

¿Cómo podría decirle que era una mala idea? No podía. Papá les mandaría la foto a todas las personas que había conocido a lo largo de su vida.

Había cosas peores en la vida, ¿no?

—Claro, papá.

El hombre sonrió.

Sí, no había forma de que le dijera que no. Le entregué su tarjeta regalo para el masajista del centro comercial y me gané un gran guiño de mi padre.

Kulti regresó al poco tiempo, deslizándose en su asiento mientras sostenía dos cajas perfectamente envueltas en sus manos. Los paquetes habían llegado temprano, ya envueltos y preparados dentro de una larga caja de cartón. Los ocultamos en el maletero de mi auto antes de que alguien nos atrapara. El alemán me los dio para que pudiera pasárselos a mi padre, quien tenía una mirada en su rostro como si se hubiera cagado en los pantalones y se hubiera dado cuenta en ese instante.

—Feliz cumpleaños de nuestra parte —dije, sin siquiera pensar en cómo sonaba.

A papá no le importó porque no estaba prestando atención. Estaba mirando de reojo a Kulti y luego las cajas, luego Kulti y de

nuevo a las cajas una y otra vez. Con gran delicadeza, rompió el papel de la primera y sacó los mismos RK 10s que había intentado comprar en la tienda el día anterior.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo y alcanzó la siguiente caja. Dentro había una simple caja de zapatos sin marca ni logo en la cubierta. Mi papá abrió la tapa y se quedó mirando el interior antes de sacar un tenis que nunca había visto antes. El familiar bordado de "RK" estaba en la parte de atrás y también la familiar palomita de Nike a un lado.

—La edición para el siguiente año —explicó Kulti.

Con mucho cuidado, papá guardó el tenis en la caja y respiró hondo antes de encontrarse con mi mirada y decirme en voz baja:

—Dile que digo gracias.

Me tapé la boca con mi puño, pero no estaba segura de sí era para no reírme o no suspirar de exasperación.

—Papá, díselo tú.

Negó con la cabeza y supe que eso era lo mejor que obtendría.

Mordiéndome el labio, me giré hacia Kulti, estaba segura que había escuchado lo que había dicho mi papá, pero aun así le repetí lo que me dijo.

Muy serio, el alemán asintió.

—Dile que de nada.

Jesucristo.

—Y dile que hay algo más en la caja.

¿Algo más?

—Pa, hay algo más en la caja. —Como si no pudieran escucharse a poco más de un metro de distancia.

Papá parpadeó, luego rebuscó en la caja sin marca y sacó un sobre del tamaño de una tarjeta de felicitación. Sacó algo que parecía una ficha. La leyó y luego una segunda y tercera vez. Puso la tarjeta dentro del sobre y luego en la caja. Su piel oscura estaba pálida mientras tomaba unas cuantas respiraciones. Finamente levantó sus ojos verdes para encontrarse con los ojos color avellana de Kulti.

—Sal —dijo, mirando al alemán—, pregúntale si quiere su abrazo ahora o después.

—¿Qué sucede?

Miré a Kulti mientras me sentaba en la orilla de la litera, lista para quitarme los zapatos.

—Nada. ¿Por qué?

El alemán parpadeó al verme.

—No has dicho ni una palabra.

No había hablado para nada. Estaba en lo correcto.

¿Cómo podía hablar cuando algo enorme se había alojado en mi pecho? Algo monstruoso e incómodo se había creado e instalado ahí, robando el espacio donde mis respiraciones y palabras solían vivir.

Kulti me había robado esa pieza cuando abrazó a mi papá…

Le había dado dos asientos en primera fila para el juego de la FC en Berlín, junto con un cupón para los vuelos y el hotel.

¿Qué demonios dices después de eso?

—¿Estás molesta? —preguntó.

Hice una mueca.

—¿Sobre qué?

—Berlín.

Oh, mi Dios, se veía tan serio…

—Rey. —Negué con la cabeza—. ¿Cómo podría estar molesta por eso? Ha sido lo mejor que alguien ha hecho por mi papá. No puedo si quiera… —Levanté la mirada para verlo a los ojos mientras se colocaba frente a mí, su mirada baja—… Nunca podré pagarte por eso. Bueno, tal vez si te pago en abonos durante los siguientes cinco años, pero no sé qué decir.

Encogió sus musculosos hombros.

—Nada.

Puse los ojos en blanco.

—Es algo muy importante.

—No lo es.

Me levanté y extendí los brazos.

—Lo es, así que deja de pelear conmigo y dame un abrazo.

Dejó de hablar, pero no me abrazó. Debí de haber tomado como un cumplido que no se alejara de mí o simplemente dijera "no". Kulti solo se quedó mirando mis brazos extendidos, como si fuera un gesto extraño que nunca había visto.

Cuando se quedó ahí durante otros diez segundos, decidí que tenía suficiente. Este chico había dado miles de abrazos a lo largo de su vida. Miré su rostro y cuan serio se veía siempre, y pensé que tal vez no lo había hecho. Pero le había dado uno a mi papá en el restaurante, así que al diablo. Tenía que tener otro abrazo.

Di un paso al frente y coloqué mis brazos alrededor de su cintura y sobre sus brazos como si fuera un rehén. Él apoyó su barbilla en mi cabeza.

—Gracias —dije.

Lo sostuve por otros diez segundos, sintiéndolo como una tabla dura todo el tiempo y después decidí que debía sacarlo de su miseria. Retiré mis brazos y di un paso atrás, la parte de atrás de mis rodillas chocando contra la orilla de la cama.

Tal vez hubiera sido incómodo si realmente me importara que me devolviera el gesto, o en este caso, que no me devolviera el abrazo, pero fue así. Para nada. Le había dado a mi papá algo increíble; podía vivir con eso.

Lo que *fue* extraño fue la forma en que se quedó mirando las pecas en mi pecho y hombros desnudos debajo de los tirantes de mi vestido veraniego.

—Probablemente debería ir a cambiarme ahora —murmuré, dando un paso hacia un lado—. Pero quiero que sepas lo agradecida que estoy por lo que hiciste por mi papá, ¿de acuerdo?

Asintió distraídamente, sin dejar de mirar la piel justo arriba de mis pechos. No directamente a mis pechos, justo arriba de ellos. Raro.

Bueno, supongo que esta era la forma de cobrarse por el otro día que me quedé mirando su erección, iba a aceptarlo.

—Oye, ojos aquí arriba, cara de pretzel.

Veinte

Traducido por Yobs & Yoshioka13
Corregido por M.Arte

—¿Cómo estuvo tu descanso?

Levanté la mirada desde mi lugar en el campo mientras me subía las calcetas para ver a Gardner frente a mí.

—Bien, pude pasar un tiempo con mi familia ¿y tú?

Se encogió de hombros y se agachó.

—Dormí mucho.

—Bien.

Gardner hizo una cara amable pero no respondió. Se quedó junto a mí mientras me ponía los tacos y los ataba.

—Sal —su voz fue tan baja que inmediatamente mis entrañas supieron que algo estaba mal—, más fotos salieron este fin de semana. Quiero que seas inteligente, ¿sí?

Ni siquiera levanté la cabeza para mirarlo, solo moví los ojos en su dirección mientras se me hacía un nudo en el estómago.

—Somos amigos, G. Eso es todo.

La expresión seria en su rostro no era exactamente reconfortante.

—Mira, te creo. Te creería si me dijeras que los cerdos vuelan, pero sé que Cordero va a estar molesto, y no hay mucho que podamos hacer Sheena y yo al respecto.

El tiempo pareció ralentizarse.

—¿Qué estás intentando decir?

—Quiero que pienses lo que estás haciendo y qué es lo que quieres para tu futuro —Gardner puso su mano en mi hombro—. Quiero lo mejor para ti, Sal. Esa es la única razón por la que te estoy diciendo esto. No quiero que te sorprendan.

¿Sorprenderme?

Antes de que pudiera comenzar a poner mis pensamientos en orden y pedirle una aclaración sobre si estaba exagerando demasiado lo que estaba implicando, Gardner se enderezó y se fue.

No hay mucho que podamos hacer Sheena y yo al respecto.

Quiero que pienses lo que estás haciendo y qué es lo que quieres para tu futuro.

No quiero que te sorprendan.

Todo lo que hice fue llevar a mi amigo a casa. Eso fue todo. *Solo eso*.

No había me exhibido frente a una multitud, consumido drogas, robado algo o matado a alguien.

Si mis suposiciones eran correctas, Gardner acababa de prevenirme que mi carrera estaba en peligro.

Tal vez estaba entrado en pánico. Suspiré. Juré que dejaría de ser amiga de alguien que obviamente no necesitaba un amigo.

Pero no hice ninguna de esas cosas. Ni siquiera un poco.

Aunque Gardner había intentado ser un buen amigo y advertirme, de repente me sentí molesta. Realmente molesta.

No había hecho nada malo, lo sabía de corazón. Claro, había una cláusula en mi contrato sobre fraternizar, pero no estaba fraternizando con nadie. Ni un poco y ahora ¿estaba siendo sancionada? ¿O al menos me pondrían un castigo?

Esto era una mierda. Absolutamente una mierda.

Realmente quería golpear a Cordero en la cara. Repetidas veces.

La tensión recorrió mis hombros y brazos. Tuve que cerrar mis puños para contener la frustración que me generaba toda esta situación. Realmente me agradaba Rey. No era fácil y a veces me ponía los pelos de punta, pero sentía una cercanía con él que nunca había sentido con otras personas con las que jugaba.

El hecho de que solo pocas chicas en el equipo me hablaran durante las prácticas no hacía las cosas mejores. El resto me lanzaba miradas de reojo de las cuales no era fan. Pero tampoco dijeron nada para molestarme, así que me las arreglé para mantener la boca cerrada. Sabía que era mejor no ser la que iniciara algo. Solo eres joven y tonta una vez.

Cuando no estaban lanzándome miradas maliciosas, miraban a Kulti como si estuvieran esperando encontrarlo con mi sostén alrededor de su cuello. La cuestión era que, mientras yo podía mantener la boca cerrada, el alemán no tenía que hacerlo.

Y no lo hizo.

Había buscado mi mirada al inicio de la práctica y me había fruncido el ceño. El ceño fruncido continuó profundizándose a lo largo de la práctica. Kulti no trató de preguntarme qué estaba pasando, pero de alguna manera sabía que estaba al tanto de que algo estaba molestándome, y que tenía que ver con las chicas mirándolo de pies a cabeza.

Mi cosa favorita que vino de su boca fue:

—¡No sé qué demonios están mirando, necesitan estar viendo el campo y no estar trazándose el cabello!

Fue demasiado sexista y falso; no pude más que reír disimuladamente y tratar de ocultarlo.

Sin embargo, a la larga eso no me ayudó a estar menos enfadada.

Seguían hablando de mí y lanzándome miradas. Murmurando. Y no había nada que pudiera hacer.

Alguien estaba sentado al final de las escaleras que llevan a mi apartamento cuando llegué del trabajo en la tarde. Me tomó una fracción de segundo una vez que salí del auto reconocer el cabello castaño y el largo cuerpo mientras se ponía de pie, sacudiéndose la parte trasera de sus shorts deportivos.

No dijo nada mientras estacionaba el auto a un par de metros lejos de él, no dijo ni una palabra mientras tomaba mi bolsa de lona, ni siquiera mientras miraba los pantalones anchos y la camiseta de manga larga que llevaba puesta. No me había visto con mi ropa de trabajo antes, y no me podía importa menos que tuviera manchas de tierra y pasto en las rodillas y que mi cabello hubiera duplicado su volumen desde esta mañana.

—Hola —dije con una sonrisa mientras subíamos los escalones para llegar a la puerta principal.

Al abrir la cerradura, me siguió, cerrando la puerta tan pronto como estuvo dentro y dejando mi bolsa en el mismo lugar donde siempre la dejaba. Me senté en el piso y me quité las botas de trabajo, demasiado cansada como para molestarme en intentar hacerlo de pie. Al final, terminé arrojándolas en dirección a la puerta con más fuerza de la necesaria.

El alemán me tendió la mano.

La tomé y me puse de pie, sin moverme ni un centímetro cuando quedamos a unos diez centímetros de distancia el uno del otro.

Pasé diciéndome la segunda mitad del día que esto era técnicamente su culpa. Si no hubiera sido amable con él, no habríamos empezado a pasar tiempo juntos ni nos hubiéramos convertido en amigos. Si hubiera sido cualquier otra persona en el mundo, a excepción de algunas cuantas, a nadie le hubiera importado una mierda sobre lo que hacíamos juntos. Había pasado toda mi carrera intentando superarme día a día y mejorar. No quería fama, aunque un poco de suerte no hubiera estado mal, pero no era lo que me motivaba a levantarme cada mañana. Había sido cuidadosa, siempre cuidadosa, siempre sacrificando lo que fuera necesario para tener éxito.

Kulti llegó y condenó todo eso.

Había dedicado tiempo y esfuerzo en construir una relación de trabajo con las chicas con las que jugaba. Las había ayudado, deseando que les fuera bien, y prácticamente todo ese arduo trabajo se había ido a la mierda. Nadie, a excepción de Jenny y Harlow, se había molestado en…

El alemán apretó la mano que no me había dado cuenta que no había soltado. Palma contra palma, con su pulgar frotó el dorso de mi mano, una vez. Solo una.

—Si quieres que me disculpe, no lo haré.

Cerré los ojos y me quedé ahí, dejándolo sostener mi mano e intentando no pensar mucho en ello. Era una persona afectiva y aunque Kulti no lo había sido en el tiempo que pasamos juntos, no podías ser un jugador de fútbol y sentirte incómodo con el contacto físico. Así que iba tomar todo lo que estuviera dispuesto a darme.

—¿Por qué tendrías que disculparte? —pregunté, con mis ojos aún cerrados.

Sus largos dedos volvieron a apretar mi mano.

—Por forzarte a ser mi amiga.

Sentí una sonrisa formándose en mi rostro.

—No me forzaste a ser tu amiga.

—Lo hice —argumentó.

—No lo hiciste. Fui amable contigo cuando aún eras un gran

dolor en el trasero.

Hubo una pausa.

—¿Eso fue antes o después de que me llamaras *bratwurst*?

Abrí un ojo.

—Ambas.

Las comisuras de su boca se levantaron un poco, pero permaneció serio.

—No dejaré que te manden a la banca.

Asentí, mirando directamente al hombre que era un maestro en poner una expresión odiosa y agregué:

—Está bien.

Las palabras quedaron flotando en el aire entre nosotros. Me sentía comprimida, restringida. Estaba dividida entre saber que no iba decirle que lo superara y saber que probablemente debía decírselo.

¿Esto valía pena? ¿Valía la pena ser excluida por mis compañeras de equipo? ¿Estar en la lista blancos de mi director? ¿Tener mi foto en las páginas de fans con las palabras “muere perra” en la parte de abajo?

No tenía idea.

Pero esperaba que lo valiera.

—¡Sal! ¿Tienes un minuto?

Mis dedos se aferraron a la correa de nailon de mi bolsa, y sentí que mi interior se agitaba. El día anterior había logrado evitar a los dos reporteros merodeando por el costado del campo escabulléndome rápidamente mientras estaban ocupados hablando con otras personas, pero ahora… no había tenido tanta suerte.

Había llegado al campo para practicar temprano, pero no lo suficientemente temprano. Maldición.

—Vamos, un minuto. ¡Por favor!

Con nadie para poder esconderme y sin otra forma para pretender que no había escuchado al chico llamarme, respiré hondo y

me resigné a terminar con esto.

El chico de veintitantos años parecía bastante amable con sus pantalones caqui y una camisa azul bien abotonada y fajada. Me sonrió, su pequeña grabadora de mano lista y esperando.

—Gracias por detenerte. Tengo algunas preguntas para ti.

Asentí.

—Claro. Adelante.

Se presentó a sí mismo y al sitio web para el que estaba haciendo la entrevista, y me dijo que estaría grabando nuestra conversación.

—Ya están a la mitad de la temporada, ¿cómo están las Pipers?

Genial.

—Bien. Hasta ahora solo hemos perdido un juego, pero estamos tratando de mantenernos enfocadas y superar las próximas semanas para poder avanzar nuevamente a los playoffs.

—¿En qué punto la presión realmente comienza a afectarte?

—Al menos para mí, nunca estoy relajada. Incluso antes de que comience la temporada, ya estoy preocupada por cómo van las cosas. Cada juego es importante y eso es lo que nuestro cuerpo técnico realmente nos ha enseñado. Es más fácil mantenerse enfocada cuando te preocupas por poner un pie delante del otro en lugar de tratar de enfrentar un gran obstáculo a la vez.

Sonrió y asintió.

—¿A quién esperas ver en esta Copa Altus?

Le sonreí, sintiéndome un poco más cómoda. La Copa comenzaba en septiembre, justo después de que terminara nuestra temporada.

—Argentina, España, Alemania. —Casi distraídamente agregué —: Estados Unidos —Bueno, eso no sonó sincero en absoluto—. Estoy bastante emocionada.

—¿Tienes algún plan de reincorporarte al Equipo Nacional Femenino de EE. UU.? —preguntó.

La ahora ya familiar cuerda de ira estaba atando mis muñecas y tuve que alejarla. Antes era bastante fácil vivir sin estar en ese equipo, cuando las cosas habían sido geniales con las Pipers, pero ahora no

tanto. Estaba utilizando mi última reserva de paciencia.

—No hay planes —dije con voz firme, incluso sonriendo—. Me estoy centrando en las Pipers por ahora.

—Has hablado sobre tu trabajo con jugadores juveniles en el pasado, ¿continuarás con tus campamentos este año?

—Esos campamentos comenzarán en unas pocas semanas. Principalmente va dirigido a chicos de secundaria y preparatoria con bajos ingresos. Por lo general, esa es una de las etapas que más influyen para que los chicos se apeguen realmente a los deportes, así que me encanta ayudarlos.

—Bien, una última pregunta para que puedas marcharte, ¿qué tienes que decir sobre los rumores sobre una relación entre tú y Reiner Kulti?

Dun, dun, dun. Le sonreí y tranquilicé a mi pequeño corazón para que redujera la velocidad.

—Es una gran persona. Es mi entrenador y un amigo. —Me encogí de hombros—. Eso es todo.

La mirada que me dio el chico fue incomprensible, pero asintió, sonrió y me dio las gracias.

No pude evitar sentirme mal. Solo un poco. Como si hubiera hecho algo malo, o al menos algo que no quería reconocer. Podía manejar mis faltas y errores. No tenía novio. No estaba casada. Podía ser amiga de quien quisiera. Y tampoco era como si él aun estuviera casado ni nada.

Pero…

Me tragué la extraña sensación en mi pecho, esa extraña indecisión de no estar segura si quería manejar toda esta atención innecesaria o no.

No era una superestrella. Solo era yo, una jugadora de fútbol poco conocida. El equivalente a un trineo en Houston, como mi hermana me había llamado un día.

Todo lo que siempre había querido era jugar y ser la mejor. Eso era todo.

¿Qué estaba haciendo?

Trataba de bloquear todas esas cosas que no importaban cuando estaba en la práctica, pero por alguna razón hoy era mucho más difícil

de lo habitual. No podía dejar de pensar en la advertencia de Gardner y en el equipo nacional, eso sin mencionar a la estúpida Amber y a su marido igualmente estúpido, en Kulti y toda esa basura de ser un personaje famoso. Sentí que tenía una soga alrededor del cuello, apretándose muy lenta, lentamente. No podía respirar.

Justo después de terminar mis ejercicios de pase, sentí una mano alrededor de mi muñeca cuando no lo esperaba.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba cerca. Para ser honesta, no había estado prestando mucha atención a nada aparte del fútbol: pasar la pelota, bloquear, correr. Cosas que había hecho mil veces y que con suerte haría otras mil más en el futuro.

Una línea profunda se formó entre sus cejas mientras bajaba la barbilla para preguntar:

—¿Qué pasa?

—Nada —comenzó a salir de mi boca, pero decidí no decirlo en el último minuto. Sabría que no era verdad. No estaba segura de cómo lo sabría, pero sabría que estaba mintiendo—. Solo estoy estresada, eso es todo.

Bien, eso fue vago y discreto, pero era la verdad, estaba estresada.

Aparentemente, no fue suficiente para él. Por supuesto que no lo sería. Tenía esa clásica expresión seria en su rostro, la que suavizaba las líneas angulares de sus pómulos. Kulti me miró a los ojos, sin importarle que estuviéramos tan cerca o que quien no estaba ocupado entrenando probablemente nos estuviera mirando. No le importó. Simplemente se centró en el objeto de su atención: yo.

Eso hizo que algo en mi pecho se tensara, algo que realmente no podía entender.

—Más tarde —dijo, no preguntó.

Me encogí de hombros.

—Más tarde —repitió—. Mantén la cabeza centrada.

Asentí y le ofrecí una débil sonrisa.

No me devolvió la sonrisa. En cambio, soltó mi muñeca y puso su mano en mi frente antes de empujarme suavemente. No fue exactamente un abrazo o una palmada en la espalda, pero lo aceptaría.

Y claro, cuando me di la vuelta, al menos ocho pares de ojos estaban sobre nosotros.

Excelente.

Un golpe a las ocho de la noche me hizo poner mi última mascarilla en la encimera de la cocina, con cuidado de no dejar caer la cuchara del tazón. No estoy segura de a quién más podría haber esperado además del alemán, así que no me sorprendió encontrarlo al otro lado de la mirilla.

—Entra —dije, ya abriendo la puerta para que entrara.

Justo antes de cerrar la puerta, noté que su Audi estaba estacionado detrás de mi Honda, la silueta de alguien en el asiento del conductor. Bien.

—No me hagas caso —le expliqué, caminando de regreso a la cocina donde había dejado mi mascarilla.

—Tienes algo en la cara —dijo Kulti, de pie al otro lado de la encimera con una expresión curiosa.

Solo había logrado cubrir una mejilla antes de que tocara, así que estoy segura de que parecía una *creamsicle*[9] naranja. Levantando la cuchara, apliqué más de la mezcla fría en mis mejillas y frente, mirando al alemán mientras lo hacía.

—Es una mascarilla hecha con yogur griego, cúrcuma, avena molida y limón. —Alcé las cejas mientras me aplicaba un poco sobre el labio superior—. ¿Quieres un poco?

Me miró dudoso. Luego asintió.

De acuerdo entonces.

—Enjuaga tu cara con agua caliente y luego puedes ponértela.

Ciegamente terminé de poner la mezcla en mi piel mientras se dirigía al fregadero de la cocina y se mojada el rostro, secándolo con una toalla de papel. No fue hasta que Kulti se sentó en el borde de la encimera de la cocina y bajó la barbilla, que me di cuenta de que quería que le pusiera la máscara.

—¿Es en serio?

El alemán asintió.

—Eres todo un caso, ¿lo sabes? —pregunté mientras daba un paso adelante y comenzaba a aplicar la mascarilla sobre su nariz y sobre cada pómulo, suave y lentamente. El vello facial que había crecido durante el día me pinchó los dedos con cada pasada que daba sobre sus rasgos.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó después de que le cubrí la barbilla.

—Un par de veces a la semana. —Sonreí, notando sus ojos en los míos—. ¿Y tú?

—Me han hecho algunos exfoliantes antes de las sesiones de fotos —admitió.

Asentí, impresionada. Que metrosexual. Pasé mis dedos sobre la tira de piel bajo su nariz.

—Pasamos tanto tiempo bajo el sol que realmente debes tratar de cuidar tu piel. No quiero parecer una anciana antes de que llegue mi hora.

Asintió y dejó que terminara de ponerle la mascarilla mientras me miraba atentamente. Una vez que terminamos, le dije que teníamos que esperar al menos veinte minutos antes de lavarla.

—No toques nada. La cúrcuma mancha todo —le advertí, pero realmente no me importaba si manchaba los muebles o no.

Agarrando una bolsa de hielo del congelador, me senté en un extremo del sofá y lo vi sentarse en el otro. Apoyando la pierna en la mesita de café, le puse la bolsa de hielo durante unos buenos quince minutos. Mi cuaderno estaba en el cojín entre nosotros, con una pizarra en la mesa para mis notas adhesivas, justo donde la había dejado antes de decidir hacer mi primer tratamiento de belleza de la semana. La pregunta que hizo antes el reportero sobre los campamentos de verano me recordaron que necesitaba planear las lecciones para ellos. No había terminado ni una sola.

El alemán ni siquiera dudó en tomar el cuaderno y ojear las notas que había escrito sobre las diferentes cosas que creía que serían beneficiosas para los chicos de esa edad.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Luché contra la necesidad de arrebatarle el cuaderno.

—Planes. Tengo algunos campamentos de verano por delante.

Sus ojos se movieron rápidamente sobre borde del cuaderno.

—¿Campamentos de entrenamiento?

—Para los jóvenes —expliqué—. Solo duran unas pocas horas.

Volvió a mirar la hoja.

—¿Gratis?

—Sí. Los hago en vecindarios de bajos recursos para jóvenes cuyos padres no tienen los fondos para inscribirlos en clubes y ligas.

Hizo un sonido pensativo.

Me rasqué la mejilla, sintiéndome extrañamente vulnerable ante él leyendo sobre las habilidades que planeaba enseñarles a los chicos. Siguió leyendo y las cosa empeoraron. No era como si fuera un entrenador fantástico, no lo era. No tenía dudas de que podría haber sido un gran entrenador si lo hubiera querido, pero no quería serlo.

Flexioné los dedos de los pies dentro de mis calcetines y miré su rostro.

—¿Tus padres tenían dinero? —Me encontré preguntando.

Y recibí una Kulti “uh-huh” jada.

Acerqué la rodilla hacia mi pecho y puse una mejilla sobre ella, teniendo cuidado de no mancharla de yougurt.

—¿No tuviste una beca en la academia?

Levantó la mirada.

—El FC de Berlín cubrió los gastos.

No me jodas. Lo habían reclutado, que, ¿a los once? Simplemente pasó, pero supongo que sigue asombrándome.

—¿Y tú, Taco?

Le sonreí desde atrás de mi rodilla, sorprendida que estuviera preguntándolo.

—Has estado en mi casa, Alemania. No éramos pobres-pobres, pero no tuve unos tacos de marca hasta que probablemente cumplí los quince, y mi hermano los compró con su primer adelanto de la MPL. No tengo idea de cómo mis padres se las arreglaron para pagar todo durante tanto tiempo, pero lo hicieron. —En realidad, lo sabía. Recortaron un montón de cosas innecesarias del presupuesto. Un

montón—. Solo fui afortunada que les importara, de otra manera, las cosas hubieran sido muy diferentes.

—Estoy seguro de que no has hecho que se arrepientan de nada de lo que hicieron.

—Eh. Estoy segura de que los he hecho preguntarse qué demonios estaban haciendo una o dos veces. —O tres o cuatro—. Solía tener un terrible temperamen…

El alemán resopló. Bufándose ruidosamente y agitando sus labios.

Idiota.

Lo golpeé en la cadera con los dedos de los pies.

—¿Qué? Ya no tengo un temperamento terrible.

Esos asombrosos ojos casi color avellana volvieron a asomarse por encima del cuaderno.

—Claro, y yo tampoco.

—¡Ja! —Le di un puntapié otra vez y me agarró el pie con su mano libre. Traté de zafarme, pero no me soltó—. Oh, por favor, mi temperamento no es tan malo como el tuyo.

—Lo es. —Tiró de mi pie hacia él, consiguiendo un mejor agarre del empeine.

—Créeme. No lo es.

—Eres una amenaza cuando estás enojada, *schnecke*. Tal vez los árbitros no te hayan pillado molestando a las chicas, pero yo sí —dijo casualmente.

Me enderecé.

—A menos que tengas alguna prueba física, nunca sucedió.

Kulti me miró por un momento antes de negar con la cabeza, su pulgar presionándose a lo largo del arco de mi pie.

—Eres un animal.

Me temblaron los hombros, pero me las arreglé para no reírme.

—Hay que serlo para reconocerlo.

Las comisuras de la boca del alemán elevaron.

—A diferencia de otros, nunca he pretendido ser amable.

—Oh, lo sé. —Le sonreí—. Como esa vez en que mordiste a un chico…

—Me mordió tres veces antes de que me hartara —argumentó.

Alcé una ceja, pero seguí adelante:

—No me hagas comenzar con las mil veces en que le diste un codazo a alguien en la cara. —Una vez que las palabras salieron de mi boca, retrocedí—. ¿Cómo demonios no te suspendieron?

El hecho de que se encogiera de hombros ante esa afirmación decía lo poco que le importaba la asombrosa cantidad de narices y cejas que había roto y abierto.

—Todas las peleas en las que estuviste…

—Usualmente no las comencé.

—Eso es cuestionable. —Parpadeó—. Y no te olvides de las tibias que has roto.

Con ese comentario, solo me miró fijamente y me hizo sonreír con aire de suficiencia, incluso si era a costa de mi hermano.

—Tú ganas —dije—. Todo lo que dejo son moretones —y luego agregué—, y ocasionalmente uno o dos labios ensangrentados y una conmoción cerebral.

El alemán se inclinó, dejó mi cuaderno y se acercó a mí, tiró de mi pie una vez más antes de volver a colocarlo en el sofá junto a él. Su mano estaba alrededor de mi tobillo.

—Estoy seguro de que has pensado en hacerles algo peor y al final, eso es lo que importa.

Tenía un punto, pero estaba completamente segura que no iba a admitirlo.

En cambio, me senté en mi extremo del sofá y lancé una mirada irritada hasta que sonrió un poco más y finalmente volvió a mirar el cuaderno. Volví a las notas adhesivas en la pizarra y revisé lo que ya había anotado.

Mientras hacía algunas notas nuevas, Kulti le dio golpecitos a la parte superior del pie que todavía tenía justo al lado de él.

—Dime cómo puedo ayudar con esto.

Si alguien pensó por un segundo que alguna vez le diría que no a su ayuda, habría estado loco. No era solo por los innumerables respaldos a los que tenía acceso. Si quisiera hacer un trabajo real con los chicos, sería como hacer que Mozart le diera a un niño una lección de composición musical.

Tragué saliva y sentí que todo mi cuerpo se iluminaba.

—De cualquier forma que puedas.

—Todo lo que tienes que hacer es pedirlo. —Entonces, como si pensara en lo que dijo, sus párpados se entrecerraron—. No vas a pedir nada, ni siquiera sé por qué me molesto en decirlo. Déjame ver qué puedo hacer.

—Está bien. —Le sonreí—. Gracias, Rey.

Asintió muy solemnemente y me encontré simplemente estudiándolo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—No —dijo en ese tono de dolor en el trasero.

Lo ignoré.

—¿Por qué tomaste ese puesto con las Pipers si odias entrenar?

El cuaderno que había estado sosteniendo fue bajado lentamente a su regazo. El músculo de su mandíbula se flexionó y su expresión se volvió uniforme.

—¿Crees que no me gusta entrenar?

—Estoy noventa y nueve por ciento segura de que lo odias.

Kulti se relajó un milímetro entero, siguió mirándome durante tanto tiempo que pensé con seguridad que estaba tratando de intimidarme para que cambiara de tema o esperaba a que lo olvidara. Tal vez.

Al demonio si creía que lo haría.

Parpadeé hacia él.

—¿Así que?

Los labios del alemán se movieron en algo que era una mezcla entre una sonrisa incrédula y una asombrada.

—¿Es tan obvio?

—Para mí. —Me encogí de hombros—. Pareces listo para estrangular a alguien al menos cinco veces en cada práctica, y eso es cuando ni siquiera dices nada. Cuando las cosas realmente salen de tu boca, estoy bastante segura de que nos prenderías fuego a todas si pudieras salirte con la tuya.

Cuando no estuvo de acuerdo ni negó nada, parpadeé.

—¿Tengo razón o tengo razón?

Murmuró algo que podría haber sido "tienes razón", pero lo dijo tan bajo que no pude estar segura. El hecho de que estaba evitando mi mirada fue suficiente. Me hizo sonreír.

—Entonces, ¿por qué lo estás haciendo? Estoy segura de que no te están pagando ni una cuarta parte de lo que pagaría cualquiera de los equipos masculinos europeos. Definitivamente estoy segura que la MPL también te habría pagado mucho más. Pero estás aquí en cambio. ¿Qué hay detrás?

Nada.

Se sintió como si hubieran pasado algunas horas sin que él dijera nada.

Honestamente, fue realmente un poco insultante. Cuanto más tardaba en responder, más hería mis sentimientos. No le estaba pidiendo su número de cuenta bancaria ni un maldito riñón. Lo llevé a casa de mis padres, lo dejé entrar a mi casa, le conté sobre mi abuelo y ¿ni siquiera podía responder una sola pregunta personal? Comprendí desde el principio que tenía problemas de confianza, y no podía decir que lo culpaba. Mi hermano se ponía cauteloso con personas que no conocía. En algún momento, nunca sabías quién era tu amigo por las razones correctas y quién no.

Pero… supongo que pensé que ya habíamos superado eso.

Me tragué mi decepción y aparté la mirada, moviéndome lentamente en el sofá para poder levantarme.

—Voy a hacer palomitas de maíz, ¿quieres?

—No.

Aparté la mirada, me levanté y me dirigí a la cocina. Saqué una olla y la puse en la estufa, encendiéndola. Recogiendo mi botella extra grande de aceite de coco y la bolsa de granos, traté de reprimir la sensación en mi pecho que de repente no me gustaba tanto.

No confiaba en mí. Por otra parte, ¿qué demonios esperaba? No era como si lo poco que descubrí de él no hubiera sido revelado a cuentagotas. Diminutas, diminutas gotas.

Apenas había vertido un poco de aceite en la olla caliente cuando sentí a Kulti detrás de mí. No me di la vuelta, incluso cuando se acercó tanto que no podía dar un paso atrás sin tocarlo. Su silencio era increíblemente típico, y tampoco tenía ganas de decir nada. Eché algunas cucharadas de granos de palomitas de maíz en la olla y puse la tapa, moviéndolas más fuerte de lo necesario.

—Sal —dijo mi nombre en ese tono suave que insinuaba un rastro de su acento.

Manteniendo mis ojos en la olla mientras abría la tapa para dejar salir el vapor, le pregunté:

—¿Querías un poco después de todo?

Tocó mi hombro desnudo con la punta de sus dedos.

Pero seguí sin darme la vuelta. Sacudí fuertemente la olla una vez más, pero sus dedos no se alejaron, simplemente se movieron más arriba de mi hombro hasta que estuvieron más cerca de mi cuello.

—Puedes tomar el primer lote si quieres.

—Date la vuelta —solicitó.

Intenté quitarme sus dedos de encima.

—Necesito vigilar esto para que no se queme, Kulti.

Dejó caer su mano de inmediato.

—Date la vuelta, Sal —dijo con fuerza.

—Espera un minuto, ¿quieres? —Una sacudida más fuerte a la olla y abrí la tapa.

El alemán me rodeó y apagó la estufa.

—No. Háblame.

Cuidadosamente, coloqué los dedos alrededor del largo mango del horno y respiré hondo para contener mi frustración.

—Dijiste hace unos minutos que no tenías mal genio —me recordó, lo que solo hizo que el momento fuera mucho más irritante.

—No estoy enojada —respondí un poco rápido.

—¿No?

—No.

Dejó escapar un sonido que podría haber sido una burla si pensara que los alemanes eran capaces de hacer ruidos como ese.

—Me llamaste Kulti.

Mis dedos se flexionaron alrededor del mango del horno.

—Ese es tu nombre.

—Date la vuelta —ordenó.

Alcé la barbilla para mirar hacia el techo y pedí paciencia. Mucha de ella. Demonios, toda la paciencia del mundo. Lamentablemente, nadie pareció responder a mi oración.

—No estoy enojada contigo, ¿de acuerdo? Solo pensé… —suspiré—. Mira, no importa. Juro que no estoy enojada. No tienes que decirme nada que no quieras. Lamento haber preguntado.

Ninguna respuesta.

Por supuesto que no.

Bien. *Bien.*

Paciencia. Paciencia.

—Tomé el puesto porque tenía que hacerlo —dijo esa voz profunda que había escuchado cientos de veces en la televisión—. No hice nada durante casi un año, excepto casi arruinar mi vida, y mi manager dijo que necesitaba salir del retiro. Tenía que hacer algo, especialmente algo positivo después de mi falta por conducir en estado de ebriedad. — Dos manos cálidas que solo podían pertenecer a él cubrieron mis hombros—. No había muchas cosas para elegir…

—¿Y eso es debido a que ya no querías estar en el centro de atención? —pregunté, recordando una conversación que habíamos tenido antes.

Hizo un gruñido positivo.

—Ser entrenador fue lo único en lo que pudimos estar de acuerdo. Corto y temporal, parecía la mejor opción. —Kulti hizo una pausa cuando las yemas de sus pulgares rozaron mis músculos trapecios. Eso me hizo reír, e hizo que el alemán clavara sus pulgares en mis músculos—. Una amiga me sugirió el fútbol femenino.

Investigué un poco…

Tenía que guardar eso para más tarde. No me sorprendió que admitiera que tuvo que investigar sobre el fútbol femenino. Por supuesto que no estaba familiarizado con eso.

»…Y las mujeres de EE. UU. parecían estar siempre entre las mejores —finalizó, pero algo me molestaba.

Algo no cuadraba.

—¿Por qué no te uniste al personal del equipo nacional? —le pregunté incluso cuando sus pulgares realmente se clavaron en mis hombros y joder, se sintió genial. Habían pasado meses desde la última vez que recibí un masaje.

El alemán dejó escapar un suspiro que llegó hasta los dedos de mis pies.

—¿Alguna vez algo es suficiente para ti? —Su voz sonó resignada.

Ya sabía la respuesta.

—No. —Entonces pensé ello, su reticencia y jadeé—. *¿No te querían?*

—No, pequeña idiota. —Me llamó idiota incluso mientras me daba un masaje que me debilitaba las rodillas, así que no podía tomármelo a pecho. En realidad, era su forma afectuosa de hablar conmigo—. Por supuesto que me hubieran aceptado si lo hubiera pedido.

Cómo demonios encajaba en la misma habitación que su ego, no tenía idea.

—No me involucro en nada si creo que no ganaré —afirmó.

Puse los ojos en blanco a pesar de que no podía verme.

—¿A quién le gusta perder? Lo entiendo.

Esos pulgares mágicos se deslizaron profundamente alrededor de mi omóplato.

—Igual que a ti.

—Correcto… así que…

Detuvo todos los movimientos con sus largos dedos, el calor de sus ásperas palmas irradiando a través de mi piel y de alguna manera

hasta mis huesos.

—Eres la mejor delantera de Estados Unidos, *schnecke*. Busqué los "mejores goles en el fútbol femenino" y cuatro de los diez primeros son tuyos. No iba a perder el tiempo con nada ni con nadie más que con la mejor. Con más y un mejor entrenamiento, podrías ser la mejor delantera del mundo.

No estaba habla…

Es como si mi cerebro dejara de funcionar.

Abrí la boca y la cerré, sin palabras.

»Vine a las Pipers por ti.

¿Qué diablos dices a eso?

¿Siquiera hay algo que decir?

Sentí que el mundo desaparecía bajo mis pies. Mis pulmones se sintieron perforados y despojados de todo el aire. Conmocionada ni siquiera comenzaba a explicar cómo me sentía.

Contrólate, Sal.

Sin aliento e inestable, solté el mango del horno y me di la vuelta lentamente para mirar a Kulti. *Concéntrate. No hagas un escándalo por esto*. Maldita sea, era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Este había sido el sueño de toda mi vida cuando era niña. Ser reconocida por El Rey… los restos de una Sal más joven todavía vivían en mí, regocijándose y arrojando cuentas de Mardi Gras en el aire por lo que dijo. No podía imaginarme esto, ni entonces ni posiblemente nunca.

Vine a las Pipers por ti.

Jesucristo. Necesitaba controlarme. *Concentrarme*.

—No soy la mejor, pero eso no viene al caso. ¿No reconociste mi apellido cuando viste el video?

Me lanzó una sonrisa que podría haber sido tímida si fuera capaz de ser tímido. No lo era. Fue más que una sonrisa.

—No puedo recordar a todos los jugadores que he lesionado, Sal, y no me importaría.

No era algo para extrañarse, pero aun así me hizo negar con la cabeza.

—Eres todo un caso, pan de centeno. —Mis hombros se relajaron mientras miraba su serio rostro a varios centímetros por encima de la mío—. Así que entonces veniste a las Pipers a pesar de que sabías que no te gustaba entrenar. —Me salteé deliberadamente la parte sobre cómo había elegido a nuestro equipo.

—*Ja.*

—Y todavía sigues odiándonos.

El alemán se encogió de hombros ligeramente en un sutil gesto de disculpa.

—Hay algunas de ustedes que deberían haber dejado de jugar al fútbol hace mucho tiempo. —Parpadeó—. Y hay una de ustedes a la que me encantaría zarandear regularmente.

Le sonreí antes de extender la mano para golpearlo en el hombro.

—Créeme, he querido golpearte en la cara una o cinco veces.

—Ahí está ese temperamento de nuevo. Una chica buena nunca pensaría en golpear a alguien —dijo con esa estúpida sonrisa—. ¿A cuántas personas has golpeado?

—A nadie —diablos—, en al menos diez años. Lo he pensado cientos de veces, pero en realidad no lo he hecho.

Me dio una mirada que fácilmente reemplazó su ceja levantada, teniendo un punto y haciéndome pensar las cosas nuevamente.

Estúpido.

—Es algo demasiado obvio y lo sabes. No hay forma de salirse con la suya.

El alemán asintió.

—Cierto. ¿A cuántos jugadoras les has dado un codazo?

—A suficientes —respondí con sinceridad, sabiendo que mi número siempre sería una fracción del suyo.

—Tienes la mayor cantidad de faltas en el equipo —señaló Kulti, lo que me sorprendió muchísimo—. Más que Harlow.

Fue mi turno de encogerme de hombros.

—Sí, pero no es porque le dé codazos a la gente a diestra y siniestra. No he hecho eso desde que era una niña y me expulsaron de

la liga por eso —expliqué con una sonrisa.

—Tanta ira para un cuerpo tan pequeño. —Una pequeña sonrisa se asomó en sus labios—. ¿Y tus padres? ¿Qué pensaron al respecto?

—Mi mamá me criticó por eso. Mi papá también, pero solo cuando ella estaba cerca. Cuando no estaba, chocábamos los cinco y me decía que la otra chica se lo merecía. —Ambos nos reímos—. Amo a ese hombre.

Kulti sonrió gentilmente, dando un paso atrás solo para sacar dos cuencos del gabinete. Le lancé una mirada mientras vertía la mitad de las palomitas de maíz en cada uno y lo seguí hasta el sofá, donde tomamos los mismos asientos que habíamos dejado. Sabiendo que estaba presionando a mi suerte, lo dije de todos modos:

—¿Qué hay de tus padres? ¿Fueron a tus juegos? —Recordé que cuando era más joven y estaba en el apogeo de su carrera, las cámaras se enfocaron a una pareja mayor en las gradas, señalando que eran los padres de Reiner Kulti.

—Mi padre trabajaba bastante, y una vez que me fui a la academia, estaba demasiado lejos de casa. Asistieron a tantos juegos como pudieron, pero vieron más en televisión —dijo con la boca llena de palomitas de maíz.

Bueno, esa era información más que suficiente por el día de hoy. Lo que no dijo fue que sus padres no iban a muchos de sus juegos cuando era más joven, pero una vez que fue mayor, iban cada vez que él pagaba. Al menos eso es lo que asumí por la forma en que lo expresó.

»Funcionó para todos nosotros.

Estoy segura de que no imaginé el dolor en sus palabras. Obviamente, necesitaba dirigir el tema a un territorio más seguro.

—Una pregunta más y dejaré de ser entrometida. —Pudo haber asentido, pero estaba demasiado ocupada comiendo palomitas de maíz para estar segura. No había forma de que pudiera preguntarle con seriedad—. ¿Arruinaste ese partido contra Portugal antes de retirarte o estabas realmente enfermo?

Su respuesta fue exactamente la que esperaba: me arrojó una almohada a la cara.

Veintiuno

Traducido por Cliomena
Corregido por M.Arte

Las siguientes dos semanas transcurrieron con normalidad. Las prácticas fueron bien, Harlow y Jenny finalmente regresaron de su temporada con el equipo nacional, y las Pipers ganaron los siguientes dos juegos en la temporada. Trabajé, hice ejercicio y Kulti vino casi todas las noches. Veíamos televisión o nos enojábamos jugando Uno o póquer, el cual me enseñó a jugar. Un par de noches apareció cuando estaba a punto de comenzar a practicar yoga. Me ayudó a mover el sofá y practicó conmigo.

Todo iba bien, divertido y fácil.

Me encantaban las rutinas y saber qué esperar la mayor parte del tiempo.

Solo había dos desventajas, y ambas giraban en torno a las mujeres.

Las chicas de las Pipers me miraban de forma extraña y decían cosas cuando pensaban que no estaba escuchando. Algunos días me hacía falta todo el control en mí el ignorarlas, y otros días solo les sonreía y me recordaba que podía irme a dormir tranquilamente por las noches sabiendo que no había hecho nada de lo que avergonzarme. Algunos días eran más fáciles que otros, pero mientras siguiéramos jugando bien como equipo, lo aguantaría y mantendría mi boca cerrada. Harlow, por otro lado, no tenía ningún problema en decirles a las chicas más jóvenes que se ocuparan de sus propios asuntos y que se concentraran en el fútbol y no en difundir chismes. Lo hizo sin preguntarme nada sobre lo que estaba sucediendo con Kulti.

Los correos electrónicos regresaron. Comenzaron solo con un mensaje o dos de las fanáticas femeninas alemanas, pero en poco tiempo aumentaron hasta tres o cuatro. Para cuando comenzó a circular la foto que mi papá nos había tomado a todos en la cena, eran tan frecuentes que dejé de leer correos de personas que no reconocía. No le dije nada a nadie. No quise hacerlo. Cuanta menos atención atrajera hacia mí y Kulti, mejor.

—Santa mierda.

Me di la vuelta para ver qué era lo que hizo que una maestra de sexto grado maldijera y me quedé paralizada.

De verdad, me paralice.

—Santa mierda —repetí exactamente las mismas palabras que acababan de salir de la boca de la otra mujer.

Era el alemán caminando por el campo de la escuela secundaria, lo que habría sido un momento de "santa mierda" para empezar si no estuviera acostumbrada a verlo todo el tiempo. Pero había dos hombres caminando junto a él. Uno era otro alemán que había visto jugar muchas veces mientras crecía, y el otro era un español que había conocido antes y que tenía un comercial de perfume en la televisión.

Cagaban. Todos cagaban. Cada uno de ellos.

Respiré hondo y miré alrededor del campo a los cuatro maestros que se habían ofrecido para ayudar con el campamento de fútbol ese sábado por la mañana. Cuatro pequeñas porterías se habían establecido hace aproximadamente media hora como preparación para los veinte niños que se habían preinscrito.

Querido Dios, había traído a estos hombres y no había dicho ni una palabra al respecto desde la última vez que nos habíamos visto. Por otra parte, ninguno había mencionado su ayuda en esto desde que lo habíamos hablado hace dos semanas. No quería que se sintiera obligado a hacer algo.

Sin embargo, aquí estaba con amigos. Y no solo cualquier amigo, sino ellos.

No había manera en el infierno que actuara normal. Y de ninguna manera podía decirle a Kulti que estaba emocionada. Por la forma en que su boca se tensó cuando se detuvo a solo unos metros de distancia, ignorando a los dos maestros que estaban a mi lado, ya lo sabía.

Agarré su antebrazo tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca y lo apreté fuerte, esperando que pudiera entender todo lo que estaba sintiendo, todo lo que quería decir, pero no podía. Al menos nada pudiera decir en ese instante.

—Hola —logré decir con una voz que sonaba como la mía y no como si estuviera a punto de cagar a un pequeño pony—. Gracias por venir.

El alemán inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

Volviendo mi atención a los otros hombres, pensé una vez más: popo, popo, popo. Afortunadamente, lo superé.

—Hola, Alejandro —dije, casi con timidez.

El español me miró por un instante antes de darse cuenta de que nos conocíamos.

—¿Salomé? —preguntó vacilante. Honestamente, me sorprendió que recordara mi nombre. No tenía ninguna duda de que había conocido a mil personas desde la última vez que nos habíamos visto, y no era como si fuéramos mejores amigos. Ambos teníamos un patrocinio con la misma compañía de ropa deportiva. Hace unos dos años, tuvimos sesiones de fotos programadas a la misma hora.

—Es bueno verte de nuevo —dije, extendiendo mi mano para saludarlo.

Lo que no vi fueron esos ojos color avellana mirándonos alternadamente.

Alejandro la tomó rápidamente, permitiéndose sonreír ampliamente.

—*¿Cómo estás?* —dijo en ese español rápido, suave y acentuado que era un poco extraño para mí.

—*¿Muy bien y tú?* —pregunté.

Antes de que pudiera responder, el otro recién llegado intervino:

—También hablo español —dijo con un acento más marcado, más parecido al español centroamericano al que estaba acostumbrada.

Le sonreí.

—Hola. Es un placer conocerte —saludé a Franz Koch, uno de los jugadores estrella de la Liga Europea de hace una década. A sus cuarenta y tantos años, había sido el capitán del equipo nacional alemán hace algunos años.

Si recordaba correctamente, había sido una maldita bestia.

—Franz —dijo el hombre, tomando mi mano—. Es un placer conocerte.

Me aclaré la garganta para evitar croar y logré sonreír.

—Oh, sé quién eres. Soy una gran fan. Muchas gracias por venir. —Me rasqué la mejilla mientras me alejaba un poco de ellos—. Gracias a todos por venir. No sé qué decir.

Afortunadamente, mi alemán estaba al tanto de lo que había que hacer, porque intervino de inmediato.

—Hagamos lo que planeaste, pero en su lugar nos dividiremos en dos grupos.

—Está bien. —Asentí—. Eso funciona. Los chicos deberían llegar pronto. —Una sonrisa explotó en mi rostro cuando los dos visitantes inesperados asintieron de acuerdo. Estaban aquí para apoyar en mi campamento—. ¿Les parece bien, chicos?

Estuvieron de acuerdo de inmediato. Alejandro y Kulti conformaron un equipo, no pasé por alto la rapidez con que mi alemán reclamó al español. Franz y yo conformamos el otro equipo.

Resultó ser lo más divertido que he hecho en un campamento juvenil.

Franz no tenía ni una pizca de ego y entendía que esto era por diversión, era un sueño trabajar con él. Un excelente jugador de equipo y líder, pasaba el balón libremente, bromeaba con los niños con su fuerte acento, incluso habló como Arnold por un rato. Realmente se deleitaba asesorando a los chicos. Nos reímos, sonreímos, chocamos los cinco con los chicos durante todo el juego.

Al otro lado del campo, donde habíamos movido las porterías, pude escuchar a Kulti y Alejandro discutiendo entre ellos con un rápido español de vez en cuando. Los niños, en su mayoría hispanos, se reían a carcajadas por lo que decían.

Lo más importante, los niños estaban extasiados.

Todos conocían a Kulti y a Alejandro. Franz había sido el que menos aplausos había tenido cuando lo presenté, pero se había ganado a los chicos y chicas que habían fruncido el ceño cuando se quedaron atrapados con nosotros y no con las dos superestrellas.

Había sido asombroso. ¿Estaba en la luna? Absolutamente. Cuando terminaron las tres horas, sentí que había ganado un millón de dólares. Los niños se fueron más entusiasmados que nunca, los padres estaban asombrados desde el lugar al que fueron relegados a pararse al lado del campo, e incluso los entrenadores estaban sonriendo.

Alcé la mano y Franz se encontró con ella, sacudiéndola con fuerza una vez que todos los chicos y maestros voluntarios se tomaron fotos con nosotros cuatro.

—Muchas gracias por venir. Realmente significa el mundo para mí.

—De nada. Me divertí mucho —dijo con una sonrisa sincera.

Le tendí la mano a Alejandro.

—Gracias a ti también. Esos chicos —no pude evitar sonreír—, ustedes les hicieron el día. Gracias.

El español me estrechó la mano.

—De nada, Salomé. Me divertí, aunque la próxima vez preferiría estar emparejado contigo —dijo, inclinando la cabeza hacia el alemán que estaba a su lado—. Fue difícil.

—Es un dolor todos los días. —Me incliné hacia Kulti, golpeando su brazo con mi hombro.

No me perdí el mini-paso que dio lejos de mí o la cara que hizo mientras lo hacía. Su frente se arrugó, y me dio una mirada de reojo que casi fue de repulsión.

¿Qué demonios? ¿Se alejó de mí? Bueno.

Mi pobre corazón no echaba de menos lo horrible que me hacían sentir sus acciones. Muy bien entonces. Aparentemente, ser juguetona con él solo era válido en los momentos en que estábamos solos.

Pude sentir la sonrisa en mi rostro marchitarse por un segundo antes de pegar una más grande encima.

Bueno.

Eso fue embarazoso.

Volví a mirar a Franz y Alejandro, sin saber qué hacer, ya que Kulti se estaba comportando de forma extraña.

—Gracias chicos por venir. Lo aprecio más de lo que puedan imaginar. Si hay algo que pueda hacer por alguno de ustedes, háganmelo saber. —La brillante sonrisa que les di fue genuina. Extendí los brazos, sabiendo que al menos el español me abrazaría. Me había abrazado antes.

No me dejó esperando. Un poco húmedo y sudoroso, Alejandro dio un paso adelante y envolvió sus brazos alrededor de mis hombros en un suave abrazo.

—*Fue un placer ver otra vez, linda*.

Lo miré cuando comenzó a alejarse y sonrió.

—Siempre —respondí en español—. Gracias de nuevo.

Apenas nos habíamos separado el uno del otro cuando Franz dio

un paso adelante y me atrapó en un fuerte abrazo, levantándome del suelo.

—Gracias por invitarme. —Me bajó, sus manos extendidas sobre mis hombros mientras daba un paso atrás—. Estaré en tu juego esta noche. Tengo muchas ganas de verte jugar.

Mis ojos se agrandaron, pero asentí.

—Eso es genial y un poco estresante. Gracias. —Mirando mi reloj, hice una mueca—. Hablando de eso, realmente debería ponerme en marcha para poder prepararme. —Di otro paso atrás y les sonreí a los dos hombres antes de volver mi atención a Kulti.

Kulti, que estaba parado allí con la lengua moviéndose por su mejilla, tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba enojado. Pude reconocerlo por la forma en que sus ojos estaban entrecerrados.

¿Por qué demonios estaba enojado? ¿Estaba enojado porque intenté bromear con él frente a sus amigos? Estaba bien hacerlo frente a mi familia, ¿pero no frente a personas que él conocía? Lo descarté e ignoré su expresión, diciendo:

—Gracias por todo, Rey. —Porque estaba agradecida, eso era cierto. Solo deseaba que no estuviera actuando extraño frente a sus amigos.

Una mano me tocó el brazo mientras me dirigía hacia los vestidores después del juego de las Pipers esa noche.

Parpadeé y luego sonreí, todavía emocionada por nuestra victoria.

—Hola, Franz.

El alemán estaba al otro lado de la barandilla que separaba las gradas de los jugadores que bajaban por la rampa hacia los vestuarios.

—Salomé. —Sacudió la cabeza, con una sonrisa amable que me hizo sentir muy gusto—. Tus videos no te hacen justicia. Tus movimientos con los pies y tu velocidad son fantásticos.

¿Qué pasaba con todos estos cumplidos últimamente?

Antes de que pudiera digerirlo, Franz continuó:

—Favoreces demasiado a tu pie derecho. Yo también. Sé algunos

trucos que podría mostrarte. ¿Estas libre mañana?

Franz Koch quería mostrarme algunos trucos. Nunca le diría que no a alguien que se ofreciera a darme consejos.

—Sí, definitivamente. Estaré libre todo el día.

—Excelente. No estoy familiarizado con esta ciudad. ¿Sabes dónde podríamos encontrarnos?

—Sí, sí. —Si soné demasiado entusiasmada, me importó una mierda. Ni si quiera un poco. Recité el nombre del parque y después de repetirlo dos veces, lo escribí en el teléfono que me entregó.

El segundo hombre alemán que entró en mi vida sonrió mientras tomaba su teléfono con un asentimiento.

—Mañana a las nueve si eso te parece bien.

Oh. Chico.

Por dentro, estaba chillando de emoción; por fuera, esperaba que solo me luciera un poco idiota.

—Eso definitivamente funciona para mí. Gracias.

Cuando llamé la atención de Kulti en los vestidores, casi abrí la boca para decirle que me reuniría con Franz al día siguiente, pero por la expresión de su rostro, decidí mantener la boca cerrada. Parecía constantemente enojado desde que nos despedimos en el campamento de fútbol juvenil, y no tenía idea de qué demonios se había arrastrado por su trasero y había muerto.

No hace falta decir que cuando regresé a casa decidí que no me molestaría en tratar de averiguarlo.

Había tratado de ser juguetona con él y había sido un bratwurst, así que no importaba. No importaba.

Estaba muriendo.

Dios mío, me estaba muriendo. Casi tres horas de hacer varios ejercicios con y contra Franz casi me matan. La muerte estaba en la cúspide, podía sentirla.

—¿Cuántos años tienes de nuevo? —pregunté mientras estábamos sentados con las piernas cruzadas uno frente al otro en el parque más cercano a mi casa.

—Cuarenta y cuatro.

—Jesucristo. —Me reí y puse las manos detrás de mi espalda para reclinarme—. Eres increíble, en serio.

—No. —Imitó mi movimiento—. Tú lo eres. Con tiempo y un mejor entrenamiento… —Sacudió la cabeza—… Reiner dijo que no juegas para el equipo estadounidense. ¿Por qué?

Crucé las piernas, acercándolas a mi pecho y miré al agradable hombre mayor. Y por alguna razón que no entendí completamente, le dije:

—Tuve un problema con una de las otras chicas del equipo y me fui.

—¿Te dejaron ir por un problema con otra jugadora? —Se tambaleó hacia atrás, su acento sonando más fuerte.

—Sí. Era una de las jugadoras titulares del equipo, y yo era una novata en ese entonces. Dijo que era ella o yo, y fui yo. —Sí, me dolió un poco ser tan franca al respecto.

—Esa es posiblemente la cosa más tonta que he escuchado. —Franz me miró como si una parte de él esperara que dijera: "¡es broma!", pero no lo hice, y después de un minuto finalmente se dio cuenta de que era verdad. Realmente parecía asombrado. El alemán se enderezó y me prestó toda su atención—. ¿Por qué sigues aquí entonces?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué estás jugando en esta liga si no puedes jugar para el equipo de Estados Unidos?

Parpadeé hacia él.

—Tengo un contrato con las Pipers.

—¿Cuándo termina? —preguntó, completamente serio.

—La siguiente temporada.

Su nariz se arrugó por una fracción de segundo.

—¿Has pensado en jugar en otro lugar?

—¿Fuera de los Estados Unidos? —Comencé a juguetear con mis calcetines, sus preguntas me hicieron sentir curiosidad sobre a dónde iba con esto.

—Sí. Hay equipos de mujeres en Europa.

Me recliné más y sacudí la cabeza.

—Conozco a algunas chicas que han jugado allí, pero nunca he pensado mucho al repecto. Mi hermano está en Europa en este momento, pero… no, no lo he pensado. Mi familia está aquí, y estoy feliz aquí. —Hasta hace poco.

Franz me miró tranquilamente y dijo dieciséis palabras que me perseguirían en las próximas semanas.

—Deberías pensar en jugar en otro lugar. Vas a desperdiciar tu talento y tu carrera aquí.

Más tarde me preguntaría por qué, de todas las personas en mi vida, elegí hablar con Franz sobre mi carrera, pero al final algo en mí decidió que era la mejor opción. Su punto de vista era más imparcial que el de cualquier otra persona. Si bien podría haberle importado muy poco mi futuro, si es que era posible, me estaba dando una visión fría. Me estaba diciendo qué haría en mi lugar, qué sería lo mejor sin tener en cuenta todo lo demás en mi vida. Sin mis padres, mi trabajo, las Pipers ni nada.

¿Jugar en otro lugar?

Solté un largo suspiro y le dije honestamente:

—No lo sé.

—No le des los mejores años de tu carrera a una liga que no aprecia tu talento. Deberías estar jugando en el equipo nacional, en cualquier equipo nacional, y podrías hacerlo. No es complicado. Los jugadores lo hacen todo el tiempo.

Estaba en lo correcto. Los jugadores lo hacían todo el tiempo. No sería la primera y definitivamente no sería la última en jugar para un país diferente. Los fanáticos no lo pensarían dos veces. No les importaba mientras jugaras bien.

—Realmente piensa en ello, Salomé —dijo con una voz suave y alentadora.

Me encontré asintiendo, sintiéndome confundida y un poco abrumada por esta nueva posibilidad. Juega en otro lugar, en un país diferente. Eso sonaba un poco aterrador.

—Lo pensaré. Gracias.

—Bien. —Franz sonrió—. Estaré aquí durante los próximos tres

días. ¿Estás libre mañana para la segunda ronda?

Estaba conduciendo a casa cuando llamó mi papá. Lo dejé ir al buzón de voz y esperé hasta llegar a un semáforo en rojo para devolverle la llamada.

—Hola, papá —dije por el altavoz una vez que respondió.

—Salomé…

Oh, Dios mío. Dijo mi nombre completo. Me preparé.

—¿Conociste a Alejandro? —enunció cada palabra lentamente. El hecho de que dijera solo el nombre decía más que suficiente sobre lo popular que era. Era como "Kulti", todos lo conocían por su nombre.

—¡Tengo una foto para enviarte! —le respondí inmediatamente antes de que pudiera despotricar en mi contra.

Papá me ignoró.

—¿Y a Franz Koch?

Suspiré.

—Sí.

No dijo nada después de eso y suspiré nuevamente.

—No tenía idea de que iban a venir —Eso sonó poco convincente incluso para mis oídos—. Papá, lo siento. Debí llamarte inmediatamente y enviarte fotos. Kulti los trajo y estaba tan sorprendida que no estaba pensando con claridad. Tuvimos un juego después y… no te enojes conmigo.

—No estoy enojado.

Estaba decepcionado. Sabía que le gustaba estar informado. Le gustaba saber los chismes antes que nadie y lo había decepcionado, hice que descubriera que dos jugadores súper famosos se habían ofrecido como voluntarios para mi campamento de fútbol a través de otra persona.

—Tu tío me envió la foto —dijo, y eso lo explicaba todo. Papá no era fanático del hermano de mi madre.

Bah.

—Franz vino a nuestro juego ayer y se ofreció a ayudarme personalmente —le ofrecí—. Jugamos durante tres horas. Pensé que iba a morir.

—¿Solo ustedes dos? —preguntó con una voz suave que probablemente todavía era el mismo volumen en el que hablaba una persona normal.

—Sí.

—¿Te pidió que jugaras con él?

—Sí. Dijo que mis movimientos con los pies son fantásticos. ¿Puedes creerlo?

Papá se rio.

—Sí.

Le sonreí al teléfono.

—Bueno, yo no podía creerlo. Me preguntó si mañana estaría libre para volver a jugar.

—Será mejor que le hayas dicho que sí —refunfuñó, aún tratando de aferrarse a su irritación.

—Por supuesto que le dije que sí. No soy tan tonta…

Papá hizo un ruido.

—Eh.

—Sí, sí. ¿Papá?

—¿*Qué*?

—Me preguntó por qué no había considerado jugar en una liga diferente. —Sus palabras de antes estaban causando estragos en mi cerebro—. Dijo que estaba perdiendo el tiempo aquí porque no juego en el equipo nacional.

Lo que pasaba con los padres, especialmente con los que amaban a sus hijos de tal manera que algunas personas podrían considerar “demasiado”, si eso fuera posible, era que a veces eran egoístas. Otras veces, podías escuchar el dolor que les causaba anteponer el bienestar de sus hijos por encima de sus propios deseos. Así que no estaba segura de cómo reaccionaría mi padre a lo que estaba diciendo. Pero sabía en lo profundo de mi corazón que mi padre siempre había hecho lo mejor para mí, incluso si le costaba tiempo, dinero e incluso si lo

heria. Claro que se había enfocado en sobre mi hermano yendo a Europa, pero Eric no era yo.

Si bien podría no ser su bebé, era su Sal. Éramos los mejores amigos y confidentes del otro. Papá y yo éramos una pandilla de dos.

Seguí adelante y le conté sobre Cordero, Gardner y las Pipers hablando de mí por mi amistad con el alemán. Cuando llegué a la entrada de mi departamento, papá ya sabía casi todo. No me sorprendió del todo sentirme aliviada de sacarlo de mi pecho.

—No sé qué hacer —admití.

No hubo vacilación de su parte.

—*Hijos de su madre.* —gruñó—. Nunca… —Papá dejó escapar un gruñido de frustración exasperado—. Nunca harías eso.

Suspiré.

—¿Qué debería hacer? No he hecho nada malo, y una parte de mí no quiere irse…

—*Mija* —hija mía—, haz lo que sea mejor para ti. Siempre.

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

Mi brazo temblaba cuando finalmente colapsé. Flexiones, malditas flexiones.

Las flexiones con un solo brazo eran la maldita perdición. Gemí y rodé sobre mi espalda, dejando caer mis brazos a los costados para descansar un poco, pero no fue de mucha ayuda. Había pasado las últimas tres tardes seguidas jugando con Franz Koch, y el tipo me acabó. Agrega a eso dos días de trabajo y práctica. Cansaría a cualquiera.

—¡Treinta segundos, señoritas! —gritó Phyllis, la entrenadora psicópata.

Oh, Dios.

—¡Quince segundos!

Me puse boca abajo y apoyé ambas manos contra el suelo, sintiendo el breve crujido del césped bajo mis palmas.

—¡Cinco segundos! ¡Pónganse en posición de tabla si aún no

están listas!

Estaba loca.

—¡Arriba! ¡Postura firme! ¡Abajo! ¡Será mejor que vea sus pechos tocando el suelo! —gritó, caminando a través de los múltiples cuerpos que bajaban, el mío incluido. Mis brazos ardían mientras los flexionaba, mis bíceps y mis hombros estaban en llamas—. ¡Casillas! ¿Veo tus brazos temblar? ¡Porque sé que no veo tus brazos temblar!

Apreté los dientes y bajé aun más hacia el suelo, con los brazos temblorosos, pero me condenaría si me detenía.

Especialmente cuando Phyllis comenzó a gritar:

—¡Roberts! ¡Glover! Será mejor que pongan esos escuálidos brazos debajo de ustedes y se levanten. ¡Esta no es la clase de educación física de la preparatoria! ¡Levántense!

¿Clase de educación física de la preparatoria?

Los dos minutos seguidos de flexiones me dejaron sin aliento cuando terminamos. Me apoyé sobre mis rodillas y finalmente me puse de pie con un resoplido cansado.

—Podías dar más —dijo alguien mientras pasaba junto a nosotras.

Levanté la vista y descubrí que el alemán era quien había hecho esa encantadora observación.

Ya estaba demasiado lejos para que pudiera responderle, así que me guardé lo que tenía que decir y levanté. El hecho de que no me hubiera dicho más que cinco palabras desde el día del campamento para jóvenes me había irritado, y mucho. No había hecho nada para molestarlo además de intentar jugar, y él se había retraído. Si estaba enojado por eso, entonces necesitaba superarlo. Pasábamos la mayoría de los días juntos, y de repente, ¿nada?

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza.

¿Qué estaba haciendo? ¿En serio?

Me encantaba jugar. Pero no el drama que lo acompañaba. Había estado haciendo esto durante suficiente tiempo como para saber que ninguna asociación era perfecta y que ningún equipo carecía de sus semillas malas, pero…

—¿Estás bien, Sally? —preguntó Harlow dándome una palmada en la espalda.

Le asentí a mi amiga.

—Estoy bien, solo un poco cansada. ¿Y tú?

—Siempre estoy bien —afirmó—. Sin embargo, ¿estás segura de que estás bien? Te he visto un poco enojada.

—Sí, estoy bien. Sin embargo, algunas de estas chicas… ponen a prueba mi paciencia, Har. Eso es todo.

La defensora asintió, sus labios se fruncieron mientras lo hacía.

—Ignóralas, Sally. No valen la pena. Haz lo que tengas que hacer y déjale el resto a otras personas. —Me dio una palmada en la espalda una vez más—. Ahora cuéntame sobre ese Alejandro que fue a tu campamento. ¿Su trasero es tan grande en persona como se ve en la televisión?

Eso me hizo reír.

—Oh, sí.

Dejó escapar un leve silbido.

—Ese trasero, Sal. Uf. Ni siquiera voy a mentir, estaba un poco celosa de que no me dijeras que iría a tu campamento. Habría aparecido con una silla de jardín y palomitas de maíz.

—Gracias —dije sarcásticamente—. La próxima vez que te necesite en algún lugar, me aseguraré de que haya un gran trasero para que tengas algún incentivo para aparecer.

Harlow se echó a reír.

—¿Y qué hay de Franz? —preguntó mientras caminábamos hacia nuestras maletas—. ¿Tenía uno bueno?

—Sí, era bastante impresionante. —Por casualidad levanté la mirada en medio de mi oración y vi a Kulti parado junto a Gardner, y él me estaba mirando.

Lo que no dije fue que Kulti tenía el mejor trasero.

Veintidos

Traducido por PauC, Luneta & Silvia Maddox
Corregido por M.Arte

—¿Todas se despertaron esta mañana y decidieron jugar como unas completas idiotas?

No era Kulti quien hablaba, sino Gardner.

El juego de esa noche había ido bastante mal. Gardner era un firme creyente del reforzamiento positivo. Felicitaba a las jugadoras cuando hacían algo bien y las orientaba cuando no lo hacían.

Habíamos fracasado a lo grande durante el juego. Había sido horrible.

Tenía razón. Era como si cada jugadora de las Pipers hubiera despertado esa mañana y decidido jugar como si no nos toleráramos. No hubo comunicación entre ninguna, ningún sentido de trabajo en equipo, ningún esfuerzo real.

Para ser honesta, estaba más que un poco aliviada de que fuera un partido de visita. Por lo menos nuestros fanáticos no tuvieron que ver el desastre desarrollándose en persona.

—No tengo idea de qué decirles —continuó Gardner con su discurso—. No *quiero* decir nada. Ni siquiera quiero mirarlas —dijo en un tono letalmente tranquilo antes de mirar a los otros entrenadores a su lado—. Si alguno de ustedes puede pensar en algo, por favor, no duden en intervenir. Estoy completamente sin palabras.

Cielos.

—Fueron una vergüenza —dijo Kulti en cuanto Gardner dejó de hablar. Estaba de pie a dos personas de distancia de Gardner. Sus manos estaban en sus caderas, su rostro tan serio como siempre—. Ese fue el peor juego que he visto en mi vida. La única persona que sabía que debía importarle esta noche era la número Trece, pero el resto de ustedes… —sus ojos se encontraron con los míos al otro lado de la habitación y se quedaron ahí—… fueron una desgracia.

Sí. *Eso* me golpeó justo en el pecho. Estaba completamente consciente de que me estaba mirando directamente mientras hacía ese cruel comentario. Seguro, no había sido mi mejor juego, ni siquiera estuvo cerca, pero no era como si hubiéramos perdido por mi causa.

Lo único que había hecho mal fue estallar contra Genevieve en

medio del juego. Después de errar mi segundo tiro de la noche, dijo lo suficientemente alto para que yo escuchara:

—Supongo que no te cambiarán ya que te estás revolcando con el cuerpo técnico.

¿Podría haberlo ignorado? Seguro, pero durante la práctica antes del juego, me había golpeado durante unos ejercicios de pases sin ninguna maldita razón, y no se había disculpado por ello. Inmediatamente después, lo volvió a hacer. Todo tiene un límite, en serio.

Había pensado que decirle que se "ocupara de sus propios asuntos y se enfocara en el juego" podría empeorar las cosas, pero aparentemente no fue así. Gardner finalmente me sacó del juego cuando quedaban quince minutos de la segunda mitad.

No iba a inventar ninguna excusa. Me senté en el vestidor y mantuve la boca cerrada mientras el otro entrenador asistente repetía todo lo que Gardner y Kulti habían insinuado, pero de manera mucho más constructiva. Su enfoque fue más del tipo "estoy decepcionado de ustedes", en vez del enfoque todas-ustedes-apestan que habían tomado los otros dos.

Jenny Milton, la número trece, estaba sentada junto a mí; me dio un empujoncito con el codo mientras terminaba de sacarse la venda de las manos. Habíamos perdido porque no habíamos anotado puntos y porque nuestras defensoras no habían ayudado a Jenny cuando el equipo de Cleveland había cargado hacia la portería. Ella no había podido bloquear cada tiro, y eso no era de ninguna manera su culpa. Realmente había sido la única que no lo había hecho mal.

—Eso fue brutal —murmuró, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Nos destrozaron —coincidí, inclinándome para sacarme los calcetines.

Jenny inclinó la cabeza discretamente en dirección a Genevieve.

—¿Qué fue lo que te dijo durante el partido? —Supongo que fue la única que no había escuchado.

—Dijo una estupidez sobre que no me habían sacado por Kulti. —Mantuve la mirada baja mientras me quitaba los tacos—. Solo estaba comportándose como una tonta. —En realidad no estaba de humor para hablar de ello, me puse de pie y rápidamente me quité el resto del uniforme, envolviéndome en una toalla antes de quitarme la

ropa interior—. Me voy a las duchas —le dije con una sonrisa para que no creyera que no quería hablar con ella. Simplemente no quería hablar de lo que Genevieve había dicho.

Estaba cansada de eso. Estaba cansada de un montón de cosas.

La noche anterior, cuando llegamos al hotel, me había recostado en la cama y pensado sobre todo lo que habían dicho Cordero, Gardner, Kulti, Franz y mi padre. Me debatí sobre llamar a Eric, pero finalmente decidí no hacerlo. Habría dicho algo estúpido acerca de cómo había provocado todo esto por ser amiga de alguien a quien él odiaba.

¿Y no era esa la mierda de todo esto? Me había vuelto muy amiga de un imbécil temperamental que casi había acabado con la carrera de mi hermano. Seguro, mi padre me había dado su bendición para hacerlo sin sentirme culpable, pero aun así.

El *pimpernickel* aun no me hablaba por alguna razón que no podía entender.

Terminé de bañarme y vestirme antes de salir de los vestidores hacia las camionetas que esperaban para llevarnos de regreso al hotel. Acababa de salir por el último grupo de puertas que llevaban hacia el exterior cuando lo vi esperando a un costado, oculto bajo las sombras.

Me preparé mentalmente para cualquier estupidez que fuera a salir de su boca. Mi instinto me decía que no sería nada agradable, pero nunca se sabía, los milagros pasaban.

En el instante que la puerta se cerró de golpe, su rostro se movió en mi dirección. No sabía qué decir, así que simplemente subí más el bolso sobre mi hombro y continué caminando.

No me dijo ni una palabra y yo tampoco mientras me detenía a unos pasos.

—¿Hay algo que quiera decir? —pregunté, con un tono un poco más afilado de lo que era mi intención.

Kulti me dedicó uno de sus pestañeos pausados.

—¿En qué demonios estabas pensando esta noche?

—Estaba pensando que Genevieve estaba siendo una imbécil y no una jugadora de equipo. —Me encogí de hombros—. ¿Cuál es el problema con eso, entrenador?

—¿Por qué estás diciendo “entrenador” así? —ladró, notando mi

sarcasmo.

Lo miré por un segundo y luego cerré los ojos, diciéndome que me calmara. Habíamos perdido y ya había acabado. No había necesidad de exaltarme.

—Mira, no importa. Sé que jugué pésimo, y estoy muy cansada para discutir contigo.

—No estamos discutiendo.

Mis pobres ojos se cerraron con fuerza.

—Lo que digas. No estamos discutiendo. Voy a subirme a la camioneta, te veré después.

—¿Desde cuándo huyes de tus problemas? —Atrapó mi muñeca mientras comenzaba a darle la espalda.

Me detuve y lo miré fijamente, la irritación hirviendo a fuego lento en mis venas.

—No huyo de mis problemas, solo sé cuándo no voy a ganar una discusión. Y en este momento no voy a ganar contra tu maldito trasero bipolar.

Kulti dejó caer su barbilla.

—No soy bipolar.

—Está bien, no eres bipolar —mentí.

—Estás mintiendo.

Casi me pellizco la nariz.

—Sí, estoy mintiendo. No sé si estoy hablando contigo, mi amigo, quien entendería porque me exalté con Genevieve durante el juego, o con mi entrenador, o con el tipo que conocí por primera vez y que todo le importaba una mierda. —Solté un suspiro y sacudí la cabeza. *Paciencia*—. Estoy cansada, y estoy tomando todo lo que dices de manera personal. Lo siento.

Murmuró algo en alemán y solo entendí algunas partes, pero fueron suficientes para que lo entendiera. Y eso solo logró enfurecerme más. Tres años de alemán en la preparatoria me habían enseñado algunas cosas.

Me di la vuelta y lo miré directo a los ojos.

—Lo único que sé con certeza es que no sé cuál es tu maldito

problema últimamente, pero ya he tenido suficiente.

Las fosas nasales de Kulti se ensancharon y una vena de su cuello se marcó.

—¿Mi problema? ¿*Mi problema*? —Su acento se volvía mucho más marcado cuando estaba enojado; y realmente tuve que poner mucha atención para saber lo que estaba diciendo.

—¡Sí! *Tú* problema. Sea lo que sea que está pasando contigo tienes que superarlo.

—¡A mí no me pasa nada!

Estuve a punto de bromear y decir que definitivamente tenía algo metido en el trasero, pero en el último segundo decidí que estaba demasiado enojada para intentar alivianar la situación.

—Siento disentir. —continué—. Pero un segundo eres mi mejor amigo y al siguiente pareces asqueado cuando intento jugar contigo frente a tus amigos. No voy a dejar que elijas cuando somos amigos y cuando no.

Me tomó un segundo darme cuenta de que las palabras realmente habían salido de mi boca. No tenía planeado sacarlo a colación; de verdad que no, pero… bueno, ya era demasiado tarde. Maldición.

Era una idiota.

»Lo entiendo. Está bien. Podemos ser amigos en privado, pero no podemos ser amigos en público. —Tragué saliva—. Mira, definitivamente hay algo que está molestándote, pero no quieres decirme, al igual que no quieres decirme nada más. Eso está bien.

—¿Quién dice que no quiero ser tu amigo en público? —Sonaba increíblemente indignado.

—Tú. Intenté tocarte después de terminar con los niños, cuando estábamos con Franz y Alejandro, y diste un paso atrás. ¿Recuerdas? Siempre nos estamos empujando y molestando, y de repente eso ya no estuvo bien porque estábamos frente a tus amigos. Sé que no soy una súper celebridad ni nada por el estilo, pero no pensé que te alejarías así. Me avergonzaste, y no me avergüenzo con facilidad, ¿de acuerdo?

Las manos de Kulti se volvieron puños a sus costados y luego las levantó para cubrir sus ojos.

—Sal —refunfuño en un alemán que sonó airado—. Dices que

somos amigos, pero ¿no pensaste en decirme que estabas pasando tiempo con Franz?

¿Era broma? Me obligué a calmarme.

—Lo vi tres veces después de que empezaste a actuar como si tuviera la peste y estuvieras frunciendo el ceño todo el tiempo. Ni siquiera hablábamos realmente y caminabas como si llevaras un pañal sucio por alguna razón que ni siquiera entiendo, amigo —expliqué.

Esos ojos, de un perfecto tono verdoso y café avellana, estaban viendo hacia el frente antes de que se posaran en mí.

—¡Está casado! —gritó Kulti abruptamente.

Mis ojos se abrieron de par en par y tuve respirar profundamente para controlar mi ira.

—¿Qué mierda crees que estábamos *haciendo*? —pregunté lentamente.

Kulti me mostró los dientes.

—¡No tengo ni idea porque no me lo dijiste!

Paciencia. Santo cielo, necesitaba un montón de paciencia.

No la encontré.

La perdí.

—¡Estábamos practicando, maldito estúpido! ¿Qué demonios tiene eso de malo? —le grité. Santa Mierda.

—Entonces, ¿por qué ambos estaban siendo tan reservados? —gruñó, la furia iluminando sus ojos claros.

Me comenzó un tic en el ojo.

—Fuimos al campo cerca de mi casa. Me mostró algunos ejercicios que podía hacer para mejorar mi manejo del balón con el pie izquierdo, tu maldito, *maldito* imbécil. Dijo que debería pensar sobre jugar en Europa, ¿está bien? Esa es la gran conspiración, el gran secreto, idiota. Dijo que debería ir a Europa y unirme a un club allá para poder jugar por su selección nacional…

No pude dejar pasar la ira volcánica que emanaba de él. Se convirtió en un símbolo para mi ira y mi maldita curiosidad.

»¿Qué demonios creíste que estábamos haciendo? ¿Durmiendo juntos?

Me miró fijamente por tanto tiempo que obtuve mi respuesta.

Oh, Dios mío.

Yo durmiendo con Franz. No pude recuperarme de esa alocada conjetura. ¿En qué estaba pensando?

»*No puedo creerlo*. ¿Quién demonios crees que soy? ¿Una fácil? ¿Crees que voy a dormir con cualquier tipo que me preste atención? Ya te dije que no hago eso —le grité. No me importaba si una de las Pipers salía del estadio y nos escuchaba, o peor, alguien de los medios —. ¡Mierda!

—¿Europa? —Parecía listo para estallar—. ¡Podrías haberme pedido que practicara contigo en cualquier momento!

—¿Pedirte? ¿Cuándo? Ya tienes favoritismo conmigo según el ochenta por ciento de las Pipers porque pasamos mucho tiempo juntos. Si me estuvieras entrenando aparte eso repercutiría sobre ti, ¿o no, Kulti?

—Te dije que no me llames así —dijo entre dientes.

—Eso es lo que eres, ¿o no? ¿Entrenador Kulti? —Mi mandíbula se sentía dura y tensa. No había podido recuperarme de lo que había dicho—. No puedo creer que pensaras que estaba revolcándome con Franz, Jesucristo. De verdad. —Levanté mi puño hacia mi boca y respiré profundamente—. De verdad, *de verdad* quiero golpearte en la cara ahora mismo.

—No puedo creer que pensaras en ir a Europa sin hablar conmigo.

Di un paso hacia atrás dejando que sus palabras se asentaran en mis entrañas. Europa era una mejor oportunidad, y ambos lo sabíamos. No había duda en eso. Antes de que la WPL existiera, las estadounidenses se iban al extranjero porque era el único lugar al cual ir. Pero llegado el momento, la mayoría de los atletas prefería quedarse cerca de casa. Y yo era una de esas.

Más importante aún, Kulti siempre me había dicho que había una sola persona en el mundo de la que debía ocuparme y esa era yo. Y sin embargo, aquí estaba diciéndome lo contrario. Me estaba haciendo sentir mal por siquiera pensar sobre irme a Europa sin mencionárselo primero.

—No dije que iría, él solo lo mencionó. Sería una gran oportunidad si quisiera dejar a mi familia, lo que no creo querer hacer, pero… —Me sentí insegura—. ¿Por qué actúas así? Yo no te

fastidio sobre las cosas de las que no quieres hablar, las cuales son prácticamente todas. Además, eres mi amigo; supuse que estarías feliz de que alguien estuviese intentando trabajar conmigo para mejorar mis habilidades. Tú, de todas las personas deberías entenderlo.

El alemán parecía estar intentando taladrar un agujero directo en el centro de mi rostro.

—Habría trabajado contigo en cualquier momento, cualquier día que hubieras querido, Sal. No podría importarme menos lo que piense la administración o el cuerpo técnico. Tú, de todas las personas, no deberías pensar dos veces acerca de lo que tus compañeras de equipo digan de ti. No son nadie.

Dios, este hombre.

—Lo siento, Rey, ¿acaso soy telépata? ¿Se supone que debería saber que querrías practicar conmigo?

—No. Eres una testaruda y molestia en el trasero.

—¿Soy una molestia en tu trasero? Tú eres una molestia en mi trasero. Lo intento y lo intento contigo, ¿y para qué? ¿Para que seas un imbécil cuando estás frustrado o molesto? Tal vez otras personas lidien con tu mierda cuando actúas así, pero yo no puedo aguantar tanto. Me agradas. Me gusta lo bien que nos llevamos a veces, pero en el fondo realmente no sé nada de ti. Lo único que haces es darme estos retazos de información cuando estás de humor. Y cuando no lo estás, no dices nada en absoluto. O entras en esta maldita fase donde me lanzas miradas asquerosas y me ignoras sin razón aparente. ¿Cómo se supone que deba sentirme al respecto?

»Ya he arriesgado suficiente siendo tu amiga. He compartido a mi familia contigo, mi hogar; te he contado cosas que no le he contado a nadie. Puse mi carrera en riesgo por esto, por nosotros. Tú no tienes nada que perder, y yo tengo todo lo que me importa en juego. Le he dado y dado a todo el mundo, y ¿para qué? ¿Para que me quiten lo que más valoro en la vida? He estado intentándolo, y estoy bien con eso, pero tienes que ceder al menos un poco. Lo que puedo soportar de ti y tus cambios de humor tiene un límite.

Palmeé la parte de atrás de mi cabeza mientras lo miraba, esperando. Esperando algo. Por algo de seguridad, alguna promesa de que intentaría controlar su mierda, o que por lo menos se esforzaría más.

En cambio, su rostro adoptó una expresión seria, el tendón de su cuello tensándose.

—Soy demasiado grande para cambiar, Sal. Soy como soy —me dijo finalmente con voz nítida.

—No quiero que cambies. Lo único que quiero es que confíes un poco en mí. No voy a jugártela y no me gusta rendirme —le dije con tono exasperado.

¿Y qué dijo él? Nada. Ni una sola palabra.

Nunca había sido fanática de las personas que hablaban mucho. Pensaba que las acciones de las personas eran realmente lo que importaba. Eso fue hasta que conocí a Reiner Kulti, y de repente me sentí lista para clavarme un cuchillo en el ojo.

En mi cabeza sentí un palpitar sordo, la advertencia del comienzo de una jaqueca a causa de la tensión. Repentinamente me di cuenta de que esta conversación no iba a llegar a ninguna parte. El cansancio se apoderó de mis músculos y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí derrotada.

Era algo que odiaba. Pero llega un momento cuando debes escuchar a tu instinto y no a tu corazón, y es justamente lo que hice.

»Tal vez ambos tenemos demasiadas cosas ocurriendo en nuestras vidas en este momento. Estoy agobiada y no tengo idea de lo que estoy haciendo, y tú tienes que hacerte cargo de tu propia mierda. Tal vez necesitas resolver lo que quieres hacer con tu vida antes de que podamos seguir siendo amigos. Si es que todavía quieres que seamos amigos después de esto —le dije.

En cuanto las palabras salieron de mi boca él se veía furioso. Absolutamente irascible.

—¿Estás bromeando?

Negué con la cabeza, la pena embargándome con tal fuerza que me dieron ganas de llorar. Sin embargo, al final del día, era como él había dicho: nadie iba a cuidarme más que yo misma.

—No.

Abrió su boca y luego la cerró, un segundo más tarde sacudió la cabeza y se fue.

Kulti no fue a mi casa ese día ni al siguiente.

Cuando comencé a sentirme un poco culpable el domingo por la

tarde, le envíe un mensaje.

Lamento lo que dije. Estoy bajo mucha presión y no debí culparte por mis elecciones. Eres un gran amigo, no voy a darme por vencida contigo.

No respondió.

Luego llegó el lunes y no estuvo en la práctica.

Tampoco fue a la práctica del martes.

Nadie preguntó dónde estaba. Y era seguro que no iba a ser quien lo hiciera.

Le envié otro mensaje.

¿Estás vivo?

No hubo respuesta.

Dos cosas llamaron mi atención cuando entre en el estacionamiento de la escuela.

Había un Audi negro con unas matrículas familiares.

Estacionada justo a su lado había una gran furgoneta blanca.

Insegura de si sentirme aliviada de que Kulti estuviera vivo o exasperada porque el *sauerkraut* no me había respondido ni una sola vez, respiré hondo. Me estacioné, poniéndome mis calcetas de chica grande, aunque mis instintos me decían que muy probablemente no se habría tomado la molestia de aparecerse en el campamento para discutir.

Por lo menos eso esperaba.

Apenas me había bajado del auto y abierto el maletero para tomar mi bolso y las dos cajas de agua embotellada cuando escuché pasos detrás de mí. Supe sin necesidad de darme la vuelta que era él. Por el rabillo del ojo vi que se detuvo justo a mi lado, apartó mis manos de las cajas y las cargó.

—Dime dónde llevarlas —dijo simplemente a forma de saludo.

De acuerdo.

—Su campo está atrás. Vamos —dije, cerrando el maletero con

mi bolso en la mano.

Caminamos en silencio, cruzando el estacionamiento y por el camino asfaltado que llevaba al campo. Tres maestros se habían ofrecido y estaban proporcionando las porterías del equipo deportivo existente en la escuela. Vi que dos de ellos ya se encontraban allí y caminé hacia la mesa que habían preparado para las inscripciones.

Cuando nos detuvimos frente a ellos, el hombre y la mujer físicamente dieron un salto al darse cuenta de quien estaba a mi lado.

—Sr. Webber, Sra. Pritchett, muchas gracias por ayudar. Este es mi amigo, el Sr. Kulti, estará de voluntario en el campamento el día de hoy —los presenté.

Ambos profesores solo se quedaron allí de pie, y fue Kulti quien asintió un saludo hacia ellos.

—Si pudiera decirme donde están las porterías, puedo comenzar a prepararlas —le dije al Sr. Webber, el profesor de educación física.

Estaba mirando a Kulti y asentía distraídamente.

—Son pesadas —advirtió, con los ojos fijos en el alemán.

—Estoy segura de que estaré bien —le aseguré, apenas controlándome de balancearme adelante y atrás sobre mis talones.

—Te ayudaré —agregó el *pumpernickel*, lo que finalmente hizo que el maestro se moviera.

Entre los cuatro sacamos las porterías y las colocamos. Solo había dos, pero eran suficiente. La hoja de preinscripción tenía menos niños inscritos que la semana anterior.

Estaba ocupada pintando líneas en el césped cuando vi a Kulti hablando con dos maestras que estarían a cargo de la mesa de inscripciones. Estaba señalando algo en la hoja y ellas asintieron con entusiasmo, lo cual no era mucho decir, ya que él podría haberles estado diciendo que cagaba pepitas de oro y ellas hubiesen estado igual de entusiasmadas, basándome en la forma en que lo había estado mirando.

Zorras.

Está bien, eso no fue muy amable.

Terminé de pintar las líneas justo antes de que comenzaran a llegar los primeros niños con sus padres.

—¿Estás de acuerdo con hacer esto como lo hicimos la semana pasada, solo que trabajando juntos esta vez? —le pregunté a Kulti una vez que me acerqué a la mesa de registro donde él se encontraba.

Inclinó la cabeza con su corto cabello castaño hacia mí y sus ojos se encontraron directamente con los míos.

—Hacemos buen equipo, *schnecke*, estaremos bien.

Así que ahora volvía a llamarme *schnecke*, lo que sea que eso significase.

Lo miré con un poco de incertidumbre.

En respuesta, me golpeó en el hombro, lo que me hubiese hecho sonreír, pero que me evitase en el último campamento aún estaba demasiado fresco en mi memoria. La expresión en mi rostro —una débil y diluida sonrisa que le dabas a alguien a quien no encontrabas particularmente gracioso, pero no querías herir sus sentimientos— ser obvia, porque Kulti frunció el ceño. Tras un segundo, su expresión se volvió más profunda.

El alemán, quien se decía que años atrás se había involucrado en una pelea cuando alguien llamo puta a su madre, me tomó la mano, la levanto y golpeó su propio hombro con ella.

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

Antes de que siquiera tuviera tiempo de pensar sobre lo que había hecho, mi *bratwurst* sobredimensionado dio un paso hacia mí y lo hizo.

Envolvió sus brazos alrededor de mis hombros, acercándome tanto que mi nariz estaba presionada contra el cartílago justo entre sus pectorales.

Me estaba abrazando.

Dios Santo, Reiner Kulti me estaba abrazando.

Yo solo me quedé ahí parada con mis brazos a los lados, congelada. Completa y condenadamente congelada en mi lugar. Estaba sorprendida, más que sorprendida. Estupefacta.

—Devuélveme el abrazo —exigió su voz con acento desde arriba.

Sus palabras me sacaron de mi parálisis. Me encontré moviendo mis brazos alrededor de su cintura, cautelosamente al principio, nuestros pechos encontrándose en un verdadero y honesto abrazo. Mis

palmas se aplanaron contra las dobles columnas de su espalda baja, mis brazos superponiéndose.

—¿Me estoy muriendo y aun no lo sé? —pregunté contra su pecho.

Él suspiro.

—Más te vale que no.

Retrocedí y levanté mi rostro para mirarlo, completamente insegura acerca de qué demonios acababa de pasar.

—¿Te estás muriendo? —escupí.

—No. —Kulti mantuvo la misma expresión seria que era tan innata para él, así que no estaba segura de qué emoción estaba sintiendo—. Lamento haber herido tus sentimientos. Solo me alejé porque Alejandro es tan… competitivo. Quiere lo que no puede tener. Fue mi error invitarlo. —Levantó la vista rápidamente antes de volver a bajarla y agregar en voz más baja—: Lamento todos los problemas que mi presencia ha causado en tu vida. El fútbol me lo ha dado todo, pero también me ha quitado muchas cosas.

Mi miró con tristeza y determinación.

—No quiero que te alejé a ti también. Eres la cosa menos vergonzosa en mi vida, Sal. ¿Lo entiendes?

Lo dijo muy en serio.

Si no hubiésemos estado alrededor de extraños observando cada uno de nuestros movimientos es posible que se me hubiesen llenado los ojos de lágrimas. Ya era suficientemente malo que tuviera que apretar mis labios para no hacer algo de lo que arrepentiría.

Me las arreglé para tomar una pequeña bocanada de aire y sonreírle con suficiencia.

—¿Puedo darte otro abrazo o eso excede tu dosis diaria permitida?

El alemán movió la cabeza.

—¿Te he dicho que me recuerdas a una astilla de la que no puedo deshacerme? Eres increíblemente fastidiosa.

—¿Eso es un sí? —le dije parpadeando.

—Esa es una pregunta estúpida, Sal —declaró.

Pero, ¿fue eso un sí?

No tuve la oportunidad de pedirle una aclaración porque vi a cuatro chicos cruzando el campo desde el estacionamiento y sabía que tendría que posponer esta conversación para después. Aún no comprendía completamente por qué Kulti había sido tan despreciable el otro día con los niños, pero se había disculpado, y en su libro eso era el equivalente a donarme su riñón, así que lo aceptaría y exigiría una explicación después.

Más importante aún, ¿qué lo había inspirado a darme ese abrazo justo hace un momento?

Apreté su mano y asentí hacia él.

—Comencemos, ¿de acuerdo?

—Sí. —No dejó de hacer contacto visual conmigo en ningún momento—. Traje zapatos para todos. Creo que sería mejor dárselos a los niños al final.

—Trajiste… —Cerré la boca y me recompuse—. ¿En esa furgoneta? ¿Hay zapatos para los niños?

—Sí. Le pedí a los voluntarios que registraran el número de calzado durante la inscripción. Debería haber más que suficientes para todos. Traje casi todos los números.

Es curioso cómo funcionan las cosas a veces. En verdad que sí.

Había aprendido y aceptado mi lugar en la vida de un extraño hace una década. Había crecido y aceptado lo que sucedería y lo que podría pasar, y había sabido que no había futuro para mí y un hombre que no sabía que existía.

Y entonces un día, ese mismo hombre por alguna razón decidió entrar en mi círculo, de todos los círculos en el mundo que podría haber elegido. Lenta, muy lentamente, nos hicimos amigos. Conocía y entendía esa sucesión. Estaba bien con mi hogar. Con mis amigos. No eran algo tan simple o fácil, pero esas eran las mejores cosas de la vida, las cosas difíciles que no encajaban perfectamente, ¿no es así?

En un instante, en un acto amable y un gesto inesperado, algo dentro de mí despertó. Había una razón por la que soportaba su mierda y lo perdonaba tan rápido por ser un imbécil.

Todavía estaba enamorada de este hombre.

No tenía derecho a estarlo. No había una buena razón para ello.

Me gustaba pensar que tomaba decisiones sabias, pero revivir mi adoración infantil por él era una de las cosas más tontas que podría haberme permitido hacer. Pero, obviamente, no podía retractarme. Mi corazón no había olvidado por completo lo que era sentirse así por él, no importaba cuánto intentara fingir lo contrario, había aumentado con los años.

Ahora lo entendía. Había amado a Reiner Kulti cuando era niña. Había amado a mi ex novio como una adolescente, aprendiendo y creciendo. Y la Sal Casillas que era hoy sabía que no podía amar a alguien que no lo mereciera.

Fueron los zapatos para los niños cuyos padres no podían pagar los que me ataron la soga al cuello.

Él trayendo a sus amigos a mis campamentos de fútbol.

Kulti comprándole a mi papá el viaje de su vida.

Él llamándome amiga frente a personas a las que realmente sabía que les importaba una mierda.

Estaba enamorada de este *pumpernickel*.

Dios me ayude, creo que quería llorar.

Traté de encontrar algo que decir, cualquier cosa, y esperaba que mi cara no dijera "Eres una jodida idiota, Sal". Porque lo era. Realmente lo era. No había escapatoria de la verdad cuando te miraba desde medio metro de distancia, con cabello castaño, ojos brillantes y un metro ochenta y ocho de alto. Me rasqué la mejilla y luché contra el impulso de mirar hacia otro lado, para recuperar el aliento y la cordura dondequiera que hubieran ido.

—No pensé que tu patrocinador haría algo así.

Esto es lo que pasa con el alemán, no era de los que se andaban por las ramas o se mostraban tímidos o modestos. Me miró directamente a los ojos y lo dijo:

—No lo hicieron. Los compré.

Él…

—¡Senorita Sal! —gritó uno de los maestros junto a la mesa de registro.

—Tú —empujé a Kulti en el estómago sabiendo que solo tenía un segundo antes de que tuviera que regresarlo a la mesa—. No sé cómo agradecerte…

—No lo hagas.

—¡Señorita Sal!

Miré al bratwurst, y le dije apresuradamente:

—Gracias.

Me dirigió una mirada intensa, pero no dijo nada antes de seguirme a la mesa de registros.

No hace falta decir que los niños se volvieron locos cuando vieron al alemán. A mí, les habría importado menos que una mierda. Con Kulti, estaban enloqueccidos. Lo escucharon y se entusiasmaron cuando comenzamos diferentes instrucciones y ejercicios.

Bratwurst tenía razón. Éramos un buen equipo. Me divertí tanto con él como con Franz, si no es que más, debido a la cantidad de charlas juguetonas que tuvimos entre nosotros.

Una multitud triplicaba el tamaño del que teníamos en el campo se formó en el extremo más alejado del asfalto de la escuela durante todo el campamento. Los flashes de las cámaras continuaron disparándose, pero afortunadamente nadie se nos acercó, y por "nos" me refiero a Kulti, mientras estábamos ocupados. Solo fingí que no estaban allí y me dije que debía seguir actuando con normalidad.

Cuando llegó el momento de concluir, dejé que Kulti les dijera a sus jóvenes fanáticos que todos obtendrían un par de sus últimas zapatillas RK para correr. Cualquier transeúnte habría pensado que a los niños se les había dicho que habían ganado la lotería por la forma en que reaccionaron. El alemán no había estado bromeando. Había zapatos más que suficientes para todos los niños.

—¿Puedo tomar una de ustedes dos? —preguntó la madre de uno de los niños después de tomar una foto con su hijo.

—Claro —dije, justo antes de que el alemán me pasara un brazo por el hombro y me arrastrara a su lado, brusca y deliberadamente.

Bueno.

Lo golpeé en la dura losa al que él llamaba estómago con una sonrisa.

—Sé que no es de mi incumbencia —dijo la dama efusivamente una vez que tomó la foto—. Pensé que la diferencia de edad era un poco extraña, pero al verlos juntos, tiene mucho sentido. Ustedes dos son terriblemente adorables.

Mi cara se calentó.

—Oh, no es… —comencé a decir antes de que el alemán me empujara contra él.

—Gracias por traer a su hijo —me interrumpió.

¿Gracias por traer a su hijo?

Casi me ahogo.

En el segundo que estuvimos solos, extendí mis brazos a los costados. Le había dado a esas personas la impresión equivocada de nuestra relación.

—¿Que demonios fue eso?

Me dio una mirada aburrida cuando comenzaba a recoger los conos esparcidos por el campo.

—La gente creerá lo que quiera creer. No tiene sentido decirles lo contrario.

Tal vez tenía un punto, pero aún así.

—Rey. —La palma de mi mano fue a mi frente—. No creo que sea una buena idea. Lo que escucho en el campo ya es bastante malo.

—Ingnóralos.

Era tan fácil para él decir eso cuando no era quien los escuchaba constantemente.

—Simplemente no quiero que esto empeore. Eso es todo.

El cono que había estado agarrando aterrizó de nuevo en el suelo. Giró todo su cuerpo en mi dirección.

—¿Es tan desagradable la idea de una relación conmigo?

¿Qué mierda?

—¿Qué?

Apoyó las manos en sus caderas delgadas.

—¿No me encuentras atractivo? Te gustan los hombres mayores, me lo dijiste. Solo tengo doce ó trece años más que tú.

Me desperté esa mañana pensando en que iba a ser un día como cualquier otro. Aparentemente no lo era. ¿Qué demonios se suponía que debía decir?

La verdad. Que absurdo.

Me encontré rascándome la mejilla.

—Eres atractivo. Eres muy atractivo y lo sabes, engreído bastardo. Y no eres demasiado viejo. Es solo que… —Tosí—. Eres mi entrenador y mi amigo —agregué distraídamente, como si esa fuera la razón principal por la que no podía mirarlo de otra manera. Desafortunadamente, ahora sabía la verdad: era demasiado tarde para esa mierda.

¿Su respuesta?

—No lo he olvidado.

¿Qué no había olvidado?

—Deja de preocuparte por lo que todos piensan. Tú eres la que dijo que lo único que importa es lo que sabes de ti mismo. —Siguió mirándome hasta que asentí—. Terminemos, ¿sí?

En menos de veinte minutos terminamos de recoger todo el equipo y de ayudar a los maestros a guardar las mesas que nos habían prestado. Les agradecí profusamente su ayuda y vi como Kulti agarró mi bolso y las botellas de agua que habían sobrado, llevándolos todo a mi auto.

—Iré contigo —dijo en el instante en que el baúl se cerró de golpe.

Le lancé una mirada mientras me dirigía al lado del conductor.

—¿Mi casa o la tuya?

Kulti me miró desde el otro lado del auto.

—Tuya. La mía es demasiado tranquila.

Teniendo en cuenta que ambos vivíamos solos, no entendía cómo un lugar podría tener un nivel de ruido diferente al otro. La única diferencia era que su casa era al menos seis veces más grande que mi apartamento en el garaje.

—¿Por qué no compras una mascota? —le pregunté.

—Tengo un pez.

Eso me hizo reír. ¿Tenía un pez?

—No lo tienes.

Inclinó su cabeza morena afeitada en mi dirección.

—Tengo tres, un beta y dos tetras. Mi agente me los dio cuando me mudé aquí. Tengo un acuario en mi departamento en Londres.

Traté de no hacer que pareciera que su admisión era un gran problema.

—Eso es estupendo. ¿Quién los cuida?

—La señora de la limpieza.

La señora de la limpieza. No era de extrañar.

—¿Cuántas casas tienes?

—Solo tres —respondió con indiferencia.

Solo tres. Había crecido siendo la hija de padres que vivían al día. Si bien sabía que alguien que tenía tanto dinero como él podía pagar de manera realista más de tres casas, todavía me sorprendió. Al mismo tiempo, hizo que me agradara un poco más Kulti. Podía respetar a alguien que no gastaba su dinero en estupideces.

En cambio, lo gastaba en comprar zapatos para niños.

Maldita sea, necesitaba olvidar toda esta mierda, pero hoy había sido un verdadero torbellino.

—¿Dónde está tu otra casa? —Me encontré preguntando para no pensar en otras cosas.

—Meissen. Es un pueblo pequeño en Alemania.

Hice una mueca de asombro.

—La casa es pequeña, Sal, pero creo que te gustaría —señaló.

—Siempre quise ir a Alemania —le dije—. Está en mi lista de lugares a donde ir en mi lista de deseos.

Me miró de reojo.

—¿Qué es una lista de deseos?

¿No sabía qué era una lista de deseos? No debería haber encontrado eso tan lindo como lo hacía.

—Es una lista de cosas que quieres hacer antes de morir. ¿Has oído el término “estirar la pata”? —Por el rabillo del ojo, vi al alemán sacudir la cabeza—. Bueno, a eso se refiere. Cosas que quieres hacer antes de morir.

Kulti hizo un ruido pensativo.

—¿Tienes más cosas en tu lista?

—Sí. Me gustaría ver las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, quiero andar en bicicleta por la División Continental, hacer un Ironman, ver una aurora boreal, caminar por un glaciar, sostener a un panda bebé y ganar una Copa Altus… —Sentí que balbuceaba y me callé—. Ese tipo de cosas. Casi tengo suficiente dinero ahorrado para ir a Alaska después de que termine la temporada. Espero poder hacer lo de los glaciares y la aurora boreal en un solo viaje.

Hubo una pausa.

—¿Iras sola?

—Iba a ver si mi hermano me acompañaba. Es la única persona que conozco además de ti con el tiempo y el dinero, pero ya veremos. El año pasado fuimos a Perú para ver Machu Picchu. —Le lancé una sonrisa por encima del hombro. Su cuadragésimo cumpleaños se acercaba en octubre, pero no quise mencionar que sabía que él debería ser el que estuviera pensando en hacer una lista de deseos—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué harás después de que termine la temporada?

—No lo he decidido —respondió en voz baja—. Todo depende de algunas cosas.

Un solo pensamiento entró en mi cabeza.

—¿Tu contrato es solo para esta temporada?

No recordaba haber escuchado nada sobre la duración de su empleo, y la idea de que se iría en poco más de un mes me revolvió el estómago.

—Solo acepté esta temporada con las Pipers.

Había una cosa que sabía: a Kulti no le gustaba ser entrenador. Él mismo lo había dicho.

¿Por qué querría quedarse y entrenar de nuevo?

Dios mío, la idea de que volviera a su departamento en Londres me entristeció tanto que la emoción de todo el asunto de comprar zapatos se desmoronó bajo su peso.

Al mismo tiempo, eso me hizo sentir como una maldita egoísta. ¿Quién era yo para estar triste por alguien, especialmente un amigo, haciendo algo que lo hacía feliz cuando sabía muy bien que lo otro no lo hacía? Sabía que no estaba en posición de darle a nadie un sermón

de culpa por nada, pero la idea de que él se fuera apestaba.

Me tragué la tristeza y forcé una sonrisa en mi rostro a pesar de que no lo estaba mirando.

—Ya veo.

Iba a irse de Houston. Absurdo.

Puede que haya girado la cabeza, pero no estaba segura, y no quería hablar más sobre eso.

—Entonces… ¿tienes hambre?

En el siguiente campamento de fútbol, cuatro días después, Kulti apareció con dos personas más. El primer chico que reconocí fue a un portero estadounidense que había jugado para el equipo nacional en todos los torneos importantes en los últimos seis años junto a mi hermano. El segundo fue una agradable sorpresa.

—¡Franz! —Caminé hacia el hombre mayor, evitando a Kulti, para darle un abrazo—. ¡No sabía que ibas a venir!

Me abrazó de regreso, con dos palmaditas rápidas en mi columna.

—Mi negocio en Los Ángeles no tardó tanto como había previsto.

—Bueno, muchas gracias por regresar —le dije.

Alguien hizo un ruido gruñón.

—Sal.

Franz soltó una breve carcajada mientras me soltaba, retrocediendo. Tenía la cara inclinada hacia abajo, sincera y fácil de leer, mientras susurraba:

—¿Alguien es territorial, eh?

Me giré para mirar al hombre cuya mirada estaba quemando un agujero en mi cráneo. ¿Cara de pretzel territorial? Lo dudaba mucho, pero me encontré demasiado satisfecha por su ceño fruncido.

—¿Me vas a presentar? —le pregunté, señalando al popular portero.

—No. —Mantuvo esa maldita mirada insolente en su rostro, sus brazos extendiéndose ampliamente en un gesto universal con el que me estaba familiarizando.

Curvando mis labios sobre mis dientes, levanté las cejas hacia él. Dios, alguien estaba de mal humor y eso me puso en de un excelente humor. La sonrisa en mi rostro se hizo aún más grande.

Levantó sus propias cejas hacia mí. Esas barras gruesas de color marrón oscuro subían y bajaban, diciéndome en silencio que no me iba a presentar hasta que obtuviera lo que quería.

Por un segundo, pensé en ignorarlo y presentarme, pero…

A Kulti le gustaba jugar, y a mí me gustaba ganarle.

De alguna manera me las arreglé para no sonreír cuando di un paso adelante y lo abracé, silenciosamente preocupándome de que me haría parecer una idiota si en realidad no lo hacía y me devolvía el abrazo. Quiero decir, no sería la primera vez que actuara como si tuviera piojos. Simplemente lo abracé y lo abracé fuerte.

Tomándome completamente con la guardia baja, Kulti, mi maldito alemán supuestamente sin conciencia, presionó su mejilla contra mi cabeza y me rodeó. Me devolvió el abrazo. Su cuerpo estaba duro y tenso mientras lo hacía, pero era diferente. No era un abrazo enojado; era algo más. Era como cuando era una niña y abrazaba a mi perro porque lo amaba mucho.

Así, pero no.

Cuando finalmente se apartó, levanté la vista. No me lo tomé personal que no estuviera sonriendo. Solo me estaba mirando, bueno, en realidad tenía el ceño furncido, pero daba igual. Le di otro abrazo y sentí el peso de su brazo asentarse sobre mi hombro.

Dejándolo ahí.

El otro hombre era un portero llamado Michael Kimmons. Era más alto que Kulti y solo un poco mayor que yo.

—Hola, es un placer conocerte. Gracias por venir. —Extendí mi mano hacia él cuando sentí el brazo del alemán apretarse en el momento en que me presenté.

—Mike Kimmons —dijo con un fuerte saludo.

—Sal Casillas.

—Conozco a tu hermano Eric —agregó—. Jugamos juntos.

Asentí con la cabeza y sonreí.

—Me dijiste que él también juega. ¿Dónde? —preguntó Franz en un tono curioso.

—Ahora está prestado al Madrid —expliqué.

—No tenía idea. —El segundo alemán asintió con el ceño fruncido. Antes de retirarse, había jugado para el principal oponente del Madrid, el Barcelona.

—¿Tus padres juegan?

—Oh, no. Mi papá tiene asma y mi mamá —un bíceps gigantesco rodeó mi cuello como una boa constrictora—, no es exactamente una fan.

Por un terrible momento, tuve el temor de que Kulti dijera algo sobre quién era el padre de mi madre. Por un breve y doloroso momento lo imaginé derramando la sopa porque era algo impresionante de mencionar frente a personas que pensarían que era algo interesante. Realmente pensé que podría hacerlo.

Pero no lo hizo.

Desvió la conversación.

—Nos dividiremos en dos grupos —ordenó y lo dejé, porque me había quedado claro que estaba comenzando a disfrutar estos días jugando con los niños. Casi me hizo sentir un poco mal que solo quedara un día de campamento después de hoy.

El día estuvo bien. Mike Kimmons era demasiado serio para los niños, pero algunos de ellos lo reconocieron y compensó que no jugara mucho con ellos. Kulti se ofreció emparejarse con él por alguna razón, y yo aborde el otro grupo con Franz.

Una vez que pasaron las tres horas y la mayoría de los niños se fueron, Franz me llevó a un lado mientras Kulti continuaba tomándose fotos con unos pocos participantes rezagados y sus padres.

El alemán mayor me dio una mirada seria.

—Escuché algo mientras estaba en Los Ángeles, y necesito decírtelo.

Mierda. Preparar a alguien para las noticias nunca era algo bueno. Me puse mis calcetines de chica grande.

—Ok.

Lanzó una mirada en dirección a Kulti antes de apresurarse a lo que sintió la necesidad de decirme.

—Existe el rumor de que te trasladarán a Nueva York al final de esta temporada.

Mis oídos comenzaron a zumbar. Se me revolvió el estómago.

¿A Nueva York? ¿Con Amber? Si eso no fuera lo suficientemente malo, el equipo ya tenía una sólida alineación inicial. Nunca podría jugar.

Franz me tocó el hombro.

—Yo recluto para la Liga Nacional —se refería a los Newcastle Lions, uno de los mejores equipos masculinos en el Reino Unido—. Piensa en lo que te dije la última vez. Si decides que quieres probar algo diferente —me lanzó una mirada—, algo mejor, puedo ayudarte. No entiendo cómo te has enterrado en el sistema de aquí, pero entre Reiner y yo, no hay mucho que no podamos hacer con nuestras conexiones.

Totalmente consciente de que este no era el momento de volverme loca, me puse mis calceta de niña grande más alto que nunca y me obligué a asentir al hombre que me había dicho noticias que no tenía que compartir. ¿Podría haber estado mintiendo? No veía por qué lo haría, así que no iba a ser narcisista al respecto.

Por qué eso rebotaba en mi cabeza una y otra vez.

Todos sabían que me encantaba jugar en Houston. La WPL no era lo suficientemente grande como para obligar a las personas a jugar donde no querían hacerlo. La mayoría de las veces, las jugadoras estaban dispuestas a ir a donde fueran enviadas. Cuando me reclutaron por primera vez, me permitieron elegir los tres mejores equipos para los que quería jugar. Obviamente, Houston había estado en la cima de mi lista con estrellas, seguido de California, ya que estaba cerca de mi hermano, y luego las Phoenix Novas, que desde entonces se habían mudado a St. Louis.

Era la máxima anotadora de las Pipers. Trabajaba duro y no les había causado problemas más de lo que había estado sucediendo en estos últimos meses, y ayudaba a mis compañeras de equipo tanto como poadía. Y de alguna, ¿manera así me estaban pagando?

La advertencia de Gardner, el disgusto de Cordero y las cosas que mis compañeras de equipo habían estado haciendo recientemente se arremolinaron en mi cabeza.

Me sentí traicionada. Engañada. Y no podía decidir si estar triste o llevar una llave al auto de Cordero.

Bueno. Eso era un poco extremo. Más o menos. Paciencia. Paciencia.

Solo había una persona que podría haber estado detrás de este posible movimiento. Ese rencoroso y pequeño imbécil.

—Gracias por decírmelo —me las arreglé para decirle a Franz, a pesar de que mi interior estaba listo para la anarquía.

—No desperdicies tu potencial, *¿ja?*

Asentí, sintiendo esta gran oleada de emoción subir por mi pecho, y no era bueno. Hizo que la sonrisa en mi rostro se sintiera corta en comparación con la valentía que quería retratar.

—Lo resolveré.

—Llámame, envíame un correo electrónico, lo que necesites —dijo sinceramente.

—Gracias, Franz. Realmente lo aprecio.

Lo hacía, incluso si las noticias me dieron ganas de llorar.

¿Iría a jugar con Amber y sus secuaces?

Al parecer, mis pensamientos estaban escritos en toda mi cara. Me dio una sonrisa triste que me hizo sentir aún peor.

Un suave toque en la parte baja de mi espalda me hizo enderezar los hombros.

—Franz va a pasar la noche aquí. Cenas con nosotros —dijo Kulti, deteniéndose a mi lado.

La bilis me inundó mi garganta y tuve que mantener la mirada lejos de la suya.

—Necesito ir a casa. Gracias de cualquier forma.

Me ignoró.

—Iré contigo. Franz, toma mi auto.

—Rey, quiero ir a casa —le dije con firmeza.

—Quiero que vengas —respondió, ya dándose la vuelta—. ¿Dónde están tus cosas? —Kulti ni siquiera esperó a que dijera nada más antes de comenzar a caminar en dirección a mi bolso. Maldición.

—Rey —grité, siguiéndolo.

Miró por encima del hombro, pero no dejó de caminar.

—No tienes nada más que hacer. Deja hacerte la difícil.

—Umm, tengo cosas que hacer. Tengo que ir a correr más tarde, o podría hacer algo de yoga. —O llorar, o gritar… lo de siempre.

El alemán me ignoró.

Iba a matarlo

—¡Reyyyyy!

Nada.

Hijo de puta.

—Es difícil, ¿no?

—Esa es la subestimación de toda una vida —le dije a Franz—. Qué fastidio. Realmente no sé cómo alguien todavía no lo ha matado a sangre fría.

El otro hombre soltó una carcajada.

Desde el otro lado del campo, vi al Kulti en el proceso de arrojar mi bolso sobre su hombro.

—No tiene sentido siquiera tratar de discutir con él, ¿verdad? —le pregunté a Franz.

—*Nein*.

—Es un dolor en el culo.

Franz se rio por lo bajo.

—Lo es.

Suspiré. Con un poco de suerte, podría irme después de un rato.

Me encontré con Kulti en mi auto, aparentemente ya había revisado mi bolso y había sacado las llaves. Las arrojó sobre el techo y entramos, despidiéndonos de Franz mientras se deslizaba en el Audi estacionado junto al mío. Tan pronto como estuvimos adentro, le lancé una mirada.

—Podrías haber dejado que Franz viniera conmigo en lugar de hacerlo ir solo.

Me dio esa mirada molesta.

—Sobrevivirá solo.

Lo miré por un segundo antes de negar con la cabeza.

—Estás siendo grosero.

—No me importa.

No era una sorpresa. Encendí el motor y salí del estacionamiento antes de que finalmente pensara en ello.

—No me agrada.

En serio, nunca entendería a los hombres.

—Entonces, ¿por qué lo invitaste hoy?

—Me debía un favor —fue su simple respuesta. Luego agregó—: Y su boleto de avión era razonable.

Espera un segundo.

—Tú… —No pude pronunciar las palabras. Tuve que tragar y procesar lo que había dicho—. ¿Pagaste sus boletos para que vinieran?

Kulti ni siquiera se molestó en mirarme; su atención estaba dirigida a la ventana.

—Sí.

Dejé caer la cabeza contra el volante y respiré hondo. Esto era demasiado para una tarde. Demasiado. Todo parecía apilarse sobre mí.

—¿Cómo esperas que te devuelva el dinero?

—No espero que lo hagas —respondió, volviéndose para mirarme—. La luz esta en verde.

Sentándome bien, mantuve la mirada hacia adelante. No podía mirarlo. Si lo hacía, no estaba segura de qué demonios haría.

—Ni siquiera pensé en cómo llegaron aquí. Soy una idiota. Lamento no agradecértelo más.

Nada.

Apreté el volante y mantuve la boca cerrada todo el camino de regreso.

Me iban a intercambiar.

La mitad de mis compañeras pensaba que era una puta.

El idiota a mi lado había estado pagando los boletos de avión de la gente para venir a mis campamentos juveniles, mis campamentos gratuitos.

Estaba al menos un poco enamorada del mismo idiota, pero en realidad era más que solo un poco. Los sentimientos de mi infancia habían vuelto con toda su fuerza, más reales que nunca. Además, me conocía a mí misma, y no tendía a hacer nada a medias.

Y dicho idiota se iba al final de la temporada.

¿Qué diablos estaba haciendo con mi vida? Todo en lo que había trabajado, por lo que había trabajado, de repente parecía repelido por mí.

¿Qué iba a hacer?

Mi nariz cosquilleó en respuesta.

Llegamos a su casa y aparcamos, pero todavía no podía decir nada. Quería llorar. Tenía muchas ganas de llorar, y seguro que no quería hacerlo en ningún lugar cerca de aquí.

Mantuve la mirada baja y seguí al alemán hasta su puerta, donde Franz ya estaba esperando. Apenas habíamos entrado cuando sentí una tos ahogada en la garganta. Sabía que necesitaba alejarme de ellos.

—¿Dónde está tu baño? —le pregunté, con una voz que incluso me sonó extraña.

—Subiendo las escaleras, primera puerta —respondió, su voz lo suficientemente distante como para hacerme saber que no estaba muy cerca.

—Vuelvo enseguida —mentí, ya arrastrando mi trasero por las escaleras, desesperada por escapar.

Dos golpecitos más tarde en mi nariz goteando con el dorso de mi mano, y estaba dentro. Ni siquiera me molesté en encender la luz antes de dejarme caer sobre el borde de porcelana de una bañera que podría apreciar cuando mi vida no se estuviera desmoronando.

Me intercambiaban porque era amiga de alguien.

Mi garganta se convulsionó e hipé. *No llores, no llores, no llores. No lo hagas, Sal. No lo hagas, joder.*

Me las arreglé para aguantar treinta segundos antes de que el siguiente hipo destrozara la parte superior de mi cuerpo. Le siguió otro y luego otro. En el quinto, me encorvé y presioné las palmas de las manos contra las cuencas de los ojos. No lloraba casi nunca. Cuando estaba molesta, hacía otras cosas para distraerme de lo que me molestaba. Había muy pocas cosas en la vida por las que valiera la pena llorar, me había dicho mi madre una vez.

Sentada en esa bañera, realmente traté de decirme a mí misma que ser intercambiada no era el fin del mundo. Traté de convencerme de que no debería tomármelo como algo personal. Era solo un negocio y le sucedía, a veces, a otras personas.

Eso solo me hizo llorar más fuerte.

Fui una idiota. Una maldita idiota estúpida.

Cuando pensé en Kulti cobrando favores para que los jugadores vinieran a mi campamento, el que comprara zapatos para niños y en cómo me había dado un maldito abrazo, solo empeoró las cosas.

Lloré como un bebé, un bebé grande y silencioso que no quería que nadie la escuchara.

—Schnecke, ¿tú…? —La voz de Kulti se cortó abruptamente.

En retrospectiva, me di cuenta de que no lo escuché entrar porque no había llamado. Simplemente irrumpió, metiendo su gran cabeza gorda en la habitación como si no hubiera ninguna posibilidad de que yo estuviera en el baño haciendo algo que él no querría ver. Estaba tan desprevenida que no pude ahogar el siguiente sollozo ni molestarme en tratar de ocultarlo.

Extrañé la mirada horrorizada en el rostro de Kulti antes de que entrara y cerrara la puerta detrás de él. No lo vi caer de rodillas o poner sus manos sobre las mías, agachando la cabeza de modo que su frente presionara la mía.

—Schnecke —dijo en el tono más suave y afectuoso que jamás había escuchado—. ¿Qué pasa?

—Nada —me las arreglé para balbucear. Estaba temblando y la parte superior de mi cuerpo se convulsionaba con gritos silenciosos.

—Deja las mentiras y dime por qué estás llorando —ordenó, incluso mientras se deslizaba hacia adelante y acariciaba con una gran mano mi espalda.

—No estoy llorando.

—Eres la peor mentirosa que he conocido. —Se movió para frotar mi hombro—. ¿Por qué estás molesta?

Cada vez que me preguntaba, de alguna manera me las arreglaba para llorar más fuerte, mi cuerpo temblaba más; había ruidos reales saliendo de mí.

—Es por algo estúpido.

—Es lo más probable, pero dímelo de todos modos —dijo con voz suave.

No pude recuperar el aliento.

—Ellos… van… a… cambiarme… —grité ante mi maldita humillación.

La mano en mi hombro no dejó sus reconfortantes círculos.

—¿Quién te lo dijo?

—Franz —dije, pero en realidad sonó más como Franzzzz-agh.

Algo rápido y feroz en alemán salió disparado de su boca: un escupitajo, una maldición encima de una maldición.

—No está mintiendo, ¿verdad? —le pregunté al cuello de su camisa.

Kulti suspiró en lo alto de mi cabeza.

—No. No diría nada a menos que estuviera seguro —confirmó.

Mi corazón y mi cabeza eran conscientes de que las señales habían estado allí.

—Gardner me advirtió, pero no escuché —le dije—. Esto es tan estúpido. Lo siento. Sé que no es el fin del mundo y esto es vergonzoso, pero no puedo dejar de llorar.

El gran alemán del que estaba enamorada desde que era niña, me rodeó con sus brazos. Y me hizo callar. Literalmente, dijo:

—Silencio. —Luego me abrazó un poco más y me dijo al oído—: Eres mejor que esto. Para de llorar.

—No puedo —me quejé, probablemente por primera vez en al menos diez años.

—Puedes y lo harás —dijo con ternura—. No puedo imaginar cómo te sientes ahora mismo…

Por supuesto que no podía. Nunca lo habían cambiado en contra de su voluntad y si lo habían hecho, tenía que haber sido por una mejor posición y más dinero. Para mí, era como ser abandonada. Violada. Desechada.

—... Pero eres mejor que esto. En dos años les agradecerás por ser tan estúpidos…

Su charla de ánimo no ayudó.

—Les di los mejores años de mi vida. —Podría haber gemido, pero esperaba no haberlo hecho.

—No lo has hecho. Ni siquiera has alcanzado la cima de tu carrera.

Estaba inconsolable. Reiner Kulti me estaba diciendo que todavía tenía mejores años por delante, y eso no me hacía sentir mejor.

—Taco. Para. Detente en este instante —exigió con voz grave.

No podía. Todo lo que podía seguir pensando era que Houston era donde quería estar. Era el lugar en el que había hecho mi hogar. Si me hubieran preguntado primero si quería ir a otro lugar, sería una cosa, pero estas ofertas ocultas eran para las jugadoras de las que intentabas deshacerte para que no arruinaran la junta.

Había mocos corriendo por mi nariz y eso hizo que el alemán resoplara con exasperación y apretó su agarre a mi alrededor, sus brazos como un escudo contra el mundo.

—Sé que esto es culpa mía, y te juro que te compensaré —murmuró con ese acento fuerte en el que quería envolverme.

—No es culpa tuya —le dije ahogada contra él antes de cambiar de opinión—. No me arrepiento en absoluto. Esto es culpa de ellos por ser tan tontos. Siempre he hecho lo que querían que hiciera. Soy una jugadora de equipo. No apesto del todo. Puedo practicar temprano y quedarme hasta tarde, ¿y así es como me pagan? ¿Intentando enviarme a la puta Nueva York? ¿Dónde probablemente nunca podré volver a jugar?

Me senté, sin importarme en lo más mínimo que tenía que parecer un desastre gigante y lloriqueé a mi amigo. Estaba sintiendo el peso de un centenar de galaxias sobre mis hombros, sintiendo mis sueños a punto de desvanecerse. Sabía que estaba siendo demasiado dramática, pero era demasiado.

—¿Que voy a hacer? —le pregunté, como si tuviera todas las respuestas.

Kulti volvió a palmear mis rodillas. Ese hermoso rostro que había envejecido con gracia era solemne, pero me miró fijamente a los ojos mientras hablaba.

—Vas a seguir jugando. Te lo prometo, Sal. Nunca pondría en riesgo tu carrera.

Sollocé e hice un sonido acuoso en mi garganta, mis hombros temblaron y advirtiendo de otra ronda de lágrimas.

El alemán negó con la cabeza.

—No. No más. No te defraudaré; ahora deja de llorar. Me da náuseas.

Eso fue casi divertido. Me limpié la cara con el dorso de la mano y él frunció el ceño, estirando la mano hacia atrás para sacar algunos trozos de papel higiénico del rollo antes de entregármelos.

—Contrólate —ordenó.

Casi me reí. Sollocé y me limpié la cara con el pañuelo que me dio.

—No puedes decirme que me “controle”, no funciona de esa manera.

—Se supone que debes hacer lo que te digo —dijo, arrebatándome el pañuelo y frotando mis mejillas con un poco más de fuerza de lo necesario con el ceño fruncido.

Eso me hizo esbozar una pequeña y lastimera sonrisa.

—¿Quién lo dice?

Me miró a los ojos.

—Yo.

Apreté los labios.

—Eso es conveniente.

Kulti se inclinó hacia atrás y tomó más papel higiénico.

—Eres un desastre —dijo, continuando con su proceso de limpieza—. No te tomaba por un bebé llorón.

—No lo soy. —Traté de arrebatarle el pañuelo, pero mantuvo la

mano fuera del alcance. Me estiré y él fácilmente apartó su mano de mi agarre—. Puedo limpiarme la cara.

Apartó mi mano de un golpe.

—No hago nada que no quiera —refunfuñó, volviendo a frotarme.

—Sabes, el mundo no gira en torno a lo que quieres o no quieres hacer —le dije, mientras frotaba un poco demasiado fuerte debajo de mi nariz, haciéndome estremecer.

—Lo siento —se disculpó—. No estoy acostumbrado a esto.

—¿Nunca has tenido que limpiarle la cara a una chica?

Se apartó para observar su trabajo.

—Nunca.

Dejé escapar un profundo suspiro, aliviada por su admisión.

—En ese caso, gracias por el honor.

Kulti no dijo nada; en cambio, puso una mano en cada mejilla y echó mi cabeza hacia atrás. Nunca había sido más consciente de no estar maquillada o de verme como el infierno que en ese momento. El hombre, que había salido con supermodelos, actrices y probablemente un montón de putas, no hizo ningún comentario sobre mis pecas, las bolsas debajo de mis ojos o las cicatrices que tenía.

Finalmente dejó caer las manos y me dio una palmadita en los muslos con una exhalación larga y profunda.

—Vamos abajo.

—Te veré en un minuto —dije.

Después de un suspiro exasperado, me tomó de las manos y me ayudó a ponerme de pie.

—No. Estás bien.

—Rey, en serio, dame un minuto. —Doblé las rodillas para que no pudiera arrastrarme.

Con un tirón, me empujó hacia adelante.

—¿Para que puedas llorar más? No. Ven. Tengo el café que te gusta.

Sollocé y él me echó una mirada asesina. ¿Por qué me

molestaba?

—Eres un perro mandón, ¿lo sabías? —le pregunté incluso mientras dejaba que me llevara fuera del baño a oscuras.

—Eres un incordio ¿lo sabías? —replicó él.

Solté un bufido mientras bajábamos las escaleras uno tras otro.

—Usé exactamente esas mismas palabras para describirte a Franz, amigo.

El alemán se volvió para mirarme por encima del hombro.

—Otra cosa que tenemos en común.

—Ah. Ya te gustaría.

Una risita salió de su boca, pero ya no discutió. Encontramos a Franz en la cocina sentado en un taburete, mirando su teléfono. Miró hacia arriba e inmediatamente frunció el ceño.

—Estoy bien —le dije antes de que él dijera algo—. Lo estoy de verdad; solo estoy siendo un bebé. —Incluso decirlo como excusa no hizo nada para disminuir el rayo de decepción que atravesó mi corazón. *Me van a intercambiar*.

Pero en el fondo de mi cabeza, la voz de Kulti me recordó que era solo si los dejaba.

Que se jodan.

—No quise molestarte —intervino Franz rápidamente—. Por favor perdóname.

—No, no hay por qué. No hay nada que perdonar. Gracias por decírmelo. Me siento un poco abrumada. Supongo que no soporto bien el trato injusto. —Ambos me miraron por encima de mi elección de palabras—. No me gusta perder y siento que estoy perdiendo —expliqué.

Ambos finalmente asintieron con la cabeza en comprensión.

Kulti me dio un golpecito en el hombro, hablando con Franz por encima de mí.

—Haz una lista de los equipos femeninos que conoces.

—Espera. Ni siquiera sé lo que voy a hacer —dije, repentinamente entrando en pánico de nuevo ante la idea de ir a un lugar incluso más lejano que Nueva York.

Jesucristo.

¿Europa? ¿Estaba realmente pensando en eso? Estaba enfadada por Nueva York, pero ¿considerar ir a la maldita Europa?

—¿Quieres quedarte aquí con esta gente? —preguntó Kulti, un poco tímido para sonar incrédulo—. No todo el mundo merece tu lealtad.

Tenía razón, por supuesto, de una manera egoísta.

—Todavía me queda un año de contrato.

—Pueden pasar demasiadas cosas en un año, Sal. Podrías volver a rasgarte el ligamento cruzado anterior, romperte una pierna bajando las escaleras… cualquier cosa.

Kulti 2, Sal 0. Tenía razón de nuevo. Cualquier cosa podía pasar. En ocho meses cumpliría veintiocho y si tenía mucha suerte y mi cuerpo resistía, me quedarían tres o cuatro años de carrera. Quizás más. Quizás. No quería poner demasiadas esperanzas en más tiempo que ese; mi rodilla y mi tobillo serían los que tomarían la decisión, y no había mucho que pudiera hacer para cambiar de opinión cuando decidieran que ya habían tenido suficiente.

Sí.

¿Europa? Nueva York estaba más cerca. Por otra parte, Nueva York era una decisión que se me escapaba de las manos y no era una fan de eso, en absoluto. No quería ir allí y era principalmente para fastidiar a Cordero. De todos modos, ¿a quién diablos conocía en Europa?

¿Realmente estaba usando no conocer a alguien como una excusa para quedarme en los Estados Unidos, cuando esa elección me haría jugar con una mujer que me haría imposible hacerlo bien? ¿Había siquiera una opción, de verdad?

La indecisión llenó mi pecho y me avergonzó. ¿Dejaría que el miedo se apoderara de mí y me mantuviera en un lugar en el que no sería feliz? ¿Quedarme en una organización que obviamente ya no me quería porque era amiga de mi entrenador? ¿Qué tan estúpido sería eso? Si Sal Casillas, de veintidós años impulsada por su carrera, pudiera oírme ahora, me patearía el culo a los veintisiete años por ser una cobarde.

Una pequeña parte de mí se dio cuenta de que no necesitaba apresurarme a tomar una decisión todavía. Aún quedaban cuatro partidos en la temporada, y si pasábamos a los playoffs, más bien

cuando pasáramos los playoffs, habría más partidos. Tenía tiempo, no mucho, pero algo.

Calceta de chica grande puestas, pensé.

Maldita sea. No había que tomar una decisión. Sería un idiota si me quedara en la WPL y le diera a alguien que no tenía las mejores intenciones en mente una llave de mi futuro. ¿No era yo? ¿Qué me dirían mi papá o Eric?

Solo me tomó un segundo decidir qué dirían: lárgate.

—Tienes razón —le dije y enderecé la espalda—. No tengo nada que perder, incluso si las cosas no funcionan.

No vi a Kulti poner los ojos en blanco.

—Haz una lista de los equipos con los que estás familiarizado —le dijo a Franz.

La demanda me hizo pensar al instante.

—Espera. No quiero formar parte de un equipo porque le pides un favor a alguien. Dime los nombres de los equipos para los que crees que podría ser una buena opción y hablaré con mi agente para ver qué puede hacer.

No me perdí la mirada que se lanzaron el uno al otro.

—Lo digo en serio. No necesito que esto me persiga en el futuro. Quiero ir a algún lugar donde me necesiten, o al menos me quieran. —Porque era la verdad. No había llegado a donde estaba aprovechando quién era mi abuelo o quién era mi hermano. Había trabajado demasiado para evitar que me traicionaran, como ahora, y no pensaba dejar que sucediera de nuevo.

Intercambiaron otra mirada.

—No estoy bromeando. Especialmente tú, Pumpernickel, prométeme que no pagarás a nadie para que me lleve. —Me encogí al darme cuenta de lo que había dicho y le di a Franz una sonrisa de disculpa—. Es una broma, lo juro. No tengo nada contra los alemanes.

—No me he ofendido.

Kulti no accedió a nada.

Le di un codazo en las costillas.

—Rey, prométemelo.

Esta vez lo vi poner los ojos en blanco.

—Está bien.

—Eso no me parece una promesa.

—Lo prometo, *schnecke* —refunfuñó.

Capté por completo la pequeña sonrisa que cruzó el rostro de Franz cuando escuchó el apodo por el que me llamaba Kulti. Era la primera vez que usaba ese término frente a alguien, y la sonrisa de Franz decía que no podía significar nada malo. Al menos de eso estaba bastante segura.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer? —preguntó el alemán con seriedad, un suave recordatorio de cómo había perdido la cabeza cuando mencioné por primera vez la idea de Franz de que yo jugara en el extranjero. Ahora, estaba totalmente concentrado y tranquilo. Parecía dispuesto a matar a alguien.

Estaría mintiendo si dijera que no estaba al menos un poco aterrorizada. El hecho era que podía dejar que mi miedo a lo desconocido me convirtiera en una víctima o tomar el control de mi carrera.

Realmente no había elección al respecto.

No puedes vivir tus sueños esperando a que alguien te los entregue.

O, al menos, te aferras a ellos para toda la vida cuando otros intentan quitártelos.

Asentí con la cabeza a mi amigo, decidida.

—Segura.

Estaba bostezando cada dos minutos cuando Kulti finalmente me miró desde el otro lado de la mesa donde todos estábamos jugando al póquer. No me había reído cuando sacó las cartas y me preguntó si queríamos jugar, pero quería hacerlo.

—Deja de echarme esa mirada. Me voy a casa ahora antes de quedarme dormida —dije, empujando la silla lejos de la mesa.

—Llama un taxi.

—No. Puedo conducir a casa. Vivo lo suficientemente cerca,

todo irá bien. —Antes de que pudiera discutir conmigo, me incliné y le di a Franz, el hombre que había ganado los dos juegos que habíamos jugado, un abrazo—. Gracias por venir al campamento hoy y gracias también por toda tu ayuda con las otras cosas.

—Avísame tan pronto como recibas noticias de un equipo. Puedo ayudarte a negociar —dijo, dándome una afectuosa palmada en la espalda—. ¿Aún tienes mi información?

—Sí. —Me aparté de él—. Definitivamente te haré saber si tengo noticias de alguien.

—Eres una idiota. Las tendrás —intervino el Bratwurst, levantándose.

—No sé cómo he vivido toda mi vida sin ti y tus amables palabras de aliento. De verdad. Es un milagro que haya sobrevivido tanto tiempo.

Kulti estaba haciendo su habitual gesto de fruncir el ceño, pero las comisuras de su boca se inclinaron hacia arriba cuando agarró la parte posterior de mi cuello con su amplia palma y me giró para mirar hacia la puerta.

—Nunca he conocido a nadie que me necesite menos que tú.

Por la forma en que lo dijo, no estaba segura de si era un cumplido o no, así que no lo comenté. Golpeé el hombro contra el suyo.

—Gracias por invitarme esta noche.

Asintió con la cabeza mientras salíamos por el camino que conducía a mi auto. Cuando nos detuvimos en la puerta del lado del conductor puso una mano sobre ella y la otra en mi brazo.

—Te lo compensaré.

—No tienes que compensarme nada. No es culpa tuya. Sabía lo que estaba haciendo. Mientras no olvides que existo después de que termine la temporada, no habrá nada de qué arrepentirse, ¿de acuerdo? —dije, aunque por dentro una pequeña parte de mí todavía estaba frustrada y un poco deprimida por todo esto.

Kulti ladeó la cabeza.

—¿Crees que podría olvidarme de ti?

—No… bueno, no lo sé. No me conoces desde hace tanto tiempo. Estoy segura de que tienes… —Casi dije “toneladas de

amigos", pero ¿en qué momento este tipo me había dado la idea de que tenía muchos amigos? Nunca. Ni una sola vez—. Estoy segura de que tienes muchas distracciones en casa. No lo dije de forma negativa. Solo sé que la vida se interpone a veces.

—No pierdo mi tiempo en cosas, Sal. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Se me erizó el vello de la nuca y respondí con voz ronca:

—Algo así. —No perdería su tiempo haciendo cosas conmigo si no le agradara y no quisiera ser mi amigo, eso lo sabía.

Abrió la boca y la cerró. Quería decir algo; era evidente en su rostro. El alemán tragó saliva y una mirada serena cruzó sus rasgos, haciéndome increíblemente consciente de todo: de la pegajosa noche de verano, el cielo oscurecido sin estrellas, la forma en que su piel dejaba escapar el más mínimo indicio de algo de olor dulce. Sus dedos se apretaron sobre mí, sus pulgares se clavaron en ese surco donde mi hombro se encontraba con mi clavícula.

Había visto su rostro cientos de veces y nunca parecía ser suficiente. Después de haber superado mi enamoramiento por él, me imaginé con alguien que trabajara para sí mismo: alguien ambicioso tal vez, bueno con sus manos, tranquilo, honesto y agradable. Posiblemente un mecánico. Quería a alguien que volviera a casa un poco sucio, un poco sudoroso y capaz de arreglar las cosas. Me imaginaba un tipo de hombre estable y confiable. No estaba segura de dónde había sacado esa fantasía, pero se me había quedado grabada. Adam, mi ex, había sido así la mayor parte del tiempo. Había sido un contratista sacado directamente de una novela romántica, increíblemente guapo y dulce. Al principio no pensé que fuera real.

Ahora mirando a Kulti, mucho más alto que yo, mayor que yo, serio, astuto, temperamental y habiendo cortado el césped solo una vez en su vida… No pude encontrar en mí la desilusión de que aquí fuera donde mi estúpido corazón me había atrapado. Era una idiota, por supuesto. ¿Qué demonios hacía sintiendo algo por este idiota de nuevo? El amor no correspondido y yo nos habíamos conocido una vez, y no quería volver a estar cerca y en persona con eso otra vez. Entonces, ¿qué iba a hacer? No tenía ni idea, pero me preocupaba que mi corazón fuera aplastado hasta la muerte.

¿Esperar lo mejor? Sandeces.

Echaba de menos la mirada que le lanzaba a mi boca. Extrañaba la forma en que apretaba su mano mientras la quitaba de mi hombro.

No vi la expresión de su rostro cuando miró el mío por un breve segundo.

—Bien —dijo finalmente, quitando la mano de la puerta del coche y apartándome de pensar en cómo iba a superar toda esta mierda de estar-enamorada-de-la-persona-equivocada—. Llama cuando llegues a casa.

No pude evitar la sonrisa que cruzó mi rostro. Tal vez no estaba enamorado de mí, y tal vez yo no era realmente la mejor amiga que había tenido, pero se preocupaba por mí. La mayoría de sus acciones lo decían fuerte y claro, incluso cuando estaba siendo un idiota un poco brusco y sin emociones. Podría haberlo hecho peor.

De acuerdo, eso no era cierto. No podría haber amado a nadie más, definitivamente a nadie peor. No habría hecho algo tan estúpido.

No es que sentir algo por él no fuera completamente tonto, porque lo era, pero... lo había dicho. Esto era muy difícil.

—Te enviaré un mensaje de texto cuando llegue a casa —acepté, abriendo la puerta y entrando. Una vez que el auto estuvo encendido, bajé la ventanilla y lo vi parado a unos metros de distancia—. Sabes, incluso si no hubieras conseguido que Mike, Alejandro y Franz vinieran al campamento y que compraras zapatos para los niños, todavía pensaría que eres genial… la mayor parte del tiempo, ¿verdad?

Las luces fuera de su casa lo sorprendieron mirando al cielo.

—Vete a casa.

Para mi gran orgullo, solo sentí determinación en su silencio en el camino de regreso a mi casa.

¿Cómo decía el dicho? Cuando una puerta se cierra, otra se abre. Puede que tuviera que hacer un pequeño allanamiento para conseguir la adecuada para mí.

Veintitres

Traducido por Cliomena
Corregido por Flochi

En el mes que siguió a la admisión de Franz, la vida pareció atarse a un jetpack y despegar en todas las direcciones, tanto buenas como malas.

La práctica de las Pippers continuó de manera normal, o, al menos, lo más normal posible relativamente. Regresar después de descubrir lo que Cordero estaba planeando fue difícil, realmente difícil. Era una mentirosa horrible con un humor muy irascible que desesperadamente quiso hacer acto de presencia. ¿Cómo podría enfrentar a estas personas como si nada estuviera mal? ¿Cómo podía hacer que pareciera que no me moría un poco por dentro mientras planificaba mi fuga?

Fue difícil. Habíamos avanzado a la primera ronda de las eliminatorias. Estaba resentida y enojada, y mis emociones no habían flaqueado en absoluto. El peor aspecto de estar tan amargada era la parte de mí que le daba más importancia a mi ego que a ganar. El orgullo me decía que debería importarme una mierda cómo fuera el resto de la temporada. La mitad razonable de mí que no se sentía de humor antes de mi periodo, decía que no tenía por qué pensar de esa manera. Necesitaba que los Pipers lo hicieran bien.

Todo estaba tomando forma ahora. Hablé con mi agente y le pedí que viera discretamente si podíamos encontrar un lugar para mí en otro lugar de Europa, específicamente los equipos que Kulti y Franz habían sugerido esa tarde en su casa. Había estado más emocionada de lo que podía haber imaginado y en dos semanas me envió un correo electrónico diciéndome que había tres equipos interesados en hablar conmigo.

Hablé con mis padres por teléfono y les conté todo. Lo primero que salió de la boca de mi padre antes de decirme que tenía muchas millas de aerolínea para visitar Europa fue —*Este cabrón*—. Este hijo de puta, refiriéndose a Cordero. Después de eso, llamé a mi hermano, donde procedió a criticarme por ser amiga del alemán, y luego se ofreció a ayudarme a encontrar un lugar para vivir, seguido de un pasajero "que se vayan a la mierda", refiriéndose a la WPL. Terminamos la conversación conmigo criticando su último juego.

Luego estuvieron los correos electrónicos, las llamadas telefónicas y los reporteros.

Por qué la gente siquiera se preocupaba por las fotos que aparecieron de Kulti y yo durante el campamento juvenil me volvió loca. Cuatro campamentos juveniles de fotos de teléfonos celulares tomados por padres, maestros y estudiantes, inundaron los sitios de chismes y de fanáticos de Kulti. Mi padre nos envió fotos de nosotros sonriendo, riendo, algunas con su brazo alrededor de mí o con caras borrosas de niños entre nosotros, quien pensó que era la cosa más genial del mundo. Yo, por otro lado, solo estaba un poco horrorizada por la atención.

"HISTORIA DE AMOR EN LA CANCHA", fue el último titular que me envió con estrellas en el tema.

Antes de eso había sido, "LA EX DE KULTI QUIERE RECUPERARLO" y "KULTI ATRAPADO CON JUGADORA".

—¿Cuánto tiempo han estado saliendo? —Se convirtió en la pregunta que más temía escuchar en el mundo.

Honestamente, solo pensar en mi padre y saber que probablemente estaba incitando los rumores en su círculo de amigos me impedían comentar. Podría morir mañana sabiendo que no había hecho nada malo. No había nada que me diera remordimientos.

Dejé de hablar con los miembros de los medios que preguntaban. Dejé de revisar mi correo electrónico una vez que recibí un mensaje en italiano con las frases *eres una perra fea y espero que mueras*. También solo respondía llamadas de números guardados en mi teléfono.

No le dije nada al alemán, porque ¿cuál era el punto? Nadie amenazó con matarme. También me preocupaba en parte que reaccionara de forma exagerada y fuera de proporción.

En general, las cosas estaban bien.

Hasta que no lo estuvieron.

Estábamos en Florida para el primer partido de las eliminatorias cuando sucedió.

Estaba parada cerca del arco de Jacksonville Shields con algunas otras jugadoras de ambos equipos, apiñadas para esperar a la ganadora de una batalla por el balón, cuando Grace logró robarlo. Estábamos empatados cero a cero y bien empezado el segundo tiempo. Alguien necesitaba anotar.

Esperé y esperé. Observé a la veterana Piper mover el balón y mantuve mi vigilancia para ver quién estaba lo suficientemente cerca como para aceptar un pase en cualquier momento. Había estado jugando con Grace el tiempo suficiente para reconocer su lenguaje corporal y lo que quería hacer. Había una abertura entre nosotras, pero la distancia era un problema. Obviamente solo había una cosa que hacer y estaba lista.

Ella pateó el balón muy alto. Me preparé y lo vi volar directamente hacia mí.

Iba a ser un cabezazo, definitivamente. La cabeza se encuentra con el balón, el balón se encuentra con otro jugador con un mejor disparo a la meta. Era uno de mis movimientos favoritos.

Fui por ello; salté directamente al aire como una versión de mi amigo y enemigo de toda la vida, el balón, continuó su trayectoria hacia mí. Alguien me dio un codazo en el pecho, pero ignoré el dolor. Podía sentir gente moviéndose cerca.

Lo iba a conseguir. Lo iba a conseguir.

Más tarde, me daría cuenta de que no lo conseguí.

Lo último que noté fue el dolor agudo que me partió la parte posterior de mi cabeza.

…

…

¡Sal!

¡Casillas!

¡Schnecke!

¡Maldita sea!

¡Schnecke!

¡SCHNECKE!

…

…

Ni siquiera sabía que me habían noqueado hasta que abrí los ojos y me encontré de espaldas, mirando la cara de Kulti, cuyos ojos estaban tal vez dos centímetros por encima de los míos.

El aliento de Kulti rozó mi boca, desigual y errático. Su rostro lleno de una expresión con la que no estaba ni remotamente familiarizada. Y sus ojos…

—¡Retrocedan! ¡Muévanse! —gritó alguien desde cerca, y me encontré parpadeando, tratando de recordar qué demonios pasó.

Un segundo antes de que dos paramédicos alejaran a Kulti, me apretó la mano. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había estado sosteniendo.

—¿Toda la noche?

El doctor me sonrió.

—Sí, toda la noche. Solo queremos estar seguros con tu historial médico.

Esta no era mi primera o mi segunda conmoción cerebral. Tampoco ayudó que la jugadora que me había desmayado con un codazo, tenía el doble de mi tamaño y tenía un brazo que le habría dado una erección a un culturista profesional. Si iba a ser noqueada, al menos había sido por una chica como Melanie Matthews, la segunda defensora más agresiva en la WPL después de Harlow. Mi conmoción cerebral era prácticamente una insignia de honor.

—Está bien. —No suspiré porque me habría hecho mover unos centímetros y eso era más de lo que quería. Ella realmente me había dado una golpiza.

—Excelente. La enfermera estará aquí para ver cómo estás. El botón de llamada está a tu izquierda si necesitas algo.

Desafortunadamente o afortunadamente, sin importar cómo quisieras verlo, esta no era mi primera estadía en el hospital. Las cirugías de rodilla, las de tobillo y la única vez que tuve neumonía me llevaron a pasar la noche. No era el fin del mundo.

—La representante de tu equipo está afuera, la dejaré entrar —dijo el médico.

—Gracias —dije a su figura en retirada lo suficientemente fuerte como para que me zumbara la cabeza de dolor.

Por algún milagro, me dieron una habitación para mí sola. Mi mejor suposición fue que se debió al seguro de las Pipers quien lo proporcionó, por lo que no iba a quejarme en absoluto.

Llamaron a la puerta, pero no se abrió hasta que hablé. La

cabeza de Sheena apareció en la puerta antes de abrirla y entrar.

—Sal, ¿cómo te sientes? —preguntó, con una pequeña planta en sus manos. Ella había sido la que había viajado conmigo en la ambulancia después de que me llevaron fuera de la cancha como si me hubiera roto la columna vertebral.

—Estoy bien —le dije—. Siento que me han golpeado con un mazo, pero está bien.

Sonrió y dejó la planta en la mesa rodante al lado de la cama.

—Estoy feliz de escucharlo. ¿Qué dijo el doctor?

—Es una conmoción cerebral, pero como no es la primera, quieren que me quede toda la noche para estar seguros.

Sheena dejó escapar un silbido lento.

—Nos diste un susto. Eso es seguro. ¿Hay algo que pueda conseguirte?

—Estoy bien, pero ¿crees que puedes hacer que alguien me traiga mi bolso o al menos preguntarle a Jenny si puede guardarlo para mí? Está en el vestuario.

—Claro, Sal. No hay problema —concordó.

Luego, le hice la pregunta que me había estado preguntando durante las últimas dos horas.

—¿Sabes si ganamos?

—Ganamos. Genevieve anotó en los últimos tres minutos.

Bueno, al menos esta basura no había sido en vano.

—Eso es genial —dije.

—Seguro que lo es. Ella es la próxima generación, ¿no?

La próxima generación. Era solo cinco años menor que yo, por amor de Dios. No era como si estuviera a punto de morir o necesitara invertir en una silla de ruedas en el corto plazo, santo cielo.

—Sí, lo es —gruñí molesta. Me preguntaba si sabía lo que Cordero planeaba.

Nos miramos con incomodidad, sin saber qué más decir.

Sonrió y miró a la puerta.

—Bueno, si no hay nada más, debería regresar ahora. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien, gracias.

—Dejaré mi número en el bloc aquí en caso de que me necesites y me aseguraré de que recojan tu bolso —aseguró.

De alguna manera, sonreí usando solo la mínima cantidad de músculos faciales.

—Gracias, Sheena.

Se marchó, y me quedé sentada en la tranquila habitación sola, finalmente dejándome pensar sobre cuánto esta conmoción cerebral me mordía el culo. Sabía lo que iba a pasar. Iban a hacer que me quedara sin practicar, y al menos un juego, según lo que sugiriera el médico y lo que decidiera el entrenador de las Pipers.

Hubiera bajado la cabeza, excepto que sabía que sería doloroso. Claro que no quería morir; comprendía lo importante que era poner mi salud primero. Pero a fin de cuentas, esto era lo último que necesitaba. *Mierda.* Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda. *Ugh.*

Un minuto de autocompadecerme era lo que generalmente me permitía. Lo aproveché al máximo.

En cuanto terminaron los sesenta segundos, respiré hondo y me recordé que tuve suerte de que mi lesión no fuera peor. Podría haber muerto, ¿verdad? Al final, esta conmoción cerebral no era el fin del mundo.

Luego extendí la mano y agarré el teléfono al lado de la cama, aunque me mareó un poco; marqué primero el número de mi madre. Cuando ella no respondió, le dejé un mensaje de voz y luego llamé a mi padre, que sabía que habría estado viendo el partido en casa. Papá podría haber estado en la iglesia y todavía encontrar una manera de ver mi partido. Siempre lo hacía.

—¿Hola? —Prácticamente gritó al teléfono.

—Papá, soy yo, Sal.

Esa vez gritó, al menos lejos del teléfono, diciendo algo que sonó como:

—¡Es ella! —En español—. ¿Estás bien? —preguntó con ese tono preocupado del que solo los padres eran capaces.

—Sí, estoy bien. Es solo una conmoción cerebral —le aseguré.

Escupió algunas palabras más en español y pude escuchar débilmente a mi madre en el fondo diciéndole que se controlara.

—Casi me desmayo, puedes preguntarle a tu madre —exageró—. ¿Realmente estás bien? ¿Sin daño cerebral?

—Sin daño cerebral, prometo que estoy bien. Quería llamarlos y contarles antes de reservar un boleto de avión aquí. Sobreviviré.

Papá dejó escapar una exhalación audible.

—*Gracias a Dios*. Sacaste esa cabeza dura de tu madre…

Mamá gritó algo en el fondo y tuve que luchar contra el impulso de reír.

—Guarda tus bromas para mañana. No tengo mi teléfono encima, pero me aseguraré de llamarte en cuanto recupere mis cosas. Si necesitas algo, me quedaré en el… —Miré a mi alrededor y le di el nombre del hospital, impreso en la pizarra frente a la cama—. Sin embargo, realmente estoy bien, así que no te preocupes y dile a mamá que intenté llamarla pero no respondió.

—*Sí, está bien*. Llámame en cuanto te den el alta. Te quiero. Si me necesitas, estaré allí en cuanto pueda.

Sonreí al otro lado.

—Gracias, papá. Te amo. Adiós.

Mi papá se despidió en respuesta y colgamos.

Sin nada más que hacer, prendí la televisión y vi lo que quedaba de una película sobre tarántulas del tamaño de una casa. Aproximadamente una hora más tarde, unos golpes en la puerta sonaron antes de escuchar a quienes solo podían ser Harlow y Jenny discutiendo al otro lado. Ellas, y por "ellas" me refería a Harlow, no esperaron a que les dijera que entraran. La defensora empujó la puerta y entró en la habitación, seguida por Jenny y tres de mis otras compañeras de equipo.

Har miró a su alrededor.

—Esto es elegante.

—Hola, Har, Jenny. —También saludé a las otras chicas que vinieron con ellas.

Jenny vino a sentarse en la cama con grandes ojos brillantes.

—Me asustaste como el demonio. —Ella agarró mi mano

suavemente—. Pensé que estabas muerta.

Harlow se rio mientras se sentaba a mis pies y dejaba que las otras chicas tomaran las sillas.

—Sabía que estabas bien.

—Nos dijeron que tienes una conmoción cerebral —dijo una de las chicas.

—Una moderada —les dije.

El respingo fue visible alrededor de la habitación. Todos sabían lo que significaba y ninguna de ellas trató de darme palabras amables. La situación apestaba.

—Sí, apesta. —Suspiré—. Ni siquiera me voy a molestar en preguntar si voy a jugar el próximo partido, simplemente me molestará cuando me digan "no" a la cara.

Jenny me apretó la mano.

—Lo que importa es que estás bien. ¿Se aseguraron de que no tuvieras ninguna hemorragia?

¿Cómo no puedes sonreír ante eso?

Las chicas se quedaron durante casi una hora, haciéndome sonreír y reprimir las risas mientras bromeábamos sobre cosas al azar que no tenían nada que ver con las Pipers. Finalmente prometieron verme al día siguiente, si llegaba a tiempo para el vuelo, y Jenny me aseguró que había llevado mis cosas a nuestra habitación. Cuando se levantaron y comenzaron a salir, Harlow se inclinó y susurró:

—¿Quieres que haga algo con Mel?

Oh, Dios mío.

Le acaricié la mejilla y lo perdí por completo.

—No, Har. Todo está bien. Gracias.

Me miró.

—Si estás segura…

—Estoy segura. Sin embargo, gracias, realmente lo aprecio.

Harlow me miró con recelo mientras salía, como si esperara que cambiara de opinión y le pidiera venganza en mi nombre. De repente, me di cuenta de que no dejaría solo a las Pipers. Por primera vez

desde que decidí que no tenía más remedio que irme a otro lugar, la realidad de dejar a dos de mis amigas más cercanas durante los últimos años realmente me atrapó.

Tener que hacer nuevas amigas y relacionarme bien con nuevas compañeras de equipo no era tan desalentador. Lo había hecho una y otra vez a lo largo de mi vida, pero si me quedaba con el WPL, no podría jugar con ellas de todos modos, ¿verdad?

Me tragué la melancolía y recordé que tenía que hacer lo mejor para mí. Correcto.

—Toc, toc —gritó Gardner al mismo tiempo que abría la puerta.

—Adelante —grité.

Su cabeza canosa fue lo primero que noté. Seguía usando el mismo traje y corbata del partido.

Estuve vigilando la puerta esperando que Kulti entrara tras él, pero no había nadie allí. Bueno, eso fue decepcionante.

—Estoy feliz de ver que todavía tienes la cabeza donde debe estar —dijo suavemente, tomando asiento.

Le sonreí, solo sintiéndolo a medias. Desde lo de Franz, no estaba segura de cómo actuar con Gardner. Dudaba que lo supiera, y especialmente dudaba que tuviera algo que ver con su decisión de cambiarme, pero no había forma de saberlo con certeza.

—Hola, gracias por venir.

—Tenía que venir a ver cómo estabas, chica. Phyllis y todos los demás envían sus mejores deseos. —Pero no habían querido venir. Bueno. No era como si quisiera que me visitaran de todos modos—. ¿Cómo te sientes?

Me encogí de hombros ligeramente.

—Bien. Un poco frustrada, pero está todo bien.

—No esperaría nada diferente de ti. —Sonrió.

—Dime cómo fue el juego —pregunté.

Gardner solo se quedó un poco. Seguía mirando su reloj hasta que finalmente se enderezó.

—Necesito ponerme en marcha, hay algunas cosas que debo hacer antes de partir mañana. El personal del hospital sabe que debe

llamarme cuando sepan con certeza cuándo serás dada de alta, pero también llámame para que tengamos a alguien aquí para que te recoja.

—Escribe tu número por mí, ¿quieres? Jenny tiene mi celular.

Lo anotó en el mismo papel que Sheena había usado antes.

—Mejórate. Te veré mañana.

Se fue y me quedé sola otra vez.

No me permití pensar en Kulti, y por qué no había venido a verme todavía.

Vi más televisión, recibí la visita de una enfermera y finalmente perdí la esperanza de que el alemán viniera a verme alrededor de las ocho en punto. Quiero decir, solo éramos amigos. No era mi novio ni nada. Además, estoy segura de que se enteró que estaba bien por alguien más.

Me levanté de la cama y me dirigí al baño donde me duché, me puse la misma ropa interior y los uniformes médicos que me dejaron usar ya que me había negado a una bata y volví a salir. En el instante en que se abrió la puerta del baño, supe que había alguien más en la habitación. Pude ver las zapatillas verdes y negras en el colchón.

Efectivamente, en la silla más cercana a la cama, había un alemán con el ceño fruncido con los pies apoyados, un ramo de frutas en su regazo y el control remoto en el reposabrazos. La televisión estaba puesta en Sports Networks. La cabeza de Kulti, con el pelo todavía tan cortado como siempre, giró lentamente en mi dirección.

—Taco —me saludó.

—Berlín. —Rodeé la silla y fui a sentarme en el borde de la cama, frente a él. Los párpados de Kulti estaban bajos mientras miraba mi rostro, sacando un trozo de piña en forma de estrella del gran ramo en su regazo. No parecía divertido ni particularmente feliz de verme tampoco—. ¿Cuál es tu problema? —le pregunté cuando continuó mirando.

Cruzó un pie sobre el otro, se puso una fresa en la boca y siguió escrutándome.

Muy bien. Miré lo que quedaba de la fruta.

—¿Trajiste eso para mí?

Esos ojos verdes amarronados se mantuvieron firmes mientras

tomaba un trozo de col rizada, se lo ponía entre los labios y masticaba.

Cuando saqué la mano para arrancar una fresa cubierta de chocolate, quitó el ramo de mi alcance.

—¿En serio?

Parpadeó.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Se tragó la col rizada en la boca y mantuvo el rostro sereno.

—Te llamé.

Fue mi turno de parpadear.

—Estaba demasiado ocupada siendo transportada en una camilla para pasar por el vestuario y agarrar mi teléfono —dije con impaciencia.

—Ya veo. —Se puso un trozo de piña en la boca.

—¿Es por eso que estás enojado?

—No estoy enojado.

—Estás enojado.

—No estoy enojado.

—Rey, no soy ciega. Estás enfadado. Solo dime de qué estás enojado. El equipo ganó.

Kulti se volvió, dejó el arreglo en la mesa detrás de él y se recostó resoplando secamente. Sus ojos se posaron en la pantalla del televisor y sus fosas nasales se ensancharon cuando levantó la barbilla.

—Mira.

Tuve que girar todo mi cuerpo hacia el televisor montado en la pared. Los dos presentadores familiares de *Sports Room* estaban pasando por lo más destacado del día. Llegué al final del número cuatro: una increíble doble jugada durante un partido de béisbol.

—El número tres hoy es de un juego de la Liga Profesional Femenina. Sal Casillas, de los Houston Pipers, llevó el término "cabeceada" *a un nivel diferente durante un juego de segunda ronda de eliminatorias*.

El clip comenzó conmigo saltando, rodeada de tres jugadoras

rivales. Mostraba a Melanie, la chica que me había dado un codazo, girando en el último minuto y saltando muy alto también. Entonces sucedió.

Santa mierda, mi cabeza dolió ante la repetición de su brazo lanzándose hacia atrás y mi cabeza moviéndose hacia adelante, seguida por mi caída al suelo como si estuviera muerta.

—*Oooh* —una de las voces incorpóreas del presentador completó la acción—. *Eso me dolió*.

Las imágenes continuaron, mostrando a Melanie siendo empujada por Harlow mientras un árbitro corría a ver qué sucedía. Desde la esquina de la pantalla, se vieron dos cuerpos masculinos corriendo hacia la cancha, uno pasando al otro en menos de un segundo, piernas largas bombeando más y más rápido en un tiempo que podría haber establecido un récord mundial. El hombre se puso de rodillas sobre el césped, encorvándose sobre el cuerpo, yo, en el suelo.

—*Ahora sabes que es malo cuando Reiner Kulti está en la cancha revisando a su jugadora* —dijo el otro presentador con voz burlona.

La escena cambió a otro clip justo cuando la cámara se acercó a Kulti agarrando mi mano, colocando su palma libre justo al lado de mi cabeza. Su boca se abrió y su rostro estaba angustiado…

Ese cálido sentimiento borroso que asociaba con el alemán cuando estaba en su mejor momento, latía por mis venas.

—Nunca vuelvas a desmayarte en la maldita cancha.

Giré mi cuerpo para enfrentar a Kulti, que estaba sentado allí luciendo increíblemente incómodo.

—*Estabas* preocupado por mí. —Apreté los labios. No era el momento adecuado para sonreír, así que no lo haría.

Parte de mí esperaba que explotara, pero el tono controlado y espeluznante que usó fue incluso peor que el mal genio escondido en ese cuerpo fantástico.

—No suenes tan sorprendida.

—Fuiste el último en venir a visitarme —le dije en voz baja.

Su cabeza se echó hacia atrás, con el ceño fruncido.

—Me obligué a salir a correr para calmarme lo suficiente como para no aparecer aquí y gritarte. Quería retorcerte el cuello, Sal.

—Ni siquiera hice nada. —No estaba segura si pensar que esto era gracioso, dulce o molesto porque parecía que me estaba culpando por estar en el camino de Melanie—. Pensé que estarías orgulloso de mí por sobrevivir al ser golpeada por una jugadora de ese tamaño.

Entonces lo siguió, y solo me senté allí y lo aguanté.

—¡Me asustaste muchísimo!

Una imagen de un león con una espina en su pata pasó por mi cabeza y por algún milagro no sonreí.

—Estás gritando —dije con mucha calma, disfrutando de su reacción.

—¡Por supuesto que estoy gritando! Te grité cuando fingías estar muerta en la cancha, quitándome diez años de mi vida —espetó, su rostro enrojeciéndose en las mejillas—. Pensé que… —Me lanzó una mirada aguda que casi me alarmó—. No vuelvas a hacerme eso nunca más. Soy demasiado joven para morir de un ataque al corazón.

Santo cielo, realmente estaba preocupado. Me encantó. Me encantó tanto que resoplé a pesar del dolor agudo que me invadió la cabeza.

—Diría que afirmar que eres demasiado joven es un poco discutible, ¿no te parece?

El alemán inclinó la cabeza hacia arriba y maldijo algo bajo y largo en alemán.

—Fuiste traída a este planeta para darme una úlcera, ¿no?

Oh, Dios mío. Eso me hizo reír a carcajadas, lo que me dolió enormemente porque mi pobre cabeza se sentía muy débil, pero no podía parar y no quería hacerlo.

—¿Por qué te ríes? No bromeo.

Todo mi cuerpo temblaba mientras me reía, pero de alguna manera logré decir jadeando:

—Haces que parezca que fui enviada desde un planeta alienígena para arruinar tu vida. Jesús, Rey. No digas cosas así ahora, me duele mucho la cabeza.

—Basta —exigió—. Vas a empeorar las cosas.

Me pellizqué el puente de la nariz y me tranquilicé. Me tomó más tiempo del necesario calmarme, pero lo logré. Eventualmente.

Finalmente poniéndome seria, le sonreí, tosiendo con la risa que me quedaba.

—Realmente significa todo para mí que te enojaras tanto preocupándote por mí. —No podía dejar de sonreír.

Y se dio cuenta.

—Esto no debería ser gracioso. ¿Por qué sonríes?

—Porque sí.

—¿Qué?

Puse mis labios sobre mis dientes y le di una mirada tranquila.

—Vi este juego en el que tu compañero de equipo, Keller, fue abordado y le dislocaron cuatro de sus vértebras. La cámara se acercó a ti y estabas volviendo a atarte tus botines o algo así. No sé por qué acabo de recordar eso. Dos de mis cosas favoritas sobre ti fueron que nunca te importó una mierda lo que le sucedió a nadie más en la cancha, y que nunca faltabas a los partidos a menos que no pudieras caminar. Es impresionante, de verdad. Me hace sentir realmente especial que te preocupes por mí.

—Me importan ciertas cosas —discutió.

—¿Oh? ¿Como qué?

—Ganar.

Me mordí el labio para no reírme.

—Bueno.

—Mi pez.

Su pez. Jesucristo.

Kulti parpadeó lentamente y no dijo nada durante mucho tiempo, incluso mientras me aseguraba de seguir mirándolo con una mirada expectante en su rostro. Cuando finalmente respondió, me tomó por sorpresa.

—Tú.

Yo.

Espera. ¿Yo?

Estoy bastante segura de que estaba sonriendo hasta mi alma. Las palabras salieron de mí, sin restricciones y sin tacha.

—Tu amistad también significa mucho para mí.

No rompió el contacto visual cuando extendió la mano y agarró el arreglo de frutas, finalmente decidió compartir. Se lo quité y lo examiné, quitando una fresa cubierta de chocolate en el proceso de mi inspección.

—¿Recibiste un descuento en esto?

—No. —Hizo una pausa—. ¿Por qué?

Le eché un vistazo antes de darle un mordisco a la baya.

—Falta la mitad de la fruta.

Extendió la mano y tomó una uva que tenía forma de flor.

—No falta nada. Me lo comí.

Este hombre. Apreté los ojos para no reírme. No se dio cuenta o no le importó.

Pasó una hora más o menos, y todavía no se había ido para cuando la siguiente enfermera vino a ver cómo estaba.

—Srta. Casillas, ¿cómo se encuentra?

La pobre señora cerró la boca y abrió mucho los ojos al ver al alemán sentado en la silla con los pies justo al lado de los míos. Su impresión fue visible mientras miraba de un lado a otro entre nosotros dos.

—Oh, ah, no tenía idea de que tenías un visitante. —Se aclaró la garganta—. Ya pasaron las horas de visita pero… —se aclaró la garganta nuevamente, sus mejillas se pusieron de color rojo brillante —. Puedo guardar un secreto siempre que estén callados. —Tenía poco más de treinta años, era joven y bonita. Sus ojos seguían moviéndose hacia él, de repente saltando un poco en su lugar.

Se fue unos minutos más tarde después de hacer una revisión rápida para asegurarse de que no exhibiera ningún signo de muerte inminente.

—Si estás planeando tomar una siesta extendida mientras estás aquí, esa silla en la esquina tiene un reposapiés que sale y se reclina.

Esperé hasta que estuviéramos solos antes de preguntar:

—¿Planeas quedarte?

Su respuesta fue quitarse las zapatillas de deporte, revelando

medias blancas brillantes. Supongo que podría tomar eso como una buena señal.

—¿Has oído algo de tu agente?

—Nada nuevo. Se supone que alguien me llamará la próxima semana desde un equipo en Suecia que parece interesado. —Un revoloteo me recorrió el estómago. *Suecia*. Todavía no había pensado acerca de eso.

—¿Qué equipo? —preguntó casualmente. Le dije el nombre y él asintió—. Es uno bueno.

No me perdí el hecho de que él había investigado sobre los equipos o clubes, como se los llamaba en el extranjero. Estoy segura de que no iba a mencionarlo.

—¿Qué hay de Francia? ¿Alemania?

—Sé que recibió noticias de dos equipos en Alemania, pero no ha dicho nada más al respecto, y en Francia, no tengo idea. —Meneé los dedos de los pies debajo de la fina manta que había usado para cubrirme en esta fría habitación. De repente, recordé lo que le había dicho a Franz sobre Amber. Todavía tenía que contarle a Kulti la historia y me hizo sentir culpable. Aquí estaba después de preocuparse por mí y aparentemente pasar la noche, y no sabía la verdad—. ¿Rey?

—Taco.

—¿Recuerdas cuando escuchaste a Amber llamarme puta y no quise decirte por qué?

Kulti seguía mirando la televisión cuando respondió.

—Sé por qué.

¿Que qué? Mi cabeza palpitaba en respuesta a su declaración.

—¿Lo sabes?

—Sí, algo sobre esa mujer con los dientes de caballo haciendo berrinches porque su esposo es un mentiroso. Dejaste el equipo. —Me miró—. Ahora que estamos en el tema, tengo que decirte lo idiota que fuiste. Esa situación no fue tu culpa, y el entrenador debería haberla dejado ir en lugar de a ti. Eres más rápida, tomas mejores decisiones y tu manejo del balón es mucho mejor. —Sonaba tan indiferente a través de su discurso; no pude entender todo lo que dijo. Todavía estaba obsesionada con el hecho de que él lo sabía.

—¿Cómo lo descubriste? —Se suponía que era un secreto,

maldita sea.

Levantó un hombro.

—Mi agente lo sabe todo.

Sí, mi boca se abrió con incredulidad.

—¿Ella se enteró de eso?

—Hace un esfuerzo por saberlo todo antes de convencerme de que haga algo. Ella hizo su investigación sobre el equipo, y supongo que se enteró entonces. No me frunzas el ceño. Los secretos no existen para ella; no me sorprendería si supiera todas las cosas malas que cada jugador del equipo ha hecho.

Mis mejillas se pusieron calientes y traté de racionalizar lo que estaba insinuando.

—Podrías haberme preguntado. Te lo habría dicho —me quejé.

Negándose a mirarme, respondió:

—Te estabas demorando demasiado.

Querido Dios. Iba a asesinarlo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí. Ya dije que fuiste una idiota por no luchar contra ellos, pero no hay nada que pueda hacer al respecto ahora. Si alguien te hiciera eso ahora, me sentiría diferente al respecto. Eso nunca volverá a suceder, ¿entiendes?

Por alguna extraña razón, su defensa me tuvo sonriendo. Ya no importaba. Estaba en el pasado y… bueno, él no creía que de lo que me habían acusado por error fuera un gran problema. ¿Por qué debería yo? Tal vez era hora de dejar atrás a Amber y su idiota esposo. Con suerte, tendría un nuevo comienzo.

Respiré hondo y examiné su perfil lateral, linda nariz, barbilla perfectamente proporcionada y barba incipiente.

—¿Que pasa contigo? ¿Has tomado alguna decisión sobre lo que vas a hacer?

Giró esos ojos claros hacia mí.

—No. No he decidido nada.

Lo vi por el rabillo del ojo.

—¿Te han pedido los Pipers que vuelvas a firmar?

—Sí. —Volvió a mirarme, sonriendo con esa sonrisa de bebé—. ¿Crees que el término "jodanse" sería una respuesta apropiada?

Esbocé una sonrisa y extendí la mano para apretarle la espinilla.

—Creo que me gusta.

Su teléfono estaba sonando de nuevo.

—Si no respondes, yo lo haré —lo amenacé, sin desviarme de mirar al paisaje exterior.

—Ninguno de nosotros va a responder —dijo lo que ya había asumido después de la cuarta vez que sonó su teléfono desde que me dieron de alta del hospital.

Lo que parecía cada cinco minutos, el trauma había comenzado de nuevo. Bip, bip, bip. El tono de llamada más aburrido jamás creado había estado en un bucle constante.

—¿Quién llama? —pregunté finalmente.

—Mi publicista. Cordero. Sheila.

Oh, diablos.

—¿Te refieres a Sheena?

—Sí. Ella.

—¿Qué quieren? —Nadie me había llamado. La única persona con la que había hablado fue Gardner, para hacerle saber que el médico había venido esa mañana y me dijo que podía irme. Pero había tardado horas en ser dada de alta. Santo cielo. El equipo había regresado sin mí, una camioneta había dejado mis cosas antes de dirigirse al aeropuerto. Gardner había dicho que le había dicho a Kulti lo que estaba sucediendo, ya que aparentemente decidió perder el vuelo y tomar el siguiente conmigo.

Él suspiró.

—No quieren que tomemos el mismo vuelo juntos.

Eso me hizo girar en el viejo asiento de cuero del taxi.

—¿Por qué?

Hizo una mueca que decía lo estúpido que pensaba que era todo esto.

—Las fotografías.

Las fotografías si alguien se daba cuenta de quién era él. Yo no era nada especial para mirar, nadie me reconocería, pero él era una historia diferente.

Fue mi turno de suspirar.

—Puedo sentarme sola.

—No empieces, Sal —se quejó, todavía sin mirarme.

—¿Qué? Lo entiendo. Serían menos problemas que tratar para ellos.

Eso lo hizo mirar de reojo, su boca formando una línea firme.

—Esto no es un "problema" y no voy a fingir que no nos conocemos. No soy un niño y tú tampoco.

Saltar para aceptar sus términos tan rápidamente me hizo sentir como una imbécil culpable. Odiaba decir que tenía razón, pero era la verdad. ¿Qué tenia que esconder? Miré las esferas verde avellana que me miraban y recordé que era la persona que había pasado la noche en una silla demasiado pequeña para él, y me despertaba cada vez que la enfermera me vigilaba. Eso me hizo sentir como mucho más que un trapo.

Por un breve momento me pregunté en qué demonios me había metido. Esto era el equivalente a tener miedo a las alturas y conseguir un trabajo para limpiar los rascacielos.

Pero al ver su rostro de treinta y nueve años que había sido un aspecto tan enorme de mi vida cuando era más joven y, de alguna manera, se había convertido en una figura cada vez más grande ahora que era mucho mayor, acepté el hecho de que no era mucho lo que no haría por él. No estaba segura de si dejar que eso me hiciera sentir débil o aceptarlo por el regalo que hubiera sido si me permitía pensar de esa manera.

Tenía un hombre que respetaba y que me respetaba, y no le importaba si el mundo sabía que significábamos algo el uno para el otro. Nuestra amistad no se había dado a ninguno de nosotros, habíamos trabajado en ello. Además de eso, sentía algo por él, incluso si era un dolor egoísta, arrogante y terco en el culo. Él era mi dolor egoísta, arrogante y terco en el culo.

Entonces, sí, no iba a dejar que nadie, nadie, abaratara nuestra amistad. Esa persona segura que tampoco iba a ser Cordero.

—Lo siento. Tienes razón. —Lo único que no pretendía y no quería era que me miraran. Eso era todo. Un pensamiento entró en mi cabeza—. ¿Tu publicista odia que salgamos juntos?

—Mi publicista odia la mayoría de las cosas, *Schnecke*, no te preocupes por él.

Eso no fue súper tranquilizador, pero está bien. Le sonreí. Supongo que su publicista podría inscribirse en la larga lista de "Personas que no son fanáticas de Sal". Alguien me había dicho una vez que no se podía hacer felices a todos, y me aferré a ello por mucho tiempo. Una vez que aceptabas a regañadientes que las personas siempre te iban a juzgar sin importar qué, se volvía un poco más fácil lidiar con que no le agradaras a la gente.

Un poco.

—¿Por qué estás frunciendo el ceño? ¿Te molesta tu cabeza? —preguntó Kulti en un tono preocupado.

Sí, no había mucho que no haría por él. No es que alguna vez lo admitiría en voz alta.

Me lo repetí en el instante en que la primera persona reconoció a Kulti en el aeropuerto. Seguí repitiéndome eso cuando un oficial de seguridad se vio obligado a llevarnos a una habitación especial para esperar hasta que comenzara el abordaje. Cuando me sentí abrumada por las personas que estiraban el cuello para mirar bien al alemán, me dije que todo esto era parte de eso. Mi cara se puso roja porque no me dejaba caminar y fingir que no lo conocía. *Todo esto era parte de ser amiga del alemán.*

Pero definitivamente apestaba y no era fanática.

Veinticuatro

Traducido por Cliomena
Corregido por Flochi

—¿Dónde quieres que te deje? —preguntó Marc.

Habían pasado dos semanas desde mi conmoción cerebral y tenía ganas de volver a jugar. No me habían permitido practicar con el equipo, pero no me había relajado. Seguí corriendo por mi cuenta y practicando con el alemán en su patio trasero. Se aseguró de mantenerse al menos a un metro y medio de mí en todo momento para no golpearme accidentalmente en la cara.

—En el frente, por favor.

Él asintió mientras giraba en la calle donde se encontraba el edificio de los Pipers. Marc no había sido súper hablador la última semana más o menos, y sabía que era mi culpa. Después de mis padres y Eric, él había sido la siguiente persona a la que le dije que posiblemente iría a jugar a otro lugar. Si bien dijo que entendía, no lo había tomado tan bien como todos los demás, a pesar de mi explicación de que probablemente me enviarían a otro equipo de todos modos. Marc ni siquiera pretendió no estar triste por eso.

Por otra parte, nadie pasó tanto tiempo conmigo como él.

—Llama si cambias de opinión y necesitas un aventón —dijo mientras detenía su gran camioneta.

Me preparé para abrir la puerta pero esperé, enfrentándolo.

—Lo haré, pero no es un gran problema para mí llamar a un taxi. Sé que necesitas llegar al siguiente trabajo.

El hombre que solía ponerme los pelos de punta cuando era pequeña simplemente asintió y eso me rompió en mis pedazos. No sabía qué decirle. Nada podría salir de mi boca que lo hiciera sentir mejor. Así que guardé mis palabras y, en cambio, extendí la mano para acariciarle la rodilla.

—Te amo, amigo. Gracias por el aventón.

Soltó un suspiro y tocó la parte superior de mi mano.

—En cualquier momento, Salamander. Buena suerte.

Palabras cortas fueron un viaje de culpa de él. Bah. Asentí y me recordé por vigésima vez que estaba haciendo lo mejor para mí al

tratar de encontrar otro equipo. Además, ¿quién decía que alguien pasaría por todo y me contrataría? Hablé con tres equipos por teléfono y todas las conversaciones me parecieron bastante positivas.

Excepto toda la pregunta "¿Qué te hizo decidir dejar la WPL?"

Cualquier publicista hubiera querido asesinarme cuando les dijera la verdad a los gerentes generales. Tal vez mentir habría sido la idea más inteligente, pero no pude hacerlo. Se los conté.

—Le he dado a la WPL los últimos cuatro años. No quiero jugar donde me critican por cosas que no importan en la cancha. Todo lo que quiero es jugar. Quiero ganar una copa.

Me llevarían o me dejarían, pero al menos iría a algún lugar por mis propios méritos.

Sorprendentemente, ninguno de ellos había cuestionado mi amistad con Kulti.

Esperaba que todo saliera bien. Realmente esperaba que todo saliera bien, pero con los Pipers llegando a las semifinales en tres días, sabía que tenía que jugar más que mejor.

Lo único que me detuvo fue la autorización médica y entrenador del equipo.

El doctor había hecho exactamente eso, esa tarde. Estaba sana, bien. No había una sola razón por la que no deberían dejarme practicar o jugar.

Esta fue la razón por la cual, tres días después, no entendía qué demonios sucedió.

Sabía que algo andaba mal cuando me di cuenta de que Gardner estaba evitando el contacto visual durante nuestra práctica de semifinales antes del juego, pero no estaba segura hasta que comenzó a repasar la estrategia que quería tomar contra las Arrows.

—Vamos a hacer algunos cambios en la alineación inicial de este juego…

Escuché el chirrido de llantas en mi cabeza.

Jodidamente lo sabía. Sabía hasta la médula de mis huesos lo que estaba a punto de salir de su boca. Mi mirada se disparó hacia el alemán, que estaba ocupado mirando por encima del hombro de

Gardner, con un surco arrugando la piel entre sus cejas.

Recitó los nombres de las jugadoras que comenzaban: Jenny, Harlow, Grace, otra y otra y otra. Todos eran nombres que no me pertenecían. La incredulidad hizo que mi cara se pusiera caliente cuando el único "cambio" a la lista fue mi nombre faltante, reemplazado por la misma chica que siempre estaba compitiendo conmigo cuando hacíamos carreras.

—No hay razón para que no podamos ganar esto —dijo Gardner con voz confiada mientras yo estaba allí, humillada y casi lista para cometer un asesinato.

Traté de decirme a mí misma mientras él estaba allí balbuceando palabras de aliento que no debería tomarlo como algo personal. No era como si me odiara y no quisiera que jugara. Me importaba lo que Gardner pensara de mí, realmente lo hacía. Siempre había sido más que un simple entrenador, había sido mi amigo.

Jesucristo, necesitaba gritar.

Alguien más podría haber racionalizado que no me estaba poniendo desde el comienzo porque no había practicado en dos semanas, y había estado en el banco en los últimos dos partidos, con los Pipers ganando bien. Pero no pude. No pude porque sabía que otra persona había tomado esta decisión.

Estaba bien. Estaba totalmente bien, me recordé. Solo porque no empezaba no significaba que no podría jugar.

Sí, tampoco podía creer eso, no importa cuánto lo intentara. Eran las malditas semifinales y no iba a jugar.

Hora de ponerse los calcetines de Niña Grande.

Este no era el fin del mundo. Este no era el fin del mundo.

Solté un suspiro tembloroso mientras Gardner terminaba su discurso. Por encima de su hombro, Kulti me estaba mirando. Su rostro en blanco, excepto por lo sobresaliente que su mandíbula se volvió repentinamente. Sabía lo que estaba tratando de transmitir con esa sola mirada.

Me estaba diciendo que no fuera él.

Me estaba diciendo que me mantuviera calmada.

Necesitaba calmarme.

Respira. Respira hondo. *Calcetines de Niña Grande*.

Espera, espera, *espera*.

Fue Harlow quien se me acercó primero cuando el equipo se separó para irse. Me puso una mano en el hombro y bajó la cabeza.

—Sally, esto es una gran mierda —dijo en el mismo volumen que habría usado si hablara del clima.

—Está bien, Har —le dije, aunque no lo estaba. Realmente no estaba bien. Las venas de mis sienes palpitaban, por el amor de Dios. Ni siquiera pensé que fuera capaz de estar tan enojada.

—A la mierda eso, no está bien —discutió—. Voy a decirles algo…

Paciencia, paciencia, paciencia.

—No, no hagas eso. No te molestes, de verdad. —Me agaché para agarrar mi bolso y me puse de pie, intentando calmarme. Mirando hacia atrás a su rostro, tragué saliva y no pude evitar sonreírle a mi amiga. Ella había estado allí para mí por tanto tiempo. La rodeé con mis brazos y le di un abrazo de oso—. Quiero contártelo antes de que todos se enteren, escuché que están tratando de tranferirme.

Se echó hacia atrás, sus ojos marrones muy abiertos por la sorpresa.

—De ninguna manera.

—Sí, por supuesto. Ya ves cómo me están tratando. Voy a intentar salir antes de que sea demasiado tarde —le expliqué, haciendo todo lo posible para no sonar triste por eso—. Es nuestro secreto. Tengo que decirle a Jenny…

—¿Decirme qué?

Nadie más estaba cerca cuando se acercó para pararse en nuestro triángulo. Harlow fue la que respondió.

—El equipo la va a transferir.

La boca de Jenny se abrió.

—¿Qué? ¿Quién te dijo eso?

Me encogí de hombros porque no importaba.

Inmediatamente se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué equipo?

—Nueva York.

Ninguno de las dos dijo nada.

Fue Harlow quien preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Ir a Europa, espero —expliqué—. Tal vez. Si alguien me quiere.

Los ojos de mi pobre Jenny se llenaron de lágrimas.

—¿Realmente nos vas a dejar?

Oh, Dios.

—Dejo esto, no a ustedes. Sabes que a Cordero nunca le caí bien. No estoy realmente sorprendida de que finalmente haya decidido deshacerse de mí, pero no puedo creer que intente llevarme a Nueva York de todos los lugares.

—Nunca te dejarán jugar. —Jenny sacudió la cabeza.

Una mano ahuecó mi codo antes de seguir un camino hasta la parte baja de mi espalda. El calor del cuerpo de un hombre abrasó mi costado.

—Estarás bien —dijo una voz masculina.

Mi cerebro tardó un segundo en registrar lo que estaba sucediendo. Kulti me estaba tocando en público, en la práctica no menos, delante de mis amigas y de cualquier otra persona que quedara en el vestuario.

Cuando su mano se deslizó por mi columna vertebral y se apoyó en el hombro más alejado de él, la tensión se fue de mis pulmones y hombros. Este era el final. Era mi amigo, nada más. No tenía nada que ocultar, nada de lo que avergonzarme.

A la mierda Puse mi mano sobre la suya.

—Espero que alguien me tome.

—Lo harán —declaró con total confianza.

Me alegra que alguno de nosotros estuviera seguro.

Su mirada se posó en mí, como si ni siquiera se diera cuenta de que había otras personas allí.

—Tengo que hablar contigo.

Quise preguntarle sobre qué, pero pensé que debía esperar.

—¿Nos vemos luego? —le pregunté a Jenny y Harlow que nos observaban de cerca.

—Sí —concordaron ambas.

No se molestó en esperar hasta que llegamos a mi auto. Kulti me detuvo en medio del estacionamiento, con una expresión excepcionalmente seria en su rostro.

—No te van a meter en el partido.

—Lo sé.

—Si no hacemos nada y el equipo pasa a la siguiente ronda, tampoco te dejarán jugar la final.

La pena y la ira eran tan similares que era difícil distinguir cuál me estaba aplastando los pulmones.

—Lo sé.

Kulti dio un paso adelante. Había dejado crecer su barba en los últimos días, y enmarcaba su rostro perfectamente, haciendo que sus ojos destacaran.

—¿Confías en mí?

¿Confiaba en él? Mi cabeza se echó hacia atrás un poco y mis cejas se alzaron. Debería ser capaz de hacerlo.

—Sí.

Sus fosas nasales se ensancharon cuando su barbilla se inclinó. Se parecía al hombre que había admirado en la cancha durante tanto tiempo.

—Hablemos con Cordero.

Acababa de decirle que confiaba en él, pero aún quería preguntar de qué demonios hablaríamos con ese idiota. Confianza, ¿verdad? Él no me iba a fastidiar. Kulti sabía lo que estaba en juego.

Quería vomitar, pero en su lugar asentí.

—Te veré allí —dijo Kulti antes de desaparecer en el primer baño que encontramos.

Muy bien. No tenía idea de qué demonios íbamos a hacer, pero continué hacia la oficina de Cordero. Su secretaria estaba en su escritorio. Se parecía a cómo te imaginarías a una secretaria mayor, con el cabello limpio y blanco recortado, un suéter con botones sobre una camisa con cuello levantado. Casi era fácil creer que era agradable.

No lo era; por lo menos, nunca fue amable conmigo.

—Hola, señora Brokawski. Quería hablar con el señor Cordero, por favor. —Mátalos con amabilidad, ¿verdad?

La vieja y grosera murciélaga apartó la vista de su computadora, echándome un vistazo y encontrándome deficiente.

—Necesita programar una cita.

A alguien no le importaban los comentarios agradables. Muy bien.

—¿Si pudiera hablar con él durante cinco minutos? Eso es todo. Es muy importante —subrayé y mentí a los oídos sordos, que se habían vuelto para enfocar nuevamente en la pantalla de la computadora.

—Ya lo expliqué, necesitas programar una cita. Él tiene un lugar para el lunes a las once —afirmó.

—¿No hay forma de que le hable hoy?

La señora puso los ojos en blanco y no fue discreta al respecto.

—No.

Obviamente, no iba a trabajar conmigo.

—Gracias de todos modos —dije antes de darme la vuelta. Comencé a caminar en la dirección de donde vine, con la intención de encontrar al alemán para hacerle saber que iba a tener que ser él quien hiciera que el tejón rabioso nos dejara entrar. Incluso antes de abandonar su alcance visual, Kulti estaba avanzando, frunciendo el ceño.

—Ella no me dejará entrar para verlo —expliqué.

Parpadeó una vez y luego agarró mi mano, palma con palma, y caminó conmigo de regreso al escritorio de la secretaria.

Kulti no se aceptaba las tonterías.

—Necesito hablar con Cordero. Ahora.

Sus delgadas monturas se movieron hacia arriba para ver quién hablaba. Toda su cara cambió cuando vio al alemán.

—Señor Kulti, realmente deberías programar una cita…

—No. Necesito verlo ahora —la interrumpió.

Los ojos de la vieja murciélago se volvieron hacia mí y no me perdí la arruga cuando frunció su nariz. Bueno, las múltiples arrugas en su nariz.

—Déjame conseguirlo para ti.

Exactamente quince segundos después, el antiguo guardián del Sr. Cordero estaba de pie en el marco de la puerta, sosteniendo la puerta abierta de par en par y haciéndonos gestos para que entráramos.

—Te verá ahora.

El gerente general de los Pipers estaba sentado detrás de su escritorio cuando entramos, Kulti delante de mí, todavía sosteniendo mi mano. Sabía cómo sería, y no encontré una razón en mí para que me importara. Ni siquiera un poco. El alemán tomó el asiento más alejado de la puerta. Tomé el otro, mirando a Cordero, que parecía completamente tranquilo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó el hombre con una expresión desagradable.

—Tomaré el trabajo si la dejas jugar los próximos dos partidos —Kulti fue directamente a ello y lo dijo.

Mi cabeza giró para mirarlo boquiabierta. ¿Qué?

Aparentemente, no fui la única sorprendida por sus palabras. Los ojos de Cordero se agrandaron.

—¿Lo harás?

—Con dos condiciones. La primera es que la dejes jugar —declaró él serenamente.

El hombre más viejo de la habitación pareció pensarlo, casi estupefacto.

—¿Ese es tu compromiso?

—Una parte de él.

Él no quería tomar el trabajo. Me lo había dicho. ¿Qué demonios

estaba haciendo?

—Rey —susurré.

El alemán se volvió para darme otra mirada; esa mirada que me recordó que había prometido confiar en él.

Maldición.

—¿Sí o no? —le exigió a Cordero.

—Yo… —tartamudeó—. No puedo tenerlos a ambos en la cancha al mismo tiempo. Han habido quejas de otras jugadoras…

El Rey levantó una mano y me lanzó una mirada larga y significativa que no entendería hasta que terminó de hablar.

—Me sentaré en el banquillo en los dos partidos —ofreció, mirándome mientras lo hacía.

Por ese breve momento, el tiempo se detuvo.

Cordero no tenía idea de lo que acababa de salir de la boca de Kulti. Escuchó las palabras, pero no entendía el significado detrás de ellas. Escuché las palabras y entendí, pero… pero…

—No —le dije.

No rompió ni una vez el contacto visual conmigo, confirmando que quería que realmente entendiera lo que estaba implicando, lo que quería que entendiera.

—Sí.

—Rey. No sabes lo que estás haciendo.

El alemán me miró con dureza, su rostro intenso y sereno al mismo tiempo.

—Nunca he estado más seguro de nada.

Oh, maldito infierno.

—¿Te *sentarás* en el banquillo para dejarla jugar? —preguntó Cordero sorprendido, obviamente no tan ajeno como había pensado.

Para que Kulti se quede fuera de un juego…

Sin dudarlo y aún mirándome directamente, le dijo al gerente general de los Pipers.

—Sí. ¿Tenemos un trato?

El otro hombre pareció pensar solo en su respuesta por un minuto.

—Bien. Tienes un trato siempre que tu próxima demanda no sea absurda.

No pude evitar mirar a Kulti. Todo mi cuerpo estaba centrado en él, en sus palabras, en su rostro y en esa hinchazón en mi pecho que quería apretar mis tubos vocales hasta que estallaran.

—Bueno. La otra cosa que quiero es que eches un vistazo al contrato de Sal. La voy a comprar y necesito saber por cuánto escribir el cheque —explicó la salchicha alemana. Antes de que pudiera discutir, se aseguró de que supiera que estaba hablando conmigo y no con el gerente general—. No discutas. Lo harías por mí.

—Solo porque lo haría…

—Haría cualquier cosa por ti.

Ahh, mierda.

Elevé mi sentido común en el aire y sostuve mis ovarios imaginarios en sacrificio. Mi corazón palpitó un latido que nunca antes había conocido. Iba a tener un ataque al corazón a los veintisiete. Santo cielo.

Kulti iba a quedarse sentado en el banquillo en los últimos dos partidos y quería comprar mi contrato para mí.

No sabe lo que dice. No sabe lo que está haciendo, me repetí a mí misma, haciendo mi mejor esfuerzo para no perder la cordura en ese momento.

—Cordero, ¿tenemos un trato?

Ninguno de nosotros miraba a la comadreja, así que ambos nos perdimos su ceño fruncido y la mirada incrédula en su rostro. Por mucho que este viejo idiota fuera esencial para lo que estaba sucediendo en ese momento, no se sentía así. Éramos Kulti y yo, y Cordero era solo ruido de fondo para llegar a donde nos dirigíamos.

—¿Quieres comprar su contrato? —La risa de Cordero tenía una mordacidad en ella—. Adelante.

Si no hubiera estado tan aturdida por lo que Kulti había implicado, podría haberme ofendido por la facilidad con la que este idiota me vendió.

—*No juntos* —se burló Cordero por lo bajo.

De lo que me di cuenta más tarde fue que podría haber discutido con él y defenderme. Podría haberle dicho que nunca había pasado nada entre Kulti y yo. Al menos, antes de que fuéramos a su oficina, él nunca había sido más que platónico hacia mí. Paternal, fraternal, amigable, Kulti había sido todas esas cosas a lo largo de nuestra amistad. Pero, ¿qué sentido tenía tratar de convencer a alguien que creería lo que quisiera creer de otra manera?

Lo más importante en ese punto, no podría haberme importado menos lo que un pequeño imbécil pensara de mí.

Porque Kulti había dado a conocer una cosa en los minutos que pasaron justo antes de que se ofreciera a comprarme a los Pipers.

Fue lo más sorprendente, lo más inesperado, lo más surrealista de la historia.

Él me…

No podía decirlo. Ni siquiera podía pensar que él podría tener sentimientos reales por mí.

Santo cielo.

Obviamente, estaba loco y completamente equivocado. Sí, estaba loco. Eso era todo.

Lo miré en los minutos que siguieron, solo escuchando débilmente lo que sucedía entre los dos vejestorios en la habitación. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿En qué estaba *pensando*?

—Me contactaré legalmente más tarde con usted, Srta. Casillas —me espetó la voz de Cordero y me sacó de mi trance.

Traté de pensar en lo que había estado diciendo antes de irme y estaba bastante segura de que el departamento legal me llamaría para firmar el contrato que me liberaría de los Pipers.

Ni siquiera tenía un equipo esperándome con los brazos abiertos todavía.

Oh, Dios. Lo resolvería. Todo saldría bien.

—Esperaré su llamada —dije distraídamente, poniéndome de pie cuando el alemán lo hizo.

—Estoy extasiado de que hayas decidido unirte a nosotros el año que viene —dijo Cordero cuando salíamos de su oficina.

Kulti no dijo nada. Eso envió señales de advertencia en mi

cabeza, que alejé hasta que estuviéramos en un lugar donde podía preguntarle qué demonios estaba pensando al aceptar firmar otro contrato. El silencio fue nuestro compañero al salir del edificio. No me tocó. No me dijo cuánto se preocupaba por mí. Ni siquiera dijo explícitamente que le gustaba.

Pero supongo que ya había hecho suficiente. ¿Correcto?

Llegamos a mi auto y entramos antes de que me rompiera.

Girándome cuidadosamente en el asiento para mirarlo de frente, el costado de mi muslo derecho contra el respaldo, reuní mis palabras y las ordené mientras él me observaba todo el tiempo. Cuando estuve lista, me di una charla inspiradora y lo miré a los ojos.

—Mira, eres mi mejor amigo, y estoy muy agradecida de tenerte en mi vida, pero tú no… —No podía decirlo. No podía.

—¿Yo no qué? —preguntó en un tono frío, con esos ojos claros penetrantes.

—Sabes qué.

Él parpadeó.

—No. Dime.

Sí, no va a pasar. Ni siquiera pude poner la palabra en la misma oración con su nombre.

—Sé que te preocupas por mí, pero no tienes que hacer todo esto. Puedo pensar en algo más. Es demasiado.

El alemán cruzó los brazos sobre su pecho, su expresión implacable.

—No es demasiado, no por ti.

Ahí íbamos de nuevo. Dulce Jesús.

—Rey, por favor. No digas cosas así.

—¿Por qué?

—Porque le da a la gente la impresión equivocada.

Esos ojos como joyas se redujeron a rendijas.

—¿Qué impresión es esa?

—Sabes qué impresión da.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. —Querido Dios, si esta amistad continuaba, probablemente tendría pérdida prematura de cabello en poco tiempo.

—No es una impresión. No me importa lo que piensen los demás cuando es verdad.

Oh, diablos.

—Rey, para. Solo para.

—No. —La expresión en su rostro era decidida—. Eres lo más honesto y bueno que he tenido. No se lo negaré a nadie.

Querido Dios. El pánico inundó mi vientre.

—Soy tu amiga. —Sonaba tímida, al borde del pánico.

Su frente estaba tan suave como siempre. Kulti parecía más tranquilo y sereno de lo que nunca lo había visto. No había rastro de ira o frustración en él. Era sombrío, serio y aterrador.

—No. Significas mucho más para mí, y lo sabes.

Abrí la boca y la cerré, y de repente ya no pude estar en el pequeño auto con él. Necesitaba salir. Afuera. En ese preciso momento. Ese instante. Necesitaba salir. Aire fresco, necesitaba aire fresco.

Así que hice exactamente eso. Salí del auto y cerré de un portazo detrás de mí. Me agaché en el suelo con la cabeza entre mis manos. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico o un ataque de mierda; no podía decidir cuál. Mi corazón latía una milla por segundo y estaba en cuclillas, tratando de convencerme de no morir de un ataque cardíaco repentino a la edad de veintisiete años.

Este fue como el mejor sueño y la peor pesadilla, todo en un hermoso paquete.

Me encorvé más y presioné las palmas de mis manos contra mis ojos.

El sonido de la puerta del pasajero abriéndose y cerrándose me advirtió que mi paz temporal estaba a punto de terminar. Segundos después sentí que el único hombre, la causa de por qué estaba perdiendo la cabeza, se desplomaba frente a mí. Sus rodillas golpearon las mías mientras sus manos se apoyaban sobre mis hombros, dándoles un ligero apretón.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora de repente? —chillé.

Sus manos acariciaron la línea de mis brazos para detenerse en mis codos.

—No seré la razón por la cual tu carrera fue manchada —explicó.

¿La razón por la que mi carrera fue manchada?

Oh. *Oh.* Fui quien lo dijo desde el principio: no importaba lo que pensaran los demás, siempre y cuando ambos supiéramos que no habíamos hecho nada. Podría ir a mi tumba sabiendo que no había fraternizado con mi entrenador. Oh, Dios mío.

—Quería esperar hasta que terminara la temporada. No quería apurarte. Unos pocos meses no son nada en comparación con el resto de mi vida, *schnecke*. —Kulti asintió, sus cejas se arquearon medio centímetro cuando el reconocimiento me golpeó—. No tienes idea de lo que me hizo el día de tu conmoción cerebral.

Su rostro se inclinó a la vez que su expresión se volvió grave.

—Pensé que tu cuello estaba roto. Fue la cosa más aterradora que he experimentado. Franz llamó y preguntó cómo estaba mi *schnecke*.

»Mi schnecke. Mi pequeño caracol, ¿sabes que eso es lo que significa? Es un término de afecto en mi país. Mi amor. Mi caracol. No quiero perder más tiempo. No tengo nada que ocultar y tú tampoco.

Incliné mi cabeza hacia atrás, mi garganta completamente expuesta y suspiré desesperada.

—Por favor, no digas cosas así.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Somos amigos. Dijiste que era tu mejor amiga, ¿recuerdas? Puedes amarme pero no estar ena… —No podía decirlo. Cerré la boca y le di una mirada exasperada.

—Puedo y lo estoy. Cuando amas algo, haces lo que sea necesario para protegerlo, ¿no es así? —Inclino la cabeza hacia abajo, asegurándose de que nuestros ojos se encontraran.

Todo lo que pude hacer fue mirar e hiperventilar.

Él asintió, sus grandes manos masajeando mis brazos.

—Se supone que debes decir, "*Oh, sí*".

Podía sentir mi labio inferior temblando cuando sus pulgares frotaron la parte sensible en la curva de mi codo.

—Estás delirando.

—No lo estoy. —Kulti inclinó la cabeza hacia abajo, cara a cara como había estado conmigo cuando me desperté de mi conmoción cerebral—. Entiende, te esperaría por el tiempo que me necesitaras, pero espero que no me pidas que espere más que el final de esta temporada.

El pánico me hizo apretar la garganta. Esto era demasiado.

—Tengo una opción en esto. No lo sé…

—Lo sabes, Sal. Es por eso que peleamos y nos reconciliamos. Por qué siempre pelearemos y nos reconciliaremos. Fuiste tú quien me dijo que peleabas con las personas que más amas, ¿recuerdas? Tú y yo peleamos todo el tiempo, ¿ves?

Esas grandes manos dejaron mis muslos y antes de que pudiera preguntarme a dónde iban, aterrizaron en mis mejillas. En una fracción de segundo, inclinó mi cara un poco hacia abajo y estábamos cara a cara, su aliento en mi cara. Esos increíbles ojos color avellana estaban más cerca de lo que nunca habían estado.

Entonces me besó. Inesperadamente, de la nada, repentino como un ataque al corazón.

El sueño de una Sal adolescente y el sueño de una Sal de veintisiete años, se convirtió en uno.

Reiner Kulti, mi alemán, mi pan integral de centeno, presionó sus labios contra los míos. Los mismos labios que había besado un mínimo de cincuenta veces en los carteles que una vez habían estado en mi pared. Su boca fue cálida y casta, apretando, pellizcando, una, dos, tres, cuatro veces. Besó una comisura de mi boca, luego la otra.

Santa madre de Dios, fui una fanática de esos besos de comisura.

Abrí la boca un poco y le devolví el beso. Nuestros besos fueron un poco más abiertos que cerrados. Cinco, seis, siete, ocho veces me dejó presionar mis labios contra los suyos. Me dejó ser la que le devolviera el beso. Nueve, diez, once veces, justo debajo de sus labios, en una barbilla que no había recibido el memorando que se había afeitado esa mañana.

Su respiración se agitó en su pecho mientras se retiraba, con los ojos cerrados, la boca firme y apretada.

Mi corazón corrió, corrió y corrió. Sin pensarlo, puse mi mano sobre su pecho y sentí. Sentí el furioso golpeteo debajo de todo ese músculo y hueso, como el mío. Emocionado, trotando, corriendo, tratando de ganar como siempre.

Amaba a este hombre.

Claro, me hacía una idiota y amarlo no necesariamente significaba nada, especialmente cuando no estaba segura de que Kulti no estuviera drogado, pero…

Pues diablos. La vida se trataba de arriesgarse. Ir por lo que querías para no llegar a vieja y tener páginas de arrepentimientos. A veces ganabas y a veces perdías, por mucho que lo odiara.

Sus pulgares se clavaron en el lugar suave entre mi mandíbula y mis orejas, colocando un dulce beso más en mi mejilla que sentí debajo de mi piel.

—Dos partidos más.

Dos partidos más.

Las palabras me hicieron retroceder. ¿Qué estaba haciendo? *¿Qué demonios estaba haciendo en el maldito estacionamiento de los Pipers*?

Afortunadamente, decidió dar un paso atrás en ese momento. Sus labios estaban rosados, sus ojos vidriosos. Sus fosas nasales se ensancharon mientras me miraba detenidamente.

—Vamos, ¿sí? Cada día esto se vuelve más difícil.

Asentí, tratando de sacudirme el estupor que se había apoderado de mí. *Contrólate*.

Subimos al auto y me froté la cara con las manos antes de arrancarlo.

Concentrarme. Lo que tenía que hacer era concentrarme.

Veinticinco

Traducido por Lucy_Sky
Corregido por Flochi

—¿Dónde está el entrenador Kulti? —escuché preguntar a una de las chicas en los vestidores esa tarde, mientras nos preparábamos para dirigirnos a la cancha para el inicio del partido de las semifinales.

—Ni idea —respondió alguien más.

Me mantuve cabizbaja y seguí estirándome. Además de Gardner, probablemente yo era la única que tenía idea de que Kulti estaba sentado en las gradas de incognito. Había tomado la sabia decisión de deshacerse del gorro que usaba todo el tiempo, y en su lugar usaba una gorra blanca de Corona que yo había tomado del camión de mi padre hace años.

Con una camiseta lisa, jeans y zapatos tenis, me sentí bastante segura de que nadie tendría idea de quién era. Cuando llegamos al estadio, no parecía preocupado por sentarse solo, rodeado por personas que muy probablemente causarían disturbios si supieran quien era él

Habíamos llevado su auto y su conductor al estadio por insistencia suya. Se suponía que recogería un boleto que alguien le había conseguido en la entrada principal. Justo antes de que comenzara a caminar hacia la entrada de los jugadores me había preguntado:

—¿Tus padres estarán aquí?

Como si mi papá fuera a perderse unas semifinales. Ja.

Una vez que llegué a los vestidores, Gardner miró a las chicas.

—Escuchen, cambio rápido a la formación inicial: Sal, tú entras. Sandy, te sentarás en la banca en este —gritó.

No me perdí el feo gemido que salió de la boca de la otra jugadora. Segurísima que mantuve mi rostro tranquilo, un talento que había copiado del maestro Kulti. La verdad era que no me había calmado ni siquiera un poco.

Estos imbéciles iban a ponerme en la banca por jodidas “razones políticas”. Claro que apestaba para Sandy que ahora no iba a jugar, pero claro que no era mi problema. Con excepción de las dos veces que había sido puesta en la banca y la cosa de mis costillas y

contusión, había jugado cada partido de principio a fin. Me había ganado mi lugar. Además, la mía no era la única posición delantera que Sandy pudo haber tomado. Me había partido el trasero para obtener lo que tenía, en la cancha y fuera de ella. Además de eso, ella solo tenía veintidós años. Había muchas cosas por las que me permitiría sentirme culpable, pero jugar en una semifinal en lugar de ella, no era una de esas cosas.

Desde el otro lado de los vestidores, vi a Jenny mirando en mi dirección, pero seguí sin cambiar mi expresión facial. Gardner repasó algunos detalles y jugadas que quería tuviéramos en mente al enfrentarnos contra las New York Arrows.

Un pensamiento prevaleció: Preferiría hacer una docena de conferencias de prensa y mudarme a Brasil que ser transferida a Nueva York.

Incluso podían ser conferencias de prensa como la que había hecho al inicio de la temporada.

Lo que finalmente me hizo preguntarme después de todos estos meses… Sheena nunca había dicho nada más sobre eso o sobre el video que había planeado sacar después de la conferencia de prensa del infierno. ¿Qué había pasado con eso? Me preocuparía por ello más tarde, por ahora mi único punto de enfoque eran las Arrows de Nueva York y su tonta capitana, Amber.

Ni siquiera había empezado a temer verla con todo lo demás pasando. Incluso ahora que finalmente lo había recordado, seguía sin importarme una mierda. En todo caso, me dio mucha más motivación el barrer el césped con su llorón y oscuro corazón.

Podía hacer esto.

Cerré mis ojos y me relajé. Todos tenían su propia manera de prepararse mentalmente para los juegos. Yo, tenía el don de dejar ir las cosas y aclarar mi cabeza. No necesitaba música para animarme. Solo visualizaba nuestro juego y me tranquilizaba.

—Es hora, Sally. —Harlow me tocó el codo.

Abrí mis ojos y le sonreí, golpeando la que tenía que ser una de las nalgas más firmes en el mundo, y caminé junto a ella todo el camino hacia la cancha.

—Después tienes que decirme cómo volviste a entrar —susurró en mi oído.

Golpeé su trasero una vez más, pero fue más porque estaba tan

sorprendida de cuán musculosa era, que por cualquier otra cosa.

—Magia.

Magia sería la mejor manera de describir como transcurrió el partido.

"Total y completa aniquilación" serviría también.

Desde el momento en que salimos a esa cancha, lo sentí en mis venas y en mi piel, podría jurar que estaba en el aire. Había más personas en las gradas que nunca. Al final de la cancha estaba el equipo de Nueva York. Hicimos algo de estiramientos de último minuto, Gardner nos llamó para otra rápida charla motivacional y entramos a la cancha.

En los primeros cinco minutos, Grace anotó un gol.

Tres minutos después, con un salvaje cabezazo de una de las chicas que no me había dicho ni una palabra en más de un mes, me lancé en el aire y con una patada de tijera pateé la pelota, los pies sobre mi cabeza. Fue Harlow corriendo hacia mí quien me dijo que el balón entro a la portería marcando otro gol. En cuanto me levanté, tuve sus brazos alrededor de mis rodillas y me sostenía en alto, saltando arriba y abajo.

Seguía en sus brazos cuando los vi en primera fila. Estaban de pie gritando, la gorra blanca de Corona tenía un asiento en el centro del campo con un hombre de aspecto familiar, llevando una camiseta con mi número. Junto a esa camiseta había otra de las mías, más pequeña y en un color diferente. Kulti, mi papá y mi mamá.

Una segunda corriente llenó mi pecho. No estaba segura de cómo lo había hecho, definitivamente no tenía idea de cómo había conseguido esos asientos, y parte de mí no quería saber. Pero estaban juntos. Tres de las personas que más amaba en el mundo, y actuaban como si acabaran de ganar un millón de dólares. Sin ninguna duda en mi mente, supe que Marc y Simon estaban por ahí en alguna parte, animándome.

En el segundo tiempo, Nueva York anotó un gol justo desde arriba.

Una de las Pipers anotó un gol después de eso, llevando el marcador 3-1. Por algún loco milagro, me escabullí por la esquina de la cancha y acepté un pase de Genevieve. Ni siquiera entendí como el balón llegó a mí, pero clavé una patada tan fuerte como pude. Mi enojo estaba alimentado por el empujón y el "zorra" que Amber me

había dicho hace un minuto. Estábamos pateando traseros así que podría llamarme zorra tanto como quisiera.

Terminamos el partido con un gol de último minuto que tuvo a nuestros fanáticos saltando de sus sillas celebrando como locos. Claro, el estadio no estaba tan lleno como en los partidos de futbol masculino, pero no importaba. Los fanáticos que teníamos eran más que dedicados y eso lo compensaba con creces.

La siguiente hora pasó en un borrón de abrazos y felicitaciones, y Gardner parloteó sobre lo bueno y lo malo en esos noventa y cinco minutos. Me duché y salí de ahí tan rápido como pude, sin ganas de ver a nadie más que a esas tres personas en la audiencia.

Salí recibiendo los choques de manos y palmadas en el trasero a algunas de las jugadoras en mi camino hacia afuera, había equipos de camarógrafos y periodistas preparados, luces brillantes, micrófonos listos.

—¡Sal!

—¡Sal!

Calcetines de chica grande puestos.

—Hola —los saludé con una sonrisa preocupada, dando un paso atrás cuando cuatro micrófonos fueron empujados en mi cara.

—Felicidades por la victoria, ¿puedes decirnos cómo lograron las Pipers hacer eso?

Lo resumí para ellos: trabajo en equipo, gran defensa y pensamiento rápido.

Hubo más y más preguntas. Lo que pensé de esto y aquello.

Y entonces…

—¿Dónde estuvo tu entrenador asistente esta noche?

—No me lo dijeron —contesté.

—¿Los rumores sobre una relación inapropiada entre ustedes dos está afectando tu juego? —preguntó alguien más.

Me ericé por dentro, pero por fuera sonreí.

—Me distraería si hubiera algo por lo que distraerse, pero mi único enfoque esta temporada, como cualquier otra temporada, ha sido ganar. Eso es todo.

—¿Así que estás negando que hay algo entre tú y Kulti?

Estoy enamorada de él, y él cree que siente algo por mí, pensé dentro de mí, pero en su lugar dije:

—Él es mi mejor amigo y mi entrenador. Eso es lo único que voy a confirmar.

Todo lo que obtuve fueron caras en blanco de las personas esperando por algo más dramático. Si solo hubieran estado cerca cuando recibí y di los más dulces besitos del mundo del hombre en cuestión.

—Gracias por venir —dije pasando junto a los otros miembros de la familia y fanáticos que estaban esperando junto a la prensa. Estreché algunas manos, di algunos abrazos y saludé a las personas que reconocí.

Fue la maldita gorra blanca Corona lo que vi primero, tan lejos de los medios como era posible; junto a él, estaban mis padres, Marc y Simon. Fue papá quien me vio acercarme primero. Vino corriendo hacia mí, su rostro resplandeciente. Papá me tomó en un fuerte abrazo y me dijo las palabras que usaba cada vez que lo hacía excepcionalmente orgulloso.

—Pudiste haber anotado al menos dos goles más.

—La próxima vez —acordé, abrazándolo en respuesta.

Mi mamá fue la siguiente.

—Ya no quedas tan vulnerable. Buen trabajo.

Finalmente, después de que mamá me dejara ir, Kulti dio un paso adelante antes de que Marc o Simon pudieran hacerlo. Puso una mano en mi hombro, sus ojos manteniéndose firmes en los míos y solo el más pequeño rastro de una sonrisa en su rostro.

—¿Sí, oh, sabio? ¿Qué palabras de consejo tienes para mí?

Esa pequeña sonrisa floreció.

—Tus padres lo dijeron todo.

—*Buenas noches, amores.* —Mi mamá nos dio las buenas noches a papá y a mí antes de desaparecer dentro de mi habitación. Mis padres iban a pasar la noche.

Papá se inclinó contra el sofá y sorbió de la cerveza que había comprado en nuestro camino a casa. Nuestro grupo de seis había salido a comer inmediatamente después del partido. Esperó hasta que la puerta del dormitorio se cerrara antes de decir:

—Ahora, ¿puedes decirme por qué Kulti no estuvo de entrenador esta noche?

El hecho de que hubiera pasado casi cinco horas para finalmente romperse y preguntar por qué el alemán se había sentado en las gradas fue impresionante. Tenía que darle crédito por aguantar la pregunta por tanto tiempo cuando tenía que estar carcomiéndolo por dentro.

—Sí.

Suspiró, y tuve que luchar contra el impulso de tomar la botella y tomar un trago.

—Se sentó hoy para que yo pudiera jugar. También estará fuera en la final para que también entonces pueda jugar —expliqué lentamente—. Las otras chicas se han estado quejando sobre como él juega con favoritas, así que… —De pronto, el último mes de mi vida cayó de nuevo sobre mis hombros y todo lo que pude hacer fue encogerme impotente.

Papá me miró y luego me miró un poco más. Uno de sus párpados comenzó a temblar un poco.

—Dime qué pasó.

Lo hice. Le dije sobre cómo me autorizaron a jugar, pero cómo inicialmente dijeron que estaría en la banca.

Papa bebió la mitad de la botella en respuesta. Parecía listo para estallar. Si alguien entendía la magnitud del significado de las acciones de Kulti, era él.

—Sal…

—¿Sí?

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—No lo sé.

Me miró.

—Sabes lo que tienes que hacer.

—No lo sé.

—Sí sabes.

Dios, ¿así era como se sentía hablar conmigo?

—Papá… yo… no lo sé. Ni siquiera sé que pensar sobre todo esto. Estamos en ligas completamente diferentes. Yo soy yo; él es el. Nunca funcionaría.

Asintió, serio.

—Lo sé. Eres demasiado buena para él, pero te he enseñado mejor para ser tan engreída.

Oh, Dios. ¿Por qué me molestaba? Empecé a carcajearme.

—Eso no es a lo que me refiero y lo sabes. Jesús.

Me sonrió y presionó el frío cristal de la botella de cerveza contra mi rodilla.

—¿Sabe sobre tu pequeña obsesión?

Le di una mirada de "¿Estás bromeando?" que lo hizo reír en respuesta.

—Quiero verlas.

—¿Ver qué?

—Tus alitas de pollo —dijo inexpresivo.

Gemí.

Lo llevó a otro nivel cuando comenzó a graznar.

—Siempre supe que estabas loco.

Papa resopló.

—Pensé que eras un tigre, *hija mía*.

Y fue ahí. Deja a mi papá traer a colación exactamente lo que me había estado preocupando. ¿Realmente había perdido mis agallas?

—No sé cómo decirle. Ni siquiera sé por qué piensa que siente algo por mí, papá. ¿Qué se supone que debo hacer? Está haciendo y diciendo todas estas cosas, cuando nunca siquiera me ha dado la idea de que piensa en mí como algo más que como una amiga. ¿Qué se supone que debo hacer?

Me dio esa mirada que decía que no estaba impresionado de que pidiera su opinión.

—¿En serio quieres que te diga?

Asentí.

—Cuando conocí a tu madre, sabía exactamente quién era ella. Todos lo sabían. Te lo he dicho antes, no hablé con ella primero, ella se me acercó. —Papa sonrió suavemente con el recuerdo—. No tenía nada que ofrecerle. Ni siquiera terminé la preparatoria y tu madre era la hija de *La Culebra*. Sin importar cuántas veces le dije que podía encontrar algo mejor; nunca se fue. Si a ella no le importaba que nunca seríamos ricos, entonces, ¿por qué debería alejarla? La amaba y ella me amaba, y cuando tienes amor, encuentras una manera de hacer que las cosas funcionen. —Presionó la botella contra mi rodilla de nuevo—. *Tú* puedes tener lo que quieras en el mundo. Cualquier cosa que hayas querido, que hayas trabajado por ello, y sé que sabes eso. "Puedo y lo haré," ¿recuerdas?

»También, te diré esto. Supe que algo estaba pasando cuando te presentaste en la casa con él. Ningún hombre va a ir a visitar a tu familia porque esté aburrido. Nadie pasaría tanto tiempo contigo si no quisiera más, y mi cumpleaños fue hace meses, Salomé. —Apuntó a su corazón—. Piensa con tu corazón, no con tu cabeza. Nunca he sabido que no aproveches cada oportunidad que se te ha presentado. No empieces a dejarlas ir ahora.

Veintiseis

Traducido por Yobs, AstraBasha & Joss_P
Corregido por Flochi

—¿Dónde está el entrenador Kulti?

—Está tomándose un tiempo de descanso por el resto de la temporada —respondió Gardner antes de alejarse.

Estiré mis brazos por encima de mi cabeza para realmente estirar los músculos de los hombros que siempre estaban molestándome. Mientras fingía no estar escuchando al grupo hablando a unos seis metros de distancia.

—Ha estado aquí toda la temporada y *ahora* ¿decidió tomarse un tiempo de descanso?

—No me sorprende.

—No puedo creerlo.

—¿En serio?

—Apuesto a que Sal sabe que está pasando.

—Duh, ella lo sabe. Estoy segura que pasaron la noche juntos.

Un par de compañeras se rieron tontamente. Zorras.

—Saben, escuché que fue a la oficina de Cordero y le dieron un ultimátum: Que dejara de verlo o la transferirían.

—¡No puede ser! ¿Qué dijo ella?

—Oh, no tengo idea pero creo que es por eso que planeaban dejarla en la banca en la semi-final la otra noche. Si esa hubiera sido yo y me dijeran que no estaría jugando, no sé qué hubiera hecho. Pero no Sal, ella solo se quedó ahí. No la vi ni parpadear.

—Ni de broma. Ella nunca está molesta; creo que no siente nada. Sé que nunca la he visto llorar.

Sí, seguía sin mirar.

—Yo tampoco. Su vida entera gira entorno a jugar. Es un robot o algo.

Y esa fue mi señal para bloquear al grupo. Para bloquear a cada chica que en algún punto u otro ayudé, incluida Genevieve.

Un robot. Creían que era un robot.

Tomé un respiro.

Todo estaba bien.

Solo quedaba un partido más. Eso era todo. Pasar por cinco prácticas más hasta que la temporada terminara.

¿Cómo era ese dicho? Cuando la vida te da limones, ve a un puesto de tacos.

Cuando llegué a la entrada vehicular ese día, había una bicicleta de montaña a un lado y junto a ella estaba el alemán. No había señales del Audi.

—No sabía que estabas aquí —dije, saliendo del coche—. Ya tomé una clase de yoga en el gimnasio; de lo contrario habría ido a casa para que hicieras algo conmigo.

No estaba bromeando. Su trasero en la postura de perro boca abajo… Dios me ayudara. Parecía ser una de las únicas cosas que podían animarme últimamente.

Kulti desempolvó dicho trasero mientras se ponía de pie.

—Solo llevo aquí una hora.

De cualquier otra persona, el comentario habría sonado como si estuviera impaciente, pero no parecía ansioso en absoluto.

—¿Viniste en tu bicicleta todo el camino hasta aquí? —pregunté, mirando la bicicleta de montaña negra que nunca había visto antes.

—Sí —dijo, tomando mi bolso—. La compré esta mañana.

Lo seguí por las escaleras y le di las llaves para abrir la puerta. Dejó mi bolso exactamente en el mismo lugar donde por lo general lo dejaba y colocó el sombrero de mi padre en el gancho apropiado. Mi papá había dicho que no tenía permitido lavar ese maldito sombrero Corona.

—Voy a meterme a bañar. Volveré pronto.

En poco tiempo, estaba entrando y saliendo. Para cuando regresé, él estaba en el sofá mirando televisión. Agarré una barra de proteína y me senté en el otro extremo.

Kulti inclinó la cabeza y apartó su mirada de mi cara y bajó más, más y más hasta aterrizar en la camiseta blanca que había puesto sobre un sostén deportivo limpio y luego siguió quemando un camino visual hacia mis muslos. Tomó una respiración rápida que casi me perdí. Esos ojos ámbar volvieron a mi cara.

—¿Qué pasa? —Arrugué la cara, esperando lo peor.

—¿Esas pecas están en todas partes?

Estaba hablando de las pecas en mi pecho y mis estúpidos, estúpidos pezones reaccionaron como si les llamara la atención.

—Umm…

Un tendón en su cuello se flexionó y Kulti me dio lo que podría considerarse una mueca.

—Me comportaré. —Un suspiro tembloroso salió de su pecho y llegó directamente al mío—. Necesito decirte lo que dijo mi abogada.

—¿Son malas noticias? —Con mi suerte últimamente, no esperaba nada diferente.

—No. Revisó tu contrato, elaboró el nuestro y mañana se lo enviará a Cordero con un cheque para comprarte.

Había tantas palabras clave en una oración. Dejar a los Pipers realmente estaba sucediendo. Jesucristo.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Todo terminaría pronto. El recordatorio de que Kulti estaba pagando para sacarme de los Pipers hizo que mi estómago se sintiera un poco extraño. Estaba sucediendo. Oh, hombre.

—Yo…

—No digas nada sobre tu contrato. —Me lanzó una mirada serena—. No tenía idea de cuánto valía, y francamente, fue insultante una vez que me dijo el número.

A él le parecería una calderilla. Bueno, para la mayoría de los atletas profesionales definitivamente no parecería nada. ¿Qué puede hacer uno? Disfrutaba jugando y me ayudaba a llegar a fin de mes con lo que hacía con Marc. No era gran cosa. No necesitaba un auto de lujo, una casa increíble o cosas de marca para ser feliz. Pero fue lo que dijo acerca de cómo lo haría por él si las cosas fueran al revés, lo que

me detuvo de hacer un gran lío. Tenía razón. Lo compraría si estuviera en mi lugar, así que no iba a ser una hipócrita al respecto. Tal vez podría pagarle de alguna manera después.

—¿Tu agente ha tenido noticias de alguno de los equipos? —quiso saber.

Negué con la cabeza.

—No. Me dijo que fuera paciente. Lo más probable es que no reciba ninguna oferta hasta que termine la temporada, así que ya veremos. —Le di una sonrisa valiente que solo sentí en parte—. Voy a tratar de no preocuparme por eso. Si está destinado a ser, así será. Si no, entonces… lo solucionaré de alguna forma. Este no es el fin del mundo.

—No lo es —concordó. Suspiré y decidí cambiar de tema.

—Todas se preguntaron dónde estabas hoy.

Kulti se rio por lo bajo.

—Me sentí mal de no estar allí —dijo con indiferencia, lo que me hizo reír.

—Sí, claro. ¿Qué hiciste en su lugar?

—Compré mi bicicleta y di un largo paseo —explicó Kulti.

Eso me hizo recordar lo que había querido preguntar.

—Oye, me olvidé de mencionarlo, pero ¿a dónde fuiste esos dos días que te perdiste la práctica? Cuando te envié un mensaje de texto y no respondiste. Gracias por eso, por cierto.

—Estaba en casa. —Kulti miró hacia el techo.

—¿Así que solo ignoraste mis mensajes de texto? —El hecho de que ni siquiera trató de mentirme me hizo respetarlo un poco más.

Bajó la mirada para mirarme de reojo.

—Estaba furioso contigo.

Si recordaba bien, había hecho lo mismo cuando estaba enojado con él por portarse extraño frente a Franz y Alejandro. Bah. Me acerqué y le acaricié la rodilla.

—Bueno, como te dije en mi mensaje, lamento lo que dije ese día. Estaba frustrada y no lo decía en serio.

—Lo sé ahora. —Parpadeó—. No eres una persona que se rinde y no te dejaría rendirte de todos modos.

Hablar de esas conversaciones de forma casi consecutiva hizo que mi ojo temblara.

—Entonces no seas un imbécil y me acuses por acostarme con tu amigo.

Kulti hizo una mueca casi arrepentida. Casi.

—Estaba… agitado. No me gustó la idea de que pasaras tiempo con él en secreto. Me molestó.

No estoy segura de por qué me tomó tanto tiempo entender lo que lo había molestado, por qué Franz y yo practicando le molestó tanto. ¿Esto era real? Si no mentía, muchas cosas finalmente tenían sentido. Por qué se mostró tan inflexible acerca de no tener citas con otras personas cuando Sheena lo sugirió. La mueca que hizo cuando le conté sobre mi ex.

—No me gusta la idea de que estés con otro hombre.

No voy a sonreír. No voy a sonreír.

—No me gustaría la idea de que pases tiempo con otra mujer y tampoco me lo cuentes. —Listo, lo dije. Solo lo pensé y lo dije. Todo bien. Aclaré mi garganta, mordí mis dos labios al mismo tiempo y me encogí de hombros—. No hay nada de malo en eso. Pensé que solo estabas siendo un imbécil con Franz. Estoy segura de que no me gusta la idea de que estés con otras mujeres, o incluso que te recuerden a tu ex esposa, si es que puedo decir eso. Sé que no me parezco a las mujeres que generalmente te interesan, ni me visto como las mujeres con las que solías salir, pero lo sabes y todavía estás aquí. Eso tiene que significar algo —dije honestamente.

—No me iré a ningún lado —afirmó.

—Puedes decir eso todas las veces que quieras, pero me dijiste que eres como eres y que nunca vas a cambiar, así que te diré lo mismo. Soy de la manera como soy y nunca voy a cambiar tampoco. No fui creada para un montón de drama, Rey. Todo lo que está sucediendo ahora, esto es todo. Estoy al máximo. Quiero una vida firme y estable. Cuando me comprometo con algo, lo hago con todo. No comparto ni bromeo con la idea de la infidelidad. Eres mi amigo en este momento, pero no quiero que suceda algo que me haga querer seguir adelante con mi vida. No quiero verme obligada a fingir que estos últimos meses no han sucedido. Significas demasiado para mí.

Tal vez esperaba que él se enfadara con lo que dije, pero no lo hizo. En cambio, esa expresión intensa que generalmente tenía en su rostro alcanzó un nivel diferente. Me dio una de esas miradas que me pusieron los vellos de punta.

—Dices eso como si hubiera alguien más en este mundo que quisiera. No tienes idea de lo que siento por ti. —Parpadeó y dijo algo que nunca hubiera esperado—. No hay un área gris para mí en lo que a ti respecta. No comparto y no espero menos de ti.

Yo… ¿qué demonios dices a eso? ¿Qué? ¿Qué podrías decir? Tal vez era algo psicópata, pero no me molestó. Había sido la adolescente que dibujó bigotes en las caras de sus ex novias durante meses cuando aparecían en fotos de las revistas que revisé.

Tragué saliva y miré esa cara ligeramente arrugada, las patas de gallo y las líneas debajo de sus ojos. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Era simple y puro.

—Nunca dijiste o hiciste nada para hacerme saber que me veías como algo más que una amiga —expliqué, asegurándome de estar cara a cara.

El alemán no parecía exactamente tranquilo con mi observación. Se lamió los labios y se recostó contra el sofá, mirándome con una expresión que era en parte irritación y en parte otra cosa.

—¿Qué hubieras hecho si hubiera dicho algo?

¿Qué demonios?

—No te creería.

¿Por qué lo haría? Habíamos sido tan calientes y fríos; nunca entendí qué demonios pasaba por su cabeza.

Levantó las cejas y asintió.

—Ahí tienes tu razón. ¿Qué habría ganado con decirte desde el primer momento que me di cuenta de que estabas destinada a ser mía? Nada. Se supone que debes proteger lo que amas, Sal. Me enseñaste eso. No me desperté un día y supe que no quería vivir sin tu horrible temperamento. Al principio vi mucho de mí en ti, pero no eres como yo en absoluto. Eres tú e iré a mi tumba antes de dejar que alguien cambie cualquier cosa en ti. Lo sé sin ninguna duda. *Esto* —señaló entre nosotros—. Esto es lo que importa. Eres mi regalo, mi segunda oportunidad y voy a apoyarte a ti y a tu sueño. Los protegeré a los dos.

»He estado esperando y seguiré esperando hasta que sea el momento adecuado. Eres mi igual, mi pareja, mi compañera de equipo, mi mejor amiga. He hecho tantas cosas estúpidas que me has hecho lamentar, cosas por las que espero me perdones y veas más allá, pero *esto*, esperar un poco más por el amor de mi vida, puedo hacerlo.

»Eres la persona más honesta, cálida y amorosa que conozco. Tu lealtad y amistad me sorprenden todos los días. Nunca en mi vida he deseado algo más de lo que quiero tu amor y no quiero compartirlo con nadie. No he hecho nada en mi vida para merecerte, *schnecke*, pero nunca te dejaré y no dejaré que te des por vencida conmigo.

¿Y no era esa la razón de todo?

Alguien podría decirte que te amaban todos los días, pero aun así mentir y engañar. O nunca decir esas dos palabras, pero estar allí para ti todos los días y ser más de lo que siempre quisiste o soñaste. No era cálido ni tierno, callado o particularmente amable con los demás, pero era amable conmigo y en mi corazón sabía que me apoyaría cada vez que lo necesitara.

Cuando se fue un poco más tarde, me acosté en mi cama y lloré. Eso fue todo; porque todo parecía demasiado bueno para ser verdad y había cosas que no le había dicho que podrían cambiar lo que sentía por mí.

¿Qué haría si él cambiaba de opinión?

El partido final de las Pipers contra los Ohio Blazers finalmente había llegado y estaba muy nerviosa.

—Vas a ganar, deja de preocuparte.

Solté un fuerte respiro desde mi lado del auto. Se ofreció a que su conductor nos llevara al estadio esa tarde. No tenía que irse temprano, las puertas no se abrían por al menos otra hora; pero Kulti hizo lo que Kulti quería hacer y por alguna razón, quería ir al mismo tiempo que yo.

Vas a ganar.

Tenía mucha suerte de que alguien se preocupara tanto por mi carrera. La mayoría de las chicas solo podrían desear ser tan afortunadas.

Sin embargo, ese era el problema.

A medida que los días pasaban hasta el partido final, estaba cada vez más nerviosa. Kulti no había actuado de manera diferente. No había intentado besarme desde esa tarde afuera de mi auto. Cuando venía a mi casa, hacíamos lo de siempre y en medio de su visita, me preguntaba cómo había estado la práctica. Dos veces salimos y tiramos el balón de un lado a otro, pero eso había sido todo. Excepto por esa noche en la que me dijo cosas que nunca podría haber soñado, había sido el hombre callado con el que estaba acostumbrada a pasar el tiempo. Antes de irse, prometía darme tiempo y espacio para pensar y concentrarme en lo que era más importante: el partido final.

Todavía no podía evitar preguntarme qué pasaría después del partido.

¿Qué pasaba si no lograba entrar a otro equipo? ¿Qué pasaba si me lesionaba? ¿Qué pasaba si me rompía la rodilla en receso? ¿O la próxima temporada?

¿Qué haría yo entonces?

La parte lógica de mí sabía que me estaba volviendo loca por nada. No era totalmente inusual. Cuando estaba ansiosa en situaciones como estas, mi mente juntaba muchas otras cosas para estresarse. Por supuesto, esta cosa entre Kulti y yo estaba en el primer lugar de mi lista.

Todo pesaba en mi pecho como una bomba de tiempo.

Y si.

Y si.

Y si.

Me acarició el muslo juguetonamente con el dorso de la mano.

—Deja de preocuparte.

—No estoy preocupada, solo estoy pensando en cosas.

—Mentiras.

Le lancé una mirada y me apoyé contra el asiento, pensando y estresándome.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Dime qué está mal.

Me mordí los labios y contemplé ese suave pliegue entre sus

cejas, el color de sus ojos, la forma en que las líneas que rodeaban su boca se profundizaban con la preocupación. ¿Cómo podría volver a mi vida si esto entre nosotros no funcionaba? Había sido joven y enojona cuando había estado enamorada del hombre que solo conocía en papel y televisión. No había sido real. Pero esto era real. Este Rey era real y amable cuando no era un gran dolor en el culo.

No podía deshacerme del nudo que tenía en el estómago. Este no era un "y si" con el que quisiera tratar. Así que a la mierda. Tal vez lo mejor que podía hacer es terminar con esta preocupación antes del partido.

—¿Qué va a pasar cuando ya no pueda jugar? —pregunté, metiendo mis manos entre mis muslos para que no pudiera verlas temblar.

Lo escuché moverse en su asiento. El cuero crujió y luego continuó crujiendo mientras se acomodaba.

—¿Qué estás balbuceando?

—¿Qué vas a hacer cuando ya no pueda jugar? Puede que solo me queden unos años por mi rodilla. ¿Qué pasará entonces? —pregunté, con los ojos en el techo del auto porque no había forma de que pudiera soportar ver su rostro en ese momento.

—¿Eso es lo que te estresa? —Su voz fue baja y demasiado tranquila.

—Sí. Principalmente. Además de todo lo demás.

—Sal, mírame. —Dejé caer la cabeza hacia un lado para poder mirarlo mientras hablaba. Con una camiseta blanca lisa con una tilde en ella, jeans desteñidos y su par favorito de zapatos negros y verdes, era casi surrealista. Simplemente empeoró lo que estaba preguntando.

Estaba sentada en el asiento trasero de un automóvil con Reiner "El Rey" Kulti camino al último partido de la WPL, preguntándole si todavía me iba a amar una vez que ya no pudiera jugar. Buen Dios. ¿Realmente estaba trayendo esta mierda ahora? Cambié de opinión. No quería saber todavía.

No quería saber nunca hasta dónde llegaban nuestros límites.

—Sal.

El auto se detuvo. Detrás de la cabeza de Kulti, la ventana mostraba el contorno de la entrada por la que se suponía que debía caminar.

—Estoy estresada, lo siento. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

Me miró durante lo que pareció mucho tiempo, pero fue más que probable que solo unos segundos antes de finalmente darme un asentimiento grave, librándome del agujero que había cavado para mí.

No podía respirar y necesitaba concentrarme. Todavía me temblaban las manos y estaba más nerviosa de lo que había estado desde que era una adolescente jugando en mi primer partido Sub-17. La vida continuaría sin importar lo que sucediera, me recordé. Tragando saliva le sonreí al alemán.

—Deséame suerte.

—No la necesitas —respondió, su rostro aún muy serio.

Cálmate, Sal. Enfócate, enfócate, enfócate.

—¿Me buscas después del partido? —pregunté.

—*Sí.* —Dijo una palabra en alemán que pensé que significaba "siempre", pero no quería pensar realmente en eso.

Le esbocé una sonrisa y salí del auto. Justo cuando estaba a punto de cerrarlo, Kulti dijo:

—¡Concéntrate!

Hay algunos partidos que me sentaré a recordar como si fuera una fanática en las gradas viendo la acción.

El primer tiempo fue lento y nadie anotó. No hubo nada memorable al respecto.

El segundo tiempo, una luz ardía bajo los culos de ambos equipos. Defensa y ofensiva, ambos equipos estaban en ello. El partido tomó un giro para los viciosos cuando fue sacada la cuarta tarjeta amarilla; una fue de Harlow y dos fueron mías. Nos apresuramos, sudamos. Corrimos y luchamos contra los Blazers.

Y en los últimos quince minutos de la segunda mitad, un equipo anotó.

No fuimos nosotras.

No pudimos lograr una retención sólida del balón en ningún momento después de eso.

Y perdimos. Fue así de simple.

Maldita sea, perdimos.

Fue como que tu perro se comiera tu tarea. Perder me recordó cuando estás escribiendo algo en un documento y luego tu computadora se reinicia por sí sola. U hornear un pastel y que éste no levante.

Usar la palabra “aplastar” podría haber sido un poco extremo, pero fue la verdad. Al menos para mí. Fui aplastada.

Ver al otro equipo gritar y festejar, abrazarse…

Honestamente, quería golpear a cada una de ellas en la cara y seguir con un buen llanto. No siempre ganas y esa es la verdad con todo, pero…

Perdimos.

Presioné mis puños cerrados contra los huesos sobre mis cejas después de que el tiempo había terminado. Miré hacia las gradas; la decepción era evidente en los rostros de muchas personas. Tuve que mirar hacia otro lado, ver a nuestros fanáticos me estaba dando dolor de estómago. Las Pipers estaban esparcidas por la cancha, luciendo tan aturdidas como yo. Nadie podía creer lo que acababa de pasar. Definitivamente yo no podía.

Tragué saliva y me di cuenta de que esta era la última vez que estaría en esta cancha.

Se me hizo un nudo en la boca.

Había perdido. Habíamos perdido.

Mi familia estaba en la audiencia. Marc y Simon estaban en la multitud en algún lugar. Mi alemán también lo estaba.

La presión apretó mis pulmones mientras hacía que mis pies se movieran. Me alejaron de los jugadores rivales que celebraban, ajenos al infierno interno por el que estaba pasando. La pérdida fue amarga en mi boca y definitivamente en mi alma. Estreché algunas manos, les di un abrazo a un par de chicas del equipo de Ohio y las felicité por su victoria.

Pero Jesús, fue difícil.

Todos lidian con la pérdida de manera diferente. Algunas personas necesitan consuelo, otras se enojan y otras quieren quedarse solas. Yo era del tipo que necesitaba algo de espacio.

Si solo hubiera sido más rápida, o hubiera llegado a donde me necesitaban en lugar de estar ocupada sacando mi frustración con una jugadora que me había hecho tropezar…

Vi a Harlow con las manos entrelazadas detrás de su cabeza, maldiciendo por lo bajo. Todavía estaba en el mismo lugar donde había estado cuando se acabó el tiempo. Jenny estaba aún más lejos, abrazando a otra Piper que parecía que estaba llorando.

Habíamos perdido.

Y esa pérdida burbujeó en mi garganta.

—¡Sal!

Me rasqué la mejilla y me di la vuelta para ver a una de las jugadoras oponentes caminando hacia mí. Era una chica más joven que había estado sobre mí durante el juego, rápida y creativa con los pies. Reuní una sonrisa para ella, reduciendo mi retiro a un luto total.

—Oye, ¿te importaría intercambiar camisetas conmigo? —preguntó con una dulce sonrisa.

Sí, era una mala perdedora, pero no era un imbécil.

—Claro, claro —dije, tirando de la mía sobre mi cabeza.

—Espero que esto no me haga sonar como toda una idiota —dijo, quitándose la camiseta—, pero te amo.

Acababa de terminar de quitarme el sudoroso top cuando lo dijo y no pude evitar sonreír un poco.

La otra jugadora tenía sus manos sobre su cabeza, con el material alrededor de sus muñecas cuando dejó de moverse.

—Eso salió todo mal. Eres una gran inspiración para mí. Sólo quería decírtelo. He estado siguiendo tu carrera desde que estabas en el equipo sub-17.

Esta chica era más joven que yo, pero tampoco parecía una adolescente. Escuchar que la inspiré… bueno, me hizo sentir bien. No estaba menos frustrada o decepcionada por haber perdido, pero supongo que lo hizo un poco más soportable.

Un poco.

—Muchas gracias. —Le entregué mi camiseta de Pipers—. Oye, tienes un excelente trabajo de pies, no creas que no me di cuenta.

Se sonrojó y me entregó su camiseta roja y negra.

—Gracias. —Alguien gritó algo y ella miró hacia atrás, levantando una mano en señal de "dame un minuto"—. Necesito ponerme en marcha, pero realmente, un gran juego. Nos vemos la próxima temporada.

Próxima temporada. Claro.

—Sí, buen partido. Cuídate.

La melancolía me golpeó fuerte, muy fuerte. *No llores. No llores. No llores.*

No iba a llorar, maldita sea. Nunca lloraba cuando perdíamos, al menos no desde que era una niña pequeña.

—¡Sal! —La voz de mi padre atravesó a otras cientos.

Dos miradas rápidas alrededor, varios gritos más "a la derecha" de su parte y vi a mi familia. La parte superior del cuerpo de papá estaba colgando sobre la barrera, con las manos plantadas para evitar que cayera a la cancha mientras gritaba mientras mi madre y mi hermana estaban detrás de él. Ceci parecía avergonzada.

Resollé y me abrí paso, esbozando una sonrisa que solo podía ser para ellos. Había otras personas gritando mi nombre y saludé con la mano, pero caminé tan rápido como pude hacia mi familia, necesitando salir de la cancha antes de que comenzara la presentación del trofeo del campeonato.

Agarrando los primeros peldaños de la barrera, me levanté para plantar los pies sobre los cimientos de concreto y me puse de pie, envolviéndome en un abrazo en el instante en que estuve de pie.

—No podrías haberlo hecho mejor —dijo papá en español, directamente en mi oído.

No llores.

—Gracias, papá.

—Siempre eres mi jugadora más importante —agregó mientras se alejaba, con las manos sobre mis hombros. Su sonrisa fue triste por un momento antes de apretar mis hombros y hacer una mueca—. ¿Te has estado ejercitando más? Tus hombros son más grandes que los míos.

Eso solo me hizo querer llorar aún más y el ruido que salió de mi boca le hizo saber lo difícil que era este momento para mí.

Mi madre finalmente empujó a mi padre a un lado con un resoplido.

—Jugaste muy bien —dijo en español, besando mi mejilla. Tenía los ojos llorosos y no podía empezar a imaginar lo que pasaba por su cabeza. Nunca decía nada, pero sabía que los grandes partidos como este siempre eran difíciles para ella. Las cosas con mi abuelo eran una herida abierta que no estaba segura de que alguna vez curara.

—*Gracias, mami*. —Le besé la mejilla a cambio.

Me dio unas palmaditas en la cara y dio un paso atrás.

Mi hermanita, por otro lado, se quedó allí parada con su habitual sonrisa inteligente en su rostro, encogiéndose de hombros.

—Lamento que hayas perdido.

De ella, tomaría lo que pudiera obtener.

—Gracias por venir, Ceci. —Le di la mejor sonrisa que pude mientras trataba de lidiar con cómo había decepcionado a todos.

Los ruidos en la cancha eran cada vez más fuertes y supe que tenía que salir de allí lo antes posible.

—Debería irme antes de que empiecen. Te veré mañana, ¿de acuerdo?

Me conocían lo suficiente como para saber que necesitaba la noche para descomprimirme y superar esto. Una noche. Me daría una noche para estar enojada.

Papá estuvo de acuerdo y me dio otro abrazo antes de volver a la cancha y me apresuré hacia la salida que conducía a los vestuarios. Algunas de las Pipers estaban paradas alrededor de la puerta. Algunas lloraban, otras se consolaban, pero eran las chicas que habían estado hablando de mí las últimas semanas. No estaba de humor para lidiar con la basura de mis compañeras de equipo, seguí caminando junto a ellas, ignorando sus miradas tanto como me habían ignorado últimamente.

—¿Qué te dije? Un jodido robot, hombre —la voz de Genevieve se transmitió a través de los muros de hormigón.

Habíamos perdido y no tenía ningún sentimiento. Fantástico.

No llores.

Guardias de seguridad y otro personal salpicaba el pasillo. Estreché algunas de sus manos y dejé que me dieran palmaditas en la espalda. Me sorbí la nariz, dejando que la decepción volviera a atravesarme. Sabía que estaría bien. Este no era el primer gran partido que perdía. Desafortunadamente, fue uno que tomó meses trabajar con tantos obstáculos en el camino, y con Kulti tan predominante en el proceso, parecía mucho más doloroso de lo habitual.

Si solo lo hubiera hecho mejor. Haber sido la jugadora que todos esperaban que fuera.

—*Schnecke.*

Me detuve y levanté la vista. Caminando hacia mí desde el extremo opuesto del pasillo estaba la figura alta y delgada que no estaba segura de querer ver todavía. Había otras jugadoras caminando delante de mí, y él las ignoró mientras intentaban hablar con él. Ni siquiera les dio una segunda mirada, lo cual fue increíblemente grosero, pero me hizo sacudir la cabeza cuando estaba luchando por mi dignidad. Ni siquiera pude subirme mis Calcetines de chica grande.

Kulti se detuvo cuando estuvo a pocos centímetros de mí. Su gran cuerpo era macizo e inmóvil, y su rostro era la máscara perfecta de control cuidadoso que no me dio una pista de lo que estaba sucediendo en su gran cabeza alemana. Solo me hizo sentir más incómoda, más incierta, más frustrada porque no habíamos ganado.

Poniendo sus manos en sus caderas, apretando su camisa contra sus músculos pectorales, parpadeó.

—Tienes dos opciones —explicó, evaluándome—. ¿Te gustaría romper algo o te gustaría un abrazo? —preguntó en un tono completamente serio.

Parpadeé hacia él y luego me lamí los labios antes de presionarlos. Habíamos perdido y aquí me estaba preguntando si necesitaba romper algo o si necesitaba un apestoso abrazo. Las lágrimas se acumularon en mis ojos, y parpadeé más y más mientras mi garganta se obstruía.

—¿Ambos?

Su expresión facial todavía no cambió.

—No tengo nada para que rompas en este momento, pero cuando nos vayamos…

Fue el “nos” lo que me atrapó.

El “nos” fue lo que me convenció de pasarle los brazos por la cintura y abrazarlo tan cerca que más tarde me preguntaría cómo logró respirar. Ni siquiera dudó en pasar sus brazos alrededor de la parte superior de mis hombros, su cabeza se inclinó hacia abajo para que su boca estuviera justo al lado de mi oreja.

—No llores.

Las lágrimas simplemente se derramaron. Mi frustración, mi decepción, mi vergüenza, todo salió. Toda inseguridad estuvo presente.

—Lo siento —le dije con voz llorosa.

—¿Por qué?

Dios mío, mi nariz chorreaba más rápido de lo que era capaz de seguir. Mi corazón roto justo allí en exhibición.

—Por decepcionarte —me obligué a decir. Mis hombros temblaban con hipo contenido.

Su cabeza se movió, su boca se acercó a mi oído. Esos grandes brazos musculosos se apretaron a mi alrededor.

—Nunca podrías decepcionarme. —¿Su voz sonó extraña o me lo estaba imaginando?—. No en esta vida, Sal.

Sí, eso no ayudó en absoluto. Jesucristo. Mi nariz se convirtió en un grifo abierto.

—¿Esto es real? ¿Eres real? ¿Me despertaré mañana y veré que la temporada ni siquiera ha comenzado y que estos últimos cuatro meses han sido un sueño? —le pregunté.

—Es muy real —dijo con esa misma voz extraña.

Qué cosa tan maravillosa y muy triste al mismo tiempo.

Pude oír pasos cada vez más fuertes a nuestro alrededor mientras hacían eco en el pasillo, pero no me importó ni una mierda microscópica que se acercaran y lo que pensaran.

—Tenía muchas ganas de ganar.

Su respuesta fue frotar mi espalda, sus dedos deslizándose debajo de las gruesas tiras de mi sostén deportivo.

—Odio perder —le dije como si no lo entendiera

completamente, presionando mi cara más profundamente entre sus pectorales—. Y piensan que no me importa que hayamos perdido. ¿Por qué alguien pensaría que soy un robot?

Kulti siguió frotando, sus dedos fríos y ásperos en mi piel húmeda.

Me sorbí la nariz. —Y ahora estás atrapado aquí y ni siquiera gané. Lo siento mucho, Rey.

Sus dedos se hundieron aún más debajo de mi sostén deportivo, las costuras reventando en protesta por lo que estaba haciendo mientras su palma estaba al ras contra mi piel.

—No vas a ir a ninguna parte sin mí.

¿Qué, qué? Eché la cabeza hacia atrás lo suficiente como para mirarlo a la cara, indiferente al desastre que tenía que ser.

—Pero dijiste…

El rostro de Kulti fue amable. Sus ojos estaban más brillantes que nunca.

—Tengo mucho que enseñarte, Taco —dijo con un movimiento de cejas—. A menos que tenga algo por escrito, nunca habrá pruebas de un acuerdo para comenzar.

Esta mierda despiadada. Debería haberme sorprendido que le mintiera a Cordero, pero no me sorprendía. De ningún modo. Me reí pero fue una de esas risas que soltabas para no seguir llorando.

—Eres un imbécil. — Pero de todos modos lo amaba.

Su boca se curvó, apenas.

—¿Lista para irnos?

Asentí, me aclaré la garganta ahogada y di un paso atrás.

—Déjame conseguir mis cosas primero. No quiero estar más aquí.

Dudé por un segundo cuando nos dimos vuelta y vimos a algunas de las chicas mirándome. Deben haber sido el grupo que nos acababa de pasar. Esta dura bola de resolución se formó en mi vientre y pasé mis dedos por los de Kulti.

A la mierda. La temporada había terminado. Había terminado, estaba agotada.

Agarré su mano y él sonrió.

Habíamos dado unos ocho pasos cuando preguntó:

—¿Quién te llamó robot? —Con una voz tan dulce y sincera, que fue fácil creer que era una pregunta casual.

Pero lo conocía demasiado bien, y en ese momento, ni siquiera me importaba.

—No importa.

—Importa —respondió en el mismo tono—. ¿Fue la misma jugadora que le dijo a Cordero que me llamaste una salchicha?

Dejé de caminar tan abruptamente que requirió que diera un paso para darse cuenta.

—¿Sabes quién se lo dijo?

—La entrometida. Gwenivere —respondió.

—¿Genevieve? —Tosí.

—Ella.

Mi ojo. Mi ojo se crispó. ¿La jodida Genevieve?

—¿Tu representante te lo dijo?

Asintió.

Tragué saliva. Increíble. Qué perra traidora. Mierda.

—Tu cara dice lo suficiente —dijo, tirando de mí para seguir caminando—. Te espero aquí afuera.

Le sonreí al pequeño grupo y le di un apretón rápido a su palma antes de desaparecer en el vestuario casi vacío. Debería haberme quedado, escuchar a Gardner hablar sobre la temporada, pero no pude. Agarré todas mis cosas, las metí en mi bolsa de lona y me fui. Mañana regresaría y devolvería lo que no era mío. También podría ver a Jenny y Harlow antes que se fueran a casa.

Encontré a Kulti de pie contra una pared dándole a Genevieve y a las otras chicas que estaban junto a la puerta una mirada que podría haber hervido la carne de alguien de inmediato. No iba a preguntarle. Levanté las cejas, y justo antes de que nos marcháramos, le sonreí a las mujeres, eligiendo una sola palabra:

—Adiós.

Tengan una buena vida, añadí en mi cabeza. Tenía grandes esperanzas de que la mía lo fuera.

—Vamos —murmuró Kulti, guiándome a través del grupo de periodistas que abarrotaban la salida.

Los apartó con su hombro y seguí caminando, sin importarme una mierda que debería haberles dicho algo. Pareció tomar un año llegar a su auto.

Me deslicé primero, observando mientras él me seguía, presionando ese cuerpo largo y musculoso contra el mío. Su brazo se deslizó sobre mi hombro mientras se inclinaba hacia mí, asfixiándome con su amplio pecho. Eso fue todo lo que hizo. No me dijo que no siguiera decepcionado o enojado. Kulti no me dijo que todo estaría bien. Kulti siguió sosteniéndome hasta que llegamos al garaje de mi apartamento.

Sin decir palabra, subimos las escaleras y abrió la puerta. Dejó mi bolso en su lugar habitual. Le dije que me iba a duchar. Los siguientes minutos parecieron un sueño borroso y tardé mucho más de lo habitual. Cuando terminé, estaba orgullosa de mí por no haber llorado más de lo que lo había hecho. Quiero decir, los hombres adultos lloraban en el fútbol cuando perdían, habría estado bien para mí llorar a gritos también…

Si yo fuera un bebé.

Ya había llorado lo suficiente en el estadio.

No era el fin del mundo. Realmente no lo era. Seguiría diciéndome eso hasta que lo superara.

Kulti estaba esperando en la cocina cuando finalmente salí de mi baño. Me lanzó una mirada por encima de su hombro mientras sacaba algo de una sartén y lo colocaba en dos platos.

—Siéntate.

Tomando asiento en uno de los dos taburetes del mostrador, me deslizó un plato de verduras mixtas, salchichas en rodajas y arroz. Ninguno de nosotros dijo mucho mientras nos sentábamos juntos a comer. Me sentía sombría y un poco deprimida, y pensé que solo me estaba dando espacio para deprimirme un poco. Tendría que preguntarle otro día cómo lidió con estas cosas.

Cuando terminamos, tomó nuestros platos y los colocó en el fregadero con una pequeña y tensa sonrisa. Fue y se sentó en el sofá, dejándome sola en la cocina. No estoy segura de cuánto tiempo estuve

sentada allí, pero después de sentirme bastante miserable, finalmente me levanté y me dirigí a la sala de estar para verlo sentado en el medio, revisando uno de mis libros de Sudoku de una tienda de un dólar. En cuanto me vio, lo dejó a un lado.

Kulti me llevó a su regazo.

Sucedió tan rápido que realmente no pude concentrarme en nada. Su boca cayó sobre la mía, que ya se había separado con anticipación.

Esa fracción de segundo de anticipación no fue nada en comparación con el hecho real. Su boca era cálida y flexible, dispuesta y exigente mientras arrastraba su lengua por mi labio inferior. Hice lo que cualquier otra persona cuerda habría hecho; abrí la boca. Su lengua sabía ligeramente a la hierbabuena que masticaba a veces mientras se rozaba contra la mía: una, dos, una y otra vez, sedienta y necesitada. Me estaba aplastando contra su cuerpo cuando nuestros besos se hicieron más profundos, más duros, casi dolorosos. Fueron devoradores.

Santo cielo, me encantó.

El juego y la pérdida se convirtieron en un recuerdo y una preocupación para otro momento.

Mis manos alcanzaron sus costados, acariciando sus costillas antes de desplazarse a su cintura. Sus manos tenían mente propia, una fue directamente a la parte posterior de mi cabeza, enterrándose profundamente en el cabello grueso y húmedo que había atado en un nudo. Su otra mano alcanzó mi mandíbula, acunándola. Me tomé el tiempo para chupar su lengua en mi boca, codicioso y egoísta. Era demasiado y no lo suficiente.

No fui la única que lo pensó. Kulti usó sus brazos para abrazarme. Su agarre era desesperado, como si quisiera arrastrarse dentro de mí. Algo grande y duro rozó mi cadera mientras me sostenía. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

Habían pasado años desde la última vez que tuve novio. Habían pasado muchos, muchos años desde que suspendí las relaciones para centrarme en mi carrera. Así que esto era… Ni siquiera lo pensé dos veces antes de hundir mis dedos debajo del dobladillo de su camisa, mis pulgares rozaron la piel suave allí.

¿Qué hizo él? Se apartó de mí, apenas unos centímetros, solo unos centímetros, tirando su camisa sobre su cabeza y poniendo mis manos de nuevo sobre sus costados. Recorrí sus costillas, su espalda y

hombros, sintiendo, sintiendo, sintiendo. Dios, era tan musculoso, sus laterales se ondularon bajo mi toque.

—Hueles a avena, limpio y dulce… —retumbó, chupando el lóbulo de mi oreja en su boca.

No importaba que técnicamente todavía fuera mi entrenador ¿hasta qué? ¿Medianoche? O que fuera una especie de celebridad y recibiera correos electrónicos groseros de sus fanáticos. Lo único que importaba era que él era mi amigo por encima de todo lo demás, y hacía que mi sangre hirviera como ninguna otra persona en el mundo. No podía tener suficiente.

Kulti presionó su pecho contra el mío con un gruñido salvaje, sus dedos pellizcaron el material delgado de mi camiseta sin mangas con frustración. En un movimiento en el que realmente no quise pensar porque fue sin esfuerzo, Kulti tiró de mi camisa y mi sostén deportivo por encima de mi cabeza, arrojándolos a un lado.

Oh, Dios. Oh, Dios. Logré besar su garganta y ese lugar suave donde su hombro se unía con su cuello antes de que retrocediera lo suficiente para mirar mis senos. Su respiración se volvió aún más irregular que antes, lo que era mucho decir para un hombre que solía correr por una cancha de fútbol para ganarse la vida. Tragó saliva, sus labios se separaron y podría haber jurado que el bulto en mi cadera saltó.

El alemán me movió con esas grandes manos, jalándome para montar a horcajadas sus caderas mientras su boca se hundía para atrapar un pezón entre sus labios. Le dio una chupada a la carne. Buen Dios, chupó con fuerza. Gemí. Gemí y me arqueé contra él, frotando el eje duro y grueso acunado entre mis piernas.

Maldijo con su bajo acento alemán antes de alejarse lo suficiente para besar las pecas que terminaban justo encima de mis pezones. No pude dejar de mirar. No pude. Hacía mucho *calor*. Estaba jadeando, él estaba jadeando. Sus manos intentaron rodear mi cintura, acercarme aún más a su boca.

Algo loco, engañoso y tentador atravesó mi cuerpo, y fui a por ello. A la mierda. Mis dedos hurgaron en su cintura, en el botón de sus jeans, deseándolo ahora. Había pasado la mayor parte de mi vida tratando de ser una chica buena, aceptando que no estaba hecha para nada que no valiera la pena. Mientras hundía mis rodillas en los cojines del sofá a cada lado de sus caderas, tratando que me ayudara para desabrochar sus jeans, gimió y empujó sus caderas hacia arriba. Bajándolos, la amplia cúpula de su erección se asomaba debajo de la

banda elástica de su ropa interior.

El gemido que atravesó la boca de Kulti, se mezcló con mi propia suplica salvaje. Mi “Por favor” que sonó como un grito, fue un predecesor para que me abrazara y me acercara. Los vellos cortos en su pecho rozaron mis pezones.

—Por favor —le rogué de nuevo.

Su respuesta fue retroceder una vez más y bajar la cabeza lo suficiente como para poder tomar tanto de un seno en su boca como pudiera. Su mano se deslizó en la parte trasera de mis pantalones cortos y ropa interior, piel con piel, palma con mejilla. Largos dedos se deslizaron hacia abajo y sobre la hendidura de mi trasero, rozando ligeramente un lugar que me hizo saltar antes de que él llegara a donde lo quería. Las yemas de sus dedos se deslizaron sobre los dos labios húmedos, e hice un ruido horrible y maravilloso en mi garganta.

—¿Qué necesitas, *Schnecke*? —preguntó, frotando un dedo en el pliegue entre mi hendidura y el muslo—. Estás muy mojada. ¿Quieres mis dedos dentro de ti?

Estaba a punto de morir.

—Dime. ¿Quieres mis dedos en tu coño caliente? —me preguntó, mirándome con ojos grandes y brillantes que se quedaron sobre mi cara mientras tocaba la piel sensible.

Le rogué dos veces antes de que finalmente deslizara un dedo dentro de mí.

Se sumergió tan lentamente que pensé que me desmayaría antes de que retrocediera. Comencé a gemir, girando mis caderas mientras su ritmo aumentaba constantemente. Su otro brazo se envolvió alrededor de mi espalda para mantenerme cerca, nuestras bocas se encontraron. Nos besamos y besamos, y él movió los dedos una y otra vez.

Fue la cosa más sensual que haya experimentado. Todo lo que pude sentir fue la calidez de su pecho sobre el mío, su brazo a mi alrededor, su boca presionando la mía, su dedo dentro de mí. Sacudí mis caderas y él las meció más rápido, mi aliento entrecortado, rasgándose en pedazos, elevándome más y más.

Alejando su boca de la mía, trazó un camino de besos húmedos sobre mi mandíbula. Sus labios fueron a mi oído, su pulgar acariciando mi clítoris.

—Me perteneces.

La única advertencia que tuve del orgasmo que se acercaba fue un temblor recorriéndome la columna.

Me vine. Me vine, me vine y me vine.

Mis piernas temblaron y los músculos de mi estómago saltaron. Y todo el tiempo, el alemán besó mis hombros y cuello. Me sostuvo, me besó y frotó su mano sobre mi espalda baja.

Después de lo que se sintió como media hora después, pero probablemente fueron sólo unos minutos, me acomodé lentamente apoyando mi trasero en el regazo de Kulti, tomando un par de respiraciones profundas y estabilizadoras. Deslizó su mano fuera de mi ropa interior y en algún punto, acunó mi trasero. Me desplomé hacia adelante y presioné mi frente contra su cuello, sintiendo su pulso latiendo ensordecedoramente. Me aferré a sus costados y pasé mis pulgares de arriba abajo por sus costillas, con su orgullosa erección acunada entre nosotros y una cabeza morada observándome fijamente, goteando.

Deslicé una mano hacia abajo y sobre los músculos marcados de su abdomen, y con el dorso de mis dedos dibujé una línea por la parte inferior de su eje sobre la tela de algodón de sus boxers ajustados. Inhaló bruscamente, sus caderas sacudiéndose bajo las mías. Observé su rostro mientras lo hacía de nuevo, esta vez de arriba abajo, el músculo saltando bajo mi toque. La boca de Kulti estaba abierta, un profundo sonrojo sobre sus mejillas y cuello.

Jalé la cinturilla de su ropa interior hacia mí y deslicé una mano dentro, envolviendo mis dedos alrededor de la carne caliente. Lo que recibí a cambio fue un gemido, y a Kulti inclinando la cabeza hacia atrás mientras hacía la cara más sexy alguna vez vista en la escala de sensualidad. Me incliné hacia adelante y mordí la parte de su garganta entre su manzana de Adán y su barbilla; el alemán hizo un sonido ronco y erótico en su garganta.

Era más grueso de lo que esperaba, más largo de lo que habría imaginado. Suave, duro y caliente. Kulti era perfecto en mi mano. Más que perfecto. Moví mi mano de arriba abajo por la longitud observándome directamente al rostro desde medio metro abajo. Lo apreté mientras lo masturbaba.

Fue más la memoria visual de las cientos de películas de porno suave que de vez en cuando había visto por la noche en el cable lo que me recordó qué hacer.

—¿Se siente bien? —le pregunté, deslizando hacia abajo mi trasero, más sobre sus piernas.

—No tienes ni idea —gruñó, con su cuello tensándose mientras apretaba mi agarre en su base.

Bueno, medio apreté, pero lo que sea. No era momento de discutir.

Con mi corazón golpeando en mi garganta, mantuve una mano a su alrededor mientras me bajaba por sus piernas. Me observó con párpados pesados sobre esos ojos ámbar, su respiración volviéndose más y más pesada hasta que jadeó cuando envolví mi boca alrededor de la punta rosa y levemente púrpura de su cabeza.

—¡Sal! —gritó.

La lengua frotó el frenillo de su pene y una chupada rápida más, y Kulti dejó salir un gemido profundo y furioso que recordaría por siempre, derramándose dentro de mi garganta.

Carajo.

Me senté por completo, envolviendo un brazo alrededor de mis senos mientras me sentaba allí, observando su rostro guapo y sin aliento casi veinte años después de haberme enamorado de él por primera vez. El sol, el tiempo y la vida lo habían hecho más elegante.

El pensamiento pesó en mi consciencia.

Kulti acarició mi brazo con una mano.

—Ha pasado mucho tiempo —se disculpó, trazando un patrón que solamente él veía en mi piel—. Y eres demasiado hermosa para tu bien.

Arrugué mi cara y resoplé un poco, sin permitirme pensar en todas las mujeres atractivas con las que había estado con los años.

Deslizó su dedo índice derecho entre mi clavícula, con una mirada pensativa en sus rasgos que no me hizo sentir mejor. ¿Estaba recordando todos los senos increíbles que había visto en su vita? Qué asco.

—¿Qué estás pensando? —preguntó, la punta de su dedo curvándose sobre los huesos, tendones y cicatrices.

—En todos los senos que has visto antes —le dije con honestidad, mi garganta obstruyéndose con molestia que no tenía el derecho de sentir.

Levantó la mirada más rápido de lo que pensé posible, su boca tensándose en las comisuras.

—Sé que no tengo derecho a decir nada sobre cosas que pasaron antes de conocernos, pero es un poco duro para mí. Si algo no está a la par, piensa en mi patada de tijera. He oído a algunos chicos decirme que es digna de una erección —le ofrecí con una sonrisa.

El ceño en su rostro se deshizo de inmediato.

—Sal.

—Estoy bromeando. Mayormente. —Suspiré y me encogí de hombros. ¿Qué estaba haciendo? Necesitaba decirle la verdad.

Con un suspiro, me paré y me puse el sostén.

Sus dedos tocaron mi espalda baja.

—¿Qué pasa?

¿Qué pasaba? Bah. ¿Por qué no le había contado aún? Necesitaba saberlo. Me hacía sentir un poco falsa después de todo lo que había pasado.

—Necesito contarte algo.

—¿Qué?

Empecé a estirarme por mi camiseta cuando sacó las piernas del sofá y me detuvo con una mano en el brazo.

Enderezándome, metí mis manos entre mis piernas, mi codo apretado a mi costado y mi mirada enfocada en mis rodillas. Intenté pensar en las palabras que había planeado desde que mi papá me acusó de ser una gallina. No sonar como una acosadora fue más difícil de lo que parecía, sobre todo cuando aún podía probarlo en mi boca.

¿Y si…?

Nada de “Y si”. Sólo necesitaba hacerlo. Lo necesitaba.

—Solía tener un enorme enamoramiento contigo cuando era niña —comencé, preparándolo—. Hasta que tenía diecisiete años, había pancartas de ti por todo mi cuarto. —Si ya estamos metidos en esto, mejor hagámoslo bien. Muy bien. Podía hacer esto. La honestidad importaba—. Estaba enamorada de ti. Le dije a todo el mundo que me casaría contigo algún día. Eras mi ídolo, Rey. Seguí jugando futbol gracias a ti.

Froté mi mano sobre mi ceja, manteniendo la mirada hacia el frente en la mesita de café. No era como si le estuviera diciendo algo loco. Cada chica que he conocido tuvo enamoramientos con celebridades en algún punto, pero… acababa de tener su pene en mi boca. Debí haberle dicho antes. Debí haberle dicho hace mucho tiempo.

Apretando mi ceja, seguí diciendo:

—Debí habértelo dicho antes pero no quería. Me tomó demasiado hablarte y para cuando pude hacerlo como una persona normal y no como una admiradora, no quise decirte. No quería que me miraras de manera diferente. *No quiero* que me mires diferente. Lo siento. Fue hace mucho tiempo y en ese entonces era apenas una niña.

Entonces hubo silencio. Completo silencio.

Y pensé para mí misma, *esto se terminó*. Nuestra amistad se terminó. Cualquier esperanza que tenía de… bueno, también se terminó. Pero, ¿qué podía hacer? Nada. No podía retractarme. Cuando era niña, no tenía idea de que conocería a Reiner Kulti, mucho menos que me volvería su amiga. Y definitivamente no tenía idea de que me enamoraría con la versión humana de él, el hombre de verdad. Desafortunadamente, no podías regresar el tiempo y cambiar el pasado.

Por otra parte, ¿querría hacerlo? Había llegado a donde estaba porque lo había idolatrado, porque quería ser como él. ¿Qué demonios estaría haciendo si no hubiera sido por él y esa maldita Copa Altus cuando tenía siete años?

Se me pusieron los vellos en punta en mis brazos mientras me enderezaba y me estiraba de nuevo por mi camiseta, poniéndomela mientras el alemán se removía en su asiento junto a mí.

La estaba jalando sobre mi estómago cuando empujó su celular en mi mano con una simple orden.

—Mira.

Con mis calcetas de chica grande puestos, le di un vistazo a su rostro, pero tenía la misma expresión en blanco, la tranquila. Bajé la mirada a lo que me estaba mostrando en la pantalla. Era una foto de algo.

—Mira más de cerca.

Tomé el teléfono y lo acerqué a mi rostro, alargando la imagen para ver lo que quería mostrarme. Era una foto de una foto. Bueno, de

un dibujo para ser exactos. Era una hoja naranja de papel cartulina con letras grandes y negras escritas con letra de un infante.

Espera un segundo.

Miré más detenidamente, ampliando más la imagen.

Parecía como la versión infantil de mi letra.

Querido Sr. Kulti,

Eres mi jugador favorito. Yo también juego futbol, peero no soy tan buena como tú. Todavía no. Practico todo el tiempo para que 1 día pueda ser como tu o mehor. Veo todos ts juegos así que no pierdas.

Tu fan #1,

Sal

<3 <3 <3

P.d. ¿tiene nobia?

p.d.d. ¿por qué no cortas tu cabello?

—Tenía diecinueve cuando eso apareció en las oficinas del club. Era mi tercera carta de un fan y las otras dos eran fotos desnudas —dijo en voz baja y serena—. Esa carta permaneció en cada casillero que usé por los diez años siguientes. Era lo primero que veía antes de mis partidos y lo primero que veía antes de jugar. Lo enmarqué y lo puse en mi casa en Meissen cuando empezó a gastarse. Sigue ahí en la pared de mi cuarto.

Ay, Dios mío.

—Sabes, nunca pusiste una dirección de remitente en el sobre. Sólo tenía el nombre de tu calle y Texas en él. Nunca pude responderte porque no habría llegado, pero lo habría hecho, Sal —me dijo.

Al ver la foto recordé claramente escribirla hace tantos años atrás.

Él la guardó.

—Todavía tengo las otras tres que mandaste.

Si fuera una persona que babeara, o cualquier mierda de esas que le ocurría a la gente cuando estaban sorprendidas, lo habría hecho. Esto era… no había palabras para lo que era.

—¿Sabías que era yo cuando tomaste el puesto aquí? —pregunté, todavía mirando la foto.

—No. No me di cuenta hasta que te presentaste en la oficina de Gardner. No podía creerlo. Conocía tu apellido por los videos de ti jugando, pero no conocía tu nombre —explicó—. Sólo recordaba tu nombre por tus cartas.

Madre mía.

—Así que, ¿siempre lo has sabido? —Mi voz se rompió un poco en la última palabra.

—¿Sabía que habías sido mi fan número uno alguna vez? —preguntó, dándome un pequeño codazo en mi costilla lo suficiente para que lo mirara. Una mirada gentil remplazó sus rasgos duros usualmente melancólicos—. Sí, lo sabía. Si hubiera prestado atención el primer día de práctica, lo habría descubierto antes. Y luego me insultaste…

—No te insulté.

—… Y entendí que habías crecido. —Kulti frotó mi espalda baja —. Me llena de orgullo saber que te convertiste en la jugadora que eres porque me admirabas, Sal. Es el cumplido más grande que me han hecho.

Bah.

Siguió hablando, ignorando mi corazón disparando fuegos artificiales.

—He conocido a mucha gente en mi vida para reconocer quién quiere conocerme por la razón correcta y por la equivocada. Tengo problemas de confianza, lo sabes. Me tomó un tiempo averiguar que eres alguien en quien pudo confiar, pero no tomó tanto. Te *conozco*. Sé que alguien quien defiende a su padre y arriesga perder su carrera es alguien en quien puedo confiar, alguien a quien respetar. La lealtad es una de las cosas más preciadas que me he encontrado. No sabes las cosas que las personas harían para tomar la delantera y apostaría mi vida que jamás le darías la espalda a alguien que te necesite.

»Cada cosa que ha pasado en mi vida me ha traído aquí, Sal. El destino es una escalera, una serie de escalones que te llevan a donde se supone que vayas. Soy el hombre que soy y he hecho lo que he hecho para llegar hasta a ti.

¿Qué dices ante eso? ¿A un hombre que guardó tu carta de la infancia por la mitad de su vida y te menciona y al destino en una

misma oración?

Mordí la parte interna de mi mejilla y lo miré a los ojos.

—¿Estás seguro de que no te molesta? Solía besar tus posters. Ahora que lo pienso, realmente estoy sorprendida de que nadie en mi familia haya soltado la lengua y dicho algo.

Rey acunó mi rostro.

—No me importa.

Veintisiete

Traducido por Lucy_Sky
Corregido por Flochi

—Estuve realmente triste de escuchar que ustedes perdieron anoche —dijo el empleado de recepción mientras me entregaba un pase de visitante.

Tenía que haberme dado una palmadita en la espalda por ni siquiera parpadear ante el recordatorio. De alguna manera me las arreglé para encogerme de hombros, colocando el pase en el fondo de mi camiseta. Ese maldito mural de las Pipers y Wreckers sobre el escritorio provocándome.

—Yo también.

—Estoy seguro de que las vencerán el próximo año, no te preocupes —señaló amablemente el hombre mientras ponía mi bolsa en mi hombro para atravesar seguridad y subir al elevador.

—Eso espero. Gracias —le dije antes de mostrarle otra sonrisa y seguir subiendo las escaleras.

En realidad, esperaba que las Pipers ganaran la siguiente temporada. Sería genial para ellas.

De acuerdo. Yo estaría bien si no ganaban, pero no me molestaría que lo hicieran.

Había estado pensando bastante desde que hablé con Rey anoche, y a pesar de que quería vomitar debido al incierto punto en el que se encontraba mi vida, me di cuenta que en verdad estaba haciendo lo mejor para mí al dejar la WPL. Si fuera por Cordero y el resto de los entrenadores que no habían pensado en mí ni una vez, jamás volvería a jugar en otra Copa Altus.

O que se joda, por una medalla de metal. ¿Por qué no?

Si me mudaba, jugaba en otra parte y conseguía mi nacionalidad…

¿Por qué no?

Si me mudaba. Pero no iba a preocuparme o enloquecer demasiado. Las cosas sucedían si estaban destinadas a pasar, y si no, encontraría otra manera.

Lo que estaba haciendo ahora era seguir adelante con esta etapa

de mi vida y estaba más que sorprendentemente bien con ello.

Encontré la oficina de la administradora del equipo a mitad del pasillo en el piso de las Pipers. Estaba adentro y se vio un poco sorprendida de verme, pero tomó mis cosas y dijo que me vería más tarde. Aparentemente, las noticias de que yo estaba fuera aún no se habían esparcido.

Todo eso estaba totalmente bien. Solo había otra persona a la que me gustaría ver antes de irme y su oficina estaba dos puertas más abajo. Obviamente no era Cordero. No tenía interés en ver a ese miserable nunca más. Además, no estaba segura de sí sabía que Rey había mentido sobre volver al equipo o no, y no quería saber nada al respecto. Su papel conmigo había terminado. El alemán me había asegurado una vez más que no tenía que preocuparme por él. Su dinero le consiguió un gran equipo legal, eso dijo.

Equipo legal. Jesús. En eso me había metido. No solo tenía un abogado, sino todo un equipo legal. Dios.

Solo vives una vez, ¿verdad?

Gardner estaba en su oficina con la puerta abierta cuando me detuve ahí. Llamé dos veces. Lucía un poco agotado mientras escribía en su teclado, frunciendo el ceño cuando vio que era yo.

—Sal. Pasa. —Hizo un gesto invitándome a entrar—. Cierra la puerta.

Cerré la puerta detrás de mí y tomé el asiento frente a él, con las manos sobre mis rodillas.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó primero.

—Me fui justo después del partido. Lo siento. Simplemente no estaba de humor —expliqué sinceramente, notando su expresión cansada—. ¿Estás bien?

Puso sus ojos en blanco.

—El mismo infierno de siempre de Cordero, nada que no estuviera esperando. ¿Y tú? Espera, ¿qué estás haciendo aquí?

Le di una pequeña sonrisa.

—Vine a dejar mis cosas con la administradora del equipo y despedirme.

Gardner se inclinó hacia adelante.

—¿A dónde vas?

Esa era la razón por la que estaba aquí. En verdad me agradaba Gardner, pero no quería ser un completo desastre.

—Estoy dejando el equipo. Mi contrato fue liquidado hace unos días. A partir de la media noche, soy una agente libre.

El hombre, que me había entrenado por los últimos cuatro años y que el noventa y ocho por ciento del tiempo había sido justo y compresivo, lucía como si lo hubiera golpeado en el estómago. Sí, había tratado de ponerme en la banca durante la semifinal, pero sabía que eso fue obra de Cordero. No olvidaría cuatro años de amistad con Gardner por un momento.

—No entiendo. Te quedaba un año con nosotros. ¿Estás tan enojada por lo que paso en las semi que liquidaste tu contrato?

Él sabía malditamente bien que no podía permitirme el liquidar mi propio contrato.

—No me estoy yendo debido a ti, G. Lo juro. —Ya había decidido no decirle que Cordero había tratado de transferirme, porque en verdad, ¿cuál era el punto? No importaba—. Solo es momento de cambiar el ritmo. Cordero me odia más que nunca y la mitad de las chicas del equipo… —La palabra robot rebotó en mi cabeza por un segundo antes de pensar en esta oportunidad en mi vida con ojos color avellana—. No ha sido sencillo por un tiempo. No puedo quedarme cuando no me respetan.

—Joder, Sal. —Sus manos se posaron sobre su escritorio—. ¿No bromeas?

—Nop.

Le tomó un largo tiempo finalmente decir algo más.

—¿Sabes lo que vas a hacer ahora?

Me hubiera encantado decirle que ya había firmado con otro equipo. El hecho es que no era así. No tenía ni idea de lo que iba a hacer.

—No estoy segura todavía, pero este no es el final. Solo quería pasar por aquí y agradecerte por todo. Mantente en contacto. Buena suerte. Amé trabajar contigo y creo que eres genial. —Levanté mis hombros y los dejé caer—. ¿Prometes enviarme un correo incluso si es solo para quejarte de las chicas?

Más tarde me daría cuenta de que Gardner lo tomó tan bien como Marc lo había hecho: pura mierda. Así de bien tomó las noticias. Las tomó realmente mal.

Prometió mantenerse en contacto conmigo y me deseó lo mejor como siempre. Eso fue lo último que nos dijimos antes de dejar su oficina.

Avancé tres metros hasta que una voz femenina gritó:

—¡Sal! —y Sheena salió corriendo fuera de la oficina del asistente de entrenador en la que había estado un segundo antes.

—Hey, Sheena —saludé.

—Hey, hola. Perdón por venir corriendo, pero quería hablar contigo antes de que te fueras. Te vas, ¿verdad? —Asentí, insegura de si estaba hablando sobre dejar el equipo o la oficina—. No tomaré mucho de tu tiempo entonces, pero unas fotografías de ti y el señor Kulti después del partido salieron anoche. No son buenas…

—Lo siento, Sheena. No quiero interrumpirte, pero —le di una sonrisa tensa—, no importa. Las fotografías, no importan.

—Se ven mal, Sal. Conozco a la liga, y van a hacerle una llamada a Cordero para quejarse si es que no lo han hecho ya —explicó—. Es más que probable que quieran que hagas una declaración disculpándote…

¿Disculpándome? Negué con la cabeza.

—No. No voy a hacerlo y no pueden obligarme.

—Pero…

—No. —Querido Dios, sonaba como Rey—. No voy a hacerlo. —Ella averiguaría suficientemente pronto por qué. Mientras tanto—… Tengo una pregunta rápida para ti. ¿Qué fue lo que pasó con ese video de la conferencia de prensa que ibas a lanzar? No me dijiste nada más sobre eso.

Por su expresión facial, parecía que quería seguir con el asunto de las fotografías de Rey y yo, pero en su lugar decidió responder a mi pregunta.

—No lo lanzamos. El señor Kulti tenía la aprobación final y exigió que lo suspendiéramos. Dijo que te humillaríamos y no quería hacerlo. Creí que lo sabias. Compró las imágenes a la estación de noticias para que nadie pudiera hacer nada con ellas.

Veintiocho

Traducido por Joss_P
Corregido por Flochi

Fragmento de la transcripción de la Conferencia de Prensa

(El pasado abril)

Reportero de la KCNB: Señorita Casillas, ¿cómo se siente acerca de tener a un jugador como Reiner Kulti entrenando a su equipo esta temporada?

CASILLAS: Creo que es genial. Es el mejor jugador de futbol en el mundo. Su manejo del balón es fantástico, su alcance sobre el terreno es increíble, el poder detrás de sus patadas es incomparable y es un gran penetrador. Tenemos un montón de chicas en el equipo que podrían… ¿acabo de usar la palabra penetrador?

Reportero del KSXN: Lo hiciste.

CASILLAS: [silencio] ¿Acaso eso está permitido en la televisión? ¿Esa palabra? ¿La puedo usar?

Reportero del KCNB: No creo que podamos usarla.

CASILLAS: Lo siento tanto. En serio. No creo haber usado esa palabra en mi vida. Supongo que me han arrojado demasiadas bolas a la cara… jódeme, acabo de… Ay, Dios. Usé la palabra con "J" y dije que me aventaron muchas bolas a la cara en la misma oración. No creo…

GARDNER: [partiéndose de risa] Sal…

CASILLAS: Simplemente me voy a callar.

Veintinueve

Traducido por Mary
Corregido por Flochi

—¿Desayunaremos por la mañana? —preguntó papá. Acabábamos de cenar tarde, luego de pasar una tarde en mi departamento.

Asentí.

—Sí. Lo prometo.

Papá me miró con ojos críticos.

—¿Me llamarás si escuchas algo de tu agente?

Eran las diez de la noche. Dudaba mucho que me llamara antes de la mañana siguiente, pero mantuve la boca cerrada. Mi padre parecía más nervioso que yo por todo, ahora que había terminado la temporada, y no quería alimentar el fuego. Uno de nosotros con indigestión ya era bastante malo.

—Lo prometo.

—De acuerdo. —Me sonrío—. Te veré en la mañana entonces. —Un abrazo más y él silbó hacia donde Rey estaba parado al lado de su auto, hablando con mi madre mientras Ceci se sentaba adentro, el brillo de su celular iluminaba su rostro—. *Amor, ¿estás lista?*

Mamá tuvo que haber puesto los ojos en blanco considerando que había estado parada junto al auto esperándolo durante los últimos cinco minutos.

—*Ya vámonos. Salomé, dame un abrazo.*

Resoplando por lo bajo, caminé hacia atrás y le di el abrazo que acababa de exigir, tocando la ventana para saludar a Ceci. Pude ver a mamá y papá discutiendo adentro y un segundo después, la ventanilla del lado del conductor bajó posiblemente unos centímetros. Estoy bastante segura de que las palabras “Adiós, Kulti” se murmuraron un segundo antes de que la ventana volviera a cerrarse y mi papá sacó el auto del estacionamiento.

—Estoy bastante segura de que mi papá te dijo adiós. —Me reí.

El alemán tenía una pequeña sonrisa en su rostro.

—Eso creo.

Papá no le había dicho una palabra durante la cena, usándome como una solución alternativa para hacerle preguntas. Era un maldito loco.

—A este ritmo, pasarán seis meses antes de que te estreche la mano y un año antes de que te pregunte cómo te va.

—No tengo prisa —dijo, dándome un codazo.

Le di un empujoncito.

—¿*Listo*? —le pregunté en español si estaba listo. Su Audi estaba estacionado dos filas más abajo.

—*Sí.* —Asintió, agarrando mi mano.

Él hablando español… Querido Dios. Nunca me cansaría.

Nos dirigimos al auto y nos metimos en la parte de atrás. El conductor debe haberlo encendido cuando salimos del restaurante porque el interior estaba agradable y fresco. Rey se deslizó detrás de mí, pasando un brazo sobre mi hombro. Incliné la cabeza para susurrar:

—Tengo curiosidad, ¿cuándo pueden solicitar la devolución de tu licencia?

—En dos meses —respondió, mirándome.

—¿Vas a conseguir una nueva?

Rey levantó un solo hombro.

—Si estamos aquí.

Si estamos aquí. La solidez de su declaración envió un escalofrío por mi columna vertebral. Hace dos semanas, me habría reído si alguien me hubiera dicho que estaría sentada en la parte trasera del Audi de Rey con su brazo a mí alrededor, hablando de que me seguiría a un país diferente. Sin embargo, aquí estábamos, y me hizo sentir tan débil que no pude encontrar en mí pelear más.

—¿Realmente vendrás conmigo? —pregunté—. ¿Incluso si termino en Polonia?

—No terminarás en Polonia, pero si lo hicieras, entonces sí, todavía iría contigo. —Me dio un codazo.

—¿Qué vas a hacer? No quiero que te aburras o me odies…

—Puedo hacer lo que quiera. He disfrutado mi carrera y nada

me haría más feliz que verte disfrutar de la tuya. ¿Entiendes? —Rey levantó sus cejas gruesas y marrones hacia mí, mientras su mano se deslizaba hacia abajo hasta llegar a mi muslo desnudo. No veo cómo podría aburrirme cuando tendré que mantenerte alejada de comenzar peleas todo el tiempo.

—Oh, por favor. —Me reí.

—Eres una alborotadora, *Schnecke*. —Sonrió, los callos ásperos de sus dedos rozaron mis rodillas mientras se movía en su asiento para tener un mejor contacto.

Poniendo los ojos en blanco, negué con la cabeza.

—Lo que sea. Sólo quiero que seas feliz. Creo que puedo manejar tu circo…

—Puedes y lo harás —me interrumpió, dibujando una línea por mi espinilla con la punta de los dedos. Todo su cuerpo estaba en ángulo hacia el mío.

Apenas me contuve de poner los ojos en blanco.

—Pero quiero asegurarme de que puedas manejar el mío.

Esos ojos de color pantanoso parecieron tragarme por completo. Sus dedos pasaron sobre mi pantorrilla, apretando ligeramente el músculo. Su gran mano acarició mi pantorrilla nuevamente.

—No hay nada que no esté dispuesto a hacer por ti.

De repente, estaba muy agradecida de ponerme uno de mis shorts más bonitos y elegantes en lugar de jeans. Me estremecí, arqueando la espalda sin siquiera darme cuenta. Él era el que hacía que mi pecho se apretara. La persona cuyo rostro parecía capaz de hacerme gritar de ira, y, en cuestión de días, me hacía sentir que estaba viviendo un sueño.

—Sal —dijo arrastrando las palabras en voz baja, sacándome de mi silenciosa admiración. Su mano se arrastró hacia arriba por mi pierna y sobre mi muslo, lentamente arrastrando el material de mis pantalones cortos para acariciar la piel allí. Kulti apretó la parte carnosa y musculosa de mi muslo antes de moverme hacia adelante en el asiento para que sus dedos pudieran deslizarse aún más profundamente en los confines de mis trasero.

Siseé cuando las puntas de sus dedos rozaron mi trasero desnudo, sumergiéndose bajo el algodón húmedo de mi ropa interior.

—Rey, espera.

—No —dijo, jugando con la banda—. He esperado lo suficiente.

—Tu conductor puede oírnos —susurré, demasiado consciente sobre el hombre sentado a un metro de distancia.

Soltó un gruñido que tomé como aceptación hasta que su boca cubrió la mía, un profundo gemido retumbó en su pecho. Unos labios húmedos y calientes rozaron los míos cuando me agarró la pierna con fuerza. Era interminable. Su boca llena era el Océano Pacífico; era enorme, oscuro y ancho y, por lo tanto, tan fácil perderse. Los pequeños ruidos complacidos que estaba haciendo me arrastraron a su océano aún más profundo.

Se apartó por un minuto, deslizando su lengua caliente sobre mi labio. Movió su mano para agarrar la anchura de mi muslo, separando mis piernas.

—Tiene auriculares —dijo contra mi piel, presionando esos dientes blancos perfectos y rectos en mi piel. Kulti arrastró sus dientes sobre la curva de mi mandíbula y la columna de mi garganta, donde se detuvo y mordió suavemente.

Contuve el aliento y me aparté un poco, consciente del conductor que parecía metido en sus propios asuntos, pero…

—Rey, me duché temprano esta mañana. Probablemente apesto.

Rey inhaló rápidamente, lo que me provocó un escalofrío, la punta de su nariz un roce en mi cuello.

—No lo haces. —Hubiera jurado que la punta de su lengua tocó mi piel.

Oh, cielos.

Mis caderas se movieron hacia adelante en el asiento por su cuenta, buscando su mano, su ingle, cualquier cosa y todo, mientras se movía hacia abajo para morder donde se unían mi cuello y mi hombro.

—Te necesito, Sal.

Jesucristo. Jodido Jesucristo. No pude evitar mirar al conductor.

Rey me mordió el lóbulo de la oreja.

—No puede oír. —La mano que había estado en la parte superior de mi muslo se deslizó hacia arriba y debajo de mis

pantalones cortos tan rápido que ni siquiera tuve la oportunidad de prepararme mentalmente para el pulgar rozando la unión de mi cuerpo a través de mi ropa interior. Su boca cubrió la mía de nuevo, chupando mi labio inferior entre los suyos mientras su dedo rozaba el material que cubría mi clítoris. Rey hizo un ruido en su garganta cuando deslizó uno de sus dedos debajo de mis bragas para rozar mis labios con el dorso de su dedo. Lo hizo una, dos, tres veces. Sabía que estaba excitada, realmente excitada a pesar de ser consciente de nuestra ubicación.

Rozó mis labios inferiores por última vez, deslizando su dedo fuera de mi ropa interior. Mirándome, Rey se llevó los dedos a la boca. Esos ojos marrón-verdosos estaban fijos en mí mientras lamía su dedo índice y medio lentamente. Una sonrisa apareció en su rostro.

—Voy a necesitar otra probada. —Se lamió los dedos una vez más.

Iba a sufrir un paro cardíaco.

El auto se estacionó en mi entrada vehicular, y en el momento en que estuvo estacionando, Rey volvió a poner mi ropa en su lugar justo antes de que uniera sus dedos con los míos y me sacara del auto. Me entregó las llaves para que abriera la puerta. Apenas habíamos entrado cuando se inclinó para fundir sus suaves labios con los míos, besándome suavemente. Se cernía sobre mí. Sus manos agarraron mis caderas sin apretar, sus pulgares presionaron mis huesos.

—Te quiero —murmuró contra mi boca—. Más de lo que nunca he querido algo… —Besó la comisura de mis labios—. ¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó, presionando sus labios en mi cuello de nuevo.

¿Estaba segura de que era una mujer? ¿O que me gustaban los días soleados y las fresas cubiertas de chocolate?

Me arqueé contra él.

—Estoy segura.

—¿Sí? ¿Entiendes en lo que te estás metiendo? —Me dio un ligero mordisco en el cuello que me hizo temblar en sus brazos.

¿Entendía que nada sería igual? ¿Que probablemente estaba renunciando a mi privacidad y vida como la conocía, si esto, nosotros, no estallaba en llamas?

Si, lo sabía. Pero sabía que lo amaba y no entregaba mi corazón voluntariamente. Como había dicho, la vida había trabajado para

llevarnos a este punto. ¿Por qué debería comenzar a contar los días ahora?

Lo más importante es que sabía que él había hecho todas las cosas que querría de alguien que amaba. Me protegía, me apoyaba, me ayudaba y trabajaba duro. Era leal. No descartas algo así, incluso si no es perfecto y sin esfuerzo. Por cursi que fuera, las mejores cosas de la vida no son fáciles ni baratas. No comía comida rápida porque sabía que podía irme a casa y preparar una comida nutritiva. Podría haber usado el cardio como mi único ejercicio, pero quería que mi cuerpo estuviera en la mejor forma posible, así que hacía una variedad de ejercicios diferentes. ¿Por qué no amaría de la misma manera?

—Lo sé, Rey —dije, envolviendo mis brazos alrededor de sus hombros.

Se enderezó y me dio la mirada más intensa que jamás haya presenciado.

—Esto no es temporal.

Oh, diablos.

Algunas personas no encuentran atractiva la posesividad. Mi último novio había sido el tipo más confiado y ecuánime que jamás hubiera conocido. Pero las palabras que salieron de la boca de Rey… Era como si le estuviera firmando una parte de mí a este hombre que reclamaba todo y nada.

Luego, en lo que pareció un instante, estábamos en mi habitación y él me estaba subiendo la camisa por la cabeza.

—Déjame ducharme primero —le dije.

Negó con la cabeza, ya arrastrando la lengua y los dientes sobre la turgencia de mis senos. Chupó mis pezones sobre el material suave del sujetador normal que usaba, mientras su mano tiraba de mis pantalones cortos y bragas hasta mis rodillas. Rey me tocó entre mis piernas, gimiendo profundamente mientras desabrochaba el cierre de mi sujetador y lo dejaba abierto, dejando al descubierto mis senos.

—Estás tan mojada. —Sus dedos rozaron mis labios inferiores antes de abrirlos suavemente. Rey gimió, acercándonos a la gran silla que tenía en la esquina de la habitación. Se sentó primero antes de sentarme en su regazo con la espalda apoyada en su pecho. Tiro mis pantalones el resto del camino, lanzando cada una de mis piernas sobre sus propias rodillas abiertas. Fue dejando besos por mi cuello, alternando entre los roces de su lengua—. Mi Sal —murmuró, alisando

sus ásperas manos sobre el interior de mis muslos. Cada pase era más largo, más lento, recordándome que estaba abierta hacia el aire acondicionado frío. Los simples y fáciles movimientos de sus manos me excitaron mucho y me dejaron jadeando con anticipación. El hecho de que no apresurara esto fue como electricidad directa a mis venas.

Mi voz estaba a un millón de millas de distancia, perdida en una galaxia que aún no había sido descubierta.

Rey hizo un ruido suave contra mi oreja mientras pasaba sus palmas una y otra vez contra mis muslos, una, dos veces, alternando cada pasada entre acercarse y alejarse de donde más lo deseaba. Entonces lo hizo. Con una pasada alta de su mano derecha, se desvió para deslizar la parte carnosa de su palma sobre ese sensible botón de nervios entre mis piernas y deslizó su dedo medio profundamente dentro de mí.

—¡Rey!

Su respuesta fue un gruñido directo a mi oído, aliento caliente rozando un lado de mi cara. Ese dedo se movió dentro y fuera de mí lentamente, dejando que su palma presionara fuertemente contra mí en cada caricia hacia abajo. Sus labios succionaron la delgada piel de mi cuello, haciendo que mis caderas se doblaran. Su dedo se curvó en el interior y lloriqueé.

Rey deslizó otro dedo para unirse al primero, presionando lo más profundo que podían. Volvió a doblar los dedos y tocó algo que me hizo temblar las piernas.

—¿Se siente bien?

—Sí, sí. —Mis caderas se retorcían para encontrarse con su movimiento. Era demasiado, pero aún quería más, y por los sonidos que estaba haciendo, él también quería.

—Estás goteando por mis dedos, Sal. Empapas mis pantalones —gimió.

Traté de alejar mis caderas, pero rápidamente envolvió un brazo alrededor de mi cintura y me sostuvo contra él, su orgullosa e impresionante erección era un tronco contra mi trasero y mi espalda.

—No quédate. Me encanta. —Su pelvis se sacudió contra mí, diciéndome cuánto le gustaba. Después de algunos pases más lentos, su mano comenzó a moverse dentro de mí rápidamente, sus dedos presionaron en ese único lugar mágico tan fuerte que estaba sin

aliento—. Así. Te quiero así.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Bueno? —preguntó, ganando un pequeño asentimiento. El sonido húmedo de él entrando y saliendo de mí rápidamente llenó la habitación. Rey gruñó, moviendo sus dedos aún más rápido, haciéndome gritar aún más fuerte ante la extraña y eufórica sensación que comenzaba en el centro de mi cuerpo—. Te quiero sobre mi mano. Sé que puedes hacerlo —dijo, chupando el lóbulo de mi oreja.

No podía recuperar el aliento. Había corrido millas y millas todos los días desde que era una niña. Mi resistencia era algo de lo que presumir, pero con sus dedos y la forma en que presionó mi punto g, ni siquiera pude pensar si esto era el cielo o no. Cuando el hormigueo aumentó, me arqueé contra él y jadeé.

De la nada, el orgasmo más explosivo y caliente de mi vida se apoderó, cegándome, haciéndome gritar con voz ronca, algo blasfemo en una docena de religiones.

Rey estaba gimiendo detrás de mí, apretando sus caderas delgadas contra mí. Balbuceaba algo en alemán, dulce, dulce, dulce, a la vez que acariciaba mi cuello.

Yo jadeaba, mis entrañas latían casi violentamente alrededor de sus dedos. Mis malditos abdominales se contraían y tenía calambres.

—¡Oh!

Hizo un sonido de tarareo en su garganta antes de cerrar las piernas y las mías en un solo movimiento. Sus dedos se deslizaron fuera de mí antes de mover mi cuerpo para que yo estuviera flácida y de costado sobre su regazo. Pude escucharlo respirar ruidosamente cuando su boca cayó sobre la mía, besándome dulcemente en los labios. Su lengua exploró suavemente más allá de mis labios y en mi boca. Su mano ahuecó mi hombro antes de meter sus dedos debajo de la tira floja de mi sujetador, nuestros besos solo se separaron el tiempo suficiente para que él pudiera quitarme todo.

Nuestros lentos y profundos besos de lengua con lengua consumieron el tiempo. Sin prisa y tiernos, siguieron y siguieron, sus manos acariciando y pintando círculos perezosos en mi columna vertebral desnuda. Justo al mismo tiempo que su respiración se calmó, su boca se apartó de la mía. Esos hermosos y pesados ojos estaban sobre mí, buscando mi rostro, mi cuello y luego bajó a mi pecho, estómago y caderas desnudas. Rey negó con la cabeza mientras se lamía los labios. Su mano acarició mi hombro antes de llegar a mi

pecho y pezón. Tarareó, pasando el dorso de sus dedos sobre mi pezón nuevamente.

—He estado esperando esto por siempre.

—Te amo mucho. —Las palabras salieron de mi boca, firmes y decididas. Y verdaderas. Eran muy, muy verdaderas.

Sentí mi rostro calentarse bajo su intenso escrutinio. Sus palabras eran como oro, y no me importó que él no dijera nada a cambio. En cambio, sus ojos eran láser, escaneando cada centímetro de mi piel expuesta, todo. Sus manos fueron suaves y lentas mientras me acariciaban, rozando las muchas, pequeñas y casi invisibles cicatrices que tenía en mis muslos y rodillas por años de fútbol y por ser solo una niña.

Debe haberlo sabido porque me acarició con más reverencia, apretando mis muslos con sus grandes manos, las palabras irreflexivas en su idioma materno se le escaparon de la boca. Deslizó sus manos sobre mis cuádriceps y sobre mi hueso de la cadera. Pasó sus dedos sobre mi estómago, mi ombligo. Su palma se movió hacia arriba para ahuecar mi seno, llevándolo a su cara, y en un instante sus labios me chuparon el pezón de nuevo. Su otra mano amasó mi cadera.

Todo se prendió fuego en ese momento. Comencé a chocar mi pelvis contra su muslo duro, y en algún momento me levantó sin esfuerzo y me dejó caer en medio de mi cama tamaño queen. Se tumbó encima de mí mientras me quitaba la camisa con brusquedad y la arrojaba a un lado. Reiner Kulti sin camisa era probablemente la cosa más magnífica que jamás haya visto, pero Reiner Kulti sin camisa y cubriéndome debería haberme hecho comenzar a ovular espontáneamente. Su piel estaba tensa y caliente mientras yo acariciaba sus pectorales con mis palmas mientras él me mordía el cuello. Mis manos se movían como si hubieran desabrochado y desabotonado cien cinturones en el pasado.

En un abrir y cerrar de ojos, le había quitado los pantalones de las caderas, y estaba ahuecando su enorme erección a través del material delgado de sus calzoncillos boxer de color verde jade. La boca húmeda de Rey besó un sendero en mi pecho mientras pateaba su ropa interior de sus piernas.

Su larga polla se balanceó en el aire mientras se arrodillaba sobre mí, un profundo y fascinante tono de rosa, rojo y púrpura. En toda su gloria, Rey tenía líneas de músculo, una polla dura y gruesa y muslos fuertes y musculosos que me contaban la historia de cuál había sido su secreto para convertirse en uno de los mejores jugadores del

mundo.

Era perfecto.

—Estás tomando anticonceptivos, ¿sí? —susurró después de caer sobre sus codos para encerrarme entre sus bíceps.

Presioné mi boca contra la suya, chupando ese labio inferior carnoso que había mirado innumerables veces en el pasado.

—Sí.

Él gimió, besándome con fuerza, moviendo su boca un momento después para chupar mi lóbulo de la oreja. Su erección era pesada en el interior de mi pierna, esa cabeza roma y húmeda golpeaba contra mis labios inferiores.

—He sido abstinente desde que dejé de beber —dijo suavemente.

¿Un año? Yo era una persona profundamente posesiva. No quería pensar en él estando con nadie, pero supongo que no podría quejarme de su inactividad. Supongo. Pero, ¿un año? Era casi difícil de creer, casi. Si alguien más me dijera algo así, podría tener dificultades para creerlo, pero sabía que Rey no me mentiría.

También sabía lo que me estaba diciendo. Nos habían hecho pruebas a todos de arriba abajo cuando comenzó la temporada, incluidos los entrenadores. Además, Dios sabe que no tenía nada de qué preocuparse.

Sus caderas se alzaron hacia arriba, frotando su longitud sobre la unión de mi hendidura y yo también me arqueé, amando la sensación de su piel caliente y suave. Envolviendo mis piernas flojamente alrededor de sus muslos debe haber sido suficiente respuesta porque estaba sonriendo, dejando caer esas angostas caderas entre las mías.

Rey me besó profundamente, su lengua contra la mía mientras se alineaba. Se presionó centímetro a centímetro, su gruesa polla estirando su camino hacia adelante. Él gimió más fuerte que yo, teniendo que trabajar profundamente en mí.

—Sal, Cristo —gruñó, mirando hacia donde estábamos conectados.

No pude evitar mirarnos también. La oscura capa de vello, un tono más oscuro que el que tenía en la cabeza, chocó contra mí; oscura y suave, la gruesa base de su eje apenas se notaba mientras se abría paso dentro de mí. Rey se meció hacia adelante, besándome

suavemente mientras se deslizaba hasta la empuñadura. Gruñí en su boca cuando él se retiró por completo antes de empujar profundamente de nuevo.

Su mano acunó mi mejilla, tocándola hasta el punto de ser demasiado áspera. Esos ojos marrón-verdosos estaban llenos de algo que no pude reconocer. Sus caderas rodaron pesadamente, su peso presionándolo con fuerza contra mí, embistiendo, llenándome; el sonido de nuestra piel golpeándose fue el sonido más erótico del mundo. Los ojos de Rey estaban fijos en los míos constantemente, su mandíbula apretada con cada embestida.

Esos golpes toscos y desesperados de él dentro de mí siguieron y siguieron, más y más rápido. Carne dura golpeando contra carne húmeda. Comenzó a sudar, su espalda húmeda bajo mis dedos. Pasé mis manos por su espalda y al trasero con el que había estado obsesionada desde siempre, apretándolo, agarrándolo y jalándolo dentro incluso cuando no había más espacio para que él se moviera. Su vello púbico estaba húmedo contra mí mientras giraba sus caderas, haciéndome gritar.

Lo deseaba todo. Cada centímetro de largo, cada centímetro de ancho, su circunferencia y su calor. Deseaba cada embestida poderosa que intentara hacer un túnel dentro de mí.

Entonces me vine. Gemí tan fuerte que estoy segura que si alguien hubiera estado parado afuera, me habrían escuchado. Rey se mordió el labio y gimió cuando un orgasmo atravesó mi columna vertebral y la parte inferior de mi cuerpo, ordeñando su larga longitud.

—Tengo que venirme —jadeó.

¿Quién era yo para discutir? Me arqueé y lo besé, y seguí besándolo mientras sus embestidas se volvían frenéticas y superficiales antes que finalmente se empujara hasta la empuñadura y permaneciera allí, latiendo y gimiendo ruidosamente contra mi boca.

Nos quedamos así por una eternidad, él arriba, dentro de mí, su cuerpo caliente, sudoroso y perfecto. Me tomó una eternidad recuperar el aliento, pero mientras tanto me froté sobre esos músculos impecables y cuidados. Presioné mis labios en las partes de sus hombros que pude alcanzar y acaricié su espalda. Cuando su respiración se serenó, estaría mintiendo si dijera que no me gustaba lo cansado que estaba, lo rodeé con mis brazos y lo abracé. Levantó la cabeza lo suficiente como para darme unos besitos en la boca y la mejilla, pero no fue hasta que retrocedió aún más que mi corazón se

disparó. Él mostraba la sonrisa más grande que había visto en mi vida, y llegó profundamente a mi existencia.

Mi pobre corazón no sabía que podía amar tanto. No iba a dejar que mis miedos se apoderaran de mí. Tenía esta vida, y si no la aprovechaba al máximo, ¿qué sentido tenía? Me habían dado muchas cosas buenas para apreciar, y no iba a dejar que este nuevo regalo se desperdiciara. Nunca me había considerado desagradecida.

Entonces le dije las tres palabras que me parecieron más reales que nada mientras le palmeaba la espalda, repitiendo las palabras que había dicho momentos antes.

—Te amo, Reindeer.

Esa sonrisa del tamaño del sistema solar se mantuvo fuerte, pero la emoción en sus ojos se cuadruplicó.

—Lo sé.

El idiota arrogante.

—¿Lo sabes?

Besó la comisura de mi boca.

—*Ja*. —Rey besó el otro lado—. Siempre lo he sabido.

Resoplé.

—No sé si *siempre*…

—No. Siempre —insistió.

—No siempre te has preocupado por mí y puedo vivir con eso.

—Eres una mejor persona que yo, y no he amado nada de la forma en que te amo, *Schnecke*. Yo diría que estamos empatados —discutió. Su sonrisa era gentil, su piel brillante y enrojecida—. Te he estado esperando todos los días de mi vida. Tu honestidad, tu lealtad —puntuó cada uno de mis rasgos con un beso en una parte diferente de mi rostro que me hizo sonreír como una maldita tonta—. Tu competitividad, tu ferocidad, tu amabilidad y este cuerpo… Haría cualquier cosa por ti. Mentir, engañar y robar. No hay nada que no haría. ¿Entiendes?

No lo entendía, al menos, no completamente. No tenía muchos problemas de autoestima, era buena conmigo misma, pero eso no era necesariamente algo malo, pensé. Nunca quise convertirme en una imbécil arrogante.

Podría amar a uno, pero no quería ser una.

—Más o menos —le respondí honestamente—. ¿Realmente no te quedarás con las Pipers la próxima temporada?

—Absolutamente no. Me quedo contigo.

—Pero ni siquiera sé a dónde iré —le recordé nuevamente con la menor cantidad de pánico que pude reunir.

—No importa. Irás a algún lado y no irás sola —me aseguró.

Respiré hondo y apreté los dedos de los pies contra el vello de su pierna, haciéndolo temblar.

—¿Qué hay de tu casa aquí?

Rey dejó caer otro beso, ignorando lo que estaba haciendo.

—La venderé.

Solté una temblorosa exhalación que no pude esconder en su cuello.

—Estoy un poco asustada.

—No lo estés.

—No puedo evitarlo.

—¿Recuerdas esa pregunta idiota que me hiciste en el auto? ¿Sobre qué pasaría cuando ya no puedas jugar fútbol? —No esperó ninguna respuesta—. Nada pasaría. Tendríamos una aventura diferente para seguir adelante. Eres mi mejor amiga, mi amor, mi compañera de juegos y mi compañera de equipo. Tendrás un equipo conmigo donde sea que estemos, con lo que sea que estemos jugando.

Para un hombre que no hablaba mucho, realmente estaba preparado cuando lo intentaba. Jesucristo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y ni siquiera me molesté en apartarlas.

—Supongo que lo resolveremos todo, ¿verdad?

Asintió.

—No dejaré que te rindas.

Le sonreí justo antes de tirar del vello de su pierna otra vez, ganándome un gruñido esa vez.

—Nunca me he rendido con nada. No voy a comenzar ahora.

Epilogo

Traducido por Joss_P
Corregido por Flochi

KULTI ANUNCIA SU RETIRO

La delantera de futbol, Salomé Casillas Kulti, anunció su retiro el miércoles. Tras seis años en la Liga Europea de Futbol Femenil, tres campeonatos en la Liga de Futbol East Wake y una victoria de la Copa Altus con Alemania, la capitana y delantera para las Frankfurt CS colgará sus botines oficialmente.

—Es hora —explicó la extranjera de treinta y cuatro años—. He logrado lo que quería y estoy lista para este siguiente paso en mi vida.

Las especulaciones sobre su posible retiro fueron altas tras la última victoria del Campeonato del CS Frankurt, cuando fue vista saliendo cojeando del campo. Sus lesiones han sido bien documentadas en su carrera, pero se las arregló para regresar cada vez. Antes de unirse a la LFEW, jugó para el Equipo Nacional Femenil estadounidense y pasó cuatro años con el equipo de las Houston Pipers WPL en Estados Unidos, llevando al equipo a un campeonato.

Casillas Kulti ha sido conocida por sus habilidades en el futbol tanto como por su relación con el ícono jugador internacional de futbol retirado Reiner Kulti. Casados por cinco años, la pareja no ha ocultado su apoyo mutuo. “El Rey” se ha caracterizado por su asistencia perfecta en sus partidos y ha sido visto usando su camiseta sin falla. Este es el segundo matrimonio de Reiner Kulti y el primero de Casillas Kulti.

Les deseamos a los dos nada más que lo mejor con sus planes de empezar una familia.

Extra

Traducido por Joss_P
Corregido por Flochi

—Lo voy a decir…

—No lo digas.

—Tengo que…

—Rey, detente. —Tuve que cubrir mi boca con mi mano para evitar reírme a carcajadas. El mar de padres rodeándonos siempre estaba mirando. Siempre. El hecho que mi pecho estaba temblando con la expectación de lo que iba a decir no me ayudaba a pasar desapercibida. Podía ver a la mamá de Mandy sentada en una grada a dos asientos de distancia, mirando en nuestra dirección, pero intentando ser malditamente discreta. Ella no comprendía que era una profesional atrapando a las personas hablando sobre nosotros.

Él deslizó una mano y la dejó descansar en mi rodilla desnuda, dándole un apretón, ajeno y sin importarle nuestra audiencia.

—No puedo evitarlo más.

—No lo digas… —siseé sabiendo exactamente lo que estaba a punto de salir de su boca. Habíamos estado juntos demasiado tiempo como para no saberlo.

Por mi visión periférica, pude verlo sacudir su cabeza. En realidad, no creo que haya dejado de sacudir su cabeza desde el momento en que Maria empezó con su actuación. Si era honesta, había estado tentada a empezar a tomar antiácidos.

—Tengo que —dijo lo más cercano a un jadeo de lo que era capaz, completamente serio, a punto de explotar con su comentario.

El perfil de Rey era tenso y perfecto contra el atardecer. Dieciséis años juntos ya y seguía siendo el hombre más guapo del mundo. Fuerte y alto, sin envejecer, con más gris esparcido en su cabello que la primera vez que nos conocimos, mi Reindeer había ganado la batalla contra el envejecimiento. Simplemente no había envejecido. No realmente.

—Ella está…

En ese preciso momento, la niña de ocho años en la cancha que lucía como una perfecta réplica de su padre tomó control del balón de futbol… y empezó a correr en dirección contraria a donde se suponía

que tenía ir.

Ay, Dios.

Por más que no quería, pensé en golpear mi frente con mi palma. Rey, por otro lado, se estiró para tocar el costado de su cara, sus dedos fueron al hueso de su ceja y su barbilla bajó una fracción. Creo que su ojo podría haber empezado a temblar un poco. Ninguno de los dos gritó cuando el entrenador en su equipo de Futbol Positivo y Divertido empezó a gritar desde el banquillo.

—¡Maria! ¡Al otro lado! ¡Estás yendo al lado contrario! ¡ESTÁS YENDO AL LADO CONTRARIO! ¡¡MARIA!!

Ambos suspiramos al mismo tiempo, recargándonos en el otro con resignación. Con extrema resignación.

—Ay, Dios —dejé salir por fin lo suficientemente fuerte para que sólo él me oyera.

—Creo que debería apegarse a la gimnasia —susurró.

¿Era un mal momento para empezar a reírme? Definitivamente, pero intenté amortiguarlo al girar mi torso y enterrar mi boca en su hombro. Había lágrimas hormigueando en mis ojos y tuve que usar su camisa para limpiarlas. Los músculos de mis mejillas se estaban volviendo locos mientras intentaba más duro no carcajearme, pero fallé como nunca.

Si alguien me hubiera dicho hace veinte años que mis hijos no tendrían ni una pizca de talento para el futbol, les habría dicho que estaban mal de la cabeza. Si alguien me hubiera dicho hace treinta años que tendría hijos con Reiner Kulti, niños a quienes les importaba una mierda nuestro adorado deporte, les habría dicho que estaban dementes.

Pero esa es la cuestión sobre el destino; era una perra divertida y ligeramente psicótica.

De alguna forma, por algún milagro en el cosmos, me casé con el hombre que amaba desde que era una niña. Y años después tuvimos hijos. Dos niñas que no pensaban ni dos veces sobre el hecho de que su padre era el mejor jugador de futbol vivo o que su madre tampoco estaba tan mal. Dos chicas que querían abrazos y acurrucarse con el hombre más sexy alguna vez en el mundo y no entendían por qué tenía que usar un sombrero constantemente en público ni les importaban los trofeos que había ganado cuando hacían cosas como correr al lado contrario de la portería durante un juego.

No les importaban todas las cosas que habíamos atravesado antes de ellas. Jamás sabrían que tuve que renunciar a jugar para tenerlas. Mudarnos de vuelta a San Antonio para que pudieran crecer cerca de mis padres, su abuelito y abuelita. Sabía que a Rey le gustaba vivir en Alemania cuando jugaba allá, pero había sido su idea mudarnos de vuelta. Por nuestros hijos, dijo una noche cuando habíamos estado en la cama juntos antes de quedarme embarazada. No podemos hacerle eso a tu padre, me dijo.

No podíamos. En serio no podíamos.

—Mami, ¿podemos irnos? —preguntó la pequeña gnomo sentada directamente frente a nosotros mientras picaba mi pierna.

La niña de seis años parpadeó en mi dirección con ojos verdes iguales a los de su padre, pero el resto de ella era en su mayoría yo. Cabello oscuro y con pecas, era mi mini yo en lo físico. Pero en cualquier otro aspecto era como mi hermana. Me enderecé y toqué la cima de la cabeza de Gisela.

—Cinco minutos más.

Ella resopló y echó su cabeza hacia atrás con exasperación.

—Esto es tan aburrido.

Ahora, fue Rey quien empezó a carcajearse.

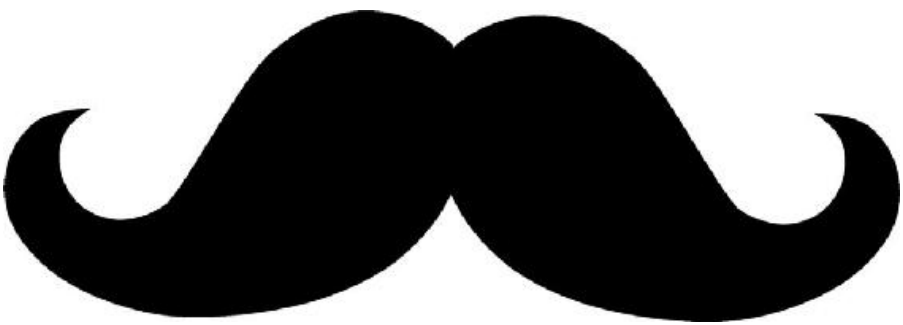
Sí, el destino era una perra completamente.

Sobre la autora

Mariana Zapata vive en un pequeño pueblo de Colorado con su esposo y sus dos grandes hijos: sus amados grandes daneses, Dorian y Kaiser. Cuando no está escribiendo, está leyendo, pasando el tiempo al aire libre, obligando a sus hijos a darle besos o fingiendo escribir. O experimentos que hacen que la cocina que queme.

Sigue mas historias en

BOOK Hunters



Notas

[←1]

N. de T. Jeffrey Lionel Dahmer, apodado El Caníbal de Milwaukee o El Carnicero de Milwaukee, fue un asesino en serie estadounidense responsable de la muerte de 17 adultos y menores varones entre 1978 y 1991. Es conocido no solo por la cantidad de personas que asesinó, sino también por practicar la necrofilia y el canibalismo.

[←2]

N. de T. Español original.

[←3]

N. de T. Women's Premiere League: Liga Femenil Principal.

[←4]

N. de T. Driving Under the Influence, en español, Manejó bajo la influencia del alcohol.

[←5]

N. de T. Caracol en alemán.

[←6]

N. de T. Juego de palabras que hace la protagonista con el nombre de Kulti. Reindeer en español significa "reno".

[←7]

N. de T. En español, "Alfileres y Agujas".

[←8]

N. de T. Un **muumuu** es un vestido largo de origen Hawaiano.

[←9]

N. de T. Marca de paletas de hielo.